MERCURIO PERUANO

MERCURIO PERUANO

Revista Mensual de Ciencias Sociales y Letras

Año VI

Vol. X

LIMA - PERU - 1923

Sanmartí y Ca.-Lima
— Impresores —


LIBRARY
JUN 5 1963
UNIVERSITY OF TORONTO

Tabla de Materias

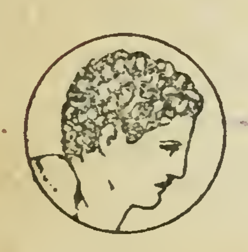
---

(1) N. de la R.—Advertimos a nuestros lectores que en el número 60 se han duplicado las páginas del número anterior.

Indice de Autores

MERCVRIO PERVANO

REVISTA MENSVAL DE CIENCIAS SOCIALES Y LETRAS



DIRECTOR
VICTOR ANDRES BELAUNDE

MVLTA RENASCENTVR
QVÆ JAM CECIDERE

SUMARIO



LIMA PERÙ

AÑO VI.--VOL. X.--No. 55

Enero — MCMXXIII

MERCURIO PERUANO

REVISTA MENSUAL de CIENCIAS SOCIALES y LETRAS

-:- FUNDADA EN 1918. -:-

"Mercurio Peruano" ha publicado y publicará colaboraciones de los más eminentes escritores nacionales, Villarán, Deustua, los García Calderón, Chocano, Riva Agüero, Cisneros, Palma, Miró Quesada, Lavalle, etc., así como de notables escritores extranjeros, como Reyles, Ureña, Gonzáles Martínez, Larreta, Sagarna, Means, Umphreys, etc.

ECONOMIA DE LA REVISTA

Número suelto: ochenta centavos en Lima; un sol, en el resto de la República y en el extranjero

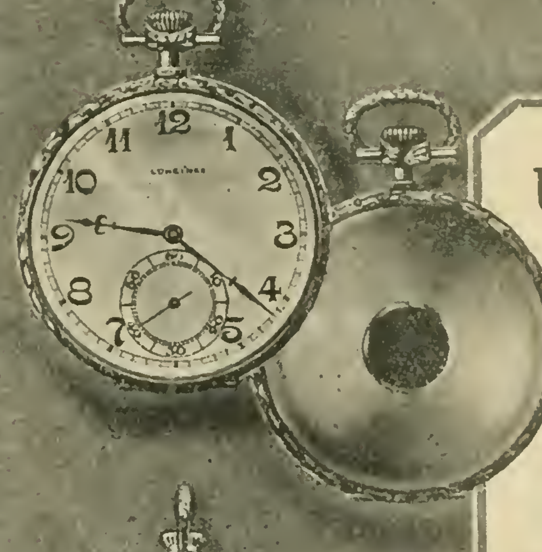
Avisos: Precios convencionales.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: JUAN PABLO, 634.

— APARTADO No. 54. —




Longines
7 Grands Prix





La política en los Estados Unidos: El Nuevo partido

Aunque los elementos progresistas que forman la nueva agrupación política, han declarado que ella no constituye un tercer partido y la han llamado "Servicio Legislativo del Pueblo", no cabe duda de que la nueva entidad política, viene a romper las líneas tradicionales de la lucha de los partidos históricos introduciendo un tercer elemento que va a tener influencia tal vez definitiva en los destinos de los Estados Unidos.

La agrupación data en realidad de hace dos años; pero sólo ha tomado importancia práctica, después de la reunión convocada por el senador La Follete y habida en Washington el 2 del presente mes. Bajo la presidencia de este senador se han agrupado diversos elementos republicanos no conformes con las tendencias reaccionarias o conservadoras del partido, algunos demócratas de ideas progresistas, los representantes de los agricultores y el presidente de la Federación de Trabajo, Samuel Gompers, hasta ayer amigo y colaborador de Wilson. Algunos espíritus críticos encuentran demasiada heterogeneidad en el nuevo grupo para que pueda tener éxito. Otros lo critican porque no han formulado valerosamente las bases de un nuevo partido. Y por último no son pocos los que observan que él viene a introducir un nuevo elemento de anarquía e incoherencia en la política americana. Pero la verdad es que hay más afinidad entre los elementos progresistas de los diferentes partidos o grupos económicos (como el *farm block*) que entre los miembros de un partido entre sí. Compárese, por ejemplo, el programa político de Lodge y los senadores de la vieja guardia republicana; y el programa de Borah y Lafollete; las ideas de algunos demócratas tradicionales con las de Bryan, y tendremos una confirmación de nuestra tesis.

Partido o simple Asociación para el servicio legislativo del pueblo, el nuevo grupo tiene una fisonomía clara y programa definido. Este programa está constituído principalmente por los siguientes puntos:

1º Reforma de la Constitución en lo relativo a elección presidencial que debe ser directa quedando abolido el colegio electoral; y haciendo posible la designación de este magistrado, fuera de los rígidos canales de los partidos.

2º Reforma de la Constitución en lo relativo a las facultades de la Corte Suprema que declara hoy la constitucionalidad de las leyes. El voto reiterado del parlamento por la mayoría de dos tercios debe prevalecer sobre la declaración de la Corte. Como es sabido, la fortaleza del conservadorismo y de la oligarquía industrial en los Estados Unidos es la Corte Suprema que ha hecho inaplicables las leyes progresistas, principalmente las relativas al trabajo.

3º Reforma en la organización del Banco de Reserva Federal, dando en él representación a los elementos de la agricultura nacional, y cambio en la política de dicho Banco en el sentido de dar debida protección a la agricultura.

4º Fomento de todas las medidas que tienden a mejorar la condición de la clase media y la clase trabajadora, y combatir los privilegios y los monopolios.

5º Política Internacional de absoluta prescindencia en los problemas y asuntos europeos: Reconocimiento de Rusia y actitud respetuosa de la soberanía y del principio de igualdad respecto de las naciones hispano-americanas.

Como se vé, nada hay en este programa que no pueda ser suscrito por un liberal moderado de cualquier país del mundo. Sin embargo, aquí se emplea al adjetivo radical para estas ideas y para los hombres que las sostienen.

Un verdadero radical; como el leader del Labor Party en Inglaterra, partidario de la *acción directa,* y de la confiscación parcial de los capitales, es en los Estados Unidos un fenómeno inconcebible. Su sitio sería una cárcel o un manicomio y no un puesto de honor y de dirección en un parlamento. Todo en política es relativo; y dado el hecho de que los Estados Unidos son el extremo opuesto de Rusia; el contrafuerte de la reacción y del capitalismo, los radicales de aquí apenas serían en Europa, como lo observa el "Manchester Guardian", *mild progresists;* suaves o moderados progresistas.

¿Por qué el nuevo grupo, que cuenta con un programa popular y con leaders que representan lo mejor de las cámaras desde el punto de nota intelectual, no se han separado definitivamente de los partidos tradicionales y ha creado un nuevo partido? Aparentemente explican su actitud media; por el deseo de dar más eficacia al grupo, despojándolo de los inconvenientes de las ambiciones políticas y del desprestigio que éstas acarrean. En el fondo esa actitud media que deja a los agrupados dentro de sus antiguas casillas partidarias tiene un fin político. La formación de un tercer partido hoy, equivale prácticamente a la división del partido republicano—que se realizó en la época de Roosevelt y traería como consecuencia el triunfo de los demócratas wilsonianos—. En cambio los republicanos progresistas piensan afirmar su influencia y su popularidad con la obra de la nueva agrupación; y manteniéndose dentro de su partido, pueden dictarle *su programa* en la próxima convención y hasta imponerle un candidato. Recordemos que para evitar la división en la convención de Chicago el año 1920, el partido se vió obligado a repudiar la Liga de las Naciones y aceptar la política internacional del grupo progresista.

Por eso creemos que la nueva agrupación es política y esencialmente política; y aunque el Senador Borah declare otra cosa, la mira principal es la elección de 1924; el medio; medio muy inteligente, por cierto, la agrupación para apoyar y formular las leyes progresistas.

¿Se evitará la división de los republicanos en la futura elección? ¿Conseguirán los progresistas que Harding no sea nuevamente candidato y que se designe uno más próximo a las ideas del nuevo grupo? Todo hace creer que la vieja guardia designará una vez más a Harding y que el tercer partido será una realidad en 1924. Si los demócratas siguen una política inteligente y sagaz y escogen un buen candidato, todas las probabilidades están en su favor.

Hay un punto en el programa progresista americano, que ningún *progresista* puede aceptar; el egoísta aislamiento de América y su olvido de que el mundo está maduro para adoptar una organización internacional.

LOS ESTADOS UNIDOS Y EUORPA: LA NUEVA POLÌTICA INTERNACIONAL

La vida con sus necesidades inflexibles se burla del curso artificial que los intereses y las pasiones de los políticos quieren imprimir a la marcha de los pueblos. A pesar de toda la barata y tediosa literatura sobre la necesidad de preservar a América de los compromisos e inconvenientes de la política Europea, los Estados Unidos, han dejado oír su voz en la conferencia de Lausanne sobre el próximo Oriente. El' interés religioso se ha unido al interés político y las conveniencias económicas. La protección de los cristianos, la necesidad de mantener la libertad de los estrechos; el principio utilitario de la puerta abierta; las posibles concesiones petroleras de Mosul han actuado de consuno para producir esta fecunda inconsecuencia: el embajador Child representa a los Estados Unidos en la conferencia de Lausanne. Para llenar las fórmulas, esa representación tendrá voz pero no tendrá voto; podrá influír; pero no obligar al propio país. Con razón dice el *Times* que si los americanos se indipendizaron bajo la divisa de que no puede haber cargas si no hay representación, han descubierto una política internacional que se funda en el principio de *representación sin obligaciones;* y por lo mismo sin cargas. Poco importa que los Estados Unidos asuman esa situación de privilegio y entren por la ventana cuando sería mejor para todos que entraran por la puerta. Lo que interesa a la rehabilitación del mundo es la palabra y la influencia del pueblo que representa hoy la mayor fuerza económica y que podía representar si quisiera, el más grande factor moral. Los Estados Unidos están otra vez en los consejos europeos. ¿Podía ser de otro modo? Cuando hizo crisis la cuestión Marruecos, los Estados Unidos fueron invitados a la conferencia de Algeciras. Y Rooselvet, el representativo del nacionalismo americano, el ciento por ciento americano no vaciló aceptar esa invitación y en concurir a la conferencia ejercitando su influencia al servicio de una solución pacífica. A nadie se le ocurrió en esos buenos tiempos que los Estados Unidos ponían en peligro su tranquilidad por mezclarse en un asunto Europeo. Mucho más importante que la cuestión Marruecos es la cuestión de Oriente. Ella encierra la clave de la paz de Europa y por lo mismo de la paz del mundo

Que la presencia y la voz de los Estados Unidos han sido eficaces en el prometedor giro de las negociaciones de Lausanne nadie puede dudarla Ha venido a sellar el acuerdo de Francia y de Inglaterra y dificultar las maniobras de Rusia. El nacionalismo turco se ha dado perfecta cuenta que no cabe sino seguir un rumbo de moderación y sensatez frente a la opinión unificada del mundo sobre la libertad de los estrechos, el derecho de las minorías y la libertad de comercio. El éxito del paso dado por el actual gobierno al ir a Lausanne, abre el camino a nuevos pasos hacia la sana política.

Al lado de este factor de orden político se agitan hoy otras causas que acentuarán la participación de los Estados Unidos en los asuntos del mundo. La política de egoísta aislamiento resulta dañosa desde el punto de vista económico a los Estados Unidos. Si Europa no se reconstituye; no habrá mercados para el algodón y los artículos alimenticios y materias primas americanas. La parte central de los Estados Unidos vive principalmente de los productos agrícolas y tiene hoy influencia decisiva en los destinos políticos de esa nación; influencia que tiende a ser más considerable que la de los estados industriales del este. Los *farmers* necesitan una Europa rehabilitada y consumidora. El *New York Herald* con su habitual cinismo declara que son esas necesidades "el campo donde se hallan los intereses de Europa en los Estados Unidos y de Estados Unidos en Europa". Ya es posible un acuerdo entre los idealistas y los prácticos respecto de la necesidad de que los Estados Unidos contribuyan a la rehabilitación de Europa. Los wilsonianos invocan la misión de América; los prácticos republicanos los intereses de los productores americanos. Quizá hoy sean más eficaces las silenciosas solicitaciones de los segundos que la elocuencia de los primeros.

El lento trabajo de todos estos factores que obran hacia una vuelta a la política wilsoniana, aunque con distintos nombres y en diversa forma, ha hallado su verbo, su expresión necesaria en Clemenceau. En este sentido puede decirse que el viaje del célebre político francés ha tenido un carácter providencial. Por doquiera y en la forma más eficáz y diplomática. Clemenceau ha puesto en claro estos dos hechos:

1º Que el desequilibrio de Europa se debe a la ausencia de América;

2º Que si los Estados Unidos no cooperan en el arreglo de los problemas europeos, continuará la política de armamentos y será inevitable una nueva guerra.

La gira de Clemenceau ha sido un éxito extraordinario, y la revelación de que el wilsonismo no ha muerto. "Por doquiera ha dicho el *Tigre* a Wilson en su reciente entrevista, las ovaciones más calurosas acogían mis alusiones a los 14 puntos".

Nada más revelador que las palabras del presidente Harding en su último mensaje (Diciembre 8). Han despertado profundo interés, y revelan el posible rumbo de la política internacional de América.

"El pacto de las cuatro potencias (se refiere al tratado cuatripartito de respeto territorial y sobre futuras conferencias para evitar la guerra, suscrito al mismo tiempo que la limitación de los armamentos) que extinguió toda probabilidad de guerra en el Pacífico ha traído nueva confianza en la paz mantenida; y puedo creer que *podía ser modelo* para arreglos semejantes, en cualquier parte del mundo donde haya intereses comunes".

El primero en notar el alcance de estas palabras ha sido el propio Clemenceau que no ha vacilado en calificar de sugestivas. El conocido escritor David Lawrence las interpreta en el sentido de que los dos principios esenciales del tratado de las cuatro potencias (1º respeto a la integridad territorial; 2º conferencias internacionales en caso de conflicto) se extenderán a Europa, por medio de un pacto que suscribirán todos los países, incluyendo naturalmente a Alemania y Rusia. El Rhin y los estrechos son tan importantes como las Islas del Pacífico. Los Estados Unidos tienen tantos intereses en Occidente como en Oriente; y les conviene aplicar al segundo la misma política de *statu quo* y *de prevención de la guerra* que han aplicado al primero.

¿Cuál es la diferencia entre esta participación de los Estados Unidos en Europa y la que tendría dentro de la Liga de las Naciones? Dejemos señalarla a los metafísicos y teólogos del partido republicano. Puede seguir el presidente Harding llamando a la liga *super gobierno*. Pueden los juristas de su partido discurrir sobre los inconvenientes de las alianzas y de las obligaciones morales que imponen. Las palabras nada significan. La acción es el principio supremo. Si después de hacer oír su voz en la cuestión de Oriente, los Estados Unidos, pronuncian las palabras necesarias en el asunto de las reparaciones y el conflicto de criterios entre Francia e Inglaterra, ha triunfado en el fondo y a pesar de todo la política de Wilson, y se ha impuesto la razón sobre los dictados del odio y de los intereses momentáneos de partido.

Víctor Andrés Belaúnde.

Dos Dioses

(Al querido Dr. V. A. Belaúnde)

El capitán católico español
que a estas tierras de paz viene en són de conquista,
esta tarde se avista
con el Inca, monarca del Imperio del Sol.

De las nubes heridas por los rayos postreros
dinama la agonía de un último arrebol.
El Inca alborozado recibe al extranjero
porque es pródigo y bueno como su padre el Sol.

—Decid de dónde vienes...
—De un reino muy lejano,
situado tras el mar, responde el castellano.
—¿De modo que se extienden regiones tras regiones,
más allá de la línea donde concluye el mar?
—El mar no tiene límites...
—¿Y a un reino se pospone
otro reino, y el cielo no se une nunca al mar?
¡Oh, la tuya qué inmensa potestad, Padre Sol!
exclama el Inca, llora, y se echa al suelo a orar.

Después,
—Hablad... le dijo.
Y avanza el español
mostrando un crucifijo.
—Este es mi Dios, explica, que murió en un madero,
una tarde como ésta,
redimiendo al mortal del pecado primero.

Se dibuja un asomo de ironía en los labios
del Inca que le escucha como a un infante un sabio.
Luego se torna grave,
como el que va a decir la palabra que sabe.
En el ocaso fija la mirada oteadora
con que mira a los cóndores volar desde la aurora,
y exclama señalando al astro-rey que se hunde
como un mancebo rubio, y que las aguas hiere:
—¡Ese, ése es mi Dios, el Dios que nunca muere,
porque todos los días reaparece y difunde
la vida y el amor entre todos los seres!

Francisco Aguilera.

New Haven, Conn., Octubre 4 de 1922.

El Espíritu del Renacimiento

I

La Edad Media había sumido a los espíritus en la concepción de un renunciamiento absoluto. El ideal ascético, contemplativo, de un cristianismo intransigente y fanático invitaba a los hombres al desprecio de la vida presente para atraer sus miradas hacia una existencia superior que deslumbraba con la promisión de una felicidad eterna. Aniquilar la carne, fuente del pecado, por el ayuno y la penitencia, macerarla por el suplicio, purificarla por agudas privaciones, eran los medios más seguros y eficaces de conquistar la única dicha durable. La pintura multiplicó hasta lo infinito los Cristos macilentos y agónicos, clavados en la cruz; las vírgenes pálidas y consumidas—los siete puñales en el pecho—en la infinita tribulación de su tragedia interior; los mártires cristianos retorciéndose en el horror del suplicio; los leprosos en su repugnante miseria; los mendigos a la puerta de los templos; los condenados a la hoguera entre las llamas; los moribundos en el lecho de muerte; todos los motivos, en fin, de llanto, de aflicción y de angustia que puede presentar la naturaleza humana en el dolor. (1)

(1) Desde el siglo XI, sin embargo, el arte gótico inicia una tendencia de acercamiento a la vida y de espíritu sonriente y amable. En los siglos XIII y XIV llega a su más alto grado de vigor con la frescura y gracia de su naturalismo, precursor del Renacimiento italiano. Los admirables frescos de Giotto, que ilustran en Assis la vida de San Francisco, el retrato de Dante y los frecos de Padua y Florencia—especialmente el de "El Festín de Herodes" en la iglesia de Santa Croce—del mismo pintor, son las más notables manifestaciones de esta fecunda orientación. Sus discípulos Fray Angélico, Gozzoli, Masaccio y Boticcelli prepararon, indudablemente, el gran movimiento de Leonardo de Vinci, Miguel Angel y Rafael. En la estatuaria la misma interpretación del arte gótico produjo, entre otras muchas obras saltantes, toda la escultura anónima de las catedrales de Reims y de Amiens, y especialmente, el tipo sereno y dulce del *Beau Christ* que se halla en ambas iglesias.

El espíritu ascético inspira todo un ciclo literario de obras destinadas a apartar al hombre del pecado y llamarlo hacia Dios. Son graves exhortaciones al arrepentimiento en que vibra la trágica amenaza de Isaías: "¡Vocabi et renuistes!" (1). La forma fantástica que emplean los escritores es la más apropiada para impresionar fuertemente el alma ingenua y sencilla de la época. Ya eran sueños en que se revelaba al hombre sus futuros destinos; ya visiones deslumbrantes donde aparecían extrañas figuras alegóricas; a veces, relatos de viajes a través de regiones imaginarias; otras, terroríficas descripciones del mundo de los muertos: toda una literatura sombría e inquietante, de carácter único, que debía culminar en el libro inmortal del poeta florentino (2).

La Teología y la Escolástica, que absorbían la vida intelectual, limitaban y detenían el libre vuelo del espíritu. El amor a las formas vacías y abstractas del pensamiento; la afición al ejercicio dialéctico y a la sutileza de los conceptos lógicos; el gusto por la argumentación, el silogismo, las divisiones y subdivisiones; alejaban a los pensadores del fondo sustancial de los problemas, para conducir la actividad de sus estudios por laberintos intrincados y oscuros en que se sacrificaba el resultado al esfuerzo. Esta orientación estéril del pensamiento, derivaba de la tiranía del dogma, que impidiendo penetrar en la íntima esencia de los principios, hacía ilusoria la libertad de la filosofía y de la ciencia. El dogma imponía el contenido de las ideas:

(1) Te llamé y me rechazaste.

(2) Paralela a la nueva tendencia gótica de las artes plásticas, aparece en la literatura una orientación popular tendiente a interpretar la realidad de la vida y realzarla con los encantos de la alegría, la gracia y las bellezas naturales. En Italia una poesía de orígen popular, natural y espontánea, se trasmite de boca en boca hasta el siglo XIII en que sus rasgos se precisan y concretan. El *Contrato de Ciels dal Camo* es considerado como el más bello y célebre de sus poemas y parece haber sido escrito entre 1231 y 1250. Francsico de Asís, cuya figura dulce y tierna ha inspirado por sí sola un ciclo de leyendas populares de inestimable valor poético, cantó con acentos de conmovedora sencillez su amor por todo lo que vive y hace bella y amable la naturaleza. En Dante, Petrarca y Ariosto se encontrará más tarde mucho del espíritu que animó esta tendencia. En Francia, dentro del período en que la poesía cortesana se encuentra más en boga, aparece una literatura que tiende sobre todo a buscar el contacto con la tierra. La *pastorela,* de carácter diametralmente opuesto a la *canción,* trae a la poesía el lirismo sencillo e ingenuo de los campos, de los pastores y de la naturaleza. No es menos importante este movimiento en España e Inglaterra.

al pensamiento filosófico y científico quedaba solamente el método, con el cual se organizaban las materias y se deducían las conclusiones. De este modo, el dominio absoluto de la verdad revelada condenaba a las inteligencias a la idolatría del texto, incesantemente comentado, y al abuso de la dialéctica, con ayuda de la cual se argumentaba largamente y se deducían hasta lo infinito verdades cuyo examen y comprobación no se intentaba realizar jamás. Y cuando del exégesis y del comentario prolijo brotaban la discusión y la duda, la desconfianza en la propia razón hacía recurrir al criterio de autoridad, para el bizantinismo escolástico, supremo criterio de certeza.

De las entrañas mismas de la Edad Media, primitiva y salvaje, habían surgido dos fuentes de energía: el Feudalismo y la Iglesia. Ambas instituciones pudieron dirigir y encauzar las actividades por fecundos senderos, si su inclinación inmoderada al acrecentamiento del poder y la desviación de sus finalidades, no las llevara a contribuír al desorden y a la confusión, de un lado, y de otro, al formalismo doctrinario de las normas. Al cristianismo primitivo, mezcla de fe profunda y pureza evangélica, sucede el armazón complicado y vacío de la Iglesia; a la convicción sincera, el dogmatismo impuesto; a la piedad entusiasta y viva, el misticismo contemplativo y extático.

Si las prácticas y los ritos, los preceptos y la autoridad eclesiástica, el misticismo y la contemplación, desviaban al hombre de la naturaleza y de los intereses humanos; el feudalismo le desviaba de la organización social y de los intereses civiles. La afirmación de sí y la conciencia del valor personal, base de la sicología germana del señor feudal, al desarrollarse inmoderadamente, sin freno y sin valla, condujeron al individualismo anárquico. La personalidad del barón se confunde con la tierra de que es señor absoluto. De ella emerge su rango, su nobleza y sus prerrogativas. En ella su voluntad es la ley y su capricho el derecho. El desborde de las pasiones y la insaciable sed de lucro no encuentran barrera en ningún poder constituído; y el robo, el asalto, la devastación y el exterminio, la lucha sangrienta y feroz entre los señores, el atropello y el escándalo, llegan a ser las condiciones naturales de vida en una sociedad en que desaparece toda consideración moral y todo sentimiento de justicia, en que la piedad es una cobardía, la religión un estorbo y el único derecho, el derecho del más fuerte.

Cuando en la atmósfera moral desaparecen los sentimientos que dan valor a la vida, y la verdad deja de ser un incentivo del pensamiento y la belleza una finalidad del arte; cuando la sociedad ofrece sólo el espectáculo de una existencia azarosa e incierta, poblada de peligros y amenazas; el hombre adquiere la íntima convicción de que la única realidad en el mundo es el dolor y la miseria. Un malestar profundo se siente en todas partes, y cada día va ganando más terreno en las conciencias la idea de que el mundo es malo y su fin está próximo. Se recuerdan constantemente y se glosan en todos los sentidos las palabras en que las Santas Escrituras profetizan el juicio final: "Haced penitencia, porque está cerca el Reino de los Cielos" (1). "Se ha cumplido ya el tiempo, y el Reino de los Cielos está próximo" (2). Y aún varias predicciones señalan a los hombres la fecha más o menos precisa en que la terrible profesía había de cumplirse.

Toda literatura es el trasunto fiel de la estructura sicológica y moral de una sociedad y de una época; y pocas veces esta verdad habrá tenido una más perfecta comprobación que en la Edad Media, en que los escritores han dejado en sus obras, con una exactitud extraordinaria, la palpitación angustiosa y desordenada del siglo en que vivieron.

Cuando se extinguen los vibrantes acentos de los romances heroicos y las canciones de gesta, una sola aspiración anima los sentimientos e ideas del alma medioeval, que emerge del fondo de su pesimismo y de su renunciamiento. Es un anhelo de liberación y de olvido, un afán de sustraerse a la realidad del presente. Por caminos opuestos creyeron los hombres alcanzar el fin que perseguían. Primero, el misticismo, que absorbía el alma en la contemplación beatífica del Reino de Dios; después, el aturdimiento, que la arrastraba a la satisfacción de las inclinaciones materiales. Ambas tendencias excluían los ideales generosos de la vida: la una, porque despreciaba la realidad y la naturaleza; la otra, porque la prostituía. Aquélla exaltó el dolor y la expiación, y renegó de la carne, principio del pecado; ésta buscó en la sensualidad y el libertinaje, en el cinismo y en la burla, en la procacidad y en la malicia, un alivio para los males del mundo y las miserias de la época. La primera inspiró las

(1) San Mateo, cap. IV, v. 17.
(2) San Marcos, cap. I, v. 15.

vidas de los santos, los *misterios*, los *milagros*, los *autos sacramentales*, los *cantos bibíblicos* y gran parte de los *poemas alegóricos:* la segunda, los *fabliaux*, los cuentos licenciosos, el *Romance de la Zorra*, el *Romance de la Rosa* (1), los versos del Arcipreste de Hita y la Celestina.

En las postrimerías de la Edad Media llega a imponerse casi absolutamente el espíritu burgués y positivo. El buen sentido y la razón práctica es lo único que se salva bajo los escombros de los ideales que derrumbó el espectáculo desmoralizador de las instituciones y de las costumbres. La desconfianza maliciosa, el escepticismo burlón, la negación hostil y rebelde de todos los valores que habían impuesto el interés, el dogmatismo y la fe, son los rasgos esenciales que dibujan la fisonomía moral de la época. Si hay cosa digna del afán de los hombres, ella es la persecución del placer material; si hay una filosofía sabia para la conducta, no puede ser otra que la de la despreocupación y el abandono. La literatura es la imagen de este espíritu: bajo una forma tosca, trivial, alejada de todo ideal artístico, un fondo pobre de ideas y de sentimiento vulgar y cínico. Cuando los eruditos y los poetas cortesanos quisieron reaccionar contra la tendencia prosaica del espíritu burgués, sólo consiguieron crear formas complicadas y vacías, en que el artificio y el amaneramiento hacían más notable la ausencia de inspiración y de sensibilidad.

II

Súbitamente, el mundo va a ser alumbrado por la luz de una conciencia nueva. Era a la vez doctrina y fe, energía y amor; el culto de la vida alegre y sana y la curiosidad intelectual sin límites. Una concepción del mundo y de la vida, humana y fuerte, generosa y optimista, iba a oponerse al espíritu místico y al ascetismo monacal de la Edad Media. Al desprecio del cuerpo reemplazará el culto de la forma bella y ágil; a la repugnancia por la vida presente, el amor a la salud, a los placeres sensibles. a los encantos todos de una existencia alegre y cómoda. La inclinación por todo lo terrestre y lo humano se impondrá en adelante a la visión seráfica y contemplativa del mundo de promisión que la iglesia se empeñaba en ofrecer a los hombres como la única felicidad posible; y hasta el sentimiento de la inmorta-

(1) Segunda parte, de Juan de Meung.

lidad, hallará una forma más humana y bella, más fecunda y alta, en el ideal de la gloria, que tiende a prolongar la vida individual, no en una existencia superior y distinta, sino en el seno de la patria y de la humanidad; ideal más próximo a nosotros y más íntimamente vinculado a la vida presente por la generosidad del recuerdo y la nobleza de los propósitos.

La tristeza, antes virtud y gracia de las almas justas, será mirada ahora con profunda aversión. Ella es la fuente del dolor y de las bajas pasiones. Montaigne, que tan bien personificó el espíritu del Renacimiento, decía: "Yo soy de los más exentos de esta pasión y no siento hacia ella ninguna inclinación ni amor, aunque la sociedad haya covenido como justa remuneración honrarla con su favor especial; en el mundo se disfrazan con ella la sabiduría, la virtud, la conciencia, feo y estúpido ornamento. Los italianos, más cuerdos la han llamado malignidad, porque es una cualidad siempre perjudicial, siempre loca y como siempre cobarde y baja: los estóicos prohibían la tristeza a sus discípulos". (1)

Dante,—en cuya obra, aunque inspirada en el espíritu cristiano de la Edad Media, hay ya, sin embargo, sugestiones que anuncian la aurora del Renacimiento,—colocaba a los tristes en el fondo de la laguna Estigia. Ellos alimentaban con sus cuerpos el calor de las aguas en que sufrían su suplicio eterno los condenados por el pecado de la ira. Cuando Virgilio explica a Dante el significado de este castigo, dice: "Bajo esta agua hay una raza que suspira y la hace hervir en la superficie. Metidos en el lodo, dicen:—Estuvimos siempre tristes bajo aquel aire dulce que alegra el sol, llevando en nuestro interior una tétrica humareda: ahora nos entristecemos también en medio de este negro cieno". (2)

Para Rabelais como para Montaigne, imbuídos en el naturalismo antiguo, la Naturaleza es buen y bella. Es preciso amarla y seguirla en sus insinuaciones y consejos, porque de ella derivan el bien y la virtud, la verdad y la belleza. Una sana filosofía debe inspirarse en ella, y por eso es el fundamento de todas sus concepciones morales, científicas, pedagógicas y estéticas. Rabelais se ha valido de hermosos símbolos para explicar gráficamente estas ideas: "Physis (que es la Naturaleza) en su primer alumbramiento da a luz a Belleza y Harmonía.... Antiphysie, en to-

(1) Ensayos, capítulo II.
(2) Divina Comedia, Infierno, canto VII.

do tiempo adversaria de Natura, da luz a Amodunt y Discordia" (1). Los moradores de la abadía de Théléme, tienen como regla este precepto: "Haz lo que quieras". No es ésta como podría creerse una máxima de rebeldía; sino todo lo contrario, un principio de moralidad generosa y humana: "Estas nobles gentes, bien nacidas, bien instruídas, siempre en compañías honradas, tienen por naturaleza un instinto que les impulsa constantemente hacia la virtud y les aparta del vicio: es lo que ellos denominan honor" (1).

Un mejor y más profundo conocimiento de la antigüedad había compenetrado a los hombres con el espíritu de los clásicos. Los artistas, los poetas, los filósofos griegos enseñaron a sentir y amar la concepción pagana de la vida; las grandes obras latinas revelaron una honda psicología, una elegante retórica, una admirable forma: ambas culturas, en fin, la griega y la romana, despertaron en las nuevas generaciones el sentido de la turaleza, el culto de la verdad y la pasión por el arte. Un entusiasmo desbordante y único se apoderó de los hombres. Amaron la vida exaltadamente y la derrocharon con prodigalidad excesiva. En el vértigo de una existencia, a la vez desordenada y fecunda, unieron a los más grandes excesos, las más altas virtudes. Es la época de los alientos inuaditos y las empresas gigantescas, de todas las audacias, de todas las locuras, de todas las rebeldías. No parece sino que el alma sin dirección ni norte, ebria de luz y de espacio se lanzara al infinito en pos de un ideal brillante de placer y de gloria.

Los artistas no buscaron ya los motivos de su inspiración en el dolor y en la muerte. La pintura y la escultura del Renacimiento son una constante exaltación de la fuerza y la vida. "Todas las visiones patéticas o lastimeras de la Edad Media, dice Taine, se han desvanecido. El cortejo divino que ahora se desarrolla no presenta ya más que cuerpos lozanos, semblantes regulares y nobles, bellos y desenvueltos continentes; los nombres son c istianos, pero todo aquello no tiene de cristiano más que el nombre Aquel Jesús no es más que un Júpiter crucificado. Aquellas vírgenes que Rafael dibuja desnudas antes de po-

(1) "Gargantúa y Paulagruel", libro IV, capítulo XXXII.
(2) Id. libro I, capítulo LVII.

nerles un ropaje no son más que bellas jóvenes, absolutamente terrestres, parientes de su Fornarina. Aquellos santos del Juicio Final de Miguel Angel, que se yerguen y retuercen en el cielo, son una asamblea de atletas capaces de combatir con bríos y lanzarse a cualquier audacia. Un martirio, como el de San Lorenzo, es una noble ceremonia en que un hermoso mancebo desnudo se acuesta delante de cincuenta hombres vestidos y agrupados como en un gimnasio antiguo. ¿Hay alguno de esos personajes que se haya macerado? Hay alguno que haya pensado, entre lágrimas y congojas, en el juicio de Dios, que haya rendido y domeñado su carne, que se haya llenado el corazón de las tristezas y dulzuras evangélicas?" (1).

Con el soplo vivificador del Renacimiento aparece en la literatura el ideal artístico. En los últimos siglos de la Edad Media la poesía artificial y complicada de los poetas cortesanos y trovadorescos se consumía en la pobreza y esterilidad de sus lamentos; y el espíritu burgués, positivo y práctico, cuya desconfianza escéptica y burlona, le inclinaba de un lado a la astucia y la mofa, y de otro, a la persecución exclusiva de los goces materiales, había creado una literatura de forma prosaica y de espíritu vulgar y cínico. Los grandes obreros del Renacimiento procurarán, sobre todo, elevar la poesía a la categoría de un arte. Repujarán la forma con paciencia y devoción de orfebres y envolverán sus creaciones en la aristocrática delicadeza de su espíritu.

III

El impulso inicial partió de Italia. Este pueblo no había perdido nunca el contacto con la antigüedad. Heredero de las tradiciones gloriosas de Roma,—vinculado a ella por el territorio, donde los monumentos y las ruinas del Imperio hablaban constantemente a todos de la pasada grandeza, por la raza y la lengua que se corsevaban casi intactas, y por las artes, las letras y la filosofía que seguían cultivándose a pesar de las invasiones y de la anarquía,—estaba llamado a ser el foco de donde debían irradiar las grandes sugestiones de la edad nueva.

Si en los demás pueblos de Europa el Renacimiento significa un violento despertar de la cultura y tradiciones antiguas,

(1) Historia de la Literatura Inglesa.

en Italia sólo es el resultado de una lenta evolución, no interrumpida un momento, a través de toda la Edad Media.

La civilización de los diferentes pueblos de Europa en este período ofrece estos tres caracteres típicos: en la vida política, la organización feudal; en la actividad intelectual, la escolástica; en la literatura la expresión de una poderosa inspiración nacional. No pasa lo mismo en Italia. En este pueblo el feudalismo no podía echar profundas raíces. Se conservó tan fuertemente apegado a la tradición de la raza, tan íntimamente vinculado a la grandeza de la Roma antigua, que consideró siempre a los invasores germanos como opresores del pueblo y usurpadores de los derechos legítimos de la patria. Las dos razas, la latina y la conquistadora, permanecieron durante muchos siglos, una frente a otra, alimentando mutuos rencores, sin llegar a fundirse completamente. Entre el pueblo artista, soberbio, de exquisita y refinada cultura, educado en la conciencia de sus altos destinos, y la masa de los rudos conquistadores, bárbaros e ignorantes, no podía existir comunidad de sentimientos ni de intereses. Y esto hizo imposible la formación de una conciencia nacional. En los demás países el ideal patriótico y religioso prestó vida a un gran héroe, personificación de las aspiraciones del pueblo y alma de su literatura. Carlo Magno, en Francia, el rey Arturo en la Gran Bretaña, el Cid de España, son expresiones de una conciencia popular y centros de vastísimos ciclos literarios. Italia no tuvo en la Edad Media el héroe epónimo. Embebidos en el recuerdo de las glorias pretéritas, consagrados al estudio de los maestros latinos, los literatos desdeñaron la realidad presente y quisieron vivir absolutamente del pasado. Y si más tarde adoptaron como héroe propio la figura de Carlo Magno, fué solamente porque él personificaba el ideal político de la restauración del Imperio y el triunfo del Cristianismo.

La escolástica no fué, tampoco, una dirección predilecta del genio italiano. Espíritu positivo, el de este pueblo, inclinado a la realidad, a la belleza y al arte, prefirió a las abstracciones, sutilezas y formalismo del pensamiento escolástico, los estudios de carácter práctico. Si la Universidad de París se consagraba principalmente a la teología, la Universidad de Bologna se dedicaba al derecho, disciplina esencialmente positiva y cuyas investigaciones estaban más en armonía con la psicología especial de la raza. Aún la devoción y el misticismo no pierden en Italia la conciencia de la realidad y de las necesidades de la vida. Francisco de Asís consagra su existencia a aliviar los dolores

del mundo y a consolar a los afligidos. Es un santo pero también es un poeta, es un místico pero también un filántropo; calma las torturas del hambre y la sed de los espíritus; y sabe curar las heridas de los cuerpos como restañar las amarguras del alma. *Corazón de lis,* pasó por la existencia derramando a manos llenas sobre los desgraciados el inagotable lirismo de sus cánticos. Nadie puso nunca con una fruición más íntima su simpatía sobre todas las cosas, ni nadie como él hizo, con más ternura, de la naturaleza y de la humanidad objetos de un amor tan fraternal y piadoso.

Se dirá, acaso, que Santo Tomás escribió la Suma, sabia condensación del pensamiento teológico, y que Dante hizo de la Divina Comedia la manifestación más alta y completa del espíritu medioeval y de la filosofía religiosa y escolástica. Es cierto. Pero también es verdad que la primera no ejerció sino una influencia superficial y efímera sobre la cultura de Italia, y la segunda no es en el fondo sino la expresión de lo que Hauvette llama la *conciencia romana del pueblo italiano.* "Roma, dice este autor, está a la cima de todas las preocupaciones del poeta" (1). Efectivamente, la restauración de la monarquía universal con su centro en la Ciudad Eterna y el reconocimiento del emperador de Alemania como el heredero legítimo de los Césares, son ideales constantemente exaltados en la obra genial del poeta florentino. Su rencor contra los Papas, usurpadores de la autoridad legítima del monarca romano, no tiene otra explicación que su profundo fervor por el Imperio. Por otra parte, el espíritu de Dante se ha formado en la lectura de los grandes poetas latinos. La Divina Comedia es un himno constante a Virgilio, a Horacio, a Ovidio, a Lucano y a Stacio. Sobre la riqueza inmensa de sus ideas planea siempre un ideal de raza; y si su ciencia, su erudición y su filosofía no forman un todo homogeneo y sustancial con esta íntima aspiración de su espíritu es porque todavía no había llegado para Italia el momento en que debía cristalizarse la conciencia nacional del pueblo.

No existe, pues, en Italia una solución de continuidad entre los clásicos y la Edad Media, ni cambio radical de temperamento entre los antiguos romanos y los italianos modernos. Y esta es la causa porque el genio de la raza se vió libre del escolásticismo teológico. Las diferencias que existen entre una y

(1) Litterature italienne.

otra época no presentan caracteres sustancialmente opuestos, y se deben más que a orientaciones divergentes, a una mejor comprensión de la antigüedad clásica. En Francia, Inglaterra y España, el Renacimiento se produce en razón de acontecimientos exteriores y poderosos que cambian totalmente la vida y la estructura material de las naciones. En Italia surge sólo en virtud de una lenta y progresiva evolución intelectual que ya en el siglo XV llega al más alto grado de esplendor y de fuerza.

Las continuas disensiones políticas que convulsionaron el país, especialmente la sangrienta lucha entre guelfos y gibelinos, la ambición de los monarcas de Europa que hizo del suelo de la Península el campo de batalla de todas las naciones y, por último, las sordas rivalidades comerciales entre las repúblicas—que tantas veces terminaron en guerras implacables—pusieron a los italianos en aptitud de conocerse profundamente y de estudiar en ellos mismos el fondo esencial e íntimo de la naturaleza humana. En su contacto con los maestros de la antigüedad, por otra parte, pudieron mejor que ningún otro pueblo, penetrar hondamente en el alma de los griegos y latinos, descubrir su sentido de la vida y aplicar su verdadero espíritu—olvidado ya tantos siglos—a sus propias inquietudes y a sus propios problemas. El Humanismo aparece entonces a los ojos deslumbrados de las generaciones nuevas, sabio y magnífico, revelador, fecundo, lleno de promesas y de gloria.

A través de los tiempo las dos edades se dan la mano. Los modernos descubren en los clásicos a hombres semejantes a ellos mismos, agitados por idénticas pasiones e idénticos intereses. La sorpresa que al principio arrebata y fascina se convierte en devoción y amor. Todos se esfuerzan por seguir sus lecciones y recoger sus enseñanzas. Comprendieron que el hombre es esencialmente idéntico en todos los tiempos y en todos los lugares, pero que se diferencian, sin embargo, por las formas exteriores de la civilización, por las costumbres, los usos y las ideas. Al distinguir en el alma humana lo permanente e inmutable de lo contingente y pasajero, adquirieron el sentido crítico e histórico, que tanta influencia debía tener en el desarrollo del pensamiento y del arte. La Edad Media careció absolutamente de esta noción. En el poema de Alejandro, el rey de Macedonia es un valiente y esforzado caballero andante, con los pensamientos, sentimientos, vestidos y armas de un campeón medioeval; muere dentro de la fé cristiana, y al repartir sus dominios entre sus generales, deja al compañero preferido "el país de Francia con

su capital París". En la Canción de Rolando, los francos y los sarracenos, sólo se diferencian en que los unos tienen de su parte a Dios y los otros al Diablo, aquéllos siguen la ley de Cristo, éstos la de Mahoma; pero combaten, hablan y discuten de la misma manera, usan los mismos trajes y llevan los mismos arreos militares.

Al espíritu de la antigüedad que tan bien supieron penetrar los italianos, debieron éstos su amor por lo terrestre y su interés por lo humano. La existencia se les ofrece, entonces, buena y bella, como una fiesta y como una obra de arte, pródiga en placeres y llena de promesas. Quisieron gozarla por los sentidos y por el corazón, con el alma abierta a todas las solicitaciones de la felicidad y de la vida. La rodearon de comodidades y lujo, de explendor y riquezas, de todos los encantos de la sociedad y todos los dones de la naturaleza. El pincel y el buril trabajaron incesantemente para las cortes y para los palacios. Los Médices, los Borgia, los Sforza, los duques de Urbino y de Ferrara tuvieron su imprescindible corte de poetas, pintores, escultores y músicos; y por todas partes se unió, con un talento único, a la satisfacción de las necesidades y de los deseos, la elegancia y la gracia, el buen gusto y el arte; a los goces materiales, los puros goces del espíritu; a la curiosidad intelectual, el placer del esfuerzo; al culto de la forma, la belleza de los sentimientos; creándose así el tipo del hombre completo del Renacimiento, sano, robusto, bello y en que todas las facultades del espíritu y del cuerpo se equilibran y armonizan en una síntesis admirable y perfecta.

Petrarca, todavía en la Edad Media, y como emergiendo de ella, es el primer hombre que se siente cogido por este gran despertar de la civilización y del arte. Su espíritu es ya un espíritu moderno. Lleno de ideales inaccesibles y vagos e inquietantes ensueños, oscilando constantemente entre aspiraciones opuestas e incompatibles, ávido de amor, de placer y de gloria, el Petrarca corre durante toda su existencia tras una felicidad siempre perseguida y jamás satisfecha. Su naturaleza ondulante le inclina ya a la actividad del esfuerzo heroico, ya a la serenidad estudiosa y contemplativa de un reposo fecundo; a los goces ardientes de la tierra y a las purísimas afecciones del corazón. Platónico y sentimental en veces, es otras epicúreo y sensual; y tan pronto le atormenta el temor como le seduce la es-

peranza: tiembla ante la idea del pecado y la condenación eterna; pero al mismo tiempo se siente atraído por los encantos de la belleza y del arte, y las solicitaciones de la ostentación, de los honores y del triunfo mundano. El mismo traza en un soneto admirable los rasgos sinuosos y vacilantes de su alma. "No encuentro la paz, dice, ni ocasión de dar guerra; temo y espero; ardo y soy un trozo de nieve; y me lanzo hacia el cielo y quedo encadenado a la tierra; y quiero asir el mundo entero, y el mundo entero se escapa de mis brazos" (1).

El ritmo constante entre los arranques entusiastas de la pasión y los desfallecimientos de una voluntad enfermiza, pone en el alma del Petrarca ese sentimiento hondo y dulce de melancolía, no experimentado hasta entonces, y que tan bien caracteriza el espíritu doliente de sus versos. Y aunque le atrae el mundo, cuya vida vive intensa y desordenadamente, consagra la parte más preciosa de su actividad al estudio de su propia conciencia. Reconcentrado y meditativo, vuelve los ojos hacia sí mismo para hacer de su espíritu un gran espejo en que el mundo entero se refleja y se convierte en motivo de observación y análisis. La misma Laura no es para el poeta sino un pretexto que le sirve para escudriñar en lo más profundo de su vida interior el íntimo movimiento de sus ideas, sentimientos y pasiones. Para nosotros la Laura del Petrarca será siempre un enigma. Imagen vaga, vaporosa e impalpable, escapa a nuestro conocimiento en el lírico monólogo del poeta. Aquella sonrisa que hace estremecer al joven enamorado, este gesto displicente y cruel que desespera y tortura su alma apasionada, aquel rubor que en un encuentro imprevisto traiciona el alma de la ingrata o el ademán gracioso que alienta y aviva su entusiasmo, no son sino ocasiones que la vida le ofrece para llevar a cabo el estudio interior que persigue incesantemente.

La poesía del Petrarca sigue el ritmo de sus sentimientos y afectos. Sensual al principio se afina insensiblemente, a medida que el tiempo y los desdenes de la amada van dejando en su espíritu el sedimiento de una melancolía incurable. Es un amor que se idealiza hasta lo infinito y se depura de todo elemento material y egoísta para convertirse más tarde en adoración y en éxtasis.

(1) Pace non trovo e non ho da far guerra;
e temo e spero; ed ardo e son un ghiaccio;
e volo sopra l'cielo e giaccio in terra;
e nulla stringo e tutto l'mondo abbraccio.

Pero lo que hay de más nuevo e interesante en la poesía del Petrarca es la profundidad humana y real de sus acentos. En sus anhelos e inquietudes, en sus desfallecimientos y dolores, encontramos siempre algo de nosotros mismos. Son el reflejo de una vida espiritual que nos interesa y conmueve, por que es la nuestra, víctima de las eternas contradicciones de la naturaleza humana y de los impulsos irresistibles del deseo.

La muerte de Laura consagra el culto divino que ya en vida elevara el Petrarca a la pasión de toda su existencia. Al lirismo elegiaco de sus rimas suceden los acentos solemnes y graves de los "Trionfi". Son toda una concepción idealista y consoladora del destino humano, en que flota el sentimiento de la eternidad y lo infinito, para el poeta realidades seguras de felicidad y de paz. El Amor unce la Humanidad a su carro victorioso; pero será vencido por la Virtud, que es Laura. Sobre la Virtud se alzará triunfadora la Muerte; sobre la Muerte, la Gloria; sobre la Gloria el Tiempo; y sobre el Tiempo, Dios, único ser eterno e inmutable.

La piedad serena y mística del Petrarca no fué, sin embargo, el ascetismo medioeval de sus predecesores. El sentimiento religioso y el ideal cristiano, que tanto sitio ocuparon en el alma del poeta, no le hicieron perder jamás la conciencia de la realidad de la vida. Nunca fuè más humana Laura que idealizada, inmaterial, casi divina, velando desde el el Cielo por el poeta o viniendo a visitarle en sueños para consolarle y enjugar sus lágrimas.

Antes que el Petrarca, la poderosa imaginación de Dante había idealizado, también, la figura de una mujer. Hay, sin embargo, un abismo entre la Laura del Petrarca y la Beatriz del Dante. Para el poeta de la Divina Comedia, Beatriz es una abstracción: encarna en ella el símbolo de la ciencia divina. Para el Petrarca es algo más que eso: la belleza y la bondad celestes. Beatriz es una creación de la inteligencia y vive en la región de las ideas; Laura es un anhelo del corazón y de los sentidos y vive en el alma del poeta con la gracia, con el hechizo, con la seducción de un ser eminentemente femenino y humano.

La piedad religiosa y la observación interior, tampoco pudieron apartar al Petrarca de su medio, al que se sentía adherido por tan profundas y poderosas raíces, ni debilitar su devoción a los maestros de la antigüedad clásica, a cuyo estudio dedicó la más fecunda y preciosa actividad de su vida. La desgraciada situación de la patria fue un objeto de constante preocupación

para el poeta. Durante muchos años trabajó afanosamente por la pacificación de Italia. Son célebres las exhortaciones dirigidas al Papa y al Emperador, los eternos rivales que se disputaban el dominio de la Península, con el fin de atraerlos a un avenimiento que pusiera término a la ancestral discordia; y los oficios que interpuso entre Venecia y Génova, para llevar la conciliación y la paz a estas dos repúblicas divididas por viejas rivalidades comerciales. A la acción ardorosa y a la persuasiva elocuencia del discurso, unió el acento lírico de sus cantos. Su canción patriótica "Italia mía", inspirada en el sentimiento que producía en su alma el espectáculo de la anarquía, es una de las composiciones más bellas del poeta y en que mejor expresa su fé en el porvenir y resurgimiento de la patria.

Conocedor inteligente de la antigüedad, adquirió la fama de ser el hombre más sabio de su tiempo. Era un lector infatigable y un erudito profundo. Su conocimiento de los clásicos le proporcionó una inmensa y riquísima cultura intelectual y artística. Poseía el latín tan bien como su idioma propio y traducía el griego. Su amor por los maestros antiguos le llevó a buscar incesantemente en los archivos y bibliotecas de los monasterios los manuscritos olvidados de los clásicos, llegando a descubrir raras e importantes obras cuya existencia se ignoraba entonces.

Entre las causas a que atribuye Macaulay la fama inmensa de este hombre eminente, considera como una de las principales ésta del saber y cultura excepcionales del Petrarca. "Le corresponde, dice, el primer lugar entre los grandes hombres a quienes somos deudores del renacimiento del saber, constituyendo su adhesión apasionada a tan gran causa su título mejor establecido y más claro a la gratitud de la posteridad. Porque el Petrarca era fervorosísimo devoto de la literatura, que amaba con fidelidad extremosa y adoraba con fanatismo casi, viniendo a ser a manera de misionero que anunciaba sus maravillas y virtudes y excelencias a los pueblos más apartados, de peregrino que viajaba por extraños y remotos lugares recogiendo sus reliquias, de ermitaño que habitaba en apartado lugar para mejor y más reposadamente consagrarse a la contemplación de sus bellezas, de paladín que libraba por las letras singulares combates, de conquistador que traía uncidos a su carro victorioso la barbarie y la ignorancia, y que recibía en el Capitolio los laureles ganados en glorioso triunfo" (1).

(1) Estudios literarios.

Petrarca es, también, ya un hombre del Renacimiento por su exquisita sensibilidad de artista. Virtuoso consumado de la forma, no dejó nada jamás en sus versos al azar de la improvisación o del capricho. Pulió y repujó la forma de sus rimas con la paciente devoción de un benedictino e hizo de cada uno de sus sonetos y de cada una de sus canciones obras de un arte insuperable. Conocía a fondo todos los secretos de la forma y del ritmo; los efectos y adornos del lenguaje están en sus poemas admirablemente calculados, y las imágenes dispuestas con singular habilidad en el brillante marco que se trazara en ellos. (1).

Después del Petrarca, es Bocaccio el más grande precursor del Renacimiento. El buen humor, la alegría de vivir, el amor por lo humano y por los goces de la realidad presente, que son los rasgos esenciales de su espíritu, van a ser con él, los caracteres más saltantes de toda la literatura de una época. Ningún autor, como Bocaccio, ha precisado en forma más definida y neta la oposición entre el ideal ascético de la Edad Media y el ideal pagano que trajo al mundo moderno la renovación de la cultura clásica. Cada una de las líneas principales de su fisonomía moral difieren visiblemente en las de sus antepasados, y aún con muchos de sus ilustres contemporáneos ofrece su espíritu divergencias notables. No siente o no quiere sentir, como el autor de la Divina Comedia, las angustias de la hora que vive y el malestar social de la época, ni sufre con las miserias políticas de la patria ensangrentada, ni le atormentan en la época fecunda y brillante de su vida las inquietudes del más allá ni los problemas del fin y del destino humanos. No adolece, tampoco de la tristeza meditativa del Petrarca: las traiciones e ingratitudes de Fiametta no son parte a extinguir su risa desbordante ni la facundia inagotable de sus burlas. Aún en los momentos en que evoca cuadros de horror y de muerte, como las escenas de la peste negra de Florencia—que supo trazar con las pinceladas más sombrías y trágicas—no le abandonan el buen humor y la alegría. Pocos habrán aventajado a Bocaccio en este arte insuperable de unir lo serio y lo cómico, lo alegre y lo triste, lo sublime y lo ridículo para reconstruír en pinturas tan llenas de color, de animación y de vida, escenas de un tan consumado y admirable realismo.

(1) No están exentas, sin embargo, sus composiciones de cierto artificio tan general en los poetas de la época.

El único fin de sus obras es agradar y divertir, a las damas sobre todo. Escribe para dar un momento de solaz a las mujeres (1) o para disipar una tristeza de su espíritu. Si respeta algún principio o norma en su literatura, ese principio o norma es solamente la belleza: Bocaccio es indiscutiblemente el primer escritor moderno que ha practicado en las letras la teoría del arte por el arte. Galante y enamorado, sus asuntos principales son el amor, la voluptuosidad, el placer; y su preocupación dominante, los goces terrestres y sensuales. Casi todos sus personajes parecen perseguir ardientemente la plenitud de una felicidad epicúreà que no tiene otro ideal que la satisfacción intensa de todos los deseos. Y si algunos sufren y lloran, no es tanto por las desgracias de la vida, cuanto por la imposibilidad en que se encuentran de alcanzar la dicha que buscan o porque han perdido el bien de que gozaban.

Con un amor inmenso por el mundo que le rodeaba, penetrado hondamente de la sicología de su raza y de su tiempo, empapado en las tradiciones y costumbres del pueblo, mucho sentido de la naturaleza y una rara aptitud para percibir el ridículo, Bocaccio observa atenta y detenidamente su medio y lo traslada, con un color, una gracia y una verdad inimitables, a los cuadros y escenas de sus cuentos. La Italia entera del siglo XIV desfila en el Decamerón con los tipos, de todas las clases y condiciones sociales de la época, sus costumbres, sus usos, sus vicios, sus ridiculeces y sus preocupaciones; con los paisajes que copia de la realidad e idealiza la paleta de su arte maravilloso, y en fin, con las pasiones, afectos, sentimientos y anhelos de sus hombres en la agitación y el fermento de una vida rebozate de interés y de gracia.

Pero Bocaccio no sólo ha sabido comunicar, en el Decamerón, una vida intensa a sus personajes y contar sus relatos con animación encantadora y abundancia de detalles pintorescos, sino que ha hecho de esta obra un todo íntegro y armónico en que los mústiples aspectos y variadas perspectivas de los cuadros giran alrededor de un punto central y de un pensamiento único que son el alma de la composición. Bocaccio, como todos los grandes artistas del Renacimiento, sólo percibe y forja imágenes completas y vivas, animadas por el gran soplo creador de

(1) Sus obras están dedicadas casi siempre a una amiga, una cortesana o una amante—María de Aquino, especialmente, en apariencia, hija del conde de Aquino, en realidad de Roberto de Anjou, rey de Nápoles.

las concepciones geniales y profundas. Cada jornada de la poética excursión tiene en el relato su rey o su reina, que es el personaje que dirige la fiesta literaria del día, y este personaje imprime generalmente algo de su carácter y de su espíritu a los cuentos de la jornada que preside. Estos cuentos, además, están ligados por mil incidentes y circunstancias de la acción general y, sobre todo, por los juicios y diálogos que la narración suscita entre los oyentes.

Mucho se ha hablado, al tratar de Bocaccio, de la inmoralidad de sus novelas. No puede negarse, indudablemente, que es grande la licencia de los asuntos y de las expresiones. Pero hay que tener en cuenta, también, que el autor no hacía sino reflejar en su obra el ambiente de la época, rudo y grosero, y las costumbres relajadas y libres del pueblo en que vivía. Con todo, jamás descendió a la procacidad de los fablieaux y de los cuentos satíricos y eróticos de la Edad Media, que unían al ingenio más picante y vivo, una obscenidad desvergonzada y cínica. Bocaccio procuraba siempre dar una forma espiritual a los asuntos, aun a los más escabrosos, no olvidando nunca cierta medida, discreción y buen gusto hasta en los momentos en que más se abandonaba al buen humor de su espíritu.

Bocaccio, por otra parte, tenía un elevado concepto de la moralidad literaria. La moral en los libros, para él, es algo muy relativo, porque ninguna obra es moral o inmoral en sí: su bondad o malicia depende más de la persona que lo lee que del asunto de que trata o la persona que lo escribe. De todo en la vida puede deducirse una enseñanza buena o mala, según el espíritu de los hombres y el modo de apreciar los hechos. En una palabra, las cosas son buenas o malas en razón del uso que se haga de ellas, las proporciones en que se tomen y el destino a que se dediquen. "Estas novelas, dice, tales como ellas son, pueden ser útiles o nocivas, como todas las cosas, según el espíritu de las personas que las lean. ¿Quién no sabe que el vino es excelente para los hombres sanos, según Cinciglione, Scolaio y muchos otros, y es pernicioso para los enfermos? ¿Diremos, acaso, que porque no conviene a los enfermos, el vino es malo? ¿Quién no sabe que el fuego es útil, y aún necesario a los mortales? Podrá decirse, igualmente, que porque incendia las casas y las ciudades, el fuego es pernicioso? Las armas sirven, así mismo, para defender a los hombres pacíficos y para matar a otros, no porque ellas sean criminales sino por la malicia de los que las manejan. Un espíritu corrompido interpreta mal lo que escucha, y

las palabras honradas no le penetran; en tanto que las ideas más libres no pueden contaminar un entendimiento bien constituído como no puede contaminar el fango los rayos del sol, ni las inmundicias de la tierra, las bellezas del cielo. ¿Hay libros más puros, más dignos, más respetables que las Santas Escrituras? Y no obstante, mal interpretados, han arrastrado a su perdición a mucha gente. Todas las cosas, en sí, son buenas para algo: mal adaptadas, pueden ser funestas en exceso. Tal es el caso de mis novelas. Algunos podrán extraer de ellas consejos peligrosos o darles una mala aplicación; pero a otros, por el contrario, podrán proporcionarles muy buenos frutos. Serán útiles y provechosas,—dignas de alabanza en lugares y tiempos convenientes —a las personas para quienes han sido escritas. Alguien preferirá su breviario o sus pláticas con el confesor. Tendrá razón: mis novelas no correrán detrás de las personas para hacerse leer". (1)

Como Petrarca, Bocaccio fué también un gran humanista. Su desinteresado amor por la cultura y el valioso caudal de conocimientos clásicos que aportó al acervo intelectual de su tiempo, le dan en la Historia de la Literatura un lugar prominente entre los escritores que más influyeron en el renacimiento de las letras antiguas. Basta leer el título de sus principales obras para ver hasta qué punto su espirítu está lleno de recuerdos clásicos: Filocolo, Filostrato, Decamerón, Ninfale Fiesolano, etc. Sus asuntos los toma con mucha frecuencia de la mitología y de los autores griegos y latinos, y trata de imitar a los maestros, no sólo en el espíritu que los anima, sino también en la pureza y perfección de la forma, tersura del lenguaje y atildamiento ático y elegante del estilo.

Gran admirador de Homero y de Dante, se hizo traducir la Ilíada por un erudito griego, Leontius Pilatus, y comentó fervorosamente la Divina Comedia, de la que mandó copiar un ejemplar con que obsequió al Petrarca. Cuando el poeta de los Trionfi pasó por Florencia, le alojó en su casa y mantuvo después con él, durante toda su vida una estrecha y fecunda relación de amistad.

Boccacio tiene el mérito insigne de ser el creador de la prosa italiana y el primer y más grande novelista moderno de su patria.

Italia ha devuelto al mundo el placer de vivir y el encan-

(1) El "Decamerón", "Conclusiones del autor".

to de un arte y de una literatura nuevos. De hoy más la belleza será una necesidad imprescindible del espíritu y se impondrá no sólo a los dominios del arte sino también a la existencia misma de los individuos, ya que el más alto ideal de un hombre del Renacimiento es hacer ante todo una obra de arte de la propia vida.

La inquietud generosa ganará prontamente todos los pueblos y todos los corazones. Los ejércitos de los diversos países de Europa al volver a sus patrias llevarán la preciosa semilla. ¡Y qué admiración más profunda experimentarían los hombres rudos e incultos de la época al encontrarse frente al brillante espectáculo de la civilización italiana! "Representémosnos a la Francia de 1494 descendiendo por primera vez del otro lado de los Alpes, a los hijos de los compañeros de Luis XI, compañeros del Temerario, descubriendo repentinamente, al salir de sus rústicas villas y sus pobres cabañas, la clara y deliciosa Italia: fue un estupor, un deslumbramiento. Fueron cogidos por todos los sentidos y por todo el espíritu: una nueva concepción de la vida despierta en ellos, y comenzaron a trasportar a sus casas todo lo que les había maravillado allá abajo: quisieron tener palacios, jardines, cuadros, estatuas, vestidos, joyas, perfumes, libros, poetas, sabios, animales raros, ciencia, ingenio, como tenían los Médicis, los duques de Urbino o de Ferrara. Cuando regresaron a Francia, todo el Renacimiento entró con ellos, un poco desordenado en sus cerebros como en sus equipajes" (1).

IV

A mediados del siglo XV la caída de Constantinopla precipitó el movimiento de renovación que venía operándose insensiblemente en Europa. Los sabios, literatos y artistas de Bizancio, expulsados de su patria, junto con gran parte de la población griega, se esparcieron por todo el Occidente, llevando consigo los gérmenes de una cultura, si no absolutamente ignorada, por lo menos muy mal comprendida y peor interpretada. Se estudiaron con el fervor de un culto casi religioso, los grandes modelos de la antigüedad pagana; y las aulas públicas de los eruditos bizantinos se llenaron de discípulos ávidos de belleza y de ciencia. El griego y el latín, aprendidos para leer a los maestros clásicos en su propio idioma, se hicieron familiares a

(1) Gustave Lanson, "Histoire de la Litterature Francaise".

los cultivadores de las letras, y se elevó el latín a la categoría de lengua universal, en la que, a través de las distancias, las fronteras y los dialectos, se comprendían y cambiaban ideas los hombres cultos de todas las nacionalidades. Los monarcas y los grandes señores, a la manera de los príncipes italianos, se rodearon de filósofos, artistas y poetas, para realzar con el prestigio de la ciencia y el arte el brillo de sus cortes y de sus palacios. Se buscó en el copioso acervo de los monasterios las reliquias olvidadas de la antigüedad; se les tradujo y comentó con asiduidad y entusiasmo; se multiplicaron hasta lo infinito los ejemplares de Homero y Virgilio, de Píndaro y Horacio, de Demóstenes y Cicerón, de Ovidio y Teofrasto, de Quintiliano y Tácito; y se consideró como el mejor homenaje o el más valioso obsequio, el envío de un raro manuscrito.

Un conjunto feliz de sucesos, descubrimientos geográficos y científicos e inventos de todo orden, contribuyeron eficazmente a la renovación que se operaba. La imprenta acelera el vuelo del pensamiento y difunde las ideas. Mas a la importancia intrínseca del invento se auna la oportunidad de la hora. Viene la imprenta en el momento exacto en que su acción iba a ser verdaderamente fecunda. Es el instante en que aparecen los mejores libros de la antigüedad clásica. Los hombres han quedado deslumbrados por el hallazgo. A la sorpresa de la revelación ha seguido el entusiasmo; y al entusiasmo, el amor y la devoción más ardientes. Casi no se multiplican sino las obras de los viejos maestros, porque son los únicos que interesan a los espíritus de la época. La imprenta, así, no sólo aviva y difunde la cultura greco-latina, sino también, y sobre todo, da muerte a la Edad Media. Y fue tan universal y profundo el olvido en que los doctos sumieron esta época, que las generaciones posteriores la han considerado como un vacío en la historia del pensamiento humano. Inventada antes de 1455 (1), la imprenta no hubiera, probablemente, operado la revolución que produjo. Impresos al principio sólo los libros de la época, Aristóteles—mal comentado—, y uno que otro autor latino, y más tarde, indistintamente y en desordenada mezcla, los libros de la antigüedad y los que entonces se escribían, la influencia clásica hubiera sido tan insignificante y débil que su acción se habría polarizado en la infinidad abigarrada de las tendencias y preocupaciones de la Edad Me-

(1) Fecha probable de la primera impresión.

dia. Descubierta más tarde, cuando el entusiasmo por la antigüedad se hubiera ya desvanecido, la imprenta no habría realizado, seguramente, la revolución trascendental que en todo orden de cosas produjo en el siglo XVI. (1)

La pólvora, que ha abatido el poder feudal de los señores, y el desarrollo del comercio y de la industria, que favorece el esplendor y lujo de las cortes, cambian radicalmente la estructura social. Desaparecen la intranquilidad y la zozobra en las relaciones particulares de los individuos, y las costumbres adquieren un carácter amable de elegancia y cortesanía. "Hacia el vigésimo año de Isabel, dice Taine, los nobles cambian el escudo y la espada de dos manos por el espadín: circunstancia casi imperceptible en apariencia, pero en rigor enorme, porque es semejante a la mudanza que hace sesenta años nos despojó de la espada de corte para dejarnos con los brazos colgando en nuestra levita negra. En efecto, es entonces cuando acabó el régimen feudal y empieza la vida de corte, como hace poco acabó la vida de corte y empezó el régimen democrático. Juntamente con la espada de dos manos, con la pesada armadura completa, con los torreones feudales, las guerras privadas y el permanente desorden, todas las calamidades de la Edad Media retroceden y se desvanecen en el pasado. El inglés ha salido de la guerra de las Dos Rosas. Ya no corre el riesgo de que un día le saqueen como rico, y al día siguiente le ahorquen como traidor; ya no necesita limpiar su armadura, concertar ligas con los poderosos, hacer provisiones para el invierno, reunir hombres de armas, correr el campo para saquear y ahorcar a los demás. La monarquía, en Inglaterra como en Europa, ha puesto paz en las sociedades, y con la paz aparecen las artes útiles. La seguridad civil trae el bienestar doméstico; y el hombre, mejor abastecido dentro de casa, mejor protegido dentro de su villa, puede tomar gusto a la vida terrestre que transforma" (2).

Colón ha dilatado la extensión de la Tierra y ha abierto al pensamiento y a la acción horizontes insospechados. Nicolás de Cusa, Copérnico, Galileo, Giordano Bruno y Kepler reemplazan con una visión más exacta de la realidad, la concepción tradicional del Universo. Sus investigaciones romperán las esferas

(1) Emile Faguet, "Zeiziéme Siecle.—Etudes Littéraires".
(2) Ob. cit.

que aprisionaban la Tierra e impedían el libro vuelo del espíritu, y abrirán el camino de los grandes descubrimientos astronómicos. Nuestro planeta no será más el centro de los mundos, ni el hombre lo será del Universo: el centro estará en todas partes y la circunsferencia en ninguna. La idea de la relatividad de todas las cosas triunfará definitivamente del dogmatismo y caerá para siempre el pedestal que el hombre en su soberbia infinita se había levantado.

Montaigne, que llevó el análisis de su escepticismo punzante a todas las ideas, creencias y preocupaciones de la época, decía en uno de los mejores capítulos de sus "Ensayos": "La presunción es nuestra enfermedad natural y original. La más frágil y calamitosa de todas las criaturas es el hombre, y a la vez la más orgullosa: el hombre se siente y se ve colocado aquí abajo entre el fango y la escoria del mundo, amarrado y clavado a la peor parte del universo, en la última estancia de la vivienda, el más alejado de la bóveda celeste, en compañía de los animales de la peor condición de todas, por bajo de los que vuelan en el aire o nadan en las aguas, y sin embargo se sitúa imaginariamente por cima del círculo de la luna, suponiendo el cielo bajo sus plantas. Por la vanidad misma de tal presunción quiere igualarse a Dios y atribuírse cualidades divinas que elige él mismo; se separa de la multitud de las otras criaturas, aplica las prendas que le acomodan a los demás animales, sus compañeros, y distribuye entre ellos las fuerzas y facultades que tiene a bien". Y en otra parte del mismo capítulo: "Hágame primero comprender por el esfuerzo de su razón (el hombre) sobre qué cimientos ha edificado la superioridad inmensa que cree disfrutar sobre las demás criaturas. ¿Quién le ha enseñado que ese movimiento admirable de la bóveda celeste, el eterno resplandor de esas antorchas que soberbiamente se mantienen sobre su cabeza, las tremendas sacudidas de esa mar infinita, hayan sido establecidos y continúen durante siglos y siglos para su comodidad y servicio? ¿Es acaso posible imaginar nada tan ridículo como esta miserable y raquítica criatura que ni siquiera es dueña de sí misma, que se halla expuesta a recibir daños de todas partes, y que sin embargo, se cree emperadora y soberana del universo mundo, del que ni siquiera conoce la parte más ínfima, lejos de poder gobernarlo? Y ese privilegio que el hombre se atribuye en este soberbio edificio de pretender ser único en cuanto a capacidad para reconocer la belleza de las partes que lo forman, él solo el que puede dar gracias al magistral arquitecto y hacer-

se cargo de la organización del mundo, ¿quién le ha otorgado semejante privilegio? Que nos haga ver las pruebas de tan grande y hermosa facultad, que ni siquiera a los más sabios fué concedida. Casi a nadie fué otorgada concesión semejante, y menos por consiguiente, habían de participar de ella los locos y los perversos, que constituyen lo peor que hay en el mundo... Nunca demostraríamos bastante la imprudencia de pretensión tan risible. ¡Infeliz! ¿Qué calidades le acompañan para ser acreedor a tan sublime distinción? Considerando esa vida inmarcesible de los cuerpos celestes, la hermosura de ellos, su magnitud, su continuo movimiento con tanta exactitud acompasado; al fijarnos en la dominación y poderío de esos luminares, que no sólo ejercen influencia sobre nuestras vidas y fortuna, sino sobre nuestras inclinaciones mismas, sobre nuestra razón, sobre nuestra voluntad, las cuales rigen, empujan y agitan a la merced de su influencia, conforme al raciocinio nos enseña y descubre; al ver que, no ya un solo hombre ni un rey, sino que las monarquías, los imperios y cuanto hormiguea en este bajo mundo se mueve y oscila a tenor del más insignificante movimiento celeste; si nuestra virtud, nuestros vicios, nuestra ciencia y capacidad, y la misma razón con que nos hacemos cargo de las revoluciones astronómicas y de la relación de ellas con nuestras vidas procede, como juzga aquélla, por su favor y mediación; si de la organización del cielo nos viene la parte discursiva de que disponemos, ¿cómo puede esta parte equipararnos a aquél?, ¿cómo someterá a nuestra ciencia sus condiciones y su esencia? Todo cuanto vemos en esos cuerpos nos admira? ¿Por qué, pues, los consideramos como privados de alma, vida y raciocinio? ¿Acaso hemos podido reconocer en ellos la inmovilidad y la insensibilidad, no habiendo con ellos mantenido otra relación que la de sumisión y obediencia? ¿Osaremos decir acaso que no hemos visto en ninguna criatura si no es en el hombre el empleo de un alma razonable? ¡Pues qué! ¿hemos visto algo que se asemeje al sol? ¿deja de existir lo mismo porque no hayamos visto nada que se le asemeje, ni sus movimientos de existir porque no los haya semejantes? Si tantas cosas como no hemos tocado no existen, nuestra ciencia es de todo punto limitada. ¿Acaso son soñaciones de la humana vanidad el creer que la luna es una tierra celeste; suponer como Anaxágoras que en ella hay valles y montañas y viviendas para los seres humanos, o establecer colonias para nuestra mayor comodidad como hacen Platón y Plu-

tarco, y también considerar a la tierra como un astro luminoso?..." (1)

De los descubrimientos sobre la tierra y sobre el mundo van a surgir dos ideas de una importancia trascendental en la génesis del espíritu moderno: la pequeñez de la tierra en comparación con la magnitud de otros planetas y la inmensidad del úniverso, cuyos límites retroceden indefinidamente en el espacio. La morada del hombre es ya un punto perdido en lo infinito, y el cielo bajo y familiar de la Edad Media descorrerá el velo de un vacío inquietante. Dios, tan cerca antes de los hombres, se alejará, también, tras el cielo que se desvanece. En adelante se le podrá concebir, adivinar, comprender, tal vez, pero ya no sentir. El conocimiento de Dios reemplazará al amor de Dios (2), y la fe, hija del sentimiento, se divorciará definitivamente de la ciencia.

El estado de espíritu que estas ideas suscitan es muy semejante al de los filósofos griegos. Elevándose éstos sobre la fantasía de la leyenda y del mito, buscaron a Dios con la razón y concibieron una causa única e infinita tras la multiplicidad de manifestaciones que personificó en los dioses del Olimpo la imaginación popular. La inteligencia, como en el siglo XVI, triunfaba de la imaginación y del sentimiento, y por eso los hombres de ambas épocas, a través de los siglos, se daban la mano y se comprendían tan profundamente.

De todos los sabios que arrojaron luz sobre la tierra y la infinitud del universo, pocos ejercieron tanta influencia sobre las ideas de su tiempo como Giordano Bruno. Alma de artista y corazón de poeta, tan gran filósofo como eminente hombre de ciencia, construyó con las propias experiencias y las adquisiciones científicas de su época, toda una concepción filosófica del mundo, del valor de la vida y de los límites del conocimiento. Se propuso, ante todo, continuar la obra de Copérnico y extraer de ella todas las consecuencias que el maestro no alcanzó a deducir. La idea central de su sistema es la infinitud del universo. La concepción tradicional hacía del mundo un todo limitado, cuyas fronteras había pretendido fijar la ciencia. Para Bruno esas fronteras retroceden indefinidamente cada vez que los sentidos y el pensamiento se dirigen hacia ellas. Niega la posi-

(1) Capítulo XII.—Apologie du Raymond Sebond.
(2) Faguet, Ob. cit.

bilidad de encontrarlas y sostiene que el universo no puede ser limitado por nada en el espacio.

Los datos que los sentidos nos proporcionan, dice, desautorizan a cada paso el concepto tradicional de un universo limitado. El horizonte cambia para el observador según el punto en que se coloque, y cualquiera que sea este punto, la vista le dará siempre la percepción de una esfera, cuyo centro estará en el lugar que él ocupa y la circunferencia en ninguna parte. El raciocinio, agrega, confirma la noción de los sentidos. La inteligencia busca constantemente un más allá. La limitación repugna a sus juicios. La persecución indefinida de las causas es una necesidad vital de la razón humana, una condición fundamental del conocimiento. Nuestro pensamiento tiene derecho para preguntarse por qué las esferas que limitan el horizonte de la Tierra son ocho y no nueve, por qué no son diez u once. Y es que nuestra inteligencia puede en realidad concebir un número ilimitado de ellas. Toda determinación de lugar será, pues, relativa: un sólo punto, según el sitio que se ocupe, será centro, polo, zénit o nadir.

De la relatividad del lugar infiere la del movimiento, el tiempo y la pesantez. El movimiento no se concibe sino con relación a un punto fijo y determinado, y este no existe. El punto donde me encuentre, dice, me parecerá el inmóvil: la diferencia entre lo móvil y lo inmóvil es sólo una ilusión: depende meramente de una apreciación subjetiva y personal. No habiendo un movimiento absoluto y regular, variando su aspecto con el punto en que nos coloquemos, es imposible apreciar el movimiento exacto de las diferentes estrellas, y en consecuencia es preciso reconocer tantos tiempos como estrellas hay en el Universo. La pesantez se consideraba desde la antigüedad como la tendencia de los cuerpos a buscar el centro del mundo, que era la Tierra. Bruno opone la idea de que la pesantez no puede apreciarse con relación a todo el Universo sino a cada uno de los planetas. La pesantez de un cuerpo de la Tierra lo será sólo con relación a ella. De aquí esta consecuencia: la Naturaleza es esencialmente igual a sí misma: el aspecto diferencial de las cosas es también una ilusión. El filósofo recuerda una experiencia de la infancia: desde el lugar donde habitaba, distinguía en los días claros el Vesubio. Su falda presentaba a sus ojos una superficie irizada por los más bellos y delicados matices. Algunos años más tarde, al pié del volcán, sufrió uno de los primeros desen-

gaños de su vida. La superficie del Vesubio, abrupta y denegrida, ofrecía a su vista una deplorable impresión. En cambio la pintoresca casa de campo de su aldea natal, contemplada desde un punto elevado de la misma montaña, perdía el gracioso encanto de sus vivos colores y sus contornos elegantes y frágiles. Es natural suponer que nos suceda lo mismo cuando contemplams los demás planetas. Ellos son seguramente otros mundos como el nuestro, partes a su vez de innumerables sistemas planetarios. "Viendo retroceder, indefinidamente, dice Hoffding, los límites del Universo, Giordano Bruno, siente que el espíritu, libre de toda barrera, puede respirar ampliamente y elevar sin obstáculo su vuelo hacia el ideal y el infinito. Y es que lo infinito del Universo tiene para él un carácter simbólico, porque es el emblema de la infinitud del espíritu" (1).

Finalmente, a la idea del Universo infinito, liga la de la eternidad de la Naturaleza y la del valor del esfuerzo. Hombre del Renacimiento, consagra a la Naturaleza un culto religioso. Todo en ella es eterno y viviente; nada se destruye: la existencia y disolución de los seres no son sino manifestaciones de una constante metamórfosis. El esfuerzo es la preciosa emanación de la energía infinita del sér. Su valor radica en él mismo: no depende del éxito ni de los resultados de la acción: es la vida de los grandes corazones, la locura sublime de las almas heróicas. "Aunque el alma, dice, no alcance el término de sus esfuerzos, y se consuma a fuerza de arder, es suficiente con que arda en un fuego tan noble". (2).

El Humanismo prestó, también, a la época el auxilio de su labor fecunda. No era el Renacimiento, por más que se dirigiera, como éste, hacia el pasado. El Renacimiento vuelve los ojos a la antigüedad para saturarse de su espíritu y de sus ideas; el Humanismo, la busca para gustar de su arte e imitar la belleza de sus formas. El uno es una revolución violenta, una ruptura brusca con la tradición; el otro es una reacción tímida y prudente contra las tendencias artísticas y literarias de la Edad Media. Si el Renacimiento aparece a mediados del siglo XV para propagarse rápidamente por toda Europa durante el XVI, el Humanismo no interrumpe el proceso de su acción en toda la Edad Media: en cualquier momento de esta época, efectivamente, po-

(1) Historia de la Filosofía.
(2) Giordano Bruno, "Las Locuras Heróicas".

drán reconocerse las huellas de la imitación clásica; y su influncia, lenta y pobre al principio, se irá robusteciendo a partir del siglo XIV, para alcanzar todo su explendor y su fuerza en el momento en que surge el nuevo espíritu que había de cambiar la orientación del pensamiento.

Ambas tendencias, con reconocer un mismo orígen, se oponen, sin embargo. El Renacimiento es pagano, porque se inspira en el espíritu mismo de la antigüedad; el humanismo es cristiano porque vive las ideas y preocupaciones de la época. Las dos se esfuerzan por huír el presente; más una lo hace revelándose contra la tradición, la otra afirmándose en ella. En todo humanista hay casi un desdoblamiento de la personalidad: en la actividad real de la vida es un hombre de su siglo, de su país y de su raza, piensa y siente como la generalidad de las personas, es creyente y católico, y en veces combate el paganismo de los renacentistas, que tilda de heregía. En la literatura y en el arte su yo es antiguo: sus formas son griegas, su retórica latina; sus maestros Homero, Virgilio, Píndaro, Horacio, Plutarco, Tácito, Cicerón y Demóstenes.

El Humanismo, con todos los efectos que se derivaban de su dirección erudita y libresca, ejerció, sin embargo, una vigorosa influencia. Contribuyó con su culto de las formas clásicas al enriquecimiento del arte, y con el refinamiento del gusto, que le daba su íntimo comercio con los hombres de la antigüedad, ese espíritu aristocrático y selecto que tanto distingue a los grandes obreros del Renacimiento.

La Reforma, por último, que orienta la actividad intelectual hacia el libre examen y la autonomía de la conciencia personal, es, así mismo, un factor importante en el fermento de las nuevas ideas.

Como el Renacimiento, la Reforma era una reacción contra la tradición y una vuelta al pasado. La tradición era la Edad Media, que había falseado el espíritu de la verdadera religión; el pasado era el cristianismo primitivo, el cristianismo puro, de Jesús y los apóstoles, que la Reforma quería restaurar sobre el escándalo de un clero corrompido y el error de una Escritura arbitrariamente interpretada. En guerra con todo el mundo, se oponía al Renacimiento que personificaba el espíritu pagano, el amor a la vida y el desprecio del dogma y de la verdad revela-

da; y al Humanismo por su exagerada devoción a la literatura clásica, fuente principal del error y del pecado.

Con todo, y a pesar de esta actitud de franca hostilidad, la influencia que ejerció sobre el mismo espíritu que combatía fué inmenso. La tendencia al examen personal, la libertad de conciencia y la confianza en el propio criterio y en la propia razón, que tanto caracterizan la dirección del pensamiento a partir de los primeros años del siglo XVI, vienen en gran parte de la Reforma.

En adelante, al criterio de autoridad se opondrá resueltamente el criterio de la razón; al dogmatismo y a la verdad revelada, la observación y la experiencia; al Aristóteles mal interpretado, no sólo el divino Platón, sino también, y lo que es más importante, un Aristóteles auténtico, recientemente exhumado. Fuerte en la Biblia y en la Teología, la Edad Media se había creído en posesión de la verdad: el fondo mismo de ella no lo discutía siquiera. Las inteligencias, reposando con seguridad sobre principios consagrados, ejercitan solamente su actividad en juegos lógicos de reciciocinio y de análisis. Epoca de inalterable paz interior, de absoluta tranquilidad de conciencia, nada podía alterar el perfecto acuerdo entre la razón y la fé. Pero el Renacimiento agita todas las ideas, discute todos los sistemas; duda y vacila, ataca y niega. Examina los postulados de la religión, de la moral, de la política, de la filosofía y del arte; contradice y combate todo lo que la edad precedente había considerado inconmovible, y pretende llegar a la verdad con sólo el auxilio de la razón y de la ciencia. Al dogmatismo universal, sucede un universal escepticismo; a la demostración, la discusión; a la tranquilidad y la fe, la inquietud y la duda. El hombre no procederá más por clasificaciones artificiales y prolijas, ni distingos sútiles. Querrá empaparse en verdad, penetrar en el fondo mismo de las cosas, llenar el alma con imágenes completas y vivas, y no fragmentadas y abstractas, sondear el misterio con valor y entusiasmo, y luchar por un ideal humanitario y noble, que fuera a la vez justicia y belleza, verdad y plenitud de vida.

En ninguna otra época el espíritu remontará más alto, ni el genio producirá obras de una tan gigantesca magnitud. Montaigne y Rabelais en Francia, Ariosto y Machiavello en Italia, Shakespeare y Bacon en Inglaterra, Cervantes y Lope de Vega en España, dejarán para siempre en el acervo de la cultura hu-

mana lo que hay de más grande y original en el pensamiento, de más perfecto en la forma, de más sutil y profundo en el análisis de la conciencia y de la realidad de la vida. El hombre, libre de preocupaciones y prejuicios, descenderá a la honda interioridad de su espíritu para sorprender los secretos de la naturaleza moral y los móviles más íntimos de la conducta; se estudiarán las pasiones del corazón en toda la infinita variedad de sus matices; y el dramaturgo forjará caracteres universales y eternos; y el filósofo, concepciones extraordinarias; e imágenes sublimes, el poeta. La inquietud de la curiosidad intelectual, la duda, el escepticismo, la reflexión y el estudio, retrotrayendo la ciencia y la filosofía a sus justos límites, abrirán al pensamiento de las generaciones nuevas el surco de una orientación fecunda y sabia. Y el hombre, después de muchos siglos y de muchas transformaciones, seguirá viviendo todavía de sus enseñanzas y de sus doctrinas.

Alberto Ureta.

Lima, 1923.

En el Norte

(1899)

De Emile Verharen.

Una tarde, en el otoño, retornaban de muy lejos
dos marinos del mar nórdico, ya viejos;
de Sicilia deslumbrante y de las islas sin penas
retornaban,
con un pueblo de sirenas
a su bordo.

Orgullosos de su dicha regresaban a su fiordo
entre brumas espectrales;
orgullosos de su dicha regresaban a su fiordo,
una tarde de tristezas otoñales,
bajo un viento duro y lento.
De la playa los miraban
sin de verlos dar señales:
cual las ramas del sarmiento retorcidas,
y vestidas de luz y oro,
en las jarcias y en los mástiles y antenas
enroscaban el tesoro
de su cuerpo las sirenas.
Mas la turba de la playa no advertía
lo que fuera la visión que así surgía
de las aguas por en medio de la bruma:
el navío, como un búcaro argentado,
todo henchido con los frutos
de la carne de oro vivo y sonrosado,
que volaba entre la bruma
sostenido por las alas de la espuma.

Y cantaban entre tanto las sirenas
en las jarcias de luz llenas,
con los pechos levantados como llamas en las piras,
y los brazos encorvados como liras;
y cantaban las sirenas sin reposo
tras los pasos del crepúsculo moroso
que barría de las ondas los postreros lampos diurnos;
y cantaban las sirenas
abrazadas a los mástiles y antenas,
y cantaban y fulgían;
mas los hombres de la playa, taciturnos
e inconscientes, nada oían.
Ni uno de ellos reconoce a sus hermanos
—los marineros ya ancianos,—
ni la barca
que retorna a su comarca,
ni los foques ni las velas
cuyas telas ha cosido.
Ellos nada han comprendido del gran sueño
que, de lo alto de la nave ya cercana,
con su huella va hechizando islas y mares;
ellos nada han comprendido del gran sueño
solamente porque él no era la mentira cuotidiana
que aprendieron en sus lares.
Y por eso es que el navío que los tienta
con las áureas maravillas
de un quimérico tesoro,
pasa al largo, sin que nadie en sus gavillas
coja alguno de los frutos de la viva carne de oro.

Adán Espinoza y Saldaña.

El Pasado

(*Fragmento de un estudio crítico*)

Alberto Sánchez es un popular escritor bogotano que firma con el seudónimo de *El Dr. Mirabel*. Poeta en su primera juventud, ha escrito finos e inspirados versos que aún hoy se recitan con aplauso en Colombia. Pero la fama de que disfruta en su patria la debe sobre todo a sus crónicas, leyendas y críticas. Ofrecemos a nuestros lectores estas páginas que el señor Sánchez ha tenido la gentileza de dedicar especialmente a "Mercurio Peruano".

El pasado supervive y continúa su callada labor en nosotros, aunque hayan fallecido nuestros recuerdos; y es más poderoso en veces cuanto más inconocible, o cuanto más impreciso aparezca tras las dilatadas lejanías del silencio. Hay dos especies de pasado cuyo influjo puede favorecer la perfección íntima de nuestra personalidad: el que está dentro y el que vive más allá de nuestra vida recordable. Los episodios que del uno sabemos deben ser utilizados y convertidos en aliento y en belleza; también así los que del otro conocemos en algo, en parte adivinamos, y aunque no sea puntualmente reconstruímos; estos intervinieron en la aparición de nuestra alma y le explicarán algunas de sus incógnitas.

Acerca del pasado recordable, pongamos un sencillo ejemplo: Allá en los días primeros de nuestra adolescencia, hemos asomado una tarde a la plaza de cierto pueblo. Es una plazuela solitaria, parte bañada en sol, parte mayor obscurecida por una sombra violeta. Al comedio, el agua cae murmullando en una

vieja fuente. Por el aire tranquilo han vibrado sonorosas unas campanadas, ¿qué tiene este pueblo, que tan encariñados vivimos con él? Hay alguien que, sin barruntarlo nosotros, genera este plácido cariño: es una muchacha que ahora va pasando por la plazuela y a quien siempre hemos seguido con el paso y con la vista, alelados y poseídos de un sentimiento que no alcanzaríamos a definir. Maruja se llama esta muchacha, igual a nosotros en años, que ya más de una vez nos ha sonreído y que ahora lo hace como si nos llamara con sus ojos. Nunca en la vida se nos olvidará esta figura que pasa por la sombra violeta, por el sol topacio, que sube unas gradas y que penetra en la iglesita volviendo a mirar discretamente en nuestra busca. Minuto después hemos ido también hacia allá, la hemos encontrado en una capilla penumbrosa, lo que hablamos parece no tener sentido, pero en medio a estas palabras incoherentes la muchacha nos devuelve un beso, suspirando como si algo le punzara el corazón. Tiempo después, no volvimos a vernos... Los años han transcurrido larga, largamente. Nosotros hemos estudiado, trabajado, viajado, sufrido por nuestras dilecciones y penado con gusto nuestras penas. Un día talvez nos hemos detenido a inquirir en dónde está el origen de aquella fuerza propulsora que paralelamente a nuestra vida se ha venido formando, y que, superior a cuantas concurrieran a oponérsele, nos ha hecho preferir las nobles empresas del sentimiento, basar en ellas una muy principal acción de nuestro ser sobre sí mismo, y derivar de ellas nuestro más virtual influjo hacia otros seres. Acaso un día, empeñados en buscar tal orígen, lo llegamos a descubrir en la sonrisa de aquella muchacha inocente y preciosa, que nos hechizaba con sus ojos, que con su beso nos instiló un principio de voluntad, de acción, de conquista sobre la realidad en seguimiento de la quimera. Todo lo hicimos por Maruja, desde no verla más. Todo por ella lo hemos hecho hasta hoy, sin reparar en la actuación latente de aquella figura. Al cabo de tan largo tiempo como ha transcurrido, tal vez un día volvamos a encontrarla; esto es en la ciudad, en alguna sala, en medio a los donaires y discreteos de alguna tertulia; se ha convertido Maruja en una bellísima y elegante dama, que al acogernos cordialmente nos alarga su pulida mano, que hace con nosotros una evocación amable de aquel tiempo y que termina quizá diciéndonos: "ya vé usted que de nada me olvido, y que soy la misma..." Pero no es esta la que tiene para nosotros una significación profunda: la que vive siempre igual y acariciamos en un adoratorio de nuestro recuerdo: es

aquella otra, inocente y sencilla, que una tarde veíamos ir ya en la sombra avioletada, ya en el sol topacio, y que suspiró al darnos un beso; ella es el pasado, una parte muy principal del pasado que ha influído, que seguirá influyendo para que en lo íntimo de nuestro ser no falte una vislumbre de perfección.

* *

Aquella susceptibilidad a la emoción, que debía desde los primeros años hacernos preferibles a cualesquiera otras las actividades emanadas directamente del sentimiento, aquella susceptibilidad la hemos recibido, no la hemos creado en nosotros. Si queremos conocer su orígen más inmediato, hay que buscarla allende nuestra vida. Pongamos otra sencilla figuración:

Esto es en un país distante y en tiempo algo lejano. A un balcón altísimo y caprichosamente labrado, de donde se domina en parte una ciudad que bien podría llamarse la flor del mundo, asoma una mujer todas las tardes, cuando el crepúsculo atenúa sus franjas de rosa y los faroles urbanos comienzan a brillar. Estamos a primeros días del otoño. Morena y fina es la cara, negros son los ojos de esta joven que mira desde allí sin más compañía que su silencioso pensamiento. Pero su actitud no es siempre la meditabunda que acabamos de observar. A veces ella toma un libro titulado "Las Contemplaciones", y acaso para mejor compenetrarse con las suyas, va leyendo en él: va leyendo, no sin haber antes remirado unas líneas que Hugo trazó al comienzo para decir de su obra: *ceux qui s'y pencheront, retrouveront leur propre image dans cette eau profonde et triste, qui s' est lentement amasée la, au fond d' une ame.*

Alma que ha recogido en su fondo un agua profunda y triste. Cuando la joven interrumpe esa lectura que ha contribuído a enclarecer sus evocaciones y afirmar su melancolía, cierra el balcón, busca en su cámara un cofrecillo, lee algunas cartas, acaricia una flor que ha guardado en él; esta flor seca, en vida fué una Rosa del Príncipe Alberto; simboliza todas las promesas e ilusiones que el corazón de un hombre ejemplar comunicó al de esta mujer y que la muerte dejó irrealizadas. Como le amó hasta ayer, ella le amará siempre. Sean cuales hayan de ser los episodios de su vida, los embellecerá reflejando sobre ellos discretamente la lumbre de aquel cariño que la tomó más comprensiva y que la conduce por vía de dolor a una benéfica sere-

nidad. Ella seguirá modelándose a sí misma y hasta donde pueda formará todo lo suyo en armonía con "lo que hubiera podido ser". Su parentela, que la mima con gran solicitud, encuentra en ella no sabe qué de contrapuesto y desconcertante. Cuando más triste la suponemos, parece que en nada sufriera, dicen. Es que hay, pero tan sólo aparente, una paradoja en esta alma egoísta de su tribulación que no la permite trascender como no salga inconocible por lo transfigurada en afable bondad y en animada sonrisa.

La joven que por las tardes acabamos de ver en un balcón de donde abstraidamente mira sobre la ciudad, ha de volver a su país nativo, que está muy lejos, allá en América; pero antes quiere ir en despaciosa peregrinación por los lugares que están más estrechamente vinculados a este amor que ha perdido sin que haya de perderlo nunca. Irá, pues, deambulando por Venecia y Roma, por la Costa Azul y por la España morisca. Hay que llevarse en los ojos toda la luz y en el recuerdo toda la expresión de los amados paisajes. Pasa, corre sin tregua el tiempo; esa mujer se casará un día; será nuestra madre; se formará nuestro corazón a imagen y semejanza del suyo... Ahora, vamos en fáciles andanzas por la mocedad: somos nada más que unos hombrecitos; por ese cuidado pudoroso de ciertos antiguos dolores que no pueden revelarse mientras no hayan la seguridad de ser comprendidos absolutamente, aquel corazón todavía no nos ha dado a conocer su novela. Nosotros sentimos en ocasiones una melancolía profunda, una sutilísima tristeza que adviene cuando estábamos en mayor apacibilidad y contento: nosotros investigamos minuciosamente y no le hallamos causa dentro de nuestra vida. De dónde también esta susceptibilidad a la emoción, con que hemos nacido, y esta dilección por las empresas del sentimiento? De dónde este cariño por ciertas almas que han recogido en su fondo una agua profunda y triste? De dónde este amor a todo lo sereno, esta pasión del paisaje, esta nostalgia de lugares desconocidos que están siempre llamándonos, este afecto por el ambiente de una ciudad y de una época en que no hemos vivido, y este anhelo contínuo de ver algo que apenas creemos haber entrevisto en sueños? El pasado, más encantador cuanto en más lejanía, es quien guarda la clave de nuestras incógnitas, y la vez llegará en que satisfactoriamente nos diga su explicación.

Alberto Sánchez.

Fragmentos de una Conferencia

LA POESIA EN EL PERU

SEGUNDA PARTE.—La lírica.

... ...

Me ocuparé de Gálvez, porque apareció en la vida literaria poco antes que Ureta, y como éste, cosechó brillantes triunfos. José Gálvez, ¿quién no le conoce? Yo, cuando aún era muy niño y difícilmente me daba cuenta de las cosas, oía hablar a mi madre y hermanas de este poeta. Le alababan con cariño, y hasta recuerdo una fotografía aparecido no sé en donde.

Yo sentí desde entonces una gran admiración por él; era una simpatía gratuita, desde luego, porque no le había leído. Estaba en la edad de las leyendas, de las Mil y una Noches, de las aventuras de Salgari y Connan Doyle.

Mas tarde, cuando comenzó a despertarse en mi espíritu este culto por la belleza, culto que tanto persiguen los míos, leí a Gálvez. Fué el primer poeta que intuído desde antes, vino a mis manos. Desde entonces me entusiasmé con él, le tuve cariño, le reverencié.

Hoy, más que nunca, me he asustado de mi audacia al emprender un trabajo que supera, y que en atención a las pocas horas disponibles, se torna abrumador. Mi admiración por este gran poeta, va a ser malamente demostrada. Un refrán del dominio de todos, dice que obras son amores y no buenas razones. Según él, cuanto pueda decir no probará nada en mi favor. Sin embargo, Gálvez sabrá disculparme en atención de que la intención me salva.

Al ocuparme del autor de ese libro exquisito, "Bajo la Luna", prescindo del hombre de lucha, del cronista, del prosador.

Tócame aquí única y exclusivamente ocuparme del poeta, y en ello pongo mi empeño y mi modesto ingenio.

Los versos de Gálvez son ligeros, alados, tenues, filigranas maravillosas. De una apreciable delicadeza, tienen una sencillez frágil como de porcelana oriental. Nos seducen, nos atraen y nos arrullan en una hamaca que es de un sí no misterioso ensueño juvenil.

Fué el primer poeta de la juventud, debido a su hermosísima composición "Reino Interior". Otra igualmente célebre fué su "Canto a España", que como dijo un diario del Brasil, le elevó de un vuelo a la cumbre del Parnaso. Su triunfo enaltece al Perú y debe enorgullecer a América.

El Casino Español de Lima, en una ceremonia sencilla e imponente, entregó al joven y laureado poeta, una medalla de oro con la siguiente inscripción: Al eminente poeta José Gálvez por su brillante "Canto a España", premiado en los Juegos Florales de Lima, el 29 de Julio de 1909.

El primer libro que publicó este ágil y galano poeta fué "Bajo la Luna", versos de la juventud, olorosos a ensueño y a cuna. En él cultivó el género liviano de la sonatina y la serenata, en que las palabras fugan con una exquisita naturalidad. Fué discípulo de Juan Ramón Jiménez, y quién le hizo conocer en esta tierra. Aquí tenéis, por ejemplo, una serenata dedicada a este poeta:

Los árboles sus siluetas.
En el claro.
Paz.
La luna
Blanca y sagrada como una
Hostia para los poetas.

Nadie en la vieja avenida.
Sólo la fuente llorando
Su quimera, y yo soñando
contigo luna dormida!

Calma.
Paz.
En lo lejano
Vibra temblando una queja,
Que viene, se va, se aleja,
Con la tristeza de un piano.

Yo, la luna y mis soñadas
Divagaciones.
                Las horas
Lentas, tristes y sonoras
Hablan de dichas pasadas.
¡Flores, estrellas, fortuna
de los luceros!
                Sonata
Del agua que teje plata
Movible bajo la luna.
¡Silencio!
          Paz.
                Teoría
De mujeres, triste ronda
De mujeres, por la fronda
En doliente romería.

Son blancas y llevan flores...
Pasan y todas me miran;
Y yo las miro y suspiran
Por unos viejos amores.
Son las hijas del Olvido
Que al son de tristes cantares
Van tejiendo con azahares
Y con rosas su vestido.

Son las que esperan un día
Que siempre se va alejando
mientras las va marchitando
¡La madre melancolía!

Se pierden en la alameda...

Al aparecer este libro, la crítica estuvo de acuerdo al declarar que en Gálvez tendríamos un gran poeta, y no faltaron quienes le señalaron como sucesor de Chocano. Algunos juzgarán este deseo demasiado exagerado, pero no tienen por qué. Gálvez, en sus "Cantos de la Aldea" realiza una obra más nacionalista que la de Chocano, y es por esto más nuestro.

En este primer libro vénse poesías tan delicadas como "Bajo la Fronda", "El canto de mi raza", "Bajo la Luna", "Nuestra vieja casa", poesía evocadora, "Mis primeros versos", de una apacible melancolía. Helo aquí:

Estaba yo pequeño; mi madre me miraba
y sin poder tenerse sus penas sollozaba.
¡Mi padre había muerto!
Yo estaba muy pequeño.
Esta historia ha pasado como en un triste sueño.
El día de mi madre mi corazón alado
le recordó en un verso las cosas del pasado.

Mi canción era triste y mi voz se alargaba,
mientras mi pobre madre sonreía y lloraba;
sus lágrimas caían, mi canción era triste,
todo, todo ha pasado, ya nada de eso existe,
apenas mi memoria conserva la fragancia
de los versos más tristes de mi perdida infancia.

Ya todo se ha perdido; la casa es de otro dueño,
esa historia ha pasado, como en un triste sueño.
¡Mi padre había muerto!
Ya todo se ha perdido;
y junto a mí murmura la boca del olvido.
Se fué también mi madre. Nada me queda, nada
de la paz y dulzura de la vida pasada.

Aún veo la estancia; mi madre sollozando
y yo ante sus dolores mis versos balbuceando.
donde pasé los días felices de mi infancia.

¡Mi padre había muerto!
Aún veo la estancia,
donde pasé los días felices de mi infancia.
Mi canción he olvidado; ya nada de ella existe,
apenas si me acuerdo que era triste, muy triste.

Tengo muy negros días, en que sólo y hastiado
veo, como entre sombras, levantarse el pasado;
solitario y doliente, tengo muy negros días,
en que pasa la ronda de mis melancolías;
y en que siento a mi madre tan querida y tan buena
que va a venir a darle consuelos a mi pena.
Sollozo desolado por lo que ya no vuelve:
Amores y esperanzas que la vida disuelve
en recuerdos y lágrimas.
Sollozo desolado
por todas esas cosas perdidas que he adorado.
Ya no soy niño y tiemblo mirando las sombrías
añoranzas dolientes de mis más dulces días.

Me estoy volviendo anciano; mi juventud se pierde,
muy pronto será el día que también la recuerde.
Lloro mi dulce infancia; me estoy volviendo anciano
al sentir la nostalgia de lo que está lejano.
Mi madre está muy lejos, pero su voz murmura
en mis más negras noches su más suave ternura.

Ya todo se ha perdido. La casa es de otro dueño.
Esta historia ha pasado como un triste sueño.
Mis padres me han dejado.
Ya todo se ha perdido
y junto a mí murmura la boca del Olvido.
Mi canción he olvidado; hoy nada de ella existe,
apenas si recuerdo que era triste, muy triste...

Poemas hermosísimos como "La Conversión de Venus" y "La hora de paz", en que hay una frase admirable como ésta:

La vida es una burla divinamente urdida
por un Dios impasible, satírico y burlón.

Gálvez ha publicado versos de un valor efectivo, de una suavidad arrulladora, es un poeta siempre nuevo, siempre renovado, incansable, adelantando con los adelantos, contemporáneo y de actualidad. Entre nosotros hay por él una veneración casi religiosa, y yo mismo oficio litúrgicamente ante su musa fecunda y ágil.

Un periódico del Ecuador, al ocuparse de la intelectualidad peruana, dice refiriéndose a él: "Es otro poeta extraviado en el periodismo. (Esto me parece injusto). Ha sido el bardo universitario, el poeta civil que canta los ideales de la nueva generación. Sus triunfos en los juegos Florales y la publicación de sus bellos libros "Bajo la Luna" y "Jardín Cerrado" le han dado ya nombre americano. Los espíritus selectos prefieren en Gálvez al poeta subjetivo, íntimo, sobre el cantor épico y triunfal. Su labor periodística es también meritoria y fecunda. Sobre Gálvez pesan igualmente las tentaciones de la acción política, a la que le llevan brillantes tradiciones de familia".

Su imaginación es profundamente sugeridora. Su verbalismo sintético ha ido perfeccionándose desde los primeros versos a los últimos. Hoy, su poesía ha adquirido la mayor expresión en el menor número de palabras. Se cuida del fondo y de la forma. Ureta se conforma con cantar líricamente, en cambio, Gálvez es artífice coqueta en sus líneas; talla, pule, lima, haciendo de la belleza en la expresión una hermandad con la originalidad

de la línea. Como muestra de mi afirmación, aquí tenéis este verso:

Solo una vez la ví.

Era alta, descarnada,
majestuosa como una Emperatriz.
Clavó en mis ojos tristes su mirada
me arrebujé mis mantas de doliente,
un sudor frío me inundó la frente,
y en un minuto un siglo se hizo en mí.
Pero al mirar en mí no pudo nada
porque estabas tu allí.

Tu lo sabes, amada
sólo una vez la ví!

Este verso, es además, simbólico. Gálvez ha laborado como sabe hacerlo, la escuela simbolista. Ocupémonos de "Paz Aldeana" en que se revela como un poeta genuinamente limeño. Juan Bautista de Lavalle, en su libro "En la Paz del Hogar", dice: "Por amenos y nuevos senderos camina hoy nuestro poeta. "Paz Aldeana" su libro en preparación, significa, bajo muchos aspectos, una renovación poderosa. Canta el terruño y el existir campesino, lugareño, humilde. Es en algo nuestra Arcadia y en algo la vida de la aldea costeña y sus costumbres populares. Es la eterna y sabrosa compenetración con la naturaleza, la poesía virgiliana y sencilla, la voz de la tierra, el motivo lleno de frescura que habla en Horacio y en Fray Luis, en Blanco Belmonte y en Grabriel y Galán". En "Paz Aldeana" nos brinda Gálvez una serie de acuarelas, de paisajes, de tipos y costumbres, de observaciones vividas, de fragmentos del natural, de aquellas que al leerse recuerda la vista haberlas gozado y goza con este recuerdo que le despierta el poeta".

Llama nuestra atención un soneto brillantísimo, un soneto que revela todo el espíritu descriptivo de Gálvez, que se titula "El Caballo de Paso". Recuerdo que yo mismo se lo oí declamar en una velada del Municipal o Forero, no estoy seguro, y en la cual su autor dijo que amaba mucho. De estar presente, hubiera pedido al poeta Gálvez que, finalizada esta conferencia, se sirviera recitarlo.

Son del mismo género, "El Veterano", "Los Perros", "La Procesión", "Los Bueyes", "El Viático", "Las Acequias" y otras más. Todos cuadros nacionalistas, de una variedad en las tintas

firmemente delineadas, y con fuego y encantador juego de luces maravillosas. Tal el arte de Gálvez, que no se contenta con cantar lo que le rodea, sinó que también sabe cantarse así mismo, como canta a la raza, como canta a la juventud, como canta a su pueblo.

Entre sus versos magníficos, merece sitarse uno publicado en *América Latina*. El Poeta está de pie ante el mar. Se titula "En la Sombra":

El Sol me ha abandonado y en la sombra
la bruma del Otoño se difunde.
No hay una estrella y todo
parece envuelto en una negra nube.

Me paseo en la playa lentamente
hasta que me fatigo, y en la arena,
que festonan las aguas,
me tiendo a descansar. ¿Qué nos dicen?
En las espesas sombras
parece que la espuma se sonríe...

Todo es negror. Todo es mudez. La noche
enjuga con su vasto terciopelo.
mudo, negro, y suntuoso.
las lágrimas de luz de los luceros.

Todo es sombra y silencio. El mar jadea
como un gigante fatigado. Todo
se funde en esa hora
en el cielo infinito y el mar hondo.

Dentro de mí lo negro señorea
también, y se agiganta con mi duda,
y el tiempo se sumerge
bajo la Eternidad de mis angustias.

Todo en la sombra me parece sueño,
todo en el sueño me parece sombra,
y en mis sentidos tristes
se apaga hasta el murmullo de las olas.

El tiempo va pasando. ¿Fué una hora,
fué un siglo, fué un minuto, fué un instante?
Me siento solo y único
enorme con mi pena miserable!

Todo se esfuma al exterior. La noche
soy yo mismo—yo mismo—y el jadeo
del mar es mi sollozo
y mi esperanza en brumas es el Cielo!

Me encuentro perplejo. Desearía declamar todos, todos los versos de Gálvez. ¡Son tan bellos! Declamaré sólo su soneto cumbre, máximo, del cual puedo estar orgullosísimo: "Plenitud":

Sentir que se ha cumplido con el sueño
de ser un hombre en el concepto justo,
llevar sobre el espíritu un augusto
dolor, que purifique nuestro empeño.

Tener para la vida un don risueño
aunque el Destino se nos muestre adusto,
para que pueda el ánimo robusto
perpetuamente renovar su ensueño.

No claudicar en la altitud vencida,
para, en complicaciones con la suerte,
grabar sobre la arena nuestro nombre;

ser en la vida un ejemplar de vida,
y entonces esperar a que la muerte
sienta el orgullo de vencer a un hombre!

Se ha dedicado también a vertir al español poesías de poetas catalanes. He tenido oportunidad de leer esas traducciones en "Mercurio Peruano" y otras revistas.

Los últimos versos de Gálvez, según lo he dicho, adquieren una sencillez elegante, fina y ágil. "La Arqueta" es una delicada poesía, así también "Creo":

Cuando me siento solo,
alejado de todos y de todo;

cuando en mi torno, una armonía vieja
me va llenando el alma de tristeza;
cuando, en cenizas mi alma,
miro que el fuego de la fé se apaga
y empiezan a surgir en mi recuerdo
las imprecisas formas de mis muertos,
y el eco inexpresable de una voz
repite una viejísima oración,
siento que algo sagrado
desciende a mí como la luz de un halo
divino, y me posterno

ansiando retornar a ser ingenuo;
y por mis ansias de volver a creer,
en los escombros de mi antigua fé
surge una forma de mujer que lleva
la luz santa que aquieta
con su magia inefable
mi inquieto corazón.
¡Y creo en la mujer ver a mi madre,
y creo que la luz se la dá Dios!

Luego, el poeta siente el ardoroso anhelo de que lo olviden. Ya la fama ha cansado su espíritu. Podría decir como Chocano: ¡El humo de la gloria me asfixia! La gloria pesa, gravitando insoportablemente sobre sus hombros. Y en un éxtasis contemplativo exclama:

¡Señor! ¡Señor! Pasar inavertido
es mi gran Ilusión;
dejar apenas sobre las ondas del olvido
el eco tembloroso de una humilde canción,
que pasados los años, vaya a encontrar su nido,
en un adolorido corazón...

He sido conciso al ocuparme del autor del "Canto a España", por la brevedad del tiempo, disponible en esta conferencia. He tenido que saltar rápidamente sobre muchos puntos que me habría agradado contemplar con detención.

Según esta breve exposición, Gálvez resulta ser todo un poeta. Un poeta de corazón, un poeta que hace suyos los dolores agenos, un poeta que se apropia la naturaleza, la vida de los paisajes.

Su existencia agitada, sus giras al extranjero, sus polémicas periodísticas, todo esto no prueba sino que en Gálvez tenemos un espíritu incansable, y tenemos un hombre que no sólo cree y canta, sino un hombre que piensa y lucha.

Para terminar, antes de pasar a Ureta, concluiré con sus mismas palabras que hago mías. Sí, poeta, así será; está seguro de ello. Tu nombre no morirá nunca, porque has cantado la belleza en todas sus manifestaciones y la belleza inmortaliza a sus apóstoles:

Tal vez una mañana
poco antes de morir, mi más querida
canción vendrá a posarse en mi ventana
para así despedirme de la vida.
Yo la oiré sereno
sin vanidad y sin dolor. Acaso
por la canción me tornaré más bueno,
mientras llega la muerte paso a paso...
Y me creerá tan fuerte,
de mi canción aliado con la Vida,
que sentiré que hasta la misma Muerte
se detendrá a escucharla conmovida.
Y al hundirme en la sombra
con los últimos ecos de mi canto,
soñaré que una voz dulce me nombra
musicalmente desolado en llanto.

. . . .

Poeta, el don interno
de cantar y soñar te habrá salvado.
¡Cuando seas en polvo dispersado
bastará un ritmo para hacerte eterno!

Martínez de la Torre.

Sobre Rubén Darío

(A todos los poetas de América).

De tantas tristezas, de dolores tantos,
De los superhombres de Nietsche, de cantos
Afonos,—recetas que firma un doctor—:
De las epidemias de horibles blasfemias
De las Academias,
Líbranos, Señor.

(Letanía de Ntro. Sr. Don Quijote).—
`antos de Vida y Esperanza.—Los Cisnes
y otros poemas).

Rubén Darío.

Fué una época brillante para las letras españolas, cuando Rubén Darío, vino de Embajador a las fiestas Colombinas de Madrid, trayendo la representación de una República que no era la de su patria. José Enrique Rodó, le pedía en su magnífico estudio sobre las Rimas de *Prosas Profanas,* que se destacase entre nosotros brillantemente como en la sombra de los cielos se destaca la figura del Sagitario. Y a fé que cumplió su cometido y nos dejó un recuerdo tal, que para muchos tuvo y tiene todavía la majestad, el enigma y el relieve de un jeroglífico de los Faraones. Pero no lo dudéis, no hay nada indescifrable, y de todos los enigmas que envuelven el espíritu del hombre, el enigma poético es el solo consustancial consigo mismo, porque arranca del nimbo de la propia esfinge interior. Rubén Darío fué un poeta que vivió de su propia disección espiritual. Así nos lo ha dicho:

¡Ay! triste del que un día, en su esfinge interior
Pone los ojos e interroga. Está perdido.
¡Ay! del que pida eurekas al placer o al dolor.
Dos dioses hay, y son: Ignorancia y Olvido.

Rubén Darío llegó a España, cuando nuestro lirismo se hallaba en la más madura de las putrefacciones. Casi olvidadas las rimas de Espronceda, agotado Zorrilla, Campoamor disparando Doloras y las golondrinas de Becquer preparándose a la desbandada. Un haz de poetas cómicos y satíricos gritaba como las ocas triunfantes; en los teatros, la españolada libre y mucha, muchísima marcha de Cadiz. Tal fué la turbación de nuestro poeta que no se atrevió a publicar un libro, y a sorbos, en una revista que la leían media docena de descontentadizos, la "Revista Nueva", publicó sus Anforas de Epicuro. En el calor de aquellas páginas brotaba la sabia novísima que produjo los consagrados de hoy: Pío Baroja, Valle Inclán, Unámuno, el músico Lasalle, Amado Nervo y nuestro poeta. Clarín, calló estupefacto y enmudeció para siempre; Balbuena vive todavía y ya no se sabe si existe. A tiempos nuevos, críticos nuevos; y Rubén Darío tuvo su panegirista en una de las Repúblicas del Plata y después los tuvo a cientos, contando entre ellos ese formidable verbo de Vargas Vila, verdadera serpiente literaria del Orinoco, que, ante la figura de Rubén, se postra tímido y silbador como las razas mayas se postraban ante sus dioses atlantes. Yo no soy un poeta para muchedumbres—dice Rubén—pero se que indefectiblemente tengo que ir a ellas.

Un día, bello entre los más, Rubén Darío publicó *Prosas Profanas* en el estruendo de París. Había salido de Nicaragua a sus catorce años, recorrido América, cruzado el Goulf Stream, convivido en la gran Lutecia, y después de besar a su antigua metrópoli de las Españas, allá fué junto a sus camaradas Verlaine, Mallarmé, Mauclair y toda la pléyade brillante que hizo del Arte Poético valores completamente orquestales desconocidos de los antiguos humanistas del Renacimiento. Porque es el caso que, mientras todas las Bellas Artes se elevaban en su pleno dominio, tan sólo la Poesía era la Cenicienta que continuaba prisionera de unos cuantos dómines de Academia. Wagner, que había creado su música, tuvo que construír él mismo sus poemas por no ver en el horizonte de su patria versos apropiados a su obra genial; y esta necesidad que dejaba sentirse, pese al mismo espíritu renovador de Goethe, tuvo su expresión más alta en la portentosa renovación violenta operada por los poetas simbo-

listas y parnasianos, herencia directa de aquel padre común de los fieles que se llamó el celeste Edgardo Poe, de Baudelaire, su hijo, y de Mallarmé el Santo... Pero esto nos llevaría a describir todos los pasos de constitución de la verdadera iglesia. Rubén recogió de esta trinidad el espíritu de muchas cosas que fundió y amalgamó con sus visiones de la Pampa y de los volcanes Andinos, y cuando se acercó a Leconte de l'Isle, aquel cuyos versos brillaban blancos como los mármoles parténicos y por donde corrían los murmullos de la edad dorada de la Grecia —cuando se acercó a él, fué tocado por la chispa divina de lo magestuoso clásico y ungido de un helenismo cuyas esencias se desprendían de ánforas de Sevres, alrededor de las cuales, antiguas y hieráticas tanagras bailaban una danza de muerte, rivalizando con los cuellos de cisne de las princesas de las guillotinas.

Todo lo que Rubén heredó de los rapsodas franceses tiene un sello universal, porque universales son todos los ensueños del pasado poético de los siglos cristalizados por la historia como en un espejo magnético. La Grecia antigua sobre todas las cosas, con todos sus palimpsestos, dió a Rubén el primer espacio entre sus estrofas. El helenismo suyo no pasa más allá de lo mitológico, pero tiene un barniz tan humano que se diría haberlo vivido, añorándole melancólicamente. Vedle aquí en su epístola a Madame Lugones, donde le describe un paisaje de la isla de Mallorca:

Más ¿dónde está aquel templo de mármol y la gruta
Donde mordí aquel seno dulce como una fruta?
¿Dónde los hombres ágiles que las piedras redondas
Recogían para los cueros de sus hondas?

El helenismo de Rubén Darío era todo lo opuesto del de aquel gran Parnasiano español, nacido en la Habana y que fué a llenar un hueco en la Academia Francesa: D. José María de Heredia. Este poeta benvenutesco, rígido de expresión, no hizo más que acuñar monedas y medallas poéticas de Roma y de Grecia dándonos una impresión de daguerrotipo: Rubén, por el contrario, hace estremecer al Dyonisos que todos llevamos dentro y coloca en el escenario vasto de sus concepciones ese coloquio de los Centauros que es un asombro de expresión humana y en el que se vé iniciáticamente toda una épica arrancada de las canteras de la Iliada.

Y alrededor de estos titanismos, prodigios arrancados a las constelaciones, al viento, al mar y a Leda—la desnuda entre las frondas—reina y señora nuestra después de Venus. Mas, todos estos cánticos de *Prosas Profanas* tienen un punto interrogativo y genial como si fuesen el emblema de orígen del poeta. Esta interrogación la hace al cuello del Cisne, ave heráldica de Rubén:

Blanco rey de la fuente Castalia,
Su victoria ilumina el Danubio;
Vinci fué su barón en Italia;
Lohengrin fué su príncipe rubio.

En esta estrofa en que alienta desde la Grecia al Renacimiento, pone el poeta sus ojos y nos dá a entrever que en adelante hará de los Cisnes sus mensajeros para los poetas futuros:

He lanzado mi grito, Cisnes, entre vosotros
Que habéis sido los fieles en la desilusión,
Mientras siento una fuga de americanos potros
Y el estertor postrero de un caduco león.

Aquí se ve la rapiña *yanquee,* cerceniéndose sobre las repúblicas jóvenes de América y a España vieja y postrada.

Sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote;
Sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios.

El poeta contempla los cuellos de los Cisnes y mira en ellos con un aliento pitónico indescriptible la forma de sus arqueamientos caprichosos, y así consulta y lee en el tiempo según la interogación del cuello divino. La razón de esto está en que hay cisnes que viven doscientos años y en otra cosa, tan extraña, inmensamente extraña, que solo unos oídos de mujer supremamente bella podrían escucharla. Y así, el cisne, dà ocasión para que construya el más estupendo de sus sonetos alejandrinos.

Fue una hora divina para el género humano,
El Cisne antes cantaba solo para morir,
Cuando se oyó el acento del Cisne Wagneriano,
Fuè en medio de una aurora, fuè para revivir.

Todo el resto de la composición tiene destellos donde se funden las mitologías del Oriente con las bárbaras de la Edad

Media, y la mano de Goethe temblaría de emoción inconcebible si hubiese puesto al pié su rúbrica. Indefectiblemente, el genio viene a dar a este globo una nota única no superada por cerebros de alta especialidad poética. Con el calor espiritual de Rubén ante la sensación de lo clásico, Goethe no hubiese engendrado sus tragedias con una frialdad matemática; y sin embargo, Rubén Darío ha sido inspirado por los números y ha sentido la música pitagórica dentro de su pecho de tritón que boga jadeante, rodeado de olas espumosas en los dominios matrices de Venus Anadiomena. ¡Salve! ¡oh! señora.

Hemos dicho que este helenismo constituía el primer plano o primer espacio, más bien, del desonvolvimiento lírico del poeta. Otro elemento, el *versallismo,* fundió con aquel, dando orígen a las creaciones más originales del poeta y por las que han pasado muchos labios virginales, musitándolas como oraciones de un canon y un rito novísimo donde el sello de fábrica es tan tenue como el polvillo de oro de una mariposa. Yo me atrevería a asegurar que Wateau al pintar su *Embarque para Citeres* y Rubén al escribir *Era un aire suave,* sintieron la nostalgia de una Grecia tamizada por las modas de París. Todos los Trianones con sus pastorcillas y sus corderos, tan ridículos y sin embargo tan delicados, están concentrados en este verso que es todo un soplo de brisa:

....volaba el Mercurio de Juan de Bolonia:

la sensación es tan frágil que parece que se nos va a quebrar la estatuita como hecha de fábrica de confitería. Por lo demás aquel triunfo del Rey Sol nos dà una sensación tan paradisíaca que para ser perfecta del todo habría que borrar un producto híbrido opuesto diametralmente a todas las Constituciones Apostólicas: me refiero a ese tipo de abate barbilindo, diciendo lindezas y cortesanías, tan atildado y elegante, que si el Dios Apolo quemase con sus rayos potentes sus obscuros balandranes, a fè que las damas reirían con risas locas y argentinas ante sus formas panzudas y grotescas. Pero era un defecto de la época y los caballeros *de Grieux* eran casi todos de sangre azul.

Vengan las músicas, las rondas y las serenatas; que las máscaras lancen sus gritos más estridentes, porque Rubén Darío soñó muchas veces bajo el influjo lunar y el tablado de la farsa tuvo su apoteosis en el divino, excéntrico y lunático Pierrot; el Pierrot de los metafisiqueos que llora ante el escote de Colombina, más blanco que la luna de Enero y que su propia faz de

harina. Pierrot que ríe, Pierrot que llora, que hace piruetas trágicas, que come langostinos en las noches carnavalinas, donde van *mil amores de flechas tremendas* y que a pesar de todo visten sus ojos la melancolía por aquello de la tristeza de la carne ¡ay! que no tiene remedio, y que sin embargo, cuando más decaída, más renace vigorosamente semejante a la cabeza de la Hidra de Lerna que Hércules cortaba con sus mazazos. Pero Pierrot no es un Hércules más que en sus amores que tienen el espíritu malsano del ajenjo y del Ibis de Ovidio y por eso es menester desterrarle de todas las literaturas. Simpre—dice Rubén—es la existencia de las máscaras la que nos hace preveer un mundo aparte distinto del de nuestros sentidos actuales. Y el poeta, después de quitado el antifaz de su amada en el camerino del café galante, oyó entre las risas y el champagne lejano esta frase al faisán que le esperaba sobre el plato, cubierto de plúmas de oro:

—"Pierrot ¡ten por cierto
que tu fiel amada, que la Luna ha muerto!"

Y era verdad. Verdad tanta que las músicas de París por muy bellas que sonasen dentro de su corazón no podrían desmentirlo.

Más ¡ah! que con toda esta tristeza, París bien vale una misa, como dijo aquel rey francés, hugonote de corazón y católico de conveniencia. Y por esto, Rubén Darío, por sus misas más profundos y más sutiles, más esotéricos, más laberínticos y rosadas de un encanto infinito, de besos, de flores, de licores extraños, reposaban sus tristezas arrolladas por el encaje sutil de los versos líricos de Verlaine, y todas las frondas de Saint Cloud y de los chateaux de la vieja Francia destilaban sobre su alma un néctar de dolor que solamente los espejismos de los esbeltos surtidores entre los blancos mármoles, iluminados por la luna de plata de Banville y los jardines correctos y recortados de Le Notre, eran suficientes para llevar ese dolor mismo con un continente regio y delicado.

Nuestro poeta salía de estos matices para penetrar en otros enigmáticos. Y es aquí donde sus ojos de vidente se despertaron absortos percibiendo ese vago claror de aurora de los sueños, y arrugando su frente ante el pensamiento del pasado enigma, y hojeando entre los residuos florecientes de la historia las iniciales de los grandes problemas poéticos. Maravillosa como in-

comprensible es la *Salutación a Leonardo,* el mago del Renacimiento, donde hay estrofas y versos que solamente un buzo de los abismos espirituales puede comprender; (frases cortadas, bellos nombres, versos que se quiebran como las aguas rizadas y otros como dinteles griegos; espiritualidad sobre todo, evocaciones y el alma dormida y despierta a un tiempo mismo). Es en este elemento que Rubén vivía ensartando con la de esta pesada tierra las voces persuasivas de lo astral, y toda la herencia de Edgardo Poe palpitaba ante su imaginación absorta por las bellas producciones del cisne de Manhatan. Bajo su influjo, Rubén le dedico estos versos toda maravilla y solo comparables en espiritualidad a los ensueños dantescos.

Entre la catedral y las ruinas paganas
Vuelas,—oh Psiquis, oh, alma mía!
—Come decía
Aquel celeste Edgardo,
Que entró en el Paraíso entre un són de campanas,
Y un perfume de nardo.
Entre la catedral
Y las paganas ruinas,
Repartes tus dos alas de cristal,
Tus dos alas divinas.
    Y de la flor
Que el ruiseñor
Canta en su griego antiguo, de la rosa,
Vuelas, ¡oh! Mariposa
A posarte en un clavo de Nuestro Señor!

El desenvolvimiento esotérico de Rubén arrancaba de sus propias fuentes espirituales sin los artificios de extrañas doctrinas seguidas por snobismos corrientes; y así pudo decir las mayores sutilidades quebrantando, por supuesto, las formas viejas de expresión, incapaces en su hieratismo y anquilosamiento de recibir la sangre virgen de los pensamientos nuevos. En *el soneto de trece versos* es donde el poeta puso todo el misterio de ese mundo maravilloso del Oriente y en donde se ve la comprehensión total y absoluta de ese libro, grande entre los grandes que se llama "Las mil y una noches", donde todos los esoterismos están disfrazados bajo narraciones maravillosas, lo mismo que en los viejos relatos del Antiguo Testamento yacen simbolismos obra poética, *El Canto Errante. Revelación* y *Visión,* sobre todo esta última, tiene una factura que es paráfrasis del Dante, donde el poeta vió en formas tangibles el mundo de misterio

creado por el Orfeo de Florencia,—arcángel le llama él—y cuyo remate final es el celebérrimo verso de la Divina Comedia:

> Y ví que me miraban las estrellas:

tantísimo le miraban y él lo comprendía así, que sin poseer la ciencia de Raimundo Lulio se dió cuenta de la enorme responsabilidad del genio ante los hombres cuando escribió lleno de unción, de esa unción que no hay manos en la tierra nacidas para imponer y consagrar sino que viene directamente del soplo de Dios, aquellos versos que puso en su *Oda a Mitre* y que yo leo dándome exacta cuenta de la parte que pudiese llegar a corresponderme: a mí y a cuantos no vengan a hacer equilibrios de tirititeros en el divino arte poético.

> Cuando hay hombres que tienen el divino elemento
> Y los vemos en cantos o en obras traspasar
> Los límites de la hora, los límites del viento,
> Los reinos de la tierra, los imperios del mar;
> Sepamos que son hechos de la carne más pura,
> Sepamos que son dueños de altas cosas y los
> Que encargados del acto de una ciencia futura
> Tienen que darle cuenta de los siglos a Dios!

Toda la obra de Rubén Darío se halla envuelta en el mar de lo desconocido misterioso y sus giros poéticos flotan como las medusas en los mares exóticos; sus filosofías no pasan de balbuceos, pero balbuceos de niño que sorprende por su mirada de sabiduría inocente y en donde se hermana un amor heredero del Jesús del siglo XIII: San Francisco de Asís. El dirige salutaciones al Sol, a la araña, al sapo, al cangrejo, a las aves, a los moluscos, a todos los seres creados; al fuego, al viento, al mar y a la piedra. *Sabed ser lo que sóis, enigmas, siendo formas,* les dice; y al final de todas sus divagaciones filosóficas, este paréntesis desconcertante para cualquier pobre filósofo krausista.

> Toca, grillo, a la luz de la luna, y dance el oso.

Ante este verso debemos de callar y tan sólo Zaratkustra tiene la palabra.

Rubén nos habla de muchísimas cosas y funde el abismo de Pascal con el ala de idiotismo de Baudelaire. Este plano en el que se desenvuelve la manifestación poética rubeniana tuvo no poca causa en ello, la epoca en que vivió—como el pájaro de Sigfredo en la Selva—en las costas y escondrijos de la Isla de Mallorca, entregándose a la Naturaleza por entero y viendo en el mar mallorquín, como en el Partenopeo, toda la génesis de los Colones y de los Vascos que le enlazaban tan directamente con los gigantescos paisajes de su patria.

La patria de Rubén—que era toda la América—ha recibido de sus labios las más hermosas palabras de su estro; palabras de añoranza cuando describía las más bellas leyendas de la raza precolombiana; palabras de titán cuando se dirigía a todo el continente que tiembla de huracanes y de terremotos volcánicos; y palabras de un desterrado en Patmos cuando se encarabá con ese Nemrod de la nación de las 48 estrellas. *Mañana podremos ser yankees—decía—* (*y es lo más probable*), *pero de todos modos queda escrita mi protesta sobre las alas inmaculadas de los cisnes, tan ilustres como Júpiter.* Siempre venimos a parar que los cisnes son su obsesión dominante no pareciendo sino que un íntimo misterio le unía a ellos por toda su vida. Yo desafío a todos los futuros críticos y concienzudos literarios, buscavidas imperdonables y eruditos de hondo análisis, a que me digan, si pueden y si saben, por qué, este afán en Rubén, constante un año y otro año en sus ensueños poéticos por los Cisnes. No hay página en donde de no ser tema constante no exista una alusión, pero siempre bella. Todo es un misterio y no sabemos el por qué de los pensamientos.

La épica de Rubén fué heredada de Walt Witmann, aquel cuyas concepciones fueron forgadas al yunque y al martillo en la cosmópols neoyorquina de S. M. el *cheque.*

Y como buen clásico introdujo el exámetro en la moderna poesía.

Inclitas razas ubérimas, sangre de Hispania fecunda,
Espíritus fraternos, luminosas almas ¡salve!

Es tan grandiosa esta *Salutación del Optimista* que dirige a todos los pueblos del habla de Castilla que los verbos más cálidos palidecen y solo es sobrepujada en intensidad por aquellos

otros—exámetros también—de la *Salutación al Aguila.* En esta composición que es una exaltación de la grandeza del continente Americano, Rubén siente y lleva sobre sí todos los proteísmos geológicos del planeta y nos revela, con su visión y su verbo, estos versos que solo pueden grabarse en los picos de Himalaya:

Está más allá del rumbo que marcan fugaces las épocas.
Y Palenké y la Atlántida no son más que monumentos soberbios
Con que puntúa Dios lős versos de su augusto poema.

Pero yo no pretendo aquí más que apuntar algunas ráfagas de la labor poética de este hombre admirable que luchó con todos y contra todos: y quisiera que saboreáseis muchas cosas que bien se que las saborearéis con el tiempo, remediador de injusticias y enterrador de pobres famas. Para entonces observaréis quién fué Rubén Darío para nosotros y a quién sino a él se debe toda esa colección de perros sueltos de la poética española contemporánea. Rubén trajo el españolismo a las letras españolas y le trajo porque estaba olvidado bajo la capa espesa de los pedantes que fustigó en sus tiempos D. Nicolás Fernández Moratin.

Rubén llegó y dijo: "el abuelo español de barba blanca me señala una serie de retratos ilustres": "Este—me dice—es el gran D. Miguel de Cervantes Saavedra, genio y manco, este es Lope de Vega, este Garcilaso, este Quintana". Yo le preguntó por el noble Gracián, por Teresa la Santa, por el bravo Góngora y el más fuerte de todos D. Francisco de Quevedo y Villegas. Después exclamó: Shakespeare! Dante! Hugo! (Y en mi interior: Verlaine!).

Luego al despedirme: "Abuelo, preciso es decíroslo; mi esposa es de mi tierra; mi querida de París". Y Rubén al tiempo que estampaba este prefacio en *Prosas Profanas*, publicaba en este libro el "Portico" para una libro de Rueda, el "Elogio de la Seguidilla"; iba a buscar inspiración al romancero y nos hablaba de cosas del Cid, aunque por conducto de Barbey de Aurevilly, ese mago de las Francias y en quien D. Ramón del Valle Inclán bebió a morro amplio y sin hacerle daño. Rubén—como decimos—cultivó la literatura española de vieja cepa y nos dió toda una serie de *Dezires, Layes y Canciones* a la manera de Dueñas, de Valtierra, de Johan de Torres y de otros tantos. El fué el primero que comenzó:

cuya es esta cabeza soberbia? ¿esa faz fuerte?
Don Gil, Don Juan, D. Lope, D. Carlos, don Rodrigo,
¿Esos ojos de jaspe? ¿esa barba de trigo?
Este fué un caballero que persiguió a la Muerte.

viniendo de estos retratos todo el posterior desenvolvimiento de Azorín, los sonetos y fantasías de Manuel Machado y después de éste, una plétora de tizonas, de casonas, de chambergos y yelmos de mambrino, de hambrones, hidalgos, hidalguetes, mastines y lebreles de todas castas. Más es tan fácil imitar e imitar mal... Pero lo dicho: "Abuelo: mi esposa es de mi tierra; mi querida de París". Yo canto el alma América y con ella todo mi reino interior; y después estoy con París, y en París con los gigantes de la revolución poética, los que han dado valores nuevos a las cosas, los que no se repiten a sí mismos, aquellos que dentro de un orden o de una escuela se diferencian por la originalidad; aquellos que hermanan la poesía con la música moderna (Wagner a la cabeza), con la arquitectura y la escultura novísims. Hay que compenetrarse con todas las Bellas Artes y sobre todo, nacer: de no ser así, hacen falta brazos, muchos brazos en estas pobres estepas españolas.

Comprenderéis que el españolismo literario de Rubén fué un honor que hizo a las letras hispánicas de el siglo XVII y sobre todo a la corriente viva del romancero, pero no en ninguna manera para cristalizar y para arrancar de ahí. Si algún antecedente tenemos que nos enlace con el movimiento de nuestros tiempos, es Góngora, el malo—que dicen los académicos—el de la segunda época, pero ya es tarde; es necesario arrancar de Rubén ¿qué digo de Rubén?... De todas las literaturas de hoy. Ya no existen literaturas nacionales: la literatura y sobre todo la poética es universal como universal es la Música y sobre todo las Artes plásticas. Id con el solo bagaje de un remero de Santiago por el mundo y se os despreciará.

Y ahora quisiera deciros cuatro palabras del Rubén raro, del Rubén incomprensible, del Rubén ante quien las viejas gentes de letras se santiguan con horror y claman y gimen por ciertas estrofas y giros revolucionarios en la forma y el pensamiento y donde el capricho y la incoherencia es la *suprema lex;* de ese Rubén que fué odiado por muchos de vosotros y que será difícil que entre en vuestro reino, de ese Rubén a quien los pobres e inocentes niños que estudian la Retórica han visto poner en caricatura ante las trivialidades de todos los *Melitones* que en el

mundo han sido; porque genios no tendremos, pero melitones, sí. Este Rubén de las extravagancias es tan grande como el Rubén Darío de las genialidades. Sabedlo y de una vez para siempre, que en los libros de la Antigua Sinagoga, que son los de la Iglesia católica, se cuenta que David, el Rey, bailó ante el Arca de la Alianza "descubierto", esto es, desnudo; y que su baile fué tál que estaba ansioso por parecer vil ante su señor y abyecto ante sus propios ojos. Aquel baile que no era sino el baile que preconizaron las Amazonas en sus Misterios, y el baile de las hijas de Silo, de que habla el libro de los Jueces y el de los Profetas de Baal, no era sinó resíduo del antiguo culto Sabeo y representaba el movimiento de los planetas alrededor del Sol, semejando todo él un frenesí báquico acompañado de una música de Sistros. El poeta egregio de hoy bailó sus propias rimas con sus propias melodías ingénitas alrededor de su propio enigma espiritual, desnudo ante sí mismo y ante las muchedumbres de todos los continentes; y se ha sentido orgulloso de estar abyecto ante sus propios ojos dando la sangre de su cerebro en una exaltación supremamente onánica, ante las multitudes acéfalas de comprensión; pero él bailó en torno al Sol oculto que nos preside, que es un Dyonisos persistente en los hombres y en las cosas; y su cerebro gigante, residuo probable de una última rama de familias Atlantes, es el único enlace del cual puede originarse la corriente de hilos misteriosa que salía de aquel laberinto de Creta y en donde yacen sepultados todos los que se guían de la escoria de las Academias.

Primitivo R. Sanjurjo.

Notas

UNA GRAN ANTOLOGIA AMERICANA

El ilustre escritor argentino, Alberto Ghiraldo, tan gran poeta como prosador exquisito, publicará próximamente en Madrid una antología americana, que será, seguramente, el resumen más interesante y completo que se haya hecho hasta ahora del desenvolvimiento de la literatura en la América Española. La obra, que constará de veinte volúmenes y será editada por la casa "Renacimiento", es el fruto de muchos años de una labor perseverante y seria, digna del mayor encomio. Ella no sólo ofrecerá a los lectores de nuestra América las mejores páginas y los mejores poemas de sus literatos, sino que también, y sobre todo, difundirá en el Viejo Mundo, y especialmente en España, el conocimiento de una rica literatura, casi ignorada hasta hoy.

El señor Ghiraldo ha logrado vencer todas las dificultades con que habían tropezado anteriormente cuantos intentaron realizar una obra semejante. Sus profundos conocimientos de la historia literaria de América y del movimiento actual de sus letras, su fino y seguro criterio y sus vastísimas relaciones con los escritores de nuestro Continente, le han permitido dar cima a un trabajo único, de gran importancia para todos aquellos que se interesan por la cultura intelectual de América.

Trascribimos a continuación un interesante artículo de Alberto Insúa sobre este mismo asunto, publicado en uno de los más acreditados diarios de Madrid.

A. U.

Antología Americana.—En uno de sus ejemplares folletones de "El Sol" marcaba Francisco Grandmontagne la diferencia que existe entre Portugal y España con respecto a su comprensión del mundo iberoamericano. Los portugueses están familiarizados con el Brasil. El Océano no es un abismo, sino un puente, entre las dos mitades de la estirpe lusa. Los brasileños y los portugueses se conocen a fondo entre sí. En todo Portugal, el *brazileiro* se encuentra en su casa. En todo el Brasil son considerados como propios los escritores y ensayistas portugueses.

Las relaciones de parentesco fraternal no se han interrumpido nunca entre los dos países. Ahora mismo, antes de que se precise internacionalmente el consorcio de ambas repúblicas, quien está ayudando a Portugal a vencer su crisis post-revolucionaria es el Brasil: tales son los envíos en metálico que los lusitanos de allá hacen a los lusitanos de acá.

Este contacto de las dos familias portuguesas no habría sido perenne si alguna vez se hubiese interrumpido entre ellas la curiosidad afectiva, el cambio de noticias y confidencias que debe existir entre los buenos parientes. Portugal y el Brasil, como dos hermanos modelo, o como una madre y un hijo, "no han dejado de escribirse nunca".

En cambio, España se ha desentendido de su prole transatlántica. La ha dejado crecer sin inquietarse de sus evoluciones, de sus transformaciones, de sus tormentos y sus triunfos. No ha sentido por ella "curiosidad afectiva" ni orgullo maternal. Los libertadores y fundadores de las repúblicas hispanoamericanas han sido considerados aquí hasta no hace mucho como una caterva de facciosos. Ya—es consolador reconocerlo—no falta en España quien profundice en la obra guerrera, política y literaria (que, como los del Renacimiento, estos hombres fueron universales) de los Bolívar, los Belgrano, los San Martín, los Moreno y los Martí. Pero no basta. Los precursores y constructores de la libre América no pueden ser exclusivamente materia de exégesis culta o de erudición histórica. Es preciso popularizarlas en España, si ha de tomarse en serio nuestra única política internacional, que consiste en un iberoamericanismo práctico y militante.

Un vigoroso escritor argentino, fijado desde hace años en Madrid, y al que se admira y quiere fraternalmente, ha emprendido la obra, verdaderamente magna, de vulgarizción de la historia y el pensamiento hispanoamericanos. Alberto Ghiraldo comenzará en breve la publicación de una *Antología americana*, en veinte volúmenes de fácil manejo y precio posible para todas las bolsas, en que se fijarán las grandes síntesis del movimiento emancipador de nuestra América y quedarán marcados los caracteres y las ideas de los hombres que hicieron consistente y fecunda esta emancipación.

"He creído siempre—dice Ghiraldo en el primer volumen de su *Antología*, próximo a publicarse—, he creído siempre, desde que comencé a penetrar hondamente en la estructura mental y política de los pueblos americanos, que éstos representaban el desdoblamiento magnífico de una raza fuerte en tierras vírgenes y ubérrimas. Porque ¿qué fué en verdad la independencia americana sino el triunfo de la idea liberal española encarnada en los hijos de los conquistadores? Españoles por su tradición, españoles por su sangre, españoles por su idioma, sangre del espíritu, los rebeldes de América lo fueron no contra una raza, no contra un pueblo que era el suyo propio, puesto que ellos eran su continuación, sino contra un poder centralista y tiránico; y por eso sus ejércitos se llamaron los ejércitos de la libertad; y por eso sus soldados se denominaron a sí mismos, no los revolucionarios, siéndolo, no los motineros, no los insurrectos, nunca los facciosos, sino, simple y gallardamente, los libertadores.

La emancipación política de América constituyó un hecho histórico fatal anunciado y ejecutado por estos *precursores*, no contra Espa-

ña, sino contra su Gobierno, que no la simbolizaba; no contra su pueblo, sino en beneficio de la raza, esa raza diseminada hoy en setenta y tantos millones de kilómetros cuadrados en tierras que son de España, porque sus habitantes piensan en su idioma, y es en el idioma donde reside el espíritu inmortal de los pueblos, que, desde luego, pueden cambiar, pueden transformarse, pueden y deben, forzosamente, evolucionar, pero de acuerdo sempre con leyes naturales que nada ni nadie puede contraponer.

Precisamente, el error, no de España, sino de sus gobiernos, ha estado en pretender olvidar a los pueblos de América que eran españoles, sólo porque esos pueblos habían consumado su independencia política; es decir: porque, declarándose mayores de edad, se habían emancipado de prácticas y sistemas envejecidos, contraproducentes y absurdos.

El error gubernamental de España ha estado precisamente en considerar que perdida la tutela política de esos pueblos estaba todo perdido, sin percatarse de que lo fundamental era conservar las influencias morales e intelectuales, o sea las del cerebro y las del espíritu, que, por otra parte, se han conservado solas, las han conservado los pueblos, pese a ellos mismos quizá, a sus negaciones, a sus afirmaciones, a sus resistencias, más aparentes que reales, en todo cuanto no atañera a formas de organización social, que eran cabalmente las caracterizadoras del movimiento renovador iniciado por la raza española en tierras de América.

Quiere esto decir, en definitiva, que la emancipación política de América constituye un movimiento de la raza española transportada a través del Atlántico en un éxodo creador y benéfico para la Humanidad".

No puede hablarse mejor. La *Antología americana* de Ghiraldo estará informada por una idea central española. Hispanoamérica es España desdoblada, España trasplantada a un terreno virgen y fértil, donde ha cobrado—o recobrado—fuerzas. Y el mejor homenaje que puede dedicarse a la *Raza* consiste en unir sus dos mitades, la generatriz y robusta, en una mutua inteligencia espiritual. Sin esto, cualquier proyecto de política práctica o de consorcio mercantil tiembla por su base. Al famoso acercamiento hispanoamericano han de preceder esas lecciones de hispanoamericanismo que hombres como Ghiraldo pueden, por su voluntad y su cultura, brindar a los españoles.

Aquí, lo repito, se ignora a *nuestra* América. Se la ignora geográficamente, históricamente, literariamente, totalmente... Es preciso que sus poetas y pensadores lleguen a España para que nos enteremos de que existen. Nos hace falta la presencia corporal. Pero no es posible resucitar a Belgrano, ni a Mariano Moreno, ni a D. José de la Luz; ni es justo exigir que, a la manera del simpático Alvear, todos los presidentes americanos hagan por Europa una *tournée* de presentación. Es necesario resignarse a leer, a enterarse, venciendo nuestra pereza, nuestro suicida indiferentismo. Mientras los españoles desconozcan el mapa de América y no se familiaricen con su historia—vivida y escrita por los hombres que va a *descubrirnos* Ghiraldo—, la noble y fuerte idea de la comunión hispanoamericana seguirá siendo un tópico oratorio.

Basta de discursos. ¡A la escuela, españoles! Ghiraldo va a decirnos quién fué Belgrano, quién San Martín, y cuáles son los límites de Honduras, de Bolivia y del Paraguay... Porque—permítaseme la graciosa expresión estudiantil—en todas las asignaturas americanas estamos *peces*, y nos viene admirablemente la enciclopedia de Ghiraldo, que habrá de ser vibrante como sus versos y clara y vigorosa como sus dramas. Una rápida ojeada sobre el primer volumen me permite profetizarlo así.

Alberto Insúa.

Marginales, Aforísticas.—Por Antenor Orrego (Trujillo, 1922).

Con el doble título que antecede, el prestigioso publicista trujillano D. Antenor Orrego, ha dado a la luz un interesantísimo volumen de poco menos de 200 páginas, en las que opina sobre ética, literatura, música, tragedia, lógica, historia, política, etc., dando a cada una de sus interpretaciones sabor de originalidad y ropaje artístico.

No entraremos en el análisis de los conceptos, pues como lo dice el Sr. Orrego mismo, se trata de "notas marginales" y no de una sistemática o doctrina nueva. El libro es muy interesante y habla mucho en pró del autor, quien es uno de los auténticos valores intelectuales del norte del Perú.

En los aforismos, algunos de los que Nietzsche aprobaría, se le encuentra pensador, y pensador valiente.

Véase:

"La Iglesia Romana ha cometido el error de tratar el amor como "un caso único", resolviéndolo en la fórmula del matrimonio" cuando el amor es "casos infinitos" que exigen cada uno su *fórmula*.

—"Nadie puede resolver el caso' de tu amor sino tú mismo.

—"Hombre, has querido legislar sobre tu corazón.

—"El espacio que separa un amor de otro amor es un espacio de superación y de bondad".

Entendemos que el libro que nos ocupa es el primero que el señor Orrego ha entregado al público.

E. D. T. y R.

MAX NORDAU

Ha muerto en París, donde pasó la mayor parte de su vida, el célebre escritor judío-austriaco Max Nordau. Aunque era médico, se dedicó de preferencia a estudios sociológicos. Se le ha llamado filósofo; pero parece más propio, conforme a la distinción de Amiel, considerarle sólo como un pensador.

El enorme talento de Nordau le permitió imponer sus libros, y quizá si por un momento impuso sus ideas. Felizmente, parece que ese momento ya ha pasado. Porque sus dos obras principales, *Las Mentiras Convencionales de la Civilización y Degeneración*, son dos libros que, aunque llevan el sello de una mentalidad superior, no por eso dejan de ser exagerados e injustos, desagradables de leer (impresión esta última puramente personal, por cierto), y a veces hasta malévolos.

En *Las Mentiras Convencionales* truena contra todo lo que hay en la sociedad de hipocresía y de mentira, y contra todo lo que hay de convención y de fórmula. Y aunque existe bastante diferencia entre hipocresía y convención, entre fórmula y mentira, Nordau arremete furiosamente, en un agresivo estilo de anarquista, contra todo lo que juzga no ser la verdad pura y desnuda. Muy admirado suele ser este libro, aunque la postura de señalar la parte convencional y formulista de la vida es actitud espiritual, además de cómoda, muy poco simpática. Pues que si se quitara de la vida toda su parte convencional, todo su ropaje formulista, seguramente que caeríamos en la barbarie. Los argumentos de Nordau en este libro son, ora vigorosos y convincentes, ora pueriles y contradictorios, ora odiosos y como dictados por el despecho. Muy pueril me parece, por ejemplo, arremeter contra las monarquías y los reyes con el argumento de la unidad fisiológica de la especie humana que hace que los reyes sean iguales a sus últimos vasallos.

En *Degeneración* analiza la vida y la obra de los grandes hombres, para llegar a la conclusión de que todos ellos fueron locos. ¿Por qué? Porque no fueron normales? Hay gran distancia del desequilibrio frecuente en el genio, a la desorganización cerebral del loco. Y si se llama normal sólo a lo mediocre, ya allí está contenida la absurda conclusión.

Nordau, en medio de su indiscutible talento, fué un incomprensivo, un ciego para gran número de los valores fundamentales de la vida. Todo lo que fuera un símbolo, todo lo que encerrara piedad, simpatía o delicadeza, le parecía hipocresía o necedad, y le arrancaba ásperas críticas. Quizá si en un paradojal amor a la humanidad, envolvía cierto amargo odio contra los hombres. Sus artículos de periódico eran por lo general llenos de interés y estaban constelados de pensamientos profundos, pero a condición de que no tratasen de ninguna de aquellas cosas que despertaban las iras orientales del viejo israelita. No olvidaré los términos de incomprensión y de inhumana dureza con que habló del homenaje rendido por cada país a los despojos de su soldado desconocido.

Nordau será largamente recordado. Le servirán para ello muchas admirables páginas de sus libros, muchas ideas y observaciones de gran hondura, pero sobre todo le servirá la sonoridad rotunda de este título: *Las Mentiras Convencionales de la Civilización.*

C. L. P.

DON MARCO AURELIO DENEGRI

La muerte de D. Marco Aurelio Denegri significa la desaparición de una de las más vigorosas y respetables personalidades del país. Alejado siempre de la política, a pesar de que habría podido suponérsele determinado a ella por herencia (su padre fué Presidente del Consejo de Ministros), llevó una vida de profesional y de funcionario. Era un hábil ingeniero, dominador de su vasta y difícil profesión, y en gran parte su actividad estuvo al servicio del Estado en los elevados y difíciles cargos que desempeñó con su consagración y su rectitud proverbiales. Era hombre de integridad irreductible llevada hasta la intransigencia, y toda su vida estuvo llena de nobles y viriles actitudes. Aquellos que supimos comprender el austero significado de sus intransigencias, lo mismo que quienes las juzgaron excesivas, todos guardaremos de él un recuerdo respetuoso. El ingeniero Denegri, por su vigorosa inteligencia, por su gran ilustración, por su carácter férreo, por su honorabilidad insospechable fué un elemento del más alto valer en el país. Estaba plasmado en esa rara substancia de que se hacen los grandes hombres.

C. L. P.

MERCVRIO PERVANO

REVISTA MENSVAL DE CIENCIAS SOCIALES Y LETRAS

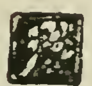


DIRECTOR

VICTOR ANDRES BELAUNDE

MVLTA RENASCENTVR
QVÆ JAM CECIDERE

SUMARIO



LIMA PERÙ

AÑO VI.--VOL. X.--No. 56

Febrero— MCMXXIII

MERCURIO PERUANO

REVISTA MENSUAL de CIENCIAS SOCIALES y LETRAS

-:- FUNDADA EN 1918. -:-

"Mercurio Peruano" ha publicado y publicará colaboraciones de los más eminentes escritores nacionales, Villarán, Deustua, los García Calderón, Chocano, Riva Agüero, Cisneros, Palma, Miró Quesada, Lavalle, etc., así como de notables escritores extranjeros, como Reyles, Ureña, Gonzáles Martínez, Larreta, Sagarna, Means, Umphreys, etc.

ECONOMIA DE LA REVISTA

Número suelto: ochenta centavos en Lima; un sol, en el resto de la República y en el extranjero

Avisos: Precios convencionales.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: JUAN PABLO, 634.

— APARTADO No. 54. —

La Frontera en Hispano-américa

Son bien conocidas las diferencias señaladas hasta hoy por los sociólogos entre la América Teutónica y la America Latina o Hispana. Todos se refieren a estos factores perfctamente establecidos: la raza, el clima, la religión y el siseema de Gobierno durante el régimen colonial. El marcado contraste que las dos Américas han presentado en el siglo XIX y presentan actualmente, tenía sobrada explicación en las diferencias radicales de los factores indicados. Hay, sin embargo, otros elementos de diferenciación, tan importantes, o quizás más importantes, que no han sido ni estudiados ni siquiera insinuados en algunos casos: El proceso del desarrollo de un país, sus fuerzas dinámicas en función, tienen más importancia que los factores estáticos o permanentes; puede decirse que la civilización es principalmente funcional. El elemento dinámico por excelencia en el desenvolvimiento de la América Teutónica ha sido, la frontera. Debemos esta idea genial al Profesor Turner; sabemos hoy, a mérito de sus estudios que la frontera, esto es el avance progresivo y asimilador de nuevas tierras ha producido el perpétuo renacimiento y la más grande fluidez en la vida americana, y como consecuencias esenciales en el orden psicológico, el individualismo americano, el espíritu de empresa, la actividad creadora, el orden económico, la base siocrática y, por lo mismo, sólida, de la sociedad; y en el orden político, la democracia, que sólo se concibe cuando la tierra libre da a todos los hombres igualdad en la oportunidad.

¿Existe este mismo principio de avance progresivo con sus características de individualismo, sólido desarrollo económico e igualdad democrática en la América Hispana?- Dar contestación a esta pregunta es el objeto del presente trabajo.

Una observación superficial puede llevarnos a creer que para que exista el principio de la frontera, tal como lo entiende el profesor Turner, basta el elemento de tierras vírgenes y desconocidas, sin considerar otros factores, como su situación y su asimilabilidad; y por lo mismo, podría afirmarse la influencia de la frontera en Hispano América, que cuenta hoy mismo territorios no conocidos y explorados. Pero el factor de la frontera no está constituído exclusivamente por el elemento material del territorio, sino principalmnte por ese proceso lento de asimilación de nuevas tierras a las que se extiende la acción civilizadora que se consolida en ellas gracias a su situación geográfica respecto de los núcleos antiguos de la nacionalidad y gracias, también, a sus condiciones para la producción agrícola y el trabajo humano. En este sentido podemos afirmar que la frontera aparece sólo de un modo excepcional en Hispano América y que en ello estriba precisamente la diferencia esencial entre los Estados Unidos y el Canadá y los demás países del Continente. La frontera no es solamente cuantitativa sino principalmente cualitativa; no está en razón directa de la extensión bruta de los territorios desconocidos; sino en razón directa de su accesibilidad, productividad, en una palabra, de su valor humano.

La América Latina presenta el principio de la frontera en la iniciación brillante y casi milagrosa del descubrimiento y de la conquista, pero no en su forma lenta y efectiva de avance asimilador y de colonización progresiva.

Pocos contrastes más marcados podrá ofrecer la historia que el que existe entre la expansión inglesa en el continente y la expansión hispana. Los ingleses, en el siglo XVII y en la primera mitad del siglo XVIII, habían colonizado apenas el territorio entre la cordillera y la línea de la caída de las aguas. Es verdad que las primreas concesiones hechas por el Rey de Inglaterra, a semejanza de las que en la parte sur hizo el Rey de España, se extendían de mar a mar; pero no es menos cierto que aquella delimitación teórica sólo se realizó en el siglo XIX, pues los hechos tomaron otro curso y la Monarquía Inglesa, en vísperas de la guerra de la independencia, no sólo no alentaba las empresas de conquista y de población hacia las tierras desconocidas del oeste sino que expresamente las prohibió.

En cambio, véase el proceso de la expansión hispánica. España, en el trascurso del siglo XVI, había explorado y descubierto los territorios desde California hasta el Estrecho de Ma-

gallanes y se había apoderado, por esta expansión súbita, de la mayor parte de la tierra aprovechable y de valor humano, en toda esa vasta extensión territorial. Las mesetas del Anahuac, los valles centro-americanos, las llanuras de Cundinamarca, los estrechos cañones andinos, la planicie del Collao, el valle central de Chile, las tierras altas en el Plata, fueron asimiladas por las españoles; los célebres pioneers de esta raza, por selección natural de las tierras, desdeñaron las más próximas y acequibles, que eran las tierras bajas y de clima cálido, en Méjico, en Nueva Granada y en Venezuela, e internándose en el corazón mismo de los continentes, se apoderaron de casi la totalidad de las tierras de valor agrícola. Si comparamos en los mapas la expansión española y portuguesa de principios del siglo XVII y la de fines del siglo XVIII, sólo encontraríamos esta diferencia: el avance portugués en la hoya amazónica, desde la línea de Tordesillas hacia las nacientes del Amazonas, rebasando la línea de San Ildefonso; avance al que opuso España el de sus Misiones de Mainas y de Mojos y Guaranies. Pero el avance portugués fué de pioneers pero no de colonizadores, que no los permitía la región amazónica. El mismo carácter tuvo el avance español, debido principalmente a causas desinteresadas e idealistas, como la propaganda religiosa. Las misiones españolas de la hoya amazónica, que no hicieron otra cosa que reiterar el esfuerzo conquistador de los soldados del siglo XVI, no tuvieron una repercusión efectiva, ni mantuvieron una corriente constante de influencias con la parte ya definitivamente conquistada de las colonias españolas. La frontera española del Amazonas, en la época heroica de las entradas militares en busca del Dorado o en la época religiosa de las misiones, no fué el avance progresivo de las poblaciones excedentes de las viejas colonias hacia la tierra libre ni determinó el principio de fluidez y expansión gradual característico de la frontera norteamericana del Missisippi.

Sintetizando lo anterior, cabría decir que en la época colonial España se apoderó de todo el continente, colonizó las tierras asimilables y de valor humano, esparciendo los centros o núcleos de cultura y ofreciendo respecto de las tierras desconocidas únicamente la obra de pioneers de exploración pero no de población definitiva. En cambio, Inglaterra sólo colonizó en la época colonial la estrecha faja entre el Atlántico y la línea de las aguas, y avanzó apenas a fines del siglo XVIII sobre la cordillera de los Alleghanis, procurando penertrar por

las abras de esta misma cordillera a la región del futuro, la región del Middle West, por las entradas naturales del Ohio y del Cumberland.

Se destaca el contraste entre la hoya del Missisippi y la hoya del Amazonas. El Missisippi, teatro de la futura expansión americana, fué durante toda la época colonial completamente extraño a la vida de las colonias inglesas. Descubierto y poseído en su parte baja por España, explorado y recorrido en su parte alta por los pioneers franceses, fué en esa época, como el Amazonas, teatro de incursiones y de viajes fantásticos, pero no de colonización, gradual. Un destino histórico lo reservaba para pueblos distintos de aquellos que lo descubrieron y lo había de ofrendar como teatro de futuro, aunque lento avance, a la nueva nacionalidad que surgió con motivo de la independencia americana. El Amazonas, descubierto en sus nacients y recorrido todo por españoles, desde el siglo XVI, es poseído en su parte baja por los portugueses. Centro de fantásticos reinos, atrae a los cazadores de oro y después a los misioneros. En el siglo XIX continúa todavía, casi en la misma condición en que se encontraba al finalizar el siglo XVIII. La selva no ha sido dominada, no hay más vías de comunicación que los ríos, el pueblo que poseyó la boca del gran río ha afirmado su soberanía política pero no se lo ha asimilado económicamente; las naciones poseían sus nacientes no han hecho más qué las antiguas colonias a las que heredaron. Y es que entre la hoya del Missisippi, teatro de la frontera de la América Sajona y la hoya del Amazonas, teatro de la posible frontera de la América Hispana, ha habido estas dos diferencias esenciales: los territorios del Alto y Medio Missisippi, eran propios para la agricultura, y eran fácilmente accesibles desde los centros poblados, en tantó que los territorios de la Hoya Amazónica, constituídos por florestas tropicales, no podían ser convertidos en tierras arables y su acceso era dificilísimo desde la región de los Andes. Como lo observa muy bien Nathaniel S. Shaler: "The valleys of the St. Lawrence, the Hudson, the Missisippi, in a fashion also, of the Susque hanna and the James, break thorough or pass around the low coast mountains, and afford free ways into the whole of the interior that is attractive to European peoples No part of the Alleghenian system present any insuperagle obstacles to those who seek to penetrate the inner lands".

El mismo autor pone en relieve la fácil aplicación de las tierras del Mississippi a los propósitos agrícolas, cuando dice:

"For the first time in human history, a highly skilled people have suddenly como into possession of a vast and fertile area which stands ready for tillage without the labor which is necessary t oprepare forest land for the plow".

Y así se explica que pronto en la hoya del Mississippi los pioneers americanos del siglo XVIII, como Daniel Boone y Clark fueran seguidos por una corriente que se pentró por las entradas naturales y que había de convertirse más tarde en torrente colonizador que asimilara defintivamente aquellas tierras a la nacionalidad nueva. El Mississippi, diré mejor, el Oeste, es desde entonces el factor determinante de la historia de los Estados Unidos en el siglo XIX.

En cambio, los Andes, en contraste con los Alleghanis, han presentado y siguen presentado obstáculos insuperables para el acceso a la hoyã amazónica. Las trochas de las tentativas incaicas fueron las mismas que utilizaron los capitanes de la conquista y las mismas de los misioneros, y continúan siendo las mismas entradas que utilizan los pocos viajeros del siglo XIX. Y la tierra, continúa siendo *intratable* según la expresión de los antiguos cronistas, es decir, rebelde al esfuerzo y al trabajo humano.

Todo lo que acabamos de decir, destaca la diferencia radical entre Estados Unidos y los países más típicos de Hispano naciones están constituídas principalmente por valles y altipla-América, que son Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia. Estas nicies interiores. Las tierras fácilmente accesibles de la costa, o son bosques tropicales insalubres, como los de Colombia y el Ecuador o desiertos como los del Perú y el antiguo litoral boliviano. Y la pequeña parte que les queda del antiguo patrimonio español en la hoya amazónica tiene los inconvenientes y las insuperables desventajas que acabamos de señalar. La frontera, tal como la concebimos, es la tierra libre, la tierra al alcance de la propiedad y del sfuerzo humano; esa tierra libre no existe en estos países. Eso ha llevado a lord Bryce a sentar la desagradable pero cierta conclusión: de que la parte montañosa de Ecuador, Perú y Bolivia no mreece tener mayor población que la que actualménte tiene; y por lo que se refiere a la hoya amazónica, que en ella la colonización apenas es posible en territorios donde el hombre se enfrenta a una naturaleza tan difícil de dominar.

Así se explica por qué los países andinos presentan hoy casi el mismo carácter que presentaban en la época colonial: con ciu-

dades inmóviles, con población estancada y en todas partes con muestras evidentes de aquella falta de las características de los países de frontera: el crecimiento juvénil, la fluidez y la constante transformación en el organismo social. Puede decirse que estos países andinos conservan la misma estructura colonial. La poca tierra asimilable arrebatada a los indígenas se encuentra en manos de un escaso número de grandes propietarios. Inmediatamente después viene una clase media que vive principalmente de la burocracia désarrollada infinitamente más que en la colonia, y por último, formando la más baja capa social, se talla la clase aborigen, sobre la que reposa el trabajo de las minas y de la tierra. Y aquella estructura no se ha modificado por razones de orden síquico o por factores políticos, sino casi exclusivamente por la ausencia de la frontera, pues los pioneers andinos de hoy, los caucheros, son reducidos en su número y su obra no ha avanzado más en el sentido de iniciar una corriente hacia las tierras vírgenes que la de sus ilustres predecesores: el capitán de la conquista y el misionero de la colonia.

Chile, participa del mismo carácter de las regiones andinas. No es tampoco un país de frontera: la tierra asimilable está hoy, como en la época colonial en manos de un escaso número de propietarios. Sus elementos de clase media no podrán encontrar como los norteamericanos de la mitad del siglo XIX, el campo de la tierra libre. Su orientación tendrá que ser, por lo mismo, esencialmente industrial.

En Venezuela, el principio de la frontera podrá tener su aplicación él día que el exceso de población en el mundo y los modernos medios de progreso detérminén la colonización en vasta escala de los llanos del Orinoco, que se hallan, hoy por hoy, en condición semejante a los bosques amazónicos.

Méjico, presenta aunque con aspectos distintos, los mismos caracteres, por lo que se refiere a la frontera, que los países andinos. A pesar de la considerable extensión del territorio mejicano hay que descontar dé él los bosques tropicales de la tierra caliente, en las costas del Pacífico y del Atlántico, y la región desierta de la planicie central, próxima a la frontera de los Estados Unidos. Calcula Eliseo Reclus que estas regiones inasimilables representan por lo menos las dos quintas partes del territorio mejicano. El resto de las tierras asimilables, a diferencia de las nuevas tierras que se presentaron sólo gradualmente a la ocupación y al avance de los nortéamericanos, fué apropiada en su mayor parte o por las instituciones eclesiásticas o por

los grandes señors de la época colonial, de donde se derivó un régimen de gran propiedad y, prácticamente, la falta o escasez por lo menos de tierra libre para el colonizador. Los mismos terrenos no ocupados y de propiedad del Estado no se encontraron en la misma condición que los territorios de frontera en los Estados Unidos. De aquí que el problema de Méjico no fuese el de explotación o asimilación de tierras nuevas, sino el de mejor distribución o asignación de las que ya estaban conocidas o explotadas. El clero poseía la mitad de las tierras; era natural que los nuevos factores políticos creados después de la independencia, deseasen alcanzar influencia económica por medio de la posesión de las tierras; este fué el origen de las leyes de reforma que confirieron al Estado la propiedad de las tierras del clero. Vino entonces la reacción: los elementos despojados buscaron la influencia externa en favor de una restauración ya imposible y surgió el Imperio. Destruído éste, el problema de la tierra no pudo alcanzar la solución natural de la colonización por pequeños propietarios que tienen los países de frontera. Nuevos grandes propietarios laicos se sostituyeron al clero; continuó con distintos dueños, la tierra en pocas manos; la gran masa popular siguió en su condición de servidumbre, la clase media sin más perspectivas que las de la burocracia. El Gobierno dictatorial inaugurado a la caída del Imperio, distribuyó los terrenos del Estado en forma de grandes e ilimitadas concesiones. El problema de la tierra quedó vivo y, andando los tiempos, había de producir la formidable crisis de 1911 que aún no ha concluído todavía. Hubiera tenido Méjico su tierra libre en la condición de fácilmente asimilable y en la situación de tierra de frontera; su historia hubiera sido muy distinta. El criterio de la frontera aplicado a la historia de Méjico arroja nueva luz sobre los problemas que agobian a este país y descarta las interpretaciones de los sociólogos superficiales, que no han hecho otra cosa que calumniar a la raza aborigen o a la educación española, que ignoran en sus rasgos fundamentales.

Los únicos países en que la frontera cabe ser considerada en el mismo concepto que en Norte América, son las tierras del Plata y el sur del Brasil. En efecto, estos países son los que más semejanza tienen con los Estados Unidos. Su carácter de ribereños del Atlántico, que los hace más accesibles a la inmigración europea, su clima templado, la circunstancia de tener sobre la costa tierras agrícolas y la de poseer en ella ríos navegables y, por último, hasta el hecho de que las elevaciones

del terreno o las siérras no presenten las altitudes inconvenientes y las asperezas desfavorables de los Andes, contribuyen a acentuar el paralelo. No puede negarse que esta región ha sido privilegiada con el don de la tierra disponible, propicia para la agricultura, lo que ha traído como resultado la considerable inmigración italiana, portuguesa, española, alemana y aún eslava. Pero una observación más profunda de estos países nos revela que el principio de frontera aparece en ellos en forma que nos es precisamente igual a la ventajosísima en que apereció en los Estados Unidos. Desde luego, no es muy grande la extensión de los Estados del sur del Brasil, San Paulo, Rio Grande del Sur y Santa Catalina, a que hemos aludido. Respecto de la Argentina, cabe descontar las partes desiertas de la Patagonia, que interrumpen los valles del Negro y Neuquen y los bosques semitropicales del Chaco. Tocante al Paraguay, es preciso decir que la tierra tiene, aunque no tan acentuados, los inconvenientes de la región amazónica. El Uruguay posee una relativamente pequeña extensión trritorial. Aégrguese a esto que la situación de la Pampa Argentina y de las llanuras brasileras no es semejante desde el punto de visto topográfico y de su relación con los centros poblados, a la que tenían las tierras vírgenes del Mississippi respecto de los núcleos originarios de los Estados Unidos. Sobre todo, en lo que se refiere a la Argentina, la célebre *Pampa* venía a ser una mancha de territorio que se interponía entre la zona colonizada de la costa y la zona poblada cerca de los Andes, de mayor importancia en la época colonial. Aunque no colonizada y explotada, puede decirse que la Pampa estaba en cierto modo *aprehendida* y con el trascurso del tiempo, la acción romántica del gaucho iba a dejar el lugar a la acción gubernativa que construía los ferrocarriles y hacía las concesiones de tierras. De aquí que en la Argentina, sea distinta la relación entre el pioneer, que el gaucho y el colonizador, que viene déspués, más por obra de la acción oficial que por iniciativa de los individuos. El gaucho no avanza de los centros poblados, es un producto de la pampa misma. Los pioneers americanos son la avanzada de los colonizadores que vienen inmediatamente después. Estas diferencias no son simplemente accidentales y de escaso interés. La pampa argentina aparece conquistada por los ferrocarriles y distribuída en los grandes lotes de las concesiones gubernativas, origen del latifundio; en cambio, que el oeste américano es conquistado principalmente por el avance individual de los colonos, que establecen allí, como

predominante y general, el régimen de la pequeña propiedad. Así, el individualismo y la igualdad de oportunidades, las dos grandes derivaciones del principio de la frontera, no presentan en los países del Plata la misma intensidad y relieve que en los Estados Unidos.

Todos reconocen hoy, desde Reclus a Lord Bryce y Regenald Cuock, que el régimen de propiedad en el Brasil, Argentina y Uruguay es el del latifundio. En este sentido los países de que hablamos, a pesar de la diversidad de caracteres geográficos y económicos, se parecen en su estructura a sus hermanos los países andinos. Así resulta que en Hispano América, el latifundio sigue siendo el gran obstáculo de la democracia.

El profesor Paul Reinch, al visitar los países de la América del Sur, observó en ellos la ausencia de cierta frescura y energía, de juventud en una palabra, que es la característica de la democracia norteamericana. "In a sense, Professor Reinch says, the South American societes were born old... The dominance of european ideas in there intellectual life, the importance of th City as a seat of civilization never allowed the pioneer feeling to gain the importante which it has held and still holds in our life. This backwoodsman of Shout America has not achieved the national and estimable position of our frontiersman".

La observación es cierta pero la explicación es inexacta. No es una causa psicológica: la importancia de las ideas de la ciudad y el predominio de las ideas europeas es lo que ha determinado la falta de juventud en la vida de Hispano América y el distinto papel de sus pioneers. Las causas efectivas de estos hechos se hallan más en la tierra y en el proceso de nuestro desenvolvimiento económico. La ausencia de frontera en el sentido que el profesor Turner dió a la palabra y de corrientes de frontera, ha determinado la rigidez de nuestra estructura y nuestra falta de juventud y vitalidad. Y en los msimos países en que la frontera existió por los hechos a que acabamos de aludir, el pioneer fué más un tipo de leyenda y de literatura que un factor dinámico de progreso y una vanguardia de la civilización. La idea de la frontera es un nuevo punto de vista en la verdadera interpretación de la vida hispano americana y está llamada a establecer sobre nuevas bases la sociología del Nuevo Continente.

Víctor Andrés Belaúnde.

Poesías

Diego Camacho es uno de nuestros poetas de la última hornada. Hay en sus versos mucha frescura de sentimiento y un lirismo siempre meditativo y sugerente. Cultiva su arte con devoción y honradez y vive su poesía. Llegará muy lejos si las solicitaciones de la vida no llevan su actividad por menudos senderos. Publicamos a continuación tres de sus mejores composiciones.

(MI SOMBRA

Yo tengo una amiga que sigue mi suerte,
desde ahora viste luto por mi muerte;

ríe con mis risas, llora mi amargura,
es cual mi retrato, mi caricatura,

nadie la saluda ni nadie la nombra,
siempre va conmigo callada . . . . Es mi sombra . . . .

CONSUELO

Consuelo: has llegado
como algo sagrado
a mi corazón;
me han llovido rosas
hoy veo las cosas
color de ilusión.

VIOLETA

La tarde se muere como una
novia y la amortaja la luna . . .

Te has puesto a mirar,
con honda y secreta
ansia de llorar,
a la tarde quieta
que muere en el mar.

Se desnuda la Vida
y nos da la Emoción;
mientras una querida
y muy dulce canción
cura la gran herida
de nuestro corazón.

Oh, la Vida desnuda
como una mujer llorosa y muda! . . . .

DIEGO CAMACHO.

La Filosofía de Rousseau (*)

INTRODUCCION

No es el presente un ensayo de exposición, tampoco es exactamente un ensayo de crítica; es más bien una tentativa para expresar lo que existe invívito en el pensamiento de Rousseau y para reintegrar sus ideas en el tono de una inspiración fundamental. En todo gran pensamiento hay, junto con la fórmula que lo expresa, la ansiedad espiritual que lo inspira. En toda afirmación profunda, se mueve un mundo de interrogaciones innumerables. Y por esto, lo que constituye el interés vital de las obras del genio no es lo que escuetamente dijeron, sino la virtualidad de los impulsos que suscitaron, de los horizontes que entrevieron, de las regiones desconocidas y remotas a las que nos invitan de modo perenne, de los nuevos atractivos, o de las nuevas inquietudes que suelen despertar en la inteligencia y en el corazón.

Aquello que los filósofos pensaron, necesita para incorporarse a la ciencia como algo ya adquirido, despersonalizarse en cierto modo, esquematizarse, adquirir una significación convencional y materializada que todo el mundo entienda y que de ésta suerte se fije como el término de una relación o como una ley objetiva e invariable. La obra de Rousseau ha tenido que experimentar esa congelación para ser utilizada científicamente. Fuera de su contenido lírico, fuera de su belleza formal, algo de esa obra se ofrece como una armazón de conceptos que la ciencia asimila, clasifica y erige en resultados. Nosotros estudiaremos esa armazón en el capítulo *Ideología*.

(*). — Juan Jacobo Rousseau nació en Ginebra el 28 de Junio de 1712 y murió en el castillo de Ermenonville el 2 de Julio de 1778.

Pero si la ideología es lo más *útil*, no es seguramente lo más verdadero, es decir, lo más genuino, lo más expresivo del espíritu creador.

En la especulación de un pensador — como acabamos de apuntarlo — por debajo de la ideología está la inspiración o sea la tendencia interior confusa y expansiva que el pensamiento realiza bien o mal, pero que confiere a la obra su resonancia y su vitalidad. Al rededor de las ideas, hay un halo de vacilación, de cosa incomprensible y fluída, que se relaciona, no con la lógica interna, no con la adecuación exterior de los conceptos, sino con su continuidad original, con esa interpenetración que el discurso del pensamiento viene a fraccionar e inmovilizar. La inspiración penetra las palabras impersonales de un significado único, las suspende en una atmósfera propia y las envuelve en un color irreemplazable. Pero entonces las ideas así contempladas ya no serán útiles para la ciencia, pues presentarán una incorruptible originalidad.

l'incorruptible orgueil de ne servir a rien

más aún: serán cuerpos vivientes libres e indóciles.

Nosotros procuraremos alcanzar el movimiento esencial de la inspiración de Rouseau y reconstituír el trabajo creador; entonces toparemos nuevamente con las ideas expuestas en la primera parte. Pero descubriremos de esta suerte algo especialmente interesante. Rousseau no se dió cuenta del alma remota de su obra. Por encima de lo que él dijo, de lo que pensó decir, de lo que quiso decir, está lo que hubiera debido decir, lo que habría dicho si se hubiese abandonado a sus tendencias espirituales más hondas, si no hubiera pagado tributo: por una parte al intelectualismo, contra el cual reaccionaba precisamente, lo que había de más original y más íntimo en él; por otra parte, a las costumbres, a las preocupaciones morales y a ciertos hábitos de la sensibilidad, a los cuales no pudo completamente sustraerse.

Estudiaremos por último la influencia, más que de las ideas de las tendencias enunciadas e insinuadas en la obra de Rousseau. Tendencias que, contraponiéndose a las formas consolidadas y prestigiosas de la cultura, representan el papel de exaltados protagonistas en el agudo drama espiritual que al presente todavía prolonga su debate vital.

I

LA IDEOLOGIA

a). — El hombre natural y la sociedad

El hombre de naturaleza: He ahí el núcleo al rededor del cual han de agruparse las ideas de Rousseau. Este núcleo será un centro de atracción, pero todo el trabajo intelectual no se condensará en él ni se cristalizará en una forma regular y geométrica. Al contrario de esta fusión han de resultar condensaciones parciales y movimientos confusos que darán al conjunto un aspecto complejo y una inagotable capacidad de sugerencia.

En las *Confesiones* y en la segunda carta a Malesherbes describe Rousseau los sentimientos que asaltaron su espíritu y la visión súbita que iluminó su pensamiento a la lectura — en el camino de Vincennes — de la cuestión propuesta por la academia de Dijon, a saber: *si el restablecimiento de las ciencias y de las artes ha contribuído a depurar las costumbres.*

La gran idea se había presentado súbitamente en el espíritu de Rousseau como la concepción del nuevo método en el espíritu de Descartes. Esa gran idea debía fijar todo su destino intelectual y moral. Ella debía presidir sus meditaciones más personales y determinar su posición en la historia del pensamiento. No hay una lógica perfecta en su desarrollo — la ideología política sobre todo se aparte de ella — mas, no por eso deja de ser lo más significativo y lo más fecundo en el conjunto de la obra. La contestación de Rousseau fué en el sentido de que las ciencias y las artes, lejos de depurar las costumbres han contribuído a depravarlas. "Nuestras almas se han corrompido, dice, a medida que las ciencias y las artes han avanzado a la perfección" (1). Las ciencias y las artes han engendrado el lujo, han estimulado la vana curiosidad, la insolencia, el orgullo, han arrancado al hombre de su bondad natural y lo han lanzado en una atmósfera artificial de inquietudes desconocidas, de deseos inmoderados, de mentira y de miseria.

He aquí la primera expresión del optimismo místico de Rousseau. El hombre es por naturaleza bueno; la sociedad, la civilización son el origen de su perversión. Este enunciado en-

(1). — Discours sur cette question: etc.

vuelve la exigencia de volver a la vida inmediata, a la vida instintiva y natural. Por supuesto, semejante exigencia envuelve a su vez una cantidad de consecuencias que Rosseau no agotó por que su sensibilidad le llevó a adoptar respecto del hombre de naturaleza una posición hasta cierto punto convencional y arbitraria. Porque, en efecto, ¿cuál es el hombre natural?, ¿dónde le encontraremos antes de ser pervertido por la civilización? — Rousseau habla, tanto de un hombre puramente instintivo, aislado, errante, sin familia, sin más estímulo que las necesidades fisiológicas, de un hombre-animal en suma, cuanto de un hombre ya relativamente elaborado por la sociedad, de un hombre sin odios, lleno de amor sencillo por la familia y de una amable inocencia infantil.

Esto en la suposición de que Rousseau hubiese querido formarse una noción histórica del hombre natural. Mas, puede ser que sólo haya querido elaborar una noción heurística, una entidad ideal, expresión de su anhelo por reconquistar una vida interior original y libre, en medio a las trabas, a los prejuicios, a las limitaciones de la sociedad. El hombre natural, sería de esta suerte, y para emplear una expresión a la moda, una "mentira vital", destinada a estimular los esfuerzos espirituales de los hombres; pero al fin y al cabo, una quimera que no se realizó jamás, que no ha de realizarse nunca.

Dejando de lado la importancia que tiene esa cuestión en sí misma, observaremos que Rousseau, ora pretende acogerse a una hipótesis histórica, ora a un supuesto ideal, mezclándose por lo general ambas concepciones y originando por su vaguedad y sugerencia, infinidad de direcciones que se reclaman de la naturaleza — entendida de maneras variadísimas — para oponerse a lo que consideran como obstáculos artificiales y exteriores.

Reanudemos nuestra exposición, dentro de lo que hemos llamado la hipótesis histórica. Primitivamente confundido con la animalidad, el hombre yerra en el seno de las florestas vírgenes; la satisfacción de sus necesidades orgánicas, sin inquietud ni exceso, mantiene en su espíritu una serenidad perfecta; la naturaleza misma de su vida, suscitando en él una completa adaptación a las condiciones ambientes, garantiza su salud y su vigor físico.

Si viviéramos, según la manera simple, uniforme y solitaria que nos ha prescrito la naturaleza, jamás perderíamos la dicha inapreciable del bienestar orgánico. "Si la naturaleza, dice Rousseau, nos ha destinado a ser sanos, yo casi me atrevería a

asegurar que el estado de reflexión es un estado contra Natura y que el hombre que medita es un animal depravado" (2). Porque el hombre que medita se excede a sí mismo, y, por lo tanto, se condena al desequilibrio y al dolor.

Al describir esta etapa, y en su empeño de confinar al hombre dentro de sus propios recursos naturales, Rousseau parece absorver al hombre dentro de la animalidad. Pero se nos ocurre preguntar, entonces: ¿Ese ser es realmente un hombre?

Es hombre, dice Rousseau, porque tiene libertad, porque es un "agente libre". "No es tanto el entendimiento, cuanto su calidad de agente libre, lo que constituye la distinción específica entre los animales y el hombre" (3). Luego define la libertad como la actitud de resistir o ceder a los mandatos de la naturaleza. Y he aquí un punto inquietante en el concepto del hombre natural. O se confunde completamente con los otros animales y, entonces, la evolución posterior del hombre es una cosa inusitada y milagrosa, o el milagro está precisamente en la irrupción de la humanidad como algo inexplicable e imprevisto. Cuando Rousseau describe esta primera etapa — porque hay una segunda — del estado natural, se complace, como ya lo hemos dicho, en resolver al hombre dentro de la animalidad, sin fijarse en que de ese modo queda desconocida la verdadera característica del hombre, cual es la libertad. No la desconozco, argüirá Rousseau: el hombre es libre; pero entonces podríamos replicarle: ya no es vuestro *hombre natural*, instintivo, indolente, animal.

Hay más: Rousseau reconoce en el hombre la facultad insigne de perfeccionarse. Luego el hombre natural es ya un hombre que se perfecciona; esto es, un ser que experimenta el conflicto entre la realidad poseída y el ideal concebido, entre lo que es y lo que debe ser, la inquietud creadora y el dolor de pensar y de amar. Conflicto, inquietud y dolor que definen al hombre desde el preciso instante en que el primer ser humano abrió los ojos a la luz. Facultad de perfeccionarse que es en el hombre más natural que todos los instintos y todas las capacidades de adaptación al medio físico. Si como dice Rousseau, ella es la causa de la desgracia y la depravación huma-

(2). — Discours sur l'origine et les fondements de l' inegalité parmi les hommes.

(3). — Ibid.

nas, el hombre lleva en sí la sentencia inexorable de un destino trágico. Y no hay por qué añorar con tanta melancolía el estado del hombre-animal, porque éste, inculto y todo, tuvo su tragedia, puesto que, a fuer de hombre, hubo de tener forzosamente un ideal.

En un proceso espiritual sumamente lento, fueron formándose las lenguas, las costumbres, las ideas. En cuanto a los sentimientos morales, o no existían o eran simples predisposiciones virtuales no inficionadas aún por el dolor del pecado ni por el respeto del deber. "Parece, desde luego, que los hombres en este estado, no teniendo entre sí ninguna especie de relación moral ni de deberes conocidos, no podían ser ni buenos ni malos, ni tener vicios ni virtudes; a menos que, tomando estas palabras en un sentido físico, se llamen vicios en el individuo las cualidades que pueden perjudicar su propia conservación, y virtudes a las que a ella contribuyen; en cuyo caso sería preciso llamar el más virtuoso a aquel que resistiese menos a las simples impulsiones de la naturaleza". Y agrega: "Podría decirse que los salvajes no son malos, precisamente porque no saben en qué consiste la bondad, desde que no es el desenvolvimiento de las luces ni el freno de la ley lo que les impide hacer mal" (4). La única virtud del salvaje es la piedad, virtud instintiva que poseen también, en cierto modo los animales, y de la cual derivan todas las demás. Rousseau cree que la piedad es más viva en el salvaje que en el hombre civilizado, opinión donde se revela de modo saltante el excesivo optimismo del filósofo sobre la bondad natural del hombre.

Sin lazos sociales, bastándose a sí mismo, sin ningún estímulo de transformación, el hombre natural vivió siglos enteros. "La especie era ya vieja; el hombre permanecía niño". En esta infancia que ignora la vanidad y el deseo de dominación, las propias necesidades naturales son tan moderadas, que su exigencia tiránica puede, prácticamente, atribuirse a la exitación proveniente de la vida social.

Hecha la pintura del hombre natural, Rousseau estudia las causas que han producido al hombre tal como lo vemos.

"El primer hombre que habiendo cercado un terreno tuvo la idea de decir: esto es mío, y encontró gentes bastante simples para creer, fué el verdadero creador de la sociedad civil".

(4). — Ibid.

(5). Rousseau atribuye así al establecimiento de la propiedad el origen de las innumerables desgracias humanas. Pero la propiedad misma es el resultado de una larga evolución. El género humano debe aprender a luchar contra la naturaleza, contra las fieras y hasta contra los propios hombres. Después, raciocinando por analogía, reconócense los seres humanos como semejantes, comienzan sus *relaciones* mútuas y, entonces, se inicia la funesta complicación de la vida social. No queremos seguir a Rousseau cuando se estudia el nacimiento de las tendencias e inclinaciones sociales. Bástenos manifestar que para Rousseau, todo lo que es social trasciende a corrupción y, por lo tanto, a dolor y a desgracia. Hasta la propia piedad sufre con la multiplicación y la complejidad de las relaciones entre los hombres. La humanidad avanza hacia la desolación y la miseria. Sin embargo, al salir de la primera etapa, se consolida un estado intermedio entre la indolencia primitiva y la "petulante actividad de nuestro amor propio". Rousseau lo concibe como un salvajismo medio idílico y lo considera como la época más feliz y al propio tiempo como la más durable del género humano.

Pero continúa el movimiento de la civilización; y después de largas experiencias aparece la agricultura con sus consecuencias inevitables: la repartición de las tierras, la propiedad, y con ella las primeras reglas de la justicia. Los más inteligentes y los más fuertes vienen a ser también los más ricos, por donde las desigualdades naturales se vuelven más permanentes y sensibles. Con la riqueza aparece el lujo y con el lujo la exterioridad de la vida, que deforma los instintos de la naturaleza y que sacrifica las más puras inclinaciones del espíritu en aras de un convencionalismo desastroso.

Llegados al nefasto período en que la propiedad se constituye, los hombres no se detienen. Los propietarios se ingenian para conservar su propiedad; y como su detentación por el mero empleo de la fuerza, resulta difícil y precaria, imaginan legitimarla mediante la aceptación de los demás y retenerla al amparo de una fuerza superior a los individuos aislados. Esa fuerza es el poder público que fundado en un móvil interesado y egoísta, consagra la desigualdad bajo las formas de la ley: la explotación de los débiles y de los miserables, con la ficción de la justicia y de la conveniencia general. "Tal fué — dice Rousseau, refiriéndose a esta génesis dolorosa, — el origen

(5). — Ibid.

de la sociedad y de las leyes, que pusieron nuevas trabas al débil y dieron nuevas fuerzas al rico, que destruyeron sin retorno la libertad natural, fijaron para siempre la ley de la propiedad y de la desigualdad; que de una astuta usurpación hicieron un derecho irrevocable, y que, por el provecho de algunos ambiciosos sujetaron todo el género humano al trabajo, la servidumbre y la miseria" (6). De este modo, los ricos interesados en legítimar su posesión, los pobres persuadidos por los ricos de que la constitución de una autoridad social iba a ser favorable para todos, unos y otros, llevados por el interés y la ambición, celebraron el pacto social. La sociedad así constituída, fomenta las tendencias mismas que le dieron origen: la desigualdad y la servidumbre. Más adelante examinaremos la ideología política de Rousseau y veremos si la posición que ahora caracterizamos, fué definitiva.

Lo que queremos retener es el odio de Rousseau contra la desigualdad económica, esa especie de terror retrospectivo que le inspira la constitución de la vida social, donde se pervierten los instintos y se excitan hasta la exageración las necesidades. Rousseau reconoce las desigualdades naturales, pero cree que la sociedad las acentúa con perjuicio para la felicidad y para la virtud. Rousseau no sabía en qué camino había entrado; no advirtió tal vez netamente que rechazar la sociedad era exaltar el individuo, que denunciar como artificiales las instituciones y las leyes, era proclamar la anarquía de las emociones y de los impulsos, era anunciar el culto del yo, y preparar toda una inagotable floración de extravagancias intelectuales y morales.

b). — La educación

Nada sintetiza mejor el pensamiento de Rousseau, que estas palabras suyas: "Todo es perfecto al salir de las manos del autor de las cosas; todo degenera en las manos del hombre" (7).

Y su obra capital, el *Emilio* pretente ser un desenvolvimiento de esa idea, y es un reclamo vehemente a las fuentes naturales de la inspiración y de la acción humanas. Puesto en esta actitud, Rousseau estaba obligado a distinguir lo "natural" de lo "social", distinción difícil, tal vez imposible, sino se adopta el criterio, hasta cierto punto arbitrario que adoptó Rousseau. Para él, la naturaleza o lo natural, es el conjunto de las disposiciones del hombre, no alteradas aún por la opinión. Lo

(6). — Ibid.

(7). — *Emile, ou de l'education*, pág. 5 París. — Edición 1851.

social es, por lo tanto, un prejuicio que entraba el desenvolvimiento espontáneo, libre y sano de la vida natural. "Lo social" es una vez más, una como enfermedad terrible e insidiosa que atacó a los hombres felices del estado natural y que continúa atormentándolos, y lo que es más grave, quitándoles, con el vigor y la bondad primitivos, el propio deseo de la salud.

Fuera de otras publicaciones de índole pedagógica, como la carta al Rey de Polonia y *Sofía* que trata de la educación de las niñas, lo obra verdaderamente característica de Rousseau en este género de producción es el *Emilio*. En ella expresa el concepto de que la educación debe llevar al hombre a la vida natural, a la vida inmediata. Dentro de ese criterio, preconiza una educación predominantemente negativa, a fin de aislar al niño de todo contacto deformador y artificial. Pero Rousseau no estudió — seguramente porque las ideas de su tiempo no le plantearon esta exigencia — la cuestión de las predisposiciones hereditarias. Ella es, sin embargo, de una importancia capital. Porque, ¿hasta qué punto nacen los hombres con una individualidad propia? O inician al nacer una vida absolutamente nueva o traen un conjunto de taras, de disposiciones que no pueden eliminarse fácilmente. Ahora bien, si se realiza este segundo supuesto, la educación no podrá sustraer al hombre a la influencia social que esas disposiciones traducen y, lo que es más, tampoco podía ser meramente negativa. Venimos vinculados a la vida de nuestros antepasados en una forma indisoluble. La obra de Rousseau, que desconocía ese elemento del problema, adolece por ello de un lirismo algo abstracto y deductivo, que no le quita por cierto el mérito de su inspiración originalísima y fecunda. "Preparad desde lejos el reino de su libertad — dice refiriéndose al niño — y el uso de sus fuerzas, dejando a su cuerpo el hábito natural, poniéndole un estado de ser siempre dueño de sí mismo y de hacer en todo su voluntad tan pronto como la tenga".

El niño debe ser educado por un director espiritual, por un maestro que mantenga su cuerpo y su espíritu al abrigo de influencias malsanas. Rousseau mantiene, apesar de esta intervención, su punto de vista negativo, porque ella, antes que a la personalidad del niño, se dirije a despejar su camino de los peligros que la sociedad ha acumulado. En esa tarea habrá que considerar la infancia como una edad que tiene sus propias leyes, sus propias exigencias, sus propios derechos, su propia perfección, respetando en ella la expansión natural de sus fuerzas, la mani-

festación espontánea de sus modalidades. Rousseau divide el proceso de la educación en dos grandes etapas: En la primera, que abraza desde el nacimiento hasta los doce años, la educación deberá ser puramente negativa. Hay que dejar al niño en la más completa espontaneidad; hay que preservarle de prejuicios; hay que dejarle frente a frente a la realidad, para que produzca una reacción independiente de la opinión de los demás. Nada debe ser sobreañadido a las inclinaciones naturales y en el mecanismo de la vida infantil, la necesidad y su satisfacción deben equilibrarse y mantenerse en correlación perfecta. De suerte que habrá de proscribirse todo aquello que siendo una invención social desvirtúe las tendencias ingénitas. Si queremos preparar al niño el reino de su libertad, no comencemos por esclavisarle a las opiniones de los hombres. Que dependa en buena hora de las cosas, nunca de los hombres. Sin el exceso que es el vicio, y que por lo demás es un fruto social, la satisfacción de sus necesidades mantiene al niño en un estado de profunda felicidad interior. Nada turba la tranquila serenidad de su espíritu; viviendo del presente no tiene ni la punzante tristeza de los recuerdos dolorosos, ni la inquietud de las cosas del futuro. Pero su espíritu goza todavía de un beneficio precioso: la inocencia. Ignorando lo que es el bien y el mal, no tiene remordimientos ni cuidados morales; actúa, por lo tanto, con una pureza radical. No hay, pues, que turbar esta inocencia explicando al niño las razones morales de sus actos, enseñándole el mal por enseñarle el bien, y manchando su bondad irreflexiva pero esencial, con la malicia corruptora y el desasociego del pecado.

Cree Rousseau que hasta los doce años la vida es puramente sensitiva. Carecen los niños de ideas, de memoria verdadera; tan sólo poseen retención pasiva de imágenes; si razonan, es para lo que les interesa y nada más. Dentro de los límites que la incipiente capacidad del niño impone a la labor del maestro deberá éste antes que grabar en la mente infantil meras palabras o nociones abstractas y frías suscitar en ella disposiciones eficaces y útiles. Hay una cosa en que casi nunca se piensa y que es, sin embargo, el único resorte de la educación: el interés. Y éste sólo se despierta excitando, por ejercicios apropiados, la actividad constructiva e interpretadora del niño. Esta actividad se ejercitará en el círculo de sus intereses, de sus gustos, de sus inclinaciones y, sobre todo, de sus necesidades. Así aprenderá que el saber no es una nomenclatura sino una ca-

pacidad de acción. "Vos proporcionáis la ciencia, escribe Rousseau; yo me ocupo del instrumento propio para adquirirla. (8).

En cuanto a la educación del cuerpo, nada de precauciones exajeradas, nada de engreimientos malsanos, que afeminan la voluntad al propio tiempo que el cuerpo, que lo predisponen a la enfermedad, tal vez al vicio, y que lo lanzan a la vida endeble, incapaz de una acción prolongada y de un esfuerzo intenso y tenaz. En la educación de los sentidos, pone Rousseau mucho cuidado exigiendo siempre seguir la pendiente natural para no deformar con falsas interpretaciones sus datos siempre ciertos y válidos.

El sexto sentido, que dice Rousseau, el sentido común no tiene órgano particular, reside en el cerebro y sus sensaciones puramente internas se llaman percepciones o ideas. En el niño las ideas son simples, y no debe pasar de ellas la educación intelectual en el primer período. "Hemos conducido a nuestro alumno, por el país de las sensaciones, hasta los confines de la razón pueril, el primer paso que demos más allá, debe ser un paso de hombre". (9).

"Hasta aquí, dice Rousseau, sólo hemos conocido la ley de la necesidad: Ahora tenemos en cuenta lo que es útil; pronto llegaremos a lo que es conveniente y bueno (10).

La inteligencia del niño evoluciona hacia elaboraciones cada vez más complejas. Pero no debemos obligarle a traspasar los límites de su experiencia aprovechable. Dentro de esos límites lo pondremos en disposición de elaborar y de poner a su servicio los datos de su vida. Su conciencia ya no se limita a vivir en el momento presente, aparece la visión de lo porvenir, y, por lo tanto, la apreciación de las cosas en vista del partido que se puede sacar de ellas; en una palabra, de su utilidad. Por lo mismo, habrá que hacerle aprender un oficio, que al tiempo que ejercite sus facultades de construcción nacientes, le acostumbre a *utilizar* sus experiencias. Los conocimientos así adquiridos, serán concretos, manejables y de una asimilación viviente. Lo que así conocerá el niño serán las relaciones del hombre con las cosas; no conocerá todavía las relaciones de hombre a hombre. Por lo tanto, sus inclinaciones son todavía naturales, sus deseos no exceden sus necesidades; su espíritu se

(8). — Ibid, págs. 124-125.
(9). — Ibid, pág. 170.
(10). — Ibid, pág. 171.

mantiene libre y sereno sin la mordedura de las pasiones ni el veneno de la vanidad. El mismo amor propio, la más natural de todas las pasiones, apenas ha despertado en él, y así llega Emilio a la edad de quince años.

Pero entonces comienzan las inquietudes sexuales. Inquietudes destinadas, también, a sufrir el influjo deletéreo de los hábitos sociales, que desvirtuúan el impulso natural del amor físico, que no envuelve predilección personal alguna, en el "amor moral", exclusivo, lleno de nuevas pasiones artificiales y nefastas.

En la cuestión sexual, ante la curiosidad del niño, más vale guardar silencio que mentir. "Si se toma el partido de responderle, que sea con la más grande simplicidad, sin misterio, sin embarazo, sin sonreir" (11). Rousseau creía que el instinto sexual no aparece en la primera infancia. Creía que los niños son asexuales. ¿Qué habría dicho, que habría prescrito, si hubiera previsto las aserciones del psicoanálisis, relativas a la sexualidad infantil, si hubiera imaginado que era posible atribuír al instinto sexual el origen de toda la evolución afectiva?

Siendo su debilidad lo que hace sociable al hombre, su instinto de sociabilidad traduce su miseria. "Un ser verdaderamente feliz es un ser solitario". Uniéndonos a los demás, por lo que tenemos de limitado y de penoso en nuestra vida, nos vincula a ellos, ante todo y sobre todo lo que en lenguaje de hoy llamaríamos la solidaridad por el dolor. No nos ponemos tan fácilmente en lugar del que goza, como del que sufre. Por eso el educando debe ser puesto en presencia de espectáculos dolorosos que exciten en él al par que la compasión y la simpatía, la satisfacción por la propia salud y el propio bienestar.

Consecuente con su inspiración fundamental, cree Rousseau que la educación de los sentimientos debe realizarse, no por medios convencionales y por acción externa, sino por estímulos interiores y sugestivos. En esta dirección lo mantuvo siempre su desconfianza de las ideas puras, y su convicción de que las ideas verdaderamente eficaces y fecundas son las que traducen efectivas exigencias del corazón.

Si el ideal de la educación es el desarrollo espontáneo de las energías espirituales, será perniciosa toda acción que introduzca en la conciencia del educando elementos aun no reclamados por la etapa de su desarrollo. Así, será inconvenienet iniciar-

(11). — Ibid, pág. 245.

la en las cuestiones relativas a la divinidad y el destino humano, antes de que su alma experimente la íntima necesidad de conocerlas. De lo contrario se exhiben ante los ojos del niño imágenes arbitrarias e ideas sin vida, que lejos de suscitar la sagrad aemoción de lo infinito y lo supremo, determinan un inevitable sentimiento de limitación, y quizá de pequeñez. Por lo demás, la educación religiosa deberá inspirarse en la más completa tolerancia y la más alta inspiración moral (12).

Pero donde Rousseau ofrece un alto espíritu de prudencia y de tacto, es en aquellas páginas destinadas a la conducción de un joven al iniciarse en la vida social. Si en la infancia debe campear la más absoluta libertad, en la juventud debe ya aparecer la disciplina. Una disciplina interior, obra de la misma educación que logre gerarquizar por acto propio las facultades y deseos. Esa disciplina mantendrá al joven en seguro equilibrio entre las mil solicitaciones de la vida social. Con espíritu recto, donde las cosas adquieren su verdadero significado, y su justo valor Emilio apreciará a los hombres por lo que son realmente, y se unirá a ellos por la más tierna compasión. Entre las relaciones sociales, ninguna ofrece tantos peligros y problemas como la exigencia sexual. Rousseau vuelve a recomendar la verdad ante todo. Es preciso apartar a la juventud de la corrupción del siglo, pero sin falsos sermones ni hipócritos disfraces de la realidad.

Al exponer las ideas pedagógicas de Rousseau, hemos querido referirnos más a su punto de vista, que a las aplicaciones de su método. Por eso hemos prescindido de ciertas indicaciones que podríamos llamar técnicas, sobre la oportunidad de determinados estudios y de otras interesantes consideraciones de detalle.

Ese punto de vista contempla la educación como una labor destinada a proteger la libertad de la evolución interior. En lo que se expresaba por el mismo Rousseau, en varios pasajes de la "Nueva Eloiza", donde se abogaba por una educación respetuosa de las disposiciones naturales. Tales tendencias debían producir, junto con un interés científico por las formas del desenvolvimiento infantil, una exaltación lírica de la individualidad. Sobrepasando así el destino de estas ideas, las previsiones

(12). — Rousseau expone sus principales puntos de vista religiosos en la *Profesión de fé del Vicario Saboyano*, inserta en el *Emilio* y cuyo examen haremos en otra sección de este ensayo.

de Rousseau, 'tan audaz en las premisas, tan tímido, por lo general, en las conclusiones" (13).

c). — *El Contrato Social*

Rousseau, como es sabido, pretende explicar la constitución de la sociedad política por medio de un pacto. La necesidad de conservar sus personas y sus bienes, habría determinado a los hombres a celebrar un pacto destinado a resolver la cuestión siguiente: "Encontrar una forma de asociación que proteja con la fuerza resultante de todas las fuerzas comunes, la persona y los bienes de cada asociado y por la cual cada uno, uniéndose a todos, se obedezca a sí mismo y quede tan libre como antes". (14). Con lo cual se rechaza la hipótesis que hace resider en la fuerza el origen del derecho; pues no se concibe que los hombres enajenen su libertad de modo incondicionado y perpétuo, sin consultar alguna conveniencia.

Con el pacto social, el hombre progresa de la simple espontaneidad instintiva y animal, a la libertad consciente de la vida civil. Cambio benéfico, según Rousseau. Significa un progreso y una elevación; porque todas las virtudes individuales y colectivas nacen entonces.

El razonamiento que preside su celebración es el siguiente:

La libertad de todos se encuentra amenazada en el seno de una simple multiplicidad, sin lazos políticos ni sociales; es preciso salvar esa libertad por medio de una convención adecuada. ¿Cómo hacer, ahora, para que el hombre sin perder su libertad se someta al imperativo de leyes y de principios impersonales? De este modo: Cada cual pone en las manos del cuerpo social toda su persona y todos sus derechos (alienación total), pero no pierde nada porque todos hacen la misma entrega y, porque colocados de esta suerte en perfectas condiciones de igualdad, la posibilidad de todo abuso queda eliminada. Además, "como no hay ningún asociado sobre el cual no se adquiera el mismo derecho que se le cede, se gana el equivalente de todo lo que se pierde y, además, la fuerza para conservar lo que se tiene".(15).

Constituído el pacto social, se forma en el mismo instante un yo común con su vida y su voluntad.

---

(13). — Faguet *Rousseau penseur* — París.
(14. — *Du contrat social ou princips de roit politique,* I. — V.
(15). — Ibid — I — VI.

La voluntad general en ejercicio, es la soberanía, y su dueño el soberano. La soberanía y, naturalmente la voluntad general, tienen como atributos esenciales, la inalienabilidad y la indivisibilidad. Si se concibe que entre los indidivuos aslados puedan algunos vender su libertad, no se concibe que una sociedad enajene su soberanía, ni que dentro de ella pueda la soberanía enajenarse. La sociedad se ha constituído para garantizar la libertad de los ciudadanos; por manera que sin incurrir en contradicción consigo misma, la voluntad general no puede querer nunca su propia alienación. La soberanía es indivisible, porque si los hombres que constituyen una agrupación política en virtud del pacto social, entran a constituír un nuevo yo, no se concibe que ese yo se divida, sin comprender en su fraccionamiento la sociedad entera. Una sociedad dividida ya no es una sociedad. De modo que fundamentalmente la voluntad general es una, y viene a ser la encarnación de las voluntades individuales en cuanto concurren a la formación de la sociedad, más concretamente, del cuerpo político.

Pero hay otros atributos que se refieren, por decirlo así, al aspecto interno de la voluntad general. La voluntad general es perfecta; la voluntad general es indestructible.

La voluntad general no puede querer el mal, porque es la expresión de la voluntad de los ciudadanos, precisamente en cuanto quieren el bien común. La voluntad general quiere el bien por definición; y si concebimos que por un momento pueda querer el mal, ya no podemos concebirla como la voluntad general.

La voluntad general es indestructible, porque es la voluntad de los ciudadanos en cuanto quieren su bien propio, que se confunde con el bien común, y como no es posible imaginar que los miembros del cuerpo político abandonen el propósito de favorecerse, que es el estímulo esencial para la constitución del pacto, hay que concluír que siempre se dirigirá la voluntad hacia el bien común. A veces, empero, los hombres votan contra los intereses sociales, a veces la nación es arrastrada por demagogos y politiqueros. Lo cual no quiere decir que la voluntad general ha sido destruída, sino simplemente desconocida, ocultada. No puede creerse, que ningún hombre desee su mal; cuando alguno se lo procura, es porque desconoce su verdadera voluntad. En los individuos y en los pueblos la voluntad del bien propio, es connatural y, por lo mismo existe, aunque sufra transitorios dseconocimientos o desviaciones.

Estos enunciados — que después de todo ofrecen cierto matiz paradojal — se explican recordando las premisas que sustentan el procedimiento eminentemente deductivo de Rousseau En el pacto social, todos dan su persona y sus derechos, porque quieren salvar su persona y sus derechos, es pues, absurdo pensar que alguien quiera dañar un pacto que es la garantía de su libertad y de su vida; es absurdo pensar que la voluntad general quiera el mal, porque la voluntad general es la expresión del anhelo al bien, que preside la constitución del pacto.

"Toda acción libre, dice Rousseau, tiene dos causas que concurren a producirla: La una moral, a saber: la voluntad que determina el acto; la otra física, a saber: la potencia que lo ejecuta" (16). En el cuerpo social la voluntad se manifiesta por medio del Poder Legislativo, la potencia por órgano del Ejecutivo. El primero pertenece al pueblo, de modo esencial; el segundo, al que Rousseau llama también gobierno — intermediario entre el soberano y los súbditos, destinado a hacer cumplir a éstos las decisiones de aquél — se constituye en virtud de una ley e inviste a los ciudadanos con las obligaciones y los derechos de los jefes. Mucho insiste Rousseau en manifestar que el gobierno no es la obra de un contrato entre el pueblo y sus jefes, sino la creación libre y unilateral del soberano.

Rousseau distingue tres formas de gobierno, a saber: La democracia, la aristocracia y la monarquía, cuyo estudio no haremos por no compadecerse con la índole de este ensayo. Sólo hemos de decir que Rousseau, restringe el concepto de democracia a aquellas sociedades en que se supone que todos los ciudadanos forman parte del gobierno. — forma impracticable, porque la función gubernativa tiene forzosamente que pertenecer a una minoría.

En cuanto al Poder Legislativo, a las atribuciones mismas del pueblo, Rousseau es un enemigo declarado del gobierno reprseentativo. Estima que el nombramiento de diputados o representantes, acusa en el ciudadano imperdonable negligencia. "La soberanía no puede ser representada, porque es inalienable: Consiste esencialmente en la voluntad general, y la voluntad no es susceptible de representación. Los diputados del pueblo, en este concepto, no son ni pueden ser sus representantes; son únicamente sus mandatarios y no pueden establecer nada

(16). — *Du contrat social.* — III — I.

definitivo. Serán, por consiguiente, nulas las leyes no ratificadas por el pueblo. El pueblo inglés piensa que es libre, y se engaña: Solamente lo es durante la elección de los miembros del parlamento. Elegidos éstos, el pueblo vuelve a ser esclavo. Hace tal uso de su libertad en los cortos instantes que la disfruta, que bien merece perderla" (17). Así se proclama como ideal el gobierno directo, cual diríamos ahora, sin que le arredren a Rousseau las dificultades que la vida moderna opone a su ejercicio. Hay algo muy curioso en el contrato social: la religión civil del Estado. Al proponerla cae Rousseau en una flagrante incoherencia; porque predicando la tolerancia por un lad,o rechaza el catolicismo por el otro, y luego propone una serie de dogmas, cuya aceptación es indispensable para formar parte del organismo social. Piensa que no pudiendo existir un cuerpo político sin una cierta comunidad espiritual, es necesario que los ciudadanos profesen las creencias favorables al cumplimiento de sus deberes cívicos. "La existencia de la Divinidad poderosa, inteligente, previsora y providente; la vida futura, la felicidad de los justos, el castigo de los criminales, la santidad del *Contrato Social* y de las leyes: tales son los dogmas positivos. Cuanto a los negativos, los reduzco a uno solo: La intolerancia, que es parte de todos los cultos que hemos excluído" (18).

El escrito de Rousseau sobre el pacto social, tiene una importancia extraordinaria. Rousseau pretendió definir el fundamento ideal del Estado, y si en la aplicación deductiva de su gran prinicpio incurre en evidentes contradicciones y llega a conceptos difusos, siempre le pertenecerá el mérito de haber fundado el derecho político sobre la voluntad contractual y de afirmar con una gran valentía los derechos soberanos del pueblo. Pueden resumirse en esta forma las que podrían llamarse intenciones fundamentales del "Contrato Social": Primero, Rousseau hace de la voluntad general la base de la soberanía. Segundo. el derecho es la encarnación de la libertad y no de la fuerza. Tercero, la *alienación total* lejos de destruír la libertad, la pone a salvo. Cuarto, la libertad se garantiza por medio de la igualdad y la igualdad consiste en la enajenación de su libertad, hecho por todos. Falta saber si el *Pacto Social* puede incorporarse a la corriente profunda del pensamiento de Rousseau y si tal como fué concebido, responde a las intenciones fundamentales que lo inspiraron.

(17). — *Du contrat social* — II. V.
(18). — Ibid. IV. VIII.

Es indudable que el *Contrato Social* no armoniza con las tendencias que confieren a la obra de Rousseau su fisonomía característica. El verdadero Rousseau, es el individualista de los *Discursos,* del *Emilio,* de la *Nueva Eloiza;* el falso, es el Rousseau del *Contrato Social,* "ultrasocietario y ultraárquico", como dice Faguet (19). Solo que, según vehemente inferencias el verdadreo apareció después que el falso. En efecto, Faguet fundándose en afirmaciones del propio Rousseau, hace remontar la concepción del *Contrato Social* al año de 1743, y la de su comienzo a los años de 1750 a 51, esto es, antes de que se hubieran definido en el espíritu de Juan Jacobo las ideas que más tarde decidieran el rumbo de su pensamiento y de su vida. Paralelamente a sus obras medulares, habría trabajado el Pacto Social, de inspiración diferente y. de intereses extraños al problema central que le agitaba. (20).

Ante todo, salta una dificultad: El pacto social no se explica si los hombres en el estado de naturaleza son tan perfectos y felices como lo pretende Rousseau en los *Discursos.* Y si por explicar el pacto social, aludimos a la inseguridad, a los abusos, a las violencias del estado natural; si todavía decimos que el hombre progresa, se ennoblece y se eleva al pasar del estado natural al estado civil, como lo dice Rousseau en el capítulo VIII del libro primero del *Pacto Social,* hemos abandonado los motivos que llevan a condenar el estado de sociedad y la civilización.

El *Contrato Social* contradice el individualismo de Rousseau. La sociedad aparece como una entidad todopoderosa e infalible; como una divinidad sin misericordia, como algo metafísico y abstracto que puede, sin embargo, aplastar toda manifestación concreta de individualidad, de originalidad. El pacto social absorve así la voluntad individual en la voluntad general, de modo absoluto, erigiéndose de esta suerte el panteismo del Estado, donde naufragan las veleidades de los individuos, como efímeras y vanas apariencias.

Pero hay contra la ideología misma del *Contrato* una ob-

---

(19). — *Rousseau penseur,* pág. 316.

(20). — Faguet hace alusión a un manuscrito del *Contrato Social,* conservado en la Biblioteca de Ginebra y redactado en 1754, donde no sólo se niega la existencia de la edad de oro, sino que se atribuyen a la civilización todas las virtudes. En el texto definitivo publicado más tarde, Rousseau habría suprimido los pasajes que pudieran contradecir sus ideas capitales.

jeción que Faglet ha expresado muy claramente y es a saber: La libertad se confunde para Rousseau con la igualdad. Identificación errónea porque la libertad no es la igualdad. Todos pueden ser igualmente oprimidos sin ser libres. Podría contestar Rousseau que siendo oprimido por el Estado, se permanece libre. Pero entonces se sumerge en un concepto místico del Estado, que la realidad no ofrece y que presenta los mayores peligros. La ecuación de Rousseau podría sostenerse quizá, si la voluntad general, fuera "voluntad universal", y no como pasa prácticamente, la voluntad de la simple mayoría.

Otra causa que perjudica el reconocimiento de la libertad en la ideología política de Rousseau, es su criterio utilitario. Los hombres se resuelven a imaginar su libertad porque han hecho un cálculo aritmético que les ha demostrado la equivalencia entre lo que dan y lo que reciben. Cálculo que desconoce el carácter de la verdadera libertad y que sacrifica definitivamente al individuo en aras de la divinidad social.

d). — La Religión Natural

Habíamos visto que Rousseau preconizaba la religión civil del Estado. Con ello satisfacía la exigencia religiosa y moral de su temperamento. Sobre todo la exigencia moral; porque en el contrato social la religión se presenta como una garantía de orden como un estímulo para el cumplimiento de los deberes cívicos. Esta especie de pragmatismo se transparenta, por lo demás, en todas las meditaciones de Rousseau sobre las grandes cuestiones del espíritu. Meditaciones donde se encuentra junto con un vivo sentimiento de certeza interior y mística, una decidida preferencia por las verdades consoladoras y eficaces. "Resuelto a decidirme en fin, escribe, sobre materias en que la inteligencia humana puede alcanzar tan poco, y encontrando, por todas partes misterios impenetrables y objeciones insolubles, adopté en cada cuestión el sentimiento que me pareció el mejor establecido directamente y el más creíble en sí mismo, sin detenerme en las objeciones que yo no podía resolver, pero que se refutaban por otras no menos fuertes en el sistema opuesto". Y prosigue: "Desde entonces, tranquilo en los principios que había adoptado después de una meditación tân larga y reflexiva, he hecho de ellos la regla inmutable de mi conducta y de mi fé, sin preocuparme ya, ni de las objeciones que no había podido resol-

ver, ni de aquellas que no había podido prever y que se presentaban nuevamente en mi espíritu. Ellas me han inquietado a veces, pero no me han conmovido. Siempre me digo a mí mismo: Todo esto no son sino argucias y sutilezas metafísicas que no tienen peso alguno relativamente a los principios fundamentales adoptados por mi razón, confirmados por mi alma y consagrados con el sello del asentimiento interior en el silencio de las pasiones. En materias tan superiores al entendimiento humano ¿bastaría una objeción no resuelta para echar abajo todo un cuerpo de doctrina tan sólida,, tan bien unida, tan bien apropiada a mi razón, a mi corazón, a todo mi ser, y reforzada con el asentimiento interior que siento faltar a todas las otras? No; vanas argumentaciones no destruirán jamás la conveniencia que percibo entre mi naturaleza inmortal y la constitución de este mundo y el orden físico que veo reinar en él: Allí encuentro, en el orden moral correspondiente y cuyo sistema es el resultado de mis investigaciones, los apoyos que necesito para soportar las miserias de mi vida. En cualquier otro sistema viviría sin socorro y moriría sin esperanza. Aténgome, pues, al único que basta para hacerme feliz a despecho de la fortuna y de los hombres" (21).

Hemos citado estas largas páginas, por que ellas arrojan mucha luz sobre la actitud religiosa de Rousseau. En ellas se mezclan estos dos elementos, un tanto contradictorios y bajo ciertos aspectos complementarios: El "asentimiento interior" y la "voluntad de creer", de que hablará más tarde William James. Se puede llegar a la convicción religiosa por la intuición directa o por el deseo de encontrar una base y un estímulo para la acción y para la vida.

Este último camino es más francamente pragmático, pero suele unirse al otro en la religiosidad concreta — especialmente en la conciencia religiosa contemporánea, cuyos intereses y cuyas soluciones anticipó así genialmente la compleja personalidad de Rousseau. En la *Profesión de fé del Vicario Saboyano* aparecen estas dos actitudes y además el deseo que en el fondo las contradicen, de obtener una solución racional del gran problema.

Rousseau hace una crítica de nuestra facultad de conocer y luego descubre cierto número de datos últimos e irreductibles que presiden el desenvolvimiento de nuestra vida espiritual y

(21). — *Reveries du promeneur solitaire. — Troisieme promenade.*

que, por lo tanto, hemos de tomar en cuenta si queremos decifrar los enigmas de la vida.

Entre esos datos tenemos el sentimiento inmediato de la espontaneidad y el de la acción de nuestra voluntad racional sobre nuestros movimientos. Por analogía concluye Rousseau, de la existencia de la materia y de sus leyes a la existencia de una voluntad inteligente que la mueve. "Yo creo, pues, asienta, que una voluntad mueve el mundo y anima la naturaleza". Y agrega: "Si la materia movida me muestra una voluntad; la materia movida, según ciertas leyes, me muestra una inteligencia". (22).

Por lo tanto, podemos saber que existe un ser inteligente, motor, ordenador del universo; ser cuya sustancia y esencia no podemos conocer, pero algunos de cuyos atributos podemos concebir. "A este ser que quiere y que puede, a este ser activo por sí mismo, a este ser, en fin, cualquiera que sea, que ordena todas las cosas y mueve el universo, yo le llamo Dios" (23). Ese Dios está en todas partes, se le percibe por doquiera, pero no se le puede encerrar en una fórmula precisa. Prácticamente expresa Rousseau esta impresión, cuando dice: "Yo percibo a Dios por todas partes, por sus obras; le siento en mí, lo veo alrededor de mí; pero tan pronto como quiero buscar *dónde está,* lo que es, cuál es su sustancia, El se me escapa y mi espíritu turbado no percibe nada".

Dios habría ordenado las cosas según una perfecta armonía; la conciencia moral sería en nosotros como una traducción de ese orden ideal, querido por Dios". Hay en el fondo del alma, dice, un principio innato de justicia y de virtud sobre el cual, pese a nuestras propias máximas, juzgamos nuestras acciones y las de los otros, como buenas o malas; a ese principio le llamo conciencia" (24). Esa conciencia innata, superior a las creaciones artificiales de los hombres, conforme con la naturaleza, no sólo es un criterio moral sino que puede iluminarnos en las cuestiones relativas al sentido de la vida y a los destinos eternos de las almas. Mi conciencia es una traducción del orden divino, que como un ideal o una ley, se impone a la vida. Pero esa ley, ese orden, no se realizan sobre la tierra; infiérese de allí que la armonía entre los propósitos divinos y la humanidad ha de restablecerse en un orden definitivo y eter-

(22). — *Profesion de foi du vicaire savoyard. — Smile IV.*
(23). — Ibid.
(24). — Ibid.

no. La inmortalidad del alma se deduce así en Rousseau, como más tarde en Kant, de este postulado, implícito en Rousseau, explícito en Kant: "El soberano bien es posible".

Si el hombre viviera según la naturaleza, que es la obra directa de Dios, realizaría espontáneamente la moral, que es la traducción del orden natural y, por lo tanto, divino. Pero los hombres han malogrado la obra de Dios; han inventado la desigualdad, la ciencia, el lujo; han abusado de sus facultades y han creado por esto el dolor y el mal. Los hombres son, pues, los autores del mal, y por ello la religión aparece como la aspiración del hombre por reconquistar su verdadera naturaleza, poniéndose en manos de Dios. Pero al fin y al cabo el mal existe, y los teólogos exhiben a Dios como un ser infinitamente bueno, perfecto y poderoso, con lo cual hacen incomprensible el drama de la vida y la resistencia que indiscutiblemente encuentra la acción de Dios. Esa resistencia la ofrecen la materia y la perversidad humana, creada por la civilización. Inclínase Rousseau por esas consideraciones a admitir el poder limitado de Dios, a fin de salvar su bondad infinita. Es lo que dejan ver su *Lettre a l'archeveque de Paris* (1763) y en la *Lettre a Voltaire* (1756). Es en el fondo el maniqueísmo, confesado o negado, pero efectivo; porque si la materia es un principio de resistencia a la acción divina, de nada sirve decir que es un principio meramente pasivo, puesto que la resistencia es una forma eficaz de actividad. Es interesante observar el parentezco de este dualismo que pretende salvar la bondad divina a expensas de su poder, con algunas manifestaciones del pluralismo inglés y americano contemporáneo.

Educado en la religión, cualesquiera que por lo demás hubiesen sido sus cambios y caídas, nunca perdió Rousseau el sentido religioso de la vida y la inspiración cristiana de la moral. Sus ideas religiosas están a tal punto impregnadas de moralismo, que la religión se le aparece, más que como un medio de conocimiento, como un medio de garantizar la moral y de ofrecer un punto de apoyo a la actividad superior del espíritu. El instinto moral plantea la exigencia religiosa. Con lo cual anuncia la posición de Kant y del pragmatismo religioso que, apreciando las religiones por sus frutos para la vida, se desinteresa de su parte especulativa y sólo estudia su capacidad dinamogénica e inspiradora.

Como una reacción vigorosa contra el espíritu de la Enciclopedia, puede exhibirse la afirmación de que por encima del

entendimiento hay "otras facultades más nobles". Se reclama del sentimiento, del asentimiento interior, del instinto moral. Las ideas se le aparecen como productos tardíos, artificiales, perturbadores de la frescura interior. "Siempre que Rousseau, —dice Höffding,—se emancipa de la influencia Cartesiana, su idea de lo infinito no se forma por vía puramente intelectual para determinar en seguida el sentimiento; al contrario es este último quien por su expansión obliga al pensamiento a franquear sus límites" (25).

Esta fuerza de sentimiento y esa como embriaguez de vivir, que caracterizaron la historia interior de Rousseau y que transfiguraron toda su existencia, comunican también a su obra, a pesar de todos sus contrastes, un optimismo fundamental y así llega finalmente a pensar que tal vez todos los males tendrán su resonancia necesaria en la gran armonía del Universo.

e). — *Observaciones generales*

La crítica de Rousseau es fácil, dice Eucken (26) y es verdad. Basta contemplar los problemas suscitados por su concepto indeciso del hombre natural y la labor de Sísifo que debió realizar para restablecer los valores sociales que su crítica había precedentemente arruinado. El hombre natural es el hombre individual, aislado. Pero eso no basta a la sensibilidad de Rousseau y amplía su concepto atribuyéndole cualidades y disposiciones que son obra exclusiva de la sociedad.

Entre las exigencias sociales está la moral. Rousseau comienza por negársela al hombre natural, quien en su inocencia ignora de modo absoluto lo que significan moralmente el bien y el mal. Plantea así la gran cuestión de saber si la moral es una adquisición benéfica o, por el contrario, una forma de corrupción que desvirtúa las inclinaciones naturales, inficionándolas con el dolor del remordimiento y del pecado. Concluye más tarde, en la *Profesión de fé del Vicario Saboyano,* afirmando la existencia de un instinto innato de justicia y de virtud, instinto que no por ser innato deja de ser social, y que, por lo tanto, desmiente no sólo la tesis de que el hombre natural es inocente, sino la de su individualismo radical.

(25). — *Rousseau et la religion.* — *Revue de metaphysique et de moral.* — 20 année N. 3.

(26). — *Los grandes pensadores,* versión castellana. Madrid 1914.

Sin una base de observación científica y sin llegar a concebir un verdadero arquetipo platónico del hombre natural, Rousseau elaboró una noción vaga, medio empírica y medio ideal, propia para estimular el esfuerzo de los educadores o la inspiración de los filósofos y de los artistas, pero sometida como tal al capricho variable de los deseos, a las veleidades temperamentales de los hombres.

Podría inferirse que Rousseau pretendiera destruír la obra de la civilización y volver al idilíco estado natural. Pero no es así. Rousseau propónese tan solo detener en lo posible sus estragos valiéndose en parte de sus propios elementos, atenuando sus estímulos y recurriendo a la educación de la infancia como a una fuente generosa de purificación.

II

LA INSPIRACION

Se ha dicho, y con razón, que lo que importa en Rousseau, es menos la fórmula que el acento, y que más de una vez ha empleado los mismos términos que sus adversarios, dándoles otro sentido, y ha proclamado las mismas ideas sin ir al mismo fin. Por eso, sus ideas reducidas a fórmulas, pueden resolverse en antecedentes más o menos próximos o lejanos; pero lo que es irreducible es la intensidad con que las proclamara, la fuerza con que las sintiera y el ideal nuevo y creador de que fueran útiles y eficaces instrumentos. Sería absurdo buscar la originalidad de su obra en el simple esqueleto formal de los conceptos. Es su contenido lírico el factor principal de su influencia. Debemos por eso buscar los motivos de su inspiración y estudiar el matiz peculiar de su lirismo si queremos alcanzar la plena significación de sus ideas.

Rousseau, que era por temperamento excesivamente tímido y para quien la vida de los salones constituía un suplicio intolerable, experimentaba en cambio un exquisito sentimiento de plenitud interior, cuando podía abandonarse en la soledad a la íntima comunión con la naturaleza, a la elaboración de sus sueños interminables, a las efusiones de su misticismo poético. Como todo ser tímido y moralmente débil, tendía a echar sus propias responsabilidades en los hombros de los demás. Y como hombre fundamentalmente orgulloso y soberbio, se erigía en

víctima sublime de la perversidad agena. Por un fenómeno curiosísimo, sus pecados, que eran muy graves y antipáticos, engrandecíanle a sus propios ojos; porque recayendo la culpa en la sociedad, y sintiéndolos él, no obstante, con una intensísima amargura, permitíanle medir la distancia que separaba la corrupción social de la excelsitud interior que él se atribuía. En medio de sus mayores faltas, sabe poner a salvo su bondad esencial. A veces se confiesa de error, pero entonces el error parece imputable a una influencia social, más o menos directa, pero efectiva. Las particularidades de su temperamento, inclinaban, pues, a Rousseau a creer en la bondad primitiva del hombre y a odiar la obra de la sociedad.

Es verdad que a esas particularidades se unieron las peripecias de su vida para hacerle detestar y temer el comercio de los hombres, cada vez con mayor fuerza. Rousseau tenia a no dudarlo cierta manía persecutoria. Por todas partes creía descubrir planes tenebrosos, conjuraciones abominables contra su reputación y su persona, y si bien en muchos casos su imaginación sobreexitada le conducía a exagerar y a veces hasta a forjar peligros y acechanzas, lo cierto es que en deredor suyo desarrollábanse oscuras maquinaciones a las que no era extraña su propia compañera Teresa La Vasseur. Cada vez más disgustado de los demás, y por una reacción muy natural, en un temperamento como el suyo, se enfrenta a toda la sociedad y hace de su caso un símbolo de la bondad natural perseguida y humillada por la civilización. Por eso, cuando se atribuye la inspiración de su primer discurso a los enciclopedistas — especialmente a Diderot — no se toman en cuenta las predisposiciones que fatalmente debían llevarle a la glorificación de la naturaleza, contra las creaciones de los hombres.

Esa glorificación se vinculaba a una sensibilidad extraordinaria, a un vago misticismo panteista, a una innegable pereza moral. Al proclamar Rousseau que el hombre natural era bueno, satisfacía a un tiempo mismo, sus necesidades de complacencia subjetiva, y tributaba un homenaje a la naturaleza, que en toda la variedad de sus manifestaciones, constituía para él una fuente inagotable de consuelo y de alegría.

Esta compensación y esta alegría eran en el fondo una íntima complacencia estética, eran el amor estético a sí mismo, eran la exaltación lírica de la emoción, el espectáculo de la vida interior que se difundía por la naturaleza, comunicándole un temblor de alma y poblándola de significaciones y armonías.

Sensibilidad musical, honda, exquisita, transformaba todas las sensaciones en motivos artísticos, y todos los problemas en problemas vitales. Sintió y explotó de manera admirable la temible voluptuosidad del dolor, sensibilidad mística se insinuaba en el alma obscura de las cosas; por eso inventó el paisaje de significaciones subjetivas y elaboró una filosofía llena de intuiciones y penetrada de sentido religioso. Al propio tiempo su imaginación se desplegaba en ricas visiones de color y relieve.

Pero el descontento de la vida social, el amor a la naturaleza, o a lo que él entendía por tal, unidos a un extraordinario desarrollo de la imaginación y de la memoria precipítanle en un mundo ora de recuerdos, ora de quimeras, siempre en un mundo subjetivo, donde a la embriaguez de la evocación o de la fantasía libre y alada, se junta la nostalgia de lo que está definitivamente perdido, o la melancolía de lo que nunca ha de llegar. Y es curioso ver cómo en este deseo de alcanzar una realidad más profunda, Rousseau y todos los poetas románticos orientan su corazón y su fantasía hacia la irrealidad y la quimera.

Pero no debe creerse que en el procedimiento constructivo de Rousseau estaba excluída la razón: Lanzon ha dicho que Rousseau reaccionó contra estos dos hábitos del movimiento ideológico y literario de su tiempo: La razón y el "savoir vivre". En efecto, puede decirse que reaccionó contra la razón, porque fué de los sentimientos a las ideas, de las emociones a las palabras. Por esto, a travez de toda su literatura, corren un temblor de vida y una palpitación de espíritu. Pero si estas indicaciones revelan la dirección fundamental de su temperamento no excluyen una vigorosa constitución lógica, una extraordinaria capacidad de razonamiento, una dialéctica imperativa, convincente, abrumadora. "Rousseau es poeta y pensador en una persona, — escribe Eucken —. Como pensador tiende a una fría lógica; como poeta a un romanticismo soñador. La exposición responde perfectamente a este carácter interno. Clara y sencilla como es, parece la mera expresión de la necesidad objetiva. Pero al mismo tiempo es más y más la resonancia de una alma blanda y soñadora; en forma entusiasta expresa su exaltación y su espíritu, lo mismo la indignación fulminante y la pasión tempestuosa que las más ténues vibraciones con su temblor y su armonía; es especialmente admirable cuando da cuerpo a estados de ánimo vacilantes entre contradicciones; con el tono principal da también otros tonos más suaves, y en la confu-

sión del movimiento y en el impulso para la acción, sabe despertar el anhelo de lo mejor. una tendencia a la soledad, una muda melancolía. Todo eso no se realiza sin arte, pero el arte se esconde con bastante habilidad para presentarse como la naturaleza más pura" (27).

De aquí la complejidad de su obra y la variedad de interpretaciones a que puede dar origen. Bajo sus páginas tersas agítase todo un mundo de conflictos, de oposiciones y de problemas; pero a través de todo, envolviéndolo todo, percíbese la resonancia de una sensibilidad llena de ternura y de entusiasmo. Los grandes dolores que Rousseau hubo de experimentar en el curso de su vida, estimularon su predisposición a la tristeza, pero encontró, como Nietzsche, la suprema compensación de vivirse a sí mismo. Nadie, dice Lanzon, ha gustado más soberbiamente que Rousseau del goce de sí mismo. Espíritu complicado y soñador, sacó de sí mismo los materiales de una obra aparentemente armoniosa, pero en el fondo atormentada.

Mas, esas disposiciones de espíritu se alimentaban en determinadas corrientes de sentimiento que pugnaban por abrirse paso y a las cuales el genio de Rousseau debía prestar un concurso decisivo. Esas corrientes, indecisas, latentes, que implicaban una reacción contra el racionalismo del siglo XVII, obedecían a una inspiración mística. El rusoísmo fué, pues, la culminación de determinadas tendencias místicas y la fuente inagotable del misticismo moderno.

Ernest Seilliere, en sus admirables estudios sobre la significación y la influencia de la obra de Rousseau ha examinado la génesis de su misticismo de modo singularmente penetrante: Según él el rusoísmo no es una continuación del movimiento protestante, es más bien una *hereiía católica*. Hace notar Seilliére las diferencias entre el concepto rusoniano y el concepto protestante del hombre. A la bondad natural de Rousseau, se opone la corrupción radical del credo protestante. El rusoísmo es un optimismo, la Reforma Luterana es un pesimismo. Opuestas concepciones de la vida que debían engendrar formas de misticismo diferentes. El Cristianismo en su pureza original es una concepción mística de la vida. Mas, como ese misticismo favoreciese el desborde de la subjetividad y estimulara, por lo tanto, la multiplicación de los credos y la anarquía religiosa, la Iglesia misma hubo de desenvolver una política de disciplina, de

(27). — *Los grandes pensadores*, pág. 475.

organización, de orden. Para ello era necesario racionalizar el contenido religioso, canalizar la indeterminación y el entusiasmo de un misticismo sin freno, imponer dogmas precisos, proscribir la libertad de la inspiración religiosa, consagrar la autoridad, predicar la obediencia. "Durante la Edad Media, apunta Guillouin, comentando a Seilliére, la Iglesia supo contener con mano firme las exajeraciones, sin cesar renovadas, del ardor místico" (28). Así pudo mantenerse el equilibrio entre el misticismo y la organización racional y autoritaria de la Iglesia.

Ese equilibrio se encontró en peligro cuando el Renacimiento, haciendo triunfar "la sabiduría mediterránea antigua, amenazó turbar con detrimento del apetito místico el equilibrio establecido por el Cristianismo entre las diferentes aspiraciones del alma humana, cuando el humanismo italiano pareció triunfar en los consejos de la Iglesia" (29). Aparece entonces la revolución luterana como una reivindicación de los factores afectivos y vuélvese así al misticismo. A un misticismo que hubo de ser racionalizado a su vez, para constituír una Iglesia y fundar una dogmática definida.

Mas, paralelamente al protestantismo y en el propio seno de la religión ortodoxa, se insinuó una tendencia mística de matiz femenino que encuentra en la vida religiosa una mayor efusión de sentimiento, una voluptuosidad en el abandono, una tierna confianza en Dios. Es el misticismo iluminista y quietista que se extiende en Francia en el curso del siglo XVII, que alcanza en Mme. Guyon su expresión más interesante y que conquista a Fenelón, a quien el deseo de mantenerse en el seno de la ortodoxia, no le impide impregnar su espíritu en la influencia personal y sentimental de su amiga (Mme. Guyon). Profesaba ésta que los únicos actores en el drama interior, son Dios y el hombre. Eliminaba así al tentador y creía que el pecado es en el fondo una obra de Dios, el cual se complace manchando provisionalmente las almas elegidas, para imponerles una saludable humillación.

Luchar contra el pecado es, pues, contrariar los designios de Dios. El hombre no se ha corrompido totalmente a consecuencia de la caída de Adán. Puede alcanzar la perfección, no por

(28). — *Une nouvelle philosophie de l'historie moderne et francaise,* París, 1921.

(29). — Seiller, *Le peril mystique dans l' inspiration des domirates contemporaines.* — París 1918. — Pág. 49.

la lucha sino por la devoción interior, por el abandono a la inspiración íntima, superior a toda autoridad. Así se esbozan los caracteres de la religiosidad rusoniana: Creencia en la bondad primitiva del hombre, tendencia a abandonarse a la simple impulsión instintiva, abolición de todo esfuerzo, de toda seria disciplina interior. El carácter de Rousseau, sentimental y laxo, unido al íntimo comercio con el espíritu complaciente de Mme. de Warens, durante sus años de formación, explican el hecho de que estas sugestiones tuvieran una eficacia tan considerable.

Con estos estímulos convergían otros a los que Seilliére llama 'sugestiones cristianas de sociología mística". Consistían ellas en las relaciones que en el curso del siglo XVII, solían hacer los Padres Jesuitas de la vida de los pueblos salvajes. En estas relaciones tendíase por una parte a exaltar la inocencia unida a la fuerza y a una cierta rectitud natural en el hombre primitivo, y a presentar, por otra, las creencias fundamentales del catolicismo como invívitas en sus religiones. Con lo cual, mostrando que en cierto modo el cristianismo está como "preformado en el espíritu y el corazón del hombre natural" (30), se iniciaba una peligrosa inclinación a glorificar las luces naturales y se abría el camino de la religión natural, cuyo representante más ilustre en el siglo XVIII, fué Rousseau. Razón natural y Religión Natural se mezclan así y llegan casi a confundirse, produciéndose un paradojal misticismo de la razón, que combinado con la creencia en la bondad natural y con otras formas de misticismo, da origen a la concepción romántica del hombre.

Los estudios de Seilliére desentrañan, además, en las tendencias sentimentales de Rousseau, el misticismo pasional, de origen platónico y que consagra las preferencias instintivas del amor como respetables y sublimes en sí, sean cuales fueran las conveniencias sociales o morales que esos arrebatos pudieran comprometer o perjudicar.

He allí los antecedentes que podríamos llamar místicos y que son, sin duda, los más importantes; pero no podemos dejar de examinar, siquiera sea sumariamente la vinculación intelectual de Rousseau con la filosofía de la Enciclopedia, su más inmediato antecedente ideológico.

Parece evidente que el rusoísmo es, ante todo, una reacción contra el espíritu enciclopedista, representante en su tiempo del

(30). — *Guillauin.* — 9 cit., pág. 69.

genio clásico francés; sin embargo, en la obra de la Enciclopedia pueden encontrarse muchos puntos de partida del pensamiento de Rousseau, quien si se vuelve "el adversario de los filósofos, si los ha combatido, odiado, escarnecido, fué sólo después de haberse separado de ellos insensiblemente por una aplicación dócil todavía, aunque personal del espíritu que a ellos les debía" (31).

Es conocida la fervorosa admiración que Rousseau profesaba en un tiempo a Diderot. Este, dueño de un talento al que se aliaban una exhuberante imaginación y un natural fogoso y expansivo, hubo de ejercer poderosa sugestión intelectual, en el espíritu todavía vacilante de Rousseau, cuando iniciaron su comercio de ideas. A través de Diderot y caldeadas por su alma, influyeron en Rousseau las ideas de la Enciclopedia. Como es sabido, atribúyese a Diderot la idea capital del primer *Discurso,* que señala la dirección fundamental del pensamiento de Rousseau. No es difícil, en efecto, encontrar en la ideología enciclopedista enunciados que después reaparecen en la obra de Rousseau. Los enciplopedistas profesaron, como contrapeso a su relativismo derivado del empirismo inglés, un cierto dogmatismo naturalista que, sin duda, anuncia las tesis básicas del filósofo ginebrino. Es indudable, por otra parte, que el comercio con los enciclopedistas excitó el espíritu filosófico de Rousseau, llevándole a desenvolver conceptos insuficientemente elaborados por aquellos filósofos. Con lo cual Rousseau creía adoptar una actitud reaccional, cuando en realidad — hablando en estricta lógica — no hacía sino continuar hasta lo infinito, la curva iniciada por el pensamiento de la Enciclopedia.

Y sin embargo las opiniones de Rousseau despertaron un sobresalto general y junto con odios profundos, admiraciones arrebatadas. "Esencialmente, — dice Lasserre — se impuso como un reformador total de los corazones y de los espíritus. Remontando con una temeridad inaudita más allá del origen de toda institución, hasta la naturaleza humana primitiva, cuyo tipo creía encontrar en sí mismo, Juan Jacobo, desde lo alto de este absoluto, juzgaba los sentimientos, opiniones y costumbres de los hombres civilizados. Bajo una perspectiva semejante todas las cosas cambian de calidad y de nombre. Lo que había pa-

---

(31). — *J. J. Rousseau et la philosophie enciclopediste,* por G. Gastmel en el libro *J. J. Rousseau.* — París 1912. — Pág. 68.

sado por natural, aparecía como convencional y facticio; el estado salvaje se convertía en un idilio; el estado de sociedad, reputado por el asentimiento universal como la condición de todo bien posible, era denunciado como el autor de todo mal. — Se reconocía en la civilización la verdadera barbarie". (32).

El movimiento de ideas de la Enciclopedia el quietismo, el naturalismo de Montaigne, mil otras tendencias metafísicas, morales y estéticas, anuncian lo que habrá de decir Rousseau. Pero á él le estaba destinado llevar esos motivos a su plena y trascendental realización.

III

LA INFLUENCIA

Aparte de la ideología política pueden señalarse las siguientes direcciones fundamentales en la obra de Rousseau: Bondad del hombre natural; rehabilitación del sentimiento, contra el racionalismo del siglo de las luces; importancia estética del paisaje que viene a convertirse en un estado de espíritu, y de la subjetividad, que genera una literatura confidencial y egocíntrica; culto a la quimera; desdén por las convenciones sociales y exaltación del individuo como única autoridad moral. Estos motivos promueven una verdadera revolución en la cultura, mostrando nuevas fuentes de vida, revelando escondidos secretos de emoción, e impulsando las inteligencias y los corazones hacía la profundización de la inagotable realidad del hombre. Sería pretencioso intentar seguir el destino de las innumerables tendencias ideológicas y sentimentales contenidas en la obra de Rousseau. La filosofía, la literatura, el arte, están impregnados de su espíritu, y sí es verdad que como dice Seilliére, Rousseau fué el profeta de la Segunda Reforma, pocas religiones habrán contado con más adeptos que la suya. Aunque le haya acontecido lo que a todas las grandes revoluciones espirituales: suscitar, junto con un renuevo de las energías interiores, los excesos de los fanáticos y las heregías de las almas refinadas y sutiles.

Limitémonos a contemplar globalmente su influencia en las grandes corrientes de la cultura moderna. Rousseau y Hume

---

(32). — *Le Romantisme Francais.* — París 1907, pág. 9.

inician la reacción contra el Siglo de las Luces. Hume hace una crítica decisiva del principio de causalidad; Rousseau transporta la dignidad del hombre al corazón; Hume y Rousseau influyen en Kant y contribuyen así a la revolución que debía causar este último, tanto en el dominio de la especulación metafísica como en el de la especulación moral. Kant sentía una viva admiración por Rousseau. Lo admiraba como literato y como pensador profundo. Reconocía que Rousseau estaba en lo cierto al afirmar la bondad del hombre natural, entendiendo por tal la humanidad considerada como especie moral. El sentimiento moral, el instinto moral de Rousseau se convierte en la forma universal de la razón práctica en Kant. Y ya hemos visto cómo la posición religiosa de Rousseau anuncia la posición de Kant; pues Rousseau como Kant, consideran las verdades religiosas, como postulados de la moral.

Kant no estuvo solo en esta admiración. Todos los escritores alemanes que luchaban contra el rígido intelectualismo del *Aufklarung*, recibieron el mensaje de Rousseau con un entusiasmo extraordinario. Haman, Herder, Jacobi, Schiller, Goethe, fueron de ese número. Y se inicia luego la época tan exrtaordinariamente rica de romanticismo alemán; tan llena de entusiasmo y de lirismo, y cuya vinculación con Rousseau es evidente. Benrubí (33) encuentra, en la concepción rusoniana dsl conocimiento, el principal vínculo intelectual con los principales representantes de la filosofía romántica. Es, sin duda, así; pero más importante que cualquiera solución filosófica determinada, nos parece haber sido la protesta lírica de Rousseau contra el intelectualismo anquilosado, su descubrimiento de un mundo espiritual vasto y profundo, que inició a todos los espíritus en una tarea de interiorización y de libertad. En esa tarea coinciden Schelling, Hegel, Schleiermacher, Schopenhauer y Nietzsche, por diferentes que sean sus maneras de realizarla. Scheling, procurará superar el dualismo entre el sujeto y el objeto, y alcanzar la suprema unidad espiritual. Hegel reemplazará la lógica superficial por la dialéctica de la vida. Scheleiermacher, se reclamará de la íntima experiencia religiosa. Shopenhauer, encontrará en la piedad, la forma suprema de liberación. Nietzsche, proclamará el valor de la alegría, la ex-

(33). — *Rousseau et la pensée alemande.* — Págs. 247-242. — J. J. Rousseau.

pansión y la fuerza. Todos quieren romper con la exterioridad y la ficción, para encontrar la verdadera vida.

En Francia, la Revolución reconoce a Rousseau como a uno de sus anunciadores. Mezclánse en la ideología de los revolucionarios el *Contrato Social* y la noción abstracta del Hombre Natural. Y así los derechos del hombre implican un postulado ideal y consagran el misticismo romántico de la libertad.

Dentro de esa corriente destácase la figura apostólica de Edgar Quinet, temperamento vibrante, profundamente influído por Rousseau, en cuya obra reconocía una verdadera función mesiánica. Partiendo del motivo fundamental de Rousseau, Quinet glorifica a los hombres primitivos, a los *hijos de Dios,* inspirados de lo alto para la constitución de la sociedad y para realizar las grandes revoluciones libertadoras.

Por lo demás, el romanticismo en Francia e Inglaterra, es menos especulativo que en Alemania, sin que deje, por eso, de contar con notables temperamentos filosóficos, cuyas ideas personales no expondremos, limitándonos a contemplar en conjunto la tendencia que encarnan. Desde luego las *Reveries,* las *Confesiones* y la *Nouvelle Eloise* suscitan una literatura psicológica y confidencial, cuyas primeras manifestaciones aparecen con Senancour y Benjamín Constant, y cuyos desenvolvimientos se han prolongado hasta nosotros. Esa literatura delata la tendencia a erigir el yo en centro del mundo. Tendencia que pasa del análisis apasionado del propio yo, a la deificación de los propios instintos, de las propias pasiones; consagrando los impulsos espontáneos e irreflexivos como las expresiones más excelsas de la vida.

De este modo las exigencias temperamentales son idealizadas hasta la exageración, generándose la manía declamatoria y enfática, que es uno de los aspectos del romanticismo *clásico.* La predilección por tipos como René, Manfredo y otros, demuestra los estremos a que puede conducir un subjetivismo desenfrenado, una inclinación sin control, a presentar la rareza, la anormalidad, como las formas supremas de la vida. Vuelve aquí a presentarse, pero transformado el tema de la bondad primitiva, del hombre natural, que en medio a la nivelación social aparece como un ser de excepción.

Dentro del romanticismo produjéronse y siguen produciéndose admirables obras líricas, evocaciones magníficas, maravillas descriptivas en que la naturaleza se transfigura por el fuego interior del alma. Todos reconocen en estas manifestacio-

nes de lirismo francés y en otras semejantes de la literatura inglesa la influencia de Rousseau, en cuyas exaltaciones y cuyos éxtasis podrán siempre encontrar los poetas, estímulos preciosos de emoción.

La reducida extensión de este ensayo no nos permite estudiar el desarrollo de los motivos románticos ni señalar hasta dónde se extiende la influencia de Rousseau y desde donde comienza la eficacia de influencias distintas. Se ha dicho que Rousseau es el romanticismo, (34). y esa afirmación no es exacta, porque no es verdad que todos los motivos románticos estén contenidos en su obra. Pero si no es cierto que Rousseau sea todo el romanticismo, sus ideas y sugestiones constituyen la corriente central de su movimiento. Y en ella vendrán á incorporarse las tendencias procedentes de otros orígenes.

De todos modos el debate sobre la influencia de Rousseau suele convertirse en un debate sobre el romanticismo. Nos vemos, pues, obligados a buscar una noción de éste, y conscientes de la dificultad, preguntamos: ¿Qué cosa es el romanticismo? — Es la fé, se ha dicho, en la fuerza creadora del mundo interior. Es, agregaríamos, la absorción de la realidad por el espíritu, la transformación del no yo, en yo. Por eso el romanticismo concibe la realidad en armonía con las exigencias espirituales y por eso, también, muchos románticos imaginan el mundo como un sueño y se confinan en un reino flotante y quimérico. Pero el romanticismo no consiste solamente en un sueño quimérico; consiste, también, en el ímpetu místico, en el fervor apostólico, en el empeño por dominar el determinismo ciego de la materia con la fuerza expansiva de la libertad interior.

Lo que hay es que las escuelas románticas no supieron cumplir el imperativo de su propia tendencia y muchas se desvirtuaron en simples juegos imaginativos y en estériles dispendios de emoción. Pocas comprendieron que la verdadera inquietud romántica no es ni una desordenada exaltación ni una perezosa languidez, sino una actividad creadora y entusiasta.

Los antirománticos acusan al romanticismo de estimular la anarquía moral y el desorden estético. La sensibilidad romántica, disuelve, dicen, en el oceáno sin bordes de la emoción, los principios básicos de toda vida. Reaccionando contra la razón despoja al hombre, no sólo de su timbre de humanidad más alto, sino de toda posibilidad de éxito práctico, por haber destruído

(34). — Laserre, *Le Romantisme Francais*, págs. 14 y 15.

toda técnica. Olvidando la armonía clásica entre razón e imaginación, el romanticismo piensa, Babbitt (35), ha precipitado a los hombres en un mundo irreal, los ha apartado de toda disciplina y los condena, por último, a la desilusión y a la amargura irremediables.

En Francia, la reacción antiromántica se reclama de la genuina tradición francesa y denuncia como una malsana importación las veleidades místicas, el subjetivismo, el musicalismo, etc. Y tal pasión romántica, ponen estos impugnadores en sus críticas que podría llamarse *romanticismo reaccional* a la tendencia que encarnan.

Fuera de esta lucha, el idealismo contemporáneo es una nueva forma de romanticismo, Bergson, Eucken, James, Tolstoi, por personales que sean sus doctrinas, al fin y al cabo, son románticos. Todos conciben el mundo como una creación del espíritu, todos buscan por debajo de la apariencia inerte la realidad profunda y en medio a las mil incertidumbres de la existencia, el sentido y el valor de la vida.

Mariano Ibérico y Rodríguez.

Miraflores, Enero-Febrero de 1923.

(35). — *Rousseau and Romanticism.* — Boston and New York. 1919.

Lituania

Hace poco, he tenido el honor de presentar al público peruano en estas mismas columnas los diferentes aspectos del problema polaco a raiz de la resurrección de Polonia .Hoy deseo ocuparme de Lituania, país al cual me ligan íntimamente las tradiciones de mi familia, y que constituye un problema político de actualidad. La familia de Szyszlo es oriunda del distrito de Poniewiez en la provincia lituana de Kovno y fué hecha noble por hechos de armas en el siglo XV, otorgándosele el escudo de armas, llemado "Okwietko". Ya en el año 1501, un antecesor directo mío, Juan de Szyszlo, fué Regente del Rey de Polonia en Smolensk, provincia dominada entonces por Polonia y Lituania, unidas bajo la dinastía de los Jagellones.

A mediados del siglo pasado otro de Szyszlo desempeñó el alto cargo de mariscal de nobleza de la provincia de Vilna. Su hija, María de Szyszlo, princesa de Puzyna Kozielsk, fué la hermana política del príncipe de Puzyna, Arzobispo y Cardenal de la Iglesia Católica, como se puede comprobar por el Almanaque de Gotha.

Mi padre, doctor Vicente de Szyszlo, fué uno de los organizadores de la revolución polaca en la provincia de Vilna, en 1863.

La unión de Lituania con Polonia no nació de resultas de una conquista, sino fué celebrada por libre y mutuo acuerdo entre ambas naciones, que compartieron juntas las glorias y desventuras de su historia, hasta el día del reparto de Polonia, desmembrada por la codicia de sus vecinos.

Lituania ha dado a Polonia muchos hombres célebres, que han tenido una figuración prominente en su historia y que se consideraban polacos y lituanos a la vez, tan íntima era la uión espiritual y la asimilación ejercida por Polonia sobre las clases de la alta sociedad lituana.

El mejor de los poetas polacos, Adán Mickiewicz, fué lituano de origen y aún en los tiempos actuales el ex-jefe del Estado Polaco, José Pilsudzki y el finado presidente Narutowicz eran lituanos.

La unión de ambas naciones duró desde el siglo XIV hasta fines del siglo XVIII, durante cuatro largas centurias.

Tan sólo hace unos treinta años despertó el movimiento nacionalista lituano, dirigido contra todo, que no ostentaba el estandarte de la pequeña patria local y, por lo tanto, contra los rusos, los polacos, los alemanes y los letones. Mientras todavía en 1863 los lituanos combatían por la revolución en Polonia, cuarenta años después el elemento lituano ha roto todos los vínculos con los polacos, anhelando la realización del ideal nacional para constituírse en nación independiente, cultivando su idioma y conservando las costumbres locales.

Rusia y Alemania se mostraron propicias a este movimiento, porque veían en él una lucha del pueblo contra los propietarios del suelo, polacos en su mayoría, de noble abolengo. Los sacerdotes católicos, protegidos por el gobierno ruso, empujaban a las masas populares para seguir este camino, adquiriendo la campaña antipolaca un gran impulso, debido a la influencia de que gozaba el clero en este país. Antes del siglo actual, bien escasos eran los libros impresos en lituano, siendo polaco el idioma literario de los escritores nacionales, salvo para los libros de misa.

Al estallar la guerra mundial, ni los aliados, ni los imperios centrales contemplaron, debido a sus conveniencias egoístas, el significado del principio de las nacionalidades en su aplicación a todos los pueblos de Europa. Sin embargo, desde el comienzo de la contienda, este principio encendió una viva agitación entre los nacionalistas lituanos, quienes descontaban, que a raíz de la independencia de Polonia o de la desmembración rusa, surgiría el problema de la autonomía del pueblo lituano.

En Alemania los partidarios del famoso sueño teutón de "Zentral Europa", pensaban formar de Lituania un Estado confederado germánico o al menos en íntima relación con el Imperio, como un Gran Ducado, con un Hohenzollern ocupando su trono. Pero estos planes, a los cuales dió apariencia de probabilidad la gran retirada rusa de los países del Báltico, no llegaron a cristalizarse, y el malogrado tratado de Brest Litowsk echó igualmente por tierra las esperanzas de independencia, que nutrían los nacionalistas lituanos. El programa de los Catorce

Puntos de Wilson no mencionó tampoco la libertad de Lituania, que no fué garantizada por el tratado de Versalles.

La constitución de Lituania en un Estado independiente, fué obra de varios factores históricos y de conveniencias políticas para el equilibrio de las potencias actuales. Nacida a raíz de la gran campaña seguida en Norte América y Londres, por los lituanos irredentos, apoyados por ciertos escritores publicistas y hombres de Estado, Lituania se hizo libre por la necesidad política, que dictaba a la Entente la urgencia de oponerse a la unión de Alemania y de Rusia, creando una serie de estados-tampones, entre ellas, contra la amenaza del engrandecimiento bolshevique .

Francia, aliada de Polonia, hubiera preferido ver a esta nación manteniendo incólume su unión política tradicional con Lituania. Pero a Inglaterra no convenía la creación de una Polonia demasiado extensa y fuerte, erigida en uno de los grandes y populosos Estados europeos. Así se explica por qué la opinión pública inglesa abogó por la creación de una Lituania autónoma e independiente, contribuyendo en tal modo á la "balcanización" de Europa.

Habiendo dado a nuestros lectores estas breves consideraciones, que se refieren a la independencia Lituana, pasemos ahora a ocuparnos de este país, evitando proporcionar informaciones que pueden adquirirse en las enciclopedias o en las reseñas históricas.

Ante todo, conviene hacer una distinción de suma importancia para abarcar las proyecciones políticas de la historia de ese país, pues hay una gran diferencia entre Lituania histórica y etnográfica. El principio de las nacionalidades, que sirve de base a la constitución de los nuevos Estados europeos, da una importancia preponderante al factor étnico.

El actual Estado lituano no es sino una sombra de la gran Lituania histórica, que se extendía hasta el río Dnieper por el Este y hasta la Prusia Occidental por el Oeste, dominando por el Sur las estepas del Mar Negro, limítrofes del antiguo Imperio Otomano. La Gran Lituania, nacida de un pequeño Estado semi-bárbaro, en el siglo XIII, engrandecida por la unión política con Polonia, se hizo famosa en la historia por las victorias obtenidas por el Príncipe Vitold en 1410, en los Lagos Mazurianos sobre la Orden Teutónica y, poco después, sobre los Zares de Rusia. Pero la Lituania histórica, a cuya importancia política contribuía el ejército polaco, costeado por los nobles

de esa nación, se extendía sobre regiones muy poco vinculadas con la raza lituana, que constituye la base de la Lituania étnica de los tiempos actuales.

Para comprender el problema lituano, conviene estudiar el origen y el desarrollo de su pueblo, perteneciente a la rama letolituana de la familia indoeuropea que ocupaba una región mal definida en la cuenca del río Niemen y Duna. Por las investigaciones de los sabios, se llegó a probar que los letolituanos forman una de las naciones más antiguas de Europa, mucho más que los germanos o los eslavos; pues su idioma conserva intacto voces de origen sanscrito, indicando un parentezco más íntimo con los pueblos de la India Oriental, de lo que señalan las demás lenguas habladas hoy en Europa.

La región habitada por ese pueblo carecía de fronteras naturales y era ocupada por inmensos bosques, que retardaron su desarrollo.

La rama letolituana se componía al principio, de cuatro grandes grupos: tres de los cuales, han perdurado hasta hoy. Estos grupos fueron: el borusiano, el samogicio, el lituano y el letón. De estos tan sólo nos interesa el segundo y tercero, porque el primero desapareció, asimilado por los colonos teutones, venidos desde el siglo XIII a la Prusia Oriental, mientras el último, que se mantuvo mucho tiempo apartado de la cultura lituana, llegó a formar el Estado libre de la Letonia o Latvia actual. Los borusianos ocupaban hace unos siete siglos la comarca de la Prusia Oriental, en la parte formada hoy por el distrito de Konigsberg, salvo las tierras situadas al Oeste del Meridiano 20. de Longitud Este; es decir, comprendido entre el río Passarge en el Oeste, el Báltico y el río Pregel en el Norte, una línea que va de Insterburg a Goldap en el Este y, en el Sur, una línea que va de Goldap a la intersección del paralelo 54 con el río Passarge. Hasta hoy subsisten muchísimos nombres geográficos, que terminan por una "t" o "en" y que tienen un origen borusiano. Este grupo se ha fundido hace mucho tiempo con los teutones, dando su nombre a la Prusia entera, pues "prusiano" es corrupción de "borusiano", aunque los borusianos nada tenían de común, salvo esta semejanza de nombre, con los prusianos de hoy, no siendo de origen germánico. Los alemanes llaman "Ermeland" y "Natangen" las tierras habitadas antiguamente por los borusianos.

Al Este del grupo anterior vivían los lituanos puros, extendiéndose por la provincia polaca de Suvalki hasta los valles

del Niemen Central y del río Vilia. Sin embargo, los lituanos perdieron mucho terreno en la época histórica moderna, cediendo ante el empuje alemán en el Oeste, y polaco y ruso blanco en el Sur y Este. Los teutones llaman "Lituania alemana" la parte de la provincia de Prusia Oriental en su extremidad oriental, al Sur del río Niemen, a pesar de que se habían conservado tan sólo unas pocas aldeas aisladas de habitantes lituanos en esta comarca. Asimismo estos perdieron la región de su antigua capital histórica, Vilna, que hoy es una ciudad virtualmente polaca.

El tercer grupo, el samogicio, abarcaba el territorio hoy alemán, al Norte del río Pregel (cuya parte occidental hasta hoy continúa llamándose "Samland") y toda la provincia de Kovno. Actualmente, tan sólo el territorio de Memel conservó intacto el carácter samogicio en la parte alemana del país, habitado por este pueblo; pues en el valle del río Pregel los moradores samogicios han desaparecido casi por completo. Al Norte del Niemen los samogicios constituyen una parte considerable de la población de los campos de la región de Memel.

Los lituanos y samogicios de Alemania adoptaron el rito protestante y el alfabeto gótico para la escritura, mientras que los de Polonia o de las provincias antiguamente polacas, sometidas después a Rusia, profesan la religión católica romana y usan el alfabeto latino. En cambio los letones, que vivían bajo la influencia de la Orden Teutónica y de Alemania, se convirtieron al rito protestante, conservando con todo el alfabeto latino.

El número total de los lituanos y samogicios en la Lituania actual, es de unos dos millones apenas, de los cuales las dos terceras partes son samogicios. En las demás partes de Europa viven todavía unos 300 mil lituanos y en América del Norte otro tanto. Como el número de letones es cerca de dos millones y, además, hay unos 300 mil letones en Norte América, el número total de la rama letolituana asciende a unos 5 millones, aproximadamente.

Los letones no simpatizan con los lituanos, existiendo un antagonismo muy marcado entre ellos, debido a la influencia de las distintas culturas de los unos y otros, siendo alemana la cultura de los letones y polaca y latina la de los lituanos.

Se puede calcular la superficie ocupada por Lituania actual, en números redondos, en 50 mil kilómetros cuadrados, poblados por unos dos millones y medio de habitantes. Lituania es un país de tercer orden en Europa, y posee tan sólo una oc-

tava parte de su antiguo patrimonio del siglo XVI, cuando compartía el glorioso pasado de la nación polaca

La anexión de Memel tendrá por efecto cambiar los rumbos de la política nacional, contribuyendo al mismo tiempo al incremento de la influencia teutona, que va a monopolizar, por cierto, el movimiento comercial del país, gracias a la posición preponderante, de que goza en Memel, puerto de acceso al interior lituano.

La mayor parte de los libros geográficos asignan a Lituania un territorio mucho mayor del que actualmente ocupa, porque le suelen agregar las provincias de Vilna y Grodno, en parte o en totalidad.

La Lituania de hoy sólo comprende las siguientes regiones: la provincia de Kovno, menos su extremidad oriental; una parte mínima de la provincia de Vilna al Este del río Niemen; la parte septentrional de la provincia polaca de Suvalki; todo el territorio ex-alemán de Memel y la extremidad Sur de Curlandia.

Delimitada en tal forma, Lituania posee unos mil kilómetros de fronteras, desprovistas de barreras naturales, salvo en la costa del Báltico y en el río Niemen.

Los países vecinos de Lituania, son: Polonia, Letonia y Alemania, es decir, la Prusia Oriental.

Vista en el mapa, Lituania ocupa un triángulo isoscéles, cuyo vértice toca el río Niemen por el grado 54 de Latitud. El país se extiende por el Norte hasta más allá del grado 56 de Latitud. La costa lituana está a 21 de Longitud Este y los límites orientales del país, por 26 de Longitud. Su mayor extensión de Oeste a Este o del Sur al Norte, es de unos 300 kilómetros, más o menos.

La geografía lituana presenta muy pocas particularidades, pues Lituania es un país completamente llano, cuya elevación sobre el mar en ningún punto pasa de 300 metros de altura. El aspecto del país es pintoresco por la abundancia de campos cultivados, bosques, praderas y numerosos lagos de formas caprichosas. El único río importante es el Niemen, que mide cerca de mil kilómetros de largo, de los cuales más de 300 kilómetros pertenecen a Lituania sola; más de cien forman la frontera entre Prusia Oriental y Lituania; y unos 50 sirven de límite entre ésta y Polonia.

El Niemen es navegable en territorio lituano, y sirve para el intercambio de productos agrícolas y maderas, que se ex-

portan del país. El río es obstruído por los hielos durante unos tres meses del año. Un afluente del Niemen, el Vilia, que pertenece en su curso bajo, en una extensión de cien kilómetros, a Lituania, es también navegable para vapores de pequeño calado. El Niemen recibe muchos afluentes, pero éstos son de escasa importancia para el tráfico.

El Vindava que corre hacia la ciudad letona del mismo nombre, nace en Lituania.

El Duna no toca el territorio lituano, pero recibe el afluente Aa de Curlandia, que nace en Lituania.

Hay innumerables lagos de origen glacial. La superficie de ellos rara vez pasa de treinta kilómetros cuadrados.

El clima lituano es áspero, parecido al de Polonia Norte o de Suecia Central. Los fríos de invierno, que dura cuatro meses, alcanzan a 25 grados bajo cero. La temperatura media anual, es de seis grados centígrados. La temperatura de Enero, mes más frío, es de tres grados bajo cero, cerca del mar y de seis grados bajo cero en la cuenca del Duna. En Julio la temperatura media es de 17 a 18 grados. Hay pocas diferencias locales del clima.

Lituania tiene una vegetación bastante rica, debido a la humedad de su atmósfera y la cantidad de los días lluviosos. La quinta o sexta parte del país es cubierta por bosques de pinos, abetos, abedules, alisos, encinas y álamos. La fauna es variada y abundante. Hay muchas liebres, venados, zorros, jabalíes y lobos. El animal que se veía antes en los emblemas lituanos y que era el oso, no se encuentra con frecuencia en el país. Otro animal característico de Lituania, el alce, un especie de ciervo de gran tamaño, se ha hecho raro. En los ríos y lagos hay muchos peces, que producen más de tres millones de kilos de pescado al año.

Lituania es un país pobre en minerales: con todo, hay yacimientos de yeso, cal y fosfatos.

El 46 por ciento del area total es cultivable. La cosecha anual alcanza a diez millones de quintales de centeno, un millón y medio de quintales de trigo, cinco millones de quintales de avena, medio millón de quintales de linaza, e igual cifra de lino y 27 millones de quintales de papas.

El 17 por ciento de los campesinos no poseen tierras. La mitad de las propiedades ocupan lotes de diez a veinte hectáreas.

La ganadería lituana es bastante importante. El país ha sido siempre famoso por sus productos de lechería, quesos, man-

tequilla y jamones. En 1919, a raíz de la guerra, se contaba tan sólo 280 mil caballos, 480 mil vacas, 750 mil cerdos y 800 mil ovejas. En 1922 estas cifras fueron respectivamente, 370 mil, 780 mil, 1250 mil y un millón.

Siendo el país agrícola por excelencia, a pesar de la relativa pobreza del suelo, la industria no ha asumido mayor desarrollo. Las principales industrias son cervecerías y destilerías, fábricas de levaduras, molinos y aserraderos de madera. Estas industrias ocupan a unos quince mil obreros.

Los árboles frutales tienen escasa importancia en Lituania. Se encuentran peros, manzanos, cerezos y ciruelos. En los bosques hay abundancia de fresas y frutillas en verano, y hongos en otoño, que sirven de alimento a la población rural.

La población del país es bastante densa, pues cuenta con unos 50 habitantes por kmtro. cuadrado. El carácter de su pueblo es austero, flemático, reflexivo, obstinado, amante de la verdad y muy paciente. La proporción de los nacimientos ilegítimos es muy pequeña. La mayor parte de los habitantes viven en el campo y no hay ninguna ciudad en Lituania, que reuna más de 25 mil lituanos, siendo poblados los centros urbanos por judíos, alemanes y polacos, en mayoría. La ciudad más poblada es Memel, con 90 mil habitantes, alemanes en su mayor parte; la capital Kovno cuenta tan sólo unos 60 mil habitantes. Shavli, la tercera ciudad del país, tiene sólo 30 mil. Existen, además, unas veinte ciudades menores, cuya población oscila entre 5 y 25 mil habitantes. La única fortaleza fuera de la capital, es Olita, sobre el río Niemen.

Al lado de los lituanos y samogicios hay unos 150 mil judíos, 150 mil polacos, cien mil alemanes y unos 50 mil rusos.

Desde la proclamación de la independencia, la instrucción pública hizo notables progresos, aumentando desde 1914 a 1922 el número de los alumnos, de 42 mil a 150 mil.

Los caminos en Lituania, por lo general, son malos, salvo en la provincia de Suvalki y en el territorio de Memel. La red ferrocarrilera alcanza 1700 kilómetros, habiendo doce líneas que cruzan la frontera lituana, de los cuales cinco van a Polonia, cinco a Letonia y dos a Alemania.

Durante la guerra los alemanes han construído dos grandes líneas férreas: una que va de Tilsit en Prusia hasta Riga y otra, que une Memel y Libau. Sin embargo, no existe todavía un ferrocarril que uniera la capital del país, Kovno, con su puerto Memel, que dista unos 200 kilómetros en línea recta.

Memel es uno de los puertos de segunda importancia del Báltico. Posee un canal de acceso, que pasa de seis metros de profundidad. El movimiento marítimo consiste en comercio de cereales y maderas, y alcanza un millón de toneladas al año. El territorio de Memel posee tierras arenosas, poco fértiles. Su extensión es de unos tres mil kilómetros cuadrados apenas, con 140 mil habitantes, de los cuales unos 75 mil son samogicios, los demás alemanes.

Al Sur de Memel se extiende la estrecha península de Curonia, que tiene tan sólo uno o dos kilómetros de ancho y cerca de cien kilómetros de largo y cuya mitad Norte pertenece a Lituania Esta península separa el Báltico de la bahía de Curonia, cuyas orillas pantanosas son célebres por el ámbar, que abunda en esas regiones. La parte lituana del litoral de la bahía, mide cerca de cien kilómetros de extensión. Las aguas interiores son casi dulces, formadas por la corriente del gran río Niemen, que desemboca en la bahía por medio de varios brazos.

La extensión total de la costa marítima lituana es de 200 kilómetros, de cuales la mitad corresponde al mar Báltico y el resto a la bahía de Curonia.

La capital del país, Kovno, es sede del gobierno y parlamento nacional. Esta ciudad ha sufrido mucho por efecto de las operaciones bélicas de los alemanes durante la contienda europea, habiendo sido uno de los baluartes del Imperio ruso en el Oeste. Además de ser centro comercial, Kovno es también un centro de cultura lituana, existiendo en Lituania muy pocas ciudades en que se publiquen periódicos o en que se den representaciones teatrales.

La población lituana aumenta cada año en unos 40 mil habitantes, de los cuales la mitad emigra para Norte América, donde existe una próspera colonia lituana, que ha desempeñado un papel importante durante la guerra, iniciando su campaña nacionalista a favor de una Lituania libre que tuviera Memel como puerto principal.

No hay todavía estadísticas fidedignas respecto al movimiento comercial lituano, porque éste, calculado en la moneda nacional "auksina", que carece virtualmente de valor, no puede dar una idea exacta de su magnitud. Antes de la guerra, el movimiento de exportación ascendía anualmente a cerca de cuatro millones de libras esterlinas, siendo los artículos de exportación productos de ganadería, cereales y, sobre todo, maderas. Otro artículo lituano muy apreciado, es la miel, que constituye

una de las riquezas del país, por la generalización de la apicultura.

El presupuesto lituano fué calculado para 1919 en 151 millones de "auksinas", en 1921 con la baja del cambio en una cifra ocho veces mayor, y en 1922 en 2304 millones de auksinas. La mitad del comercio se efectúa con Alemania.

Lituania es el país que en proporción de su población, mantiene el ejército más numeroso del mundo; pues con sólo 2 ½ millones de habitantes, posee una fuerza de cerca de 100,000 hombres. Polonia, la nación censurada por el propagandista germanófilo Francesco Nitti, como militarista, tiene sólo 250 mil hombres, a pesar de poseer una población doce veces más grande que Lituania.

Esta condición especial de Lituania, que constituye un verdadero peligro para sus finanzas, se explica por el hecho de que el país carece de amigos y de aliados y no ha podido entenderse siquiera con sus vecinos respecto a sus fronteras.

Se puede decir, con razón, que Lituania no tiene orientación política de ninguna clase, pues tanto con la Entente, como con los teutones, sus relaciones son muy poco cordiales.

El conflicto con Polonia nación a raíz de la ocupación de Vilna por las tropas del general Zeligovski, aunque ya después de celebrarse el armisticio los lituanos atacaron a los polacos de Suvalki, necesitándose la intervención de los aliados para llegar a una tregua. Los lituanos reclaman de Polonia todas las tierras que les asignó el tratado con el Soviet de junio de 1920, en el que Rusia, en vísperas de su desastre, se mostraba generosa, dando a Lituania provincias polacas, como fueron las de Vilna, Grodno, Suvalki y parte de Lomza. Una vez derrotados los bolsheviques por Polonia, Lituania renovó sus pretensiones. La Entente apoyó a los lituanos, otorgándoles la mitad de la provincia polaca de Suvalki, poblada por ellos en gran parte, pero desde tiempos inmemoriales unida con Polonia. Como no se le ocurrió a la Entente aplicar el mismo criterio a la Alta Silesia, que fué adjudicada en gran parte a los alemanes, a pesar de la mayoría polaca de su población?

No sólo ocupó Lituania varios distritos de la provincia polaca de Suvalki, sino que reclamó ante las potencias interesadas la posesión de Vilna, por considerarla su capital histórica, sin fijarse que los lituanos formaban tan solo el 4 por ciento de la población de esta ciudad, de doscientas mil almas. El golpe del general Zeligovski, tan criticado por ciertos espíritus enemigos

de Polonia, respondía con todo a los anhelos de los habitantes de la mayoría de la provincia de Vilna, como se pudo comprobar por el plebiscito realizado a fines de 1921 por los polacos, y por las últimas elecciones por sufragio universal al parlamento de Varsovia, que ambos dieron una gran mayoría a favor del elemento polaco.

El censo del palatinado de Vilna, efectuado hace un año, arrojó sobre 488 mil habitantes el 69 por ciento de polacos.

La Liga de las Naciones mostróse incompetente para resolver la controversia, pues todas las comisiones aliadas en Lituania tuvieron que cerciorarse, que Zeligovski era el verdadero salvador, muy querido por los pobladores de Vilna.

Tanto Lituania como Rusia afirmaron varias veces sus simpatías recíprocas, a pesar de que los campesinos de Vilna recuerdan con horror la invasión de los ejércitos rojos en 1920, que les privó de medios de subsistencias, suministrados después por los polacos. El ministro de relaciones exteriores ruso, Chicherin, en repetidas ocasiones protestó contra el arreglo de Vilna por la Liga de las Naciones, fundándose en el tratado ruso-lituano, que garantizaba extensas fronteras a Lituania. Pero, lo que omitió decir el ministro, fué que este tratado quedó virtualmente anulado por el de Riga, celebrado a raíz de la victoria polaca sobre Rusia en marzo de 1921, por el cual Rusia dejaba a Polonia en libertad para entenderse sobre sus límites con Lituania. Mediante un juego hábil de política externa supo Polonia separar a los rusos de los lituanos por un corredor, que mide hoy más de ciento cincuenta kilómetros de ancho y que dispone de dos importantísimas vías férreas longitudinales.

Hasta el mes de febrero de 1923, Ltiuania quedó separada por el Este de Polonia, por una zona neutral de un ancho variable de diez a treinta kilómetros y de una extensión de cerca de 250 kilómetros, que fué últimamente repartida entre ambos países vecinos.

La pérdida de Vilna hizo extremar a los lituanos las medidas de represalias contra los polacos, quienes fueron perseguidos sin piedad. Miles fueron enrolados por la fuerza al ejército lituano, centenares perecieron fusilados, centenares de nobles polacos propietarios de haciendas, fueron despojados de sus bienes y expulsados del país. Otros, para evitar la aplicación de tan salvajes medidas, tuvieron que cambiar sus apellidos, traduciéndolos al lituano o agregándoles una terminación lituana.

Las pasiones políticas de los lituanos les hicieron olvidar la historia del pasado: los tiempos gloriosos, cuando las armas de Lituania y Polonia garantizaban la paz en el Oriente de Europa, luchando contra la barbarie moscovita o defendiendo el cristianismo en sus confines. Todo lituano debiera recordar el nombre del gobernador ruso Muravieff, famoso por haber hecho ahorcar o mandar a Siberia a miles de patriotas lituanos, que tomaron parte en la revolución por la libertad polaca en 1863.

Ni en los peores tiempos de la persecución del elemento polaco en Rusia o Alemania se vieron cometer los desmanes practicados por los lituanos en pleno siglo veinte, cuando las hordas de los irregulares lituanos iniciaron el pillaje y el saqueo en la frontera polaca. En todo el territorio lituano no se ve hoy ni una sola inscripción en polaco, quedando estrictamente prohibida la impresión y la circulación de los periódicos en ese idioma.

En Polonia se han realizado últimamente las elecciones generales para el parlamento de Varsovia por sufragio universal, en las que las minorías extranjeras tuvieron amplia libertad para elegir a sus diputados. En Lituania sobre 78 diputados, tan sólo 5 representantes de las minorías fueron admitidos, en vez de 16 que señalaban las listas electorales. De los 73 miembros nacionalistas del parlamento lituano, hay 38 demócratas cristianos, 30 socialistas y 5 comunistas.

Las relaciones con los demás vecinos de Lituania no son mejores que con Polonia. La política de Letonia, muy favorable a Polonia es mirada con desconfianza en Lituania, la que, apenas nacida, reclamaba de Letonia la posesión de un distrito en la costa del Mar Báltico al Sur de la ciudad de Libau. fundándose en la existencia de pobladores lituanos en esa región. Efectivamente, Lituania obtuvo una pequeña parte de sus pretensiones, con lo que no quedaron satisfechas las aspiraciones nacionales.

Las relaciones lituanas con Alemania eran bastante vagas hasta la época del armisticio. La invasión de los prusianos a Suvalki en 1914 y 1915, la campaña ulterior en Kovno devastó el país, arruinando sus bosques, haciendas, su riqueza ganadera y dispersando su población. El recuerdo de la guerra dejó huellas muy ingratas entre los lituanos, a pesar de todo el trabajo de los periodistas alemanes. Alemanía nutría ciertas esperanzas de poder intervenir en la lucha entre Polonia y Lituania, pero se equivocó; pues el tratado de Versalles puso entre

ella y Lituania la manzana de discordia, que se llama el territorio de Memel.

Después que Lituania tuvo que acceder al arreglo de su disputa con Polonia, la opinión pública lituana buscó una compensación, posesionándose de Memel. En este caso Lituania virtualmente imitó el procedimiento del general Zeligovski en Vilna, armando a unos irregulares lituanos, que invadieron el territorio de Memel (o de Klaipeda, como se llama en lituano) e instalaron un gobierno provisional Las principales potencias aliadas, así como Polonia, protestaron contra este golpe de mano. Francia mandó varios buques de guerra, pero todo fué inútil; pues el consejo de embajadores poco después resolvió entregar el territorio de Memel a Lituania, siempre que este país se comprometiera a resguardar los derechos de la minorías. Lituania obtuvo un éxito diplomático en Memel, mucho mayor que Polonia en Danzig.

El puerto de Memel quedó internacionalizado para permitir a Polonia la exportación de sus productos por esta ruta.

La decisión del consejo de embajadores, con todo, ha creado un precedente peligroso, sancionando la acción de los insurgentes lituanos. Los alemanes se resintieron, habiendo estado esperanzados, que aún en el peor de los casos, se les hubiera otorgado la neutralización de la región de Memel, mientras que los polacos se preguntaban extrañados, ¿cómo era posible que Lituania, no habiendo sido un país marítimo, recibiera una extensión de costa doble de Polonia, potencia, que en la época de su independencia, poseía una flota de guerra y ganaba batallas navales? Una vez más los dirigentes de la política inglesa habían obtenido una victoria, fácilmente ganada.

A pesar del reparto entre Polonia y Lituania de la zona neutral de Vilna, la enemistad de ésta para su vecina, no amainó. El parlamento lituano dictó hace poco una ley de expropiación de todas las propiedades rurales, que pasen de 160 hectáreas de extensión, visiblemente dirigida contra la nobleza polaca, poseedora del suelo. Sin embargo, en Polonia los lituanos siguen gozando de todos sus antiguos privilegios, considerándose allá la actitud lituana, como extraviada por las pasiones patrioteras.

Lituania debe escoger qué política internacional le conviene más seguir. Por un lado se le ofrece la alianza con Polonia y los Estados Bálticos, mediante la cual podría robustecer sus finanzas y desmovilizar su ejército; por otro, la continuación de

su existencia de un estado neutral la encaminaría hacia el peligro de convertirse en un juguete de las grandes potencias. Una alianza con Rusia o con Alemania no responde a las tradiciones lituanas y sólo serviría a sembrar más desconfianzas entre los países limítrofes, amenazando la vida independiente de la nación.

Es de esperar que los estadistas lituanos sabrán trazar los futuros rumbos de la política internacional de su patria, enmendando los errores cometidos últimamente, porque en los tiempos que corren ningún país puede adoptar por base de sus orientaciones externas el aislamiento completo o la guerra con todos sus vecinos.

Lima, 1923. *Vitold de Szyszlo.*

FE DE ERRATAS

En el artículo "La Resurrección de Polonia" se han cometido las siguientes:

En el número 50 del Mercurio: —

Página 154, renglón 16, debe leerse: "de los que afectan", en vez de: "a los que afectan".

En el número 51 y 52 del Mercurio: —

Página 198, renglón 17, debe leerse: "es navegable" en vez de: "y es navegable".

Página 199, renglón 10, debe leerse: "unos 80 kilómetros". en vez de: "unos 40 kilómetros".

Página 201, renglón 11, debe leerse: "Dniester", en vez de: "Dienster".

Página 202, renglón 8, debe leerse: "desde hace poco en Vilna", en vez de: "hace poco en Vilna".

Página 207, renglón 1, debe leerse: "Kielce cuenta con 25 mil habitantes. La ciudad de Sosnovice con cien mil habitantes es sede de la industria metalúrgica", en vez de: "Kielce con 25 mil habitantes es sede de la industria metalúrgica".

Página 207, renglón 17, debe leerse: "Vilna con doscientos mil habitantes", en vez de: "Vilna con dos mil habitantes".

Página 218, renglón 22, debe leerse: "Augusto B. Leguía" en vez de: "Augusto B. Le B. Leguía".

Respecto a la autonomía de la Silesia Polaca y de la Galitzia Oriental, conviene observar, que, si bien estos países gozan de parlamentos propios, envían también a sus representantes al parlamento nacional de Varsovia.

Personalidad literaria de Ventura García Calderón

La corriente de ideas y de arte que circuló en América a fines del siglo pasado, hizo surgir de las posibilidades espirituales del Continente, un grupo de hombres que trabajan en la formación de un concepto interno de pensamiento y de belleza. Y gran interés tuvo el despertar de la espiritualidad americana, dando por resultado el más dulce eclecticismo del sentimiento y de la inteligencia en donde se comprenden las fuerzas, en una síntesis acaso bárbara pero propia, de cuanto se piensa en todas partes del mundo.

Francia atrajo, para libertarlas de una vez por todas, las energías de América. Haciendo suyas las inquietudes de estas democracias, les infiltró el aliento de una delicada idealidad. Francia estaba en aquellos momentos desorientada por varias tendencias en el arte, la ciencia y la filosofía. Todo tendía a la unidad; todo tendía al equilibrio de una ley en devenir. A través del espíritu universal soplaba un escepticismo que el pensamiento francés pretendió detener, no en la inmovilidad, sino en el cambio, en la transformación, en lo contradictorio..... Si Emerson y James en los Estados Unidos, y acaso Eucken en Alemania, imponían importantísimas determinaciones al espíritu humano, — en ellos había la adaptación de cuanto moría en el dolor del siglo. Y en la literatura, como en ninguna otra disciplina espiritual, la influencia fué mayor. Desde el más dulce optimismo de Guyau hasta la más serena ironía de Renan, todo lo sentimos. El maestro uruguayo firma un notable estudio sobre Montalvo que a uno de sus críticos le "parece igual a los mejores de Taine, hasta por el esfuerzo por estudiar la época y el hombre". ¿Y no se quiso encontrar el maestro de Darío en Verlaine, aunque el excelso cantor americano tiene, a lo largo de su

obra, todos los acentos que caracterizan las diversas escuelas literarias de París?

Francisco y Ventura García Calderón, en las generaciones que hoy extienden una obra de belleza y de ideas sobre Hispano-América, son los que profesan, de manera más directa, la enseñanza de cuanto hay de grande e íntimo en el genio francés. Sienten en su interior el ansia de una renovación mental en los valores americanos y haciendo un sacerdocio cuyo sentimiento reposa en la esperanza de la fé que ha de salvar la civilización latina, llaman el alma del continente hacia la capital del genio latino, como los antiguos poetas encaminaban sus pasos hacia el Atica . . . .

Al hablar de estas cosas no sería justo olvidar a uno de los talentos más vigorosos de América, cuya obra de crítico abrió una perspectiva de ideologías tan flexibles y audaces, que en sus manos produjeron dos ensayos bastantes a consagrarlo: me refiero a Gonzalo Zaldumbide. Hoy dedico este opúsculo a Ventura García Calderón y abro una curva de valores ideológicos y literarios americanos, en cuya trayectoria comentaré la obra de su ilustre hermano, la de Gonzalo Zaldumbide, y otros representativos de América.

I.

Es la vida ligera, la vida de todos los días; el más sutil capricho como la más trascendental consecuencia espiritual lo que este sutil artista de la prosa hace vivir en las páginas de sus libros, porque aún aquellas que presenta con la seriedad de un tratado de crítica, tienen la gracia de la crónica, del relato ameno de una historia, de un pensamiento, de un pecado entrevisto. Nunca es el crítico que quiere criticar: es más bien el comentarista que siente en lo profundo del espíritu el valor de una obra y encuentra siempre la frase propia de la emoción. Por eso sus críticas nunca enseñan, en forma didáctica, el prestigio de una orientación intelectual, y sin embargo, el calor estético que de ellas emana, pone en relación inmediata con el artista admirado. Vasta obra que requiere, además de un concepto definitivo de lo que podría llamarse una *lógica viviente,* un alto espíritu de poeta y un conocimiento cabal del mundo en los eternos choques de las pasiones. Además, la fina observación de cuanto se mueve a nuestro lado. Y tal conjunto de personalidades triunfan en el artista, con gracias cautivantes, entre las cuales no se podría es-

coger la mejor. Pero hay un eje sobre el cual gira, en suaves ondulaciones, el espíritu de García Calderón: la crónica. A veces es la crónica de la obra de un pensador, a veces de una *boutade* femenina, a veces de un sentimiento que remueve las nostalgias de una vida tan corta y tan bella. Sus mismos cuentos, de crueldad refinada y sutil, son las memorias de un espíritu andariego, que cada noche, fuera en regiones distantes y lejanas, fuera escribiendo una aventura tan fugaz como un amor, tan fugaz como un beso. Es un espíritu que se goza en lo frívolo, como Wilde, quien se puso a jugar con muñecas capaces de sentir el placer de la muerte, en los estremecimientos de una cabeza cortada de un tajo. Su literatura es traviesa, y si algún encanto encuentra el espíritu en ella, es que nunca cansa, y va, en silencio, atravesando los parajes de la vida, con una dulce musicalidad, cuyo parangón sólo lo encontramos en los maestros franceses. Tiene muchas de esas gracias que encantaran a los italianos del Renacimiento, por el descaro en el relato, por la diafanidad en la aventura, y, sobre todo, por las constantes variaciones de motivos. Pero ante todo es francesa su gracia, más aún, es parisiense: tiene la levedad cautivante, sentida en el Anatole France de *Le Jardin d'Epicure*, sin la ironía del viejo fauno que siempre sonriera al antiguo filósofo heleno. Y no escapa a la influencia espiritual del exquisito Mauricio Barrés de los admirables libros bautizados con el extravagante título: *Le Culte du Moi:* el ansia que no se satisface, el *élan* que busca tras de todas las apariencias del mundo, una posible tranquilidad que sea afirmación para un sentido de la belleza. Sin embargo, no hay el dolor escéptico, ni menos romántico de Barrés, en sus páginas un tanto burlonas, sino la suave influencia de Walter Pater sentida en *Sous l' Oeil des Barbares:* una sensibilidad renancentista con una congoja nórdica, apasionada . . . .

Siempre se verá en sus modalidades la cepa latina, aún cuando le dé los más opuestos rumbos a su espíritu: la diafanidad del Mediterráneo es inherente a su persona. Y si en sus producciones líricas desentierra viejas filosofías orientales — como las que tanto halagan en los poemas de Omar Khayyam — es para cantar el dulzor del placer, para cantar la alegría del momento presente, para invitar en un festín que preside la más suntuosa elegancia árabe, el espectáculo de su carne que la da hoy mismo, porque "será tarde mañana".

Y sus más íntimos dolores de poeta, su alma que a ratos presenta en un paisaje de otoño, sus congojas líricas, sus lamen-

taciones verlenianas — y es a la sombra del jardín de Verlaine donde el poeta gusta sentir sus melancolías — terminan, con locuras de juventud, en una "noche de júbilo en Montmartre", á pesar de la pena nostálgica, perdida en sus recuerdos de otra vida en una lejana región. Recuérdese que el poeta es un americano de la prestigiosa Lima que en otros tiempos "tenía, según lo dice él mismo, algo de *sierra,* del viejo terruño incaico, porque las nodrizas enseñaban a los niños sus danzas monótonas y su melancolía". Y de esta época se duele, pero siente en sus nostalgias el influjo del siglo, la necesidad de cantar lo fuerte, lo inmenso, el retorno de la vida, como en los cantos de un Whitman más blando, de un Whitman que escribiera un poema mientras una boca rubia le besara la frente. Y va a *las ciudades tentaculares,* como la curiosidad de un novicio y da en sus visiones prendidas al vuelo, un espectáculo cinematográfico por lo variado, pero en el cual no pretende "eternizar lo pasajero", porque ello es "pecado contra el Espíritu". Y salta, como un delictuoso dilettantismo aligerado en su prosa finísima, de uno en otro capricho, como un adolescente insaciable, que nunca encuentra las heces del amor. Es múltiple: hoy viaja en el boulevard, mañana lo veremos en el *vernissage* de una exposición, después en un salón elegante, y más luego como espectador en un *music-hall,* o en un teatro, o en una biblioteca preparando una erudita antología. Siempre es el mismo: siempre *l'enfant gaté* de las sensaciones y del arte. ¡Y cuánta transformación en sus maneras! ¡Qué múltiples cosas aprehende y de qué múltiples maneras! Su crónica, por esto, es un eterno devenir de la vida que comenta. No hay miedo de encontrar una veleidad femenina en su arte, ni caprichos de lakista, ni un vano afán de cultura que no se posee y se exhibe. Porque si hoy encanta con la filigrana semejante a un trabajo de paciencia holandés, o con un diamante admirablemente pulido, o con un juego de luz en la seda de un biombo chinesco, mañana dará un libro nutrido de las más risueñas enseñanzas de un pensador profano, o un estudio, documentado y elegante, de un poeta famoso. Siempre variante, siempre en perenne mutación, como conviene a su vida inquieta, aunque un poco sedentaria en este París en donde las cosas tienen la intensidad de poema que se vive y se analiza en lo más hondo del corazón. ¡Y qué gracia miliunanochesca hay en todo lo relatado, en su prosa que trasparenta las blanduras más exquisitas y es flexible y tersa al mismo tiempo!

La crónica de García Calderón no es comparable con la del eminente escritor Gómez Carrillo. Ambos tienen el afán de las frivolidades, de los caprichos femeninos, de las lujurias felinas, de las noches de placer, de los besos que se dan, descaradamente, a una mujer cuyo amor no dura sino una semana. Pero uno aprendió en el Oriente el amor al detalle, a lo más fino, a las cejas que son hilos de sombra en una cara blanca, a los mimos fantásticos a la claridad de un farol en papel de seda. Lo vago, la nostalgia vaga que se nos escapa hoy, mañana, siempre. Por eso las páginas del sutil prosista de *El Japón Heróico y Galante* parecen reconstrucciones de un artista que, siguiendo el precepto de los Goncourt, encontrara la historia de una vida en objetos banales, efímeros. Y aunque su espíritu errante se instale en pleno boulevard y cuente la última aventura de una actriz famosa o se burle de un burgués *cocu*, en prosa deliciosa y retorcida, se sentirá siempre el poder de la evocación, el capricho de una pirotecnia magnífica, hecha de recuerdos que tal vez no se han vivido. En el otro hay la seriedad de una labor que se vive, y se siente en el alma y transforma á veces, con los mismos caprichos de Gómez Carrillo, las penas y las visiones del mundo, con una sonrisa parisiense, cruel hasta lo hondo. Admirables cronistas los dos, García Calderón salva su personalidad en algo concreto, en el análisis sugestivo de personas y de cossa que buscan la síntesis allí en donde ella es necesaria: Gómez Carrillo es un gran artista que ve la vida desde un ferrocarril, desde un automóvil, desde la terraza de un café, no importa, desde donde ella se pueda contemplar cuando pasa . . .

¿Y por qué el afán de encontrar semejanzas entre los artistas, si todos buscan la vida y son al mismo tiempo tan diferentes? García Calderón ha dado a la prosa castellana flexibilidad incalculable y serenidad de sonrisa que es comentario a todo lo grave y frívolo del mundo. Ha encontrado en la humanidad — y en tal campo trabaja este psicólogo de las cosas mundanas — los aspectos un tanto alejados, pero también semejantes: uno trágico y otro cómico. Pero su visión no busca las dos carátulas helenas de Saint-Victor. No busca una fatalidad divina, sino lo cómico y por contraste la trágico en un suave cosquilleo que a nadie molesta: en esto es muy moderno, modernísimo y su maestro sería, si la novela crítica le fuera predilecta, Anatole France. Sus sonrisas, un tanto nostálgicas, con la pasajera *tormenta en el jardín de Cándido*. Nada que no sea sonriente; que no conserve un espíritu de travieso alocamiento; que

no sea la ideología precisa, floreciente, en claridades latinas, no asoma en la levedad de sus páginas. Y si algo habría de tacharse a su obra es no encontrarle más unidad de meditación, más núcleo que tienda a centralizar los encantos de una espiritualidad brillante. Bien es cierto que la vida está hecha de jirones, de pasajes, en los cuales se mezclan los más dulces encantos del mundo y los más espantosos dramas del espíritu, en el constante desenvolverse de la personalidad: pero hay un eje interno que forma el misterio del tránsito del alma humana. Tal disgregarse de la obra, cuya fogosa curva a veces se nos escapa dándole un prestigio de juventud y serenidad y dilettantismo encantador "al bazar de frivolidades" de sus libros, le quita el reflejo interno de un sabroso humanismo, de maneras desenvueltas en su labor de poeta y crítico. Pero, ¿quién no se siente tentado a sonreir en el mundo? ¿Cuál artista no se siente inclinado a abarcar todas las cosas del mundo en una obra? Y después de todo, los libros no son sino el comentario de una vida, la crónica de un espíritu en perenne reforma.... Y hay un tenue *frissonement* en su risa maliciosa, pecadora, que se insinúa en la sensibilidad como una caricia femenina. Nunca tal unión de belleza y sencillez, de descaro ante la vulgaridad y la emoción refinada había logrado despertar un matiz tan original, con formas impecables, en nuestros escritores. Porque puede haber muchos cronistas eminentes en la literatura castellana; muchos conocedores del arte complicado de hacer una crónica, pero siempre veremos en esas páginas—algunas de las cuales son obras maestras de gracia y sugestión—el sabor local, el vuelo de un amaneramiento incapaz de abandonar el sitio de sus ensayos, aunque éste sea París. En García Calderón hay un todo de universalidad, de interés universal, y a veces descansa en un comentario no mayor de una frase. Para ser acomodado a su propio espíritu parece escrito el elogio que aplica a Samuel Blixen, el eminente escritor uruguayo: "...abarca todos los géneros y los abandona todos en su improvisación vivaz, mezclando según los ritos de la crónica, la libertad de un aticismo con una aguda observación prendida al vuelo". Extended tal visión a una altitud espiritual más alta y más amplia; buscadle un panorama en vuestra propia vida interna, y tendréis los hechizos de la obra de Ventura García Calderón. Cuando agosto haga sus estragos sobre esta obra de impresionista exquisitamente atormentado por el mundo y la vida; cuando veamos la selección del gusto que impera, notaremos que predominarán muchos trozos de juventud, delicadamente trazados y ad-

mirablemente sentidos: y la obra del burlador tendrá un prestigio incalculable en manos del hombre futuro que quiera reconstruír cómo sintieron los artistas la civilización presente; y la escéptica filosofía de sus gracias salvará muchas cosas para constituír un principio elegante.

Tenía que venir el crítico y el cuentista, disciplinas en las cuales se encuentra a su gusto el lirismo, El cuentista y el crítico nos darán un sentimiento descriptivo, a veces personal del mundo; y se irá viendo surgir una obra crítica de corazón, pronta a apropiarse los dolores — como en el alma helena de Leconte de Lisle se acallaba una amargura indecible,— en silencio, y va haciendo comprender a los hombres que la crítica es un *métier* para artistas y no para obreros: su crítica construye. A veces hay desilución al comentar una vida en la cual todas las partes no son armoniosas; entonces busca la armonía, como un parnasiano, en la forma exterior. Hay, sin embargo, un vago placer por los dolores hondos, por las penas que se sienten porque no se han vivido y se inclina, no al romanticismo, sino al verlenismo, a los caprichos versallescos cuya nostalgia huye, en una tarde de otoño, por la alameda, en donde cada estátua es un sátiro de sonrisas escondidas en una pátina musgosa.... Y el lírico que todos llevamos dentro, salta desesperadamente en el espíritu y cambia por un momento el rumbo de sus sueños mundanos por una tranquilidad, aislada, no como en las Eglogas de Virgilio, en la fecundidad de los campos, sino en el propio dolor de la vida, de la historia sentimental de la inteligencia. El poeta entonces parece alistar su flauta para entonar su *canción de primavera en otoño*.... Pronto vuelve a sus andanzas callejeras, a buscar la realidad del mundo para dar, en una crónica amarga y artística, la arquitectura de un pensamiento reinante. Y así resulta que su obra está abierta en una "perspectiva indefinida", no hacia una Thule ignorada y sí hacia la volubilidad del mundo, al perenne nacimiento de formas y de ideas.

Con tal preocupación se presenta la guerra y en ligerísimas frases de contornos parisienses, comenta las inquietudes, los dolores, los odios de su patria espiritual. Da a su crónica un valor dinámico y predica un evangelio cuyos versículos aprendiera en el amor de la mujer francesa y en los entusiasmos de los poetas franceses. No os extrañe que también ahora se burle de la vida y, con la simplicidad de espectador que siente el pánico de la tragedia, presente una síntesis espiritual de cuento sueña y ve. La curva vuelve a tomar una regularidad exquisita y los

contornos de sus inquietudes encuentran un marco en donde definir una acción humana sin faltarle las más dulces modulaciones del arte, de la fantasía.

II

Frívolamente..... abre una perspectiva de sonrisas y de encantos e invita a sentir la presencia de una juventud alucinada por la alegría del mundo. Tiene un espectáculo meramente latino, generoso en sensaciones múltiples, en una existencia que se adapta al espíritu con veleidades femeninas. Vive en París y los ensueños de sus noches apasionadas y de sus días transparentes traman los delineamientos de sus formas demasiado frescas y por lo tanto, descuidadas. ¡Pero qué descuido más encantador y lleno de movimientos inopinados! Comienza por alejar toda pena, porque la angustia deforma la belleza y adaptándose a tal principio de filosofía helena prende, en evoluciones audaces, la gravedad de una síntesis y la tritura en sus manos nerviosas. Tiene confesiones, en sus páginas ligerísimas y cambiantes que buscan, con donaires inusitados, el entusiasmo de la frivolidad y justifican tenuemen la malicia del *écriteau* de su bazar: engarza la lógica en una gracia cuyo comentario más palpable se encuentra en la curva de unos labios y en la malicia de unos ojos de mujer joven, para hacer suyo un sentimiento en el fondo nada frívolo y sí hondamente humano; y ello, por desgracia, en las ansias de exquisitez que fortalecen sus crónicas: predilección por las futilezas femeninas, por los caprichos de las mujeres, siempre indecisos, siempre crueles, siempre humnaos y a veces... demasiado humanos. "Sólo ellas me interesan" — dice en la dedicatoria del libro a Zavala Loaiza. "Para sorprender el secreto de su feminidad leí los libros en que confesaron sus almas y sus toilettes. Desde entonces odié toda filosofía, porque Nietzsche había hecho llorar a la pequeña condesa de Noailles — una adorable parisiense nacida rumana por equívoco". Y más adelante confiesa, con una mentira justificada en la exquisitez de la galantería: "No sé si por ellas amo a París o es a París al que amo a través de ellas". Y a lo largo del libro describe en una prosa artística y escogida sin efímeros amaneramientos, los diarios episodios de la vida parisiense, comenzando en un alegre *reveillon* en el Quartier Latin para ir, en irregulares rumbos espirituales, al sombrío retiro de Huysman y dejarle una oración melancólica. Hay en sus páginas una excesiva juventud, admirable sen-

tido crítico y cierto *esprit francais* que les dan un sabroso distintivo artístico no bastante a disiparlo el poco interés, por el motivo y por la forma, de algunas crónicas. Pero allí, en donde el hombre deja desnudo el espíritu, allí donde el pagano se divierte como un artista, en donde el narrador indiscreto de una historia se place en mortificar, el genio de la sonrisa, como una deidad que ha encontrado su iniciador, suelta sus ondas de gracia.

Surge el escritor que va buscando, en la menor afirmación, el distintivo de una raza y en precisos comentarios define su psicología, como si fuera una flor de belleza. A propósito del Salón de los Humoristas, relata, en frases que vibran tanto en la musicalidad de un ritmo externo como interno, la sutileza del espíritu francés, quitaesenciado en la burla y en la gracia comedidas y francas. Y si dice que tal gracia es "la agilidad de un espíritu que gusta resbalar sobre las cosas sin apoyar demasiado para no herirse", no es para denigrar la *politesse* del genio francés, ni para darle un punto de comparación a la crítica que encuentra en tal *quand meme*, el origen de la decadencia latina, sino para terminar en una síntesis fuera de todo comentario: "Su mejor filósofo (de Francia) fué un profesor de duda: Descartes. Su mejor ironista es un escéptico: Anatole France". Comentar detenidamente la labor de García Calderón en donde ha cristalizado "un aspecto fugaz" de la vida, sería enturbiarla, porque repetir, en forma efímera el carácter del artista admirado, lo que ha sentido en su larga carrera, no es nunca la obra sugerente de la belleza. Un libro de crónicas no se puede comentar: un libro de crónicas hay necesidad de leerlo y sentirlo en lo más hondo del espíritu. Y cuando se trata de la labor de un "perfecto hacedor de crónicas", de un perfecto conocedor de la vida, entonces se obstaculiza cualquier comentario en el deslumbramiento de la admiración. ¿Y qué otra cosa puede hacer el crítico sino acercarse a la fuente en donde nace la maravilla de una personalidad? No hay posibilidad de confundir, en tal sentido, el impresionismo que nunca dice el significado profundo de la obra admirada ni del admirador, porque aquí únicamente se aspira a vivir, a sentir, no a determinar. Aunando la curva magnífica de la obra de García Calderón abierta en *Frívolamente.....* con los libros de crónicas de última hora, en donde también toma la actitud del artista admirable, en un conjunto que aspira a ser armonioso, impregna siempre la inteligencia en las emociones y los entusiasmos de su profesión de hombre galante y refinado.

No es mucha la distancia que separa la obra de cronista a través de las otras disciplinas del escritor. Porque en esa perenne caza de la vida, en esa audaz espera de la emoción diaria, encontramos un sereno interés, jamás desdicho por la elegancia de sus inquietudes. En el ensayo de juventud, en donde está reunida la labor de la adolescencia intelectual — cuando en ella se notan la fuerza y la seguridad del que más tarde va a ser el maestro en su género — y en sus dos últimos tomos de crónicas hay un afirmarse definitivo de lo ya admirado anteriormente. Ahora parece, además de delicioso sonriente y del finísimo artista, el crítico a ratos audaz, a ratos demoledor, siempre sereno y dueño de la sensibilidad. El lírico nostálgico, de fragancias disipadas en frivolidades femeninas, ya palpitante en varios capítulos de su primer lubro, conservando siempre las proporciones firmes de su forma predilecta, florece un instante con encantador optimismo: la paradoja, cuando en ella hay exquisitez y elegancia, porque siente en sus ansias paganas que el mundo va olvidando mentir y por ello es mediocre. Y ahora como siempre ama las criaturas crueles, que usan el *flirt* como un oficio de crueldad y siente el perfume penetrante de "l'argile ideal", con voluptuosidad indefinible: así, en su antigua interpretación de la Salomé de Oscar Wilde de un alma nada exótica en este siglo— porque no es la cándida virgen del relato evangélico sino una muñeca que quiere amar lo trágico con espanto, con dolor, — se encuentra la eterna mentira de la vida intensa, con un fondo de fatalidad. No importa, lo que se desea se obtiene. Blanda filosofía, matizada y adormecida en un sueño irrealizable. cuyos encantos nunca los abandonará el autor, aún cuando siga la curva del más trágico destino humano. La iniciación en las cosas elegantes le ha enseñado que la sonrisa es un dón de los dioses y ya nunca la dejará. Admitido en el curso de negligencias y vanidades que constituyen el tejido de las horas en París, se recoge *bajo el clamor de las sirenas* durante cinco años y relata emocionado la vida de la Gran Ciudad, con sus odios, sus amores, sus risas, sus quejas extinguidas en la esperanza de una victoria segura. El egoísmo de Barrés se desdobla y el dilettantismo fascinador de sus primeros libros se transforma en un patriotismo que lo lleva a abandonar el jardín de Berenice para ocupar la plaza vacante de la Liga de Patriotas. ¡Admirable paradoja, cuya extrañeza provoca la risa cuando conocemos la actitud de Barrés, quien nunca estuvo en las trincheras! El dolor de Barbusse, el genial novelista, alistado como voluntario para sentir la

guerra de cerca, para ver un nuevo aspecto del infierno humano; y la trágica muerte de Emile Verhaeren y la actitud de Anatole France Como si en tal espectáculo faltara la necesidad de una sonrisa, de un cariño, la parisiense de la guerra asoma con sus hechizos, con las mismas gracias, a pesar de las sentencias de Donay, de la linda mujer del boulevard, en una tarde de la primavera. No es posible que París sea grave, austero, porque "su genio claro, elegante, es tan necesario, por lo menos como la gravedad de otras razas". Y porque la gracia de la sonrisa, en el atavismo cristiano del mundo requiere una penosa iniciación espiritual, el pueblo cuyo genio descansa en esa magnitud del espíritu — pues sus mismas formas y pensamientos son una eterna sonrisa — debe conservarlo en "la frivolidad de sus mujeres", como en "la ligereza del pensamiento". Además, es "bueno que Sócrates s ponga a discutir con las más frívolas mujeres, las cortesanas, manchadas por el vino, las rosas de la corona festival...." Páginas aladas, de una sutil fragancia parisiense en donde García Calderón logra de nuevo tomar, con mayor precisión, aquella ágil movilidad de su adolescencia. Y como complemento, que justifica el presagio de un París probablemente agradable a Maurice Donay, descubre el *flirt* de la francesa durante la guerra, iniciado por el periódico humorista *Fantasio*. Es la eterna movilidad del espíritu francés que no puede vivir sin el amor, sin las gracias de la mujer, porque su profesión más alta es la de amar. La significación verdadera del flirt adquiere todo su prestigio en esos billetes portadores de la amena charla, escrita, de una mujer a la cual sólo se le puede enviar un discreto beso. Y fué una obra humanitaria capaz de sostener el entusiasmo de los "poilus" en las trincheras, en la diaria espera de una carta proveniente de un corazón que no se conoce pero se ama. ¡Y esa es la frivolidad de Francia!

¿Y vimos alguna vez al paisajista distinguido, que en una sola frase desenvuelve la fragilidad de la emoción, en adelante persiste en los recuerdos más íntimos? Ahora cuente la alegría heróica de Bélgica o pinte la tristeza de Brujas la muerta, siempre sobresaldrá el artista sutil, el prosista magistral. Hay en sus páginas la fuerza de una intuición prodigiosa en la cual se confunden los mayores encantos de la lengua con el secreto de una belleza inaprendida del mundo. Es un artista espontáneo y aunque su prosa sea a ratos rebuscada, retorcida, es brillante, audaz y precisa. El interés de los más triviales asuntos en sus crónicas, vienen de tal gracia en el arte, que tomará en sus otros libros

de crónicas una gravedad más serena, pues ahora va a penetrar en el interior de los hombres y no en sus manifestaciones externas, ni en la apariencia de las cosas... .

La Verbena de Madrid es acaso el libro de crónicas más importante de la obra de Ventura García Calderón. Pero en ello hay un motivo: acomoda de manera inolvidable la cualidad maestra de su parisianismo con un delicioso sabor español. Su España puede ser muy ligera, muy diferente de la España sentida en las páginas de sus eminentes scritores actuales, pero hay en su manera de ver, una unión de las más profundas inquietudes del artista dueño de la fuerza de la raza apaciguada por otro Continente y dueño también de su lengua, teniendo además la agilidad latina que le diera Francia. No va, como Darío, llenando un carnet de notas a lo largo de un viaje por sus interesantes ciudades, ni quiehe encontrar el detalle exterior que reclamaba Gautier para sentir los rasgos distintivos de la Península. Su España está en sus hombres, en sus obras representativas, en sus corrientes ideológicas más trascendentales y en la esperanza por el resurgimiento de lo más noble de su genio. Por eso, cuando se extasía en una nota meramente regional, como *Nocturno Madrileño,* o cuando describe *el Madrid de Répide,* lo hace en forma estable, inquiriendo la síntesis espiritual de la nación en la ascendencia de una costumbre o de un delineamiento cuya eficacia responda a algo auténtico y no exótico. Nada importa; no encontrará aquí el legítimo Mantón de Manila, ni las Majas de carnes turgentes y excitantes, ni un ¡olé"! típicamente español, como en los cuadros de Goya o en los cancioneros anónimos; pero existe la fuerza de una España que perdura en la continuidad de su genio, de sus pasiones, de sus exquisiteces.

En el delicado estudio de Barrés sobre *El Greco* aparece Toledo en una gracia de luz que el sutil prosador francés presenta en el sombrío contraste con la obra del genial pintor español. Falta en las transparentes páginas de Barrés el elemento pronto a despertar una sugerencia meramente española, porque recuérdese que en la caba apreciación de la obra de un país representada en la corriente ideológica y artística de uno de sus hombres, hay necesidad de vivir en el espíritu la esencia de esa obra y el triunfo de sus prestigios. El secreto de Toledo no está en el Greco, ni en su obra, sino en el ansia mística, apasionada que hoy encalla en las rocas del Tajo y mañana en la vastedad silenciosa de Avila o de la Mancha. García Calderón se instala en el paisaje espiritual del Greco y revela, en páginas

llenas de un colorido nítido y de claridad solar, el secreto de obra tan originalmente atormentada. Y va a la propia síntesis, sin ningún análisis esperitual — tal recurso siempre lo usa en el afán por la sugerencia inmediata y precisa — para determinar la sequedad sensitiva del pintor místico y autocrítico cuya aspiración sagrada detiene un momento ideológico de España. En ningún otro artista como en el rarísimo pintor español puede resumirse el genio místico de la raza: el Greco pone en sus lienzos el audaz renunciamiento de la carne en la aspiración perenne por lo perfecto y divino. Y la tragedia se agrava más si se recuerda que la pintura, "arte pagano", era difícilmente aceptada por el cristianismo. En el Greco la decisión fué lucha terrible, pues "pintar para él es una forma de orar; pero al mismo tiempo sentirá como nadie el contrasentido de su vocación, que es copiar las formas, y de su misticismo, que es negarlas. Así se comprende el brusco descuido en sus pinceladas, ese constante boceto, ese deseo de acabar, esa inquietud que en cada cuadro nos seduce y conmueve". Sobre el paisaje en donde vive este representativo del alma ibera; sobre la angustia humana y atormentada de sus cuadros de un monótono color cinecio; sobre el velado sensualismo que no se basta en su dolor sino que busca una forma divina en la cual apegarse, está la misma inquieta preocupación del "don juanismo", cuya cambiante filosofía, un tanto maliciosa, comenta García Calderón. Porque siempre veremos la inconformidad del sentimiento, el ansia de atrapar un imposible distante en el espacio y en el tiempo, un concepto ansioso del mundo, que lleva a don Juan a ensayar un amor en cada mujer que encuentra, porque es insaciable su pasión y hay cansancio, hay hambre de inmovilidad, de reposo, de quietismo; y nunca satisface, siempre vive en una penumbra que se corre fantásticamente. En la filosofía amarga de Calderón de la Barca; es el idealismo caballeresco de Don Quijote y sobre todo, la realización del misticismo dinámico en Santa Teresa buscando las dulzuras de una sétima morada y fundando, en jornadas difíciles, las maneras terrenas de conquistar esa morada.

El misticismo español no reside en un vago sueño de posibilidades celestes y no tiende, como en ciertos cultos panteistas de la India, a ensayos estériles de la voluntad — siempre prodigiosos porque entrañan una realidad humana de confianza y de poder introspectivo. Hay la acción, hay el empuje voluntarioso que arranca, a un mundo de una fé indecisa y perentoria, el gesto de San Ignacio de Loyola; y tiende sus fuerzas interiores hacia un

reino superior, conquistado día por día. Y de ello la tendencia del individualismo en España que le dará, llegado el momento de la prueba de la civilización, un nuevo papel histórico.

García Calderón siente las posibilidades de la fuerte nación y enseña cómo la joven España, formada en torno a un libro de un talento prematuramente desaparecido, *El Idearium Español* de Angel Ganivet, de dudas que presentan la más curiosa crisis espiritual de los últimos años del siglo XIX, va definiendo un carácter que la acerca al mundo de las agitaciones ideológicas, artísticas y científicas de la Europa actual. La obra vastísima de don Miguel de Unamuno — cuyos ensayos titulados *En Torno al Casticismo,* son un evangelio de energía y de espíritu españoles — concuerda armoniosamente con el criterio universal que Ganivet diera a sus densos capítulos, un tanto desconcertantes. Y la agitación es aún más ineresante al ver cómo el indiferentismo por la política y el pensamiento vulgares se abandona, para emprender un vuelo de variaciones helenas en las mismas disciplinas. Porque la actitud de Ortega y Gasset, el joven metafísico y eminente escritor posee, a pesar de su germano retorcimiento de las ideas, cierta claridad mediterránea. No por otra razón aborda los problmas de la política militante: por un helenismo de la mejor época aprendido en Platón, aún cuando en su República no hay sitio para los poetas. Sin embargo los filósofos deben hacer política, deben pensar en las cosas de la política. Ortega y Gasset llega a realizar el afán del maestro Costa: reune una juventud con el prestigio del espectador que discute en silencio, y forma la nueva conciencia española tratando de internar su espíritu en un principio que salve su enorme decadencia. Su política tiene la suave unción de un diálogo platónico.

Indudablemente el capítulo más trascendental de esta verbena amenizada por tan alegres charlas, es la silueta de Azorín. Están abreviadas aquí las capacidades mentales de España y sus aspiraciones a las supremas síntesis de sus crisis incontrastables. En ningún escritor de la época presente puede encontrarse un estado de alma más representativo, porque tienede, en la precisión de su literatura descarnada, pronta a descubrir el rasgo inglés de la idea en el menor número de palabras, la nota del decadentismo de la raza. Azorín es el dolor de la España que busca los caminos internos de la amargura, no como en los tiempos clásicos, para surgir en la actividad de una empresa insospechada, sino en un despreocupado escepticismo. Por eso el valor in-

menso que García Calderón le da a su obra maestra, *La Voluntad*, que confirma la derrota "del alma española", tiene para él un significado profundo en la evolución del pensamiento contemporáneo de la Península. Marca el fracaso de aquella vital fuerza antigua de la acción. El único libro con que se le puede comparar, en contraste doloroso, es *Don Quijote:* en uno está la confianza del triunfo del mundo buscado en la perenne idealización de las cosas y es el otro el breviario de la desilusión, de la abulia, del ocio, en nada comparable con el de las antiguas ciudades latinas... Y como si sólo el símbolo no bastara a manifestar un Azorín de la voluntad, apologista del dolor ibero, el Azorín del mundo tiene, en un silencio que por heróico es grande, la pena restante en el corazón cuando todo principio afirmativo ha huído. Ya no tiene, como el adolescente de Barrés antes de entrar en la vida seria, firme y útil, aquel acento triste y melancólico: "O maitre, maitre, oú es-tu, que je voudrais aimer, servir, en qui je me remets!", sino un gesto renunciativo: "¡Paso a los jóvenes!" . . . .

Completan el círculo de perfiles admirables un delicioso apunte sobre Unamuno, confidente, que sorprende al hombre en su vida paradojal e intensa en el sereno dedicarse a las ideas y a los juegos de palabras que no son ideas. Forma este apunte, con el profundo estudio sobre Azorín, un conjunto en donde se cierra el círculo de las agitaciones ideológicas más avanzadas de España. El querido maestro aparece con sus defectos y cualidades, muy humanos, en planos sonrientes escogidos por García Calderón con malicia de periodista y psicólogo. Es el capítulo más ameno de *En la Verbena de Madrid.*

Y de pronto surge el cronista, el audaz enamorado de los colores vivos y de las complicaciones femeninas y va tras la gracia de la Fornarina y cuenta, indiscretamente, la pasión exagerada de Pastora Imperio por El Gallo; y se complace en una tarde de toros llena de luz, de entusiasmos, palpables en frases sonoras serenas, serenísimas, pues este parisiense no puede tener genuflexiones de chulo. Pronto se olvidará de tales cosas — no del sentimiento de ellas, de los encantos en donde pueda florecer una ironía o una frase galante — y, en amena compañía de artistas entra a la sala de los humoristas madrileños para sorprender la nota más intensa en la vida de este pueblo que ha sabido gozar en plena luz sus voluptuosidades, pero no ha sonreído, no tiene ese dón de la gracia, en vano buscado en sus lindas novelas. Sin embargo, nos encontramos en presencia de un grupo de

artistas que ridiculizan, sin sangrar, un Madrid afrancesado. Hay un rasgo de originalidad en este aspecto insospechado en el cual surge el espíritu del latinismo en las nuevas generaciones españolas: García Calderón presenta con la más linda presunción este arte, que es la manera de sonreír descaradamente de todo lo establecido. Siempre saltará a los ojos el mismo tema: siempre la ansiedad de encontrar, tras la fragilidad femenina y la ridiculez del hombre corriente, la presencia de la vida o de una gracia sustancial.

Presenta García Calderón, en capítulos aparte y en páginas de un arte excelente y completamente moderno — como siempre sabe hacer en sus crónicas de arte —, a dos grandes dibujantes españoles: Echea y Jou. Se revela como un sutil crítico de artes plásticas: quizás no comenta el delineamiento en la tendencia de una escuela, con detalles académicos, sino que siente en un plano, en una curva, en un matiz, en un tono acentuado la fuerza espiritual cautiva en un cuadro o en una estatua. Sus crónicas de arte tienen un encanto sugerente, a veces leve, y acaso quisiéramos se prolongara más, eso sí, en actitudes menos vagas. No se olvide que es un escritor cuya contribución en lengua castellana ha sido la de dar, en las corrientes modernistas de su literatura, flexibilidad y desenvoltura, fuerza y consistencia, aunadas en una modulación levísima, tomada en un adaptarse sonriente al mundo ....

Napoleón PACHECO.

(Continuará).

Notas

EL ESFUERZO CIVILIZADOR Y OTROS ENSAYOS, por Edwin Elmore. — Lima 1922

Nuestro entusiasta compañero en el comité directivo de "Mercurio Peruano", señor Edwin Elmore ha reunido en un libro varios ensayos suyos: *El Esfuerzo Civilizador* de ideología nacionalista y los demás sobre diversos motivos de carácter intelectual y social.

En el esfuerzo civilizador el señor Elmore estudia, como lo anuncia el título del ensayo, las viscitudes de la labor civilizadora en el Perú y constata cuán desorientada e insuficiente fué la obra de quienes debieron impulsar el desenvolvimiento material y espiritual del país. En todas sus apreciaciones revela el señor Elmore la convicción de que el puro utilitarista trae como consecuencias inevitables la mediocridad y la pobreza de que sólo una inspiración desinteresada puede suscitar el florecimiento de una cultura vigorosa y rica.

Como medio para alcanzar esa inspiración y para llevarla a la práctica, aboga por la, formación de *éiites* intelectuales, activas creadoras, ocupadas en los problemas efectivos y no meramente espectadoras y disquisitivas. Traduce de este modo el señor Elmore una corriente de sentimientos y de ideas, muy poderosa hoy en el mundo, que reacciona contra la mera contemplación infecunda y que prescribe á los intelectuales una abnegada tarea de trabajo y de esfuerzo. El grupo "Clridad", que presiden Barbusse y Anatole France, es una expresión de esa tendencia.

El libro contiene otros ensayos. En *Un sacerdote de la cultura*, se exponen y comentan algunas ideas filosóficas de Eugenio D'Ors. En *El interés de América* (1917) discurre el autor sobre la neutralidad del Continente en el conflicto mundial. En las *Meditaciones de un hombre*, aborda con finura el importante problema de la educación femenina.

Fruto de un sincero fervor por los altos valores de la cultura y de la vida, el libro del señor Elmore, se suma, de modo plausible, al esfuerzo que, con indudable eficacia, desenvuelve "Mercurio Peruano".

M. I. R.

PERSONALIDAD LITERARIA DE VENTURA GARCIA CALDERON, por Napoleón Pacheco. — Biblioteca del Repertorio Americano. — San José de Costa Rica.

Pocas figuras habrá en la literatura hispano-americana más brillantes que esta multiforme y compleja de Ventura García Calderón. Cuando observamos el arte insuperable de su forma, la rara habilidad con que ha cultivado casi todos los géneros y su penetrante análisis de las ideas e inquietudes más interesantes de la vida psicológica y social de nuestros días, no podemos menos que reconocer que hay en este escritor la madera de aquellos hombres que dejan en la literatura de un país huella durable.

Castellano por el vivo amor a la tradición y al espíritu de su raza, francés por la agilidad exquisita de su ingenio, García Calderón tiene el mérito incomparable de saber decir las cosas más hondas con las palabras más sencillas y en el tono despreocupado y ligero de un estilo lleno de arstocrático abandono.

La crónica y el cuento son para él un marco cómodo, en que bajo la capa de una frivolidad aparente, estudia sutiles y delicados problemas del corazón humano. Cuando ha descendido a la semblanza y a la crítica ha hecho obra de verdadera investigación literaria.

En un lapso de tiempo relativamente corto han aparecido dos interesantes monografías sobre la persnalidad del escritor peruano: una debida a la pluma de D. Enrique D. Tóvar ("Ventura García Calderón y su obra literaria". — Agencia General de Librería, París), muy apreciable contribución al estudio de nuestras letras; y otra, a la de D. Napoleón Pacheco, que motiva estas líneas, editada por una de las importantes bibliotecas que dirige en Costa Rica, el notable escritor de ese país, D. J. García Monje, obra que revela en el autor finas dotes de literato y de crítico, y que "Mercurio Peruano" comienza a publicar desde este número.

A. U.

ANNUAIRE POUR L'AN 1923, PUBLIE PAR LE BUREAU DES LONGITUDES. — 1 vol. in-16, de 726 pág. y 6 cartas. — Suplemento de 15 cartas. — Gauthier-Villars et Cie., editores, París.

Acaba de aparecer el *Anuario* para 1923. Esta útil publicación, de la que ya nos ocupamos hace un año en esta misma sección de *Mercurio Peruano,* está siempre á la altura de sus prestigios. El tomo de 1923 contiene, además de los datos acostumbrados, una *noticia* de más de 100 páginas, redactada por Bigourdan, sobre el clima de Francia, noticia á la que acompañan numerosas cartas meteorológicas y una hipsométrica;

una noticia sobre la vida y la obra del gran físico Lippmann, escrita por Appell; y por último, otra, de A. Jobin, sobre el ingeniero francés Jules Carpentier, quien dedicado á la construcción de instrumentos de precisión, tanto ha contribuído en forma indirecta pero eficasísima á los progresos de la ciencia y la industria. La verdad es que el artículo de Apell sobre Lippmann resulta deficiente por todos conceptos, sobre todo cuando se ha leído el que hace poco consagró al gran físico, en la *Revue des Deux Mondes,* Daniel Berthelot.

C. L. P.

BUCARES EN FLOR, por *Alejandro Fernández García.* — Caracas, 1922. —

¡Bello volumen de cuentos, el de este artista insigne; de este artista que rotundamente sabe suscitar emociones en cuantos tienen la fortuna de leer sus páginas llenas de color y de vida! Maneja exquisitamente el idioma, y de un hecho baladí, saca ventajas grandes e insospechadas, para conmover al lector.

El volumen publicdo con esmero por la editorial "Victoria", lleva en la carátula un retrato de Fernández García, debido al lápiz de Gisbert, y está dedicado á los señores Elías Rodríguez y Launeano Vallenilla Lanz, "almas nobles, espíritus altos, corazones generosos". Alejandro Fernández García es joven, ha viajado un poco, y hoy comparte con Vallenilla Lanz la dirección de "El Nuevo Diario", periódico político importantísimo de Venezuela.

Bucares en Flor, nombre del libro, es el nombre del primero de los cuentos que encierra, y éstos son diez. Al lado de los amores rápidos de una Amelia con un caraqueño que no quiere caer en las redes del diocesillo vendado, se relata cómo una araña celosa mató á Juan, campanero de la Catedral y conviviente de la *joya negra;* y nárrase el fin tristísimo de un asno heróico y distinguido — "Parapara", — y el del muchacho "Perucho" que, desobedeciendo á la abuela, raptó un fusil revolucionario para deleitarse en los disparos que logró hacer al aire. En *Los Náufragos,* el ambiente pueblerino y el diseño de la figura semimontaraz de María, son perfectos; y en *Tierra y Alma,* la emoción se hace intensísima, por la fuerte tragedia que provoca esa fiera de Ramón. *La Bandera* — premiado por "El Cojo Ilustrado" en un concurso de hace poco menos de dos décadas, — *Los colibríes de Fray Serafín* y *Las Alas,* son fantasías preciosas, que deleitan á adultos y á niños, y cualquiera de ellas podría hacer la celebridad de Fernández García.

Cuentos para Venezuela, y escritos por un venezolano, son cuadros, algunos de éstos de *Bucares en Flor,* que retratan admirablemente paisajes de Caracas y de los poéticos "llanos", no eximiéndose el literato, que tan bien conoce la lengua de Castilla, de emplear idiotismos nacionales tan sugestivos como: *bahareque, cují, bucare, cundeamor, joropo, paraulatas* y muchos más, que fácilmente se comprenden con cierta dosis de malicia.

Alejandro Fernández García — que ya en los campos del publicismo había triunfado con su volumen *Oro de Alquimia* — dará á luz, en sucesivas oportunidades, cinco libros más, ya terminados, de crónicas, rimas, impresiones de viajes y novelas.

De muy cordiales aplausos y elogios es merecedor este grande artista, no desdeñable, por cierto, al lado de Manuel Díaz Rodríguez

E. D. T. y R.

MERCVRIO PERVANO

REVISTA MENSVAL DE CIENCIAS SOCIALES Y LETRAS

3



DIRECTOR

VICTOR ANDRES BELAUNDE

MVLTA RENASCENTVR
QVÆ JAM CECIDERE

SUMARIO



LIMA PERÙ

AÑO VI.--VOL. X.--No. 57

Marzo— MCMXXIII

MERCURIO PERUANO

REVISTA MENSUAL de CIENCIAS SOCIALES y LETRAS

-:- FUNDADA EN 1918. -:-

"Mercurio Peruano" ha publicado y publicará colaboraciones de los más eminentes escritores nacionales, Villarán, Deustua, los García Calderón, Chocano, Riva Agüero, Cisneros, Palma, Miró Quesada, Lavalle, etc., así como de notables escritores extranjeros, como Reyles, Ureña, Gonzáles Martínez, Larreta, Sagarna, Means, Umphreys, etc.

ECONOMIA DE LA REVISTA

Número suelto: ochenta centavos en Lima; un sol. en el resto de la República y en el extranjero

Avisos: Precios convencionales.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: JUAN PABLO, 634.

— APARTADO No. 54. —

† Ruy Barbosa

Cuando Nicolás II, por intermedio gentil de la Reina de los Países Bajos, invitó a los Estados a reunirse en La Haya, en 1899 para buscar los medios de evitar o disminuir sus conflictos, sólo dos naciones americanas fueron convocadas para aquella gran conferencia: los Estados Unidos, recientes vencedores de España, tenaces contradictores de Inglaterra en cuestiones internacionales que marcaban ya fuertemente el paso de una gran potencia; y Méjico, la presa predilecta de su imperialismo robusto, que bajo el gobierno letal de Porfirio Díaz hacía la figura de una democracia organizada.

Los demás pequeños Estados americanos envueltos en la neblina roja de la vida revolucionaria del continente austral no merecieron el honor de un asiento.

La Europa, erguida en el inmenso orgullo de una civilización de continuidad milenaria, no vislumbraba desde el dintel del siglo XX que al otro lado del oceáno se equipaban de nuevo para su viaje de retorno las carabelas de Colón. En menos de un cuarto de siglo, sin embargo, América le presta desde la fuerza moral de la solidaridad en la defensa de la civilización que prepara su victoria, hasta el dinero fluído de amables vividores, que tonifica la languidez de ciudades desangradas.

En 1907, los Estados Unidos que necesitan del apoyo numérico de sus débiles menores, reclaman una invitación general y

entonces concurre a La Haya el novicio tropel. ¿Quién puede esperar sino tímida atención de naciones deslumbradas por la grandeza histórica de la política y de la intelectualidad europeas? ¿Qué han de ser sino prudentes observadores los Estados aprendices que se sientan por vez primera vez ante el estéril tapete verde de las grandes conferencias generales? ¿Cómo han de ir, en una hipótesis avanzada, más allá de corear las declaraciones de los Estados Unidos?

Si las grandes potencias decidieran graves soluciones, las pequeñas siervas del pensamiento europeo no rehusarían la honra de adherir a sus actos.

Europa desconocía totalmente a nuestra América. Habituada a imponerle con una diplomacia arrogante soluciones de un Derecho Internacional *suigeneris*, no esperaba que la igualdad ceremonial del protocolo de La Haya pudiera ser interpretada como una real igualdad jurídica por estos pueblos vacilantes.

Sin embargo, desde 1902 la generosa iniciativa de Drago enunciando su doctrina contra el cobro compulsivo de obligaciones económicas, debía haber servido a Europa de alerta respecto del surgimiento de nuestros Estados a la conciencia de su soberanía. Pero no había sido bastante.

Tres factores imponen la importancia de unos pueblos a la consideración de los otros: la fuerza de que carecían estas nacionalidades raquíticas; la potencia económica, aún no revelada por países que vivían mendicantemente del dinero europeo; el brillo intelectual, no traslucido por centros en que ya habían producido Bello, Vigil y Sarmiento, pero que todavía no exportaban su cultura.

Cuando la conferencia de 1907 se inauguró, apenas si aquella magnífica doctrina de Drago suscitaba, según cuenta Pérez Triana, la curiosidad personal de conocer a su autor, miembro de la delegación argentina. Desconocidos los Estados, con mayor razón lo eran sus representantes que se agrupaban en los pasillos y en la sala ante la protección cortés de la mirada de aquellos viejos diplomáticos experimentados y alertas .

Una cuestión trascendente era el eje del programa: el arbitraje. La tímida convención de 1899 "para el arreglo pacífico de las diferencias internacionales" estaba lejos de producir su finalidad generosa. Ella no solamente no había proclamado siquiera el principio del arbitraje obligatorio, sino que, bajo el título

pomposo de "Corte Permanente de Arbitraje" había formulado una simple lista de jueces para que los Estados escogieran sus árbitros. Como mísero resultado de este ensayo, a pesar de que en los tratados se multiplicaba el arbitraje, sólo cuatro conflictos llegaron a La Haya de 1899 a 1907. En la segunda conferencia se reproducía el problema en sus dos faces: obligatoriedad del arbitraje y constitución de un órgano constante o permanente, capaz de asumir la función. Cuando ambas se discutieron, un hombre enclenque se irguió en la conferencia y en los comités, y deslumbro a los congresantes con el despliegue de un talento nítido y fogoso.

¿Quién era aquel tribuno desconocido que venía a agitar con un ímpetu tropical el entusiasmo intelectual de la conferencia? ¿Dónde se había formado aquella vigorosa mentalidad que aunaba a las mejores tradiciones de la oratoria romántica la concepción de un jurista y la influencia comunicativa de un apóstol?

La adopción incondicional del arbitraje obligatorio tropezaba, como en 1899, con la definida oposición de Alemania y de los Estados balcánicos. Temía la primera que aquella obligatoriedad detuviera su política de expansión colonial o hiciera inútil la organización militar y naval del Imperio en que se cifraba una poderosa aspiración nacional. Veían claramente, los segundos, que su conflicto fatal con Turquía no alcanzaría la solución que su unidad nacional y racial reclamaba si no era por la obra contundente de la fuerza.

A la oposición de Alemania y de los Estados balcánicos se sumaban opiniones importantes en el sentido de sustraer al arbitraje obilgatorio cierta clase de conflictos. El Brasil, entonces, quiso conciliar las contradicciones logrando una fórmula feliz que sin vincular a los Estados por un acto colectivo al arbitraje obligatorio para todos los conflictos no exceptuara, tampoco, al mayor número de éstos.

La proposición brasilera sometía al arbitraje todos los conflictos que los arreglos directos o la mediación no hubieren sido capaces de resolver y que no afectaran a la independencia, a la integridad territorial, a los intereses esenciales, a las leyes internas, a los intereses de terceros; todo ello a juicio de cada Estado. Sin duda, era un proyecto defectuoso. Se inclinaba notoriamente más a la excepción que a la regla, porque la imprecisión de los casos exceptuados.

Ruy Barbosa puso en su defensa la más cálida elocuencia, el más hábil raciocinio, el más ardoroso corazón. Su éxito político no fué logrado, sin embargo, como su éxito personal. Las excepciones de una regla internacional funcionan por la buena fé de los Estados que no podrían decorosamente invocarlas sin pretextos, ni agruparles casos no comprendidos regularmente en ellas; pero no tiene sino inconvenientes facilitarles el rehusamiento de la regla ampliando y no precisando los contornos de las excepciones. En este sentido el proyecto del Brasil pecaba por exceso. Quizá la actitud había sido demasiado conciliadora. Sin embargo, proyectos más ceñidos, como el portugués y el anglo-americano, no llegaron a la vida. La conferencia discutía el arbitraje obligatorio con el convencimiento de que no sería aprobado en ninguna extensión y terminó por proclamar el principio y recomendar su aplicación individual.

No era esta primera batalla la única que venía a librar en La Haya, Ruy Barbosa. Su talento estaba con ella definitivamente consagrado, pero dentro de ideas o de fórmulas por lo menos afines a las que los diplomáticos europeos concebían. Ya sorprendía que la América produjera mentalidad tan robusta y diera cultura tan vasta y vigorosa, pero aún faltaban la revelación del pensamiento americano y la constatación de que sin conocerlo no puede nuestro siglo proseguir una evolución progresiva de la Historia.

El arbitraje, dentro o fuera de La Haya, era una institución viva y ya robusta. Prescindiendo de la cuestión de su obligatoriedad era preciso fomentar su funcionamiento mediante un órgano de aplicación que fuera más apto que la lista de jueces de 1899. Esta, para ser una Corte, carecía de magistrados y funcionamiento permanentes, elementos básicos de un tribunal.

¿Cómo constituírlo? La solución era simple: nombrar un número de jueces permanentes. ¿Cómo escojerlos? La cuestión era simple para las grandes potencias: darles a ellas una representación individual y permanente en la Corte y dar a las pequeñas un número limitado de representantes, de modo de cuidar únicamente que estuvieran representados todos los sistemas judiciales y todas las lenguas. De los tres grandes Estados sustentantes del proyecto: Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos, sólo los últimos se manifestaron dispuestos a no tener representación si se encontraba un sistema que conciliara los intereses opuestos.

Surgía en toda su dureza una cuestión ardua del Derecho Internacional contemporáneo: el conflicto entre el dogma de la igualdad de los Estados y el sistema de las grandes potencias.

Desde el Congreso de Viena ellas dirigían la marcha política de Europa y, como una consecuencia natural de este hecho, organizaban su estatuto jurídico. La Santa Alianza fué, con la adhesión del Rey de Francia, la personificación armada de esta preponderancia. Desde los congresos de la Santa Alianza hasta la independencia de Grecia, en 1827, la neutralización de Bélgica en 1831 y 39, la de los Dardanelos y del Mar Negro en 1841 y 56, las limitaciones a Rusia y la creación de los Estados balcánicos en 1878, las convenciones africanas de 1885 y 90, las intervenciones, las presiones y los bloqueos pacíficos, la política del equilibrio y las compensaciones, un siglo de la historia europea consagraba el predominio de los Estados poderosos y grandes.

La igualdad era en el viejo continente una expresión del ceremonial diplomático. No sucedía lo mismo en el nuevo. La identidad de antecedentes históricos en el período anterior a la independencia, los esfuerzos comunes por la libertad, los declamados vínculos étnicos, religiosos y linguísticos; la semejanza de instituciones democráticas, hasta la similitud de amargas agitaciones, hacía que el postulado de la igualdad internacional fuera en ellas un concepto medular, prefectamente precisado con ocasión de las violencias de que aquellos mismos Estados europeos los habían hecho objeto.

Cuando los Estados americanos escucharon, pues, en La Haya el lenguaje ya convencional de la supremacía de las grandes potencias y cuando vieron cómo iban a quedar, en cierto modo naturalmente, pospuestos en la constitución de la Corte arbitral recibieron una dura sorpresa. Los pequeños Estados europeos se hallaban habituados a tales procedimientos y no estaban, por una conformidad secular, en aptitud de hablar sin peligros el lenguaje del derecho.

Y entonces esta América nuestra, cuya capacidad intelectual imponía Ruy Barbosa en la discusión del arbitraje obligatorio, reclamó como un dogma efectivo el principio de la igualdad de los Estados; exigió, ampliando las antiguas bases de éste, una

participación igual en la formación de la Corte Arbitral; y, con sus manos fuertes y limpias, dejó caer en el platillo el peso de sus veinte repúblicas, que, como los cantones libres de la Helvetia, no sabían oir hablar de servidumbre.

Tal actitud reclamaba, sin embargo, para el engarce suntuoso de la forma, para la emisión precisa del concepto, para la expresión brillante de la idea, una mentalidad robusta, una personalidad vigorosa que encarnara el sentir de un continente. La tuvo en Ruy Barbosa.

Ningún mandato expreso fué puesto en sus manos; ningún acuerdo le confió la defensa de los Estados pequeños, pero la historia y el pensamiento de América gravitaron en ese hijo predilecto de su espíritu y le hicieron hablar.

En este nuevo debate el tribuno dominó la situación. Los Estados pequeños estrecharon sus filas y no pudieron ser arrollados. El dogma de la igualdad de los Estados fué recoocido con hechos e incapaz la Conferencia de encontrar la fórmula que conciliara sus derechos con la necesidad de un número reducido de magistrados, dejó sin alma el cuerpo que creó y la Corte de Arbitraje quedó como un organismo recomendado para cuando los Estados se acordaran respecto de la provisión de jueces.

Fué tan sonoro el fracaso, que sólo trece años más tarde la Liga de las Naciones, graciás al doble mecanismo de su Asamblea en que priman los Estados pequeños y su Consejo en que domina la influencia de los grandes, ha podido organizar equilibradamente el Tribunal de Justicia Internacional.

Las proyecciones del triunfo de América, que condujo Ruy Barbosa, fueron vastas en el Derecho Internacional. El viejo concepto de la igualdad contenido en la fórmula de "lo que sea legal o injustificable en una nación, lo es igualmente en otra", recibió un contenido nuevo. Efectivamente, el derecho de igualdad significa también, desde La Haya, igualdad en la elaboración y en la aplicación del derecho, idea que se completa con la de las mismas oportunidades económicas, para formar el concepto contemporáneo de la igualdad que, por otra parte, también se concilia con una mayor intervención de las grandes potencias en las administraciones internacionales, justo reconocimiento de la proporción mayor de sus intereses.

Tal fué la obra más grande de la noble vida espiritual de Ruy Barbosa. Descubrió a la América nuestra ante un mundo

sorprendido que la ignoraba. Reveló a un mismo tiempo el brilla intelectual que la adornaba, la política que la imponía y la conciencia jurídica que la animaba. Y como también del otro lado del Atlántico pueblos débiles sufrían una preponderancia humillante, representó la voz de la justicia en aquel gran torneo del derecho.

Con la conciencia de su gran papel histórico, Ruy Barbosa volvía gozosamente en sus enseñanzas sobre el recuerdo de La Haya, para condenar la imposición de los grandes Estados en la vida internacional.

Diez años después, elevándose del derecho a la moral, rechazaba en acentos magníficos la posibilidad de que dos morales distinta rigieran la paz y la guerra y arrojaba desde su altura, en sentencia rotundas, la filosofía bélica de los fuertes. Por un encadenamiento lógico de su romanticismo moral no aceptaba la neutralidad ante la injusticia y si poder le hubiera sido dado por Dios para tan grande empresa, él arengara á los pueblos y los condujera en una imposible caballería a redimir el dolor y castigar el crimen.

A esa actuación internacional, que se hermana con el apostolado trascendente e ingenuo de Woodrow Wilson, se une, para contornear la alta figura de Ruy Barbosa, su multiforme acción nacional. Ella va desde campañas clamarosas por la libertad de los esclavos, hasta oraciones forenses que exornan la rica vida jurídica del Brasil; desde escritos tribunicios que conmueven a las masas en favor de la reforma eleccionaria, hasta la minuciosa exégesis literaria del gran Código civil federal; desde campañas liberales en favor de la libertad de conciencia, hasta la obra pedagógica de organizar la enseñanza pública .

Como todos los hombres dotados de extraordinaria capacidad, ruda entereza moral y espíritu combativo, el puesto de Ruy Barbosa estuvo generalmente en las oposiciones. En estos pueblos noveles, sin hombres de Estado, sin tradición administrativa, sin probidad funcionaria, que sólo son productos seleccionados de la cultura y la experiencia, la razón está casi siempre en las oposiciones que representan la observación externa de los hechos. Pero, para erguir en ellas una figura histórica, se requieren condiciones que excepcionalmente concurren en los hombres: idealidad definida, conocimiento profundo de las ciencias políticas y de las materias administrativas, gallardía en la

acción y en las responsabilidades, ardor en el ataque, seducción en la palabra oral o escrita, austeridad ante la promesa y una convencida vocación al sacrificio. Los pueblos que encuentran tales hombres hacen de ellos un símbolo de sus virtudes cívicas y, temerosos de quebrarlos, les niegan el poder que es propicio a las voluptuosidades de la autoridad y a los espejismos del acierto.

Alberto ULLOA.



El Caos Europeo y la ocupación del Ruhr

EL CAOS EUROPEO. ——

Se inicia el nuevo año con los más tristes augurios para la paz europea y para el progreso del mundo. Los cuatro años de sufrimientos que representó la crisis mundial no han servido para dar cordura a los hombres y cabiar los instintos suicidas de las multitudes; por el contrario, la guerra ha avivado en casi todos los países el egoísmo nacionalista; y ha traído una relajación de las fuerzas económicas y morales. El espectáculo presente no puede ser más pavoroso. La conferencia de París ha fracasado como había fracasado la de Londres; hay una oposición radical, insalvable, entre los puntos de vista francés é inglés sobre las reparaciones. La conferencia de Lausanne, llamada a resolver el otro gran problema de la política europea, concluirá o con la aceptación en el fondo de las exigencias turcas, aunque se consignen algunas estipulaciones que salven las formas y la sensibilidad nacional de los países europeos; o con la ruptura violenta que traerá como consecuencia la más estrecha unión de Rusia y de Turquía y una nueva guerra en el Oriente. No parece sino que una ola de locura hubiera invadido el mundo. Y esta ola viene pesando sobre la humanidad desde la suscripción del tratado de Versalles. A pesar de que los estadistas que intervinieron en esa conferencia sabían bien que no era posible imponer a Alemania condiciones que entrañasen la perpétua servidumbre o esclavizamiento de este pueblo (bien lo revela el célebre memorandum de Lloyd George, 1918, publicado hace poco), acordaron los términos cuyas tremendas consecuencias hoy palpamos. Alemania que habría tenido interés en pagar una indemnización moderada y sobre todo precisa, para reconstruírse y volver a ocupar un puesto en el mundo, no pensó, frente a las condiciones impuestas, sino en evadirlas o burlarlas. El nuevo sistema político creado en Europa, tenía una base fundamental: la participación de los Estados Unidos; que significaba: 1ª una garantía para Francia, y por consiguiente el desarme; 2º un prin-

cipio de autoridad moral para decidir sobre las rivalidades entre las naciones europeas; y 3ª la única fuerza económica en aptitud de hacer posible un plan financiero que permitiese la reconstrucción de los países vencidos y el pago de las reparaciones a los países vencedores. Pero he aquí, que la más criminal y estúpida campaña política se alienta en el pueblo americano para inducirlo al aislamiento que tenía que destruír su prestigio moral en el mundo y crearle serios problemas en el orden económico. El origen de la campaña fué el odio y la envidia; su arma, la mentira y la propaganda del más repugnante *chauvinismo*.

Los resultados se dejaron sentir inmediatamente. En Francia surgió el legítimo temor de una futura agresión alemana y el deseo de mantener un fuerte ejército; el partido militarista e imperialista, que existe en todo país, y más en Francia de tan gloriosas tradiciones guerreras, vió la oportunidad de realizar su programa: la frontera del Rhin, ya por la anexión de esos territorios, siguiendo el viejo ideal de Luis XIV; ya por la constitución de una república renana sometida al protectorado francés.

Se necesita carecer de todo conocimiento de sicología de los pueblos y de su historia, para no adivinar esa finalidad en la política de los elementos que dirigen a Francia actualmente. Yo no afirmo que ese ideal imperialista, corresponda a los deseos íntimos del pueblo francés; de la masa de sus campesinos y obreros y de su clase media; pero es evidente que ese es el ideal de la clase militar creada por la guerra; de la aristocracia intelectual tan fuertemente nacionalista antes de que ésta estallara y, sobre todo, de los industriales y hombres de negocios que desean unir al hierro de Lorena el carbón del Ruhr, y formar así la combinación industrial más poderosa de Europa. El pueblo francés quería sólo seguridades y reparaciones. Inciertas las primeras por la prescindencia de América; dificultadas las segundas por su misma enormidad, el pueblo francés apoya el programa militar de un fuerte ejército y de medidas coercitivas contra Alemania, sin pensar que esos dos medios, en manos de sus actuales directores, significan el avance en el Ruhr, la ocupación indefinida del Rhin y una futura guerra europea.

Las medidas de fuerza contra Alemania irrogarán un terrible y tal vez irreparable daño al organismo económico de este pueblo y no le darán a Francia las reparaciones que necesita; apenas costearán los nuevos gastos de esta aventura militar; y en

lugar de la seguridad militar que busca, Francia tendrá que enfrentarse a las posibles alianzas que la desesperación de Alemania trate de formar mañana.

En Inglaterra, la quiebra del sistema político ideado por Wilson, determinó también, aunque en mayor escala, la vuelta a la política imperialista. Esta política tuvo sus manifestaciones en Palestina y Mesopotamia; y, sobre todo, en el apoyo conferido a los griegos para hacer posible la constitución de un régimen en Constantinopla y en los estrechos, favorables a los intereses ingleses.

Felizmente para Inglaterra, su situación geográfica, su condición de pueblo industrial, su evolución, en los últimos años, de un imperio hacia una asociación de naciones y hasta su papel tradicional de representar un principio de justo equilibrio en el mundo, la llevan a contemplar con un criterio distinto la crisis general de Europa. El interés esencial de Inglaterra es la reconstrucción de Europa, el restablecimiento de la normalidad en Alemania y en Rusia.

Se calcula que el 40 por ciento de la producción de Inglaterra tiene su mercado en el continente europeo. Esto explica por qué Inglaterra cambió de política respecto de Rusia y desea seguir una política de conciliación y de generosidad con Alemania. Inglaterra tiene interés en el pago de las reparaciones, no sólo por la parte que le corresponde, sino porque sin ellas Francia no podrá abonarle su deuda; pero Inglaterra tiene mayor interés en la restauración de su comercio. Por eso es que ha estado dispuesta a sacrificar parte de sus créditos contra los países aliados y su participación en las reparaciones, para hacer posible la reconstitución de Alemania. Son condiciones objetivas clarísimas las que permiten á Inglaterra contemplar la crisis europea presente con un criterio más tranquilo, y desde el punto de vista europeo o mundial. Así el proyecto de Bonar Law para las reparaciones consulta la finalidad práctica del pago de las mismas; pues no es posible exigir que Alemania pague y al mismo tiempo destruír o entorpecer sus medios de producción. Así se explica por qué Inglaterra, aceptó, a pesar de su orgullo nacional, las condiciones esenciales de los turcos triunfantes y despliega la paciencia y la habilidad que tal vez salven de un fracaso la conferencia de Laussane. En ningún momento histórico tiene mayor aplicación la frase que se atribuye a Gladstone: "Feliz el pueblo cuyos intereses coinciden con los de la Humanidad".

La paz y la reconstrucción de Europa son hoy el Interés de Inglaterra y el interés de la Humanidad. Inglaterra no ha podido convertir a su punto de vista a Francia. En este país se atribuía la actitud inglesa a los sentimientos personales de Lloyd George. Y ya vemos que la política de Bonar Law es la misma, o si se quiere, aún más moderada. Ha sido, sin embargo, útil el que Lloyd George no estuviera al frente de los negocios de Inglaterra; la ruptura de la última conferencia de París se ha realizado en la forma más correcta y diplomática; ha sido la *discordia cordial,* lo cual permitirá salvar la unidad de acción de los países europeos en la cuestión con Turquía.

Hemos manifestado en nuestras últimas crónicas que en los Estados Unidos se observaba una reacción evidente hacia la cooperación en la política europea; hacemos notar que los intereses económicos de los productores americanos coincidían con la propaganda de los idealistas. Esa reacción ha tenido dos manifestaciones claras: la proposición del senador Borah para una Conferencia Económica Mundial; y el proyecto Hughes, de una comisión de expertos que fije definitivamente las reparaciones que debe pagar Alemania; comisión en que tomarían parte los americanos. Desgraciadamente, el proyecto Hughes ha llegado tarde. Semejante idea presentada hace un año no habría sido declinada por Francia. Hoy la situación política de ese país lleva a Poincaré, fatalmente, a las medidas de fuerza. Hay otra circunstancia que ha quitado eficacia a la propuesta americana: Hughes insiste con flagrante falta de lógica, en que el problema de las reparaciones no tiene ninguna relación con las deudas interaliadas. Los Estados Unidos quieren que Francia reduzca sus reclamaciones contra Alemania; pero no desean hacer ninguna concesión en sus créditos contra los aliados. Razones de política llevaron a los directores americanos, contra el *conocimiento de los hechos* y de la realidad, a sostener la estúpida política de aislamiento. Razones de política los llevan ahora, igualmente, contra la experiencia y la luz de los hechos, a sostener que Europa, postrada y destruída, debe pagarles la integridad de sus deudas.

El cronista debe decir la verdad: los Estados Unidos frente al caos europeo han actuado tardíamente y sin eficacia. La proposición americana, ya que se producía tan tarde, debió por lo menos hablar en lenguaje más elocuente y más generoso, dejando la puerta abierta a una cancelación parcial de las deudas. Razones de política interna llevaron a los estadistas de

Francia y de Inglaterra a las injustas y monstruosas cláusulas de la paz de Versailles; exigiendo de Alemania reparación no sólo de los daños, sino el pago de las pensiones. Razones de política interna llevaron a Francia a la aventura de las medidas militares que no le darán ni seguridad ni dinero. Razones de política interna llevaron a los Estados Unidos a prescindir de Europa y producir la confusión y el desconcierto; y razones de política interna le impiden actuar en el momento crítico con valor y eficacia. La política interna; los vicios de nuestra falsa democracia, impiden que predominen en la política internacional la razón, el buen sentido, la apreciación de los verdaderos intereses humanos. No parece sino que la democracia está en crisis. Si los gobiernos no siguen la opinión de los pueblos, son imperfectos y antidemocráticos; y si la siguen y se inspiran en ella, tienen que proceder contra la razón y los claros intereses de la Humanidad. Parece que se acentúa cada día la antinomia entre Razón y Sentimiento Popular: Ciencia y Democracia.

En momentos en que escribo estas líneas, al mismo tiempo que se anuncia el avance francés hacia Essen, se afirma que hay alguna esperanza en la intervención de América.

Nosotros permanecemos pesimistas: la opinión pública en los Estados Unidos, a pesar de la actitud sospechosa de algunos diarios que hacen una legalista y tímida defensa de Francia, es contraria a la invasión del Ruhr; pero mañana los hechos estarán consumados y la mediación es imposible.

Francia se ha sentido suficientemente fuerte para desafiar la opinión inglesa y la opinión norteamericana; porque se siente acompañada por Bélgica e Italia. No acertamos a explicarnos la actitud de estos países. Bélgica debe más a Inglaterra que a Francia y sus estadistas conocen, como los franceses, la ineficacia económica de una presión militar. Italia, hasta hace poco, ha tenido el punto de vista inglés. ¿A qué se debe ese cambio? ¿Qué ha ofrecido Francia a Italia para obtenerlo? ¿Será el apoyo en sus pretensiones en el Adriático? ¿Hay tal vez la posibilidad de un acuerdo entre Italia y Francia sobre el Mediterráneo contra los intereses de Inglaterra?

No queremos pensar en estas contingencias que nos llevarían a las más negras previsiones: una nueva guerra entre Yugoeslavia e Italia; un desacuerdo entre los aliados frente a Turquía y por lo mismo, la guerra entre éste país e Inglaterra. El cuadro se ensombrece si se dirige la mirada hacia Rusia; la República del Soviet desde el punto de vista internacional repre-

senta un principio nacionalista, militarista e imperialista, más peligroso que el Imperio de los Zares. Hoy es tan grade la rivalidad entre Rusia e Inglaterra como lo fué en la época de la guerra de Crimea. En Lausanna los antiguos enemigos han exhibido sus viejos ideales políticos, como si no hubieran trascurrido los tiempos.

Rusia ha perdido la esperanza de la revolución universal como un levantamiento espontáneo de las masas; ve, por el contrario, una reacción en todos los países contra el comunismo. Su única esperanza hoy, es la de precipitar, a consecuencia de guerras internacionales, el caos en Europa, para hacer posible, entonces, la dictadura del proletariado. Por eso su interés esencial hoy, es producir otra guerra europea; apoyar a Turquía para debilitar a Inglaterra; y si fuera posible apoyar a Alemania, en su resistencia contra Francia.

Espíritus pesimistas predicen la constitución de una alianza entre Alemania, Turquía y Rusia. Después del colapso económico de Alemania, producido por la invasión del Ruhr, es posible la revolución comunista en este país. El horizonte está cargado de sombras. La humanidad ciega y enloquecida, marcha al abismo. Las dos grandes naciones que representan las mejores instituciones democráticas, el mejor desarrollo industrial y elevada cultura; Inglaterra y los Estados Unidos, serán impotentes para salvarla, si es que no se establece entre ellos, sobre la base de una opinión, que por fortuna es la misma, una más estrecha inteligencia y una más activa y eficaz cooperación.

LOS RESULTADOS DE LA OCUPACION DEL RUHR

Hace más de un mes que Francia con el pretexto de la falta del 10 por ciento en las entregas de carbón que debe hacer Alemania, procedió a ocupar civil y militarmente la zona del Ruhr; *la arteria yugular* de la vida industrial del Reichs. No fueron parte para detener a Francia en este camino ni las advertencias de los Estados ni los consejos sinceros de Inglaterra. Poincaré aprovechó bien el momento internacional. Los Estados Unidos no tienen todavía definida una política internacional: la corriente *cooperacionista,* si cabe llamarla así, lucha aún con el

miedo al Congreso; los irreconciliables no quieren rectificar rumbos tan pronto; el partido republicano teme que una nueva política sea la victoria moral de Wilson. Inglaterra se encuentra maniatada por la cuestión del próximo oriente. Italia tiene un gobierno de tendencias anglofóbas; el programa fascista considera que Inglaterra no debe tener ninguna influencia en el Mediterráneo.

No vamos a discutir aquí la legalidad de la medida tomada por Francia. Bien sabemos que los abogados de la escuela de Poincaré han encontrado sutiles interpretaciones del tratado de Versailles para sostener que los aliados pueden *tomar todas las medidas* que crean conducentes al fin de obligar a Alemania al pago.

La hermenéutica jurídica, cuando no se inspira en razones *morales,* es el más repugnante y nocivo ejercicio de la inteligencia humana. Sólo recordaremos que cuando Rumania quiso emplear medidas de fuerza contra Hungría, los aliados le negaron ese derecho; el mismo derecho que hoy se arrogan respecto de Alemania. Vamos a contemplar el asunto desde el punto de vista práctico; desde el punto de vista de los resultados económicos y políticos que Francia ha confesado que perseguía .

La ocupación del Ruhr se nos presenta como el más grande fracaso. La frase empleada por Bonar Law en su reciente discurso "desastrous faillure" no es una mera expresión retórica. En efecto Francia recibe hoy mucho menos carbón del que recibía antes de la ocupación; y en lugar de recibir dinero ha gastado ya una suma fantástica y que no será menor de 2.000,000 *de francos diarios.* Además, se ha visto obligada á proporcionar *sopa* a los obreros sin trabajo para evitar mayores complicaciones. En tercer lugar, la medida en vez de producir el sometimiento del pueblo y de los industriales alemanes, ha tenido la virtud, como todos los actos de violencia, de despertar el sentimiento nacional alemán y de avivar la resistencia de su gobierno, sostenido hoy por todas las clases sociales, como no lo estuvo gobierno alguno.

En cuarto lugar, la opinión de los elementos conscientes, en todos los países se manifiesta, y cada día más acentuadamente, en contra de la política de Francia; hasta el punto de que si esta *aventura* del Ruhr continúa, la situación de Francia ante la opinión universal será parecida a la de Alemania durante la guerra.

Naturalmente, un gobierno como el de Poincaré que tiene tras de sí una cámara chauvinista, compuesta en un 60 por ciento de oficiales que sirvieron en la guerra y en la cual es factor decisivo el jefe de los *camelot du Roi,* León Daudet; y que está agijoneada por la propaganda de todos los periódicos que sufren hoy una crisis de nacionalismo, naturalmente ese gobierno, decimos, no puede retroceder, ni confesar su fracaso. Y nuevas y más radicales medidas tienen que ingeniarse para intentar lo imposible; dominar la resistencia pasiva de un pueblo que tiene conciencia de que está en la razón y que se siente acompañado por la opinión neutral. Y así Francia ha ido decretando diferentes medidas que han concluído con el *control* absoluto de la región del Ruhr y con su separación del resto de Alemania. Así este país está privado hoy de más del 70 por ciento del carbón que consume y de más del 60 por ciento del acero.

La separación del Ruhr y de la región del Rhin, cuyo absoluto bloqueo acaba de consumarse, es prácticamente la desintegración de Alemania y la destrucción de su organismo económico. Francia es incapaz de manejar el complicado y delicadísimo mecanismo del Ruhr. Le faltan para ello técnicos y el espíritu de organización alemán. No olvidemos que Francia es principalmente un país agrícola y cuyo genio admirable se ha revelado más en las esferas del arte y de la ciencia pura, que en el terreno minucioso y prosaico de las organizaciones industriales. Pronto, no sólo por esa razón, sino por motivos de la resistencia patriótica alemana, la vida económica de la Alemania bloqueada, quedará sino paralizada, reducida a su mínima expresión.

No es necesario reflexionar mucho para comprender que la situación del resto de Alemania será aún peor. Un pueblo industrial sin carbón y sin hierro no puede vivir. Dicen los defensores de Poincaré que esa presión obligará á los alemanes a pagar, como si para ello bastara el deseo y la resolución de hacerlo, una vez destruídos, o por lo menos, entorpecidos los elementos de producción del pueblo deudor.

No se engañan los directores de la política francesa acerca de sus resultados prácticos. Ellos saben perfectamente que la ocupación del Ruhr, con sus tremendas repercusiones, no conduce al pago; pero sí responde a otro propósito que no pueden confesar por ahora, y es la constitución de un estado independiente con el Rhin y con el Ruhr o su anexión a Francia en forma de ocupación indefinida. El general Degoutte, jefe de las fuerzas

ocupantes, lo ha dicho: si Alemania no paga, podemos quedarnos aquí *mil años*.

Mientras tanto el franco ha bajado alarmantemente; y el gobierno va a tener que llamar nuevos contingentes y va a aumentar su déficit. Al desastre económico de Alemania, tiene que seguir inevitablemente la bancarrota de Francia. A esa bancarrota económica va a suceder la bancarrota moral.

Los que amamos y admiramos a la Francia verdadera, a la Francia humanitaria y democrática, a la Francia de Pasteur y de Renán, no podemos menos de ver con infinita tristeza el curso de los acontecimientos.

Hace tiempo que veníamos observando con pena que la dirección de Francia había pasado de manos de los espíritus moderados y generosos, a la de *politicians* llenos de ambición y faltos de escrúpulos. El sagaz y astuto Briand fué reemplazado por el ambicioso y tenez Poincaré, Y detrás de Poincaré, un joven y brillante escritor, pero por desgracia víctima de la ambición de recoger y pronto, la herencia de Clemenceau: André Tardiur; husmeaba ansiosamente cualquier desmayo o debilidad en el programa imperialista del ex-presidente, para tomar en el acto su puesto. ¡Triste competencia en el oleaje de las pasiones nacionalistas, que una vez despertadas salen del control de aquellos mismos que las han provocado!

Síntomas de esa crisis nacionalista, fué el revivir del culto *napoleónico,* con motivo del centenario de la muerte del emperador; culto enfermizo y absurdo; y la popularidad e influencia del grupo de la Action Francaise, cuyo prestigio era casi nulo antes de la guerra.

Estudiados esos factores sociológicos, no se ve la posibilidad de que en Francia surja y predomine una política de moderación y de prudencia. Creemos sinceramente que en este momento, aún sería ineficaz la mediación de los países neutrales, pues Francia confiada en su ejército y engañada por sus políticos, la rechazaría altivamente.

La opinión liberal en Inglaterra — e incluyo en ella las dos ramas del Partido Liberal y la de el babor Party — propone la mediación de la Liga de las Naciones, la cual nombraría una comisión técnica para estudiar el problema de la capacidad de Alemania; comisión de la que formarían parte algunos *expertos* americanos.

Esta es evidentemente la solución racional y legal; pues la Liga debe intervenir en los casos en que está amenazada la

paz del mundo; pero la Liga sólo puede actuar por medio de su consejo y en éste toda acción quedaría paralizada por los votos de Francia y de Italia. El proyecto liberal sólo tendría por objeto acabar de *movilizar* la opinión moral del mundo contra Francia; y crearle a Inglaterra nuevas complicaciones en el Oriente.

La cámara de los comunes ha rechazado la enmienda liberal que envolvía esa política; así como el senado americano es hostil a la mediación en forma de una conferencia directa convocada por los Estados Unidos.

Francia, en consecuencia, va a continuar sin obstáculos, el desarrollo de su política en Europa. Debemos contemplar entonces las otras posibilidades que quedan.

Aún los más fervientes francófilos, con Simond, no niegan que la situación creada por la ocupación del Ruhr es sumamente grave y que puede conducir a una nueva guerra.

Alemania tiene dos caminos delante de sí: o el de la sublevación activa en forma de guerrillas, lo cual traería como consecuencia la extensión de la invasión francesa y la de Polonia, y probablemente la conflagración general; o continuar la resistencia pasiva, evitando así la guerra exterior como la revolución interna. El primer camino es el comienzo del fin; y la liquidación de la civilización occidental. Una nueva guerra en Europa sería la destrucción de lo que queda de sus fuerzas económicas; sería dar paso al hambre y la revolución en todos los países. La primera víctima sería la misma Francia, con esta circunstancia tristísima que los pensadores del mundo harían recaer en ella la responsabilidad del desenlace del segundo acto de la gran tragedia que comenzó en 1914. No se puede pensar sin sentir estremecimientos de horror, en las consecuencias que no sólo para Europa, sino para el mundo todo, tendría una nueva guerra.

Si Alemania por obra de un milagro colectivo soporta el tremendo peso de su bloqueo industrial y del amenazamiento de su vida económica; y Francia continúa intentando explotar la región del Ruhr o crear en ella intereses permanentes que la vinculen a la región del hierro de Lorena, no puede pasar mucho tiempo sin que los Estados Unidos e Inglaterra, heridos en sus intereses económicos por la pérdida o decadencia de los mercados de la Europa Central, cambien su política de pasividad, de *wait and see*, por una más activa y eficaz. Los Estados e Inglaterra son los países acreedores de Francia; y tienen en sus manos el instrumento incomparable de la presión económica. El

primer país que cedería a esa presión sería Italia, cuyo apoyo a Francia ha sido vacilante y lleno de reservas. A Italia seguiría Bélgica. Y Francia, a la postre, se encontraría aislada y se vería obligada a retroceder con las manos vacías y perdida su situación internacional.

Así en los dos extremos del dilema, la situación de Francia será a la larga desfavorable y ruinosa. ¿No tienen, entonces, razón los amigos de Francia, que conservan su sinceridad porque están lejos de toda fiebre nacionalista, de lamentar la política chauvinista de Poincaré, Tardieu, Daudet y Cía.?

La acción conjunta de los Estados Unidos e Inglaterra, hoy imposible por las razones que hemos indicado, ha quedado facilitada para lo futuro, después del arreglo de la deuda inglesa a favor de los Estados Unidos.

Inglaterra ha aceptado pagar el principal de $ 4.600.000,000 en el plazo de 62 años, con el interés del 3 por ciento, los diez primeros años, y 3 y medio por ciento los restantes.

No creemos que el arreglo ha sido generoso por parte de los Estados Unidos; pues, en nuestra opinión razones morales imponían la cancelación de las deudas interaliadas. Pero Inglaterra ha visto las cosas con su acostumbrado sentido práctico. Consciente de que los *politicians* americanos nunca consentirían en la cancelación, ha obtenido algunas rebajas en el interés y un plazo bastante largo.

Es evidente que el arreglo sobre las deudas pone en un pie excelente las relaciones de Inglaterra y los Estados Unidos. Ha desaparecido la última causa de desacuerdo entre esos países. El primer paso de esta aproximación fué la terminación de la alianza anglo-japonesa; el segundo paso es este arreglo.

Como hemos dicho muchas veces, los intereses de los Estados Unidos e Inglaterra son los mismos; y su posición respecto de la Europa continental es idéntica, según lo observa el "Manchester Gardean".

Todo hace prever que cuando llegue a su punto álgido la crisis del Ruhr, puedan los dos países ofrecer su mediación. Que ésta sea ofrecida en términos humanos y justos, que den a Francia lo que esta tiene derecho: *gonerilias* y reparaciones; y a Alemania, plazos y créditos. Es la única esperanza de que se salve la civilización contemporánea de los peligros que la envuelven.

Víctor Andrés Belaúnde.

Espera

—Vamos, me dijo, es tarde.
Y respondíle: — Espera,
todavía hay crepúsculo en las hojas
más altas de los árboles, y queda
un resplandor de sol en la colina
azul de nuestra aldea.

—Vamos, que es tarde, amigo.
Y respondíle: — Llega
la sonrisa piadosa de la luna
por mi ventana abierta.
Aún vacila una llama
aquí adentro. Apenas,
su luz alcanza a disipar las sombras
que en la noche me asedian;
pero esa llama alumbra todavía,
y ese fuego calienta.
Aguárdame un instante,
sólo un instante: deja
que se extinga mi lámpara, y consuma
el fuego de mi hogar toda su leña.

Iré contigo, hermano,
muy pronto, cuando sienta
entrar en mi interior todo el silencio
de la noche, y afuera
se apague, tristemente, como un beso,
el brillo de las últimas estrellas.

Alberto URETA.

Miraflores, 1923.

Nosotros y la Nueva Era

FORMACION DE LA CONCIENCIA AMERICANA. —

A JOSE INGENIEROS

A grandes rasgos — excepción hecha de la gallarda actitud de la República Argentina frente a la Liga de las Naciones: — la política exterior de los países hispano americanos de los años comprendidos por la guerra y la "paz" que la siguió, ha sido de la más absoluta y servil abdicación de la personalidad y de la independencia colectivas.... En cuanto a México — nuestro amado México — la cosa cambia de aspecto por completo. Su honrosa revolución, pletórica de virilidad y de sentido, ha revelado valores humanos de pirmera fuerza, que yacían oprimidos por la organización oficial de la ramplonería, la mediocridad y la ineptitud. Debido al esfuerzo recio y heróico de tal vez más de dos generaciones de hombres (no de muñecos sobornables) el nombre de México es hoy unánimemente admirado en el Continente por la gente de conciencia; y todo el que ama la libertad y tiene una idea de la misión constructiva que nos toca realizar en América, rinde homenaje de reconocimiento y de respeto a la patria de Juárez.

Dado el abrumador desconocimiento que reina entre nosotros de la labor crítica y constructiva de la brillante generación de mexicanos que, desde 1910, ha asumido la responsabilidad de sus propios destinos, arrollando pujantemente todo lo que se oponía al normal y armonioso desenvolvimiento de sus aspiraciones e ideales, se hace pesado y laborioso desentrañar los orígenes del actual estado. ¿Cómo ha llegado México ha producir hombres como Obregón, Caso, Vasconcelos, Lerdo de Tejada y cien más que operan, cada uno en su esfera, una vigorosa renovación de normas, leyes, costumbres e instituciones en su país? Se nos dirá: el fenómeno no es nuevo; México ha sido siempre fecundo en personajes políticos plenos de valor y de energía ... .Pero ahora no se trata sólo de eso. No se trata de empíricos de la acción, no se trata de patriotas más o menos leales a una causa, o más o menos afortunados en la lucha. Se trata

ahora de un magnífico movimiento de madura gestación moral e ideológíca; se trata del surgimiento de un grupo de hombres —todavía en su mayor parte desconocidos por nosotros—inspirados por una idea soberana, poseedores de una voluntad potente y ricos en esa generosidad y esa nobleza que sólo confieren a los hombres las grandes concepciones. No sería extraño que, en esta nueva época de nuestra historia — ciertamente más interesante y trascendente, por múltiples razones, que la de nuestra relativa independencia — la herencia de los Miranda, Narviño, Bolívar y San Martín correspondiera a los hijos de Anahuac.

¿Y cuál es el mensaje político, social, humano, de estos pensadores revolucionarios, de estos hombres de pensamiento y de acción? Yo veo en ellos los primeros despuntes espirituales de nuestra gran raza del porvenir: los primeros chispazos de la gran conciencia genuina y autóctonamente americana que se forma (como antes de ahora lo tenía insinuado) frente a la ruina moral y material de Europa, y ante la amenaza del Dollar Imperial. Estos hombres de México son lo que hoy se llama "intelectuales", no aludiendo al tipo antiguo y anodino surgido a la sombra burguesa y protectora de las profesiones liberales (disfraz, pasable hace veinte años, de cómodo auque estéril y nefasto parasitismo); sino a la consoladora figura moderna del ciudadano del mundo, del hombre capaz de sentir y comprender las necesidades, las penas, las aspiraciones y trabajos, no sólo de sus compañeros de secta, clase, casta, ciudadanía o profesión, sino también los de todo ser humano. No se ha trazado todavía—ni es posible hacerlo, porque aún están demasiado cercanos — la fisonomía moral de estos modernos "intelectuales" de Occidente, hombre más finos y ponderados, aunque de igual cepa espiritual y de igual vigor y fe humanos, que los admirados y admirables rusos. Son estoico-cristianos, levemente paganizados, con la envergadura y el meollo psíquico inefable de nuestro inmortal Quijote, de nuestro cada vez más gigantesco mito. Han hecho de la vida un culto ético-estético-religioso, como herederos de Renan, que han pasado por el purgatorio del positivismo; como herederos del Ruskn que ignoraba a Oscar Wilde; como instauradores de las hermosas aspiraciones del Amiel que pedía menos "cristianismo" y más amor a las doctrinas del Rabí.... Y si bien un régimen social inferior al desarrollo de su espíritu, pudo hacer de ellos seres atormentados y rebeldes, ellos habrán imprimido a la vida el sello ennoblecedor de sus virtudes.

Hombres de esta naturaleza que, como hemos dicho, constituyen el producto más rico y depurado de la civilización moderna y se dan por doquiera, son los llamados a crear, a forjar la nueva conciencia americana. Si de caracteres de ese tamaño y de esa índole, y mentalidades de semejante amplitud y sutileza, existen ejemplos en toda nuestra América; en ningún país, como en México, han sabido sentirse e interpretarse a sí mismos, por modo tan certero y hermosamente apasionado; en ningún país, como en México, han logrado tan eficaz grado de homogeneidad y cohesión. Sean cuales fueren las causas determinantes de este hecho (no difíciles de precisar si se examina detenidamente la cosa), es indudable que han asumido su papel dirigente con un vigor y una arrogancia que, sin degenerar jamás en matonismo o pedantería, se imponen a la vista del menos avisado.

En la organización de la vida para la nueva era, cuyo advenimiento unánimemente reconocen los pensadores y los críticos actuales, es incuestionable que a nosotros los americanos del Sur nos tocará,— a menos que nos lo dejemos arrebatar ignominiosamente — un papel preponderante. Se trata de algo más que de la "creación de un Continente"; se trata de la creación de una mentalidad nueva, de una espiritualidad nueva, de nuevas maneras de pensar y de sentir, que ya palpitan, como el hijo en el vientre de la madre,no sólo en los acontecimientos importantes de nuestra vida pública, sino que han pasado a la categoría de anhelos cotidianos y de general inquietud. Hoy cualquier americano, digno de este nombre espiritual e intelectualmente engrandecido vive enamorado del nuevo ideal de "americanidad", de ese ideal durante largo tiempo presentido, y al que las masacres del capitalismo y de la civilización bélico-industrial han venido a dar deslumbrantes resplandores. El día que las selectas minorías de "intelectuales" se hayan convertido en considerable porcentaje en América, merced a las labores de propaganda y de cultura ya iniciadas con tan admirable empuje por los mexicanos; el día que al lado de cada redivivo Melgarejo, o cada imitador de Estrada Cabrera, exista siquiera un Vasconcelos o un Caso, ese día podrá decirse que ha rayado la aurora de la Nueva Era; ese día podrá decirse que se inicia la dignificación de nuestra vida individual y ciudadana, hoy sometida a los antojos y desmanes de cualquier inepto y menguado salteador del poder . . . .

Lima, marzo 10 de 1923.

Edwin ELMORE.

Los Intelectuales y los Nuevos Tiempos

Conferencia pronunciada por el Dr. Juan A. Mackay, en el Teatro de Cajamarca, el 16 de Noviembre de 1921.

Señoras y señores:

En la presente semana se ha realizado un ensueño mío de muchos años. Cuando, muy muchacho todavía, leí aquel clásico histórico, "La Conquista del Perú", por Prescott, despertó en mí el vivo deseo de ver y pisar la antigua plaza de Cajamarca que dicho libro ha inmortalizado. Y ahora, después de largos años, tras una visita a la Madre España, tras paseos por repúblicas vecinas, y por otras regiones de ésta, tras una vida sedentaria en Lima, — todo lo cual no ha hecho sino conservar ardiente mi antiguo deseo, — vengo por fin a revivir el pasado y soñar de nuevo con el futuro, al pie de estas montañas.

CIUDADES LEGENDARIAS. —

Y, ¿qué impresión le ha hecho Cajamarca?, vosotros me preguntáis. Responderé a vuestra pregunta con las mismas palabras que dirigí al amigo que me acompañaba cuando, al atravesar el "Cumbe", llegamos donde la ciudad, la campiña y los cerros circunambientes se presentan por primera vez a los ojos del viajero. "Nunca he visto,— le dije, — una ciudad tan parecida a Granada". Y ahora puedo decir que cuanto he visto y sentido durante los últimos días, ha confirmado ampliamente mi primera impresión de la semejanza entre vuestra ciudad y la bella y famosa ciudad andaluza.

Así por su topografía como por su historia, Cajamarca es un recuerdo de Granada. Esta verde campiña parece pedazo de la

vega granadina. Santa Apolonia que domina la ciudad y el valle, es la Roca de la Alhambra en miniatura. Si bien ella no lleva sobre la cima un palacio legendario, lleva una silla esculpida en la viva roca, símbolo también de poder real. Los "Baños del Inca" tienen su contraparte en los lujosos baños de los reyes moros, mientras que la cima de la Sierra Nevada, que se yergue como centinela detrás de la última capital árabe, está reproducida en la cumbre de la helada cordillera que vela los destinos de esta ciudad. Y, por último, y para completar el paralelo, hay un lugar cerca de Granada, llamado el "Suspiro del Moro", donde el último rey árabe, Boabdil el Chico, lloró la pérdida de su Capital, lo mismo que hay un lugar en esta plaza donde Atahualpa, último príncipe de la dinastía del Sol, dió su postrer suspiro. Si, en la historia de Europa, Granada es el símbolo de la caída del Imperio moro, y de la conquista definitiva por los españoles de su propia tierra, Cajamarca es el símbolo en la historia del Nuevo Mundo, de la disolución de la última civilización autóctona y del principio del imperio colonial de España en la América del Sur. Granada y Cajamarca, ciudades legendarias, una por la naturaleza y otra por el Destino, os saludo, y en vos, a la raza que las conquistó.

Pero, ya que hemos invocado el pasado, pasemos a contemplar el presente y dar un saludo al porvenir. Al ruego del buen amigo "Mercurial", quien en calificativos que nada merezco, me acaba de presentar, voy a departir unos instantes con vosotros, sobre la época en que vivimos. Si lo que voy a decir ofendiera de cuando en cuando el buen gusto literario, empañando con barbarismos el idioma de Cervantes, me lo perdonaréis, atribuyéndolo a la fatalidad que me hizo nacer "gringo". Mas en cuanto a los conceptos que pueda emitir, no pediré perdón ni aplausos por ellos. No pediré perdón, porque los creo; y no pediré aplausos, porque embargan mi espíritu y no puedo callarlos. Ellos son como voces proféticas que suenan en las honduras de mi alma, las que no pueden ser silenciadas. Por consiguiente, señores, pediré tan sólo vuestra culta atención.

LA NUEVA EPOCA. —

Desde hace medio siglo antes de la última guerra mundial, comenzó a ser evidente a todos los hombres de pensamiento, ya sea por el gran número de nuevos descubrimientos, nuevas ideologías y nuevos fenómenos sociales, que una nueva época de

la historia estaba en vísperas de inaugurarse. Estalló la Guerra, y en seguida fueron echados al crisol avérnico todos los elementos constitutivos de la antigua civilización. Desencadenóse por playas legendarias un huracán. El barco de la civilización, anclado en ese momento en aguas mansas, tuvo que voltear la proa y hacerse al mar. Ya está en medio del oceano, sin que se vislumbren todavía nuevas playas en lontananza, sin que se sepa con certeza si las hay. Una sola cosa se sabe de seguro: que la civilización ha roto definitivamente con su pasado. Por detrás, bajo la luz del sol poniente, no hay fondeadero hospitalario; no queda más remedio que navegar adelante a pesar de la noche y la tempestad. Mas, sepamos, los hombres de hoy, qué aunque el abismo nos trague a todos, emprendemos la aventura más estupenda que jamás ha emprendido la humanidad. Las únicas épocas anteriores comparables a la nuestra, son la del advenimiento del Cristianismo y la del Renacimiento y la Reforma religiosa del siglo XVI.

Permitidme precisar las características más salientes de la época actual. El mundo de hoy se caracteriza por la presencia de una doble serie de fuerzas contrarias, o sean, fuerzas destructoras, y fuerzas constructoras. La historia contemporánea es la resultante de la acción recíproca de esas fuerzas.

LAS FUERZAS DESTRUCTORAS. —

Miremos las fuerzas destructoras. Ellas son tres. La primera la constituyen las *disputas sobre fronteras*. Estas nacen del espíritu nacionalista y el llamado patriotismo. Así en Europa como en Asia y América se riñe interminablemente sobre cuestiones territoriales. ¿Qué corresponde legítimamente a este o al otro pueblo? Ese es el problema planteado. Fiume, los Condados del Ulster, la Alta Silesia, las Islas Yap, Tacna y Arica, son lugares que se han trocado en símbolos de choques violentos de opinión entre una nación y otra, y a veces en espectros fatídicos de guerras futuras.

En otros tiempos el peligro de una guerra entre naciones, obedecía casi siempre a la presencia en una de ellas de un espíritu imperialista. Pero ya no cabe el concepto imperialista, el que se ha vuelto anacrónico para la política contemporánea. Por le menos el imperialismo, si le hay, no se atreve a asomar la cabeza en esta época. El nuevo peligro se presenta por el lado del nacionalismo, y nace del empeño que pone cada nación en con-

servar lo que ya tiene adquirido, y en legalizar sus títulos a territorios que posee o cuya posesión pretende, en el nombre de algún "derecho".

La segunda fuerza destructora se halla en el *odio de razas.* En los momentos actuales ese odio ha entrado en una nueva fase. Cada raza se pone a la defensiva. No es improbable que en los próximos tiempos la unidad política efectiva no será tanto la nación como la raza. ¿Qué otra cosa significa la aparición repentina de tantos "Panismos", Pan-latinismo, Pan-iberianismo, Pan-germanismo, Pan-eslavismo, y casi se puede decir, Pan-sajonismo? Las federaciones raciales anunciadas por esos nombres, ponen de manifiesto la posibilidad de serias divergencias en el futuro. entre los distintos pueblos de la raza blanca. Ahora mismo el Panamericanismo, que es un "ismo" impersonal, inspirado en la unidad geográfica, se halla amenazado por el Pan-latinismo que se inspira en la unidad racial, es decir, en la sangre.

Por otro lado los amarillos, los negros y los cobrizos, se levantan airosos y retan la hegemonía secular de los blancos, mientras aguardan el día en que puedan ajustar sus antiguas cuentas con ellos. Ultimamente ha llamado mucho la atención en el Perú la sublevación de los indígenas en el Sur de la República. Estos, encabezados por licenciados del Ejército nacional, han querido barrer por completo a los blancos, a quienes miran como enemigos naturales, como mira el gorrión al gavilán, impulsados por la idea de poder restablecer así el antiguo Imperio del Tahuantinsuyo. He aquí un ejemplo concreto y casero del peligro que puede entrañar para la civilización la creciente conciencia de raza con todo su caudal de odios, si no llega a subordinarse a la conciencia de algo superior al color del cutis, al común origen y los lazos de la sangre. Ya es hora también que la misma raza blanca haga examen de conciencia en todo lo referente a sus pretensiones de superioridad, como, asimismo, a la manera como ha ejercido su mayordomía universal al través de los siglos.

Pero, indudablemente, el problema magno que hay que afrontar en el mundo contemporáneo es el de *la lucha de clases.* Si es que los peligros originados por la acentuación del nacionalismo y del racialismo pueden conjurarse mediante conferencias internacionales, no sucede lo propio tratándose del problema de las relaciones entre las distintas capas de la sociedad. En este

caso no es cuestión ya de advertir la existencia de un problema planteado, sino de aceptar el hecho de una guerra declarada, la que será, a todo parecer, una guerra a muerte. Las clases proletarias creen que ya les toca a ellos el turno para dirigir los destinos del mundo, después que el control de las cosas humanas ha estado sucesivamente en manos de la Aristocracia y la Plutocracia desde los primeros albores de la civilización.

El peligro máximo que amenaza la civilización en estos momentos es que llegue al poder un proletariado inculto e inescrupuloso, sin más ideales que el de la venganza contra la burguesía, sin otro afán que el de establecer una dictadura férrea. El poder a todo costo, a sangre, a fuego y a engaño, he allí el lema del nuevo imperialismo proletario, según su vocero más autorizado, el propio Lenín. Dijo éste, en un discurso pronunciado en el mes de marzo de 1919: "Es preciso resistir a todo esto, (la oposición de los Sindicatos a los Comunistas), prestarse a todos los sacrificios, usar de todas las estratagemas, adoptar los procedimientos ilegales, callarse a veces, ocultar la verdad, con el sólo fin de entrar en los Sindicatos, quedarse en ellos, y cumplir, a pesar de todo, su labor comunista".

Sin embargo, lo más temible del bolchevismo como fuerza destructora, no está tanto en su credo ni aún en su programa revolucionario, sino en la desorientación moral de la inmensa mayoría de los que hoy día marchan en sus filas, así como también en toda esa muchedumbre incógnita de elementos proletarios en todos los países, que constituyen siempre bolcheviques potenciales. Mirando el bolchevismo por el lado de sus principios, el sistema tiene dor fases, por lo menos, que no son malas, o sean, el principio que "si uno no trabaja, no come", y el principio del sistema funcional de gobierno. Y en cuanto a su programa revolucionario hay que admitir que existen hoy unas condiciones sociales tan inhumanas, que sólo por medio de un verdadero cataclismo podrá imponerse la justicia. Hay que mirar las cosas de frente. Esta antigua civilización en que hemos nacido y que está ahora al garete en medio del océano, ha sido en el fondo más pagana que cristiana. El principio pagano de la competencia ha primado sobre el principio cristiano de la cooperación. Puesto que el Cristianismo no ha sido ensayado como solución de los problemas sociales, nos hallamos ahora frente a frente con el Bolchevismo, que no es sino la protesta más formidable que se ha levantado contra la iniquidad del sistema tradicional. Y no nos engañemos, creyendo que nosotros en este continente pode-

mos balconizarnos para ser simples espectadores de la catástrofe inminente. ¿No sabemos que flamean banderas rojas en todo el camino, desde Moscou hasta el valle de Chicama? Uno no necesita ser profeta para hacer la predicción que, de aquí a diez años, la vida sudamericana será sacudida por un fuerte temporal. Es preciso pensar desde ahora en el puerto a donde vayamos. Pero debo decir, señores, que lo que a mí me preocupa en este Bolchevismo rojo, no es que se precipite la revolución social en todo el mundo, haciendo desaparecer las clases sociales, la propiedad privada, las instituciones eclesiásticas actuales, el estado mismo, sino que su victoria definitiva introduzca la anarquía en los valores éticos, y que se vacíe el concepto del bien de todos sus aspectos trascendentales. En una palabra, temo que llegue la revolución social, que ya se vislumbra, antes que se haya hecho la "revolución en los espíritus", antes que el hombre esté capacitado moralmente para llevar a cabo el experimento peligroso de un estado en que "todos darán según su capacidad y tomará cada uno según su necesidad".

LAS FUERZAS CONSTRUCTORAS. —

Felizmente las fuerzas desintegrantes no son las únicas que operan hoy en el mundo. Otras fuerzas hay, de tendencia constructiva, que operan para salvar una civilización que está pronta a desplomarse. De la preocupación de la catástrofe total, del anhelo de enderezar los entuertos de nuestro sistema social y político y de levantar en esta tierra un verdadero hogar para el hombre, ha nacido una serie de fuerzas constructoras. La Liga de las Naciones; la Conferencia del Desarme, de Wáshington; congresos ecuménicos y misioneros de todas las iglesias; asociaciones internacionales de médicos, de mujeres, de estudiantes; sociedades que combaten el alcoholismo, el opio, la trata de blancas; todos ellos representan distintas fuerzas que se han puesto en movimiento para contrarrestar la influencia de las fuerzas contrarias y cimentar la civilización sobre nuevas bases. Sólo en Ginebra funcionan las oficinas principales de 88 organizaciones internacionales, la mayoría de las cuales persiguen fines elevados y humanitarios. Tales organizaciones llevan a cabo por todo el mundo una propaganda verdaderamente apostólica, destinada a componer las diferencias entre naciones y clases

sociales; crear una nuevo ambiente de confraternidad internacional y eliminar toda causa de rozamiento político y de malestar social.

Pero quizá la fuerza constructora más poderosa, cuyos efectos ya se dejan sentir en el mundo, es la de una *nueva norma* de la opinión pública. Los hombres que se preocupan verdaderamente de la suerte de la civilización, se colocan cada vez más en una nueva perspectiva moral. Tienen formulado un nuevo criterio pragmático para juzgar las cosas. Según ese criterio, aquello, y sólo aquello, es bueno que sirva los verdaderos intereses del hombre. No importa lo venerable que sea una institución, lo rico que sea un hombre, lo prestigiosa que sea una idea, si no contribuye en nada al enriquecimiento de la vida: es menester que desaparezca, cueste lo que cueste. Todo ha de juzgarse ya por sus frutos, y para que el hombre, una idea o una institución, tenga derecho a ejercer su control sobre la vida, sus frutos deben tener un alto valor moral. "Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles: todo árbol, pues, que no lleve buen fruto es cortado y echado en el fuego". (S. Lucas 3:9).

"Una cosa hay — dijo Víctor Hugo — más poderosa que todos los ejércitos: una idea cuyo tiempo ha venido". Ahora está en el frente de batalla una nueva idea, una nueva fuerza moral que de pronto resultará irresistible. Cada cosa tendrá, desde ahora, que justificar su existencia, por resultados benéficos; y por lo msimo, a toda idea, a todo hombre y a toda institución que comprueben su capacidad para purificar y elevar la vida humana, deben dársele facilidades para su obra benéfica. Si esta norma hubiese sido aplicada a todas las cosas humanas en épocas anteriores, el mundo sería muy otro de lo que es en la en que vivimos. Mas, como ella no ha sido aplicada, muchas obras que deberían haberse hecho a la luz de otros siglos, quedan sin hacer para el nuestro, teniendo que apurarse así su ejecución en la hora crepuscular antes que el sol se ponga.

EL PAPEL DE LOS INTELECTUALES. —

Tal es la situación actual en el mundo: por un lado, todo es peligro; por otro, se hallan elementos que dan esperanza. ¿Cómo pueden traducirse en triunfo definitivo nuestros anhelos, por el advenimiento de un mejor orden de cosas? Las sombras se disiparán; la verdad y la justicia vendrán á esta tierra cuando los intelectuales de todos los países reconozcan su papel y lo cumplan

El término medio entre nuestro problema y su solución, está en un nuevo tipo de intelectual.

Ahora bien: ¿cuál es el tipo de intelectual que requieren los tiempos y cuál el papel que debe desempeñar?

INTELECTUALES DE PANTEON. —

Rara vez se ha presentado a los intelectuales del mundo una oportunidad como la que se les presenta en los momentos actuales. Las masas del pueblo están hambrientas de ideas, de orientaciones, y a nadie escucharán con tanta avidez como a los hombres cuyo único interés es la verdad y que no están vinculados a ningún sistema de explotación. "Los filósofos deben ser los reyes". No quiero decir que los hombres de pensamiento sean todos mandatarios, mas sí que sean los reyes de la opinión pública. Ellos tienen el deber sagrado de orientar al pueblo en todo lo referente a su vida espiritual y política. Deben hacer humanamente imposible que los destinos de su país estén a merced de políticos desalmados e inescrupulosos; deben velar por que no cundan ideas nocivas para la moral pública; deben ser los campeones de la justicia social. De ellos deben brotar todas las buenas iniciativas. El que tiene ideas constructivas debe sentirse llamado al ejercicio de un apostolado.

Sin embargo, ¡cuán contados son los intelectuales en nuestro medio nacional, que se identifican con ideas arquitectónicas por cuya aplicación a la vida luchan, prontos al sacrificio por la verdad que encierran! En unos impera el *estetismo.* Lo que les interesa en la vida es la "cosa bonita", la "cosa interesante". Puede entusiasmarles un sonido, un color, un paisaje, un concepto elegante, un verso sonoro. La vida del hombre les interesa tan sólo como un drama, como un drama para cuyo desarrollo completo y harmónico la mentira, la bajeza y la maldad, son elementos igualmente constitutivos como la verdad y la virtud. Todo es necesario para dar el efecto de "interesante" o "curioso". Quieren ser espectadores en el universo, tener el mundo como campo de estudio, y si alguna vez quisieran reformarlo, "lo encontrarían tan curioso", como dice Renan, "que les faltaría valor para ello".

Otros se tiran a la *erudición libresca.* Su preocupación principal es saber lo que Fulato o Zutano ha hecho o pensado, nó con el objeto de aprender cómo ellos mismos deben actuar y pensar, sino con el sólo fin de cebar la cabeza de tales conocimientos. La teoría sútil los atrae; mas huyen la conclusión inquietadora. Lo

mismo que los gusanos que comparten su interés en los tomos viejos, éstos horadan y se arrastran sin lograr nunca desarrollar alas. Muy bien ha dicho Unamuno: "La cobardía de pensar lleva a muchos a la erudición, adormidera de desasosiegos de espíritu u ocupación de la pereza mental". De éstos pensaba también H. G. Wells, cuando escribió en uno de sus últimos libros: "La Historia y la Filosofía Política están en el mundo moderno como comensales tímidos en un banquete; hacen bolitas de pan y hablan quedo al vecino, aterrados a la idea sola de dirigirse a toda la mesa".

Luego, ¿qué diremos del *historicismo?* Si se me permite una crítica de la intelectualidad peruana contemporánea, diría que éste la ha invadido demasiado. En esto estoy enteramente de acuerdo con las opiniones vertidas al respecto por mi distinguido amigo el doctor Iberico, en su artículo verdaderamente admirable, que publicó en el número del centenario, de "Mundial". Partiendo del bien fundado concepto, que es deber de cada país civilizado conocer a fondo los más mínimos detalles de la vida nacional, muchos de nuestros intelectuales jóvenes, inteligencias privilegiadas, se dedican casi exclusivamente, a las investigaciones históricas más minuciosas y recónditas. Pero hay algo que olvidan estos compañeros nuestros, algo muy fundamental. Estudios que en otros países se cultivan cuando ya los problemas mayores de la cultura nacional han quedado resueltos, entre nosotros se cultivan cuando la nación está todavía frente a frente con problemas culturales de más trascendencia. Es que nosotros queremos formar espíritu nacional, nos contestan. Muy bien: el propósito no podría ser más elevado. Pero téngase presente una cosa: Si en un país viejo el espíritu nacional se mantiene por la evocación constante del pasado, él se cultiva en un país joven clavando los ojos en el porvenir. Después de todo, lo que importa en la vida de un pueblo no es de dónde viene, sino a dónde va. E irá donde quiere ir nó, mariposeando por los panteones y museos, sino poniéndose a trabajar en el taller del momento presente, al son de los dínamos del ideal. Tarde o temprano todo país se vuelve en cementerio, como se ha vuelto hoy la vieja Europa, en donde apenas hay apellido de hombre o pedazo de tierra que no tenga su asociación histórica y su monumento correspondiente. Europa sí, si quiere, puede vivir de recuerdos y pasar su vejez gloriosa en paseos por su inmenso cementerio, leyendo epitafios de treinta siglos de edad. Mas, no hay derecho que en un país joven americano, tantas cabezas juveniles y capaces, se entreguen

por entero a descifrar el pasado, cuando deben estar fraguando el futuro, y con mayor razón estando su país y todo el continente, en vísperas de un cataclismo inevitable.

Pero quizás la condenación más trágica del historicismo, de todo distanciamiento intelectual de la realidad palpitante de las cosas, de todo lo que me atrevo a llamar intelectualismo de panteón, es que produce al fin y al cabo un temperamento mórbido, un cinismo repugnante, un indiferentismo, un ensimismamiento, un análisis enfermizo de defectos nacionales, un pesimismo irremediable. Los que pasan la vida en panteones y mausoleos, sean de hombres, de hechos, de instituciones o de ideas, acabarán por convertirse en cementerios ellos mismos. Un día vendrá, cuando al atardecer una voz frenética romperá el silencio: "¡Santo Cielo! También otro cementerio. Mi corazón no es más que otro sepulcro..... ¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrero! ¡Aquí yace la esperanza!" (1).

INTELECTUALES DE CAMPAÑA. —

Como en la época moderna el ideal religioso se cambió del ascetismo que sepultaba la luz divina en la oscuridad de una celda en un ideal que exige que el espíritu religioso bañe y transfigure con su luz todos los aspectos de la vida humana, de la misma manera debe el ideal intelectual cambiarse en nuestra época del interés estrecho en determinados estudios llamados "Humanidades" en un interés tan amplio como la vida y la naturaleza mismas. Si en la época del Renacimiento los "Humanistas" vinieron a reemplazar a los antiguos "Escolásticos", substituyendo los textos originales de la cultura helénica por las trilladas traducciones latinas, ya es tiempo que los intelectuales modernos abran el texto originalísimo de la vida misma y estudien por fin al hombre y sus problemas vitales, nó con el antiguo propósito de hacer literatura, sino con el de alcanzar soluciones. Ya que la guerra de cañones ha terminado, que estalle en todos los frentes la guerra de ideas y que no cese ella hasta que la tierra se convierta otra vez en cementerio!.. pero en cementerio de los males y las mentiras que han hostilizado, al través de los siglos, el bienestar del hombre.

Felizmente, la verdad está ya en marcha. Nuevos reclutas se alistan a diario. Todos los hombres que adoptan por consig-

(1). — Mariano José de Larra. — "El Día de los Difuntos".

ıa "la verdad pura", que se atreven a "mirar de frente el sol", ıue están resueltos a "cooperar con la verdadera tendencia del nundo". Ellos no harán de la literatura un simple campo de re-:reo, ni de la historia un museo de antigüedades. Leerán los clá-ıicos del pensamiento humano como quienes entran en una ar-nería para equiparse para la pelea. Estudiarán la historia para :onocer su emplazamiento en el mundo y el papel que debe to-:ar a su lengua y pluma en la lucha definitiva por la justicia y a verdad. Su afán no será llamarse hombres de talento sino ıombres de carácter. Cuando hablen o escriban, no lo harán pa-·a deleitar, sino para convencer. No expirará su voluntad con el ;oplo oratorio, y sus escritos serán imperecederos, habiéndose nojado la pluma en la tinta roja de su sangre. Teniendo verda-lero sentido arquitectónico en la vida, no iniciarán la recons-:rucción del mundo tapizando unas paredes viejas para hacer sa-.ón de bailes y espectáculos, mientras surten otra sala secular con ;abinetes de cosas raras para museo. Ante todo y sobre todo, ⁄an a vivir y trabajar para hacer de la vieja casa de la civiliza-:ión un digno hogar para la vida real y cotidiana.

Algunos intelectuales franceses han dado hace poco tiem-ɔo un bello ejemplo a todo el mundo literario, constituyéndose en grupo que han designado "Claridad", cuya finalidad es propen-der al desarrollo de un intelectualismo de campaña, de tipo que acabo de bosquejar. Ultimamente, ellos han hecho un llamamien-to a los intelectuales de todos los países latino-americanos so-licitando que se solidaricen con su labor. Por mucho que uno pueda discrepar de ciertos artículos del credo de "Claridad", tal como lo expone Enrique Barbusse en su libro "El Resplandor en el Abismo", es deber de todo hombre educado, apoyar la no-ble campaña que han iniciado él y Anatole France para desper-tar la conciencia adormecida de los intelectuales del mundo y arrostrar los problemas actuales de la sociedad.

CABALLEROS ANDANTES A LO DIVINO. —

"La caballería andante" dijo en una ocasión Don Quijote, "es como el amor que todas las cosas iguala". Necesitamos, seño-res, una nueva caballería andante, un cuerpo de caballeros de ca-beza y de corazón, grandes niveladores y enderezadores de en-tuertos, que nunca desdeñen dirigirse a los "cabreros todos", sólo que no les hablarán tanto de un pasado dorado, sino de un futuro siglo de oro que vendrá con lucha y oración.

De futuros caballeros de este cuerpo, conozco yo a algunos. Todavía son escuderos jóvenes, pero se ejercitan mucho en el uso de las armas y se ensayan periódicamente en dirigir la palabra a los "cabreros". Alguna noche velarán las armas, y la mañana siguiente emprenderán la campaña para el Reino de los Cielos. Señores, un país que puede producir un tipo de intelectual joven, cuyo entusiasmo le lleva a dar una conferencia anti-alcohólica, a las dos de la madrugada, a unos mozos de hotel, tendrá porvenir en las naciones de la nueva era.

Sobre el puente del vapor "Quest", buque explorador de Shackleton, están esculpidas en una plancha de bronce unos versos del poeta Kipling, los que pintan las cualidades de un intelectual de campaña.

"Si puedes soñar sin hacer de los sueños tu maestro;
"Si puedes pensar sin hacer de pensamientos tu fin;
"Si puedes encontrarte con el Triunfo y el Desastre
"Y lo mismo tratar a esos embusteros;
'Si puedes forzar el corazón y los nervios
"Para servir tu voluntad cuando ya están yertos;
"Si puedes llenar el minuto implacable
"con sesenta segundos de distancia recorrida. . . .
"Es tuya la tierra y cuanto contiene
'Y lo que es más, tú serás hombre, hijo mío".

Habiendo tratado ya de la situación actual del mundo, de la necesidad imperiosa de que los intelectuales intervengan, así como del tipo de intelectual cuya intervención tendría eficacia, desearía ocupar el tiempo que me queda, señalando tres sentidos nuevos que deben cultivarse por los caballeros andantes de la nueva era, si su labor va a ser eficaz.

UN NUEVO SENTIDO DE LA HUMANIDAD. —

Debe cultivarse, en primer lugar, un *nuevo sentido de la humanidad*. No basta sostener la doctrina abstracta del valor y la inviolabilidad del individuo. No basta cantar los triunfos del "yo" consciente sobre la materia inerte. Hay que amar al hombre, a todos los hombres sin excepción, escuchar sus cuitas y aliviarlas; creer posible la redención de los más desgraciados

y trabajar activamente por ella, inspirado por la visión del Reino de Dios. Una pasión por el hombre más que por las ideas, es indispensable a todo intelectual que quisiera servir la época actual. Y nadie olvide que "un pedacito de auxilio vale más que una carretada de compasión".

Un aspecto de este nuevo sentido de la humanidad lo tenemos en el nuevo culto del "soldado desconocido". Este es el hombre incógnito, símbolo no de la generalidad de los ciudadanos que se sacrificaron en la Guerra, sino de los plebeyos que pusieron su vida por la patria. En épocas anteriores Fulano y Zutano y todo su parentezco plebeyo, no tenían mayor interés para el Estado que servir de instrumento con que se levantaban pirámides o se construían carreteras o se hacían campañas. Es decir, tenían tan sólo un valor utilitario imperialista. Se les quería no por lo que eran sino por lo que podían. Terminada una guerra, los monumentos y las canciones eran para los héroes, para los guerreros vivos o muertos, que se distinguieran en las contiendas.

Pero ya se ha hecho héroe uno a quien nadie conoce, de quien no se sabe si era valiente o cobarde; uno, cuyo único título a la inmortalidad, es el de haber sido representante de los tantos plebeyos que perdieron la vida en la *Gran Tragedia*. El Estado ha dado un gran paso adelante. Ha llegado a sentir el valor del pueblo anónimo, cuando se sacrifica éste por la Patria en una guerra. Falta un paso más: que la Patria llegue a sentir el valor del mismo pueblo cuando él se sacrifica a diario en la vida civil. Corresponde a los verdaderos intelectuales sentir y hacer sentir el valor de los millones de seres humanos que trabajan y mueren en los sofocantes soterráneos de nuestra civilización.

El cultivo por parte de los intelectuales de tal sentido de la humanidad, produciría en ellos un doble efecto. Por un lado, prestarían su apoyo más decidido a todo proyecto destinado a facilitar el libre desarrollo del ser humano; por otro lado, se lanzarían a la lucha para barrer aquellos estorbos que impiden que el hombre sea todo lo que puede y debe ser. Esto quiere decir que serían los campeones de la *educación popular*, y los protagonistas de la *justicia social*.

Este doble deber de los intelectuales de derramar la luz de la verdad y de quitar los obstáculos del camino del progreso, me trae a la memoria aquella hermosa parábola de Cristo. Dijo en una ocasión el Maestro: "¿Qué mujer que tiene diez drac-

mas, si perdiera un dracma no enciende el candil, barre la casa y busca con diligencia hasta hallarla?" El candil encendido era condición de emprender la busca, pero la luz sola no revelaba la moneda cubierta ya de polvo, en un rincón del cuarto o escondida debajo de la cama o el armario. Ella tuvo que barrer el piso, y para ello hacía falta la escoba. Pero, ya empuñando ésta y por mejor trabajar, trastornando por un tiempo la disposición de los muebles, tras el desorden y la polvareda momentáneos, dió por fin con la moneda. La educación popular es como el candil que derrama luz y orienta a uno para el trabajo; pero, desgraciadamente, hay seres humanos tan empolvarados y tan secuestrados bajo el bulto de pesados muebles de una civilización anticristiana, que la luz no los alcanza. Se necesita otra acción: la de la escoba. El perfecto intelectual de campaña es el que no tan sólo baña el mundo y las almas en luz, sino el que escudriña todos los escondrijos donde se hallen almas perdidas, arrodillándose, cuando sea necesario, para buscar y salvarlas. En una palabra, señores, no olvidemos, al propender a la educación popular, que el hombre necesita la redención tanto como la educación, y que se presentan ocasiones cuando nuestra labor principal debe dirigirse a atacar todo cuanto aparezca en la sociedad como responsable por el malestar y atraso del hombre.

UN NUEVO SENTIDO DE DIOS. —

El intelectual de campaña debe cultivar, en segundo lugar, *un nuevo sentido de Dios*. Una de las características de nuestra época es la aparición de un nuevo espíritu religioso. Dice, por ejemplo, José Ingeneiros: "Como en la primera fase del cristianismo, de la Reforma, de la Revolución francesa, la nueva conciencia de la humanidad ha asumido caracteres de verdadero misticismo indispensable para servir un ideal" Se reconoce que ya el espíritu religioso es un elemento constitutivo de la naturaleza humana, de tal modo que el hombre normal es el hombre religioso. Se reconoce al mismo tiempo que la religión puede ser la fuerza más altamente moralizadora, o si no. la más desmoralizadora de todas las fuerzas que mueven al hombre. La religión hace del hombre un santo o un diablo. Todo depende de la religión que tenga, lo que quiere decir, de la idea que tenga de un Ser Supremo y de cómo siente a El en la vida. En parte la religión es concepto y en parte es sentimien-

to. Al abogar por un nuevo sentido de Dios, queremos decir que necesitamos cambiar de idea respecto de la Divinidad y al mismo tiempo abrir nuestros corazones de par en par a su influencia. Dios es amor, y como tal, todo su sér palpita con la más honda, la más divina compasión. El concepto de un Dios impasivo que nada se interesa en los pecados, las luchas y las tristezas del hombre, es imposible. "El gusano cariñoso dentro de su terrón es más divino que un Dios sin amor". Así dijo Browning y tenía razón, pues lo mínimo que podemos pensar de Dios, es que tenga por lo menos tanto interés en las cosas humanas que el hombre que más profundamente ama a sus semejantes. Pero Dios es más: es una Fuerza, una Presencia, un Compañero, si quiere, que obra por medio de vidas que le sienten, luchando, amoldando, estableciendo su Reino en el corazón y el mundo. Dios ama y Dios trabaja, y la vida verdadera consiste en ser objetos conscientes de su amor y agentes voluntarias de su acción. Entonces sí, se puede "cooperar con la verdadera tendencia de las cosas"; entonces sí, el hombre es invencible.

Pero, ¿dónde y cómo puede cultivarse ese sentido de Dios? En la Biblia, y por la compenetración total de nuestro espíritu con Jesucristo. La Biblia es la epopeya del amor de Dios por el hombre. He allí el movimiento histórico en que, al través de los siglos, Dios se revelaba a sí mismo a la humanidad. En la Biblia está el descubrimiento por Dios del hombre, y el descubrimiento por el hombre, de Dios.

El meollo de la Biblia está en los Evangelios, esos cuatro poemas en prosa acerca de Cristo. Leyendo hace poco el "De Profundis" de Oscar Wilde, libro escrito en la cárcel, en el que el autor descubre las heridas de su corazón, hallé el siguiente párrafo: "En la época de Navidad acerté a dar con un nuevo Testamento en griego, y todas las mañanas después que hube limpiado mi celda y pulido la hojalatería, solía leer un poco de los Evengelios, una docena de versículos tomados al azar de cualquiera parte. Es una manera deliciosa de principiar el día. Todo el mundo, aún cuando lleve una vida turbulenta y mal disciplinada, debe hacer lo mismo". Si el autor de "Dorian Gray" se hubiese formado la costumbre, en su juventud, de leer los Evangelios y ponerse en contacto espiritual con Jesucristo, lejos de terminar sus días en el abismo de la vergüenza y el dolor, habría puesto su deslumbrante talento al servicio de la virtud.

Es maravilloso como la mirada de los intelectuales se vuelve ansiosa hacia la figura de Jesucristo. Nunca ha tenido tanto prestigio el Hombre de Galilea. Sobre las encrespadas olas aparece de nuevo aquella Figura acercándose serena y magestuosamente hacia el barco de la humanidad. Tantas veces en el pasado se le ha tenido por fantasma ilusorio de la noche. Ya existe la disposición de escucharle cuando dice: "Soy yo... no tengáis miedo". Pero ¿qué puede Cristo en medio del tumulto?

"¿Aqueste mar turbado
quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
al viento fiero airado?
estando Tú encubierto,
¿qué norte guiará la nave al puerto?"

La voz del Maestro tiene la misma autoridad ahora que antes; no hay conmoción que ella no pueda calmar. Pero es menester que sus acentos autoritarios lleguen a oídos de corazones y pueblos desesperados. Es menester que esa voz suene donde quiera que soplen airados vientos de pasión. Cuando las enseñanzas de Jesucristo sean aplicadas seriamente a la solución de los problemas individuales, nacionales e internacionales, la vida del hombre desprenderá una música tan dulce y harmoniosa como la música legendaria de las esferas. Todos los hombres vivirán en un sagrado comunismo. Será un comunismo teocrático, de amor, pues ya se habrá realizado aquella petición del *Padre Nuestro:* "venga tu Reino, sea hecha tu voluntad como en el cielo así también en la tierra". Entonces todos sabrán, lo que tan pocos saben ahora, que el secreto de la vida está en amar y sentir a Dios, es decir, en la compenetración de la personalidad del hombre con la de Jesucristo, la cual se expresa en las palabras de San Pablo: "Vivo, no ya yo, más vive Cristo en mí".

UN NUEVO SENTIDO DEL DEBER: —

Falta un sentido más, el sentido del deber, el que traduce en acción los sentimientos y los ideales. "Dormía — dijo Kant — y soñé que la vida era belleza; desperté y advertí que ella es deber".

El primer deber del intelectual militante, cuando ya los ojos estén puestos en el ideal y el corazón palpite con santo entusiasmo, es el deber de *no temer sombras.* Apenas sale el nuevo

caballero andante a encarar la vida, las sombras de las cosas principian a acechar sus pasos y llevar el espanto al corazón. Son sombras de toda clase. Hay de desaforados gigantes y de enanos encantadores. Ahora es la sombra de la opinión popular, del ridículo en que uno puede caer; ahora es la sombra de la pérdida del prestigio o de un puesto; ahora de un posible conflicto en el hogar; ahora del posible fracaso.

Para que las sombras no amedrenten, hay un remedio: *mirar el sol*. Cuando Alejandro el Grande había observado que la razón por que el famoso corcel Bucéfalo no permitía que nadie lo montara, era que se espantaba por su propia sombra, él volteó la cabeza del caballo hacia el sol. En seguida el brioso animal se tranquilizó, pudiendo el joven Alejandro saltar sobre sus espaldas. Así es, señores, mirando el sol no hay sombra que espante.

El segundo deber es *el de la constancia*. La victoria no se alcanza en un día. La jornada es larga y el camino difícil. El fracaso momentáneo no debe actuar sino como acicate para incitar a uno a mayores esfuerzos. Mejor el morir que ceder o volver atrás. No se pierda nunca la esperanza.

La lucha por la verdad es como una carrera de puestas en que todos los corredores cooperan. Cada uno corre un trecho señalado, mientras la bandera pasa de mano en mano, siempre adelante. El último cruza la línea en medio de una salva de aplausos, pero la carrera se ha ganado no por él solo, sino por la constancia y el común esfuerzo de todos. Así que ¡firmes y adelante, caballeros andantes de la verdad!

A veces el corazón desmaya y la cabeza dice ¡ya basta! En tales momentos, ¡qué gozo encontrar compañeros! Ultimamente, en una hora de desaliento, dí con un verso sacado de un poema del poeta americano, Vandyke, el que fortaleció de nuevo mi espíritu de luchador. El poema se intitula "El último viaje de Henry Hudson". Toda su vida Hudson había ambicionado encontrar un estrecho en la región septentrional de América, que uniera los oceános Atlántico y Pacífico. Su buque explorador surcaba las aguas de la bahía que hoy lleva su nombre, cuando los marineros se amotinaron y, echando en un pequeño bote a Hudson, al hijito de éste y a un viejo piloto, John King, que seguía fiel a su capitán, voltearon la proa hacia el puerto de salida. Hallándose así, en situación desesperada, abandonado y sin recursos, en medio del piélago, Hudson no se desdobló; mas di- diriéndose a King, que manejaba el timón, le dijo, en palabras que bien pueden ser el santo y seña del verdadro intelectual:

"Rumbo al Noroeste:
Mantendremos el honor de un propósito constante,
En medio de los peligros de sendas ignoradas.
Rumbo al Noroeste, dejando a Dios nuestra suerte".

Juan A. MACKAY.

El Mecanismo de los Bancos Federales de Reserva

El organismo financiero americano que juega el rol más grande en el sistema bancario de los Estados Unidos y que, de creación bastante reciente, es aún mal conocido en Europa, es el *sistema de reserva federal.*

El sistema de reserva federal se compone de doce bancos de reserva federal. Son los bancos de reserva federal de Boston, Nueva York, Filadelfia, San Luis, Cleveland, Richmond, Atlanta, Chicago, San Francisco, Minneapolis, ciudad de Kansas y Dallas, cada uno de los cuales funciona en su *Distrito de reserva federal.* Todo el territorio de los Estados Unidos está así dividido en doce *distritos* de reserva federal. Todos los bancos nacionales, algunos bancos de Estado, (States Banks) y compañías garantizadoras (Trust companies) importantes, son miembros del *Banco de Reserva Federal* del distrito de que dependen.

Un banco de reserva federal hace para los bancos que lo componen exactamente lo que cada banco para sus clientes: recibe fondos en depósito y en retorno hace anticipos. Todo banco miembro de un banco de reserva federal está obligado por la ley a conservar en éste, en depósito, cierto monto proporcionado a la cuantía de los depósitos hechos en él por sus clientes. Este margen se llama *reserva,* y por esto cada uno de los doce bancos que reciben esas reservas, se llama *banco de reserva.*

Los bancos, para satisfacer las necesidades de su tesorería, pueden, llegado el caso, contraer empréstitos en su banco de reserva. Los particulares no pueden, se entiende, ni depositar fondos en un banco de reserva ni tomar prestado, no pudiendo hacer estas operaciones sino por intermedio de su propio banco.

* *
*

Antes que se instituyese el sistema de reserva federal, cada banco no tenía que contar más que con sus propios recursos. Este aislamiento no presentaba muchos inconvenientes mientras las condiciones económicas subsistían normales, aunque esta carencia de vínculo y de cohesión entre los bancos de los Estados Unidos distara de constituír un sistema bancario perfecto.

Para conformarse a las obligaciones que la ley les imponía y para poder responder a los retiros eventuales de los depositantes, cada banco debía conservar en caja, improductivas, grandes cantidades de oro y de billetes, de las que a veces colocaba parte en depósito, en otro banco. Cuando se producía en los negocios una crisis, y como consecuencia de sus necesidades, que aumentan siempre en esos momentos, o simplemente por falta de confianza, los depositantes retiraban en masas sus fondos. difícilmente podían los bancos hacer frente a esos retiros y un número bastante grande de ellos, y a veces de los más importantes, debían suspender sus operaciones y depositar su balance. El monto de los billetes en circulación era limitado. No existían más que los billetes de los bancos nacionales, garantidos con depósitos en el tesoro federal, de títulos sobre el Estado. No era posible aumentar rápidamente estos depósitos, y por consiguiente, la cantidad de billetes en circulación, cuando en período de crisis monetaria se dejaba sentir la necesidad de una circulación más amplia.

La falta de elasticidad en la circulación fiduciaria causó la quiebra financiera (Krach) de 1907, en la que para hacer frente a los retiros de los clientes, cada banco retiraba, asimismo, sus depósitos de los otros bancos, lo que en vez de contener la crisis no hacía más que extenderla. Cada banco, por protejerse, contribuía a debilitar el conjunto del sistema bancario, a tal punto que numerosos bancos no pudieron sostenerse y debieron desaparecer en este desastre financiero, uno de los más importantes en la historia económica de los Estados Unidos. La defensa de los bancos era de esta suerte más débil en el momento en que el peligro era mayor.

* *
*

Estos pánicos monetarios, que se reproducían siempre en los Estados Unidos, a intervalos de algunos años, son hoy imposibles por la organización del sistema de reserva federal. Todos

los bancos que son miembros de él se entreayudan mutuamente, de manera constante, en buena o mala época. Cada uno de los doce bancos de reserva federal es un receptáculo de crédito, poseedor de un activo importante, constituído por los depósitos de sus miembros, principalmente por el oro, que le permite garantizar sus emisiones de billetes de banco. Según la ley, los bancos de reserva federal puede emitir billetes por un monto que puede alcanzar dos y media veces el valor de su existencia de oro.

Los bancos de reserva federal avanzan fondos a los bancos que los componen, lo más a menudo, redescontándoles los efectos de comercio que habían ya descontado a sus clientes. La tasa del descuento de los bancos de reserva federal es variable, y depende, como en todos los otros países, de las condiciones económicas generales; es decir, de la ley de la oferta y de la demanda en el mercado monetario.

Los bancos de reserva federal hacen de modo general avances a sus miembros, sobre las garantías que estos mismos han recibido de sus clientes, como resguardos (warrants) sobre productos agrícolas, bonos del tesoro federal, etc.,

A fin de equilibrar las condiciones económicas en todos los Estados Unidos, cuando una región dispone de recursos importantes, mientras otra necesita crédito, los bancos de reserva federal pueden contraer entre sí empréstitos, sustentados siempre con las garantías que se prestan unos a otros, sobre las cuales los bancos prestatarios han avanzado también fondos a sus clientes.

En 1920 y 1921, esta entreayuda entre las diferentes regiones, fue particularmente oportuna. Las regiones agrícolas, como Atlanta, Minneapolis o San Luis, estaban ampliamente provistas de fondos provenientes de la venta de sus productos: hicieron adelantos a las regiones industriales, como Boston, Cleveland o Nueva York, donde se manifestaba la necesidad de vastos créditos. En otros períodos, los distritos industriales son los que acuden en ayuda de los centros agrícolas.

La facultad de los bancos de reserva federal de hacer avances, está subordinada, naturalmente, a su capacidad de emisión de billetes de banco, capacidad que es variable y depende de las garantías de que disponen para eso. Cuando se hace sentir una necesidad mayor de circulación fiduciaria, los bancos afectan una porción mayor de sus recursos y entonces se aumenta en la misma proporción el número de billetes de banco en circulación.

Adaptándose la circulación a las necesidades, llega a ser imposible la reproducción de un pánico financiero semejante al de 1907. Este pánico, por lo demás, se evitó de esta manera, durante el difícil período de 1920.

* * *

No se vaya a creer que esta facultad de aumentar la circulación fiduciaria, es un expediente financiero, bàstante fácil en suma, puesto que no es cuestión más que de hacer funcionar la plancha de billetes. Todo billete federal es pagadero siempre a la vista, en oro. La ley que instituyó el sistema de reserva federal, no considera como garantía suficiente el depósito (ancaisse) en oro, del 40 por ciento mínimo, de la circulación.

Los bancos de resreva federal, deben garantizar íntegramente cada billete puesto en circulación, dollar por dollar, con el depósito en oro o en efectos de comercio a corto plazo, con número suficiente de firmas o con bonos y obligaciones del tesoro federal.

La circulación fiduciaria en los Estados Unidos es, pues, de las más elásticas: aumenta o disminuye según las necesidades, quedando retirados en el acto de la circulación los billetes que vuelven a los bancos de reserva federal.

* * *

Cada banco de reserva federal está organizado como cualquier banco americano. Los accionistas son los bancos miembros. El directorio se compone de nueve miembros, de los cuales tres son nombrados por la Oficina de Reserva Federal de Wáshington, y los otros seis elegidos por los miembros. Solamente tres de los directores pueden ser a la vez directores de otros bancos, y tres directores por lo menos, deben ser representantes del comercio, de la industria y de la agricultura. a los que el *sistema* debe servir y proteger. Los provechos de los bancos de reserva federal, después de la constitución de la reserva exigida por la ley, y del pago de un dividendo de seis por ciento a los bancos accionistas, se entregan en el tesoro federal y emplean para amortizar la deuda pública.

El órgano de coordinación entre los doce bancos de reserva federal, es la Oficina de Reserva Federal, compuesta de siete miembros, nombrados por el Presidente de los Estados Unidos y que no pueden acumular esta función con otro empleo. El Secretario del Tesoro y el contralor de la circulación participan en las labores de la Oficina de Reserva Federal. Salvo la facultad de requerir de un banco de reserva un préstamo para otro banco de reserva, la Oficina no posee más que un poder de contraloría (control) sobre todas las operaciones, pero es necesaria su aprobación antes de que los bancos de reserva pongan en vigor una nueva tasa de descuento, y ella de modo general determina las clases de avances que pueden hacer.

Todos los bancos miembros de un banco de reserva, cualquiera que sea su importancia, tienen igual derecho a obtener de él préstamos, a condición de que el préstamo sea razonable y suficientemente garantido. Todos son también iguales ante la tasa de interés y de redescuento, que es la misma para todos.

La potencia y los medios de acción de los bancos americanos derivan de esta organización que une las reservas de todos y las pone al servicio de cada uno, con el máximum de seguridad para todos los bancos y, por repercusión, para todos los habitantes de los Estados Unidos. El conjunto del país tiene así a su disposición un formidable receptaáculo de crédito, del cual pueden esperar el comercio, la industria y la agricultura, el auxilio y la protección más eficaz.

Carlos M. LEZNER.

NOTA: —

Aunque el señor Pedro Larrañanaga hizo ahora meses en *"El Comercio"* una exposición del sistema de reserva federal, muy recomendable por lo clara y metódica, es oportuno, para que entre nosotros se extienda bien lo que es y debe ser el Banco de Reserva del Perú, dar a conocer la precedente explicación de tal régimen, dada a los lectores de *"Le Fígaro"* en la sección dedicada a los Estados Unidos, el 28 de Setiembre último.

Con tal móvil ha sido hecha la traducción, expresamente para *"Mercurio Peruano"*. — H. P.

Barranco, Febrero 1923.

Personalidad Literaria de Ventura García Calderón

III

(Conclusión)

Tras la amplia labor del cronista presenta Ventura García Calderón un aspecto, no nuevo ni sorprendente, pero original, y que es la consecuencia de su arte espectativo. Nunca he concebido un pintor sin pensar que su personalidad interna se siente definitivamente en su obra de interpretación en el retrato, en las líneas magníficas que marcan un dolor, una alegría, un desencanto, en las formas flotantes de un rostro. No en el paisaje ni en el dibujo deformado de la vida, sino en el retrato, en lo palpable de lo humano, de lo divino, es donde descubro la fuerza creadora del pintor. Y tal forma, acaso exagerada, de presentar el espíritu, la determinó en la literatura, en la novela, en el ensayo pleno de una preocupación humana encarnada en un sér: porque la novela es el dinamismo psicológico del escritor, es la actividad de sus ideas, de sus sueños, de todo cuanto vive de noble en sus esperanzas. Es el Carlyle de *Los Héroes*, de *Sartor Resartus*, el que nos interesa; sus magistrales páginas desbordan en las pasiones de los representativos, con un valor humano, de vidas que poseen todos los encantos trágicos de un asunto novelesco. Y hay una gran presencia de ideas, de altos como de bajos instintos en esas vidas, semejantes a las nuestras, porque están confundidas en el bien y en el mal. ¿Y de dónde viene la desenvoltura cambiante,

fascinadora de la filosofía de Platón, sino de la movilidad perdida en serenas jornadas de dulce idealidad, a lo largo de un sendero sombreado y oloroso a esencias naturales, en cuyas fragancias un grupo de hombres discutían cosas de una realización alejada de todo esperanza humana?.... La novela es el género de un gran porvenir en la literatura, pues dentro de ella cabe la más trivial intriga, como la lógica más profunda; en fin, todo lo que acciona en las posibilidades mentales de los hombres.

Acaso los ensayos de cuento de García Calderón basten para encontrar en sus inquietudes espirituales la tendencia de un florecimiento que se hace esperar. Iniciado en el movimiento moderno del arte, las influencias de los maestros franceses se presienten en sus páginas, algunas de las cuales son definitivas, si no en lo característico de una idea, sí en la sugerencia de la emoción. Mientras vanos ensayos de cuentos se prueban en América — aparte del movimiento regional rico en algunas obras maestras — comentando por lectura de libros franceses malamente traducidos, un amor imposible en un país europeo apenas sospechado, el eminente prosador americano nos pone en contacto, en páginas que alcanzan una nerviosidad y un refinamiento bárbaros, con el más cruel modernismo. Esta clase de aficiones eran casi desconocidas entre nosotros; con muy pocas excepciones sólo se cultivaba el cuento ligero, desaliñado, tal vez rico en detalles y por eso con cierta sabrosa monotonía: Rubén Darío va a romper con tales usos en sus traviesas frivolidades de *Azul*......, abriendo una perspectiva cada vez más lejana y prometedora.

Era casi desconocida la ironía de Anatole France; la fuerza ideológica de Maurice Barrés; la grandeza en dolores y tormentos de la corriente eslava que va a llenar el mundo, cuando Ibsen y Dostoiesky fijen la atención de la Europa occidental. ¿Y las riquezas fantásticas y los caprichos morbosos de Wilde y de Barbey d'Aurevilly y de Lorrain? No faltaban las condiciones de progreso para tal desenvolvimiento, pero todo se ignoraba: cuando un talento vigoroso como el de Lugones florece, en formas cambiantes en los cuentos de *Las Fuerzas Extrañas*, surge un apresurarse por esos tormentos demasiado trágicos y nace una exhuberante producción literaria de cuya cosecha se salvarán algunas cosas notables. Ya Queiroz, con sus finas novelas y sus cuentos descarnados y raros, comienza a circular en América como un maestro. El panorama de la vida interior está abierto y los espectadores irán contando sucesos maravillosos, desconocidos, en

prosas a veces recargadas, a veces demasiado líricas, pero siempre interesantes.

García Calderón vive en París, siente a su alrededor los encantos y las preocupaciones que soñara en su tierra y comprende el sentido de refinamiento de los maestros que admira. En tales condiciones escribe sus cuentos en un libro de un título nada sugestivo, *Dolorosa y Desnuda Realidad,* en donde aparece un fino literato de gustos civilizados en cierto orientalismo, enamorado de las vidas complicadas y se conmueve por lo inútil de una vida que roba un tiempo de amor, de placeres humanos. En sus páginas vive él, velado en un nombre vulgar; jamás tomará la impersonalidad de un parnasiano ni de un naturalista para vivir con sus personajes, con sus mujeres apasionadas, movidas por un ansia fatal de amar, de ceder su carne. Es un realista, porque sus aventuras son muy humanas; y busca lo extravagante, el límite en donde la voluntad toma una importancia infinita, en donde lo vulgar termina. Nunca se esconde en el desinterés de un espectador anónimo: llega a interesarse en la pasión, en el capricho para decir hasta dónde llega la angustia humana, la duda interior por un ideal irrealizable. Entonces se aleja del mundo y como un viejo marqués, se hunde en el silencio de un castillo real, palpable, pero caprichoso, cruel, con un ambiente de vicios, de gustos orientales por el martirio, por el suplicio lento: tal ambiente es propicio para la profesión de amar que tienen sus maestros. Al extraviarse en los rumbos del peligroso juego de histerismos provocados, se siente el horror al relatar lo que viera en aquellas salas: la inmovilidad, la eternización de un momento único llevado por el dilettantismo al exceso de la locura. No existe nada comparable en riqueza de colores, de forma, de sugestión, lo que aparece en el cuento *El Profesor del Amor.* ¿Recordáis la impresión que nos hizo aquella Jongleuse de la Rachilde cuando abrazada a un ánfora misteriosa siente los espasmos del amor, en un ambiente tibio y a media luz? Hay tal amargura en el relato de García Calderón — de una sensualidad provocada en un goce vicioso e histérico — penetrante en el recuerdo de aquellas raras páginas.

Y no esperéis encontrar aquí un dolor vulgar; el autor relata sus aventuras como si las viviera en lo más hondo de lo humano, sin el interés sentimental del romántico y con la propiedad artística del parnasiano, siempre emocionado, nunca frío. Es aquí en donde reside el calor de sus cuentos. No ha perdido, por otra parte, aquella graciosa flexibilidad de su juventud, sensible en

sus crónicas ricas en movimientos y en detalles. Se complace mayor madurez, una resistencia nada clásica y muy castiza, en su maravilloso mundo imaginario. No va en curvas infernales, en busca de un principio absoluto, de un placer nuevo, de un vicio, de una virtud desconocida, con el tormentoso morbosismo de lo extravagante; no prueba nada: las fuerzas que laboran en el corazón de sus hombres son palpables, obran porque existen con una fatalidad de destino; no encontraréis tampoco esa presencia sugerente que en una sola palabra os relata un mundo de sufrimientos, de teorías desastrosas sobre la vida, el desolado aislamiento susceptible al primer visitante suponiéndole un agente divino, como en las novelas de Dostoiewsky, como en los dramas de Ibsen, como en los cuentos y los poemas de Edgardo Allan Poe.... Y aunque están contagiadas en la corriente que encontrara su señor en las exquisiteces de Monsieur de Phocas, hay claridad latina en sus páginas, sangre nueva en su manera de entusiasmarse por el espíritu humano. Nunca abandona el optimismo eterno de sus aficiones, ni aún en el pedazo de dolor que rompe la armonía de su curva en el cuento *La Obra Maestra.* Si la vida bastó a consumir a un artista cuyas dudas y sensibilidades van formando la novela, hay la promesa de una obra maestra, sombra de un dolor silencioso: ha vivido, ha vivido mucho, y esa vida de la excelencia de un obra inusperable. Siempre se encontrará el afán de lo noble, de la vida, de lo humano. Y por eso, cuando en la suntuosidad de salones lujosos y exóticos prorrumpe la voz de la niña dejada por su madre en manos de un viejo sátiro, con un hondo grito — *¡Mamá!* — perdido en el silencio, "tenue, como apocado y mullido por colgaduras", hay un desgarrarse del alma que pasa un instante, como la queja inevitable de toda alegría, para renacer en una nueva confianza espiritual del mundo.

García Calderón puede ser un atormentado, pero lo es a su manera, movido por la inquietud de las cosas terrenales y no por las del más allá. Ama al superhombre en sus condiciones humanas y no en sus posibilidades divinas. Quizás las paradojas del elegante pensador de Oscar Wilde, Lord Douglas que iniciara a Dorian Gray en la vida, en sentido opuesto de como la sentimos en sus afirmaciones desconcertantes, lo retengan en sus tramas; en ello hay una pose exquisita, admirablemente acomodada a su espíritu literario: no lo creáis arrastrado, ya se burlará de vosotros contando una delicada aventura: *Una chiquilla vino.* ¡Ah!, cuánta distancia hay entre los adolescentes, cómo se separan del

mundo, ambas amando en el dolor, pero una como un silencio, como una sombra en el ambiente del hospital, y la otra, *La Domadora,* en los dientes de un león. La chiquilla murió con el aliento de un vano esperar, sin una queja, buscando, más allá del espíritu, el único amor que conociera. Y la domadora en cambio, por satisfacer caprichos de un lord extravagante, ensayando una vanidad más con la indolencia de un personaje de novela, muere en un ambiente sofocante, incomprensible al heroísmo de sus gracias inauditas. Para mayor burla, lo único que se salva de su lindo cuerpo es un brazo que rodará, "como un amuleto", sobre la mesa del señor aristócrata. ¿Qué vale la tragedia si se puede decir con orgullo: "*My dear,* más allá del terror y de la muerte me han amado...?." Los personajes están presentados de manera descarnada, casi brutal, en una forma viviente, activa. La impresión primera de Sir Robert es imborrable: "Me lo presentó en la Opera de París mi amigo Marcel Lenoir y debo confesar mi desilusión. ¡Cómo! ¿Era aquel hombre el dandy por cuyos ojos penaron tantas ladies y cuyas corbatas se celebraban en sonetos? Estaba físicamente arruinado, aún cuando conservaba el tono aristocrático y mandón de quien viera a salones enteros atentos a sus sonrisas como una orquesta a su director. Pero en sus ojos había "la pata de gallo". Amarillento y chupado, mostraba dientes de oro en su sonrisa; al despojarse del clac ví los mechones lacios de la peluca. Y en todo el rostro vagaba la murria palidísima de un convaleciente de la muerte que se llamara Lázaro. Pero el infierno de la vida — me aseguraba Lenoir — lo había llevado a tal extremo".

Existe algo trascendente en el desenvolvimiento espiritual de Ventura García Calderón que le da a su personalidad rasgos originales: su amor por las cosas y los hombres definidos. Más tarde se le verá trabajar en la crítica con un criterio seguro, porque en tal disciplina prevalece este carácter de su inteligencia. Sus personajes no son muñecos sorprendidos en cualquier lectura, con una psicología prestada, en un ambiente desarraigado de lo humano. La duda, el pesar que nace en sus preocupaciones poseen las energías surgidas del sentimiento de la humanidad. La profunda enseñanza, un tanto enfermiza y al mismo tiempo constructiva de la esperanza, en los propios entusiasmos de la vida, en el silencio del héroe que borrará su nombre en la muerte fingida, es todo el programa del aburrimiento lírico que va llevándonos a las regiones del sueño y alejándonos de la realidad para ser, cuando volvamos a ella, extra-

ños a sus intereses. La propia penetración del espíritu es la muerte lenta, lenta.... Vamos viendo más hondo, hay un iluminarse de cámaras, cuya existencia ignorábamos y cuando regresamos de ese viaje vemos el mundo más grande y trascendental, y somos unos desconocidos, nadie nos entiende: a veces hasta nuestro nombre se ha borrado en la memoria de los hombres; nos contagiamos del indiferentismo universal y en nuestra locura exclamamos, como si ello fuera el primer grito de una verdad: "Soy un ser peligroso: el primer muerto que resucita". Como síntesis ideológica; como prueba de un temperamento pensador pronto a descubrir un aspecto audaz de las cosas, las *Memorias de un Muerto*, es una de las mejores páginas de García Calderón. Su relato es un documento psicológico en donde resalta la tendencia lírica y triste del poeta y marca un estado de transición que hallará un rumbo sereno a sus dolores de solitario. Hay un momento en el cual la crisis interna del vivo-fantástico adquiere un interés inmenso, porque la fuerza ideológica del pensamiento descubre un aspecto demasiado humano: la proximidad de nuestro propio dolor, no como lo sentimos y se fortalece en el corazón, sino como nos lo hacen sentir nuestros semejantes. Después de haber regresado a la ciudad natal, de haber visto cómo se habían transformado las cosas y su nombre había huído del grupo social; después de haber tratado de convencer de su presencia real que nadie creía, pues él terminó para el mundo con su muerte aparente, llega en la trágica presencia de la soledad, a vivir el secreto de su actitud: "Pero idea más terrible no me dejaba entonces dormir. Tal vez estaba muerto en realidad. Había leído que se puede soñar la vida. Dormía horas con los ojos abiertos. En sueños imaginaba entrar en la vida común, otra vez vivo, pero me infundía tal terror que despertaba en sobresalto. Al despertar se abolía por largos momentos esta separación de vida real y sueño. Mi afán de experiencia iba al mismo extremo que yo he supuesto en Lázaro: matarme para estar seguro de una vez de que viví en realidad".

... Quisiera encerrar, en una forma que sea tangible y vaporosa al mismo tiempo, el punto en donde se encuentran las potencias psíquicas venidas del más hondo silencio del instinto, y constituyen la ley universal de la atracción en los hombres y en las cosas. Cuando logra aprisionar ese instante de la vida en el amor — y sólo una vez se ama en la tierra — sus palabras ayudan al arrebato divino y el ambiente pone una esencia misteriosa en la paralización del tiempo. Es el caso de los enamorados de *Un*

Beso, nada más, cuyo idilio se hunde en la plata de un lago enlundo, en las sombras que abandona la nube fugaz, en el sordo rumor de unos remos inmovilizados sobre el agua por miedo de despertar la noche: es un ambiente necesario y por eso nada tiene de romántico. Recordad que es un instante único en el fondo del cual está la muerte o un amor no logrado en la forma carnal; y aquellas almas deberían unirse en los cuerpos, en las almas o en cualquiera otra formá. Y después de las palabras de la rusa que exigen como prueba a su amor la muerte, vino la escena esperada: o un beso o la satisfacción bestial, algo que fuera cumbre en el deseo. El hombre, y ella también, tienen miedo y las palabras poseen un sentido de desengaño, de desesperación, porque siempre queremos lo eterno, lo infinito en la dicha.

"¿Cómo podemos probarnos que nos queremos más allá de la muerte? Mira esta arma pequeña. Piensa qué dulce sería morir juntos. Yo no sé que dije. Mi carne flaca y miserable tuvo miedo. Tuvo miedo de esos brazos que querían llevarme consigo hacia la sombra.... tuvo miedo de esa boca que debía ser fría como la muerte. Pero no lo era, señor. Cuando retrocedía aterrado, sentí que dos labios se deshacían en los míos, con el beso más cálido, más profundo, más agonizantes, más terrible... Fué como un minuto de desmayo" .

A cada instante se presenta la misma inquietud, semejante afán por el dolor insatisfecho, por la angustia, abriendo una infinitiva variedad de sensaciones vagas y sugerentes, cuya representación nunca la encontramos definida, a pesar del amor a lo concreto, manifestado por García Calderón. Sus cuentos no tienen, a decirlo de manera amplia, argumento; la trama hábil no hay que buscarla ni tampoco la desenvoltura del diálogo, de gracias sugestivas en el relato que interrumpe un paisaje, un silencio. Pero en cambio, qué admirable exposición, qué modo más exquisito de definir una situación, de acelerar la curva de los pasajes importantes. Sus cuentos son las memorias, son el diario inquieto de un hombre que inquiere en el aspecto eterno de las cosas un sentido misterioso. Los temas son inagotables, constituyen el espectáculo inagotable de los sueños, de las ideas, de las pasiones, de la vida.... Decae allí en donde abandona el interior del espíritu para relatar una aventura desteñida, con la importancia efímera de un adorno. Aún en tales relatos el estilo es siempre delicado, nítido y terso, la metáfora adecuada a un estado, a una circunstancia.

IV

La poesía lírica desnuda de todo culto exagerado por las formas sentimentales, ajena al vano clamor de lo incomprendido, tiene sus notas en la obra de Ventura García Calderón. ¡Poeta! Lo es en el más íntimo de los sentidos, en el más profundo de los significados, aún cuando su personalidad no se haya desenvuelto en esos rumbos ignorados con la abundancia de los otros géneros literarios. ¿No basta una sola nota emotiva — cuando en ella hay la sinceridad escanciada en el puro cristal de una forma bella — para reclamar a quien la despierte el dictado de artista, de poeta? Un solo temblor de alas, el roce del espíritu allí en donde el dolor acibara la alegría, la múltiple inquietud del mundo que viaja hacia el olvido; ¿qué más pedimos al poeta sino que nos lo haga sentir con la nostalgia de una experiencia vivida? Qué significado tienen estos versos y estas prosas líricas; qué honda confesión la que vuela, en un viento otoñal, a través del ritmo interno, nada místico, nada mundano; cuánta fragancia y cuánto capricho el de la serenata acompañada en la música de una guitarra, melancólicamente. ¿Cuál es el sentido de *Cantilenas?* ¿En verdad responden sus desgarramientos al llamado que hacen a las Moradas de Santa Teresa, con ansias de destilar un fuego que "adentro es grande"? ¿O será un juego *de l'amour des phrases,* como en la paradoja de la enseñanza de Barrés? Hay algo de todo; pero un mucho de sinceridad, un recio apegarse a la vida, un fuerte optimismo simbolizado en aquella *Ala y Garra* que adorna todos sus libros como un signo heráldico. Y aunque el dolor surque, con las alas extendidas, un amargo oceáno de desencanto siempre se verá la búsqueda de un viento favorable, el punto que limita el horizonte movible de las aguas no en el odio hacia lo indefinido, al placer de la aventura, sino porque de aquel punto se podrá partir hacia otras regiones, con los alientos del desengaño, con la esperanza de algo mejor. En ese sentido es el poeta del *au delá,* en la convicción de quien conoce su existencia fatal. Sin embargo, es un poeta de añoranzas, de recuerdos que vienen a anidar en su prosa alada, en sus versos fragantes. Ahondando en sus ansias infinitas por una vida que se va tan callando gana en la forma impecable, de elegancias desconocidas en un riqueza de colores crepusculares, autumnales, a veces grises, pero tendiendo a la brillantez que el tiempo desgasta.

Cantinelas marca un punto trascendente en la evolución espiritual de su autor, porque allí se aunan los más arrebatados impulsos del alma joven, consciente de sus fuerzas y la robusta penetración de una inteligencia que ha alcanzado el dominio de la forma y la serenidad de la emoción. Sorprende que el artista aparezca en la curva de su espiral evolutiva con las notas líricas que lo definen como a un poeta nada corriente en nuestra América, cuando se le creía olvidado de las cosas hondas y de sus expresiones humanas.

No se podría aventurar una opinión audaz, pero si este espíritu hubiera comenzado su carrera como la de Darío, acaso como en el dulce maestro habría tenido dos épocas no del todo desemejantes, puesto que hay una gran distancia entre la vida de ambos artistas, representativas de las tendencias transformadas por los años. De la última época habrían sido *Cantilenas* de tonalidades semejantes a una canción nostálgica si bien en algunas páginas hay la fragancia del amor presente, de la alegría, de la juventud. Nunca fué mayor el triunfo de la emoción, aspirando al recogimiento en el olvido de una forma bella, evocadora de días muertos, de perfumes que aún impregnan el recuerdo. No es que relate el encanto sugerente de las cosas viejas, de una historia ligada a nuestras vidas, como lo hiciera en versos impecables Amado Nervo. No; su poesía es una poesía sensual, atormentada por la carne, por el amor dado a una mujer en un tiempo efímero: es algo que habla inconfundiblemente de los minutos perdidos en terrazas lejanas en el espacio, en los instantes de la felicidad, en tierras que conocieron su "don triste de la vida", de momentos intensos que se aspira a sentir de nuevo, pero ¡ay!, huyeron con la juventud. Por eso sus versos son eminentemente sugestivos y su comentario estará en afinarlos en la más íntima música interior. Usa el finísimo *sens de nuances*, con una sutil musicalidad, *pianissima*, adormecida en la suave melancolía de un pensamiento delicado o de una escena viva, desenvuelta en la penumbra. Y siempre buscará la extensión del mar, la simbología de las cosas marinas, porque allí en esas barcas que llevan lo mejor del espíritu, está la movilidad; al incesante agitarse de un onda que borra otra onda, un rumbo indefinido en un horizonte indefinido. No es otro el sentimiento de las admirables piezas, tan palpables, tan reales, *La Aguja de Marcar, La Misma, El Barquero Negro.* Pero sobre todo sus cuerdas tienen la entonación constante de los amores idos, del sentimiento de las cosas amadas en el pasado y de las posibilidades

que hubo de amarlas de otra manera y entonces florece el sordo rumor de lamentación de elegía profundamente otoñal, un tanto becqueriana, de música tan sutil que se apaga en cada estrofa, dulcemente. ¿Sentís cómo llega al fondo del corazón la inquietud del poeta que pide "un día, una sonrisa, y el olvido para siempre jamás"? Y hay el afán de gozar hoy la vida porque será tarde mañana, de oprimir todas las cosas, con energía, con entusiasmo, porque el mundo es bien que se va y huye; tal filosofía del bien presente la irá a desenterrar en *Los Rubaiyat* porque

Omar Khayyan no se equivoca:
beso y vino para la boca
hasta que el alfarero divino
rompa tu brazo y vierta el vino

El poeta es también un admirable paisajista y dibujará cuadros de un Versalles conocido, de una Venecia silenciosa, de un Toledo soñado, de los parques de París en donde vivimos un amor, un sueño, unos versos. Entonces sale de su lápiz el magistral *Apunte Veneciano,* uno de los mejores sonetos del libro. Triunfa la precisión, la gracia del contorno y el matiz sugerente, en una media tinta.

Si en el verso de Ventura García Calderón preside un ritmo que denota el conocimiento de los recursos musicales de las palabras y las ideas, en su prosa lírica se halla al prosista insuperable, de contorsiones audaces, desenvueltas en la perenne serenidad de su aristocracia de artista: ha encontrado el ritmo difícil de la prosa, ha descubierto el compás armonioso del período al cual se creía desprovisto de toda medida. En él sorprende la acompasada regularidad de la frase, puesto que no ha partido del verso para llegar a la prosa, sino de ésta para alcanzar quél. En formas impecables, esculturales, de suave ondulación que prende su vuelo en la más pura sencillez, circulan los motivos de sus prosas dándoles el encanto de una estátua vuelta de pronto a la vida. No es el parnasiano que traza una escena, implacable, severo como el orfebre renacentista, en un medallón de oro: es el simbolista de la época angustiosa de Verlaine, cuando sintió la responsabilidad del mundo..... El artista que quiere vivir con pasiones desbordantes, pero con gustos refinados, con gracia. Y los motivos responden admirablemente a sus aspiraciones, porque si no los busca en su reino interior, va a los momentos interesantes de esos hombres cuyas vidas le obsesionan. La ori-

ginal belleza de sus páginas está en la modulación infinita del dolor, de la pesadumbre, acallados en la dulzura de sus frases armoniosas. Sus páginas son para leídas en un ambiente de tranquilidad, en una media noche de invierno, porque la fragancia que surge de sus tonos en sordina reclama el silencio, la soledad.

La manera de sentir el mundo es personal en *Cantilenas:* no se le desdeña con la letal tristeza de algo incomprendido; más bien con la tristeza de haberlo vivido, de haber saboreado hasta la esencia de todos los placeres, la dulzura de todos los labios. Es una tristeza colmada, sí; pero nostálgica. Se confunden todos los pesares del espíritu nacido para el mundo en la claridad de una gran ciudad y que ha pasado su infancia bajo "otras estrellas distintas, en un raro y lejano país...." La sombra de América, el grito de la sangre americana, trae con el dulce abandono que vimos en el indio, y sentimos en las bocas morenas de la novia criolla, el escalofría de la *Elegía* en tono menor, que es el pórtico del jardín lírico, y melancólico, con un ambiente de besos, de formas turgentes, de tiempos idos.... Ensaya sus fugas románticas, de aristocracia rebuscada, el surtidor de una pena que expresa, en la curva cantante de sus melodías, las vicisitudes de un sueño irrealizable y de un mañana que pronto será ayer. Y aunque merced a la Amada á quien confidencia sus temores, conozca ya "las exquisitas mentiras y las *calinas* frases que son en la comedia del sentimiento, más verdaderas que el amor", siempre habrá cosas que lo separan de París, la ciudad predilecta en los sibaritismos de sus hechizos, y de las locuras y los gestos galantes. Se es americano y se tienen *tristezas únicas:* se oyeron las cantilenas melodiosas, infinitas, en los caminos de las serranías, de los últimos habitantes de una raza casi extinta, bronceados por el sol y el dolor en las claras mañanas de un pasado que deja su sedimento nostálgico en el alma. De aquí la congoja indecisa del espíritu que ha adaptado una civilización y en cuyo fondo existe un principio de humanidad adquirida en otros paisajes. Ah!, hubo manos blancas enlazadas á las nuestras y que, en instantes de silencio, iban dejando en la arena del parque nuestro nombre, borrosamente; y aquel parque no era el nuestro, era un sitio adoptado, en cuyas alamedas flotaba un hálito extraño al espíritu y sin embargo lo amábamos. No es posible libertarse de "la tiranía de la sangre".

Tal sentimiento de desencanto, desilusionado de un consuelo que no llega, palpita en todos los rincones de su jardín,

aún en los refugios más íntimos de su melancolía a media voz. Y habráse de encontrar semejante tristeza, sentida en más de un maestro francés, en su amor a Versalles, a imágenes empolvadas, con un tanto del misticismo de Dante Gabriel Rossetti y mucho de la sensualidad de los pintores del Renacimiento veneciano y florentino, en su lamentación por los ensueños, en su filosofía del bien presente, porque todo pasa, y la vida es una leyenda en perpétuo devenir.... El flotante misterio de sus prosas de un origen romántico depurado en la fuente verleniana y pulido en las canteras del parnasianismo, se detiene un instante, con una maestría de gestos inopinados y encatadores, en la sutil evocación de Oscar Wilde, el poeta más hondamente humano de los últimos tiempos. Hay tal pesadumbre en esas páginas; tal miseria en el deseo de Wilde, tal claridad desesperante, que se comprende el sentido de la magistral *Balada de la Cárcel de Reading*. Siempre la lucha interna de vernos en las múltiples transformaciones del minuto pasajero; y pide entonces el dandy caído en desgracia un espejo para espantarse, para imponer a su rostro una alegría fingida y no quitarle la elegancia que lo hiciera famoso: un espejo para verse llorar y corregir la fealdad perenne que deja el llanto: así se hubiera sentido menos solo, hubiera podido medir el destino de su alma y perfeccionar "su sonrisa perpetuamente impávida". *El Espejo de Wilde* constituye, con *Un Hombre de Luto en un Paisaje Gris*, una de las páginas más serenas y más intensas del libro.

Esta colección es la obra maestra del prosista; ha puesto en ella el dulce ritmo del espíritu en una forma insuperable. Vano candor sería exigir obra más alta a un artista que trajina, con la seguridad interior de una profesión en la cual se es maestro, en el cuento psicológico, en la crónica ondulante y matizada, en la crítica seria, alejada de todo rumor irreflexivo y tendiendo hacia las cosas bellas y profundas. Está concebida en la media tinta gris que resalta en sus paisajes otoñales y nunca sube el color en tonos exagerados: y sobre el cinerio ambiente la duda, el bien de la duda, del ensueño, del amor eterno a la novia imposible, a la mujer que amamos tristemente porque mañana será recuerdo. Y nada que no sea silencio o la propia maceración espiritual. Si alguna vez alcanza la suprema belleza de la carne y de las locuras femeninas, se expande una nota de juventud, como en *Cantar de los Cantares*.

¡Pero tanto bien es pasajero!

¿Una manera de Ventura García Calderón? Suya es la que-

ja como de fuente abandonada, el canto que no habla de princesas encatadas, ni de sonrisas en la boca de Eulalia, ni de abates libertinos, ni de raras filosofías helenas o indús. Es la música aristocrática que ensayara, en el limitado campo de un espejo, la mujer rubia, vista en sueños, que todos sentimos vivir muy lejos del mundo. No es posible leer estas páginas en voz baja, ni una sola vez: la necesidad de verlas flotar en el ambiente, encarnadas en una melodía que trascienda a esencias místicas, se impone, como se impone el silencio en los poemas adoloridos de Leopardi.... La manera de Ventura García Calderón es inimitable porque, precisamente, no está en el orden de las palabras, en la cadencia leve de la frase, sino en el "rhythme interne" que reclamaba Pascal en toda expresión. Ha logrado de tal manera simplificar la emoción, sin desnaturalizarla y menos aún sin darle un sesgo artificial; cada palabra pide la siguiente en un encadenamiento espontáneo: es como el sentimiento luminoso de un rayo de sol apagado en la sombra de la capilla, tras de quebrarse en el vitral gótico. La manera que lo singulariza es una manera interior, de recursos verbales sugerentes de una sensibilidad exquisita. Sin embargo, García Calderón no es un místico en el sentido moderno de la palabra; no es un espíritu cristiano, ni religioso, porque más bien preferiría aprisionar una ninfa en plena selva que llorar la fe perdida. Es una alma pagana con gustos de hombre civilizado. La monotonía de su canto de amor, en las más finas formas, ese resbalarse de la pasión en las líneas de una estátua de jardín que viera el primer rubor de un beso, y la melancolía del recuerdo de un guante, una flor, una carta, todo llena su espíritu nostálgico y civilizado, americano y parisiense. ¿Oiste alguna vez, en noches de insomnio y añoranzas, el canto de un surtidor, cuya curva transparente la adivinábais tras el damasco de la cortina? ¿Visteis a una mujer revolcarse en un lecho de amor, mientras vuestra pereza os sumía en un sueño lejano, en paisajes ignorados, fantásticos? Todo lo encontraréis en el autor de *Cantilenas*, en el maestro de la prosa castellana y de las crueldades refinadas en la mente, que palpita en el placer de analizarse y gozar en el dolor. No pueden pasar inadvertidas en este ligero comentario, dos páginas en donde el autor ha condensado su manera definitiva de prosista — aéreo y penetrante en la suave esbeltez de la imagen precisa, esfumada un instante en la sombra del sentimiento para reaparecer, con movimientos moderados, en la transparencia de una caricia musical—; tal gracia constituye

su modernismo, de sencillez clásica y caprichos parisienses: el cuadro simbólico *Robinsón* y el relato heleno *La Leyenda de Pigmalion*. ¿Y el colorista sorprendente que en una frase sintetiza un cuadro completo? En García Calderón se verá siempre el afán de la síntesis, cualidad que le ha dado su fuerza como pintor definitivo. La descripción que hace de Toledo es maravillosa y está en una sola frase: "Era Toledo: un río torvo y un castillo roquero, bajo el cielo tallado como cantera de mármol". Y así de Versalles, de París, de una estampa cualquiera, como la sutil miniatura de Fragonard.

Además, busca siempre la metáfora delicada, fina, sugestiva e imposible por lo irreal. Y entonces dice de una compañera indiferente, que "escribe en el espejo, con el diamante de la sortija, un nombre más"; y llama a las libélulas "dilettanti" y dice de los vasos para flores que son "largos como ibis", y se multiplican las delicadezas, los encantadores rebuscamientos, menudos, aristocráticos . . .

V

La personalidad de Ventura García Calderón ha buscado un sentido integral en todas las manifestaciones del espíritu literario. Y tal preocuparse por la armonía intelectual tendiendo desde su adolescencia hacia el humanismo — hasta donde es posible en la civilización presente — ha creado la múltiple forma de un criterio humano de la inteligencia, difícil de asir en un estudio de crítica. No se le podría hacer el reparo del dilettantismo que ensaya, cada mañana, un nuevo despertar del espíritu buscando la razón precisa de la tendencia central, siempre falsa, porque no es hija de la voluntad de crear, de creer. En todo camina con seguridad y presenta, casi simultáneamente, las más distintas orientaciones mentales. ¿Acaso se adormece, como en Sainte-Beuve, lírico para nacer el admirable crítico, el sagaz cuentista? ¿O es acaso una característica de su inteligencia manipular indistintamente con todas las cosas internas? Más bien, junto al claro florecimiento del espíritu, predomina el acento interno que, como un motivo ignorado, trasciende a través de su obra. La fuerza de corazón, la magnitud psicológica y el sutil misterio lírico de sus libros los hacen inconfundibles: por ello ha podido ser cuentista, crítico, cronista, poeta altísimo, y será — el día que publique sus novelas inéditas—, un gran novelista. Trata de prender, en todas las posibilidades artísticas, el secreto

de lo bello, la afirmación de la verdad, movible y cambiante: es el lírico que presenta, en medallones esculpidos con un cariño renacentista, la sensibilidad de las páginas escritas por hombres admirados, y en tal admiración hay la continuidad serena de un gusto finísimo. Su manera la aprendió en el genio francés, que comienza una trayectoria de acción, con la ondulante regularidad del círculo y nunca perderá el ritmo y mirará el punto de partida para regresar por otro rumbo tal vez diferente, pero que cierra armoniosamente el primer arranque: es el sentimiento de Renán al declarar en los últimos días de su existencia que si le tocara vivir de nuevo, casi en nada la cambiaría.

Aquí es en donde se separa García Calderón — junto con muy pocos talentos litrarios de allende el Atlántico — de la corriente espiritual de América. No se le verán las brusquedades, siempre geniales de Lugones, ensayando hoy la música de un exotismo rebuscado para cambiarla, violentamente, por el ardiente impulso de la pampa y esculpir la estatua magistral de Sarmiento; ni las maneras inesperadas de Chocano; ni las levedades, a ratos perdidas en la bruma, de Amado Nervo; continúa la tradición exquisita de Darío; el modular impecable de Rodó, y enlaza, en sus ansias literarias, el criterio libre de virtud que aprendiera en Baudelaire con el parnasiano sentimiento de la vida de Leconte de Lisle. La continuidad de su obra es sorprendente, aunque salte desde su primer volumen, en ondas graciosísimas y de peligrosa ejecución, por los vericuetos de las disciplinas más distintas. Sin embargo, no creáis que desmiento el dolor de los años, la amargura dejada por el mundo en el espíritu; su lirismo va madurándose, su crónica se define más y más y sus páginas de crítica van tomando la seguridad que lo llevan a estudios definitivos en la literatura castellana. Es un sereno cuya serenidad tiende a subir, sin contorsiones disonantes, a una plenitud que ya se adivina en su vida futura. El gran sentido de confianza en sí mismo, de renovación, sin el escepticismo de Amiel, y sin el concurso de su fe que cristaliza obras en donde hay acentos imborrables por lo eternos, justifica el sentido de las palabras con que me declaraba su admiración por Ventura mi amigo Gonzalo Zaldumbide, al decir que es la personalidad más eminente, en la literatura de América, de los hombres de su edad.

En donde concuerdan los encantos del estilista, las maravillosas facultades del lírico y el juicioso sentido del gusto, es

en sus libros de crítica: todo está unificado en el hombre que posee una cultura vasta, aligerada por la simplicidad oportuna de la cita, nunca recargada y siempre leve en el matiz discreto (1). Acaso ha alcanzado la plenitud interna exigida al crítico al imponer un tono de seriedad en el viaje emprendido, en la compañía de los artistas que analiza, por alamedas que le son bien conocidas. Porque allí en donde comenta al poeta tiene rasgos poéticos; en donde penetra al ensayista busca la modalidad que se ajusta al ensayo; en donde el novelista detiene sus pasos se deslumbra en la síntesis un poco apresurada, de un concepto de novela que admira sin seguir. Sus críticas tienen toda la amenidad de una *causerie*. No comenta, ni analiza con la impertinencia de un erudito y menos aún se jacta de un ligero impresionismo: criticando crea, ajusta emociones y salen de sus manos al bronce, brillante y de formas esculturales de González Prada, y en la estátua que esculpe de Rubén Darío, se opera el milagro de la vida, y desliza una pincelada en su retrato literario, acaso recargado en comparaciones inútiles, de J. Herrera y Reissig.

Hubo instantes de evolución literaria en que se creyó, con el impulso dado por Taine a su secuela de crítica histórica, que el hombre era reflejo del ambiente: en tal corriente la crítica tomó un significado científico, encontraba, por ejemplo, en el desenvolvimiento de la vida, y en la época de Isabel de Inglaterra la justificación de las tragedias de Shakespeare, que son más eternas que inglesas. Este impulso era verdadero hasta cierto punto: a la crítica le faltó el sentimiento del arte y humedecida en la ciencia, perdió el encanto de leyenda y de cuento que le diera la antigüedad. Las más admirables páginas de Taine son precisamente aquellas en donde no fastidia con sus tendencias; aquellas en donde cuenta la vida de una corte italiana con sus encantos humanos, universales, y expresa el sentido profundo del dolor eterno que asoma de siglo en siglo... Es bueno poner al hombre en el medio ambiente que lo produjo, pero, además de existir muchos medios de civilización que lo im-

(1) — La labor crítica de Ventura García Calderón es muy amplia, pues ha dedicado sus energías a dar a conocer, al público latino de Europa, el movimiento de las letras castellanas. Además de su crítica, obras, existen, en revistas y periódicos de Europa y América, numerosos artículos críticos que todavía no se han recogido en libro. Sin embargo, la más trascendente de su obra crítica está en los libros cuya bibliografía se encuentra al final de este *Ensayo*.

piden, es mejor extender su acción al mundo, al espíritu universal del mundo. Sobre estos principios se desenvuelve la crítica de Ventura García Calderon, atendiendo siempre a la parte profundamente humana del hombre cuya obra comenta. Alcanza gran magnitud su manera en el magistral estudio sobre Rubén Dario que constituye, con la semblanza de Rodó y el erudito ensayo de González Blanco, una de las páginas más nobles y altas, escritas sobre el dulce maestro. (En francés es el mejor estudio que se ha publicado sobre Darío). Páginas densas y deliciosas, en las cuales hay toques líricos que alcanzan a sentir la presencia melancolica del autor de *Cantos de Vida y Esperanza.* "Entre la Catedral y las Ruinas paganas", el más hondo capitulo del ensayo, en la página armoniosa de quien sintió la congoja espiritual de la vida, distendida entre un deseo que tiene la inteligencia hacia una tarde del Acrópolis, magnífica en líneas puras e ideas serenas, y el corazón hacia el silencio de una jornada nazarénica, plena de parábolas. Es la manifestación humana que ha encontrado el ritmo de la prosa dulce y el entusiasmo del espíritu escéptico con conformidad y expresa, en la concurrencia ajustada a una sola nota de tristeza, la lucha del hombre genial. Si Rodó pudo decir *las fiestas galantes de Versalles,* llenas de fugas, de aticismos refinados, de cisnes y de princesas maliciosas, en la musicalidad única de su estilo, cuando vagaba en un silencio de mármoles que tenían mucho de paganos y mucho de artísticos, García Calderón, en forma no menos armoniosa, se interna en el alma del poeta que nació "únicamente para quejarse". Sus dos ensayos (1) sobre Rubén Darío han traído a su personalidad, un rasgo de serenidad en sus ideas y en su prosa exquisitamente delicada. Fuera de lo admirable en el tono del estilo — una *boutade* rara en nuestras letras—, García Calderón ha definido la acción, las fuentes, el genio de Rubén Darío, en síntesis que tienen el prestigio de ser imparciales. Conoce en dónde está el origen del mal del poeta — un desarraigado que tiene "el temor inentrañable de la muerte" — y cuáles las corrientes que sigue en la curva de sus inquietudes, y por lo tanto no se engaña en el reproche que lanzara al poeta de *Prosas Profanas* cuando piensa que en el canto de lo perfecto también hay tristeza y pesar humano. Acaso sea un poco ligero al juzgar la prosa de Darío, a la cual

(1). — Preface a *Pages Choisis de Rubén Darío* (France-Amérique) y *Rubén Darío* (Mercure de France).

ve de lejos sin el cuidado de análisis que requiere, pues en ella hay modalidades un poco ignoradas e incomprendidas y que García Calderón conoce como ningún crítico: algunos de sus *Raros* tienen la fortaleza del bronce y en ellos el tiempo va dejando una pátina que los cubre de majestad.

En el interesante estudio sobre la *Literatura Uruguaya*, publicado en la *Revue Hispanique*, en colaboración con el distinguido escritor Hugo D. Barbagelata, además de un completo conocimiento de las fuentes y de la evolución literaria de la República Oriental, se destaca el ambiente del país. Ensaya reconstruir, con precisión admirable, digna de las serenas páginas de Taine, cuáles fueron las causas profundas del florecimiento espiritual de la nación. Y no sólo descorre el panorama de la vida literaria; presenta el concurso de las fuerzas políticas y sociales, uniendo la múltiple influencia de las circunstancias y definiendo el carácter del pueblo. Páginas en donde muestra la facultad maestra de unificar su talento crítico. Entonces pone a moverse a los hombres en medio de la acción más contradictoria, pues aún predomina el principio de sumisión al jefe español: son páginas candentes, fuertes, aquellas en las cuales pinta el paisaje, la tristeza del ambiente y del brillo que irá dándole contorno a la vida en medio de la lucha por la libertad. De esta melancolía salen las primeras entonaciones de una poesía primitiva, que tiene "por tema exclusivo la Libertad". El poeta se identifica con su caballo en tal época de incertidumbre y si compone *cielitos* para languidecer, errante por montañas y ríos, confunde el amor de la novia con el amor de la patria. Y más acentuadamente es el desarrollo de aquellas luchas, pues "Montevideo es una encrucijada de argentinos, portugueses y brasileños". Falta paisaje, no emoción lírica a los cantos de aquel despertar. Como consecuencia de la intempestiva formación nació el poeta del pueblo y con él la poesía de las ansias populares, continuando, en forma apresurada y con caracteres que no imprimen ningún distintivo a nuestro desenvolvimiento propio, el camino que ha hecho nacer el arte de manera espontánea en el seno de los aglomerados primitivos. Bartolomé Hidalgo es, en el sentido universal de la palabra, primer poeta uruguayo; "un oficial de barbería (Bartolomé Hidalgo) fué quien cantó los primeros triunfos, rudo y tierno a la vez, como su raza criolla, mezclando interjecciones de establo con diminutivos cariños de *vidalita*.... Sus poesías con *cielitos* que cantarán en las guitarras los apoyadores, son diá-

logos de vate primitivo, de cada campesino, con toda la fresca ingenuidad y el hondo sentido justiciero de los pueblos amerîcnaos. Así florece definitivamente la poesía espontánea de nuestro suelo. Ya no es la copla violenta, no es el romance. Las más enérgicas declaraciones de los *cielos* tienen el acento pintoresco del gaucho y contrastan escandalosamente con las odas pomposas de independencia".

Y así sigue la curva de la evolución, en donde se confunden los más audaces ensayos por una literatura regional, con el apego al clasicismo disecado que llegara a América, de España. Es una época de transiciones difíciles que coinciden con los desastres de la guerra y con las zozobras de la política en la cual figuran todos los hombres de letras de aquellos momentos. Si vemos este aspecto general de la vida incipiente del Uruguay, estudiando de manera profunda y con profusión de datos y gracia de estilo en el libro, es para trazar el conjunto que nos lleve a adivinar el florecimiento de las páginas sobre los más altos maestros uruguayos y sobre sus períodos, que más tarde reunirá García Calderón en su hermosísimo libro, *Semblanzas de América*. Alcanza su brillo de historiador y analista en el capítulo sobre *El Romanticismo Uruguayo*. Nunca se olvidará el acento ferviente y admirable con que describe el sitio grande de Montevideo, porque domina una efusión, serena y leve al mismo tiempo, al pintar la vida indecisa de la ciudad heróica, extendida entre los años de 1842 y 1851. Hay una rápida transformación que va dando un sesgo nuevo al ambiente, porque en tal renovarse están transformándose los valores espirituales. En estas circunstancias nace el romanticismo americano, que no es un movimiento esporádico ni fugaz, sino hijo de las virtualidades de la raza; pues aún se dilata, disimuladamente, en las letras de nuestros días. Son bien conocidos los valores del romanticismo en América, habiéndose estudiado el problema en varios libros de una trascendencia inmensa en el desarrollo histórico de nuestras naciones, para detenerse a traginarlos de nuevo en un ensayo ligero. Sin embargo, sobre el panorama infinito en posibilidades y casi pobre en realizaciones; sobre el estancamiento espiritual que encuentra muy pocos aciertos de expresión literaria; sobre el agitarse de la vida americana tendiendo siempre a confundir la misión del hombre de letras con la del político, define García Calderón estudios impecables como los que dedica a Adolfo Berro, poeta por excelencia romántico, y a Juan Carlos Gómez. ¡Manera fina

de analizar a este hombre, poeta, periodista, político y revolucionario que aparece en la más grande agitación rioplatense! Y no se detiene a encontrar en el hombre las múltiples facetas de sus afanes humanos, sino confunde en el análisis audaz de su obra la influencia que ejerce su clara inteligencia en su patria. Es una de las pocas páginas en donde trata de enlazar la vida del hombre a su obra, quizás porque en Juan Carlos Gómez la vida es tan importante como la obra. ¡Y cómo logra hacer resaltar tales aspectos sobre un paisaje incongruente, pues el escritor es un adariego que no descansa hasta el día de su muerte! En el mismo sentido, pero con mayor precisión y abundancia en el panorama, netamente americano y por ello encantador en sus páginas, es la silueta de Marcos Sastre.

En la indecisa vida literaria que atraviesa, abreviándolas, las corrientes ideológicas de Europa — sin asimilarlas de manera típica ni definitiva — aparece el paréntesis de silencio que aguarda *el que vendrá* con el mensaje de una esperanza humana y libertadora a mover las fuerzas de América. Y aunque haya el dolor de una ansiedad que nunca se realizó en cuanto se escribiera en aquel entonces, cuya tristeza encontrara su nota en la declaración escéptica de Zaldumbide cuando comenta el primer anhelo de Rodó: "El que debía venir no vino, ni ha llegado hasta hoy. Esperósele, sin embargo, con una ansiedad que aún nosotros, venidos más tarde, conocimos en su última forma". Creyóse encontrar en el prematuro magisterio de Rodó el que venía con la rama de olivo de una afirmación en sus prédicas serenas; pero no, allí no había sino dolor de un joven que expresaba, en forma desconocida hasta entonces en la literatura americana, una queja ajena a la nuestra, pues en sus ideas se deslumbra un sentimiento universal opuesto, hasta cierto punto, a la vida de las jóvenes democracias. García Calderón presenta al maestro, en su hermosísimo estudio, en el instante en que, con un dulce dilettantismo y un gusto depuradísimo, comienza las prédicas americanistas. Y no porque trajera un modular exótico a la prosa, más bien clásica y ligeramente modernista, ni porque su pensamiento fuera original; pues lo consechó en sus viajes por las páginas de Renán, de Guyau, acaso de Emerson, en el silencioso tiempo de la época de Platón; y su sentimiento de la emotividad del bien lo encontró en los Evangelios comprendidos como fuentes de belleza y no de moralidad. De allí le viene el delicado término medio resumido por García Calderón en su alejarse "de las estrechas negaciones y de los en-

tusiasmos aventurados". Comienza su círculo ideológico anunciando una aurora de virtualidades humanas y penetra después, en la compañía de Darío, en los jardines de Versalles, ajeno a su misión de pensador, pero hace su excursión galante en "su desdén magistral a la falsa democracia". Hay rasgos de una cultivada aristocracia que se respira en un ambiente a lo Watteau en aquella delicada fiesta verleniana, con una suave música ajustada al motivo de la evocación.

Y llega el maestro de *Ariel*. Toda la gracia del instante va a darle un renombre al que no renuncia sino para trabajar en el silencio la otra parte de la obra, en la cual encuentra Ventura un brusco cambio de *manera*. Aunque la fuerte evocación escénica de las parábolas aligeren las páginas cansadas no obstante lo amenas, *Motivos de Proteo* es un libro de perspectivas indefinidas que nunca encontraron el rumbo. García Calderón ha determinado el valor de este libro, con audacia que pareció irrespeto. "Un sembrador salió para sembrar, como en la Biblia, pero lo han distraído las abejas", dice el crítico con sus habituales síntesis, y presintiéndose como el espectador que continúa la posteridad de una misión, separa de las "grávidas obras, como de los libros juveniles, aquella menuda carga lícita, según un alto espíritu de Francia, para estivar el ligero esquife que, sobre el río del olvido, navegue sin hundirse. Nuestra admiración ha desgajado ya, en la *Vida Nueva,* el cuento de Oriente y la romanza final. Agregaremos, como figuras de proa, en el esquife las efigies de *Rubén Darío* y de *Bolívar*. Unas cuantas parábolas florecerán la barca galilea, y en todo el resto podrá hacer el otoño su estrago magnífico".

Podrá no convenirse con el crítico audaz; podrá desconfiarse de sus gustos tan exquisitos, pero en sus maneras llenas de seguridad, no se sentirá el afán descuidado de la crítica que hacía de Rodó un pensador invulnerable. En cuanto al artista, lo respeta como nadie. Confirman sus inquietudes — en las cuales ha puesto el alto criterio que siempre descubre la parte perentoria y la parte eterna de una obra — la corriente que también reclamaba en la personalidad del maestro americano una madurez más humana y menos libresca.

Para completar el ligero apunte sobre la *Literatura Uruguaya,* diremos que los tres estudios sobre el poema Zorrilla de San Martín, Julio Herrera y Reissig y Carlos Reyles, constituyen una trilogía admirablemente bien hecha y en la cual resalta el medallón del autor de *Los Extasis de la Montaña*. Aca-

so un poco prolijo en comparaciones innecesarias y un tanto indecisas al definir la personalidad curiosísima del poeta, alcanza su semblanza un desenvuelto eclecticismo que muy pocas veces mostrara.

Obra de civilización aunada en el ansia de acercar más y más el espíritu de América, que encuentra en la inteligencia de este admirable escritor una gran personalidad, es la de ir deslumbrando con la evolución espiritual de cada pueblo del Continente. Hoy presenta el estudio de la literatura en el Uruguay, en compañía de Hugo D. Barbagelata, mañana dará una síntesis de *Literatura Peruana.* Sería de desearse que a esta inquieta preocupación añadiera, con la gracia y la devoción que le son únicas, un programa en donde se abarcaran todas las actividades de Latino-América. ¿Será posible cumplir una tarea tan alta por lo que tiene de humana y espiritual? Pero no: el artista busca otros rumbos más universales y relatará, en ligeras páginas de encantos novelescos, un ambiente limitado en comentarios plenos en caprichos maliciosos y venturas sencillas; algo así como el reposo de la excursión por una selva espléndida, inmensa, en donde los senderos los iban abriendo nuestras propias manos . . . .

Después del brillante estudio sobre el Uruguay literario, Ventura García Calderón ha dedicado sus inquietudes americanistas y de crítico, al estudio de la literatura de su país, el Perú. Además de diversos prólogos a obras de autores nacionales, tres son los libros sobre el Perú: *Del Romanticismo al Modernismo* (Poetas y Prosistas Peruanos); *Parnaso Peruano* y *La Literatura Peruana.* Páginas fuertes, exquisitas, en donde resalta la gracia finísima que nos encanta en el paisaje, en la evocación de un tiempo que es historia, de personajes que contaron, en formas múltiples, lo eterno y lo transitorio de la vida. En ninguna parte predomina con mayor intensidad el cariño de su inteligencia como al comentar la vida de su Lima, los rasgos de una literatura a medias tintas, escéptica porque sonríe, sonriente porque es ligera, 'porque no toma nada en serio". ¿Y será cierta la afirmación suya de que el pueblo peruano es muy poco romántico? Hablará de la vida colonial, de las páginas amenas del inca Garcilaso, del teatro iniciado después de la independencia, de las personalidades que llenan la más original de las literaturas americanas. Siempre comentará, con la *lisura* de un ameno conversador, de aquel arte que danza y aparece con intermitencia en madrigales, en letrillas. ¿Y

la literatura peruana es ajena al movimiento romántico, al naturalista, al simbólico? Tal aislamiento es inconcebible, pero sobre el desbordarse de la actividad de una literatura que busca su rumbo, imperará *el criollismo*, cuya repercusión en América será inmensa. Pueden haber acentos individualistas en don Ricardo Palma: ante todo es el creador de la *Tradición;* Chocano puede manifestar cierto romanticismo: pero en él predomina la grandeza del creador del americanismo en la poesía. ¿Y González Prada? Es un atildado estilista, un maestro de gravedades amargas, con algo de triste; pero es un precursor del movimiento modernista de la prosa castellana: es un escritor magistral, injustamente desconocido.

Una de las cosas más lindas, con la suave melancolía de la evocación y la queja sentimental de todo contemplar silencioso, es la remembranza a propósito del teatro peruano. de la Lima ida, de las épocas que eternizarán las piezas de don Manuel A. Segura y don Felipe Pardo. ... "Han sonado las nueve....", como en una vieja leyenda, tan vieja que se olvida muchas veces en la memoria de la abuela parlanchina. ¡Qué admirable evocación la que se desliza en esta música de recuerdos! !Cómo se siente la melancolía de las edades que sólo vienen en la prosa o en el verso! Alcanza tal predominio evocador, en un fondo clarísimo, con figuras que sonríen y se burlan con el genio de la gracia innata, en una sensillez descoocida e su prosa lírica, afrancesada en el más sutil de los contornos, que constituyen el plano en donde alcanza su maestría. ¿Habrá tal pureza y tal renovar de la vida limeña en sus novelas anunciadas? Se quisiera que nunca cambiara el sesgo que pinta, en un solo trazo, la voluptuosidad de la señorita aristócrata aguardando, como en un amor sevillano, en la claridad de la luna romántica, al novio, pálida y temerosa; o las escenas del carnaval; o la descripción de las danzas nacionales, tan graciosas en un menear rítmico de caderas, en una pierna que huye tras la falda, en unos brazos que danzan, que danzan.... Después de leídas estas páginas se siente el placer de encontrar en América un espíritu que, con soltura moderna, ingénita, vaya revelando el silencio de nuestra vida pasada.

Tres medallones, esculpidos con gusto italiano y en el bronce más pulido, se disputan la admiración: la silueta venerada de don Ricardo Palma, maestro en crónicas saladas; la figura interesante de Manuel González Prada y la presencia arrogante de José Santos Chocano. Tres medallones en los cuales se

diafaniza el gusto de la prosa acerada, del refinamiento que analiza y de la sonrisa que evoca. ¡Cuánta armonía interna en el desfile de una tradición que sonara en los nueve toques de una campana de convento y ahora va saliendo de las páginas magistrales de don Ricardo! Vuelve de nuevo el desenvolvimiento, monótono y encantador, de las viejas historias que nadie escribió y todos saben. Y hay burlas ingenuas en las *Tradiciones* y Ventura García Calderón va a repetir en su cariño por las añoranzas que son tierra de bondad en el alma de los artistas. Pienso que allí en donde ha logrado unir la magnitud de su talento y las finezas de estilo — como ya lo hiciera en el estudio definitivo sobre Rubén Darío—, es en las dos semblanzas sobre González Prada. Y no hay en ella las galanterías de un capricho parnasiano; ni la búsqueda detenida de la fuente humana de una obra que apenas ha trascendido en América, desgraciadamente; no existe siquiera la extensión de otros ensayos suyos: pero en cambio predomina su dón sintético, la agilidad que inquiere un rasgo psicológico, el delicioso mariposeo que va, como antiguamente, en busca de las cumbres. Y porque hay mucho corazón en las páginas dedicadas al maestro, impera en ellas un sentimiento de dulzura, dándoles una suave armonía. No va a descubrir en cuáles formas pecó, en cuáles existe el gesto destemplado, ni menos aún a criticar la sinceridad ideológica del eminente ensayista: se desprende en sus páginas el respeto por las cosas que no se siguen pero se admiran.

Reunió el ilustre escritor peruano, en un libro sereno, *Semblanzas de América,* alguna de la labor crítica, dispersa en sus anteriores libros y en algunas revistas. Varios de los hombres de letras que han desfilado en nuestro rápido ensayo, forman parte de las *Semblanzas.* ¿Recordáis al cronista, al erudito galante, al miniaturista cuyos encantos nos retuvieron más de una vez, cuando entramos en su jardín primaveral? ¿Recordáis los hechizos líricos de su prosa, la seriedad delicada de sus frases, la veleidad de sus pensamientos? Nunca dejará tal gracia, nunca soltará una nota destemplada en el sereno recogimiento de sus melodías, pues como nadie conoce los recursos del espíritu y es una inteligencia que odia la literatura en el sentido "peorativo" de Verlaine. ¡Cómo saltan los adjetivos en sus períodos sensuales y tienen los matices más variados en el afán de transparentar un alma sutil, ligera y complicada! Todo su libro posee un placentero regocijo, en las modulaciones de una música alegre, de entonación parisiense, suave has-

ta lo exquisito y honda hasta el dolor. ¿Y por qué no? También es un *boulevardier* que en compañía de Gómez Carrillo, va a establecerse en la terraza de un café para contemplar, en el oro del crepúsculo otoñal, un desfile, semejante a un sueño, de mujeres que sonríen, de artistas que callan y de hojas que se arrastran en el viento. Esta crónica vivida y soñada, es una página encantadora, bellísima, en la cual tiene su juventud un ligero romanticismo. ¡Cuán voluble es su prosa entonces y qué encanto tiene su voz, como si se oyera un relato de mujer, leído en un libro en papel de Oriente! No puedo leer su crónica sin tener ante mis ojos la figura traviesa de Gómez Carrillo, con una sonrisa en los labios, que hace daño. El mejor elogio que se podría hacer de esta *manera* de Ventura García Calderón, es decir que sus páginas, como las estampas de Fragonard, dejan adivinar un hombre frívolo, entristecido en una vida intensa. Hay el nervioso cosquilleo íntimo en sus modulaciones frágiles como la transparencia de una risa burlona, en donde se recuerda la sensación de un abanico que resbalara en las manos mientras la novia espera la audacia de un beso . . . .

Napoleón PACHECO.

Notas

MERCURIO PERUANO. — Con motivo de entrar nuestra revista en su sexto año de vida, sus redactores están haciendo circular la siguiente esquela:

Señor:

Al entrar "Mercurio Peruano" en el sexto año de su publicación, tenemos el agrado de dirigirnos á Ud. con el objeto de indicarle las finalidades de la revista y de invitarle a cooperar en la obra de cultura y de investigación nacional que viene realizando.

Fundada en el deseo de continuar la labor de quienes con nobles propósitos intelectuales y patrióticos editaron el primer "Mercurio", nuestra revista cree haber respondido, durante los seis años de su existencia — y con las limitaciones debidas a las circunstancias — a la altura de los ideales que inspiraron su publicación.

Al realizar ese empeño nos hemos preocupado en primer término por definir las aspiraciones y las tendencias de la conciencia peruana procurando formular juicios desapasionados y valoraciones justas a propósito de todas nuestras grandes cuestiones. En segundo lugar nos hemos esforzado por reflejar, bajo todos sus aspectos el vasto movimiento ideológico, social y político de la hora presente y por concentrar en una expresión vigorosa y fecunda, las principales manifestaciones de la intelectualidad nacional. De este modo, con espíritu amplio, mas no por ello falto de orientación definida, hemos trabajado por satisfacer todas las exigencias superiores de nuestro ambiente.

Indicados los propósitos centrales de "Mercurio Peruano" y la forma en que ha procurado realizarlos, esperamos que se servirá usted prestarnos su eficaz cooperación. Al efecto nos permitimos adjuntarle un cupón de abono y lo invitamos a suscribirlo.

De Ud. Attos. y SS. SS.

Los Redactores.

MEXICO, EL PERU Y BOLIVIA, AUSENTES DEL CONGRESO PANAMERICANO DE SANTIAGO. —

Con ridículos eufemismos y maliciosas reticencias, ciertos periodistas y los anónimos escamoteadores de las noticias cablegráficas están ocultando los motivos y las circunstancias que han determinado la ausencia de tres países en la reunión de Santiago. Sin embargo, es tan evidente el significado de esa ausencia, están tan a la vista de cualquiera — por desconocedor que sea de la historia de América, — los orígenes de esta situación, que resulta ridículo, como hemos dicho, pretender ocultarlos. Ridículo y pernicioso.

Las tertulias de Santiago se van a realizar a espaldas de los países más expoliados de América; a espaldas de los pueblos que han sido — en mayor grado, porque hay otros que han sufrido de arbitrariedades semejantes —, despojados de su propiedad territorial en gran escala: México (1846), Perú y Bolivia (1879). ¿Hacen falta otros comentarios para darnos cuenta del valor espirtual del Congreso? Sí. Hay que decir explícitamente la causa inmediata de la ausencia de México: el no reconocimiento del gobierno de Obregón por la Casa Blanca. Suficiente.

E. E.

UN JUICIO AUTORIZADO Y CERTERO SOBRE LAS DELIBERACIONES DE SANTIAGO. —

Mr. Samuel G. Inman, cuya presencia en Santiago es una garantía para la opinión libre que debe reflejar el sentimiento de nuestros pueblos frente a las tendencias declaradas y ocultas del moderno panamericanismo, ha escrito lo siguiente, que nosotros recogemos, con aplauso, en todas sus partes:

"Han trascurrido 13 años, de los más memorables en la historia del mundo, desde que se reuniera la última conferencia panamericana en Buenos Aires. Con la gran guerra no sólo han cambiado las condiciones del mundo, sino que se han alterado, radicalmente, las situaciones respectivas de la América Latina y de Estados Unidos. El renacimiento económico y social de la América Latina, la revolución en México, que tan profundamente ha afectado todas las relaciones norteamericanas; la extensión del control de Estados Unidos en Haití, Santo Domingo y Centro América; el surgimiento y el ocaso de la ola

de idealismo que juntó, durante la guerra, a todos los pueblos americanos, el amplio crecimiento del comercio interamericano, la organización de la Liga de las Naciones, entusiastamente recibida por los latino-americanos y repudiada por Estados Undos; todos esos acontecimientos y muchos otros más, han transformado, enteramente, las condiciones dentro de las cuales las naciones americanas se reunirán en Marzo.

"La complacencia con la cual Estados Unidos va hacia la conferencia, se debe, probablemente, al hecho de que las cuatro anteriores conferencias fueron simples reuniones amistosas, en las que sólo se discutieron, rutinarios asuntos comerciales. Pero nada sería tan fatal para la amistad interamericana, como que los delegados de Estados Unidos, frente al caos europeo y su desconocimiento por Norte América, fuesen a Santiago para discutir convenios sobre patentes y marcas comerciales, el aumento de los transportes y la cancelación de reclamaciones pecuniarias".

Mr. Inman, director de "La Nueva Democracia", de quien hemos hablado antes de ahora en esta Revista (Setiembre 1919) es uno de los más sinceros amigos con que cuenta nuestra América en Estados Unidos, y tiene el temple moral de los hombres que como Grant y Lincoln, protestaron contra la desmembración de México, iniquidad histórica que hoy viene a repercutir en Santiago.

E. E.

LA REVOLUCION INTELECTUAL EN LA CHINA.

Mr. Sherwood Eddy, autor de un interesantísimo libro titulado *"Facing the Crisis"* (Association Press, New York, G. H. Doran Co.), ha publicado, en el número del 8 de Febrero de *"The Christian Century"*, un artículo cuyo título es el que encabeza estas líneas. Ya que, por somero que fuese, un examen del libro mencionado no cabría dentro de los límites de estas breves notas, queremos dar a los lectores de *"Mercurio Peruano"* una ligera reseña del artículo.

El autor divide su trabajo — que es un verdadero ensayo rápido, a la manera actual — en varias secciones que titula: "La nueva democracia", "El menosprecio de Confusio", "La revolución del pensamiento", "El despertar de los intelectuales", "La influencia occidental", "Nueva filosofía de la vida", "Expansión del movimiento" e "Interpretación del cristianismo". En sendos párrafos examina Mr. Sherwood Eddy con una gran amplitud de criterio y con notoria generosidad espiritual los diversos aspectos del Renacimiento Chino. Nos dice cómo la China actual afronta cuatro revoluciones simultáneas de dis-

tinta índole: la política, la religiosa, la intelectual y la económica, juntándose en un mismo período de su historia el malestar producido por las luchas de conquista de las libertades espirituales y de las libertades económicas. Reseña algunas faces de la influencia cultural de los pensadores de Occidente, entre quienes, después de las figuras ya clásicas y cuasi orientales, de Tolstoy, Kropotkin y Marx, James y Bergson, sobresalen las de los publicistas modernos: John Dewey (gran filósofo pragmático, en cuyas ideas hemos encontrado afinidades notables con las de Ortega y Gasset), Bertrand Russell (con su análisis realista y su lógica matemática), ambas visitantes del gran país de Oriente; y luego los mejor conocidos de nuestro público, H. G. Wells y Bernard Shaw.

Tal vez la observación más importante del artículo es la referente al hecho de la severa posición crítica adoptada por las nuevas generaciones intelectuales de Oriente, frente al claudicante "cristianismo" occidental. A este trascendental rasgo de las tendencias de la cultura oriental de nuestros días, hemos hecho referencia en nuestro libro "El Esfuerzo Civilizador", y es, incuestionablemente, uno de los caracteres que más hondamente ha de preocupar al pensamiento europeo y americano.

"The Nation", de Febrero 7, trae un artículo del escritor chino Lowe Chuan-Hwa, acerca de esta importantísima cuestión. Dicho artículo se titula: *"The Christian Peril in China"*. Si estas no son nubes de tormenta, no sabemos que otra cosa pueden ser.

E. E.

VARONA, VASCONCELOS, SANIN CANO Y JOSE INGENIEROS. — Idea de un Congreso de Intelectuales Hispano-Americano. —

Por una de esas felices casualidades que suelen presentarse en la vida del estudiante, cada vez más frecuentes, dada la admirable convergencia de las tendencias espirituales de nuestro tiempo, hemos reunido en nuestras manos copioso material de propaganda, referente al ideal que hemos llamado, con Unamuno, de "americanidad" para distinguirlo del "panamericanismo" en boga, institución oficial de yanquilandia y eficaz instrumento de los sindicatos financieros, industriales y mercantiles de Wall Street.

El eminente Varona ha sugerido la idea de una práctica y más estrecha unión entre los intelectuales de América. (Respuesta de una *enquête* de *"Repertorio Americano"*: *"Renovación"*, Buenos Aires Enero 1923); Sanín Cano ha lanzado, en *"El Sol"* de Madrid, (Enero 11

1923), que la ha acogido con la inteligencia y el entusiasmo de siempre, la iniciativa de reunir un Congreso Hispano-Americano; José Ingenieros ha definido con la precisión de su claro talento los ideales de la *Renovación mexicana* (Discurso del 11 de Octubre de 1922, en honor de Vasconcelos); y, en fin, nosotros, en carta dirigida al venerable maestro de la intelectualidad cubana, hemos solicitado por esos mismos días de Enero que se organice el esfuerzo cultural de nuestra América en un congreo libre de toda influencia oficial y ajeno por completo a los convencionalismos diplomáticos. Simultáneamente con este unánime y espontáneo movimento de opinión, Cisneros ha escrito un hermoso artículo en *"La Nación"* de Buenos Aires, sobre la cooperación literaria en América. Con el caudal inconmensurable de fuerzas espirituales convergentes de que estas manifestaciones no son sino un indicio ¿no seremos capaces de organizar, los que pensamos, una institución poderosa y verdaderamente representativa de los altos ideales que nos animaran al estudio y a la acción? ¿Dejaremos que las vacías cáscaras de instituciones caducas malogren el esfuerzo espiritual que nos permite presentarnos a la altura de la mentalidad moderna de los países más cultos, y con mayor libertad que en ellos? Tienen la palabra los intelectuales de América.

E. E.

HARDING-HUGHES VERSUS OBREGON.

Hace ya años que los gobiernos norteamericanos, procediendo en conformidad con las tendencias de su expansionismo económico y mercantil se han costituído —*¿quo jure?* — en árbtros de la constitucionalidad o inconstitucionalidad de los gobiernos latinoamericanos. Por supuesto que esta política de tutelaje declarado se ha mantenido dentro de los límites de la esfera de influencia siempre creciente de la enorme plutocracia del Norte; pero, sin embargo, es curioso advertir el contraste que presenta nuestra pasividad de hispanoamericanos al lado de la fina sensibilidad legítima y sinceramente democrática demostrada por los leaderes de la opinión liberal en Estados Unidos a este respecto. Hoy casi podría afirmarse que donde con más vigor se combate el tremendo imperialismo norteamericano es en los Estados Unidos. Al lado de las graves objeciones puestas a las tendencias del oficialismo por periódicos avanzados como *"The New Repu-*

blic" (magnífico exponente del pensamiento liberal), algunas revistas como *"The Nation"* y *"The Freeman"*, combaten con energía e inteligencia en pro de nuestros fueros.

En el número del 7 del presente de "The Freeman" se registra una carta enviada desde México por Mr. Frederic W. Leighton, en la que a la par que una apología de los métodos de educación y de gobierno implantados por el nuevo régimen mexicano que mister Harding y mister Hughes se empeñan en no reconocer, se hace una ingeniosa crítica de este empecinamiento, afirmando que los más eficaces colaboradores del gobierno de Obregón son sus presuntos enemigos de la Casa Blanca. Mr. Leighton finaliza su carta, toda ella llena de buen sentido con esta *boutade:* "The fat remains, howerer, that some day the Mexican people will come to realize the inestimable service wich is being rendered them by Mr. Hughes and Mr. Harding, and will elevate these gentlemen to the place they deserve among the national heroes of México".

E. E.

UN CONCURSO LITERARIO INTERESANTE. — INVITACION AL CERTAMEN. — *Asociación de la Prensa Diaria de Santander.* —

Santander, Enero de 1923.

Honorable señor:

La Asociación de la Prensa de Santander (España) bajo los auspicios y con la asistencia moral y materil de sus reyes, organiza para este verano de 1923, un torneo de poesía y amor en que se confundan y coincidan los intelectos y los corazones que separa al Atlántico, pero que juntan en un eslabón indestructible, una común tradición, un indioma igual, y una misma savia fecundadora, que subiendo desde el tronco secular, vivifica y refresca las ramas dispersas del gigantesco árbol de la raza. Esta fiesta, de arte y confraternidad, será como un brindis lírico en que hermanos separados por el destino y unidos momentáneamente, entrechocarán sus copas, y las elevarán llenas del

áureo licor del ideal, recordando juntos el pasado glorioso y prometiéndose amparo y asistencia para el porvenir. A este torneo de la inteligencia y del corazón, dedicado exclusivamente a los poetas de los dieciocho pueblos hispano-americanos, se os invita; se celebrará en esta ciudad de Santander, que aunque de humilde historia, tanto ha contribuído a la obra de fecundación de esas tierras vírgenes, enviando a ellas: primero los más audaces de sus hijos, en empresas de exploración y descubrimiento, y después, en el trascurso no interrumpido de cinco siglos, la legión más oscura, pero no menos necesaria de los trabajadores creadores de metrópolis y artífices en la gran obra del progreso actual.

Tan es así, que bien puede afirmarse que apenas hay en Santander familia que no haya tenido o tenga antepasados o miembros suyos en esa América maravillosa en que España se reproduce y perpetúa.

Presidirán la fiesta los reyes de España. La reina Victoria, bella y generosa como una soberana de leyenda, evocará la figura romántica de Clemencia Isaura cuando presidía bajo el cielo azul de Provenza las gestas medioevales del gay saber; ella será la soberana y será la musa de la raza española, representante de nuestra tradición como flor simbólica del árbol frondoso de que todos procedemos, habéis de cantar poetas hispano-americanos, ilustres aparte de vuestro mérito personal, por el prestigio insigne de los Andrés Bello y los Montalvo, de los Lugones y Gutiérrez Nájera, de Sor Inés de la Cruz, de Amado Nervo y, sobre todo, por la gloria inmarcesible y pura de uno de los mayores poetas de los tiempos actuales, del milagroso y espléndido Rubén.

Para acompañar a la reina de España quiere esta Asociación de la Prensa santanderina que cada uno de los dieciocho Estados en que España dejó impresa su huella, envíe a nuestra ciudad una delegación de sus bellas mujeres, en nombre de todas las mujeres americanas. Queremos componer así, como un monumento de eterna belleza, que legaremos a la posteridad, el grupo simbólico de la España madre de pueblos, rodeada de sus jóvenes hijas.

Os invitamos también a que vuestras gentiles embajadoras — nunca más alta y representativa embajada habrá surcado las llanuras del mar — traigan entre sus manos fragantes y emblemáticas, como un depósito sagrado, una arqueta de tierra de su país natal. Con esta tierra que los santanderinos besarán con amor, pues en ella habrá confundida cenizas de antepasados suyos, se formará en esta ciudad de Santander, para recuerdo imperecedero de estos actos, un simbólico jardín de América.

Las manos de nuestra reina y de vuestras mujeres sembrarán en la tierra bendita los árboles y las flores representativos y ese jardín será como uno de aquellos bosques sagrados de la antigüedad, dedicados a alguna deidad bienhechora.

Tendrá la melancolía y la majestad de los recuerdos porque evocará glorias pretéritas, pero tendrá también la alegría radiosa de una

alborada, porque las flores que en él crezcan, atestiguarán la iniciación de una nueva era, que si no empieza, por lo menos se precisa hoy.

Su Majestad el rey de España, conocedor de estos proyectos, los ha alentado magnánimamente. Ellos serán el prólogo hermoso de su próximo viaje a esas tierras filiales. Un alto prestigio de la intelectualidad hispano-americana será designado oportunamente para mantenedor y los más puros y acrisolados nombres de nuestros poetas y literatos formarán el jurado que se encargará de otorgar el galardón supremo a quien lo sepa merecer.

Aspiramos a que este acto legue la fecha en que se celebre a las efemérides famosas de ambos mundos y á que esa fecha sea digna de inscribirse a continuación de la inmortal del descubrimiento de las gloriosas y felices de vuestra independencia.

Hermanos escritores de la América del habla castellana, nacionalidades ilustres que eternizáis el imperio de nuestro idioma y nuestra cultura al otro lado del mar, con este mensaje de invitación á los actos expresados, la Asociación de la Prensa diaria de Santander os envía tambien un saludo en que coinciden veinte millones de españoles que tienden, como un puente, a través de los mares, los brazos hermanos hacia el curso del sol.

Por la Asociación de la Prensa diaria, la junta directiva: presidente, José Segura Hoyos; vicepresidente, Antonio Morillas; tesorero, Teófilo Martínez Antigüedad; vocales: Alejandro Nieto, Ezequiel Cuevas, Ramón Noriega; secretario, Luis Soler.

BASES DEL CONCURSO: —

Temas: Premio de honor: Flor natural y 25,000 pesetas a una composición que no exceda de 250 versos y con libertad de metro, que tenga por tema "Canto á la Madre España".

Premio de 5,000 pesetas á un soneto dedicado á S. M. la reina doña Victoria, como reina de la fiesta.

Premio de 2,000 pesetas á un estudio sobre la poesía popular de la América española.

Estos tres premios han sido donados para este certamen por el excelentísimo señor marqués de Valdecilla.

Bases: — Los trabajos deberán ser originales, inéditos y escritos en castellano.

Se dirgirán al señor presidente de la Asociación de la Prensa diaria de Santander, con un lema en lugar de la firma, que irá repetido en el exterior de un sobre cerrado que contenga el nombre y domicilio del autor.

El jurado calificador del certamen será la Real Academia Española.

Unicamente podrán tomar parte en este certamen, todos los literatos y poetas, hijos de la repúblicas hispano-americanas.

Los trabajos no premiados podrán ser recogidos en el plazo de dos meses, contados desde la fecha del fallo del jurado que ha de publicarse en la prensa española.

El jurado se reserva el derecho de abrir los sobres correspondientes á los lemas de los trabajos premiados, con objeto de comunicar por cable á sus autores la distinción que se les ha otorgado por si quisieran concurrir á la fiesta para recibir los premios de las augustas manos de S. M. la reina de España. En otro caso, los autores premiados designarán las personas que, en su nombre, hayan de recoger aquellos.

El plazo para la admisión de trabajos expirará el día 31 del próximo Mayo, á las doce de la noche.

MERCVRIO PERVANO

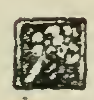
REVISTA MENSVAL DE CIENCIAS SOCIALES Y LETRAS



DIRECTOR

VICTOR ANDRES BELAUNDE

MVLTA RENASCENTVR
QVÆ IAM CECIDERE



SUMARIO

LIMA PERV

AÑO VI.--VOL. X.--No. 58

Abril— MCMXXIII

MERCURIO PERUANO

REVISTA MENSUAL de CIENCIAS SOCIALES y LETRAS

-:- FUNDADA EN 1918. -:-

La futura campaña presidencial en los Estados Unidos

Comienzan a agitarse ya los círculos políticos con motivo de la lucha electoral que tendrá lugar el año 24. Naturalmente, la discusión política versa sobre el *record* del partido republicano en los dos años de Gobierno que ha cumplido el 4 de este mes.

Los amigos de Harding, afirman que a pesar de todos los obstáculos, el Presidente ha cumplido sus promesas y ha realizado en parte su programa. Los negocios se encuentran en gran prosperidad; los impuestos han sido reducidos; rige una nueva tarifa favorable a los elementos industriales; se han concedido créditos a la agricultura y se ha tratado de volver al país a la normalidad. Sobre todos esos capítulos, dicen los republicanos ortodoxos: La administración Harding exhibe con orgullo sus triunfos en el orden internacional: la coferencia del desarme, con sus benéficas consecuencias; la cancelación de la alianza británico-japonesa; el arreglo de la cuestión entre el Perú y Chile; los nuevos tratados centroamericanos; y el ajuste de la deuda inglesa.

Los demócratas y los progresistas ven, por el contrario, fracasos y errores en todos los actos del presente gobierno. Para ellos la prosperidad comercial es la reacción inevitable después de la depresión que siguió al armisticio y no el efecto de la política republicana; los impuestos han sido reducidos en beneficio de los grandes rentistas; y debido a la acción de los demócratas y algunos republicanos, se impidió que aquella reducción alcanzase mayores y más injustas proporciones y la nueva tarifa ha encarecido la vida, haciendo difícil la condición de la clase media. Y por explicable contraposición, extreman sus ataques a la política exterior de Harding o mejor dicho a su falta de política exterior, a su absoluta inercia o a sus tímidas e ineficaces conversaciones o gestiones a través de los llamados observadores no ofi-

ciales, que no han sido parte para evitar el caos europeo que compromete no sólo intereses morales, sino materiales de los Estados Unidos. Por último, no son pocos los que critican, y con razón, la política seguida con México, injusta, porque trata de imponer a este país depresivas condiciones; e inconveniente, porque retarda el desarrollo e inversión de los capitals americanos en la nación vecina.

Toda crítica justa debe inspirarse no sólo en la misión que se atribuye a un gobierno, sino, también, en la consideración del ambiente y los obstáculos dentro de los que ha tenido que desarrollar su programa. No se puede negar que en el punto primordial del programa político de los Estados Unidos — sus relaciones con Europa — la administración Harding ha tenido una tremenda desventaja para obrar con libertad y con acierto: el ambiente creado por la enorme solución obtenida en las elecciones del año 20 y el criterio de la mayoría republicana en el Senado y la Cámara de Representantes. Es inconcuso el fracaso de la política internacional de Harding, en lo esencial, que era la rehabilitación de Europa, aunque atenúen ese fracaso los éxitos de las conferencias del desarme, el arreglo de la deuda con Inglaterra y la política Pan-América. Después de varios meses de conversaciones y sugestiones dentro del viejo sistema de diplomacia secreta, los Esdatos Unidos anuncian su deseo de ayudar a los países europeos; ayuda que importa un interés material; impedir la pérdida del mercado indispensable para sus materias primas. Y, precisamente, pocos días después de la más enfática enunciación de la nueva política, Francia invade el Ruhr. Y los Estados Unidos no sólo fueron desairados en sus sugestiones, sino notificados de que cualquiera acto de mediación o intervención sería considerado por Francia como una actitud inamistosa. Y así el país, sin cuyo concurso militar y económico, no se hubiera ganado la guerra, tiene que contemplar como testigo impotente las pavorosas contingencias de la destrucción total de Alemania y la iniciación en Europa de una política que va a conducir fatalmente a una nueva guerra y a una total ruina de la civilización occidental.

¿Pudo Harding seguir desde el principio de su administración la política que el Secretario Hughes insinuaba en su tardío discurso de New Haven, en Diciembre del año pasado?

Hay que decir honradamente que una política de franca y valerosa cooperación en los asuntos de Europa habría contado

con la decidida oposición de los *politicien* del Senado, interesados en el mantenimiento de su absurda actuación anterior.

Sólo después del cambio de la opinión pública, de la derrota republicana en Noviembre y sobre todo de los clamores de los *farmers* del *Midle West* acerca de los mercados europeos, Harding y Hughes se sintieron suficientemente fuerts para iniciar una nueva política. Mas, cualquiera que sea el juicio que el público forme acerca de la administración Harding, es evidente que el partido republicano no puede repudiar su política negándole el honor de su candidatura para la reelección. No hay, tampoco, en el partido republicano una figura que, como la de Roosevelt, pudiera disputar a Harding la mayoría de los votos en una Convención Republicana. La *renominación* de Harding sólo puede ser evitada por otra del propio Harding, si se siente cansado de las intrigas políticas y del trabajo de su no envidiable puesto. Algunos pensaron que este era el caso; pero las terminantes declaraciones que acaba de hacer el Atorney general Daughesty, jefe de la campaña electoral de Harding y amigo íntimo suyo, vienen a desvanecer totalmente esta opinión. Harding, pues, según todas las probabilidades, será el candidato republicano en la próxima convención, sin que logren impedirlo los radicales y progresistas. ¿Formarán éstos, después de su derrrota, un tercer partido? Toda previsión es insegura. De todos modos, fórmese o no se forme el tercer partido, es opinión general que Harding será un candidato débil, no sólo por las reacciones naturales de la política; sino por que coincidirá con la elección un período de depresión en los negocios, debido a la crisis de Europa.

En el bando demócrata, además de las candidaturas que insinué en una de mis crónicas; (Cox, Mac Ador y Smith), suenan los nombres de Henry Ford, el célebre fabricante de los automóviles y Underwood, leader demócrata en el Senado, en las pasadas sesiones. Underwood, cuyo nombre está unido a la tarifa moderada de la época de Wilson, representa un elemento, en cierto modo conservador, en el partido demócrata. Es un hombre de innegable capacidad y distinción, y encarnaría la vuelta a las mejores y más puras tradiciones wilsonianas, en política internacional.

John Davis, Embajador en Inglaterra, es también otro de los posibles candidatos.

Creo que no ha habido peruano consciente que no haya teni-
por las que se ve claramente que los demócratas se dan cuenta de

que el año 24 presenta para ellos las más brillantes perspectivas. No cree Bryan que sea necesario elegir a un hombre conocido. Y dice, quizá con razón, que basta ser candidato para ser ya conocido. Es, pues, posible que ejercite su influencia a favor de alguna nueva figura, así como determinó la elección de Wilson en la célebre convención de Baltimore, en 1912. Y no sería raro que este posible hombre nuevo, resultase como Wilson, un estadista de primer orden y marque nuevos rumbos a la vida de los Estados Unidos.

LOS ESTADOS UNIDOS Y LA CORTE DE LA HAYA

Como lo había anunciado en una de mis crónicas, el gobierno de los Estados Unidos ha resuelto pedir la aquiescencia del Senado para tener participación en la Corte Internacional de La Haya. La carta de Hughes al Presidente Harding, sobre la materia, recuerda los antecedentes de la Corte, haciendo notar la parte que en ellos ha tenido la Nación Americana. Puede decirse que ningún país ha abogado más por una Corte permanente internacional, que los Estados Unidos. Haciendo supremos esfuerzos de dialéctica, el secretario Hughes quiere probarnos que la participación de los Estados en la Corte permanente, no significa ninguna conexión con la Liga de las Naciones, a pesar de que es la Liga la institución que la designa y a cuyo amparo existe. No creemos que al público europeo ni aún al público americano interesen los distingos y sutilezas de Mr. Hughes para probar que los Estados Unidos pueden estar representados en la Corte, sin alterar por eso su actitud de desconocimiento absoluto de la Liga. Ya está pasando, felizmente, el tiempo en que el simple hecho de nombrar la Liga de Naciones era casi como incurrir en una maldición. El público americano ha acogido con entusiasmo el proyecto del gobierno. Todos los periódicos, por una inmensa mayoría — republicanos y demócratas — aplaudían la iniciativa.

Naturalmente, los *politicien*, que explotaron la plataforma ultra-nacionalista en las elecciones del año 20, no se resignan a sufrir esa derrota y han vuelto a hacer sonar la vieja tonada de que la participación de los Estados Unidos en la Corte, es su ingreso de lleno en los *entanglements* de Europa. El demagogo

de Hiran Johnson ha revivido sus gastados argumentos en favor del aislamiento de los Estados Unidos, haciendo sonreir a los que ven la política humorísticamente, o causando la irritación o disgusto a los que no sufren con paciencia los sofismas y la falta de honradez mental.

Borah, como que tiene más talento y posee la virtud de arrepentirse sin confesarlo; no ataca la participación de los Estados Unidos en la Corte, con esa clase de razones. Para Borah los Estados Unidos no deben contribuir a la consolidación de la actual Corte, porque ella no es suficientemente eficaz; pues no envuelve el arbitraje obligatorio. Borah quería algo más perfecto; y respecto de Justicia Internacional, es hoy más papista que el Papa.

La postura del célebre político es más inteligente; pero, no por eso, más convincente. El sentido común le replica que lo mejor es enemigo de lo bueno.

Tan madura está la opinión pública en el sentido de apoyar la iniciativa del gobierno, que el Presidente Harding ha pensado galvanizar su programa para la futura reelección, haciendo girar su campaña al rededor de la adhesión de los Estados Unidos a la Corte. No se puede tachar de inconsecuente a Hardin, si procede de este modo. En diferentes discursos de su anterior campaña, abogó por la Corte; y aún avanzó a decir que él la querría con dientes; es decir, con sanciones que hicieran eficaces sus sentencias.

Por desgracia, la autorización para la adhesión de la Corte se presentó en los últimos días de la legislatura. Los antiguos e irreconciliables que disponen de la mayoría del Comité de Relaciones Exteriores en el Senado, comprendiendo que el asunto obtendría mayoría, pues los demócratas lo votarían con los republicanos amigos del gobierno, acudieron a la táctica del aplazamiento. El cuerpo legislativo no se reune hasta Diciembre; pero es seguro que en esa fecha la adhesión se votará, y por gran mayoría.

No podemos dejar de lado las consideraciones que sugiere el hecho de la consolidación de la Corte permanente de La Haya, precisamente en el momento en que nuestro gran problema— la cuestión con Chile — va a resolverse por el arbitraje del Presidente de los Estados Unidos; es decir, por un arbitraje político.

Creo que no ha habido peruano consciente que no haya tenido como ideal que nuestro gran problema alcanzara *solución*

jurídica en un tribunal mundial, en que estuvieran representados los Estados Unidos. La constitución de ese tribunal y la adhesión de los Estados Unidos eran sólo cosa de tiempo, para los que conocían los antecedentes de la institución, los trabajos de Root, el pensamiento íntimo de Hughes y, sobre todo, las promesas de Harding.

Naturalmente, el gobierno chileno se dió cuenta, antes que nadie, de que años más, años menos, la Corte de la Haya contaría con el apoyo moral de los Estados Unidos y de que su jurisdicción, aunque no obligatoria, sería indestructible en el problema del Pacífico, si el Perú invitaba a Chile a someterlo a su conocimiento. El dilema era fatal: O Chile aceptaba la jurisdicción de la Corte y en ese caso la causa peruana encontraba el camino de la solución de derecho; o Chile rechaza esa jurisdicción, colocándose ante el mundo, y principalmente ante los Estados Unidos en insostenible situación y dando al Perú el más grande triunfo moral. Y, naturalmente, ese rechazo hubiera debilitado la influencia de Chile en la Liga de las Naciones y hubiera hecho imposible la reunión del Congreso Pan Americano en Santiago.

Todas estas cosas las advirtió claramente la astuta diplomacia chilena, y de ahí las insinuaciones que deslizó al oído del gobierno del Perú sobre las discusiones en Wáshington de un posible arbitraje. Como no cabía aplazar por más tiempo el problema, Chile no vaciló en escoger entre el arbitraje jurídico de la Corte de La Haya que los *técnicos* en el Perú preconizaban; y el arbitraje político que envuelve siempre una transacción, éste último, seguro de que no entrañaba para él ningún peligro; ya por las limitaciones *del compromiso,* ya por la naturaleza de la institución en sí misma. El gobierno chileno obtuvo, pues, *el arbitraje chico,* que recomendaba Bulnes al Presidente Alessandri, sea para ganar el plebiscito o para cohonestar su posesión indefinida en las provincias, si el plebiscito es improcedente, y resolver a costa del Perú, en *el proceso político* de una mediación, el problema boliviano. El arbitraje restringido y político de Wáshington, mató el peligro de la Corte de La Haya y consolidó inmediatamente la posición internacional de Chile. Edwards no habría sido jamás elegido Presidente de la Asamble de la Liga de las Naciones, sin el protocolo de Wáshington, que fué presentado como la terminación del conflicto peruano-chileno; y los Estados Unidos no habrían acordado aceptar la reunión de la conferencia Pan Americana, que acabará de exal-

tar la *reclame* internacional que Chile necesita en momentos que se va a decidir el problema con el Perú .

Empleando eufemismos, cabría hablar de las ironías del destino, del curso fatal de las cosas y del desgraciado síno que pesa sobre el Perú desde su advenimiento a la vida independiente. Pero, bien sabemos que en la vida de los hombres y de los pueblos, tanto o más que las causas exteriores, influyen el acierto y honradez con que se encaran los problemas que la misma vida presenta.

Nada puede disculpar la ignorancia de los dirigentes peruanos sobre el proceso de consolidación de la Corte de La Haya; y menos disculpa cabría si, no mediando esa ignorancia, por razones de interés político del momento, se precipitó una solución cuyo desenlace funesto contempla con ansiedad, en estos momentos, todo corazón patriota.

Víctor Andrés BELAUNDE.

La cabeza del Inca

(Se denomina así la figura de un indio gigantesco que la fantasía popular vislumbra en las crestas del nevado Pichu-pichu).

Sobre el hombro cortado por perfiles
estupendos de anciana cordillera
que juega con los bucles infantiles
de la luz tempranera,
la raza de trsitezas milenarias
y de imperiales parias,
de agostada esperanza y fé quimérica,
proyecta su Dolor,
fingiendo entre las nieves y el granito
— que emergen como un grito —
la silueta yaciente y cadavérica
de magno Emperador.

Y eternamente vela, cauteloso,
junto al regio sarcófago en que graba
el alma popular un rey sin nombre
el rígido coloso
ante cuyo bostezo de humo y lava
tiembla espantado el Hombre.

La boca del Espacio nunca ahito
succiona nubes leves
del volcán, seno viejo de Alma-Máter;
mas también, el volcán, ciclópeo mito
de hercúleos relieves,
con la negra pupila de su cráter

y la córnea perpetua de sus nieves
es cíclope que mira de hito en hito
con fijeza aterrante al Infinito.

El Misti que iracundo
marca en el cielo azul sombríos trazos
con su columna de humo que es pincel,
abre en cruz las montañas de sus brazos
para abarcar al Mundo
que se envuelca a sus pies como un lebrel.

Las grietas de cristales
de las cimas glaciales
cinceladas por la cósmica hazaña,
son la scopas de artísticas facetas
en que vierte sus chorros de champaña
el rutilante sol;
se diría, las almas de poetas,
jocundas y geniales,
rebosantes con vino de ideales
vaciado de mirífico crisol.

Las Montañas son barcos invertidos
en mar de tempestades geológicas;
en sus cumbres se tallan sólo nidos
del fuego y de las brumas,
las aves mitológicas
que al sacudir sus plumas
sobre la espalda terrenal desprenden
de nevasca y relámpagos, capuz;
y en los flancos graníticos se prenden,
haciendo caracol,
tentáculos solares, porque el Sol
es un Pulpo de luz.

Y es la Luna de espléndida blancura
la Colmena de cera blanda y pura
que a la luz reverbera,
y el enjambre de estrellas que en el cielo
paran su vuelo;
las abejas que van a la pradera,
tremante de fulgores,
a libar mieles de secretas flores.

La Luna sabe amar
con fé de niña.
La Luna con sus dedos monacales,
transparentes y finos, acariña
a los altos y níveos roquedales
y a los lomos felinos de la mar.
Con fé de niña
la Luna sabe amar.

Y después que la luz clara y jocunda
sube saltando la nevada alfombra,
la Ola monstruosa de la Noche inunda
con las negras espumas de su sombra.

El Edentado ignívoro del Monte
a los orgullos de Minerva hiere,
al trasponer el fúlgido horizonte.
Los pueblos cambian y el antropo grano,
el oleaje cambiante del océano
y la espumosa flor entretejida
con hilos impalpables de divino
arte y desvanecida
al soplo amargo del pulmón marino.

En la náutica rosa del Deseo,
se crispa el puño de amenazas locas,
la cólera chispeante abre en las rocas
y en el espíritu insondables cauces,
hiere el pigmeo humano a otro pigmeo
y abren las tumbas sus hambrientas fauces.

Los de un pueblo celajes de topacio
son para otro destellos matutinos,
sobre un palacio se alza otro palacio
cuajado con los mármoles pristinos
y con cenizas los que ayer se irguieron,
y al través de los tiempos y el espacio,
son las Montañas hoy, lo que ayer fueron.

El Mastodonte ignívoro no vierte
lágrimas de miserias,
—en pañales geológicos que inerte
va guardando su seno la Materia—
cual desparrama Flora sus abrojos
y Fauna de sus fósiles el juego;
no derrama ni rastros ni despojos
la Montaña inmortal que rumia fuego.

¿Serán brizna los hijos de los dioses
y más altas en gloria las Montañas?
Y la Parca silente que con hoces
blancas escribe en la caverna ignota
y se nutre de orgánicas entrañas
y con sangre que exprime, gota a gota,
¿se rinde, acaso, dominada y triste
ante el polvo inorgánico del Mundo?
Es múltiple sustancia lo que existe
en la arcana amplitud de lo Profundo:
de unas vidas las otras van en pos
y los seres son notas musicales
que cantan en los órganos astrales
bajo el dedo de Dios;
Primavera no fué ni un día Invierno,
ni las gramas cuajaron de claveles,
lo fugaz no es la llama de lo Eterno
ni del ajenjo se destilan mieles.

Las cosas modifican a las cosas
dentro de la Substancia inagotable
que siembra cardos y que vierte rosas;
en la flor se matizan mariposas
y el pensamiento en luz,
conservando su esencia inalterable
como Lactsé y Jesús.

El amor que es la Fuerza universal
hilvana la Existencia,
por eso el hombre, el ave y el cristal
cambian de formas, pero no de esencia,

Han pasado los siglos, se han hundido
en el polvo ya, cien generaciones,
y el indio que ha vivido,
las múltiples centurias
de civilzaciones,
dando al mundo su sangre y su rebaño,
y recibiendo injurias;
hosco, triste y huraño,
hoy cruza por la vasta soledad
de su vieja heredad,
bajo el cierzo y el sol,
cargando en sus espaldas el alcohol
y en su pecho la angustia y la orfandad.

La llama va mordiendo
la yerba amarillenta del camino,
y el mustio peregrino
en su quena de caña va gimiendo
la amargura fatal de su destino.

En la choza que está en la lejanía,
entre riscos y breñas,
entró el conquistador
que arrebata a la luz del claro día
tímidas y cenceñas
ovejas y pastor,
dejando huella ardiente
de lucha y de morbífico derroche
en la ñusta azorada que, doliente,
inquiere de los lirios de la noche
la vuelta del esposo, pobre, ausente
y que camina,
y camina nostálgico y jadeando
—sostenido por hojas deleitosas
de amarga cocaína —
cuando las cosas hacen sombra y cuando
se recogen las sombras en las cosas.

Raza de peregrinos, extranjeros
en la tierra que fué de sus mayores,
ha olvidado los nombres de guerreros
que empuñaron la maza, y triunfadores,
señalaron la ruta de la gloria
en los giros de su honda de colores;
no recuerda a los héroes de su historia
impávidos, fornidos y violentos
de faz endurecida por los vientos
que en zampoñas cantaron la Victoria.

Ya no brilla el tesoro
del Inca que paseaba en andas de oro
sobre los hombros fuertes como robles
de curacas, de príncipes y nobles;
ni la trigueña *Coya*
la más hermosa joya
de la Corte imperial,
le brinda, con azahares dulce fruto
de su opulencia real.
El Señor absoluto
ya no escucha en su honor alegre canto,
ya no luce en su frente el *mascaypacha*
ni deshace los pliegues de su manto
la silvadora racha
que lleva los aromas
de los campos de piel esmeraldina,
arrullos de palomas
y el beso frío de la cumbre andina.

La pátina del tiempo y del olvido
encubre la leyenda:
el *sinchi* iba perdido
por extraviada senda,
tacando con un rizo
del padre sol, quebradas y llanuras
recamadas con perlas de granizo;
y su fiel compañera, dulce y grata,
de tez y de pupilas tan oscuras,
como flor de maíz,
en su agitado corazón retrata

a tímida perdiz;
y aunque a la vera de su rey camina,
con fatiga mortal,
hila en su rueca de nativa plata
vellones de vicuña esbelta y fina
para el manto imperial.

El bondadoso rey, sabio y vidente,
que a los pueblos levanta
del fango y vencedor hunde su planta
en la entraña de todo el continente,
nació entre brumas,
de las turbias espumas
de un lago de cristal
matizadas con pólen ignescente
del Crisantemo astral.

La pantala racial de la memoria
la esperanza y la gloria,
el vigor del anhelo que titila
como gota en la flor, la independencia
que arrebata al espíritu y lo abraza,
honores, corazón, potencia,
luciérnaga de fé que en sombra oscila,
todo lo hendió en el alma de la raza
carente de conciencia,
el Dolor que es el hacha que se afila
en la rueda veloz de la existencia

De la imperial grandeza ya no quedan
sino harapos y duelo,
ídolos rotos que en el mundo ruedan,
indios errantes de bronceada tez
y momias que se ocultan espantadas
en fofas oquedades del subsuelo,
de las torvas miradas
de su vieja deidad
el Sol que en su brillante rigidez
es el ojo sin párpados de un pez
que navega en la azul inmensidad.

Ya no marchan los bravos capitanes
al frente de su huestes, abatiendo
las lomas en que pastan las ovejas
de las tribus gentílicas y viejas
que adoran a otros manes;
ya no siguen el campo recorriendo,
como pasan rugiendo
del picacho a la mar los huracanes,
ni remedan sus fieros corazones
el descanso de cárdenos halcones.

Los ancianos *amautas*
no trazan ya las pautas
de civilizaciones sorprendente,
antaño magestuosas y rientes,
y ogaño bajo sombras de misterio.
En las tierras fecundas del imperio
sólo existen escombros derramados
de palacios y templos consagrados
a la real dinastía
y al patriarca estelar que enciende el día
y con sus oros a los mundos viste;
sólo persiste
fragmento megalítico de grandes
fortalezas, rivales de los Andes.
No queda ni memoria
de ciudades que un tiempo florecieron
ni de *quipucamayos* que tejieron
los hilos irisados de la Historia.

En la ruina que en grietas se desgarra
el colérico Sol clava su garra;
y cuando soñoliento, entre celajes,
en lecho de marítimos encajes
reposa su cabeza
de leónica fiereza
y contrae los garfios relucientes,
vagan sobre la ruina los espectros
elásticos dementes,
que vacíos de cuerpo al aire bogan
y sin verbo y sin lenguas interrogan

y mayan oraciones;
sinfonizan los vientos en sus plectros
olvidadas canciones
y silbidos . . . . .
mastines invisibles dan aullidos,
se abren heridas de incurables penas
y añoranzas y dudas,
y al bailar bobas carcajadas mudas,
su infiinito dolor gimen las quenas . . . .

La rueca de la Noche hace un ovillo
del vellón cabrillante como acero
pendiente de la luna y del lucero,
oveja y corderillo
del inmenso rebaño sideral;
la mano de la Noche hila en su rueca
traslúcido cendal
con que cubre, piadosa, horrible mueca
de la Momia sonámbula y fatal.

Pobre paria que triste peregrinas,
el cierzo mensajero que te abraza
hurta de la riqueza de tus minas
átomos para tí; doliente raza,
pobre indio errante
que vas itoxicando tu ilusión,
hay óxidos de hierro en tu semblante
y áureos chipazos en tu corazón.

El Pontífiice solar todos los días
va litúrgicamente revestido
con los oros y ricas pedrerías
de su capa pluvial, y, conmovido
de la soledad extraña,
y auxiliado del coro gregoriano
del Viento, oficia, místico y pagano
en el gótico altar de la Montaña.

Y en las horas nocturnas de la puna
de rictus megalítico y dantesco,
lega y vierte sus lágrimas la Luna
envuelta en toca leve,
sobre el cuerpo del Indio gigantesco
que duerme el sueño blanco de la Nieve.

Es símbolo el Inca recostado
sobre las bravas crestas del nevado
Pichupichu. Culpa es de los prohombres
de América y España, que el andino
padre racial del mundo colombino
más cerca esté del Sol que de los hombres.

A. Ballón LANDA.

La Belleza y el Bien

Continuando en el propósito de estimular el interés por las altas disciplinas espirituales, "Mercurio Peruano" publica el interesante trabajo del Dr. Deustua sobre la belleza y el bien. Este estudio, que constituirá un capítulo del libro que el autor está preparando sobre cuestiones estéticas, señala de modo, á la vez claro y profundo, los caracteres distintivos de la moral, la religión y el arte y proporciona otras indicaciones y referencias de positivo valor especulativo.

Como las ideas de perfección y de verdad, la idea de bien no tiene tampoco un sentido preciso.

La palabra *bueno* y sus derivados, dice el Vocabulario filosófico de la Sociedad Francesa de Filosofía, presentan cinco significados principales, de los que el primero es un género, al que los otros cuatro se refieren, como sus especies. Significa lo que es digno de aprobación, en general; lo que realiza exactamente el tipo ideal, que consideramos como el de su especie; lo que sirve útilmente a un fin; lo que es digno de aprobación ética y el carácter del sér benévolo. En la filosofía griega, agrega, el Bien por excelencia, es el que sólo es bueno por sí mismo y con relación al que todos los demás, no son sino medios. En segundo lugar, y especialmente en Aristóteles, es el fin de toda actividad en el mundo. El soberano bien, dice Aristóteles, sería el objeto que satisficiese toda la facultad de desear, de los seres racionales finitos. En la filosofía moderna y en particular en Kant, es un bien tal, que satisface al hombre todo entero, tanto respecto a la razón, como a la sensibilidad y a la actividad".

Haciendo Lachalier la crítica de esas definiciones, le parece que hay en todos los empleos de la palabra *bueno* y de sus derivados, una dualidad fundamental de sentido: el bien es *per-*

feción, en sí, o *felicidad* para él que los posee. Históricamente, dice, es este último sentido el primero; el bien es aquello de lo que tenemos necesidad, lo que nos satisface. El bien, en el sentido de perfección es, probablemente, lo que nos causa una satisfacción objetiva, lo que nos satisface como seres racionales.

En esta diversidad de significados, el Vocabulario aconseja emplear de preferencia la palabra perfecto, siempre que pueda haber confusión con el sentido del bien moral, como lo que es digno de aprobación ética, y reservar la expresión *El Bien* en el sentido ético.

Siguiendo a Lachalier, hay una doble acepción de la idea de Bien: una objetiva, que la confunde con la de Perfeción ó de Utilidad; y otra subjetiva, en la que los sentimientos de aprobación, de benevolencia o de felicidad, constituyen el contenido de ese concepto. El Bien, como voluntad divina o como buena voluntad o voluntad nouménica de Kant, puede incluírse en esta expresión. Para Aristóteles, dice Goblot, el bien de un sér es su fin o su acto, y cuando se distingue el bien del placer, se llega a identificarlo con el sér. Esta finalidad sirve a Kant en su crítica del juicio, para distinguir lo bello de lo útil como de lo bueno, que confunde con lo perfecto en la común significación de finalidad objetiva o teleológica.

Eliminando las formas subjetivas del Bien, queda como expresión objetiva esencial, la que lo define como aquello que realiza exactamente el tipo ideal, que consideramos como el de su especie. En esta definición pueden comprenderse el bien físico, como el moral, porque ambos entran en el concepto de perfección o de orden, que implica la idea de tipo y que equivale a la Idea o Ideal platónico. El tipo ideal, en efecto, no es sino una idea de orden, cuyo contenido está compuesto de todas las notas genéricas, que corresponde a un grupo de fenómenos semejantes, por su naturaleza y finalidad. Objetivamente, el bien moral es también un orden, como el mal moral es un desorden. Así lo establece Goblot, para quien el bien moral es, además, el progreso en perfeción o en dignidad, que resulta de la buena acción, como el mal moral es la decadencia, que resulta de la falta.

El Bien es, por cinsiguiente, lo perfecto, el orden ideal, pero no es simplemente la perfección o el orden, sino una especie particular de ambas, diferente de las demás por su contenido. En esto se distingue de la Verdad, que es puro orden, y se asemeja a la belleza, que es un orden que tiene por contenido la libertad y el sentimiento.

Definido el Bien en el sentido de la perfección, como lo hizo también Leibniz, la diferencia con lo bello queda resuelta; pero definido en el sentido del amor o de la libertad, la cuestión queda reducida a conocer el papel que estos elementos desempeñan en el fenómeno estético y el moral.

Kant, para quien lo bello y lo bueno se diferencian radicalmente, funda esa diferencia en la manera diversa como se aplican a uno y a otro, las categorías lógicas, según las que trató de definir el juicio estético del gusto. Lo bello agrada inmediatamente, pero sólo en la intuición reflexiva, no como la moralidad, en el concepto; lo bello agrada independientemente de todo interés y el bien moral está, en verdad, ligado a un interés necesariamente, pero no a un interés que precede al juicio de satisfacción, porque este mismo juicio es lo que lo produce; la libertad de la imaginación y, por consiguiente, de nuestra sensibilidad, se representa en el juicio de lo bello como conformándose con la legalidad del entendimiento; en el juicio moral, la libertad de la voluntad es concebida como el acuerdo de esta facultad consigo misma, según las leyes universales de la razón; por último, el principio subjetivo del juicio de lo bello es representado como universal, es decir como aceptable para todos, aunque no se puede determinar por ningún concepto universal; en cambio, el principio objetivo de la moralidad es, también, representado como universal, es decir, como admisible para todos los sujetos, así como para todas las acciones de cada sujeto; pero también como pudiendo ser determinado por un concepto universal.

La distinción kantiana se refiere a las formas que adquieren el conocimiento estético y el teleológico, pero no a los objetos mismos, que no tienen realidad fenoménica en su filosofía subjetiva. Por eso, al considerar la libertad, la refiere al modo como se representa en el juicio de lo bello, conformándose con las leyes del entendimiento, consecuente con su definición del placer estético como el juego libre de las facultades cognoscitivas.

Kant había distinguido también lo bello de lo bueno, por razón de la finalidad. La finalidad de lo bello era aparente y subjetiva, era una *finalidad sin fin;* la finalidad de lo bueno era real y objetiva; sirviendo esta separación radical de fundamento a la diferencia entre el juicio estético y el juicio teleológico, que descansan, respectivamente, en el placer inmediato o en el concepto.

Schelling se aparta de esta fórmula kantiana, explicando, por el principio del *amor absoluto,* la naturaleza de lo bello, como

de lo bueno, y confundiendo así la Estética con la Moral. Fouillée, que critica esta tésis, encuentra una secreta oposición entre las ideas de bondad y de belleza propiamente dicha; porque, en su concepto, la belleza supone una adecuación del objeto a nuestros medios de conocer y sentir, que permite, a la vez, su ejercicio enérgico y fácil y, en consecuencia, agradable; condiciones que no son aplicables a la idea de lo absoluto, desde que esta idea está sobre y quizás bajo toda forma sensible o inteligible y escapa al conocimiento como a la imaginación y a la sensibilidad; de donde resulta que lo absoluto puro no puede ser bello, en rigor; no hay verdadera belleza, sino en donde se encuentra la vida o cuando menos la apariencia de la vida. Analizada la emoción estética, agrega Fouillée, ella demuestra, que toda belleza verdadera es, por sí misma o por lo que ponemos en ella, el símbolo del *amor universal*, como causa de alegría y llega a ser el *símbolo de la piedad universal* cuando causa tristeza; es una infinidad sentida o presentida; es el símbolo del bien; pero eso no quiere decir que lo bello y lo bueno se confundan en un sér en estética, como en moral, un papel negativo, un papel limita- en estética como en moral, un papel negativo, un papel limitado, según la expresión de Kant mismo.

Eliminando así el carácter de absoluto, subsiste sólo el sentimiento de amor al ideal, que informa tanto lo bello como lo bueno; pero este sentimiento gozoso que, en el orden moral, nace de la sumisión de la voluntad a la norma o al ideal impuesto, en el orden estético reconoce por causa la creación libre del ideal. En el orden estético, la libertad carece de coacción, se desenvuelve, sin límites, en el mundo de la imaginación y sólo así se cocilia con la naturaleza; pero, en el orden moral, está limitada por el deber. Quien dice bello, dice una concepción libre y que ninguna ley gobierno y reprime; tal no es la noción de bien, escribe Chaignet. Quien dice bello, agrega este filósofo, dice un ideal indefinido, al que, según su poder creador, la imaginación agrega, eleva y corrige; pero la noción del bien no es así indeterminada. Quien dice bello, dice un sentimiento cuya esencia es ser agradable; pero la esencia del sacrificio por el bien, parece que fuera un dolor, porque es un combate, y la victoria misma es adquirida a precio del sufrimiento. Lo bello es un arte creador, que sólo descansa en la contemplación del objeto exterior que ha producido, en donde ha depositado el ideal y cuya visión le encanta; lo bello tiende siempre a una expresión, no así el bien. Chaignet reconoce que el hombre, en la acción moral, en

la práctica, se impone el bien, que es su fin, como algo distinto de él; pero eso es una forma abstracta, exclusivamente general, que no tiene nada de imaginable, ni de particular, ni de individual; es una idea de la razón, que el hombre concibe y que quiere realizar en él; y esta forma abstracta, desprovista de sér, cuando ha sido realizada, no produce ningún sér nuevo, ni cambio alguno sustancial en el sér. El hombre, por la virtud, perfecciona su esencia; pero no la cambia, ni crea nada como en lo bello.

Tal es el papel que el sentimiento desempeña en lo bello y en lo bueno. Ambos sentimientos pueden ser contemporáneos y estar ligados; pero, como dice Kant, el sentimiento moral está unido al placer estético, en el sentido de que se puede representar, como estética, la belleza de una acción. Pero esta fuerza de representación estética no pertenece a la moralidad misma de la acción, sino a la imaginación, y puede ir hasta disipar, sin destruír, el carácter puramente moral.

Considerados lo bello y lo bueno, objetivamente, en ambos entran las ideas de orden y de libertad, aunque en condiciones diferentes, confundiéndose en la forma geométrica de la belleza y separándose luego que la vida sugiere la idea de libertad, como no coacción o como libre expansión. En la Naturaleza, lo bello se mide por lo perfecto en la esfera de lo inorgánico, en el que la belleza se aprecia por el orden, simplemente, convertido en armonía por una especie de traslación de la armonía subjetiva al objeto contemplado. En la esfera de lo organizado y viviente, ese paralelismo desaparece, y el criterio estético reside en la libertad del movimiento y de la expresión. En la esfera de las acciones, esa separación se acentúa. Al orden impuesto por la norma moral se opone el orden libre creado por la imaginación; a la libertad subordinada al deber o al placer, se opone la libertad infinita de la creación estética. La libertad domina en la belleza; lo que domina en el bien es el orden, la ley, la norma, el deber, como límite infranqueable de la libertad moral. La libertad en lo bello no recibe reglas, sino de sí mismo o de la imaginación; el orden obedece, en lo bueno, a la ley, que le impone la razón. Amamos en lo bello la fuerza libre; de modo que subsiste el placer, aún cuando esa fuerza, en el exceso de su libretad, llega hasta el desorden y desconoce la ley de la razón. Así encontramos belleza hasta en las regiones sombrías del mal.

Entrando la libertad y el orden, tanto en lo bello, como en lo bueno, se comprende que, cuando lo bueno se traduce en for-

mas que revelan una libertad, en armonía con un orden ideal, engendrado por el sentimiento, se confunde con lo bello. No hay belleza moral cuyo contenido no sea una acción considerada como buena. Cuando eso no sucede, entonces la belleza deja de ser moral para convertirse en pura belleza artística. Esto explica por que se haya pretendido confundir la virtud con el arte, como lo hacen Herbart y Novalis; explica, además, por qué los valores estético y moral luchan por su supremacía, respectivamente, adjudicándose cada uno el título del valor de los valores. Una estética intelectualista, que atribuya al orden o armonía el valor esencial de lo bello, lo subordina al orden moral impuesto por la voluntad divina o por la razón nouménica; pero una estética voluntarista, que hace de la libertad creadora la esencia del espíritu, subordinando a ella todo orden, todo ideal, se atribuirá, necesariamente el poder de crear el ideal moral como cualquier otro ideal, imponiéndolo por la fuerza de la satisfacción colectiva y convirtiéndolo en dogma de la razón práctica.

De esta confusión entre lo bueno y lo bello, se ha derivado, en la teoría artística, el debate sobre la finalidad docente del arte; porque el arte no es sólo expresión de una librtad ideal sino, también, proceso de liberación o de emancipación, encontrándose, en este sentido, y asociándose con la moral y la religión.

"Desde muy antiguo se atribuyó al arte un fin pedagógico, como observa Croce. Sobre la base hedonística, que consideraba al arte como cosa de placer sensual, únicamente, se construyó entre los griegos, la teoría moralística y pedagógica del arte. Este fin educador se encuentra ya en Platón y Aristóteles, sea en la *Política*, donde determina los usos educadores de la música; sea aún, quizás, en la *Poética*, donde se habla oscuramente de una *catarsis* trágica o purificación por medio de la tragedia. La idea moderna de la virtud libertadora del arte, parece que fué también vislumbrada por Aristóteles. Pero fué la escuela estoica la que proclamó el fin moralizador del arte".

Este fin se ha conservado siempre; no sólo por los que han visto en el arte un poder ordenador de las energías síquicas, como los filósofos socráticos, para quienes lo bello es la regla moral, sino aún por los que han hecho de la libertad el carácter estético esencial. La teoría estética de Schiller, que hace del instinto de libre juego, el principio generador del arte, se vale de esta teoría para un fin pedagógico. La teoría estética de Schopenhauer, que domina toda su filosofía, hace de la liberación el fin del arte. El arte es, por eso, beatífico. El contemplador artísti-

co, no es ya un individuo, sino un sujeto consciente, puro, libre, que ha podido emanciparse de la tiranía de la voluntad ciega y, por lo mismo, del dolor y del tiempo. La contemplación estética es libertadora, porque conocemos el objeto, no como individual, sino como idea platónica; es decir, como forma permanente de toda la especie de objetos, y por que la conciencia íntima del sujeto que conoce, no es ya conciencia individual, sino conciencia del sujeto puramente consciente, independiente de la voluntad. El contemplador necesita emanciparse del principio de causalidad, que sirve a la voluntad, para elevarse a ese conocimiento puro de la idea, en cuyo estado cesan el torbellino de las pasiones o del deseo y los tormentos de la voluntad individual,, y se adquiere la quietud, que es la felicidad.

Sólo por el arte, que realiza esa contemplación, se puede obtener tal felicidad, que predispone para la piedad y sirve de fundamento a la moral. La contemplación estética, aniquilando la voluntad, aniquila el egoísmo, que es su esencia. Emancipados del yo y convertidos en puros sujetos del conocimiento, nos identificamos con los objetos contemplados. El mundo como representación, es lo único que queda; el mundo como voluntad ciega y egoísta desaparece completamente, convertido en idea contemplada; porque toda idea, para Schopenhauer, no es más que la objetivación *inmediata* y, por consiguiente, *adecuada,* de la cosa en sí, de la voluntad, que no se ha objetivado todavía, ni se ha convertido en representación.

No obstante la oscuridad de esta teoría estética, se comprende su fin moralizador. Condenado el hombre al dolor, en fuerza de una voluntad empeñada en vivir en un mundo adverso e insuficiente, no puede emanciparse de ese dolor y conquistar la felicidad, sino emancipándose d[illegible]ntad y, por consiguiente, de la acción, y refugiándose en la vida contemplativa, que se satisface con los ideales, que, a su vez, objetivan, pero de un modo inmediato y adecuado, esa voluntad, esa tendencia a vivir, antes de que se presente en lucha con la ralidad, antes de que la voluntad libre y omnipotente se reduzca a la esclavitud de las representaciones de la realidad opuesta, y produzca necesaria y exclusivamente el dolor.

Esta conclusión pesimista, nacida de un incompleto estudio de las funciones de la voluntad en la conciencia individual, ha conducido a Schopenhauer al desconocimiento de la función activa de liberación y purificación que entraña el arte, por efecto de esa misma tendencia a vivir, que explica la evolución progre-

siva del ideal y presupone la aspiración de una voluntad libre, omnipotente y creadora.

Por este factor de libertad, unido al sentimiento, el arte y la moral se asocian estrechamente. La moral es una tentativa de conciliación entre la libertad individual y el orden social, fundada en la concepción de un orden absoluto, admitido por la sociedad. La moral establece una relación entre el fenómeno subjetivo y una ley racional absoluta, objetiva, superior al hombre; ley universal teleológica, que escapa a las previsiones de la ciencia, que tiene un fundamento metafísico y crea una oposición entre la libertad y el orden; oposición o antinomía, que el hombre aspira a destruír mediante una conciliación absoluta y definitiva, operada por la realización completa del orden moral en la vida práctica, sin conseguirlo jamás. En esta tentativa de conciliación, entran todos los elementos sicológicos: la representación, el sentimiento y la voluntad; la idea de finalidad objetiva predomina; el orden ideal es impuesto; el objeto no es lo real en su totalidad, sino lo real espiritual solamente, ni se aplica a todo lo real, sino a la vida práctica dotada de libertad.

La libertad y el sentimiento, entran en la génesis del arte como en la del acto moral; pero de diverso modo. En el arte, la libertad crea su orden propio; la representación se subordina al sentimiento; la ley no rige la actividad del artista en lo que constituye la función esencial imaginativa: la inspiración creadora; la libertad es absoluta en el mundo de la imaginación; en el acto moral sucede lo contrario. Puede el genio moral reformar radicalmente la ley moral, en fuerza de un ideal superior; pero en este caso, el genio procede como artista, que crea ese ideal elevándose por la imaginación sobre la experiencia y puede entonces ser condenado como inmoral, por la sociedad en que actúa. Con el genio artístico no sucede lo mismo; su libertad sólo puede ser condenada cuando la moral y la religión crean un arte *hiératico,* destinado a servir de símbolo de los dogmas de una u otra; es decir, cuando el arte desaparece sustituído por la moral o la religión.

Pero, fuera de este caso, en que se trata de una reforma moral, las acciones son buenas o malas, no por la libertad que entra en ellas, sino por su conformidad o desconformidad con la normal moral inalterable. La libertad entra en su apreciación, sólo cuando se trata de la responsabilidad. Una acción buena o mala no se convierte en indiferente o cambia de naturaleza cuando la libertad con que se practica existe o no; su valor se mide por su

relación con el orden que afirma o trastorna, aún cuando no se quiera dar a ese orden, el nombre de moralidad. En cambio, el fenómeno estético desaparece, desapareciendo la libertad real o aparente, aún cuando el orden subsista como forma física, lógica o social.

En la misma belleza moral, en la que se funden las dos expresiones diversas de la libertad ideal, se puede encontrar la diferencia establecida. La acción buena es admás bella, cuando el que la ejecuta revela un gran esfuerzo para cumplir la ley moral, como sucede en los casos en que ella recomienda el sacrificio y se acepta éste, no pasivamente, en fuerza de resignación, sino activamente, libremente, por sólo el atractivo de la idealidad encerrada en el sacrificio. En cambio, las acciones buenas, practicadas habitualmente, no son bellas; son como las obras que producen las máquinas, tomando como modelo las creaciones del genio.

La finalidad, por último, entendida, no en el sentido kantiano, sino en un sentido superior, demuestra la relación en que se encuentran lo bello y lo bueno. Lo bello carece propiamente, de finalidad; la obra bella expresa una aspiración de libertad que se realiza en una apariencia forjada por la imaginación, sin fin ulterior que lo determine; la obra buena, por el contrario, tiende a un fin, a su conformidad con una norma moral, absoluta, que expresa un ideal definitivo y cristalizado en un dogma. Por eso se dice, que lo bello tiene su fin en sí, independientemente de sus efectos, sean éstos el placer o la educación.

Laló, en su reciente obra sobre el arte y la moral, plantea este problema de su relación, después de haber analizado las teorías que subordinan el primero a la segunda, las opuestas que dan preminencia al arte y las que sostienen una comunión mística entre lo Bello y el Bien. Para Laló estas teorías son igualmente falsas, porque esos valores como el valor lógico, son independientes, pero no inconciliables. Lalo llama *valor* la síntesis de impulsos de toda especie, que nos hacen actuar, pensar o sentir y llama *imperativo* a ese valor cuando es conciente. En la medida en la que un estado de espíritu no nos es impuesto pasivamente del exterior, sino que es un producto activo de nuestra naturaleza, debemos suponerle un valor, casi como cuando estamos conducidos a suponer una fuerza en el origen de todo movimiento o una energía en la fuente de todo trabajo. El valor resulta así la forma sicológica de la energía universal. El valor en sus diversos grados presenta las formas de valores negativos o anormales, positivos o normales e hipotéticos o ideales, formas

que tienen por norma común las leyes de la evolución individual o colectiva. Para Laló, las síntesis que crean cada valor, están formadas de elementos, que por sí mismos, carecen de valor o, a lo menos, no tienen un valor del mismo orden; los valores morales sintetizan datos amorales; los valores científicos o lógicos son combinaciones de factores alógicos o precientíficos y los valores estéticos nacen de elementos anestéticos. Cualquiera que pueda ser su unidad superior, esos son los tres matices principales de los valores humanos, según que éste o aquel elemento domine en su síntesis y le imprima una de las tres formas características del deber, del saber o del juego.

Considerados así los valores como síntesis heterogéneas, son independientes y difieren por su naturaleza, su constitución y sus normas, dando origen a la moralidad en setido estrecho, a la ciencia y el arte; pero en la progresión de síntesis, de donde nacen todos los imperativos, no hay razón para detenerse en los tres grandes valores clásicos de lo verdadero, de lo bello y del bien, como si debiesen permanecer definitivamente aislados y sustraídos ellos mismos a toda síntesis superior. Llevando por el contrario, la progresión a un poder más elevado se concibe una síntesis de todas esas síntesis, que, sin tener un carácter absoluto, constituye una cuarta especie de valor superior, que completa lo que se puede llamar, por analogía con las "virtudes cardinales" de los antiguos, la serie de "valores cardinales" de la vida humana.

"Así como con datos anestéticos, alógicos y amorales, la conciencia humana construye, respectivamente, los valores lógicos, estéticos y morales, así mismo con la verdad, la belleza y la bondad, hace nacer un nuevo valor, que es más y mejor que los otros tres, sin reducirse a ninguno de ellos y que los comprende como elementos con los que hace la síntesis mental, así como cada uno de ellos hace la síntesis de elementos más simples, los mismos que han sido, sin duda, sintéticos, y así hasta el infinito; porque no hay absolutamente límite inteligible, ni hacia arriba, ni hacia abajo, en esta progresión por la síntesis o en esta regresión por el análisis".

"Este valor supremo abrazaría, al fin, todos los poderes de la vida a la vez, sin excluír ninguno, y daría a cada uno lugar armonioso en el conjunto. A falta de un término más pertinente, la llamaríamos una *moralidad superior,* aunque ella no sea más bien moralidad que belleza o que verdad; porque es todo esto a la vez. Es una concepción panteista de la vida y del mundo, y, por

eso, tiene algo de metafísica o de religiosa. Es como *el momento metafísico de todos los valores* o como el aspecto religioso de la vida, que la hace sagrada, y que erige cada una de sus funciones en una de las fórmulas indispensables de un culto: el culto del Hombre por la Humanidad; porque con ella viene, al fin, el reino del Hombre sobre la tierra y en el Cielo".

Hay, pues, para Lalò "un sentido estrecho y un sentido amplio de esos términos de *Moral* o de *Moralidad.* En el sentido estrecho la moralidad es muy diferente del arte y de la ciencia, a las que considera, con justo título, como concurrentes y no tolera sus invasiones, sino gracias a un *modus vivendi* muy inestable. Siempre amenazada o amenazadora, está casi siempre respecto a sus rivales, en la actitud de ataque o de defensa, rara vez y difícilmente en la de acuerdo y de solidaridad orgánica".

"Desde este punto de vista estrecho, la moral es la acción seria e interesada, el arte es el desvarío del juego, la ciencia es el pensamiento desinteresado. Todo el lugar que una de sus funciones ocupa en la vida lo toma forzosamente de una de las otras dos; es la lucha y la anarquéa, hasta que una fuerza extraña viene a reducir esas pretensiones a la disciplina común de una síntesis superior. Una moralidad así estrecha, es una lucha contra la naturaleza, es decir, contra todos los demás valores".

"Entendido en el sentido amplio, por el contrario, muy lejos de excluír los demás valores y de luchar contra ellos por la vida, la moralidad superior los presupone. No los subordina sino para organizarlos; es la expansión de la personalidad humana y no la restricción de sus funciones".

Lalo, sin embargo, no explica cómo se forman esas síntesis; cual es el principio alrededor del que se ordenan los elementos menos complejos, primero, y las síntesis de valores después. A juzgar por sus palabras relativas a la expansión de la personalidad humana como fin de la organización superior, parecería que ese principio fuese el de la libre expansión del espíritu; pero esa interpretación no está de acuerdo con el intelectualismo de Lalò, que reduce a síntesis mentales o lógicas los diversos valores. Lalo, además, no resuelve el problema fundamental del criterio de valor, que se plantea en el dominio de la conciencia valuadora; considera el valor como objetivo, prescindiendo de la idea de finalidad, que es esencial en la teoría del valor. Su inclinación a reducir todos los valores al de una moralidad superior, sin otro factor, que el de una progresión indefinida en la síntesis, responde a su teoría estética sociológica, en

la que admite un imperativo estético, una obligación estética, impuesta por una técnica normativa, a manera de un imperativo moral. Admitida la libertad estética, superior a toda norma social, esa analogía desaparece y surge, naturalmente, la autonomía del arte, que al engendrar ideales, extiende a las acciones humanas ese poder y establece bases de la moralidad.

En el mismo sentido en que el arte encuntra a la moral, encuentra también a la religión. La conciencia artística y la conciecia religiosa se confunden en el dominio de la pura idealidad.

"La teoría mística, que considera el arte como un modo especial de beatificación, de entrar en relación con la Absoluto, con el sumo Bien, con la raíz última de las cosas, aparece sólo al concluir la Edad Antigua casi al comienzo de la Edad Media. Plotino, fundador de la escuela neoplatónica, es el representante de esta dirección Con Plotino, lo bello y el arte, que estaban separados, se resuelven ambos en una pasión y elevación mística del espíritu. Lo bello es lo que acogemos como cosa de nuestra misma naturaleza, feo, aquello que repugna como contradictorio. La afinidad de las cosas bellas con nuestra alma, que las percibe, tiene origen en la Idea, que produce unas y otra. Un cuerpo bello es tal, por su comunión con lo divino. La belleza es el resplandor de lo divino, de la Idea. La materia es bella, no ya por sí misma, sino sólo en cuanto está iluminada por la Idea. La luz y el fuego, como más próximos á ésta, como los más espirituales entre los cuerpos, esparcen lo bello sobre las cosas visibles. Pero, para percibirlo, el alma debe purificarse y hacer eficaz esa fuerza de la Idea, que es ingénita en ella. Moderación, fortaleza, prudencia y toda otra virtud, no son más que purificaciones. Así se abre al alma otro ojo fuera del de la belleza sensisible, el cual permite contemplar la belleza divina, que coincide con el Bien, condición suma de beatitud. En esta contemplación entra el arte. La belleza en las cosas hechas por el hombre, proviene de la mente, del interior. La belleza de las cosas naturales es el arquetipo existente en el alma, la cual es fuente de toda belleza natural. Esta es, agrega Croce, la primera afirmación de la Estética mística, destinada a tener fortuna en los tiempos modernos, especialmente en la primera mitad del siglo XIX".

Si el arte se aleja de la ciencia hasta constituír ambos los dos polos de la actividad síquica, cuyos elementos esenciales son la libertad y el orden, lo incoordinable y lo coordinable, como dice Gourd, el arte y la religión se asemejan hasta el punto de constituír estados de conciencia, que se definen por esa semejan-

za. El alma del místico es una lira, ha dicho James; y, en efecto, es en la Música, principalmente, en donde pueden confundirse el misticismo y la génesis artística. La inspiración religiosa, en las demás artes, puede producir también esos estados de unción religiosa, en los que el alma, para encumbrarse a la más elevada idealidad, rompe todos los vínculos que lo atan al deseo sensual y entra en el mundo de purificación beatífica.

La libertad, cuanto más se idealiza, tanto más se acerca a la religiosidad. El dominio de la libertad pura, sería el de lo suprasensible, el dominio del misterio y de la pura religiosidad, en el que la vida entera quedaría reducida a un puro amor por lo absoluto; pero para llegar allí, el hombre tendría que renunciar a toda representación, a toda forma imaginativa, término irrealizable, porque es contrario a su naturaleza. De allí que la religiosidad no pueda prescindir de alguna forma, siendo el arte el vehículo obligado del ideal religioso. Cualquiera que sea nuestra concepción, la realidad se impone á nuestra inteligencia.

No obstante esta coordinación entre el arte y la religiosidad, sus dominios son diferentes. El arte no sólo se inspira en lo divino; la naturaleza y el hombre son también fuentes de ideales que realiza. El arte no es sentimiento puro, por intenso que sea; es sentimiento unido a una represntación y a una obra. Prescindir de ésta, es mutilar el arte, confundirlo con la ciencia. La religión consiste en una especial disposición de los sentimientos y supone dos disposiciones habituales del alma: la *humildad* y la *confianza,* el *temor* a Dios y la fe en El. Esto importa un sentimiento de dependencia en el proceso de liberación, que se diferencia radicalmente del proceso artístico, porque reconoce orígenes y fines diferentes. El sentimiento religioso, informado por los sentimientos de *anhelo, alegría, admiración,* aspira a emanciparse del mundo, desilucionado y cansado de la vida, para absorverse en Dios y conquistar así la libertad absoluta; el espíritu como voluntad absoluta, aspira a dos formas de liberación de las servidumbres que lo encadenan: la servidumbre de la naturaleza y la servidumbre del cuerpo; pero el espíritu artístico busca sólo la emancipación de todo lo que se opone a su crecimiento como poder libre; la vida de relación le impone límites que trata de descubrir o de ampliar, creando ideales que escapan a esa relatividad y descubran lo que hay de universal y absoluto en el interior de las cosas. El sentimiento estético no es, por consiguiente, un sentimiento de dependencia de lo absoluto, sino el sentimiento de lo absoluto que aspira a realizarse en el mun-

do de los fenómenos, por sucesivas y progresivas creaciones artísticas. En la conciencia religiosa existe un imperativo categórico, que favorece la liberación absoluta; pero la conciencia estética carece de imperativo heterogéneo; es la actividad autónoma por excelencia, aún cuando esté limitada necesariamente por la realidad objetiva, que es un elemento de su función creadora.

Esta diferencia no impide, sin embargo la comunidad que liga las formas de la religión y del arte, que se realiza, como dice Simmel cuando el creyente siente su unidad con Dios, cuando el que contempla una obra de arte la siente como una necesidad interior, porque entonces no son ya elementos individuales y particulares los que entran en juego, sino capas profundas en las que el alma siente agitarse la totalidad de su sér, concibiendo este sér como referido a un orden y a un sentido de la existencia que supera su personalidad y las formas determinadas de su vida.

A. O. DEUSTUA.

Tradición, Leyenda y Poesía

Antes que el hombre consigne de una manera ordenada los hechos notables ocurridos en el seno social, gusta de relatarlos de viva voz y trasmitirlos en forma oral. Esta trasmisión de los hechos sociales verificada de viva voz de padres a hijos, es lo que se denomina tradición. En los orígenes de los pueblos es la única forma de conservar el recuerdo del pasado. Este recuerdo se circunscribe, por lo mismo, a los hechos de capital importancia, que han contribuído al sostenimiento o al progreso de la vida colectiva. De estos hechos, los más importantes y dignos de recordación son los relacionados con el establecimiento del grupo en un lugar; las edificaciones de los primeros fuertes de defensa, las acciones guerreras que defienden a la colectividad de agresiones injustas y la enseñanza de las artes útiles y el uso de los metales. Los actores de estas acciones memorables, que ejercieron durante su vida una influencia decisiva entre sus grupos, se convierten después de su muerte, en héroes nacionales, protectores de la colectividad, y más tarde en semi-dios o epónimos.

Los hechos mediocres y las acciones múltiples que se desarrollan a diario en la vida social, se narran también de viva voz y se trasmiten durante un lapso de tiempo. Es la crónica de todos los días que se escucha con interés, y que al día siguiente se olvida esfumándose, poco a poco, su recuerdo. Sin embargo de estos hechos insignificantes, algunos se destacan y perduran, cuando la conservación del relato interesa a una clase social preponderante o sirve algún interés político o religioso. (1).

---

(1). — Si tiene interés el relato de la leyenda de Heracles, en Apolodoro dice Van Gennep, es por que en el sostenimiento de la leyenda tenía interés una familia reinante, venida de Heracles; esta familia se preocupaba de que el ciclo estuviese lo mejor combinado posible, para justificar pretensiones políticas y conquistas. — *La formación de las leyendas.* -- Lib. IV. c. IV. p. 137. — Ed. Madrid 1914.

LIMITES DE LA TRADICION. —

Se ha calculado que una narración tradicional no se sostiene en forma de relato oral sino durante cuatro generaciones, y entre aquellas en que es sensible el vínculo de la sangre y en que los afectos por los antepasados se conservan en alguna forma. Después la tradición, se degenera, se trunca, y por fin se desvanece. Sólo cuando el relato contribuye a la exaltación de un personaje vinculado en determinada clase social preponderante o sirve algún interés político y religioso, se fija en el recuerdo y se trasmite en forma perdurable; pero aún así para que se conserve y sirva a su objetivo que ha de ser la exaltación del héroe o de la clase social al que este pertenece, es necesario que abandonando su vulgar ropaje de relato prosaico, invada los campos de la poesía, y se rime.

Aún así, la tradición si perdura, sólo se extiende a colectividades afines ligadas por los vínculos de la raza, de la religión y de las costumbres, pues si la tradición ha de relatar acontecimientos memorables e interesantes, estos caracteres sólo se podrán apreciar y servir a su conservación dentro de los grupos que tengan a orgullo mantener el recuerdo del acontecimiento. Hay, pues, un límite de la tradición en el tiempo y un límite de la tradición en el espacio. Ambos están marcados por el interés colectivo que trasmite el relato del hecho atribuído al ancestral epónimo o al grupo del que es originario, hecho cuyas influencias se extienden a pueblos y países de la misma raza y de idénticas creencias.

LAS MAS AMPLIAS Y NUMEROSAS TRADICIONES SON LAS DE LOS HEROES EPONIMOS. —

Nada sobrevive en el influjo y reflujo incesante de relatos, que se repiten dentro del grupo humano, como la hazaña guerrera que lo ha salvado de un ataque sorpresivo o de una invasión desoladora. Cuando a la propia defensa hecha efectiva por el héroe, se unen acciones más provechosas; una conquista feliz, el sometimiento de otros grupos a la servidumbre, la apropiación de tierras fértiles, la enseñanza de obras útiles; el autor de tales hechos y maestro de tales obras, se convierte en un ser protector y privilegiado, sus contemporáneos le reconocen, una vez que llega a ser efectiva su preponderancia, valor, astucia, audacia, y una energía que poco a poco se traduce en omnipotencia. A su

muerte, si deja establecido un sistema político y a sus descendientes el poder, su nombre se recuerda no tan sólo por la gratitud a sus hchos benéficos, sino como un medio de halagar la bondad de sus sucesores, unidos al héroe por vínculos de sangre o por afinidades políticas. Después de algunas generaciones los caracteres humanos del héroe se esfuman, pierden su precisión por iluminar la figura ancestral con los más brillantes matices de la imaginación; cuando los relatos del héroe han tomado la forma rimada y los poetas se han apoderado de su nombre y de sus hechos para estimular las virtudes cívicas, entonces desaparece el antepasado hombre, y surge, en la leyenda y en el himno, el héroe epónimo, el fundador de la nación, el protector de la tribu y de la ciudad; el semidios, que, aunque después de muerto, continúa velando por la felicidad de su grupo e interesándose por el brillante porvenir de su pueblo. Esta formación en las leyendas de los personajes legendraios, guerreros los más, convertidos en jefes de tribu, protectores de la colectividad, fundadores de la nación o epónimos y semidioses, se verifica en los orígenes de todos los pueblos de la tierra. Basta recordar a Rama y a Manu, a Nembrod y Azur, a Menes y Teseo, a Rómulo y Odin, a Tespies y Manco Capac, para notar la exactitud con que se genera la leyenda y el mito del epónimo. (2).

EN QUE CASOS SE CONVIERTE LA TRADICION EN LEYENDA. —

La tradición, forma vulgar del relato histórico, se adultera a través del tiempo. Cuando el héroe a quien se atribuyen las hazañas ha llegado a la máxima ponderación, y su personalidad desfigurada, toma todos los caracteres de lo sobrenatural; sus acciones se convierten en hechos maravillosos. El vencedor de hombres se convierte en dominador de gigantes y de demonios, luchador con monstruos y valoroso defensor de los débiles y de los perseguidos. La tradición adquiere un matiz irreal y los héroes se convierten en semidioses, y todas sus acciones son hechos sobrenaturales y milagrosos. En el tejido del relato fantástico elabora el instinto del pueblo que es el verdadero creador de la leyenda. Allí pone éste sus sentimientos y sus ideas, sus temores y sus esperanzas, en una palabra su alma. Por eso la ética y la oscura teogonía de los pueblos primitivos se descubre a tra-

(2). — Véase la leyenda de Napoleón, en Le Bon.

vés de su leyenda. El hecho humano desfigurado, se esconde entre el tejido de la fábula; para descubrirlo hay que desbrozar la espesa malla de la ficción, reducir la magnitud del héroe, traducir sus acciones fantásticas en posibles hechos humanos, e interpretar muchas de sus manifestaciones como símbolos de una idea, dominante, más que en el héroe, en el pueblo de la que es el protector o el dios. Un ejemplo típico de la formación y significado de la leyenda, nos muestra las hazañas de Hércules, Teseo y Belerofonte, entre los griegos; en América la leyenda de *Bochica,* entre los Muiscas, y de los hermanos Ayar, entre los antiguos Quechuas del Perú.

VALOR DE LA POESIA, PARA CONSERVAR LA TRADICION. —

El relato oral de acontecimientos ocurridos en la vida del grupo humano, hemos dicho que está limitado en el tiempo y en el espacio; sólo perdura cuando hay un interés de familia que especula con el recuerdo de acciones memorables; generalmente, hechos heróicos realizados por un antepasado, sirven de recomendación eficaz para asegurar el respeto y el reconocimiento de los descendientes. Hay un secreto temor reverencial y afecto de reconocimiento para los descendientes del héroe. Pero aún favorecida así la tradición por el empeño que para su conservación ponen determinados agentes, no tienen la seguridad de una duración indefinida. Hay, sin embargo, un medio que la salva de perecer en la deriva del tiempo, y es cuando entra a formar parte del tema de los poetas y se convierte en argumento de los cantos de los aedas o de los troveros. Una tradición popular es siempre querida por los poetas. Estos se apoderan del hecho memorable al que lo reconstruye el poder de su fantasía. Revisten la acción de un tejido maravilloso, multiplican sus matices, descubren en el héroe manifestaciones espirituales desconocidas hasta entonces: idealizan la vida, evocan el pasado tenebroso iluminándolo con una luz de brillo prepotente, y dignificando el acto humano, lo elevan a grado tal de recomendación y crédito, que lo incrustran entre las creencias, y, hacen del héroe, un semidios, protector y guía de los hombres. Los cantos del poeta comienzan por ser himnos patrióticos de invocación al héroe nacional, gritos estimulantes del valor y la abnegación, más tarde, realizada la deificación del ancestral, elevada su leyenda maravillosa a la categoría de acciones sobrenaturales; el canto guerrero se transfor-

ma en el himno religioso que forma parte de la liturgia, que se ostenta llena de pompa y solemnidad en las grandes fiestas nacionales.

En Occidente como en Oriente, en la Germania como en la Grecia, los anales primitivos fueron poemas. Tácito nos cuenta que los relatos históricos de los gremanos se conservaban en los cantos en honor de sus dos héroes legendarios *Tuistan y Manus.* Los relatos trasmitidos por los cronistas y misioneros de los pueblos germanos o americanos, no son otra que la tradición, groseramente hecha, de su vieja poesía heroica. Tal es el caso de la relación hecha en el siglo IX por el Sacerdote Sbemad, de los fragmentos de cantos sagrados hechos en honor de Upsal entre los escandinavos, que formó después el gran poema del Edda. Los *Sagos* forman una página de la historia desconocida de esos pueblos del Norte, que se ha conservado, aunque desfigurada, gracias a sus cantores y leyendas. En el Perú la crónica de Juan de Betanzos y los más hermosos relatos de los Incas, de Gamboa, apenas son otra cosa que los fragmentos del gran poema heroico que cantaba las hazañas del Rey Pachacutec.

La poesía salva así el relato tradicional, aunque desfigurado; pero le da el único salvo-conducto que ha de mantener su integridad contra los decisivos ataques del tiempo; la belleza y la ficción maravillosa. El pueblo gusta de encontrar así sus tradiciones; vive orgulloso de sus ancestrales que fueron superhombres, y conserva, entre el tejido de la fábula, los hechos prosaicos de un pasado idealizado. Los laboradores de esta obra ficticia, pero fecunda en bienes colectivos y en estímulos edificantes, son los poetas. Ellos salvan con el valor de su fantasía y la brillantez de su imaginación, la narración ruda y monstruosa, que estaba condenada a morir tras breve plazo. Son sin quererlo restauradores de un pasado que sólo vive gracias al poder de su lirismo, que despierta los sentimientos de gratitud de las generaciones nuevas por la obra de los muertos. Los poetas son, de este modo, los primeros historiadores y sus himnos y sus poemas, las primeras fuentes para la investigación del pasado.

Horacio H. URTEAGA.

Unamuno en Yanquilandia

(Hacia una verdadera compenetración de culturas)

Después de ese gran desesperado del pensamiento y terrible lógico en la acción, que fué Don Quijote, ha entrado en Yanquilandia un Quijote redivivo, un Quijote conciente y vocacional, un Quijote en quien la razón y la fe se acercan infinitamente, como la parábola y su asimptota, sin encontrarse nunca: Don Miguel de Unamuno.

Una de las primeras impresiones críticas que se ha dado, en lengua inglesa, del egregio pensador hispano, corridos más de dos años de la versión de *"El sentimiento trágico de la vida"* que prologara Madariaga, nos la ofrece en *"The Freeman"*, magnífico semanario neoyorquino, Mr. John Gould Fletcher.

Mr. Fletcher considera a Don Miguel como el más grande de los pensadores espiritualistas modernos. Comentando una observación escéptica de otro crítico acerca de la generación de intelectuales que ha arrojado lejos de sí las preocupaciones y los problemas espirituales, el articulista de "The Freeman" observa cómo en diversos países existen grupos de pensadores que a pesar de la guerra, a pesar de la "relatividad", a pesar de todo, insisten en perseguir lo que denomina *"the hopeless and Victorian quest for universal, absolute lows of life"* (1) *"Among them —'* agrega — *the greatest is a Spaniard":* entre ellos el más grande es un español "un hijo de la tierra que nos dió al Greco y a Goya, a Loyola y a San Juan de la Cruz, a Cervantes y a Pizarro".

Este paladino reconocimiento de la soberanía mental de un escritor tan castizamente español como Unamuno y que tan vivamente vinculado se halla a nuestra cultura, tiene singular importancia para nosotros. Es muy significativo el triunfo espiritual de este hombre que desde hace más de treinta años viene nutriendo la mentalidad de esas dos grandes penínsulas que se ex-

tienden, una al sur de Europa y la otra al sur de Yanquilandia, (aunque por fuerza de la imagen quede México, nuestro querido México, al margen). Y es más significativo aún que el reconocimiento de ese triunfo espiritual empiece a abrirse paso en el país donde gobierna Harding, el omnipotente apoderado de los magnates financieros e industriales de Wall Street, el retórico propagador de fementidos ideales pacifistas de Washington (1922), el jefe de un gobierno buro-pluto-crático que, desde la eminencia de la Casa Blanca, pretende desconocer y desautorizar los principios de gobierno genuinamente democráticos y humanos, del más bizarro de los pueblos hispano-americanos.

Cuando la fuerza mental de hombres como Unamuno, genuinos productos de la raza y la civilización que han germinado en zonas desconocidas del mundo anglo-parlante, empiecen a imponerse a la estimación de las gentes del Norte; cuando la pujante, y en ciertos sectores generosa y sutil, cultura anglosajona empiece a tomar en consideración a hombres como Ortega y Gasset, (superior este a Santayana, — notable filósofo, crítico y poeta de habla inglesa y de origen hispánico, — según el escritor inglés J. B. Trend, actual estudiante de la *Residencia* de Madrid); cuando ya no sólo los críticos estudiosos, sino, también, los grandes públicos de la cultura inglesa y norteamericana, conozcan y estimen la labor intelectual de un Ayala,un Maeztu, un Eugenio D'Ors, un Alomar o un Posada; cuando los hombres que desde Londres y Nueva York dirigen los grandes sindicatos y corporaciones que comercian en lanas, carnes, azúcar, petróleo y minerales, sepan y tengan presente que en las tierras que colonizara la España de Santa Teresa y Loyola, Saavedra Fajardo y Calderón, no sólo se produce esas materias primas, sino, también, seres humanos que siguen la tradición de aquellas cumbres de la humana inteligencia; cuando los periódicos de Nueva York y de Londres no sólo hablen de la cotización del cobre o del algodón, sino, también, de nuestra producción espiritual, entonces, únicamente entonces, podrá afirmarse que se inicia una época de fraternal y hermosa compenetración de dos culturas que ahora mútuamente se ignoran, y podrá empezar a hablarse de la posible realización del ideal pan-americano, hoy tan llevado y traído para bien de las marcas de fábrica que proteje el Tío Sam y menoscabo de nuestro libre e independiente desarrollo, como miembros de colectividades soberanas y autónomas.

Ya se han traducido en Nueva York el "Ariel" de Rodó, "La Busca" de Baroja, el teatro de Martínez Sierra, los Quintero y Benavente, para no referirnos al triunfo, no tan merecido como

rotund, de Blasco Ibáñez. Ahora necesitamos que se conozca bien en Inglaterra y, sobre todo, en Estados Unidos, á hombres como Zorrilla de San Martín, Lugones, Ingenieros, Rojas, Vasconcellos, Varona, García Calderón, Eñriquez Ureña, Alfonso Reyes, Ernesto Quesada y esa pléyade ya innumerable de escritores, críticos, filósofos y publicistas, que, mediante un esfuerzo honrosísimo de auto-educación, han logrado sintetizar en su personalidad intelectual y en su sensibilidad de hombres actuales, las cualidades tradicionales de la espiritualidad francesa, a la rica urdimbre de las virtudes celtibéricas. Hombres, éstos, ya apercibidos a la gran batalla de ideas y sentimientos humanos, que fraguará la civilización del porvenir, hombres que han puesto en la más viril de sus universidades un letrero que afirma:

"Por nuestra raza
triunfará el espíritu".

Si en Lima, Buenos Aires, la Habana y México leemos a Kipling, Chesteton y Bernard Shaw, a James, Dewey y Santayana, bien podemos aspirar a que no sea necesario que surja un imperialismo mercantil y militar de Hispano-América, para que los portavoces de su espíritu sean escuchados. Tal vez baste el interés de conquistar nuestros mercados. Pero para esto es necesario — es necesario señores diplomáticos del Perú y del Brasil, llamados ya a razón por "El Sol" desde Madrid — no servir de inconscientes instrumentos a los "politicians" del dollar y del "big-stick", y seguir la tradición honrosísima de los grandes patriotas argentinos que se llamaron Alberdi, Estrada, Drago, Mitre, Saenz Peña . . . .

Edwin ELMORE.

Lima, Abril 15 de 1923.

---

(1). — La desesperanzada búsqueda de leyes universales de la vida de la época "victoriana", es decir del tiempo de la reina Victoria, o sea de los Carlyle y los Ruskin.

El amor de Dante

(Con ocasión del sexto centenario de la muerte del poeta).

Pocas veces, quizá nunca, he experimentado, en mi tan larga vida, emoción más temerosa que la que embarga en este momento todo mi espíritu, y que es producida por dos causas que, si son diversas y casi en oposición, a saber, una enteramente subjetiva y la otra objetiva, convergen y se intersectan y se suman para hacer más violentos sus efectos, en este instante, en que verdaderamente me encuentro delante de vosotros como aquél a quien *"paura subita sgagliarda"*. (1).

Trae su origen la primera, del sentimiento que habla en mi conciencia, haciéndome ver la inferioridad de mis facultades en relación con la tarea que me he impuesto o, mejor, que me han impuesto; y nace la segunda, de la calidad de las personas que componen el selecto auditorio a cuya presencia he de cumplirla. Ni yo puedo repetir, como el poeta máximo a quien celebramos, para confortarme en tanta angustia:

"Vagliami 'l lungo studio e 'l grande amore" (2),

porque ni para uno ni para otro tengo alas, aunque no me falte voluntad. Luego, sólo un milagro puede salvarme en tan difícil trance y este milagro lo pido y lo espero de vosotras, señoras y señoritas, ya que sois vosotras mismas un milagro de hermosura y de gracia y estáis allí para iluminar mi opacada mente y para alentar a mi torpe espíritu; por la cual cosa de vuestra indul-

---

(1). — Infierno; c. XXI, v. 27.

(2). — Infierno; c. I, v. 83.

gencia espero que, temperando la austera y justa severidad de la otra mitad de este auditorio, la dulzura de vuestra sonrisa y la luminosidad de vuestra mirada, pongan en mi conferencia todo lo que a mí me hace falta para hacerla agradable a los oídos que la escuchan y digna del alto objeto a que ella está dedicada: lo que

"..... *non fia d'onor poco argomento*" (3).

si alcanzare a merecer vuestra atención.

Es así como, a pesar de todas las deficiencias que me reconozco, con toda la personal hidalguía que a mí se conviene y a vosotros es debida, y no obstante todos mis temores, ya paréceme, después de la buena voluntad demostrada con vuestra concurrencia a esta conmemoración, sentirme poco a poco crecer en valor y en atrevimiento hasta esperar que la indulgencia que os pido, señoras y señoritas, no me ha de ser escatimada, no por mis merecimientos sino por lo mismo que voy a hablar del poeta de Beatriz, de aquel que mejor ha exaltado y sublimado el amable eterno femenino, y que más dulcemente, más espiritualmente ha dicho del amor, entre todos los poetas, sea cual fuere la época en que han nacido, el país en que han vivido y el idioma en que han cantado. Y si así no fuere no habría yo podido cobrar el necesario valor de presentarme ante esta asamblea en la que vosotras, que sois flor de gentileza, garantizaís de la benevolencia que espero obtener de este culto público.

I

Diciendo que Dante es el poeta que mejor, entre todos los poetas de todas las edades y de todos los pueblos, ha cantado el amor, está lejos de mí, como podéis bien comprender, toda intención de establecer comparaciones de forma con algunos de los poetas antiguos o modernos que han tratado de este tema tan viejo y tan siempre nuevo, sino que yo solamente afirmo que nadie como él ha sabido elevar la abstracción y la espiritualidad de ese dulcísimo afecto y de la poesía que lo canta a tan alto punto de idealidad. Desde el siglo XII, los primeros ensayos literarios de nuestro habla vulgar se amoldaban en su mayor parte a los convencionalismos de una cultura extranjera, la cual, caballeresca o cortesana y feudal en la substancia, se comunicaba á los inci-

(3). — Paradiso: c. XVII, v. 135.

pientes poetas que empezaban a escribir en vulgar, bajo dos formas: lírica y subjetiva, en las trovas, sirventesas y canciones de los provenzales (lengua del *oc*), épica y objetiva en las canciones de gestas y en los romances franceses (lengua del *oil*), cuyo motivo fundamental, materia e inspiración fué el amor cantado como principio, de todas las virtudes y de todas las perfecciones, inspirador de todos los heroísmos. Pero cuando la influencia de estas dos corrientes se hizo sentir en Italia, hacía tiempo que ese gran movente se había vuelto un afecto convencional, un sentimiento ficticio no sentido y no pensado. La tan celebrada corte de Federico II en Palermo y sus poetas sicilianos, no eran sino una importación exótica de provenzalismo, una prolongación anacrónica de las cortes de los condes de Tolosa, substituyéndose en ella, en parte, el lenguaje provenzal con el vulgar italiano, pero conservando todas sus formas y sus idealismos convencionales y tradicioales. Se puede notar, empero, desde luego, el fenómeno de que el elemento popular que guardaba en su alma las características fundamentales de su viejo origen griego y de su espíritu latino, se manifestaban ya los destellos de esa verdadera inspiración poética que encontraremos más tarde en las hermosas poesías de Milelli y de otros que, antes de él y después de él, nos han dado tantas pruebas de su vigor y de su dulce y sencilla originalidad.

Cuando Manfredo de Suabia, hijo de Federico, perdió trono y vida en la Batalla de Benevento — 26 de Febrero de 1266, — Dante tenía menos de un año, (según la cronología adoptada hasta estos últimos tiempos y 4 años según una nueva cronología) y el ideal de los trobadores del *oc* ya era anticuado y en parte obscurecido, no menos que el de los *trouveurs* del *oil*, "y así como de la leyenda del Sant o Graal, símbolo de la Eucaristía, el " ciclo de la Tabla Redonda, había descendido a las lascivas de " Lanciloto del Lago, también el amor severo y religioso al cual " el caballero y la dama, aún casada, se obligaban con la bendición del sacerdote, el amor por el cual más de un caballero llevaba la tonsura como si fuera un orden sagrado, el amor de " Geraldo de Rosillon (4), ya no era sino un asunto de moda, si " acaso no encubría algo peor, y en la poesía no era sino una in-

(4). — Título de un famoso romance del ciclo de Amadis y nombre de un célebre Conde del feudo de ese nombre.

" geniosa combinación de frases, sobre cuyo significado todos se " hallaban acordes". (5).

Nuestro Dante empezó a poetizar precisamente en el período en que, después de la muerte de Manfredo de Suabia y del triunfo de Carlos de Anjou en Benevento, los caballeros y trobadores de la Provenza eran aplastados bajo las ruinas de sus castillos, saqueados por la invasión francesa y la reacción religiosa española contra los albigenses. Ya la caballería de los heroicos ideales, de tan hermosa exageración, había desaparecido detrás del polvo de las últimas cruzadas, para dar lugar, en Italia, al advenimiento del pueblo y a la consolidación de las Comunas. Fué entonces que en las ciudades libres de la Italia media, surgieron poetas y escritores que abandonando los moldes de importación elevaron el arte a nuevas formas y a nuevas alturas. "Pero es des- " tino de los autores que en las edades literarias marcan ese pa- " saje, ser superados y olvidados por sus sucesores; si todavía no " son por ellos despreciados, cuando alguien de los más grandes " que habían empezado a recorrer el nuevo camino, bajo su es- " colta, no los salve con mirada benigna de gratitud" (6). Ellos vienen a ocupar, simplemente, ese estado intermedio descrito por el mismo Alighieri, con feliz expresión, sacada de la imagen de un papel que se está quemando, cuyo lembo en la parte que se quema toma un color

"*che non é nero ancora e 'l bianco muore*" (7)

Dante bajo el imperio de esa ley fatal tuvo en poca cuenta, así, a fray Güittone d' Arezzo y exaltó a Guido Guinizelli y la escuela boloñesa, por haber sido los primeros en abandonar la fría afectación de los sicilianos y la miserable riqueza del ritmo provenzal, formado de alambicada fraseología, para encontrar la expresión sencilla y sincera de un afecto real y sentido. Y al Güinizzelli le llama

" ... ... *il padre*
mio, e degli altri miei miglior, che mai
rime d' amore usar dolci e leggiadre (8),

(5). — Carducci: *Rimas de Dante.*
(6). — Carducci: *Desarrollo de la literatura nacional.*
(7). — Infierno; c. XVV, v. 66.
(8). — Purgatorio; c. XXVI, vv. 97—99.

mientras a Güittone d' Arezzo reprocha de haber mostrado una tal cual indecisión en abandonar enteramente el estilo y las formas provenzales y de haber preferido, además, el uso del habla lugareño florentino en lugar de la lengua noble y común de Italia. Así aparece de lo que en el diálogo con Bonogiunta, éste le dice:

O frate, issa vegg'io . . . . . il nodo
ch'l Notaro (9) "e Güittone e me ritenne
di quá dal dolce stil nuovo chí io odo" (10),

y en el canto XVI, del mismo Purgatorio, dice que respecto a *Güittone, muchos de sus contemporáneos* "se formaron una opinión sin meditar sobre ninguna razón de arte ni consultar personas entendidas, y le dieron fama según se la daba el público", *hasta que el primitivo juicio ha tenido que modificarse según la gente sensada.*

Afirma Dante—y no hay duda de que está en lo cierto—que desde los tiempos de las primitivas culturas, cuando todavía los hombres vivían al estado de natura, cantaban también el amor, aunque no como sentimiento divino, pero que los grandes poetas de la antigüedad no lo profanaron nunca con ficciones y artificiosidades convencionales. El mismo nos da el ejemplo práctico de la realización de este concepto, ofreciéndonos en los versos iniciales de algunas de sus poesías, casi con insistencia, una especie de demostración preceptiva de su técnica formal.

Así cuando en la "Vida Nueva" empieza un soneto, con este verso:

"Tutti li miei pensier parlan d'amore (11)

llama evidentemente la atención del lector para hacerle saber que materia y fundamento de su poesía va a ser el *amor;* y en el primer verso de la canción, con la cual da comienzo al primer tractado del *Convite,* que dice:

---

(9). — Jacobo de Lentino notario i poeta que vivió cerca de 1270; sus rimas son muy sin gracia y siguen la manera provenzal. Güittone, el otro poeta, es el conocido Frai Güittone d'Arezzo. nacido en 1255. En juventud escribió *rimas de amor* con originalidad i sin imitar los provenzales ni los sicilianos, pero en lengua no muy pulida.

(10). — Purgatorio; c. XXIV, vv. 55—57.

(11). — Vida Nueva; XIII.

'*Amor che nella mente mi ragiona*" (12),

parece hacernos la precisa indicación del origen fundamental de su *inspiración*, de la miama manera que nos llama la atención sobre el *fondo moral* de su poesía, cuando en el párrafo XX de *Vida Nueva* comenta un soneto que empieza con estas palabras:

"*Amor e cor gentil son una cosa*" (13),

y lo mismo cuando quiere expresarnos la *razón última* de su obra y empieza la canción XII del libro de las rimas, con estas otras palabras:

"*Amor che muovi tua virtú dal cielo* (14)

Pero, ¿A qué seguir acumulando citas? ¿No es, acaso, todo un himno de amor este gran poema cuya glorificación se repite hoy en todo el mundo civil, después de seiscientos años de la muerte de su autor y al cual según la verídica y feliz expresión del Alighieri mismo;

" . . . . . *ha posto mano e cielo e terra?* (15)

Y ¿no es esta maravillosa creación el más acabado cumplimiento dado a la solemne promesa con la cual se cierra el libro de la primera juventud, la *Vida Nueva*, de no volver a hablar de Beatriz" *hasta poder hablar en manera digna de ella?* ¿No es esta la obra espiritual, el monumento artístico de toda su vida? ¿Perfecta continuidad y perfecta unidad?

Pero, aparte de estos méritos intrínsecos, esta gran obra multiforme y que no se limita solo a la Divina Comdia, sino que abraza toda la producción literaria del poeta, fué esencialmente obra de renovación artística y espiritual que daba la espalda al pasado y miraba al futuro, marcando, no sólo en el Alighieri sino también en sus contemporáneos, un momento determinante para la cultura artística y literaria italiana, con el cual se comunicaba movimiento y se abría nuevas vías de expansión a las estalactitas en que la edad media habían cristalizado el pen-

(12). — Dante; Convite; III.
(13). — Vida Nueva; XX.
(14). — Dante; Rimas, *Canción* XII.
(15). — Paraíso; XXV, v. 2.

samiento humano. Por consiguiente, llamar a Dante el último poeta de la Edad Media en lugar de proclamarle el primer poeta del Renacimiento, es hacer injuria, más que á su nombre, a la historia y a la sinceridad de la crítica.

Así lo presentía el mismo Alighieri, cuando en el Canto XVII del Paraiso, escribía:

"E s'io al vero son timido amico
temo di perder vita tra coloro
che questo tempo chiameranno antico".

Giovanni Bovio — precursor él también de tiempos que todavía no han venido y que, aunque viniesen hoy, probablemente, habrían sido ya superados por él en vista de la relajación espiritual de la generación inmediata — analizando la *prótasis* de Dante, dice que "en el arte tiene valor la personalidad de los síngulos artistas", y que esta personalidad "consiste en la coherencia de un alma particular con la conciencia del tiempo circunstante; en la capacidad consiguiente de resolver personalmente la geeralidad espiritual de una época". "En los artistas completos este tal carácter se afirma con plena evidencia". Y más adelante afirma, con percepción clarísima, que: "el artista (completo) nunca es inferior a su tiempo. Es, si cabe, superior!"

El edificio magnífico — siempre es Bovio que habla — cuando Dante murió el 14 de Setiembre de 1321, no era todavía conocido en la continuidad de sus líneas, en la unidad del diseño. Pero ya corrían por la boca de todos, las partes del poema que más palpitan de vida en la expresión *artísticamente perfecta del odio y del amor*. El genio de una nación no se improvisa por ningún hombre y por ningún poder, ni es algo de abstracto y de irreparable; pero en todos los siglos y en todas las instituciones vive en gérmen y se personaliza en un hombre máximo. *Máximo es aquel hombre que nacido en tiempos discordes, recoge en el canto la síntesis civil de una nación.* En el canto, porque el filósofo es para pocos, lo cienciado es para la escuela, el poeta es de inmediato para todos; y todos, — contemporáneos y posteridad — se sienten en ese canto que en los orígenes presiente la intuición de los destinos, que por ciudades y regiones vuela más allá de la nación, más allá de la humanidad, hasta donde el amor y la muerte se abrazan, adonde el equilibrio entre la política y la religión es sobrepasado, y el poeta, más sa-

cro que los viejos poderes hieráticos, viene a sentarse entre el hombre y Dios .

Dante llega una generación después de Santo Tomás, y ese mismo contenido medioeval que había sido *filosofado* por Tomás, fué precisamente poetizado por Dante con una diferencia, a saber, que Santo Tomás ajustó el contenido de la Edad Media á la fórmula aristotélica, y Dante la ajustó a las primeras formas del Renacimiento.

¿Cuál mejor afirmación de renovación que la que fluye del diálogo que nuestro poeta sostiene con Buonagiunta luqués? ¿No encierran, los tres versos que forman la contestación de Alighieri, el mejor precepto que dar se puede para enseñar la verdadera manera de conseguir la máxima eficacia en el arte, cualquiera que sea su objeto particular? Buonagiunta, regular compositor de rimas, en su tiempo, y de quien Dante hace reminiscencia en *De vulgari Eloquio,* acusándole de negligencia de estilo, después de una maliciosa digresión acerca de una aventura galante de Alighieri, le pregunta:

I I

"Ma di' s'io veggio quí colui que fuore
"trasse le nuove rime, cominciando:
"donne che avete intelletto d' amore"? (16)

a la cual pregunta contesta el poeta:

" . . . . . *I' mi son un che quando*
"amore spira, noto ed a quel modo
"che detta dentro vo significando". (17)

Ya en el segundo canto del Infierno, había dicho Virgilio a su pupilo que Beatriz le había mandado, para que le sirviera de guía diciéndole que *su amigo y no de la ventura, habiéndose salido ya, por su amor, de la turba vulgar,* después de llegar *al pié del apacible monte de la verdad y de la sabiduría, se hallaba detenido y amenazado por tres feroces animales que le impedían ascender a la cumbre de la virtud iluminada por el mismo sol*

(16). — Purgatorio; XXIV, vv. 49—51.
(17). — Purgatorio; XXIV, vv. 52—56.

primaveral que acompañaba con su resplandor las estrellas que estaban con el Amor divino, cuando "dió movimiento por primera vez" *a tan hermosas cosas.* Y después de esta exposición Virgilio repite a Dante la misma frase que Beatriz había empleado para definir bien el objeto de su encargo:

"Amor mi mosse che mi fa parlare", (18)

agregando que la "misericordia divina", en figura de una *donna gentile,* había exhortado á Lucía, símbolo de la "gracia iluminante", para que le rogase a ella Beatriz — representación de la "ciencia teológica" de la "revelación" — de interesar a Virgilio, quien se hallaba *fra color che son sospesi,* a saber en el Limbo esperando, a fin de que se apurara en prestar ayuda a su fiel amigo Dante.

Empero, de lo que he expuesto y de las abundantes citas que he hecho hasta ahora — aunque no sea esto sino un esbozo, apenas, de lo muchísimo que se pudiera alegar — el público inteligente que me escucha, y vos, señoras y señores, dotados de tan delicado sentir y de tan aguda penetración, todos, habéis ya comprendido, sin que yo os lo demuestre, que este *amor,* como lo entiende Dante, es un sentimiento que va al más allá, que sobrepasa los sentimientos humanos, sin más deseos que el saber y la virtud, sin descontentos ni alternativas, sin entusiasmos locos ni enfriamientos repentios. Es el contentamiento del espíritu en la contemplación del bien, una contemplación contínua y feliz de la belleza, en lo que tiene de más sobresensible y se manifiesta factor de bien, no sólo en el fuero interior del alma del poeta sino, también, en todo lo que le rodea.

Dante no adora, en Beatriz, las bellezas de su persona, sino la belleza arquetipa en toda la realización de su concepto abstracto. Las bellezas visibles son como hojas que se lleva el viento y que pueden dar sombra y refrigerio, pero él no distrae su atención fijándola en la parte materiada de esa belleza que se lleva el viento, sino que tan sólo se consagra a la contemplación de la belleza de la idea pura y abstracta.

No es difícil ver en esta representación de la belleza, hermoso y eficiente factor de bien en todo lo que rodea al poeta exteriormente, un principio de benevolencia y de paz, entre los odios feroces que ensangrentaban los Comunes italianos, lo que

(18). — Infierno; II, v. 72.

nos revela un nuevo aspecto y un fin civil dado por Dante a su lírica de amor. Por esto es que cuando Beatriz muere, el poeta llora su pérdida como un daño público de la ciudad y del mundo entero.

Ni creáis, señores y señoras, que sean éstas, fantasías mías, despertadas por las circunstancias: así piensan los más sabios dantófilos, así se expresa el Carducci, el que entre todos, ha tenido la comprensión filosófica de Dante y de su tiempo y la intuición poética del genio para poder comprender al genio.

El mismo Alighieri, nos dice en *La Vida Nueva,* que *su lengua hablaba casi como si se moviese por virtud propia, sin que mediase acto alguno de voluntad conciente.* Su lírica viene a ser así como la mujer en quien adora, y de la cual dice:

Quel ch' ella par quand' un poco sorride
non si puó dicer, né tener a mente,
sí é nuovo miracolo gentile. (19).

Y más adelante:

Mostrasi si piacente a chi la mira,
che dá per gli occhi una dolcezza al core,
che intender non la puó chi non la prova;

E par che della sua labbia si muova
un spirito soave pien d'amore,
che va dicendo all' anima: sospira. (20).

¿Puede hablar nada más vaporoso, menos sensual, más místico, que estas expresiones, las cuales parecen vayan perdiendo aún la materialidad del sonido?

La contstación la espero de vosotros atentísimos y amables señores, que me hacéis el honor de escucharme; de vosotras señoras y señoritas,

....*che avete intelletto d'amore;* (21)
che avete gli occhi di belleza ornati
e la mente d'amor vinta e pensosa (22).

(19). — Dante; *Vida Nueva,* XXI.
(20). — Dante; *Vida Nueva, XXVI.*
(21). — Dante; *Vida Nueva,* XIX.
(22). — Dante; *Rimas,* Canción III.

Y ahora permitidme creer que de todo lo que he recogido más acá y más allá y os he dado a conocer de las muchas expresiones en verso o en prosa usadas por el mismo Dante, para definir su concepto propio del amor, convendréis conmigo en dar fé a Byron (23), cuando dice que nuestro grandísimo poeta, aún antes de conocerlo por su nombre, amaba el amor, y que este dulce e inefable sentimiento se alimentó en su alma como una fuerza íntima, sin otro aliciente ni satisfacción alguna de los sentidos, y debió exaltarse por esta misma carencia de apetitos sensuales:

"Después que el décimo sol — le hace decir a Dante el bardo inglés, en el primer canto de *La Profecía* — "abrió a mis ojos " las galas de la primavera, tu fuiste, o Beatriz, la esencia de mi " pensamiento, y llama íntima de amor, cuando aún no conocía " esta palabra amor . . . . "

Y este tan espontáneo sentimiento del poeta niño, nos da la clave del por qué los griegos, con esa prodigiosa intuición artística de que la naturaleza, la tradición y la educación los habían de consuno dotado, habían, en efecto, creado en su simbólica mitología dos Venus: la una celestial que presidía a los amores ideales, metafísicos, platónicos, como los llaman hoy nuestros don Juanes cinematófilos, y que fueron, sin embargo, consagrados, no sólo en las teorías de poetas y filósofos paganos, sino, también, por el Evangelio, en la figura tan relevante y mística de la hermana de Lázaro; la otra es la Venus terrestre, que ha perpetuado su poder también en nuestros días y sobre todos los continentes, con toda la vieja cohorte modernizada de Callipigias, Ysis y Dionisios, a pesar de los grandes progresos que todas las ciencias morales se alaban de haber conseguido en favor del perfeccionamiento del espíritu humano.

En el *Symposion* de Jenofonte, Sócrates aparece pronunciar un discurso, en el que formula un reproche a sus conciudadanos, que concedían a la belleza un culto demasiado exagerado.

"La belleza — dice Sócrates — está iluminada por luz que " convida a contemplar al alma que habita una determinada for- " ma; y si el alma es más hermosa que la forma, no se puede no " amarla. Pero no hay belleza de alma sin pureza, y la pureza de " los a quienes se ama, también hace bueno al que ama. No qui- " siera afirmar que hayan dos Venus, pero como veo que hay tem- " plos consagrados a la Venus celestial y otros a la Venus te-

---

(23). — Byron; *Profecía de Dante.*

" rrestre, barrunto que las dos subsisten en sus efectos. La Ve-
" nus vulgar inflama las pasiones hacia el cuerpo; la Venus ce-
" lestial inspira amor hacia el alma y dirige el hombre a otras
" virtudes".

Y este es, precisamente, el concepto que Dante tuvo del amor y que, en lugar de debilitarse con el avanzar de la edad y por la obra roedora de sus desgracias, fué tomando carácter de ideal religioso y místico, y le inspiró la grande trilogía, el divino poema, repito,

"al quale ha posto mano e cielo e terra" (24).

en el que dijo a Beatriz, lo que no se ha dicho nunca de ninguna mujer, simbolizando, con su nombre, el máximum de bondad, el máximum de sabiduría, el máximum de virtud.

Tal vez, lo que ahora voy á decir, suene mal al oído de algunas y algunos de mis oyentes, que viviendo tan lejos de esos tiempos y seducidos por la mayor perfección y fijeza dadas al idioma y a las formas del *dolce stil nuovo,* por sus predecesores, comprendido el Dante, y por el mismo cantor de Laura, no se avengan conmigo si afirmo que el amor del Petrarca por ésta, fué muy distante de ser tan ideal y puro como aquel del Alighieri, por Beatriz. Con ser tan sentimental y tan finamente expresado, tan artísticamente cincelado en la forma, y tan indeterminado en el concepto, el verdadero sentimiento del Petrarca se asoma a veces en su materialidad en las rimas, al través de la diafanidad de las imágenes, y la donosura honesta de las palabras. Recuérdese la canción:

Chiare fresche e dolci acque
ove "le belle membra"
pose colei che "sola a me par donna",

ni se olvide tampoco que más de una vez nos da a conocer sus espectativas, a menudo provocadas, como cuando nos dice:

E mi conforta, e dice che non fue
mai, com'or, presso a quel ch'io bramo e spero.

---

(24). — Dante; *loco citato.*

El paso es un tanto escabroso, y para muestra basta un botón.

La tradición confirma la opinión que os expongo: los habitantes de Valchiusa enseñan la colina a donde se levantaba el castillo de Laura, y de donde podía comunicarse por señas con su amante; y el abad Delille, describe "la gruta en la cual conver- " saban en secreto los dos, y el árbol que les dispensaba su som- " bra benéfica". (25).

Un descendiente de Laura, el abad de Sade, diligentísimo en pesquisar todo lo que pudiese referirse a Laura y al Petrarca, que ha dado a la luz muchos antiguos documentos notariales, entre ellos la certificación de que: "Laura fué hija de Audiberto de Noves y esposa, a los 18 años, de Hugo de Sade", en sus *Memorias*, duda también del platonismo de los amores de su célebre antepasada con el poeta de los sonetos; y no dudan, de ello, sino que dan fe de lo contrario todos los imitadores del Petrarca que han inundado el mundo, a menudo demasiado importunos con sus degeneradas y quejumbrosas majaderías no destinadas, precisamente, a cantar amores platónicos.

Mientras tanto, nuestro Dante que tan difícilmente habría podido ser imitado en sus tan altos, tan sublimes, tan espirituales sentimientos, tampoco ha tenido tan atrevidos y presuntuosos, poetas o no, que hayan ni pensado siquiera en profanarle con torpes imitaciones, porque no se prestaba la materia ni era obra de tan poca mole para alentar atrevimientos, y porque, como dice nuestro Carducci: "Dante después de visitar el paraíso, bajó llevándose consigo las llaves del otro mundo, y las arrojó a los abismos del pasado. Nadie ya las ha podido encontrar".

Pero prueba más auténtica y sugestiva la tenemos por boca del mismo Petrarca quien, a propósito de los célebres versos, ya citados: *Yo soy tal, que cuando Amor m'inspira apunto, y voy escribiendo según su dictado,* dijo que, con esto, *Dante hacía comprender claramente que él escribía cuando el Espíritu Santo, que es el Primer Amor, inspiraba su inteligencia.* La cual cosa nos parece querernos dar a entender que el poeta de Laura tampoco creía, por ser cosa inconcevible, en el platonismo del amor del poeta de Beatriz, atribuyéndole más bien la vana pretensión de sentirse inspirado por el Espíritu Santo.

Dante había visto por primera vez a Beatriz, hija de Folco Portinari, cuando apenas él había cumplido los nueve años y

(25). — Delille; *Les Jardins,* canto III.

ella los ocho, y, según él mismo cuenta, sólo volvió a verla nueve años después, cuando ya, probablemente, estaba casada con Simone de Bardi. Pero desde el primer instante le había parecido un ser sobrenatural venido a la tierra "*a miracol mostrare*", a saber, como una forma celestial reveladora de Dios. Cosas del genio. Y desde entonces la había amado, no con ese amor que es deseo de poseer — como dice el abad Bonaiuti (26) — sino del otro amor, compuesto de aspiraciones vagas, de dulzuras indeterminadas, por las que la persona amada pierde, poco a poco, a los ojos del amante, sus cualidades corpóreas, se alza sobre la tierra forma de misterio y de luz, que embriaga e ilumina por doquiera y neutraliza los sentidos. Es así como Dante, en su poema inmortal, después de haber estudiado a fondo en su peregrinación por los tres reinos extramortales, con la escolta de Virgilio, que es la razón, el misterio del drama humano, torna a Beatriz que es la verdad, bajo la protección de la Virgen y de Santa Lucía, y comunicando con Dios invisible, confunde en un sólo sentimiento el amor de la mujer amada con el amor divino, en la gloria beata de la rosa mística del Paraíso. (27). — Entonces esta mujer amada es la perfección, es la felicidad, es la ciencia del conocimiento del supremo Bien, es el ideal de los ideales, es la meta, es el mismo espíritu divino, para un hombre del siglo XIII, tan profundamente cristiano, tan sinceramente católico, como el Alighieri.

"Mil años morirán, mil años volverán a nacer, antes que parecida visión terrestre se cierna sobre este mundo, para enseñar al incrédulo a adorar la divinidad escondida en la niebla", dice el gran poeta húngaro Arany; y creo que todos, señoras y señores, que me habéis escuchado con tanta deferencia, sois de la misma opinión.

Emilio SEQUI.

---

(26). — A. Buonaiuti; *Dante mostrado al pueblo.*
(27). — Dante; *Vida Nueva,* XXXV.

La Confesión

(Drama en tres actos, en prosa, original de Diego Camacho)

PERSONAJES:

Doctor Velásquez, abogado.
Ana, su esposa.
Violeta, su hija mayor.
Juanita, su hija menor.
Octavio, bachiller, pensionista de la casa.
Trini, empleada de la casa.
Luis, estudiante.

ACTO PRIMERO

La escena, en casa del doctor Velásquez, en el salón de recibo. Al fondo, a la derecha, una puerta que da a la escalera de la calle; a la izquierda una amplia ventana por la que se divisa el comedor florido y alegre.

En medio de la pared del fondo, un gran espejo antiguo. Sofás, sillas, sobre una alfombra roja, y una gran lámpara colgante con 5 focos de luz. A la derecha, entrada a las habitaciones de la familia. A la izquierda un balcón que mira a la calle.

La acción en Lima, época actual.
De izquierda a derecho la del actor.

(Aparece el doctor Velásquez meciéndose en un sillón, como quien fuma, como quien sueña; mientras Violeta con un plumero en la mano, vestida de blanco, arregla el salón, mirándose con disimulo en el gran espejo antiguo).

Dr. Velásquez. — He leído que hay un viejo loco que desbarata todas las cosas humanas y nadie en el mundo tiene el poder de encerrarlo en un manicomio.

Violeta. — ¿Quien es ese viejo loco, papá?

Dr. Velásquez. — El Tiempo. — El Tiempo todo lo destruye, todo lo borra, todo lo acaba. Yo mismo un día desapareceré de este mundo y al irme quisiera llevar el consuelo de dejarlas a ustedes establecidas y seguras ante los embates de la suerte y de la vida. (Torciéndose los bigotes que no tiene, pues el doctor Velásquez se afeita). En estos tiempos en que los padres de familia ya no tenemos bigotes que torcernos cuando hablamos de estas cosas graves y tristes; en estos tiempos en que ya no mandamos en el corazón de nuestras hijas, grave problema es este de resolver su porvenir. En el bachiller Octavio, nuevo pensionista nuestro, veo al joven ejemplar y al caballero sin tacha que constituye un gran partido. Va a tener una profesión como la mía, que le asegura un porvenir y yo vería . . .

(Por la izquierda ha penetrado Juanita, toda sonriente, en puntillas y haciendo un signo de inteligencia, refiriéndose al matrimonio, dice:)

Juanita. — Tú verías con gusto, papá, que el doctor Octavio y Violeta . . .

Violeta. — (Con aire grave) ¡Qué poca fe tienes, papá, en el encanto y las gracias de tus hijas! Ya el sol alegra la vida y un himno de esperanzas canta el mar y las espumas blancas y los blancos vestidos de las chicas nos alegran el corazón y nos dieen que la vida es buena . . . .

Viole-Juani. — ¡El timbre! . . . . (Y penetran en sus habitaciones).

(Por la puerta que dá a la escaleta llega en este momento el bachiller Octavio, que ha sido invitado por la familia a terminar la tarde del domingo).

Dr. Velásquez. — ¡Adelante, señor don Octavio! Vamos a terminar muy bien este domingo en su amable compañía. (Lo invita amablemente a tomar asiento).

Octavio. — Amabilidad la suya, doctor, y la de toda su familia.

(Saluda a la señora que entra, y se empoltrona, con aires aristocráticos).

Ana. — Así les digo yo a mis hijas que la vida de casa es la mejor. El que sale a buscar la felicidad en el laberinto y en la hipocresía de afuera, es como esos escribientes que revolotean en sus papeles buscando el lapicero que lo tienen puesto en la oreja... Así les digo yo, hay que meterse en casa y dirigir la marcha de la vida doméstica. Que se acostumbren, para que no sufran como yo, cuando lleguen a tomar estado.

Octavio. — Piensa usted bien, señora. — Piensa usted como Ibsen, que no quiere que las niñas sean unas señoritas muñecas...... (Y entran en estos momentos Violeta y Juanita. Saludan).

Juanita. — Muchas gracias, por lo de señoritas muñecas; aunque no es cierto que tengamos tales cualidades pero las aceptamos como una fina galantería que viene de su cultura.

Octavio. — (Visiblemente extrañado). Es un honor al mérito, señoritas. Con las virtudes y las gracias de ustedes, felicísimas estarían las muñecas de la vitrinas y de los escaparates.

Violeta. — *Sólo que ellas* . . . .

Ana. — Sólo que ellas no son tan lisas como ustedes.

(El doctor se arregla los bigotes que se ha afeitado esa mañana).

Octavio. — ¡Ah, señora; es la alegría de los hogares como el suyo. Yo la felicito, señora: su casa es la casa de la felicidad!

Ana. — (Aparte). — Si supiera lo de los zapatazos y almohadonazos. — ¡Ah, sí, joven; mi casa creo que es la casa más feliz del mundo.

(En ese momento penetra por la izquierda la bella y humilde Trini, niña decente pero pobre, protegida de la familia, y que con su modesto trabajo sostiene a su madre anciana y enferma. Penetra con los ojos bajos, con su delantalsito a cuadros. Trae un azafate con dulces).

(Al ver a Trini, Octavio se queda emocionado. Se revela la emoción para el público. Y dice para sí: ¡la casa más feliz del mundo!.... ¡Claro!... con esta niña de los dulces... que debe ser la Felicidad que mi corazón ha buscado por tantos caminos).

Trini. — Sírvase esos dulcesitos. Son hechos por las niñas. No son tan buenos, pero . . . .

Octavio. — Están hechos por ángeles.

Violeta. — (Riendo). Por ángeles malos.

Juanita.— Y en todo caso los ángeles no saben hacer dulces.

(Trini de pié, humilde, se sonríe con una dulce sonrisa).

Octavio. — Pero saben servir dulces que son como manjares celestiales.

Dr. Velásquez. — Pasemos al comedor a tomar una tacita de té.

Violeta. — Hará usted penitencia.

Octavio. — De mil amores. ¿De estas penitencias se compone la Penitenciaría, doctor Velásquez, dígame usted como buen abogado?

(Risas). Vánse.

Telón.

ACTO SEGUNDO

Traspatio de la casa del Dr. Velásquez. Puerta a uno y otro lado; la última de la derecha pertenece al departamento que ocupa Octavio y la entrada del fondo da al principal de los dueños de casa.

Hacia la izquierda hay un caño de agua, entre una gran cantidad de maceteros de helecho y de geranios blancos, que fingen un jardín. Es de día.

(Octavio se pasea con su amigo, Luis, compañero de estudio; ambos, llevan un código en la mano. Están estudiando).

Octavio. — Claro, reconozco que el amor come, que el amor se viste, y le gusta al amor vestirse bien, como las pollitas que en las tardes por Mercaderes buscan porvenir. Claro que el dinero es el apuntador del drama de la vida. Si falta el dinero, se le puede olvidar a la señora su papel.

Luis. — Pero si el dinero es todo en la vida. Con él se es virtuoso. En buena cuenta, con la riqueza se compra la gloria, el cielo.

Octavio. — No es cierto. Estás equivocado de medio a medio. ¿No recuerdas, no has leído, que a un rey le recetaron los médicos, que para sanar, usase por breves instantes la camisa de un hombre feliz? Y salieron sus emisarios, y anduvieron por todo el mundo y no encontraron lo que buscaron. Al fin dieron con el más opulento y acaudalado del mundo, contemplaron su regia mansión; se les abrió las grandes rejas; penetraron por los floridos jardines y vieron a un pobre hombre que en un sendero de esos, se entretenía en desmnuzar guijarros, le preguntaron el camino que debían seguir para dar con el dueño de la mansión, y el dueño de la mansión era él mismo; el más desgra-

ciado de los hombres, su vida era el dolor de un bostezo y se entretenía en desmenuzar guijarros.... Y se alejaron los emisarios del rey.

Luis. — Hombre: me has despertado interés. ¿Encontraron al hombre feliz?

Octavio. — (Sonriente). En el campo encontraron al hombre feliz. Pero resulta que el hombre feliz no tenía camisa.

Luis. — Todo lo que quiere decir que yo no quiero ser feliz: porque lo que resulta de todo esto, es que los felices son unos descamisados.... Eres muy idealista.

Octavio. — El ideal es el Jesús interior que todos llevamos. El, sobre el Tiberiades de nuestro corazón, nos dice: ¡Hombre de poca fé!.... El ideal es el Cristóbal Colón de nuestra vida que nos descubre mundos nuevos e ignorados.

Luis. — Pero con ideal solamente no se puede vivir. En cambio con dinero . . . .

Octavio. — El dinero para la vida, no la vida para el dinero; la vida para el amor.

Luis. — ¡Oh, tú; el cariño de tu Trini te tiene encantado! Sí, allí está ella. Me voy. Es hora avanzada. (Váse).

(Viene Trini, vestida de claro, tímida, emocionada, alegre, como llorosa. Octavio la espera con los brazos abiertos, temblando de emoción y de alegría y le dice:).

Octavio. — Blanca, hermana de mi alma, primavera. Alma hermana del azahar y del lirio, y de las rosas blancas. Primavera. Abril de mis jardines florecidos con tus ojos. Primavera. Estrella para el estanque dormido de mi corazón. Estrella para el mar tormentoso de mi vida. Niña pura y buena, que yo era niño pensativo y triste.

Trini. — Nos van a encontrar.

Octavio. — No es nada. Aquí no hay más que un gran amor temblando por tí. Aquí no hay más que una vida, de dos vidas que eran.

Trini. — Hoy es día de mi santo, Octavio, y te traigo esto que me ha dado mi madre. (Le entrega una medallita).

Octavio. — (Interrumpiéndola). — Nuestra madre.

Trini. — Nuestra vieja. . . . He rezado mucho en el templo por nosotros. — ¡Sí, he rezado!

Octavio. — ¿Tienes miedo?

Trini. — Sí . . . . Hay en nuestro amor una sombra.

Octavio. — (Anhelante) ¿Cuál?

Trini. — (Baja los ojos y guarda silencio).

Octavio. — ¿Cuál, dime por Dios?

Trini. — El doctor.

Octavio. — Es que . . . .

Trini. — No te enojes.

Octavio. — Si . . . . ¿por qué? Habla.

Trini. — El doctor es un monstruo . . . . El ha sido muy bueno conmigo hasta hace muy poco: era mi padre, mi protector; con mi modesto trabajo en esta casa, yo sostenía a mi madre; pero después... me miraba mucho y después me dice . . . . ¡Sabes que yo le odio!

(Suena una voz que llama a Trini).

Me llaman; me voy. (Váse).

Octavio.— La vida está llena de infamias. Es un crimen perder a este ángel; pero ahora yo tengo que salvarla. ¿Es posible todo esto? Yo que pensaba que el doctor Velásquez la quería y respetaba como se quiere y se respeta a una hija.

(Consulta su reloj y se aleja).

Telón.

ACTO TERCERO

Noche de fiesta en casa del doctor Velásquez. El baile se realiza en el salón del principal. Por la puerta y la ventana que dan al traspatio se divizan las parejas danzando. Se oyen acordes de la orquesta. Dos focos de luz alumbran débilmente el traspatio. Por la izquierda, frente a las habitaciones que ocupa Octavio, se pasea preocupadísimo el doctor Velásquez.

Dr. Velásquez. — Estoy vehemente, intrigado. Y lo peor sería que fracasase el plan que me he propuesto. Todos están mareados con la fiesta. Yo debo aprovechar, pero, ¿quizás ella se resista?

¡No es posible! Ayer ha sido un gran día que no lo olvidaremos nunca. (Váse por el lado izquierdo).

(Por la derecho, saliendo de sus habitaciones, se contempla a Octavio. Aparece y se pone a mirar el baile).

Octavio. — Me creerán estudiando, y no obstante faltar un día para mis últimos exámenes, no puedo leer una línea. Quisiera hablar con Trini. Pobrecita, ¿qué me dijo? Que estaba rezando a la Vírgen para que yo saliera bien. Y que tenía pena de que acabase mi carrera; que me iba para nunca volver. Ella duda. Pero.... ¿Y la sombra, y el monstruo.....?

Ella no quiso verme bailar en los brazos de otras, y luego la ocasión. Yo creo que puedo verla; todos están en el salón y ella puede salir! (Entusiasmado). ¡Una idea sublime: con tacones de jebe no me oyen, ella ya debe venir o estar en el comedor! ¡Me cambio el calzado! (Váse a sus habitaciones).

(Aparte Trini, por el fondo, á la izquierda; surge su silueta lila entre los geranios blancos aparece corriendo, emocionada y suplicante ante el doctor Velásquez que la persigue).

Trini. — ¡No, señor; por Dios, le pido! ¿Cómo es posible esto? Yo le perdono. Yo no me volveré a acordar del día negro de ayer. Yo me iré a mi madre. Ya nunca más, ayer usted no era el doctor Velásquez; ayer usted era el monstruo, y yo no era yo. Yo no me volveré a acordar del mal que me ha hecho usted. (Huye a un cuarto de la izquierda).

Dr. Velásquez. — (Siguiéndola). Trini, Trini. Hasta te ruego, Trini..... (Váse tras ella).

(Sale Octavio de sus habitaciones y se detiene tímido).

Octavio. — ¿Qué? — ¿Alguien por aquí? Si no será una imprudencia en todo caso; voy á recoger agua.

(En el fondo se divisa a la esposa del doctor Velásquez, observando, oyendo. Octavio ha vuelto a su departamento. Sale Trini, pálida, trágica, tapándose la cara con las manos).

Trini. — ¡Qué horror! (llora). Ya no puedo ser su Trini. Ya no puedo ser la primavera. Ya no puedo ser la estrella. Ni blanca como las rosas... ¿A qué quejarme? Mi madre tan lejos, el cielo tan alto, y tan lejano. Estrella caída, estrella muerta que parece estrella viva. Hoja seca. Y el viento feroz... Ya no soy su Trini, (el doctor Velásquez la oye, tímido satisfecho, medio sonriente, el cuello safado, la corbata deshecha y pregunta:)

Dr. Velásquez. — ¿A qué te refieres?

(Trini, sigue hablando, lamentándose).

Trini. — ¡Qué horror! Ya no será mi Octavio. (Y ante esta idea, loca se precipita hacia el cuarto de Octavio, que en estos momentos sale, y se encuentran).

Octavio. — ¡Trini!

Trini. — ¡Octavio! ¡Defiéndeme y perdóname!

Octavio. — ¿Qué hablas? ¿Dí; qué dices?

Trini. — El monstruo, la sombra, ya no soy tu Trini, ya no tu estrella, ya no tu primavera. Se deshojaron todas las rosas, fué el vendaval que vino anoche; yo no era yo, no soy culpable, no fué

obediencia, no fué temor, fué ira de verme en sus brazos, fué ira y estuve muerta. ¿Me perdonas?

(Momentos de silencio).

Octavio. — ¿Qué te puedo perdonar? Eres la misma, mi Primavera, mi estrella. — (Trini llora y habla).

Trini. — Tu negra estrella.

(El doctor Velásquez ha huído avergonzado).

Octavio. — (Con aire grave). Pero, Trini: un gran secreto. No turbemos la paz de este hogar con este crimen. Tú eres inocente. La vida nos vengará. El mundo es así, quiere ser así; pero nosotros, lo haremos de distinto modo, nosotros transformaremos este mundo con la bondad de nuestro corazón y con la dicha de nuestra vida cristalina. Hoy mismo saldremos. Yo dejaré pagada la pensión. Huiremos como dos golondrinas asustadas con la tempestad. Viviremos en mi pueblito, bajo la bendición de un gran cielo azul y a la sombra de cariños sencillos, junto a la Verdad y lejos de la Mentira. (Todo esto lo ha visto y oído la esposa del doctor Velásquez, que en estos momentos avanza y les dice):

Ana. — Amar es comprender y perdonar Lo sé todo. Ustedes serán muy felices. Yo no conseguiría con la venganza sino desgarrar más mi corazón y sembrar más desventuras en esta casa. Yo también guardaré un gran silencio. Que se prolongará a través del silencio de la muerte.

(Las niñas vienen y lloran).

Violeta. — *¡Mamá ,mamá!*

Juanita. — ¿Qué ha pasado?

Voces. — Ha pasado . . . el Amor.

Telón.



FIN

Lima. — 1923.

La historia económica y financiera del Perú

(Apuntes de la lección inaugural del curso de 1923)

Significación del curso. — Dificultad de estudiar nuestro pasado económico. — Importancia del factor económico en la vida nacional. — Utilidad de la historia económica. — Objeto y plan del curso. — Fuentes de estudio y criterio de selección.

El curso de Historia Económica y Financiera del Perú, creado el año anterior en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, tiene una misión de alta importancia científica y educativa. Para apreciarla debidamente, conviene recordar cómo se desarrollaron las tendencias intelectuales que predominan actualmente en la Universidad.

Según observa Víctor Andrés Belaunde, después de la guerra del 79 se iniciaron en el Perú dos corrientes espirituales: la del radicalismo, que fué al principio esencialmente nacionalista, y cuyo apóstol fué González Prada; y la del positivismo universitario, inspirada en la corriente filosófica que dominaba en Europa desde mediados del siglo XIX.

González Prada contribuyó poderosamente a despertar la conciencia nacional y llamó la atención de la juventud hacia nuestros problemas propios y urgentes; pero su campaña nacionalista se desvió concentrándose exclusivamente al problema religioso.

La corriente positivista peruana se encarnó, principalmente, en las enseñanzas de Javier Prado, de Manuel Vicente Villarán, de José Matías Manzanilla y de Mariano H. Cornejo. De otro lado, el Dr. Deustua, aunque siguiendo otra orientación filosófica, contribuía poderosamente a la renovación de las ideas y de la enseñanza.

Las nuevas orientaciones intelectuales representaban como reforma fundamental el uso del método de observación y de experiencia en los estudios sociales; afirmando la relatividad de las leyes sociales, imponían la necesidad de observar los hechos y las instituciones nacionales para formular conclusiones y leyes aplicables al Perú. En efecto, este método inspiró notables estudios de la realidad económica y social, tales como el de Javier Prado, sobre la Colonia; el de Deustua, sobre la educación nacional; el de Villarán sobre las profesiones liberales en el Perú; el de Manzanilla, sobre el poder legislativo; y, más tarde, los trabajos de la generación de Riva Aguero y Belaunde, y los de la última generación universitaria. Pero el plan de estudios de la Universidad no se modificó al compás de las nuevas tendencias intelectuales. Salvo la creación del curso de Sociología en la Facultad de Letras, no hubo ninguna reforma de importancia.

Para que la renovación del pensamiento se tradujera en una renovación de la enseñanza, era indispesable la reforma radical del plan de estudios de la Universidad en un sentido francamente nacionalista. El antiguo plan de estudios no comprendía disciplinas destinadas a conocer nuestra realidad física, económica, política y moral. La universidad, dice con razón Belaunde, vivía, á pesar de la corriente positivista, a espaldas de la vida y de la realidad nacionales.

La nueva ley de enseñanza se ha inspirado, por fin, en el verdadero realismo. El plan de estudios vigente, satisface, con las limitaciones inherentes a nuestro incipiente desarrollo educativo, el anhelo de orientar la enseñanza universitaria en un sentido nacionalista. La creación de la cátedra de Historia Económica y Financiera del Perú es una de las innovaciones que responde a ese anhelo.

*
* *

En los colegios y en las facultades de Letras, se enseña la historia general del Perú, principalmente en el aspecto de nuestra evolución política. La dedicación de historiadores eminentes, como Lorente, Paz Soldán, Wiesse, Riva Agüero y otros, ha logrado formar un bosquejo del desarrollo general de nuestra cultura; pero en el aspecto de nuestra evolución económica y financiera, ese bosquejo está lleno de lagunas y es muy borroso e imperfecto.

El descuido de este aspecto de nuestra historia se debe, en parte, a la *dificultad de escudriñar y estudiar los hechos económicos.* Las cuestiones económicas exigen el conocimiento de cifras y datos concretos y variados que escapan a la improvisación y al estudio superficial. Los documentos y datos de nuestra historia económica no son de tan fácil estudio como los de nuestra historia política. Por otra parte, la falta de estadísticas y de registros adecuados, hace imposible la colección de ciertos datos esenciales. La crítica de los actos económicos y financieros requiere mucha cautela y especial conocimiento de los asuntos de esta naturaleza. En fin, como nuestra historia económica y financiera está llena de sucesos desgraciados, no es tarea grata la de poner en relieve los errores y egoísmos de nuestras clases dirigentes, los vicios y defectos de nuestras clases trabajadoras, los desastres y penurias de nuestro pasado.

Por la falta de estudios anteriores y por las dificultades enumeradas, la historia económica y financiera del Perú, es un campo casi virgen, lleno de espinas, en el cual sólo puede penetrarse con cautela y revestido de una gran austeridad y honradez intelectual. Como exploradores de una tierra ignota, tenemos que seguir paso a paso las sendas culminantes, para fijar los primeros jalones de nuestra ruta, a fin de que más tarde, orientándonos por ellos, podamos descender a una observación más atenta y minuciosa de cada uno de los senderos. La verdadera historia económica y financiera del Perú, no podrá formarse sino después de muchos años de labor paciente.

Otra de las causas del olvido de nuestra historia económica es que hasta época muy reciente, no se ha apreciado debidamente la *importancia del factor económico en la vida nacional.*

No corresponde a este curso entrar en la discusión de las doctrinas sobre la influencia del factor económico en la vida de los pueblos; pero conviene fijar algunas ideas sobre este punto. Como se sabe, el materialismo histórico, doctrina expuesta principalmente por el socialista alemán Marx, afirma que la estructura y la vida colectivas se hallan determinadas principalmente por la estructura y la vida económica de las sociedades.

Según esta doctrina, las relaciones de producción y de consumo son a la comunidad lo que las condiciones de conservación son al individuo. La vida económica es la condición fundamental de los demás aspectos de la vida. Por consiguiente, en último análisis, deben atribuirse a causas económicas las transformaciones en la estructura de la sociedad que a su vez determinan las relaciones de las clases sociales y las varias manifestaciones de la vida social.

El profesor americano Seligman observa con razón que esta doctrina ha sido generalmente mal interpretada, debido a su nombre inadecuado y a las exageraciones de algunos de los discípulos de Marx, y añade que su nombre debía ser "la interpretación económica de la historia". La doctrina, en efecto, significa no que las relaciones económicas ejercen una influencia exclusiva, sino que ejercen una influencia preponderante en el progreso de la sociedad; no conduce a negar o atenuar la importancia de los factores éticos o espirituales en la historia, sino que pone de relieve el campo dentro del cual pueden influir en un momento dado esas fuerzas espirituales.

También entre nosotros, Manuel Vicente Villarán, Víctor M. Maúrtua, Francisco García Calderón, entre otros, han llamado la atención sobre la importancia del factor económico en la vida nacional. En la historia económica y financiera del Perú podremos apreciar la poderosa influencia de ese factor en el desarrollo de nuestra nacionalidad; veremos que la capacidad económica es el más firme sosteén de los cambios sociales; y encontraremos que muchas revoluciones y reformas del orden superficial de las cosas, para perfeccionar el organismo político y tener códigos acabados y educación moderna, no han tenido trascendencia alguna, porque no nos hemos preocupado del factor más profundo y efectivo del progreso social.

*
* *

La *utilidad de la historia económica del Perú* es innegable. Para alentar el movimiento nacionalista en la enseñanza y el movimiento en favor del progreso económico del país, hay que fomentar la dedicación de la juventud a los estudios económicos. Todos los grandes problemas nacionales, en el fondo, son problemas económicos, o, cuando menos, tienen un aspecto económico predominante: el problema del indio, que afecta a las dos terceras partes de nuestra población, está vinculado esencialmente a nuestra organización económica, y especialmente al estado de la propiedad rural en la Sierra; el problema agrario, uno de los grandes problemas modernos que ha producido transformaciones radicales en Inglaterra, en Rusia, en Méjico, es un problema económico y es uno de los problemas vitales del Perú; los problemas de nuestra organización política, de nuestras relaciones internacionales y de nuestra educación se resolverían con mayor acierto si se tomaran en consideración los factores y los aspectos de carácter económico.

Ahora bien, no puede estudiarse científicamente ningún problema económico sin el auxilio de la historia. El método propio de la ciencia económica — como el de todas las ciencias sociales — es el método inductivo. La ciencia económica, sin desdeñar del todo el método deductivo de la economía clásica, utiliza especialmente el método histórico, que no es sino una aplicación especial del método general de observación y de inducción. La ciencia económica moderna renuncia a buscar leyes generales que rijan al hombre abstracto y busca leyes históricas que rijan a hombres que viven en una sociedad determinada, en una época determinada. Como dice el Dr. Manzanilla: "Los tiempos, los lugares, el estado de los sentimientos, las conquistas de la ciencia y el creciente predominio sobre la naturaleza, son algunas de las condiciones susceptibles de influir sobre los fenómenos económicos y de despojar a las leyes que los gobiernan de la rigidez de las leyes físicas o de la intangibilidad de los dogmas religiosos". La ciencia económica para formular sus leyes — leyes relativas al medio y a la época — enciérrase en la observación paciente y acumulada de todos los hechos sociales, tales como no son revelados en su estado actual por la estadística y la observación directa; en su estado pasado por la historia. La historia, sobre todo, al enseñarnos cómo se han formado las instituciones económicas y sociales, y cómo se transforman, es la que mejor puede iluminarnos acerca de los verdaderos caracteres de los hechos económicos. "La historia, en efecto, co-

mo muy bien se ha dicho, es la más instructiva y la más decisiva de las experiencias; su estudio desenvuelve no solamente nuestro saber sino nuestro poder de previsión". Hay que remontarse al aspecto evolutivo o dinámico de los hechos y de las instituciones económicas para comprender su verdadero significado y para apreciar su valor social. La estadística misma, que es otra de las bases experimentales de la ciencia económica, desde el momento en que abraza períodos más ó menos largos, es también historia, historia abstracta y analítica.

. Por consiguiente no se concibe una ciencia económica peruana, sin que previamente se forme la historia económica y financiera del Perú. En economía, como en política y en educación, hemos adoptado instituciones e ideas exóticas, por la ignorancia de nuestra historia y de nuestro medio. El curso que vamos a estudiar está llamado a suplir ese vacío de la cultura nacional, sirviendo de pedestal a la ciencia económica peruana.

*
* *

De acuerdo con los elevados fines de la enseñanza universitaria, el objeto del curso tiene que ser triple. En primer lugar, debe dar una idea general de la evolución de nuestras fuerzas económicas y de la administración financiera del Estado a través de la historia. Esta parte del curso ha de ser de exposición general y sintética. En segundo lugar, el objeto pedagógico del curso, es el de familiarizar a los alumnos con las investigaciones históricas y económicas, procurando que se dediquen a ellas con un espíritu nacionalista. Por último, el curso tiene también por objeto contribuir gradualmente a la formación de nuestra historia económica y financiera, por medio de estudios monográficos de investigación y de crítica. Para llenar el segundo y tercer objetos, dedicaremos una parte del tiempo a la investigación, a la discusión y al análisis crítico de los documentos o de los hechos de nuestra historia económica y financiera.

La historia económica del Perú debería arrancar de los orígenes remotos de nuestra raza y llegar hasta el momento presente, comprendiendo al mismo tiempo las ideas y los hechos, las instituciones y los hombres, los factores y los resultados. Pero, no hay elementos para un estudio tan amplio. Y aunque los hubiera, sería imposible desarrollar un asunto tan extenso en un curso de sólo medio año.

El plan del curso se concreta, pues, a los hechos y aspectos esenciales y culminantes. Cada una de las épocas de nuestra historia, si pretendiéramos hacer un estudio intensivo, podría ser materia de un curso especial.

La historia económica del Perú se divide, lo mismo que nuestra historia general, en tres grandes épocas: la época de las civilizaciones indígenas (preincaicas e incaica), la época de la Colonia y la de la República. En cada una de ellas las condiciones generales del desenvolvimiento económico han sido completamente diferentes no sólo por las radicales transformaciones políticas, sino también por las alteraciones territoriales y raciales.

En cada una de estas épocas, haremos un bosquejo de los factores naturales y sociales que han servido de base a la actividad económica. Las condiciones principales del desenvolvimiento económico de un país, son: el carácter del pueblo y los recursos naturales. Para que una nación alcance un alto grado de fortaleza y de prosperidad, es indispensable que los dones de la naturaleza sean abundantes y que, al mismo tiempo, sean inteligentemente utilizados por el hombre. El análisis de uno y otro factor nos permitirá determinar los elementos favorables y adversos de nuestro desarrollo económico. La abundancia de riquezas naturales, observa Bogart, no ha sido suficiente para asegurar el desenvolvimiento de una raza débil y amante del ocio, como la latino-americana; el mero crecimiento numérico de la población, como en la China y en la India, no ha bastado para hacer naciones ricas y fuertes. En cambio, una raza audaz y vigorosa como la de Escandinavi no ha podido prosperar mucho en un país inhospitalario. La conjunción favorable de los dos factores, ha sido la base de la prosperidad vertiginosa de los Estados Unidos: allí, un pueblo viril y enérgico encontró medios extraordinarios para el desarrollo industrial y se consagró a la explotación de los recursos naturales con admirable éxito.

Entre las tres épocas de nuestra historia, dedicaremos mayor atención a la República, por cuanto el interés práctico de ese estudio es mayor. Aunque la época incaica ofrece grandes atractivos para el aficionado a los problemas históricos, nos limitaremos a hacer un somero bosquejo del régimen agrario de los Incas y del estado económico del Imperio en el momento de la conquista. En la época colonial haremos un estudio más detenido de las transformaciones económicas determinadas por la conquista, de la política económica de España en el Virreynato y de

los aspectos principales de la organización financiera. En la República, después de analizar las causas económicas de la independencia, el desarrollo de la población y la organización de la propiedad, seguiremos separadamente el desenvolvimiento de cada uno de los ramos de la industria nacional, de nuestros sistemas monetario y bancario y de nuestra organización financiera.

Siguiendo un criterio pragmático, daremos preferencia en todos los capítulos al estudio de los hechos leyes, contratos e instituciones que hayan tenido influencia determinante en los destinos de nuestra nacionalidad, así como de aquellos cuyo conocimiento sea indispensable o útil para el estudio de los problemas económicos y financieros de la actualidad.

*
* *

Hemos dicho al principio que no hay ni siquiera un imperfecto esquema de la historia económica y financiera del Perú. Esto quiere decir que las *fuentes de nuestro estudio* se hallan, por decirlo así, en el estado de materia prima. En su mayor parte son monografías más ó menos inconexas y colecciones de documentos. Desde luego, la gran fuente informativa son los Anales de la Hacienda Pública, debidos a la ejemplar laboriosidad de los señores Emilio Dancuart y J. M. Rodríguez. Hasta la fecha se han publicado 21 gruesos volúmenes de esta colección, que abarca desde la época colonial hasta el año 1894. Los señores Dancuart y Rodríguez, el primero en los diez primeros tomos, y el segundo en los tomos siguientes, dividen la historia financiera del Perú en períodos fiscales, agrupando en cada uno de ellos las leyes, decretos, presupuestos, cuentas generales, estados de deuda pública, tratados de comercio y demás documentos relativos a las rentas y gastos del Estado. Pero, como lo indica el mismo nombre de la obra, sus datos y documentos se refieren a la historia financiera solamente. Hay muy escasos datos sobre la vida económica. Los capítulos de exposición histórica que contienen los volúmenes editados por el señor Rodríguez son muy útiles; pero adolecen de alguna obscuridad y confusión.

El mismo señor Rodríguez, tiene varias publicaciones sobre nuestro curso, en las cuales encontramos datos muy interesantes. Podemos decir que los trabajos del señor Rodríguez constituyen hasta ahora la más valiosa contribución a nuestra historia financiera.

Para la época de los Incas tomaremos por base los "Comentarios Reales" de Garcilaso de la Vega y algunas monografías sobre el comunismo de los antiguos peruanos. Para la época colonial, tenemos la importante tesis del Dr. Pedro M. Oliveira sobre la política económica de España en sus colonias. En este magnífico estudio, además de una gran variedad de datos, hay un esbozo de los caracteres generales y de las leyes del desarrollo económico del Perú colonial. Hay, sin duda, muchos vacíos que llenar y algunos puntos que rectificar; pero, por ahora, es un trabajo irreemplazable. Es, también, muy valioso el estudio de Javier Prado sobre el estado social de la Colonia. Los estudios relativos a la República son muy escasos en el aspecto económico; pero muy numerosos en el aspecto de las finanzas públicas. Los más interesantes son el de Juan de Arona sobre la inmigración, el de Alejandro Garland sobre la moneda, el de Rodríguez sobre el guano, el de Carlos Jiménez sobre la minería, el de Ricardo Madueño sobre el salitre. En todas las lecciones tendremos presentes los datos acumulados en las obras de historia general del Perú, particularmente en la obra del Dr. Carlos Wiesse, y utilizaremos algunas tesis universitarias interesantes.

Al utilizar estas fuentes, tanto en la exposición general del curso como en los trabajos de investigación y de crítica, tenemos que evitar la tendencia a la erudición y guiarnos por un criterio pragmático. El criterio erudito se remonta al pasado para descubrir y estudiar infinididad de detalles que no han tenido influencia apreciable en el presente y que constituyen lo que alguien ha llamado el pasado muerto. Pero lo que interesa conocer es la parte profunda, la que ha servido de fuente y raíz a lo presente. Si necesitamos cultivar la historia y conservar la tradición, es porque en ellas descansa la acción fecunda y renovadora que trae las transformaciones del porvenir.

César Antonio UGARTE.

LECTURAS RECOMENDADAS:

V. A. Belaunde. — Sobre la Reforma de la Universidad. (En "Mercurio Peruano" de Julio de 1922).

F. García Calderón. — Le Pérou Contemporain.

J. M. Manzanilla. — Las leyes económicas (Revista Universitaria de Octubre de 1907).

M. V. Villarán. — Estudios sobre Educación Nacional.

V. M. Maúrtua. Discurso en la apertura de la Universidad el año 1915.

Seligman. — The Economic Interpretation of History.

De Greef. — La Sociologie Economique.

Bogart. — The Economic History of the United States.

Recuerdos de Lima

LA CASA EN QUE VIVI

ENSAYO NOCTURNO

> Los géneros literarios necesitan renovarse, adaptándose al estilo de la música, estéticamente el más avanzado de todos los estilos.

Escribía sentado frente a la mesa y de repente se apagó la luz; en seguida advertí exclamaciones por toda la casa: la interrupción había sido general; unos tras otros fuímos saliendo de las habitaciones . . .

El patio estaba lleno de luna; la señorita Sofía paseaba con su novio, entre las plantas, que a esa hora daban sombras fantásticas. Los demás nos reunimos en el salón, semialumbrado por la luna que entraba de los balcones. Apenas tomamos asiento, la señorita Sofía se asoma, conversa brevemente, y nos deleita con su figura esbelta, blanca, luminosa; tánto la ama su prometido, que nunca la mira delante de nosotros.

Adentro estamos: la señora doña Sofía, severa y bondadosa, Rosita la festiva, y María la soñadora. La conversación languidece, la luna nos pone a pensar; por fin, se habla de mi próximo viaje.... Usted se irá pronto, dice una amable voz, y, como es natural, se olvidará de nosotros; sin embargo, le hemos tenido cariño. . . . Sí, agrega doña Sofía, lo sentiremos como a persona de la familia . . .

Yo pensaba en lo mismo, les digo. No debe negarse; las olvidaré un tanto, como ustedes a mí; unas cuantas cartas irán y vendrán durante los primeros años, después no sabremos más unos de otros; sin embargo, nunca las olvidaré.

Y en silencio pensé para mí: cada vez que sueñe en personas queridas, se me aparecerán ustedes; siempre que vea la luna,

entre el recuerdo de noches sentimentales, de amores violentos, o de congojas hondas, pasará también la suave imagen de ustedes: Sofía con sus bellos ojos, que adivinan la pena y la alivian; Rosita con sus cabellos rubios y sus alegres risas; la dulce María con sus romanticismos amables, y doña Sofía, modelo de mujeres fuertes, que a través de viudez y pobreza educó a sus hijos en el decoro y la virtud rigurosa . . .

Nunca más las veré... las recuerdo con la emoción con que se piensa en los muertos; pero además con una inquietud que no nos dejan los muertos: la inquietud de pensar en su suerte. También me apena la idea de que me juzguen ingrato, y quisiera escribirles una gran carta vehementemente; pero no sé que me detiene: quizás temo que las cartas disminuirán el afecto, lo irían entibiando poco a poco: mientras que así, separados bruscamente, parece que esperamos volvernos a ver muy pronto, sin cambio, tal y como nos dejamos, en el mismo ambiente de cariño puro.

LAS FIESTAS —

Nunca olvidaré el salón de las noches de fiesta; la curiosidad con que aguardaba las visitas, — parientes de la familia—; la distinción nativa de aquellas jóvenes; la buena cepa castiza que se revelaba en su andar armonioso y sus ademanes perfectos, en el brío de la conversación y el brillo de los ojos, en la dulzura familiar de aquel: "Pase no más..." que al principio no comprendía bien, y quiere decir, según entiendo, "Haga su albedrío".

Con todas bailaba, como si quisiera hartarme de Lima, y aunque sabían imponer respeto, yo me figuraba que cada una era mi novia. Los deliciosos coloquios me disipaban por breves instantes la ponzoña de la hermosa serpiente que me acechaba. ¡Ciudad voluptuosa, para mí sólo tuviste almas de sonrisa, acaso porque no penetré tus misterios; herido llegué a tus albergues y todo me fué bálsamo; te rememoro como un blando sueño! . . .

Yo siempre insistía en que se bailara *La Marinera:* la pareja danza con paso como de jota, gira y levanta los miembros, el hombre eleva un pañuelo que ondea, hay un instante de vértigo, y se concluye con un grito hondo y seco que pone radiantes los rostros... Después seguían los valses y danzas y todo lo que es universal; pero era única la gracia suave de las damas, el encanto amable, la alegría pura de aquellas reuniones.

Una de esas noches fué aquel encuentro inolvidable y al mismo tiempo inocente. Ella era hermosa del tipo mío: brillantes y negros los ojos, abundante cabello, muy finas las facciones, y el resto de la figura flexible y opulenta. Nos miramos riendo; la contemplé divina. Me dijo:

—Señor . . . .

Le contesté:

—Señorita. . . . .

Y en seguida nos separamos; pero adivinando el fondo de su intención me pareció que decía: ¿Por qué no eres de aquí?.... Y hubiera deseado hacerme para siempre de allí, como quien reencarna en un mundo nuevo y amable.

El Quince de Setiembre celebramos la independencia mexicana. Luis, el hijo mayor y jefe de la familia, empleado en la Intendencia de Marina, se trajo del puerto dos enormes y hermosas banderas: la peruana con su noble escudo, y la tricolor con el águila que retoza en mi corazón. Asistieron los amigos de otras veces; se bailó y se cantó, hubo vino para los hombres, refrescos para las señoras, y para todos honesta alegría. Nunca olvidaré el himno peruano, entonado melodiosamente, con maternales acentos profundos, por aquella dama, bella aún, a pesar de que sus hijas ya se distinguían en el baile . . .

Aquella noche, ya tarde, cuando todos se retiraban, me llamaron aparte Luis y el oficial de marina, novio de Sofía; los tres, abrazados, brindamos indefinidamente, con aquel excelente *pisco*, por Guaymas y Mazatlán, por Manzanillo y Acapulco, y después por todos los puertos peruanos: Paita, Eten, Salaverri y Callao. Luego dormimos, como se duerme en Lima, profundamente y en paz.

CANTEMOS LA ALEGRIA.—

Una noche nos desvelaron los vecinos con bailes, canciones y música. Un aire se me quedó para siempre, un cantar serrano del género que llaman Yaraví.

Lo repetían sin descanso; lamento mucho no poder trascribirlo. La literatura universal es todavía pobre e incompleta como medio de expresión, a causa de que, desde el principio, se descuidó el arte de escribir los sonidos. ¿Cómo es posible dar idea cabal de una situación, de un estado de ánimo, sin reproducir lo que tiene de más profundo, el canto que lo acompaña? Así que se nos eduque mejor todos aprenderemos a copiar melodías como

se escriben vocablos; sólo entonces llegará a perfección el estilo . . .

La canción se desarrollaba monótona y desalentada, acompañada de rasgueo de guitarras, lento y casi lúgubre, pero cada estrofa concluía con un retornelo alborozado que dice: Cantemos la alegría. El resultado era un extraño contraste, como de la imposibilidad de alcanzar la alegría. Toda la noche la pasé oprimido de angustia, y, a pesar de eso, consolado y engreído con la extraña canción. Hoy que recuerdo toda mi época de Lima, tan mezclada de acerba pena y de intensísimas alegrías, me parece que aquella canción era un símbolo: "Cantemos la alegría", cantémosla aún con las voces del dolor, pues al fin ella triunfa siempre en el espíritu; si no aquí, sí en el reino del espíritu.

EL TORMENTO. —

Cinco años estuvo el monstruo, mitad pulpo, mitad serpiente, enroscado en mi corazón. Poco a poco se fué desatando y lo que antes fuera opresión volvíase llaga sangrienta; por fin lo miré alejarse, agitando ruidosamente el cascabel. Parecióme enigmático aquel parlar de sonaja, mezcla de reproche y burla, de amenaza y queja... En aquellas noches solitarios, la visión rezaba conmigo, los anillos del reptil se ensanchaban simulando caderas y cabeza de mujer; su contacto me causaba escalofrío ¡pavor, no! !¿Por qué pavor, si un solo puñetazo habría bastado para aplastar la cabeza impía? No era terror, sino conmiseración, delirio de duda, y también ansia vehemente de exprimir una vez más la boca maldita, donde está el narcótico, el narcótico que alivia el ardor de las mordeduras.

LIBERACION. —

No era muy tarde, pero ya todos se habían retirado. La casa estaba en silencio; yo escribía algo baladí. En la pieza contigua, que estaba a oscuras, sonaron pasos; al levantar la cabeza escucho mi nombre familiar, pronunciado dos veces, con acento de angustia. Presto me levanto, abro la puerta, que tenía doble vuelta de llave.... Afuera todo estaba desierto, las plantas en su sitio; a lo lejos la escalera ancha y obscura, pero sin una sombra.... Vuelvo a mi mesa, y, con meticulosidad de neófito en el espiritismo, apunto la hora y la fecha; pero en seguida borro el apunte. No era voz de mi hogar limpio y tranquilo; de sobra la

conocí.... Pasó un viento frío, como el de los crudos inviernos, y en él, un alma que se me apartó para siempre.

EL ALBA. —

Son tan espesas las brumas de invierno, que apenas se advierte el amanecer; la llovizna menuda que llaman *garúa* humedece agradablemente el aire, y es voluptuoso dormir. En primavera, qúe allá es por diciembre, comienzan las mañanas claras; nos despierta la luz y el toque de las campanas llamando a misa, lo mismo que en las poéticas ciudades de mi país, mi México ingrato donde no me dejan vivir: Durango quimérico, Guadalajara muelle; Oajaca, donde mi madre oía sus misas de joven ¡tanta ciudad luminosa de donde estoy desterrado! ¡Qué lejos y qué distintas de las urbes sajonas, de casas de madera y rascacielos absurdos, donde el ruido de los pitos junta al humano rebaño para las tareas envilecedoras del mercado y del taller! La campana que me despertaba en Lima era la campana del convento de Santa Rosa. Allí están los restos de la santa. No pocas veces, con la imaginación me llegué al altar, pensando en su cara bonita y pura, que, de haberme conocido, no me habría negado la merced de una oración.

LAS CENAS. —

La comida se servía a las ocho; generalmente había invitados, — alguna bella y cándida joven de alma que parecía perfume, y el novio de Sofía, quien, como en los cuentos, solía hablarnos de sus viajes: una tempestad por el Estrecho de Magallanes; un huracán en el Caribe, paseos amenos en Londres. Los huéspedes estudiantes bromeaban y hablaban de sus novias con esa delicada galantería que imponen las mujeres virtuosas. Una a una aparecían las jóvenes, fatigadas por la tarea diaria, una en el bordado, otra en los quehaceres de la casa; rara vez salían a la calle, habíanse habituado a conformarse con sus sueños. La señorita Rosa, encargada de servir, se burlaba de mi apetito, siempre firme, y yo me deshacía en elogios del arroz y los pallares y el *cau cau,* especie de pancita con arroz y aceite; disputaba porque a los frijoles se empeñan en llamarlos frejoles con e, y por último, mi júbilo estallaba si aparecía el platón de conchitas, — un marisco sonrosado que positivamente no tiene rival. Conversábamos alegres, y tú, Luis, hermano mío, cuando me observabas

triste ¡cuántas veces al repetir el vino doblaste mi ración, brindando conmigo sin preguntarme nada, y nunca ningún vino me supo mejor!. . . .

Después de la mesa, algunos iban al salón, otros se retiraban; algunas noches se cantaba; por entonces estaba de moda el *Pierrot*, y aquí otra vez lamento no poder trascribir esta canción, y tantas otras escuchadas por la calle, saliendo de los balcones abiertos.

LAS NOCHES. —

Los limeños son trasnochadores por hábito; aunque no vayan al teatro o a la reunión, se están en los balcones o pasean por las aceras hasta pasadas las doce. Y son la delicia de esas calles los grupos de jóvenes parlachinas y risueñas yendo y viniendo bajo la luz de los focos eléctricos. Algunas noches cuando las jóvenes terminaban su visita o su paseo, nos volvíamos a reunir, y nos entraba antojo de comer. ¿Os acordáis, amigos míos, de aquel gran queso que obsequió el entonces futuro Ingeniero C., y el chocolate del Cuzco que trajo el joven T., y el pan de huevo que ustedes llaman, extrañamente, *Chancay?* Y los dulces, los inimitables dulces limeños: las nueces en conserva, los limones rellenos, las pastas monjiles, los vinos generosos, la gracia de todas ustedes... Y a pesar de tanto recuerdo tierno, ni una carta les he escrito, amigos míos, y habrán pensado que mi afecto era sólo cortesía.

Pero no podrán creerlo... ¿Por qué no he escrito?... Algunas veces he soñado volver, pero eso no es un sueño imposible... Acaso no he hallado reposo para recordarlos debidamente, o es que temo que me interroguen, sobre alguna obscura congoja; ni yo mismo sé. Pero algún día he de escribirles; será una carta muy larga — ¡ojalá para entonces el tiempo no los haya dispersado!— Me imagino lo que entonces sucederá: Luis se presentará con mis pliegos, se negará a mostrarlos antes de que todos estén reunidos, y después de la cena, juntos todos en el salón, los leerá despacio; ya al final le temblarán las palabras y acaso en los ojos de ustedes habrá algo de llanto como en los míos al escribirla.

José VASCONCELOS.

Notas

PEDRO M. OLIVEIRA. — *Estudios sociales.* — Vol. I. — Bogotá, 1921. — Editorial de Cromos.

El catedrático de la Universidad de Lima Dr. Pedro M. Oliveira ha reunido en este volumen dos discursos, una conferencia y una tesis, que tuvieron merecida resonancia en nuestros círculos universitarios por el caudal de interesantes datos y brillantes ideas que contienen.

El Dr. Oliveira fué uno de los primeros en llamar la atención seriamente, sobre la urgencia y magnitud de la tarea de revisar nuestro código civil, la cual está encomendada hoy a un comité constituído por eminentes abogados. En su interesante conferencia, expone los trabajos que precedieron a la promulgación de los grandes códigos europeos, resume las influencias que ha sufrido la codificación en América; recuerda la historia de nuestro código civil; hace atinadas observaciones y critica sobre su contenido, llama la atención sobre los cambios en las ideas y en los hechos que imponen su revisión, y, en fin, enumera las condiciones en que debe hacerse esa labor para que responda a las exigencias de la vida actual.

El Destino de San Marcos y La Reforma Universitaria, son dos discursos en que palpitan los anhelos de reforma y de progreso que tienden a encarnarse en la universidad de hoy. Reflejan en forma sugestiva las inquietudes y las aspiraciones de los maestros y de los estudiantes de San Marcos, y, por eso, no han perdido todavía su interés y su actualidad, apesar de los cambios habidos en los últimos años.

El más sólido y erudito de estos estudios es indudablemente la tesis sobre la política económica de la Metrópoli. La variedad de los datos pacientemente reunidos no impide, en esta magnífica monografía, que se esbozen con nitidez los caracteres generales y las leyes del desarrollo económico del Perú colonial. Contiene un esquema, — por ahora, el único esquema — de uno de los grandes períodos de nuestra historia económica, hasta ahora tan poco cultivada. Los datos que contiene sobre la población, la propiedad, la agricultura, la minería, la industria, el comercio, la moneda, las leyes suntuarias y la asistencia pública, son valiosísimos. Y de ellos deduce el Dr. Oliveira interesantes conclusiones acerca de la influencia del factor religioso en el orden económico y de la repercusión de los errores económicos en el orden político.

Los trabajos del Dr. Oliveira — muy conocidos y consultados dentro de la Universidad — podrán ahora llegar á todo el público, gracias a la publicación de este volumen.

C. A. U.

LUIS F. AGUILAR. — *Cuestiones indígenas* . — Biblioteca de "El Comercio", Cuzco. — 1922.

Este libro escrito por un distinguido periodista cuzqueño, es una de las más valiosas contribuciones al estudio del problema indígena.

No es un estudio metódico y documentado, sino más bien, una serie de artículos sobre los variadísimos aspectos del problema, enlazados entre sí por una idea [illegible] que la raza indígena, a pesar de sus defectos congénitos y adquiridos, es digna y es capaz de adaptarse a la cultura moderna y de ser un elemento útil de progreso nacional.

El gran mérito y la originalidad de este estudio se halla en el rico caudal de observaciones personales del autor, hechas en varios años de permanencia en poblaciones indígenas del sur de la república. Aguilar refleja sus observaciones con absoluta franqueza e imparcialidad, y aunque es un convencido defensor de la raza, no podría llamársele un apologista de ella. El estilo de sus artículos es el estilo vibrante y ágil del polemista, pero las ideas que los inspiran son fruto de reflexión madura y de pacientes observaciones.

Hay en este volumen tantos datos útiles y tan interesantes observaciones sobre la sicología y sobre los hábitos del indio que no pudiendo reflejarlas con fidelidad en una simple nota bibliográfica, ofrecemos a nuestros lectores solicitar del mismo autor que las condense en un artículo que nos será grato publicar en uno de los próximos números.

C. A. U.

UN PERIODISTA DE LOS QUE HACEN FALTA. — Julio Navarro Monzó. —

Se halla de paso en Lima, y próximamente ha de dirigir á nuestro público uno de sus hermosos mensajes de *hombre de fé,* el notable escritor argentino, señor Julio Navarro Monzó.

No conocemos en detalle su labor periodística en la capital argentina, pero hemos leído sus dos interesantísimas conferencias: "Santa *Teresa de Jesús y la vida y espiritualidad cristiana*" y "*La luz de nuestras vidas*", dos piezas que conceptuamos óptimas como instrumentos de propaganda espiritualista y cultural — y que conste que no somos aficionados á prodigar elogios!

Libremente, sin que nadie nos lo pida ni insinúe, dedicamos este homenaje espiritual al escritor, al pensador, al espíritu libre y generoso que pasa. Va á dejar oír su voz y creemos cumplir un deber al recomendar á los lectores de "Mercurio Peruano" que no pierdan la oportunidad que se les ofrece de conocer á un hombre que encarna el tipo ejemplar del periodista moderno. Para atribuirle este carácter, no nos hace falta un examen muy prolijo de su obra de publicista, nos basta conocer algunas de sus ideas, su orientación franca, leal y generosa y su actitud *de cristiano en la acción,* sincero, libre y espontáneo; con las cualidades de humana simpatía que ha reconocido la Iglesia a San Francisco de Sales, al hacerlo patrón de los periodistas, según últimas noticias.

Al despedirse de él, "La Nación" de Buenos Aires — periódico severo si los hay — ha hablado de su "intachable integridad moral", de su "honestidad intelectual" y de su "alta dignidad humana". No hubiera sido necesario que conociéramos este juicio de "La Nación" para valorizar tan relevantes condiciones. La figura espiritual de los hombres como Navarro Monzó adquiere relieve por sí misma. En la universal crisis de los valores morales en que ha quedado sumida la humanidad, después de la guerra; ahora que el mercantilismo más desaforado, y los apetitos y las ambiciones más desproporcionadas han invadido y maleado todos los órdenes, hasta los más venerables, de la actividad humana; ahora que verdaderas hordas de nuevos bárbaros han irrumpido en los campos, sólo frecuentados antes por gentes de sincera é íntima vocación espiritual, se hace necesario acoger con redoblado calor y simpatía á los que son capaces de concebir y poner en práctica una interpretación noble de la realidad para oponer á la ola de ciego egoísmo y de torpes y desatentadas ambiciones que se ha levantado en el mundo, la visión serena de una sociedad más justa, de una humanidad menos entregada al bajo *strugle* del materialismo industrial y político, menos dada á la sensualidad y á las idolatrías del escepticismo, que están desvirtuando el valor y la significación de todas las adquisiciones de la vida civilizada. Ahora que todo se mixtifica y se pervierte en nombre de la urgente necesidad de divertirse y "pasar el rato"; ahora que los Crésos y Sardanápalos de una civilización cruel y corrompida, ofuscan con sus festines y sus opulencias hasta las inteligencias y las conciencias menos contaminadas y más cándidas; ahora que parece que se hubiera entronizado en el mundo el gobierno invisible de *Sir Epicuro_Mamon*, es necesario intensificar el pensamiento y la acción, y en ningnú sector de las actividades modernas puede realizarse ésto como en el periodismo ya gravemente aquejado por las dolencias de la época. Frente al tipo del periodista venal o frívolo hay que colocar a aquel que sabe preservar, aún en medio del desconcierto moral de nuestros días, las normas y los principios de una elevada doctrina y de una fe entusiasta y segura en los destinos superiores de la especie. A esta categoría de hombres pertenece el señor Julio Navarro Monzó, y los que reconozcan en él a un hermano en el esfuerzo, hoy más necesario que nunca para redimirnos de las bajezas en que yacemos sumidos, deben saludarle con el respeto a que hombres de esa talla se hacen acreedores, sin esperar para el homenaje el, á veces falso, veredicto del éxito sonoro.

E. E.

MERCVRIO PERVANO

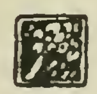
REVISTA MENSVAL DE CIENCIAS SOCIALES Y LETRAS

5



DIRECTOR
VICTOR ANDRES BELAUNDE

MVLTA RENASCENTVR
QVÆ JAM CECIDERE



SUMARIO

LIMA PERV

AÑO VI.--VOL. X.--No. 59

Mayo— MCMXXIII

MERCURIO PERUANO

REVISTA MENSUAL de CIENCIAS SOCIALES y LETRAS

-:- FUNDADA EN 1918. -:-

El conflicto Franco-alemán

LAS PERSPECTIVAS DE UNA SOLUCION

Los días que han pasado desde mi anterior crónica no han hecho otra cosa que confirmar el fracaso de la política de Poincaré, sea en su intento de obtener una inmediata e incondicional rendición de Alemania; sea en su intento de mover en su beneficio el complicado organismo económico del Ruhr .

En este proceso lleno de ansiedades y peligros han quedado establecidos los siguientes hechos:

1º — Que la ocupación del Rhur lejos de ser una garantía productiva, es una empresa costosísima. El Manchester Guardian publicó hace pocos días los cálculos de un técnico francés, según los cuales Francia ha gastado en la dicha ocupación Fr. 500,000.000 en el mes de Enero. Francia recibe apenas una insignificante parte del carbón que recibía de Alemania antes de la ocupación; y un buen número de fundiciones francesas han tenido que cerrarse. (1).

2º — Que la ocupación del Rhur como paso preliminar hacia un plan de desmembración de Alemania, no será apoyada por Bélgica é Italia y contará con la oposición de Inglaterra y los Estados Unidos.

Son numerosas las pruebas de este segundo hecho que reviste excepcional interés, pues, determinará probablemente un cambio muy importante en la política de Francia, hacia la sensatez y la prudencia.

En Bélgica se han comenzado á sentir las consecuencias de la ocupación del Rhur y de las barreras aduaneras con que Francia ha encerrado á esa región y á la del Rhin. El activo comercio

(1).—En este momento leo en "The Times" que el costo de la vida en Francia ha aumentado 15 % desde la ocupación del Ruhr.

entre Bélgica y esa parte de Alemania ha quedado paralizado, hiriendo cuantiosos intereses belgas. De otro lado el partido socialista belga, que es el más poderoso, después del partido católico, no simpatiza con la política de fuerza de Poincaré y, en consecuencia, la oposición que dirige está fortalecida día á día. Bélgica tiene que ver la ocupación del Ruhr con muy distinto criterio que Poincaré. Para este político su plan se movía dentro de dos posibilidades de éxito: ó Alemania se rinde y paga ó Alemania resiste y se prolonga indefinidamente la ocupación militar francesa. El primer extremo representaba el éxito económico del plan; el segundo compensaba el fracaso económico, con el éxito político (la práctica desmembración de Alemania).

Para Bélgica la ocupación sólo puede ser una medida de presión á fin de inducir á Alemania á presentar proposiciones concretas y á cumplirlas. Por consiguiente, en este momento el interés de Bélgica, frente al fracaso de la ocupación desde el punto de vista económico, no es otro que el de la iniciación de nuevas gestiones que concluyen decorosamente con el estado actual y aseguren los futuros pagos de Alemania. Bélgica tiene que desear que el Ruhr sea desocupado no bien haya la probabilidad de un arreglo equitativo. Los hombres dirigentes de Bélgica, no pueden prestar su colaboración á una política imperialista que saben sería condenada por el mundo entero y que tiene en contra la opinión de los países que tienen el control económico del mundo: Estados Unidos é Inglaterra .

Las consideraciones anteriores nos explican el resultado de la reciente conferencia de Bruselas entre Poincaré y Thewies, primer ministro belga. Se puede leer las entrelíneas del comunicado oficial. Se anuncia que se procederá á la desocupación del Ruhr, á medida que Alemania pague. La desocupación *gradual* es interpretada por algunos, como el medio decoroso que ha encontrado la conferencia para salir *del impasse* y su anuncio tiene que facilitar cualquiera proposición de Alemania. La actitud de Bélgica ha sido seguramente una gran contrariedad para Poincaré. Los corresponsales pudieron sorprender su disgusto y nos han revelado que pidió á sus colegas de la conferencia que guardaran el más estricto secreto acerca de sus debates. Bélgica será, pues, como lo teníamos anunciado, el factor de una política de equidad y de reconstrucción.

Además de la consideración de sus intereses materiales, comprometidos con la ocupación del Ruhr, y de la oposición del partido socialista, han tenido que influír en Bélgica el estado de

la opinión en Inglaterra y los Estados Unidos. Conviene que nos detengamos á estudiar el sentimiento público en estos países.

En Inglaterra la política de *pasiva complicidad* en el asunto del Ruhr tenía el apoyo de la mayoría conservadora de la cámara de los comunes. Contra esa mayoría se estrellaron las críticas de los liberales y laboristas y la proposición de Lloyd George de llevar el asunto al conocimiento de la Liga de las Naciones, proposición inobjetable dentro del espíritu y la letra del Tratado de Versalles. Sostenían la política de neutralidad benévola para Francia los periódicos de los *die hard* y algunos periódicos moderados. Lord Rothermore, hermano y heredero de Lord Northclife, proclamaba en el Daily Mail la política de colaboración activa con Francia. Pero á medida que los sucesos se desenvolvían, se pudo notar claramente que era más enérgico el tono de las censuras al gobierno y que algunos escritores moderados y francófilos con Leo Strutchey, reflejaban la sincera alarma del gran público frente á las contingencias de la destrucción económica de Alemania y de su desmembración política. Y en este momento liberales y moderados censuran la política de Poincaré y ven en ella un gran peligro para la reconstrucción económica de Europa, á la cual está unida la vida misma de Inglaterra.

Nadie mejor que Gawin, el editor del*"Observer"*, refleja ese estado de opinión. Oigamos lo que dic:

"Todo lo que queda ahora en el Ruhr, es la deliberada y terrible política de la desmembración de Alemania. Los moderados publicistas franceses, la anuncian ahora. Todo fué preparado para ella" . . . .

La conquista de Alsacia y Lorena por Bismark, fué suave, limitada y prudente, comparada con este plan de la partición de Alemania por la separación del Rhin y del Ruhr. Sería como segregar del cuerpo geográfico de Inglaterra el valle de Támesis ó separar de los Estados Unidos el valle del Mississipi".

En otro artículo se pregunta el mismo escritor, si Inglaterra debe considerarse como *cero* en los asuntos internacionales, y si Francia, que fué salvada de la desaparición como nacionalidad, por Inglaterra y os Estados Unidos, tiene derecho de disponer *ella sola* de la situación creada después de la victoria.

Ningún gobierno en el mundo es más respetuoso de la opinión pública que el gobierno inglés. Esa es su grandeza y su debilidad. Siendo esto así, ¿cómo se explica que el gabinete de Bonar Law haya seguido no sólo una política de neutralidad favorable á Francia, sino que haya permitido que los franceses u-

sen los ferrocarriles en la zona de Coblenza, que se halla bajo el contralor de Inglaterra, á fin de hacer más efectiva la separación del Rhin del resto de Alemania?

La explicación no puede ser otra que la cuestión de Oriente, en que Inglaterra necesitó el apoyo de Francia á fin de no ceder incondicionalmente á las exigencias turcas. Además de esta razón objetiva, creemos que hay otra de orden psicológico y personal. El gabinete Bonar Law no quiere, ni puede seguir la política francamente *europea* de Lloyd George; primero, porque le falta la visión y el volumen para hacerlo; segundo, porque sería dar la razón al hombre á quien se acaba de derrotar y principalmente invocando como motivo su política exterior.

La cuestión de Oriente está en vías de dejar de ser un problema agudo para Inglaterra. Inglaterra quedará libre para formular su política; al mismo tiempo, el descontento por la actitud de Bonar Law, lo obligará á dar más energía á su política exterior; y se iniciarán tal vez algunos cambios en el actual gabinete. No es, pues, probable que Inglaterra se mantenga cruzada de brazos, sobre todo, si las medidas que sigue tomando Francia delatan el propósito de mantener un *control* permanente en el Rhin y el Ruhr. Hoy, por hoy, sin embargo, su acción tiene que limitarse á aconsejar á Francia moderación y á influir en Alemania, para que presente propuestas concretas de advenimiento.

La opinión en los Estados Unidos fué y continúa siendo en buena parte, contraria á la política de Francia. En los últimos días ha reaccionado á favor de este país, por dos razones:

1ª — Por la enorme propaganda francesa hecha en grandes diarios y en magazzines. Es evidente que el costo de esta propaganda no es uno de los menores capítulos de los gastos en la aventura del Ruhr; y

2ª — Porque á fuerza de oírlo repetir, el gran público cree que Poincaré no desea sino que le paguen; y no ve como posible el plan — que confiesan paladinamente los periódicos franceses— de la desmembración de Alemania.

Alemania no puede contrarrestar los efectos de la propaganda francesa.

La opinión de los Estados Unidos sometida hoy á diversas influencias, se manifestará más claramente después de que se dejen de sentir más intensamente los efectos económicos de las crisis de Europa en el oeste y, sobre todo, si Poincaré se muestra intransigente y no disimula mejor su plan de desintegración de Alemania.

Los amigos de Poincaré no pueden dar mucha importancia á los resultados de esa propaganda en Estados Unidos; y el mismo Poincaré debe saber que la destrucción económica de Alemania ó la separación del Ruhr, sería condenada por la inmensa mayoría del pueblo americano.

Estos factores excluyen el extremo de *éxito político* del plan de Poincaré. Es verdad que la opinión en los Estados Unidos y en Inglaterra no ha determinado la *mediación* á favor de Alemania, con que se soñaba en este país; pero no es menos cierto que debajo de la aparente neutralidad palpita este pensamiento: Permaneceremos silenciosos frente al experimento que intenta Francia para obligar á pagar á Alemania; pero nuestro silencio no se prolongará si ese experimento, después de su fracaso, se convierte *en paso inicial de una política ulterior.* Poincaré es bastante inteligente para darse cuenta de su situación, y debe desear ahora el éxito económico de su plan ó sea un arreglo ventajoso que le permita volver atrás.

Hay, sin embargo, dos obstáculos en ese camino; uno en Francia y otro en Alemania. El primero lo ha despertado el mismo Poincaré al haber sumado su política con la propaganda nacionalista é imperialista del repugnante grupo de Daudet y los *Camelots du Roy.* Y no será raro que Poincaré sea víctima de la misma ola que contribuyó á formar con sus improvisados ataques contra la política de Briand. Tardieu se prepara á utilizar contra Poincaré, los mismos elementos y las mismas pasiones que éste utilizó contra Briand. Es verdad que hay en Francia una opinión moderada que se exhibe representada por los socialistas, los antiguos radicales socialistas y un grupo de intelectuales. Painleve en un magistral artículo en "Currant History", acaba de describirnos todos los caracteres y factores de esa opinión. El célebre historiador Aulard, es también uno de sus exponentes; pero no puede negarse que la fiebre nacionalista domina todavía en Francia; y Francia es un país de *fiebres.* Es, pues, posible que la opinión francesa no quede satisfecha con ningún arreglo razonable. Para Francia, debido á la incontrastable propaganda nacionalista, el problema del Ruhr, no es simplemente económico, (las reparaciones son secundarias), es un problema de seguridad y afirmación nacionales. Lord Cecil lo ha expresado muy bien; Francia quiere ver á Alemania dividida é impotente. Las ideas de Foch y Poincaré son las mismas de Napoleón.

Decíamos que el otro obstáculo se halla en Alemania. En este país existe también una corriente nacionalista que se opondrá por todos los medios á una rendición incondicional y preferirá la continuación de la resistencia á cualquier advenimiento. Es cierto que se han desvanecido las esperanzas de una mediación anglo-americana. Cuno no ha podido contener sus frases amargas de desengaño al pintar el pavoroso aislamiento de Alemania.

Todo induce á este país á presentar proposiciones de arreglo. Los franceses calculan que la resistencia de Alemania no puede prolongarse más allá del 15 de Mayo. El partido socialista quiere que esos arreglos se precipiten. Mas el gobierno tiene que considerar la opinión general del país, cuyos sentimientos han sido también despertados y, además, la del grupo de magnates que son los que, en definitiva, formularon el arreglo, porque van á ser ellos los que tienen que proveer los medios de los futuros pagos.

El ministro de Relaciones Exteriores, Baron Rosemberg, ha encontrado una fórmula inteligente al proponer que una comisión internacional decida sobre estos tres puntos:

1º — Si Alemania ha dejado de cumplir sus obligaciones.
2ª — Cuál es la capacidad de Alemania para pagar.
3ª — Qué medios deben adoptarse para lograr ese pago.

Los periódicos franceses consideran la propuesta Rosemberg como la *ofensiva pacífica* de Alemania y como un medio de congraciarse la opinión neutral.

El gobierno francés continúa proclamando que todo acto de intervención ó mediación de una tercera potencia, será considerado como inamistoso, por Francia.

Así han fracasado las propuestas presentadas en Londres y en Wáshington, por los agentes alemanes. Inglaterra y los Estados Unidos han aconsejado probablemente á Alemania que presente propuestas concretas, que puedan ser trasmitidas á Francia.

Y esas propuestas tienen que basarse en hechos efectivos: en la capacidad verdadera de Alemania, para pagar.

Entonces el problema es este: ¿Cuál es la capacidad efectiva de Alemania? Desgraciadamente las interpretaciones que los expertos dan á las cifras estadísticas y á los nuevos fenómenos de la economía de Alemania, son contradictorias. Ellis Barker, por ejemplo, considera que Alemania se halla en banca-

rrota, pues consume más y produce menos que en la época anterior á la guerra. Comentando las cifras del comercio exterior, y de los artículos alimenticios, dice: "Las cifras anteriores nos llevan á la conclusión de que la producción alemana corresponde solamente al 60 por ciento de lo que era antes de la guerra y en la actual superficie del país". Me inclino á creer que el consumo en Alemania está más cerca del 90 que del 80 por ciento, del consumo anterior á la guerra".

La explicación de este fenómeno no puede ser sino la disminución en las horas y en la eficiencia del trabajo. Para Ellis el régimen socialista es un régimen de relajación y de disminución de energía. El obrero trabaja menos que antes, lo mismo que el empleado público. Las causas son complejas, pues se refieren tanto á la política exterior como á la interna.

Aunque otros economistas nos dan una pintura distinta de Alemania, mostrándonos el aumento en el número de sociedades, en la producción de potasa y de azúcar, y en algunos renglones del comercio exterior, y las sumas fantásticas ganadas por los *profiteers,* no pueden negar de un modo general la quiebra de Alemania. Dice Cozier Song en "The Fourthnightly Rerview": "Pero que las *verdaderas* utilidades han disminuído enormemente, comparadas con las anteriores á la guerra, no hay la menor duda. *El empobrecimiento de Alemania es un hecho;* y el peso ha de caer sobre el capitalista, el accionista ó el cobra dividendos".

La situación anterior ha sido empeorada enormemente con la ocupación del Ruhr. Antes de ella se consideraba que Alemania podría pagar 50.000.000 marcos oro. Ahora creen algunos economistas que sería alta la suma de 30.000.000.

La escueta presentación de los hechos anteriores nos conduce á apreciar la enorme dificultad del arreglo del problema de las reparaciones en forma que satisfaga las necesidades y aspiraciones de Francia. Y el problema se complica más, si se tiene en cuenta que los Estados Unidos é Inglaterra no han renunciado á cobrar sus créditos á Francia, y que este país, como lo hemos repetido, busca, además de reparaciones, seguridades contra una futura invasión alemana.

El intrincado problema quedaría reducido, en primer lugar, si Estados Unidos é Inglaterra cancelaran definitivamente sus créditos contra Francia; y en segundo lugar, si se encontrara la fórmula que diese á Francia las seguridades que exige; como una alianza permanente entre Inglaterra, Francia y Bélgica;

ó la neutralización ó desmilitarización del Rhin, como lo propone Robert Cecil.

Inglaterra, se inclina á la cancelación de su crédito; pero en los Estados Unidos predomina una corriente opuesta. Hoover, en un momento desgraciado afirmó que Europa podía y debía pagar; y no hay *politician* que no afirme lo mismo, por las mismas egoístas y repugnantes razones.

Inglaterra puede ofrecer á Francia su alianza, si es atacada en la frontera oriental; pero Francia exigirá también cooperación en el caso de una guerra contra Polonia; y á esa cooperación se resiste el buen sentido del pueblo inglés.

Por último la neutralización del Rhin ó de algunas zonas, bajo la vigilancia de la Liga de las Naciones, supone una "capitis diminutio" máxima, respecto de Alemania, que este país se negará á aceptar.

El estudio analítico de los factores de la crisis presente, nos lleva á una conclusión pesimista. Y nosotros vacilaríamos en asentarla si no pensáramos que el curso práctico de las cosas, presenta hechos y soluciones que sorprenden á los teóricos y se burlan de todas las más escrupulosas previsiones. Quizá quepa repetir, tratando de los problemas nacionales ó continentales, la frase con que concluye el adversario:

"La vida tiene recursos inagotables".

Víctor Andrés BELAUNDE.

Los Dobles

*Remisa anda la "Intrusa" en aquel pueblo,
a juzgar por sus bronces,
porque transcurren días y aun semanas
sin que en el aire se difunda un doble.*

*Mas no! Allí mueren como en todas partes,
pero la gente es pobre;
y aún cuando los suspiros de los deudos
llegaran á la altura de las torres,
no siendo arpas eolias las campanas,
ellos no arrancarían vibraciones:
son piezas ponderosas los badajos,
y sin un fuerte impulso no dan golpes.*

*Cuando fallece un rico, la noticia
propáganla doquier fúnebres toques,
reclamando tributo de alabanzas,
de lágrimas, de preces o de flores . . .
Pero es lance que pasa inadvertido
la muerte de los pobres.*

Amalia Puga de LOSADA.

Estudios de Estética

(La estética de Witasek)

Antes de elaborar una interpretación metafísica del hecho estético, es conveniente y legítimo analizar su contenido psicológico. Ardua y compleja labor, porque si en alguna especulación existen conceptos imprecisos y direcciones espirituales encontradas, es, sin duda, en la especulación estética.

De suerte que, quien en ella se aventure, ha de poseer una extraordinaria finura de percepción y una muy bien formada y vasta experiencia, para penetrar, apartando pseudos conceptos y no escasas trivialidades — que no por serlo dejan de enmarañar más de un problema — hasta la raíz esencial de la modificación psíquica que constituye el fenómeno estético. Aquí, como siempre, se trata simplemente de ver; sólo que aquí también la visión de la realidad es el inapreciable privilegio de unos pocos.

Entre éstos se encuentra, sin duda, el estético alemán Witasek, quien, á una poderosa facultad analítica, junta la bella aptitud de exponer y de distribuir la copiosa materia de su minucioso estudio con precisión no excenta de atractivo por su armoniosa austeridad.

Según él, ninguna labor científica, exije al iniciarse, una definición conceptual de su objeto. Esa definición será precisamente el éxito de la labor, ya que la ciencia tiene por finalidad el convencimiento y éste es, al fin y al cabo, una definición. Basta, pues, con que la investigación separe, entre los hechos del mundo y de la vida, aquellos que aparezcan, por el momento á lo menos, como diferentes de los que las demás ciencias estudian.

Adoptado este punto de partida Witasek establece que, entre el material completo de la estética—material que comprende: 1º Objetos estéticos (obras de arte, seres naturales);— 2º Accio-

nes estéticas dirigidas á éstos objetos (creación artística, goce estético); y — 3º Disposiciones ó aptitudes requeridas por las antedichas acciones — son los elementos estéticos los que constituyen el núcleo de la cuestión, ya que los otros se dirijen siempre á ella.

Precisa antes aclarar el concepto de propiedad estética que caracteriza los objetos estéticos. En primer lugar, es una propiedad ideal según Witasek. Ideal en el sentido de que no es directamente representable como los objetos reales; así como son ideales el número, la relación y en general los demás objetos de nuestro pensamiento, distintos de los objetos de nuestra representación. "La belleza no es una propiedad real, sino ideal del objeto al que se refiere". (1).

Además la belleza es extra-objetiva, indicándose con esto, que no se da inmediatamente con la representación del objeto, sino que lejos de eso, agrega algo á aquella representación. La belleza de una melodía es algo más que el conjunto de los sonidos del propio modo que la belleza de un armamento, algo más que la simple representación de sus líneas.

Esto indica que el objeto estético debe ser puesto en relación con la actividad estética del sujeto, resultando entonces justificada la siguiente proposición:

"Por propiedad estética de un objeto, se entiende el hecho de que ese objeto puede encontrarse en relación causal y final con la actividad estética de su sujeto".

La relación causal deriva de que el objeto estético actúa como causa de la actividad correspondiente, y la final de que esta actividad se dirije al objeto seleccionándolo entre varios otros, en razón de su atractivo estético.

Witasek analiza los términos de esta relación.

Comienza estudiando los objetos estéticos, advirtiendo que sus cualidades no constituyen precisamente su belleza, pero sí la premisa indispensable, base de ella. La propiedad estética no es una elaboración en el vacío. Se dirije á algo y se fija en algo. Aquella entidad de procedencia y de orientación, es lo que se llama objeto estético.

Objetos estéticos elementales son aquellos que suscitan en el sujeto una modificación estética indescomponible, son los úl-

(1). — Stephan Witasek — Principi di Estética Generale. — Traducción italiana, p. 11.

timos resíduos del análisis, los elementos más simples de las propiedades estéticas.

Dichos objetos son:

1º — Objetos de simple sensación (colores, sonidos aislados).

2º Figuras. — El objeto saca su propiedad estética de la disposición de sus elementos singulares. "Representando una melodía, dice Witasek, se representa algo que no es la suma de los sonidos singulares y cuya representación debe ser *producida* en nosotros, sobre la base de los sonidos singulares". Análogamente á lo que ocurre con los elementos de una ornamentación.

3º — Objetos correspondientes á una "norma" — En ellos se aprecia su conformidad con el tipo ó la ley de su especie.

4º — Objetos expresivos ó de sentimiento. — Obras de arte ó seres naturales que necesitan representaciones de contenidos psíquicos.

5º — Los "objetivos". — Contenido mediato de la obra de arte: acontecimientos, propósitos, etc. que no aparecen directamente de la obra de arte (argumentos de la pintura narrativa, de la poesía, etc.)

Frente á estos objetos precisa conocer la actividad psíquica correspondiente.

Los objetos pertenecientes á las clases 1ª y 2ª provocan una representación á la que va unida un sentimiento de placer o de desplacer estético. En este momnto el sentimiento estético se nos aparece teniendo como premisa una representación intuitiva.

La tercera clase de objetos (belleza normal), tiene como premisa — además de la representación — un juicio que determina su especie. La belleza de un caballo, por ejemplo, está determinada, en parte, por la mayor ó menor perfección con que la figura realiza el tipo de su especie ó de su familia biológica. Como se ve, hay en el fondo, algo así como la consideración de moldes ideales, de arquetipos en el concepto de Platón, que las cosas deben alcanzar para ser bellas. Sin embargo, en el estado concreto del espíritu contemplador, el juicio del "valor", ó sea la apreciación de la conformidad ó disconformidad del objeto con la norma, debe permanecer nada más que latente, so pena de perturbar el puro goce estético. Toda vez, en efecto, que ante un espectáculo bello, desfloramos la virginidad de nuestra emoción, obligándola á plegarse á las determinaciones abstractas de las reglas, podemos quizá obtener un placer académico, tal vez

derivamos una satisfacción técnica, pero la belleza misma, el goce ingenuo se nos ha escapado.

"Cuando se trata del placer de la expresión, dice Witasek, las premisas del sentimiento estético son dadas por representaciones de hechos pertenecientes á la vida intelectiva ó emotiva, en una palabra por las representaciones de los hechos psíquicos". Representaciones que son ficciones y que, como tales, engendran sentimientos que por no ser reales, llama Witasek, sentimientos de fantasía. Ficciones y sentimiento de fantasía, he allí dos condiciones indispensables para experimentar el placer estético de la expresión. Si ante un objeto expresivo experimentamos sentimientos reales, nuestro placer ó nuestro dolor carecerían, en lo absoluto, de valor estético. Al revivir el dolor de Laoconte debería anularse el goce, sin embargo, prevalece. ¿Por qué?

Porque, en este caso, el dolor, como el placer en otros, y en general como todos los sentimientos que revivimos cuando nos incorporamos en el contenido de la obra de arte son *sentimientos de fantasía.*

La aptitud de revivir la vida psíquica expresada por el arte y por la naturaleza, es lo que Witasek llama el consenso. Concepto que dicho autor expresa así: "El consenso consiste en que el sujeto revive — por lo demás, como hechos de fantasía, — los hechos psíquicos, expresados por el objeto, y se los representa intuitivamente: el objeto de esta representación intuitiva se ofrece, pues, mediante una ficción ó un juicio juntamente con la percepción del objeto expresivo; de modo que de ahí resulta un objeto completo, constituído por cualidades físicas y al mismo tiempo por cualidades psíquicas. "Vemos en el objeto físico expresivo, el hecho psíquico expresado".

Por medio del consenso, pues, participamos en una vida espiritual creada por el arte; hacemos que nuestro yo vibre — más allá de la simple sensación — en las variaciones de un contenido íntimo.

La palabra y la figura plástica ó pletórica, tienen con su contenido, una relación intrínseca. Las palabras sugieren los hechos concretos mediante combinaciones de conceptos; las figuras, mediante una interpretación que debemos verificar nosotros. Sólo los sonidos se vinculan de una manera inmediata é intrínseca á los hechos psíquicos que expresan. La figura musical expresa los estados del alma por su esencial analogía con ellos; bien entendido que no se trata de analogías entre detalles recortados del movimieito psíquico y sus componentes aislados de

la expresión sonora, sino entre el conjunto de la figura musical. Tanto, que es posible transportar una melodía sin turbar su resonancia espiritual.

Pero la música no sólo nos conmueve por la forma, sino por la eficacia emocional propia de los sonidos. Eficacia que hace de ellos, sin disputa posible, "el medio más adecuado para reproducir las líneas y el colorido de los sentimientos". Brotados naturalmente del alma musical, los sonidos nos dicen de modo directo, todo aquello que nos "pueden decir". Y así no solamente podemos "comprender" lo que expresan, sino vivir en la onda de emoción que traducen, tanto mejor, cuanto que en la música — como no ocurre en las otras artes — nuestra alma no está aprisionada por ninguna representación impuesta, sino por el contrario, ingenua y libre ante la inefable inquietud.

Al lado de los sentimientos de consenso — que son sentimientos estéticos, cuando se les erije en objetos de contemplación — existen otros que son, no ya los expresados por la obra de arte, sino nuestra reacción emocional frente al objeto estético.

Sentimientos de simpatía, de compasión, etc., fácilmente observables, cuando, con motivo de ciertos personajes ó situaciones, se despierta en nosotros el interés por su suerte ó por su desenlace. Es la tensión que producen las novelas. Para que sean fuentes de goce estético, hay que intuirlos y acentuarlos proyectándolos en el objeto y contemplándolos entonces como si pertenecieran á éste, siendo así que, en realidad, nos encontramos ante el espectáculo de nuestra propia reacción espiritual.

Del mismo modo, cualquier clase de sentimientos reales, puden convertirse — al ser pura y simplemente contemplados— en sentimientos de fantasía y llegar, por lo tanto, á ser objetos de eficacia estética.

La quinta y última clase de objetos estéticos comprende los objetivos, ó sea, el contenido mediato de la representación estética. Ejemplos: el argumento de una pintura histórica, el significado ideológico de un poema. "La atención estética, dice al respecto Witasek, nunca se dirije directamente al objetivo, sino á los objetos de representación que él comunica al sujeto". Los objetivos son importantes porque enriquecen el material representativo que forma la base del sentimiento estético; pero no la suscitan por sí mismos. "El objetivo sólo es mediador de belleza".

Verificado el análisis de la atención estética dirijida á cada una de las cinco clases de objetos estéticos elementales, es

posible encontrar ya, una nota genérica entre las diversas impresiones estéticas experimentales en el sujeto. Se ha visto que la base ó la premisa del sentimiento estético es una representación intuitiva, esto es, una representación pura, sin mezcla de juicios ni de valuaciones. Por manera que la modificación psíquica llamada estética es en sustancia: "un estado concreto de conciencia constituído por un sentimiento que acompaña el contenido de una representación".

Así entendido el acto estético, se explica que la libertad sea una de sus características. Libertad que se ejercita, desde el momento en que la intuición estética no depende de juicios — condicionados y rígidos — sino que se dirije á representaciones sujetas tan sólo á la fantasía y á la voluntad. "Lo que suele llamarse "ojo estético", dice Witasek, es la facultad de reprimir todo deseo, toda valuación estética ó extraestética; toda idea de interés o de oportunidad y dejarse influenciar del objeto por sí mismo".

Siendo el sentimiento estético un sentimiento de representación, el arte crea representaciones que son premisas del goce estético. Estas creaciones, obra de la fantasía, son ficciones.

Ahora bien, hay otra actividad del espíritu, que crea ficciones: el juego. Existe, pues, entre ello y el arte, un elemento común muy importante, á tal punto, que se ha querido por algunos, asimilar al juego, la actividad creadora del arte. Pero junto á la semejanza anotada, hay esenciales diferencias entre el juego y el arte. Los sentimientos de fantasía que provoca el arte, son experimentados como tales, mientras que el niño en el juego procura llevar éste á la mayor realidad posible, gozando de sus ficciones sin considerarlas como objetos de contemplación. Lo que resulta muy claro, cuando se tiene en cuenta que los niños cuando juegan, procuran encarnar personajes importantes ó intervenir en situaciones predominantes agradables. "En el juego, los sentimientos suscitados por las ficciones, constituyen por sí mismos el placer; en el arte son cuando más objetos de goce, en cuanto que representados intuitivamente, forman la premisa del sentimiento de placer estético".

Alrededor del goce estético puro, se aglomeran una serie de elementos sentimentales que no son de naturaleza estética, que son capaces de acrecentar el estado estético complejo ó de turbarlo, cuando dejan de tener una importancia subordinada para convertirse en preponderantes. Estos factores pseudoestéticos, son sentimientos de valor, de juicio y de sensación.

Examinemos los sentimientos éticos y extraestéticos de valor.

Los sentimientos éticos de valor constituyen una valiosa contribución á los factores pseudoestéticos, porque — nacidos de lo profundo de la vida espiritual — tienen que ofrecernos el interés de sus conflictos y de sus crisis, ya que por medio de los intereses de fantasía y de los sentimientos de cooparticipación podemos insertarnos en el proceso íntimo que forma el contenido del objeto estético.. Se comprende que los sentimientos pueden turbar el goce estético, y hasta impedirlo, cuando se carece de la preparación ó de la serenidad indispensables para desprenderse de preocupaciones morales y atender sin obstáculo la representación base.

Por otra parte, la valuación moral influye en la disposición del sujeto hasta el punto de suscitarle sentimientos éticos reales con ocasión ó á propósito del contenido ético del objeto. El sentimiento patriótico exalta, como se sabe, el mérito de las obras creadas por el genio nacional, porque en su apreciación contribuyen estímulos que frecuentemente las desfiguran, engrandeciéndolas. Las obras tendenciosas se fundan en la posibilidad de provocar sentimientos éticos reales y activos.

Además de los sentimientos éticos hay otros de goce pseudoestético, derivados de la contemplación de los propios estados del alma, nacidos ante el espectáculo estético. Es el goce de contemplar la propia capacidad de emocionarse y de sentir; es otras veces, la satisfacción de contemplarse ejecutando una obra inspirada. (Placer de declamar, de cantar, etc.); suele ser también el placer de admirar al artista. Sentimientos de valor que inciden, como se ve, en el puro goce estético.

El sentimiento de imitación y de valor del saber, tienen especial interés.

Conrado Lange hace de la imitación la esencia del arte; Witasek, le arguye que la imitación es un factor pseudoestético y observa con mucha razón: "Que la imitación no sea un factor estético sino pseudoestético, se ve allí donde aquel sentimiento saliéndose de su posición subordinada se subleva, atrayendo sobre sí, toda la atención, de modo que al goce puramente estético nada se le ofrece de esencial". La imitación es, en concepto de Witasek, una de las condiciones preliminares del goce estético, pero no es su objeto. ¿Qué mejores imitaciones que las que ofrecen los museos de cera? Técnicamente perfectos, no son capaces de producir placer estético.

En cuanto á los sentimientos del valor, del saber, clara es su influencia. Ellos constituyen el principal atractivo extraestético de multitud de obras de arte que, como ciertas novelas, cuadros históricos, problemas filosóficos, etc., ofrecen datos, plantean problemas ó desenvuelven tésis de interés especulativo ó científico.

No deben confundirse con los citados, los sentimientos del acto del juicio. Aquellos se refieren al contenido del saber; esto es, se producen, como su nombre lo indica, por la simple actividad de la aptitud de juzgar. Estos últimos provocan su placer, sean cual fuere el contenido del juicio. Placer que el arte no es del todo apto para suscitar, debido á que su material se compone de percepciones y no de juicios. La metáfora, la similitud, el parangón, ofrecen, con todo, ocasiones para ejercitar el juicio y, por lo tanto, para experimentar el correspondiente sentimiento.

Fuera de los ejemplos citados, encuéntrase un caso en que el sentimiento del acto del juicio tiene una importancia esencial, el sentimiento de lo característico que nace cuando el objeto presenta la nota distintiva de su especie, cuando es un objeto tipo. Dicho sentimiento es pseudoestético, porque no surge directamente de la representación, proviniendo, al contrario, de una cierta actividad que se emplea en reconocer una cierta nota en el objetivo y en referirla al concepto específico.

Por último, pueden observarse sentimientos del acto del juicio en la compleja impresión de lo cómico, donde junto al placer que le es inherente, existe el desplacer que es compasión, rebelión, etc. — derivado de contemplar una situación falsa. El primero es un sentimiento de acto del juicio (placentero); el segundo es relativo á su contenido. Sentimientos de juicio. uno y otro, como que para forjar con lo cómico, hay que comprenderlo, condición que hace de él, un placer extra estético.

Terminan la serie de los factores pseudoestéticos los sentimientos sensuales. Cosa que se comprende con bastante facilidad, cuando se piensa en la importante contribución que las sensaciones llevan al goce estético sin cambiar, con esto, el sentimiento de la representación base. Una melodía produce sentimientos estéticos de diversa intensidad, cuando es realmente escuchada y cuando es reproducida en la memoria.

Examinados los objetos estéticos elementales y la actividad estética que á cada uno de ellos corresponde, precisa estudiar la modificación estética concreta; ya que nunca, ó casi nunca, se

presentan aislados los objetos estéticos; pudiendo un mismo objeto real ofrecer reunidos los cuatro tipos de belleza, combinándose naturalmente, los sentimientos inherentes á ellos: sentimientos de placer y de desplacer (consenso y participación) y sentimientos éticos, que suelen presentar, en los estados estéticos complejos, una importancia considerable.

Si tomamos, en efecto, las cuatro clases de objetos elementales y descomponemos la última en dos — una para los sentimientos de consenso y otra para los sentimientos de coparticipación — obtendremos cinco, que suben á siete si se tiene en cuenta que las dos últimas (4ª y 5ª) pueden presentar sentimientos de placer y de desplacer. Además, las clases 6ª y 7ª, así obtenidas, pueden, á su vez, ofrecer sentimientos privados ó no de carácter ético, resultando dos nuevos grupos con los cuales, el número de las combinaciones estéticas asciende á nueve.

Combinando luego, entre sí, estos grupos, llegarían á formarse una centena de grupos definitivos, cuya enumeración sólo tendría un relativo interés teórico.

Hay, entre las combinaciones estéticas, una que merece especial atención: nos referimos á la que se designa con el término *belleza*.

Precisa anotar aquí, que la palabra belleza tiene dos sentidos: uno amplio, en el que designa la totalidad de las manifestaciones estéticas, y otro restringido que es, como se comprende el que nos interesa examinar. Desde este punto de vista puede decirse que la belleza es la combinación estética, donde no hay elementos de desplacer. Las cuatro clases de objetos estéticos: sensación, figura, objetos de belleza normal y expresiva pueden combinarse sin incluir ningún elemento de perturbación no placentera y dar con la expresión, sobre todo, altos tipos de belleza pura.

Lo *feo* es lo contrario de lo bello, lo que despierta un sentimiento de desplacer estético. Sin analizarlo en sí mismo, Witasek estudia el papel, aparentemente paradojal de lo feo en el arte, mostrándose en esta cuestión muy claro y acertado.. "En objetos estéticamente apreciables, observa, lo feo consiste por lo general, sólo en la forma exeerior y la causa del goce estético es el contenido espiritual". En este caso y en otros, el contenido psíquico puede no ser moralmente agradable, pero es á menudo objeto estético. Sólo que entonces no se *llama bello*, porque aquí el prejuicio ético empaña el significado estético. A la apreciación de lo *feo* se añaden, por lo demás, factores de goce pseudoesté-

tico, como la admiración por la habilidad técnica del artista, el placer por la imitación perfecta, etc.

Lo *trágico* es el caso más importante de elementos de desplacer que cooperan en la coloración del estado estético. "Lo trágico está caracterizado en sustancia, por sentimientos de desplacer, de cooparticipación". Sentimientos que, naturalmente, deben ser despertados por objetos de eficacia estética, sin cuyo requisito la emoción dolorosa desplazaría de la conciencia todo goce.

Lo *sublime* que Witasek identifica á lo grandioso, se produce por la intervención de sentimientos éticos. Es la contemplación de una grandeza de orden espiritual que, al ser comparada con la pequeñez de las cosas comunes, suscita en el ánimo dos sentimientos opuestos: uno de placer — la percepción de la grandeza—; otro de desplacer — la percepción de la propia pequeñez — que se sintetizan en una emoción compleja: — El goce estético surje de lo *sublime* cuando hacemos de él un objeto de contemplación, pero lo sublime no es, por si mismo, de naturaleza estética.

Hemos resumido brevemente la parte analítica de la obra de Witasek. Como habrá podido apreciarse, el autor aplica á travez de todo su desarrollo, gracias al estudio de los objetos estéticos cimentales y de la actividad psíquica correspondiente sobre el contenido psicológico del hecho estético, el concepto de que el sentimiento estético es un *sentimiento representativo*, "esencialmente diverso de un sentimiento de valor". Veamos como trata Witasek el problema global de la interpretación estética, esto es del significado y del valor universal de esta actividad.

Según él, ni Kant — para quien la belleza aparece como la correspondencia del objeto con su fin — ni Hegel — que interpreta la belleza como la revelación de la idea — ni Lipps — que asigna al hecho estético la característica de significar un enriquecimiento de la vida espiritual, explican en realidad el origen y la significación de la belleza. Y es que la teoría que proporcionan, aprecia el sentimiento estético como un sentimiento de valor; así, mientras para Kant la belleza de un objeto dependerá de su mayor ó menor correspondencia con su fin, para Hegel y Lipps, resultará de su aptitud para expresar la idea ó para enriquecer la vida espiritual, respectivamente. De esta suerte se destaca el sentimiento estético del objeto mismo, para encontrar la razón de su belleza en un criterio extrínseco.

No hay que buscar, pues, la explicación de la belleza en consideraciones de valor sino en la premisa representativa que es su base. Esta premisa se forma en virtud de condiciones objetivas y subjetivas, que es necesario estudiar. Tratándose de las primeras, la estética, necesitaría un repertorio de objetos, de efectos estéticos positivos ó negativos y luego clasificar esos objetos para buscar en ellos la causa explicativa del placer estético. Ya que la única explicación posible sería la de encontrar un nexo causal entre el objeto y el sentimiento estético. El repertorio de objetos estéticos, de que habla Witasek, permitiría establecer una serie de correlaciones, que serían el material de una ienterpretación. La estética no posee tal repertorio y, por lo tanto, le falta base para la explicación causal del placer estético.

Además, no es fácil formar ese repertorio, porque el sentimiento estético es subjetivo y, por lo tanto, cambiante, variable de individuo á individuo. Se sabe muy bien que á causa de la contínua é incontenible evolución interna, nuestras disposiciones intelectuales y sentimentales se caracterizan por una cierta inestabilidad y que por esto, lo que en un momento puede parecernos bello, más tarde, quizás sea para nosotros mismos indiferente ó desagradable. Y si las disposiciones subjetivas cambian dentro de nuestra propia conciencia, cambian mucho más de un espíritu á otro. De suerte que para formar el repertorio estético habría que disponer de una extraordinaria agudeza de observación interna y de una, no menos, notable finura de percepción, capaces de tener en cuenta todas las condiciones subjetivas y objetivas de la realidad estética.

Hoy por hoy, es posible constatar que, dentro de disposiciones favorables, hay cierta uniformidad en la apreciación estética. Esta uniformidad manifiesta que el objeto estético es apreciado y sentido según las leyes normales de la psicología. Por manera que ciertos objetos y reacciones estéticas, pueden llamarse normales y adquirir, en consecuencia, un valor superior. Quiere decir, pues, que existe una determinación normal que explica el valor estético.

Esta determinación se llama norma.

Decimos que una serie de objetos estéticos obedece á una norma, cuando el estado de espíritu que derivamos de ellos, es de la misma calidad. El objeto que no es capaz de producirnos dicha calidad de sentimiento ó de emoción, está fuera de norma. La norma es, pues, la traducción de cierta constancia, dentro de nuestra conciencia y de cierta uniformidad en la psico-

logía humana, dependiendo la diversidad de gusto, no tanto de la conformación espiritual de los hombres, cuanto de la diversidad de las representaciones que son las premisas del sentimiento estético. Entre el hombre que goza con fuga de Bach y aquel que no saca ningún placer de ella, hay seguramente alguna diferencia de virtualidad sentimental, pero no tanta como la que existe entre la *percepción* musical del primero y la del segundo. Para el oído ineducado, en efecto, pasan inapercibidos infinidad de maticee, de variaciones, de armonías y de tenuidades que expresan sútiles corrientes de emoción y que percibidos irían á despertar en todo hombre normal y perteneciente á cierto estado de cultura, sentimientos del más puro goce estético.

El hecho de existir diferencias individuales, no depone, pues, contra la existencia de la norma. La fundamentan dos hechos: "Las leyes generales de la vida psíquica y las condiciones del mundo que, dentro de ciertos límites de especie y tiempo, son las mismas para todos los hombres. Más, así como cambian las leyes de la psicología y las condiciones de mundo, cambia, también, la norma estética.

La norma, — expresión de condiciones generales de expresión y de sentimiento — resulta la medida del valor estético; si bien, insiste Witasek, el valor en sí mismo, está al margen del sentimiento estético puro. La valuación aunque se aplique á objetos estéticos, permanece extraestética.

El objeto estético es objeto de valor en cuanto es deseable. El goce de la belleza pura, nò es incompatible con el deseo de conservar esa belleza; de multiplicar y poseer los objetos estéticos. Este deseo es el orign psicológico del arte, "actividad humana dirijida á crear objetos de eficacia estética".

Desde el punto de vista estrictamente psicológico, la obra de Witasek, nos parece admirable; pero se nos ocurre una objeción, no ya contra el desarrollo del análisis psicológico — escrupuloso y por lo general rigurosamente exacto — sino contra el punto de vista. Creemos que la cuestión estética, como todas las grandes cuestiones humanas, es eminentemente metafísica y que, por lo tanto, mantenerse dentro de una especulación "estrictamente psicológica", es recortar arbitrariamente el material de estudio. Hay que penetrar ese material con una intuición profunda, con una preocupación esencial; sea cual fuere el estado de la experiencia científica. Siempre existirá en la trama de los hechos algún hilo que pueda conducirnos á la verdad viviente.

Y pensamos que la cuestión estética ocupa en el campo de las altas inquietudes espirituales, una situación central. Porque esperamos que la fórmula que diga alguna vez el íntimo secreto de la ansiedad universal, se exprese en términos de imaginación y de sentimiento.

M. IBERICO y Rodríguez.

Leyendo a Silva

Vestía traje suelto de recamado biso
en voluptuosos pliegues de un color indeciso,

y en el diván tendida, de rojo terciopelo
sus manos, como vivas parásitas de hielo,

sostenían un libro de corte fino y largo,
un libro de poemas, delicioso y amargo.

De aquellos dedos pálidos la tibia yema blanda
rozaba tenuamente con el papel de Holanda,

por cuyas blancas hojas vagaron los pinceles
de los más refinados discípulos de Apeles:

era un lindo manojo que en sus claros lucía
los sueños más audaces de la Crisografía;

sus cuerpos de serpiente delatan las mayúsculas
que desde el ancho margen asechan las minúsculas,

o trazan por los bordes caminos plateados
los lentos caracoles, babosos y cansados.

Para el poema heróico servía allí la espada
con un león por puño y contera labrada,

donde evocó las formas del Siclo legendario
con sus torres y grifos un cincel lapidario.

Allí la dama gótica de rectilínea cara
partida por las rejas de la viñeta rara;

allí las Hadas tristes de la pasión excelsa:
la férvida Eloísa, la suspirada Elsa.

Allí los metros raros de musicales timbres:
ya móviles y largos como jugosos mimbres,

ya diáfanos, que visten la idea levemente
como las albas guijas de un río transparente.

Allí la vida llora y la muerte sonríe,
y el tedio, como un ácido, corazones deslíe . . .

Allí cual casto grupo de núbiles Citeres
cruzaban en silencio figuras de mujeres

que vivieron sus vidas invioladas y solas
como la espuma vírgen que circunda las olas:

la rusa de ojos cálidos y de bruno cabello
pasó con sus pinceles de marta y de camello:

la que robó al piano en las veladas frías
parejas voladoras de blancas armonías

que fueron por los vientos perdiéndose una á una
mientras envuelta en sombras se atristaba la luna . . .

Aquesa, el pié desnudo, gira como una sombra
que sin hacer ruido pisara por la alfombra

de un templo . . . Y como el ave que ciega el astro diurno,
con sus ojos nictálopes ilumina el NOCTURNO,

do al fatigado beso de las vibrantes crines
un aire triste y vago preludian los violines . . .

. . . .

La Luna, como un nimbo de Dios, desde el Oriente
dibuja sobre el llano la forma evanescente

de un lánguido mancebo que el tardo paso guía
como buscando un alma, por la pampa vacía.

Busca á su hermana; un día la negra Segadora
—sobre la mies que el beso primaveral enflora —

abatiendo sus alas, sus alas de murciélago,
hirió á la vírgen pálida sobre el dorado piélago,

que cayó como un trigo . . . Amiguitas llorosas
la vistieron de lirios, la ciñeron de rosas;

céfiro de las tumbas, un bardo israelita
le cantó cantos tristes de la raza maldita

a ella, que en su lecho de gasas y de blondas,
se asemejaba á Ofelia mecida por las ondas:

por ella va buscando su hermano entre las brumas,
de unas alitas rotas las desprendidas plumas,

y por ella. . . . "Pasemos esta doliente hoja
que mi sér atormenta, que mi sueño acongoja",

dijo entre sí la dama del recamado biso
en voluptuosos pliegues de color indeciso,

y prosiguió del libro las hojas volteando,
que ensalsa en áureas rimas de son calino y blando

los perfumes de Oriente, los vívidos rubíes
y los joyeles mórbidos de sedas carmesíes.

Leyó versos que guardan como gastados ecos
de voces muertas; cantos á ramilletes secos

que hacen crujir, al tacto, cálices inodoros;
metros que reproducen los gemebundos coros

de las locas campanas que en el DIA DE DIFUNTOS
despiertan con sus voces los muertos cejijuntos.

lanzados en racimos entre las sepulturas
á beberse la sombra de sus noches oscuras . . .

... ...

. . . Y en el diván tendida, de rojo terciopelo,
sus manos, como vivas parásitas de hielo,

doblaron lentamente la página postrera
que, en gris, mostraba un cuervo sobre una calavera . . . .

Y se quedó pensando, pensando en la amargura
que acendran muchas almas; pensando en la figura

del bardo, que en la calma de una noche sombría,
puso fin al poema de su melancolía:

¡exangüe como un mármol de la dorada Atenas,
herido como un púgil de itálicas arenas,

unió la faz de un númen dulcemente atediado
á la ideal belleza del estigmatizado! . . . .

Ambicionar las túnicas que modelaba Grecia,
y los desnudos senos de la gentil Lutecia;

pedir en copas de ónix el ático nepentes;
querer ceñir en lauros las pensativas frentes;

ansiar para los triunfos el acha de un Arminio;
buscar para los goces el oro del triclinio;

amando los detalles, odiar el Universo;
sacrificar un mundo para pulir un verso;

querer remos de águila y garras de leones
con qué domar los vientos y herir los corazones;

para gustar lo exótico que el ánimo iolatra
esconder entre flores el áspid de Cleopatra;

seguir los ideales en pos de Don Quijote
que en el azul divaga de su rocín al trote;

esperar en la noche las trémulas escalas
que arrebaten ligeras á las etéreas salas;

oír los mudos ecos que pueblan los santuarios;
amar las hostias blancas; amar los incensarios

(poetas que diluyen en el espacio inmenso
sus ritmos perfumados de vagoroso incienso);

sentir en el espíritu brisas primaverales
ante los viejos monjes y los rojos misales;

tener la frente en llamas y los pies entre lodo;
querer sentirlo, verlo y adivinarlo todo:

eso fuiste, ¡oh poeta! Los labios de tu herida
blasfeman de los hombres, blasfeman de la vida,

modulan el gemido de las desesperanzas,
¡oh místico sediento que en el raudal te lanzas!

. . . .

¡Oh Señor Jesucristo! ¡por tu herida del pecho,
perdónalo! ¡perdónalo! ¡desciende hasta su lecho

de piedra á despertarlo! ¡con tus manos divinas
enjuga de su sangre las ondas purpurinas! . . . .

Pensó mucho; sus páginas suelen robar la calma;
sintió mucho: sus versos saben partir el alma;

amó mucho: circulan ráfagas de misterio
entre los negros pinos del blanco cementerio . . .

. . . .

No manchará su lápida epitafio doliente;
tallad un verso en ella, pagano y decadente,

digno del crespo Adonis en muerte de Afrodita:
un verso como el hálito de una rosa marchita,

que llore su caída, que cante su belleza,
que cifre sus ensueños, que diga su tristeza! . . .

. . . .

¡Amor! dice la dama del recamado biso
en voluptuosos pliegues de color indeciso.

¡Dolor! dijo el poeta: los labios de su herida
blasfeman de los hombres, blasfeman de la vida,

modulan el gemido de la desesperanza,
fué el místico sediento que en el raudal se lanza.

Su muerte fué la muerte de una lánguida anémona,
se evaporó su vida como la de Desdémona;

ébrio del vino amargo con que el dolor embriaga
y á los fulgores trémulos de un cirio que se apaga . . .

¡Así rindió su aliento, bajo un sitial de seda,
el último nacido del viejo Cisne y Leda! . . .

Guillermo VALENCIA.

La política agraria de la República

(Apuntes para la historia económica del Perú)

La situación de la agricultura al comienzo de la época republicana era deplorable. Abandonada á manos mercenarias é ignorantes, oprimidas por la tiranía de los caciques provinciales, mientras que la gente culta se consagraba en las ciudades á las profesiones liberales, á los escarceos literarios y á las luchas políticas, sólo una reacción milagrosa habría podido hacerla renacer y dar nuevo impulso á la vida económica del país.

El primer problema de política agraria que planteaba lógicamente el tránsito del régimen colonial al republicano, bajo la inspiración del liberalismo económico y político de la época, era el de la desfeudalización de la propiedad rural, problema que tenía gran trascendencia, principalmente, en la Sierra. Más tarde, la escasez de brazos para la agricultura en la Costa, determinada por la abolición de la esclavitud, acentuó la necesidad de proteger la inmigración. Cuando se percibió la posibilidad de fecundar con el agua que baja de las cordilleras, los áridos desiertos del litoral, iniciáronse los planes de irrigación y colonización de esa zona de nuestro territorio. En fin, primero por intuición romántica y después por necesidad económica, se planteó el problema de la colonización de la hoya amazónica. Conjuntamente con ésos problemas, se acentuó cada día la importancia del fomento de la agricultura en general, sobre todo cuando la pérdida del salitre desbarató las bases de nuestra vida económica y financiera, obligándonos á buscar nuevos recursos.

En los párrafos siguientes estudiamos esos diferentes aspectos de la política agraria nacional.

LA DESFEUDALIZACION DE LA PROPIEDAD RURAL.

El régimen agrario de la República se inspiró en las ideas liberales de la Revolución Francesa. Además del prestigio romántico de este gran hecho histórico, había motivos poderosos que justificaban esa imitación. La revolución del 89 había sido, principalmente, contra el feudalismo que oprimía á los pueblos con sus absurdas instituciones económicas. Desde 1750 los fisiócratas, con Quesnay á la cabeza, en Francia, así como Hume y Adan Smith en Inglaterra, habían interpretado la aspiración general hacia la libertad del individuo y hacia la supresión de las trabas económicas del feudalismo. En el Perú, al constituírse la República, la situación era semejante á la de Francia antes de 1789, y era natural que se adoptaran los mismos remedios.

Una de las primeras declaraciones constitucionales de nuestra república fué la de que todas las propiedades eran enajenables aún cuando pertenecieran á manos muertas y de que se abolían las vinculaciones de dominio. Se abolieron, también, el tributo (que más tarde fué restablecido) y el servicio personal en sus diferentes formas (mitas, pongos, encomiendas, yanaconazgos, etc.), instituciones estrechamente vinculadas al régimen agrario de la Colonia.

Como aún subsistían en el país, al amparo de las leyes coloniales, las antiguas comunidades de indígenas,aunque reducidas y desmembradas, nuestros primeros gobernantes, considerándolas incompatibles con el régimen democrático, decretaron también su disolución. El decreto de 8 de Abril de 1824, en el que Bolívar dictó esa medida, se funda en que "la decadencia de la agricultura peruana depende en mucha parte del desaliento con que se labran las tierras, por hallarse las más de ellas en posesión precaria ó en arrendamiento".

El decreto citado contiene también disposiciones referentes á las tierras públicas. Fundándose, entre otros cosas, en "que por la constitución política de la República radica el progreso de la hacienda en el fomento de ramos productivos á fin de disminuir las imposiciones personales", dispone que se vendan de cuenta del Estado todas las tierras de su pertenencia por una tercera parte menos de su tasación legítima.

Para hacer efectiva la venta de las tierras públicas y el reparto de las tierras de comunidades indígenas, debían nombrarse visitadores en todas las provincias.

Un año después, Bolívar hubo de expedir otro decreto, el de 4 de Julio de 1825, modificando las disposiciones del anterior, que habían quedado incumplidas. Ordenaba el nuevo decreto: que se incluyeran en la masa repartible las tierras de que se hubieran aprovechado los caciques y recaudadores por razón de su oficio; que los caciques desprovistos de tierras recibieran por su mujer y cada uno de sus hijos, cinco topos de tierra; que cada indígena recibiera un topo en los lugares "pingües y regados", ó bien dos topos en los lugares privados de riego y estériles; que el reparto se hiciera por personas de probidad é inteligencia, designadas por el Prefecto á propuesta de la Junta Departamental; y, por último, y esta es la disposición más importante, "que la propiedad absoluta declarada a los denominados indios" tenga la limitación de no poder enagenarse las tierras hasta el año 50 y jamás en favor de manos muertas, so pena de nulidad. Bolívar creía que el progreso de la cultura del país daría á los indios el año 50 la capacidad é independencia de que carecían, y que, mientras tanto, la prohibición de enagenar sus tierras los libraría de los engaños y abusos de que se les hacía víctimas, por los hacendados y caciques de provincia.

La ley de 23 de Marzo de 1828, dictada por el Congreso Constituyente, ratificó en lo substancial los decretos de Bolívar; pero declaró que las tierras de indígenas podían enagenarse libremente, siempre que sus dueños supieran leer y escribir. Según esta ley, las Juntas Departamentales debían formar la estadística de sus respectivos territorios, para hacer luego la asignación de las tierras á sus respectivos poseedores.

Las disposiciones citadas son las más importantes que se dictaron en materia agraria durante las primeras décadas de la república. Salvo la abolición legal de las vinculaciones de dominio, todas las demás carecieron de aplicación práctica porque no pudieron cumplirse las medidas administrativas necesarias para su vigencia real.

Después de estos ensayos legislativos, vino el Código Civil de 1852, que satisfacía el anhelo de tener un derecho propio. El Código, en cuanto al régimen de la propiedad, mantuvo los principios clásicos del derecho romano, adoptados tanto en la legislación española precedente como en el Código de Napoleón, que le sirvió de modelo; confirmó la abolición legal de las comunidades indígenas y de las vinculaciones de dominio; innovando la legislación precedente, estableció la ocupación como uno de los modos de adquirir los inmuebles sin dueño. Otra reforma

importante, desde el punto de vista agrario, fué la división igualitaria de las sucesiones, reforma que debía favorecer la formación de la pequeña propiedad, aunque por ser aislada é incompleta, sus resultados prácticos han sido casi nulos.

Las reformas jurídicas implantadas por el Código Civil han sido desarrolladas por algunas leyes posteriores. Las constituciones últimas han reconocido a los extranjeros el derecho de adquirir bienes inmuebles en la República, que sólo las leyes especiales de colonización de la Montaña les habían reconocido expresamente. La ley de Registro de la Propiedad Inmueble, en 1888, y la ley de Bancos Hipotecarios de 1889 han establecido las bases del crédito territorial. La ley de 1901, declarando que las congregaciones religiosas tienen pleno dominio y administración de sus bienes, y la ley de 1911 sobre redención de enfiteusis han completado las primeras disposiciones constitucionales que tendían á la desvinculación de la propiedad. La ley de 14 de Noviembre de 1907, inspirada en el propósito de facilitar la circulación de la propiedad territorial, ha simplificado el procedimiento de enagenación de bienes inmuebles pertenecientes a las Universidades, Colegios, Sociedades de Beneficencia y cofradías o hermandades. Recientemente, el decreto de 26 de mayo de 1920, para favorecer a los pequeños agricultores, dispone que las Sociedades de Beneficencia dividan en lotes de magnitud proporcionada los fundos de su propiedad que no se hallen completamente cultivados, ni puedan serlo totalmente por un arrendatario único, y que luego den esos lotes en locación á personas distintas, sin que ningún arrendatario pueda tener más de un lote.

En todas las disposiciones citadas se ve el propósito de favorecer la democratización de la propiedad rural, pero por medios puramente negativos, aboliendo las trabas legales más bien que prestando á los agricultores una protección efectiva. Quizás la única ley que contempla este aspecto positivo de la protección de la pequeña propiedad es la de 14 de Noviembre de 1900, sobre sociedades industriales, destinadas a la venta de inmuebles por mensualidades. Aunque esta ley no ha tenido ninguna aplicación respecto de la propiedad rural, son dignas de anotarse sus disposiciones. Establece que los inmuebles adquiridos de las sociedades constituídas conforme á esta ley no son susceptibles de embargo durante la vida del comprador, de su cónyuge é hijos menores de edad ó mujeres no casadas, á menos que se trate de crédito contraído para reparar ó mejorar

el inmueble mismo. Tampoco es embargable la suma que por amortización del precio del inmueble hubiese pagado el comprador, salvo el caso de responsabilidad criminal. La adquisición de estos inmuebles sólo está gravada con el impuesto de las escrituras de arrendamiento. Estas exenciones de impuesto y de embargo, sólo son aplicables á los inmuebles rústicos cultivados por el comprador, su cónyugue é hijos, y siempre que el precio no exceda de diez mil soles.

LA COLONIZACION DE LA MONTAÑA

Desde los primeros lustros de nuestra vida independiente fué un anhelo nacional la colonización de las regiones tropicales del Amazonas y del Madre de Dios, y para satisfacerlo se inició una legislación agraria especial, inspirada en el más absoluto liberalismo. La primera ley de este carácter fué la de creación del departamento de Amazonas, de 21 de Noviembre de 1832, en la cual se autoriza á los subprefectos á conceder "á los extranjeros que se avecindasen en las nuevas reducciones" las tierras que puedan labrar, gozando los colonos de los privilegios y exenciones que conceden las leyes a los pobladores de tierras eriazas.

Esas disposiciones se hicieron extensivas, por ley de 24 de Mayo de 1845, "á todas las misiones, reducciones y poblaciones existentes ó que en adelante se formaren, emprendieren ó promovieren en la República".

Estas leyes, por su carácter especial, continuaron en vigencia después de la promulgación del código civil, y posteriormente fueron confirmadas y ampliadas por diversos decretos y resoluciones legislativas. Así, el decreto de 15 de Abril de 1853, sobre explotación y población de los llanos del Amazonas, concedió a los colonizadores, entre otros privilegios, los siguientes: títulos de posesión de terrenos, conforme a la ley de 1832, desde dos hasta cuarenta fanegadas; exención de contribuciones sobre los terrenos cultivados y casas, conforme á la misma ley. Las concesiones de tierras hechas conforme á este decreto debían caducar si en el término de 18 meses no se hubiese comenzado á labrarlas ó á edificar en ellas.

En conformidad con la ley de inmigración de 1849, se trajeron al Perú el año 1851 mil noventaiseis colonos alemanes, y con ellos se intentó iniciar el año 53 la colonización de Loreto. El resultado fué desatroso. Sólo unos cuantos llegaron has-

ta Moyobamba, y poco tiempo después, los colonos, "reducidos á la más completa miseria, pedían caridad en las calles de Lima". Más tarde, según Duval, llenaron "ambos mundos con el ruido de sus quejas y de sus querellas".

En el mismo año 53, el gobierno de Castilla celebró un contrato con don Cosme Schultz para la colonización de la zona del Pozuzo, en los lugares que se prepararían con anticipación ó en otros que fueran aparentes. El contrato daba á los empresarios y á los colonos numerosos beneficios y concesiones. La primera y única partida de colonos llegó en 1857, y se componía de 302 individuos rhenanos y tiroleses. Después de una odisea lamentable, de los 294 que habían llegado al Perú, llegaron 267 al término de su viaje, y fué para encontrarse sin recursos y completamente aislados del mundo habitado. El gobierno tuvo que gastar fuertes sumas en sostener esta colonia hasta 1860, en que, por fin, cubría ya fácilmente sus necesidades.

En 1867, el gobierno de Prado celebró un contrato con don Juan P. Martín, en el que se obligaba éste á traer 5,000 colonos alemanes. Al año siguiente llegaron 315 colonos, que fueron enviados al Pozuzo. De éstos, el año 1891, ocho colonos más ó menos descontentos con las condiciones de vida de la colonia del Pozuzo, resolvieron abrirse una trocha para llegar á mejores tierras, y, después de algunos meses de trabajo, llegaron á Oxapampa. Esta colonia encontró campo propicio y con un nuevo grupo desmembrado del Pozuzo, se estableció en ese valle y en el de Chontabamba, continuando desde entonces en estado floreciente.

Fuera de estas colonias, las demás tentativas de colonización de la Montaña, tales como la de 1874 en Chanchamayo, y la de 1892 en las orillas del Perené, han fracasado.

Hacia el año 1862, comenzó en Loreto la industria del caucho, que debía ser más tarde la base del desarrollo económico de la región oriental; pero era la época del salitre y del guano, y nadie daba mucha importancia á las riquezas acumuladas en nuestros bosques y en las fecundas pampas tropicales del oriente. Fué necesaria la catástrofe del 79, que nos arrebató la fuente principal de la riqueza privada y pública del país, para que los hombres de trabajo y de iniciativa se dieran cuenta del brillante porvenir del Oriente peruano y para que se dirigieran allí á desarrollar sus fecundos esfuerzos. Adqui-

rió algún desarrollo la industria del caucho en Loreto. Y fué entonces necesaria una legislación más amplia.

Las leyes de 4 de Noviembre de 1887 y de 26 de Noviembr de 1888 modificaron las disposiciones anteriores sobre adquisición de terrenos de montaña. Según estas leyes, se podían hacer adjudicaciones gratuitas de terrenos de montaña á los pobladores nacionales ó extranjeros que tuvieran elementos de trabajo proporcionados á la extensión del suelo que pretendieran adquirir. Las concesiones de terrenos no mayores de doce hectáreas podían hacerla los subprefectos; las de menos de 120 hectáreas, los prefectos; y el gobierno las que no pasaran de 1,500 hectáras. Las extensiones mayores necesitaban aprobación legislativa. Condición para conservar el título de propiedad, era el cultivo de la quinta parte, cuando menos, en el plazo de dos años.

El mismo año 88, la firma Landi, Canessa y Cía. pidió la adjudicación de 50 mil hectáreas de terrenos cultivables é irrigables de libre disposición, ofreciendo colonizarlos con europeos. La solicitud fué aceptada en los términos pedidos. Conforme á ellos, el valor de los terrenos adjudicados quedaría compensado con los beneficios de la colonización con familias europeas que los concesionarios quedaban obligados á introducir y á establecer en esos terrenos á su costa y sin gravamen del Fisco. Los concesionarios no adquirirían la propiedad de los terrenos sino á medida que los colonizaran, estableciendo una familia de agricultores compuesta por lo menos de dos adultos por cada quince hectáreas.

Juan de Arona supone que una de las causas del malogro de esta propuesta fué que el Gobierno de Italia recibió informes desfavorables de sus agentes en el Perú, respecto á las condiciones del país para recibir esa inmigración .

La ley de inmigración de 14 de Octubre de 1893, ratificó el poder del gobierno para otorgar concesiones de terrenos en los lugares de colonización. Otra ley de 9 de Noviembre del mismo año dispuso que podían concederse á los constructores de ferrocarriles terrenos del Estado, en una extensión máxima de 200 metros á cada lado de la vía, por el tiempo de la explotación ó de la propiedad de la línea.

El sistema de la donación condicional que prevaleció en nuestras primeras leyes de colonización fué modificado en la ley de 21 de Diciembre de 1898. Según esta ley, se podían adquirir terrenos de montaña; por compra, á razón de cinco soles

por hectárea; por concesión, mediante el pago del cánon anual, de un sol por hectárea en los tres primeros años, y de dos soles por cada hectárea no cultivada y un sol por la parte cultivada, en lo sucesivo; por contrato de colonización, mediante convenio especial con el Gobierno; y por adjudicación gratuita, siempre que ésta no pase de dos hectáreas y que el adjudicatario cultive dentro del plazo de tres años la mitad del terreno que le hubiera sido cedido.

La ley vigente de terrenos de montaña, promulgada el 31 de Diciembre de 1909, reconoce, con distintos nombres, los mismos modos de adquirir que la anterior. Según el artículo 20., esos modos son: venta, denuncio, adjudicación gratuita y concesión. Por la venta, á razón de un sol por hectárea, se concede el dominio perpétuo y absoluto de los terrenos, pero si á los diez años de celebrado el contrato no estuviese cultivada cuando menos la quinta parte, la porción no cultivada queda sujeta al pago de una contribución anual de un centavo por hectárea. Por denuncio se puede adquirir hasta 50 mil hectáreas, pagando al Estado una contribución semestral de cinco centavos por hectárea. Por adjudicación gratuita, puede el Gobierno conceder hasta cinco hectáreas de terreno por persona, con la obligación de que se cultive en el plazo de tres años cuando menos la quinta parte del terreno cedido. Por concesión para obras públicas ó para colonización se puede ceder los terrenos á razón de un sol por hectárea, en las mismas condiciones que por venta, si se trata de colonización.

Como ocurre con frecuencia entre nosotros, esta ley ha sido modificada en algunos puntos importantes por medio de simples decretos. Hay, por ejemplo, un decreto de 22 de Abril de 1910 que establece la adjudicación gratuita hasta de diez hectáreas de terrenos de montaña, mediante el compromiso de radicarse en el lote de terreno que se le adjudique, dedicándose á su cultivo y explotación efectiva. Hay también otro decreto, de 12 de Mayo de 1911, fundado en la conveniencia de evitar el acaparamiento de terrenos de montaña, que prohibe á los parientes dentro del cuarto grado de consaguinidad y segundo de afinidad, obtener terrenos limítrofes ó contiguos entre sí, siempre que con ellos se exceda el límite que la ley señala para cada una de las formas de adquisición.

IRRRIGACION Y COLONIZACION DE LA COSTA

Al terminar la dominación española, los valles de la Costa estaban ocupados por latifundios enormes, en los cuales el trabajo agrícola se hacía por los esclavos importados en gran número durante la época colonial para llenar el vacío creado por la excepcional disminución de la población indígena.

Como la República prohibió la trata de negros, el número de esclavos disminuía gradualmente y comenzó á sentirse la falta de brazos para la agricultura. Tan apremiante llegó á ser esta necesidad, que los hacendados obtuvieron que Salaverry expidiera el decreto de 10 de Mayo de 1835, en el que, "para fomentar la agricultura", se permitía la internación de esclavos de América, libre de derechos. Este decreto dió lugar á muchos abusos.

Hacia el año 50., el criterio optimista de los fundadores de nuestra nacionalidad que se "lisonjeaban con la esperanza halagueña de que la superabundancia de población de la Europa iba á desbordarse sobre nuestras playas y cubrirlas de enjambres de labradores", comenzó á modificarse. "Veintitrés años los hemos esperado inútilmente, y aún está el primero por aparecer", decía en 1846 don José Gregorio Paz Soldán. En 1847, don Manuel E. de La Torre presentó en la Cámara de Diputados un proyecto muy interesante para proteger la inmigración, que no llegó á aprobarse. En ese proyecto se autorizaba al Poder Ejecutivo á celebrar contratos por diez años con los capitalistas y propietarios que quisieran introducir colonos extranjeros, gratificándolos con cuatro toneladas de huano por cada colono. Los colonos quedarían exceptuados de toda pensión y del servicio militar y, concluídos sus contratos, los que prefirieran quedarse en el país recibirían en propiedad cinco fanegadas de terrenos baldíos y 20 á 25 pesos cada uno, según fueran con ó sin familia.

Al año siguiente, 1848, el Gobierno intentó reunir datos sobre los recursos de los diferentes departamentos para preparar un plan de inmigracón. El Gobierno envió un cuestionario á los Prefectos, así como á la Sociedad de Agricultura de Lima. La respuesta de esta última es digna de conocerse, porque refleja con mucha claridad la situación y las ideas de la época respecto de la cuestión agraria nacional. Según ella: la disminución de la esclavitud y la falta de brazos en los campos eran un hecho; el jornal del esclavo podía regularse en 8 pesos al mes, in-

cluyendo el interés de su valor y gastos que causa; eran muchos los inconvenientes del trabajo de los jornaleros, por su inseguridad y la pérdida á que están expuestas las sementeras por falta de oportuno beneficio; el trabajo del jornalero era de siete horas y de ningún modo convenía dividir con él el producto de las tierras; el uso de yanaconas era un arbitrio de la necesidad, y éstos necesitaban un pequeño capital para hacer frente á los gastos que les correspondían; era difícil evitar conflictos entre blancos y negros esclavos; el precio del jornal que convenía pagar al peón libre era de tres reales, á lo más, dándole habitación.

Son igualmente interesantes las respuestas de algunos de los departamentos. Trujillo contestó que recibiría hasta mil inmigrantes, dándoles tierras arrendadas ó en partido, debiendo trabajar tres días á la semana para el propietario, con tres reales de jornal, y recibiendo gratis semillas y herramientas para su propio cultivo. Algunos departamentos manifestaron que no necesitaban brazos, y otros que los necesitaban, pero que nada podían hacer.

***

La ley general de inmigración, de 17 de Noviembre de 1849, respondió al clamor de los agricultores de la Costa y, particularmente, á la influencia de un personaje de esa época, don Domingo Elías. Su objeto principal era el de favorecer la inmigración china y por eso don J. G. Paz Soldán la llamaba ley *chinesca*. Conforme a ella se concedía "á todo introductor de colonos extranjeros de cualquier sexo, cuyo número no baje de 50, y cuyas edades sean de 10 á 40 años", una prima de treinta pesos por persona, y se reconocía á los primeros introductores de colonos, don Domingo Elías y don Juan Rodríguez, el privilegio exclusivo de introducir chinos en los departamentos de Lima y La Libertad, por el término de cuatro años. En 1851 se votó la suma de 50 mil pesos para el pago de las primas y luego se distribuyó la suma votada en dos partes: 25 mil pesos para la inmigración europea y 25 mil pesos para la de cualquier otra procedencia.

Desde el 26 de Febrero de 1850 hasta el 5 de Julio de 1853, según la Memoria del Ministro de Gobierno de este último año, se introdujeron al Perú 3932 colonos, de los cuales fueron chinos 2516; irlandeses 320; y alemanes 1096. En el párrafo anterior hemos visto cuál fué la suerte de los irlandeses y alemanes llevados á la Montaña. En cuanto á los chinos, su introduc-

ción, guiada por un propósito simplemente mercantil, se hizo en las condiciones más desastrosas, sin examen alguno de sus costumbres, moralidad y aptitud física. "El traficante, dice Sacchetti, cedía esta mercancía humana á los hacendados al precio medio de 500 pesos por cada individuo. Este estaba obligado á trabajar por ocho años, y su trabajo teniendo en cuenta la amortización del capital, interés, salario mensual de cuatro pesos, vestido, etc . . . . costaba al hacendado 70 centavos al día".

La inmigración china dió lugar á inhumanos abusos de los especuladores y á algunos incidentes sangrientos en las haciendas y poblaciones rurales de la Costa, debidos á la hostilidad de los nativos hacia los nuevos colonos. Estos hechos determinaron la derogatoria de la ley de 1849 y más tarde, en 1856, la prohibición del tráfico de asiáticos. En vista de este fracaso, hubo empresarios en 1860 y en 1869 que presentaron propuestas para introducir colonos africanos. Felizmente estas tentativas, inspiradas en las necesidades inmediatas de ciertos agricultores, con grave olvido de las repercusiones sociales de semejante inmigración, no tuvieron éxito. La primera de esas tentativas encontró un opositor prestigioso en don J. G. Paz Soldán, entonces presidente de la Sociedad de Agricultura, quien, al dictaminar sobre la propuesta, afirmó resueltamente que "ni la industria, ni la agricultura mejorarían propagando una raza envilecida". El proponente, don J. Gregorio García, invocó en su apoyo la opinión de algunos agricultores, y no faltaron, en efecto, quienes respondieron que "la inmigración africana es la mejor para el cultivo de los campos", viniendo en segundo término la asiática y en último, la europea, la cual "no es aparente para nuestro país, porque al ingresar al Perú desata sus compromisos, y de colonos se vuelven amos".

En 1860 llegó un contingente de 300 colonos vascongados para la hacienda "Talambo" de don Manuel Salcedo, quien había irrigado terrenos y quería aplicarlos al cultivo del algodón en gran escala. Los colonos se comprometían á trabajar ocho años y el empresario á mantenerlos durante dos años, á auxiliarlos con animales y aperos de labranza, y á pagarles un salario mensual de un peso de plata á los menores de 12 años y de dos á los que pasaran de esa edad. A los tres años esta tentativa fracasó, á consecuencia de un incidente sangriento determinado por la rivalidad entre los colonos y los nativos. Conocidas son en nuestra historia diplomática las consecuencias internacionales que trajo ese episodio.

Por ley de 14 de Mayo de 1861 se derogó el decreto de 1856 que prohibía el tráfico de chinos, y desde entonces se reanudó, en gran escala, esta inmigración, hasta el año 1875, en que se firmó con la China el Tratado de Tientsin, suprimiendo de común acuerdo toda inmigración que no fuera enteramente voluntaria. En los veinticinco años que duró esa inmigración, bajo el amparo oficial, llegaron al Perú 87,393 chinos. Resumiendo los resultados de la inmigración china, decía un escritor de la época, que fué "un mal necesario". Los chinos, según Juan de Arona, "resolvieron la cuestión *brazos*", "Hinchieron de una población laboriosa y flotante los valles y las haciendas de la costa", "determinaron el gran auge agrícola que por varios años disfrutó el Perú".

Planteado el problema agrario, desde el punto de vista de las ideas conservadoras de esa época, no se puede negar que habría sido imposible conseguir mejores obreros rurales que los asiáticos y que, efectivamente, los inmigrantes europeos no dieron resultados satisfactorios, porque no podían contentarse con el nivel de vida y con la sujeción á que están acostumbrados nuestros obreros indígenas y los obreros asiáticos. ¿Pero el interés de los agricultores de esa época estaba en armonía con el interés nacional? Afirmamos resueltamente que no. Lo que el Perú necesitaba no eran "brazos", sino "hombres", y hombres selectos que vinieran á elevar nuestro nivel de vida, á mejorar nuestra raza, á dar impulso á nuestras industrias; hombres independientes que se establecieran en nuestro suelo, vincularan á él su porvenir y el de sus hijos y se convirtieran en ciudadanos peruanos. Para eso, hubiera sido necesario orientar en una forma radicalmente distinta la política agraria nacional; pero semejante orientación suponía un grado de cultura y un estado de opinión en nuestras clases dirigentes, que, por desgracia, no existían, ni existen todavía. Convengamos, pues, con el autor arriba citado, en que la inmigración china fué un mal necesario, desde el punto de vista de nuestro desarrollo económico.

El gobierno de don Manuel Pardo comprendió el error de los planes de inmigración precedentes, inspirados sólo en intereses momentáneos y privados; vió que no podían venir verdaderos inmigrantes si no habían tierras para ofrecerles la espectativa de una vida independiente, y se dió cuenta de que la colonización debía comenzar en el litoral, cerca de los centros de cultura, y no en las zonas menos accesibles de la Montaña. El Ministro de Gobierno don Francisco Rozas presentó el 21 de Di-

ciembre de 1872 un proyecto de ley sobre inmigración, en el cual se autorizaba al Ejecutivo para invertir 100 mil soles al año en fomentar la inmigración, para distribuir á los inmigrantes terrenos irrigados de propiadad fiscal, para irrigar los que no lo estuvieran y para *expropiar los de particulares con el objeto de venderlos á los inmigrantes,* á plazos más ó menos largos, según las circunstancias.

Explicando su plan, decía el ministro, que el Gobierno "no se proponía realizar una inmigración en grande escala, ni colonizar de buenas á primeras todos nuestros territorios desiertos, sino hacer un ensayo, ó más bien preparar el camino", y que con el mismo propósito había enviado comisiones técnicas para hacer estudios de irrigación en el sur y norte de la Costa.

Después de prolongadas discusiones en las dos cámaras legislativas, el proyecto fué aprobado y promulgado como ley el 28 de Abril de 1873; pero con una supresión que desmejoraba su eficacia y que fué la de una cláusula relativa á la expropiación de terrenos particulares para venderlos á los inmigrantes. Es evidente que esta cláusula era muy avanzada para una época en que se desconocía el carácter social de la propiedad.

La Comisión Consultiva de Inmigración que había constituído el Gobierno de 1872, se transformó en la Sociedad de Inmigración Europea, y tuvo á su cargo la tarea de dirigir la aplicación de la ley de 1873. En toda la administración Pardo, según Juan de Arona, alcanzaron á introducirse como tres mil inmigrantes; pero lo curioso es que, á pesar que el plan del Gobierno era el de colonizar primero la costa, una gran parte de esos inmigrantes fueron internados á Chanchamayo. En la Memoria del Gobierno, de 1876, se expresa que "los ensayos realizados para adaptar el trabajo de los inmigrantes europeos á las faenas agrícolas de los fundos de la costa, manifiestan de un modo indudable que únicamente puede ser útil para todos bajo el sistema de colonos en participación o como arrendatarios".

La penuria fiscal, el cambio de gobierno y, luego, la guerra con Chile, paralizaron estos primeros y bien orientados esfuerzos en favor de la inmigración y del desarrollo agrícola del país.

*

*

Después de la guerra, las tentativas de colonización han sido menos frecuentes y de proporciones más reducidas, á causa de

la penuria fiscal creada por la pérdida del salitre y del guano. En 1888, don José G. García, que 28 años antes había propuesto traer colonos africanos, dirigió una circular á los agricultores ofreciéndoles traer colonos europeos en ciertas condiciones, una de las cuales era la asignación á los colonos de terrenos irrigables, á razón de una fanegada por persona, ó más, según la clase del cultivo y del terreno. Esta propuesta no dió ningún resultado.

Entre tanto, los estudios técnicos demostraban cada día con más claridad la importancia del problema de la irrigación de la Costa. La ley general de irrigación de 9 de Octubre de 1893 inició el apoyo oficial á las empresas de irrigación. Esta ley autorizaba al Poder Ejecutivo para hacer concesiones ó contratos de irrigación para el aprovechamiento de las aguas de dominio público; concedía á las empresas de irrigación, entre otras ventajas, la propiedad de los terrenos eriazos del Estado ó municipales que llegaran á ser irrigados suficientemente y el uso gratuito de los terrenos de dominio público que fuesen necesarios para las obras hidráulicas.

Hacia fines de 1897, siempre con el objeto de suministrar brazos á la agricultura de la costa, se hicieron dos tentativas de inmigración japonesa, con el apoyo oficial: la primera promovida por el cónsul del Perú en Yokoama y la segunda por la casa Marioka y Cía. de Tokio. Los hacendados convinieron, entre otras cosas, en dar alojamiento y asistencia médica, y en pagar dos y media libras mensuales á los hombres, por diez horas de trabajo diario en los campos y 12 en las fábricas, y una libra y media á las mujeres ocupadas en las faenas agrícolas. El primer envío parcial de 1200 japoneses no dió los resultados que se esperaban. Las rivalidades contínuas con la población nativa determinaron su dispersión en las ciudades.

En las dos últimas décadas se han presentado propuestas de colonización de algunas zonas del litoral, pero por diversas causas nada práctico se ha hecho hasta ahora.

La ley de 4 de Enero de 1913, sobre colonización é irrigación está inspirada en una política más amplia y constructiva que todas las anteriores, y ha sustituído ventajosamente á la ley de 1893, aunque, por desgracia, sus disposiciones han quedado sin cumplimiento. Esta ley autoriza al Poder Ejecutivo para contratar un empréstito de dos millones de libras esterlinas, en bonos hasta de 5 y medio por ciento de interés anual, cuyo producto se dedicará única y exclusivamente á obras de irrigación y de

colonización. El Gobierno contratará la ejecución de esas obras con compañías debidamente organizadas y de toda garantía, con licitación ó sin ella, con la obligación de emprenderlas en los lugares recomendados por las comisiones técnicas y bajo la supervigilancia de los ingenieros del Estado. El Poder Ejecutivo podrá adquirir por convenio ó expropiar, previa tasación, las tierras eriazas de propiedad particular que queden comprendidas dentro del plano de los terrenos por irrigarse. Una vez realizadadas las obras, el Poder Ejecutivo venderá á colonos las tierras con la dotación de agua que les corresponde, por lotes que, en ningún caso, excederán de sesenta hectáreas cada uno, debiendo cuidar de que reunido el precio de los lotes, éste cubra el valor invertido en la irrigación y colonización, junto con sus respectivos intereses. Los colonos deberán ser de raza blanca, no pudiendo admitirse como á tales á los que no traigan el capital necesario que el Gobierno fijará de antemano, para hacer por su propia cuenta los gastos que exija la preparación y cultivo de los terrenos, hasta obtener la primera cosecha de los productos á que se dediquen. Del producto de las ventas de las tierras irrigadas, previa deducción de las sumas señaladas para garantizar el pago de los intereses de los bonos, se constituirá un "fondo de irrigación y fomento agrícola", que podrá emplearse en la construcción de nuevas obras de riego y también en préstamos á las sociedades cooperativas rurales.

Las condiciones financieras y políticas del país no han permitido la aplicación de esta ley; pero han avanzado bastante los estudios técnicos para determinar las zonas y procedimientos de irrigación. Según datos que se nos han suministrado en el Cuerpo de Ingenieros de Minas y Aguas, hay nueve proyectos de irrigación. La extensión que abarcan y el costo calculado en 1914, son como sigue:

Proyecto de Tumbes: Extensión por irrigar, 20,000 hectáreas; costo calculado: £ 657,000.

Valle del río Chira:— Por irrigar, 30,000 hectáreas, más ó menos. Costo aproximado: £ 1,000,000.

Proyecto de Chancay: — Por irrigar: 3,000 hectáreas. Costo: £ 684,260.

Valle de Chilca: — Por irrigar: 3,000 hectáreas. Costo: £ 150,000.

Proyecto del Imperial (Valle de Cañete): Por irrigar: 7,000 hectáreas. Costo: £ 150,000.

Proyecto de Chimbote: — Por irrigar: 6,300 hectáreas. Costo: £ 65,000.

Proyecto de Coayllo: — Por irrigar: 3,500 hectáreas. Costo: £ 14,000.

Proyecto de Ica: — Por irrigar: 34,000 hectáreas. — Costo: £ 1,500.000.

Proyecto de las Pampas de Cayma (Arequipa): — Por irrigar: 750 hectáreas. — Costo: £ 52,200.

La ley 2674, de 4 de Enero de 1918, establece nueve zonas de irrigación que corresponden á cada uno de los departamentos de la costa, y determina que haya comisiones técnicas para la administración de las aguas respectivas.

Además de las obras de irrigación, se han iniciado otras obras hidráulicas para dar mayor impulso á la agricultura de los valles de nuestro litoral. Merecen citarse las de represamiento de las lagunas de Huarochirí para regular la distribución del agua en los valles del Rímac.

FOMENTO AGRICOLA

Fuera de las leyes generales inspiradas en el ideal de democratización de la propiedad rural, y fuera de las tentativas y estudios de colonización de la Costa y de la Montaña, que hemos enumerado en los párrafos anteriores, apenas hay, en toda la historia de la política agraria de la República, algunas medidas legislativas ó gubernativos que merezcan mención especial.

El gobierno de Balta adquirió la hacienda Santa Beatriz para fundar allí un Instituto Nacional de Agricultura; pero sólo mucho tiempo después se ha fundado la Escuela de Agricultura, cuyas enseñanzas tanto han contribuído ya al progreso técnico de la agricultura nacional. La nueva ley de Instrucción contempla un vasto plan de educación agrícola.

El Código de Comercio se ocupa en algunos artículos de los Bancos y sociedades agrícolas; pero hasta ahora no existen tales instituciones. La ley sobre prenda agrícola, de 13 de Diciembre de 1916, tiende á facilitar el crédito á los pequeños agricultores y establece el Registro Agrícola en las oficinas del Registro de la Propiedad Inmueble. En Mayo de 1917, el ministro de Hacienda García y Lastres, formuló un plan para el establecimiento de un Banco Nacional Agrícola, á cuyo capital se suscribiría el Estado con la tercera parte de las acciones.

Existe la Sociedad Nacional de Agricultura, que sirve al Gobierno de cuerpo consultivo y recibe su protección oficial como instituto representativo de la industria agrícola del país; pero esta Sociedad representa los intereses de los grandes agricultores. La pequeña agricultura carece de órganos representativos y vive aislada y sin protección eficaz. La ley de irrigación de 1913 determina que el Gobierno reglamentará la organización de las cooperativas rurales y controlará sus operaciones; pero nada se se ha hecho en esta materia.

La ley citada de 1913 autoriza igualmente al Poder Ejecutivo para promover la inversión de capitales en todas las obras que tiendan á fomentar indirectamente la industria agrícola de la República, facultándolo para auxiliar de una manera práctica, por los medios y en la forma que considere adecuados, el desarrollo general de nuestros cultivos.

Con motivo de la carestía de las subsistencias que se produjo á raíz de la guerra, se discutió en el Parlamento y en los periódicos la intervención del Estado en la producción y en el comercio agrícolas; pero después de todo, lo único que se hizo fué prohibir la exportación de ciertos artículos y reglamentar los precios, medidas ambas incompletas, peligrosas é ineficaces. Sólo en la Memoria de Hacienda de 1917 encontramos registrada, cuando menos una buena intención: "Esa situación, dice, — refiriéndose á la escasez de la producción nacional de frutos alimeticios, — habría demandado dos acciones enérgicas y radicales del Estado: la de reglamentar el cultivo imponiendo severamente la obligación de producir una cantidad determinada de frutos alimenticios y la de fomentar por primas otros medios análogos: el cultivo de productos como el trigo, por el cual estamos pagando una fuerte contribución al agricultor extranjero. El cultivo obligatorio ha debido ser reglamentado por una ley que no ha sido expedida, y el estímulo de fuertes primas por extensión de tierra sembrada de trigo, así como la garantía de un precio mínimo, que habrían sido medidas eficientes, no han sido tampoco sancionadas por el parlamento".

La única medida adoptada para la protección del cultivo del trigo, ha sido el envío de comisiones agronómicas á las principales regiones productoras, con la misión de dirigir á los agricultores en sus trabajos y, de este modo, procurar la intensificación del cultivo.

CRITICA DE NUESTRA POLITICA AGRARIA

En conclusión, la política agraria de la República ha carecido de energía, de realismo y de audacia. Los intereses privados han predominado en ella sobre los intereses públicos, los proyectos fantásticos sobre los ensayos prudentes, las consideraciones políticas sobre las exigencias económicas, el espíritu conservador sobre el espíritu de reforma. Pero, sobre todo, su mayor defecto ha sido la falta de continuidad. Casi nunca un gobierno ha seguido la política y secundado los planes del anterior. Cada uno ha pretendido comenzar de nuevo y realizar en efímero período, proyectos que requerían preparación más larga y mayor tiempo de ejecución. La consecuencia ha sido la esterilidad de las mejores iniciativas y la ineficacia de las leyes. Nuestra política agraria puede resumirse en un catálogo de leyes incumplidas. Y en cuanto á las reformas de nuestro régimen agrario, han seguido inspirándose en las ideas económicas de hace un siglo, porque las nuevas corrientes del pensamiento llegan á nosotros con mucho retraso.

Todavía ninguno de los grandes problemas agrarios del país ha sido resuelto. Las condiciones actuales de nuestra vida rural en la Sierra y en la Montaña, apenas difieren de las de hace cien años, mientras que en la Costa, por la acción espontánea de las fuerzas económicas del país, se han modificado en una dirección técnica y comercialmente favorable, pero llena de peligros é inconvenientes de orden político y social.

César Antonio UGARTE.

BIBLIOGRAFIA

— Colección de leyes, decretos y órdenes publicadas en el Perú desde 1821 hasta 1859. — Reimpresa por el doctor Juan Oviedo. — Lima, 1861.
— La Inmigración en el Perú, por Juan de Arona. — Lima, 1891.
— Compilación de leyes, reglamentos y resoluciones de carácter general vigentes del Ministerio de Fomento, por J. A. Puente Arnao. — Lima, 1907.
— Copias del Curso de Derecho de Agricultura del doctor A. Solf y Muro. — Lima.
— Le Pérou Contemporain, par F. García Calderón. — París, 1907.
— Condición Jurídica de las Comunidades de Indígenas en el Perú, por Ricardo Bustamante Cisneros. — Tesis. — Lima, 1919.
— Inmigrantes para el Perú, por Alfredo Sacchetti. — Turin, 1904.
— La Colonización Alemana en el Perú, por Luis Gálvez. — Tesis. — Anales Universitarios de Lima. — 1904.
— Tierras públicas y Cuestiones agrarias, por Emilio del Solar. — Tesis. — Lima, 1918.
— Memoria del Ministro de Hacienda, doctor V. M. Maúrtua. — Lima, 1918.

Una escuela de diplomática en América

Al regresar de las magníficas fiestas del Centenario de la Independencia del Perú, en las que tuve la representación de la Universidad Nacional de Buenos Aires y de las Facultades de Derecho y de Ciencias Económicas, me detuve unos pocos días en La Paz, por invitación muy especial del señor Rector de la Universidad de San Andrés y del Gobierno de Bolivia. Fuí honrado con diversas distinciones y, entre otras, con la de miembro de la Academia Boliviana de Historia y Geografía.

Con el objeto de corresponder á esta deferencia, presenté á la docta corporación, el día que se reunió solemnemente bajo la presidencia del doctor Alfredo Ascarrunz (el 15 de Setiembre), un proyecto que tiende á realizar una antigua idea que me ha preocupado varias veces. (1) Es mi propósito facilitar el cono-

(1). — Que mi idea responde á una necesidad generalmente sentida, lo demuestra la reciente creación en Madrid de un "Centro Internacional de Estudios Americanistas", de que informa el siguiente telegrama, fechado en esa capital, el 16 de Febrero de 1922, y publicado por "La Nación", de Buenos Aires, el 17.

"Ha quedado constituído en esta capital un centro internacional de investigaciones históricas americanas, de acuerdo con lo resuelto en los Congresos Hispanoamericanos celebrados en Sevilla, en Abril de 1914 y Mayo de 1921. Este centro tendrá por objeto formar índices bibliográficos de los documentos existentes en los archivos públicos y privados, expresando los nombres de las publicaciones que se utilizaron y los países donde se encuentran, á fin de facilitar la gestión de los investigadores y evitarles las molestias, pérdidas de tiempo y gastos consiguientes.

Se encargará el mismo centro de formar bibliotecas de catálogos de los archivos y museos y de publicar catálogos sistemáticos y revistas

cimiento de la rica documentación dispersa en los archivos particulares y públicos de toda la América Ibérica; asegurar su autenticidad; orientar los estudios del pasado hacia un fin honesto de verdad no solamente especulativa, sino también útil á la comunidad continental, y, por último, combatir abiertamente la prédica malsana y tendenciosa de ciertos escritores que buscan su negocio á costa de suscitar querellas sobre lo pasado, de revivir odiosidades y desfigurar con interpretaciones antojadizas, cuando no calumniosas, el pensamiento de los hombres y la naturaleza de los acontecimientos que dieran por resultado la independencia y la organización de las repúblicas hispano-americanas.

Me ha parecido que podría *adaptarse* á nuestras necesidades y á nuestras circunstancias, una especie de *Ecole des Chartes*, de París, cuyo centenario de fundación se ha celebrado solemnemente el 22 de Febrero de este año. No estará demás dar algunos antecedentes de esa Escuela que como idea inicial puede atribuirse á Napoleón.

En efecto, desde Prusia escribió en 1807 á Juan Bautista Champagny, Ministro del Interior (y luego de Relaciones Exteriores) pidiéndole informes sobre "la decandencia de las artes

---

con datos sobre las investigaciones y trabajos de índole parecida que se realicen, sirviendo de órgano de comunicación con los centros filiales americanos.

Formará también bibliotecas americanas por países, tratando de obtener datos oficiales y de establecer corresponsales, así como de fomentar todos los trabajos de investigación, de responder á todas las consultas y de poner en relación á los especialistas entre sí, y finalmente, creará una escuela hispanoamericana para la enseñnza de la paleografía.

Los gastos que demandará el sostenimiento de ese centro se estiman en la suma de mil pesos oro para cada país.

El acta de la constitución del nuevo centro lleva las firmas de los presidentes de la Real Academia Española, Unión Iberoamericana, representantes diplomáticos de la Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Cuba, El Salvador, Méjico Uruguay y Venezuela, los vicepresidente del Congreso de Historia y Geografía y los secretarios del mismo".

En realidad, el proyecto presentado á la Academia Boliviana, cinco meses antes, comprende todo el programa anterior, teniendo en vista especialmente la América Ibérica, que es lo que más inmediatamente nos interesa y más urgentemente necesitamos, dado que en España los archivos están bien organizados.

y de la literatura y sobre los medios de remediarla". Este, con el deseo de adular á su amo, le propuso varios procedimientos, como el restablecimiento del antiguo cargo de historiógrafo oficial, la creación de poetas laureados y cesaristas y, entre otros, un lugar de retiro donde, con gran acopio de documentación, pudieran los hombres de inteligencia y preparación probadas, dedicarse á escribir obras serias.

Napoleón, para honor suyo, rechazó las primeras proposiciones y aceptó algunas de las otras, especialmente la última que llegó á transformarse y realizarse, años después, con el nombre de *Ecole des Chartes*. En carta de 19 de Abril de 1807, que extracto, decía Napoleón á Champagny: "Saber lo que se ha perdido, distinguir los fragmentos originales de los suplementos escritos por buenos ó malos comentadores, eso sólo es casi una ciencia ó por lo menos un objeto importante de estudios... Si hubiese una Escuela Especial de Historia y se hiciere, desde luego, un curso de bibliografía, un joven en lugar de emplear meses... llegaría fácil y prontamente á instruirse mejor".

Napoleón, con su clara y rápida inteligencia, tocaba aquí algunos de los objetos primordiales de la institución que se buscaba hace un siglo. Esos objetos son: evitar al historiador pérdida de tiempo en investigaciones largas, pacientes y á menudo infructuosas, y purificar los documentos, restaurándolos á su verdadera autencididad.

Si el órgano podía ser nuevo, á principios del siglo pasado, la función auxiliar ha existido, aunque imperfecta, desde antaño. Los romanos que escribieron anales y otras obras de largo aliento, tenían compiladores de datos y coleccionadores de documentos que los ayudaban en la tarea. En toda la Edad Media, y, sobre todo, en la Moderna, existieron peritos que, á veces, constituyeron verdaderos oficios especiales, encargados de formar lo que, entonces, se llamaban, "Cuerpos de Historia", ó sea una colección hábil de documentos, reunidos no solamente por orden cronológico, sino después de haber comprobado la bondad de las copias ó la verdad de los originales; y, aún todavía, colmando los intersticios ó soluciones de continuidad entre uno y otro documento con palabras y frases que les den unidad sin llegar al carácter de comentarios. Estos "Cuerpos de Historia" significaban la realización de una gran parte del trabajo y, á menudo, el autor que lo consagraba con su nombre, se limitaba á reemplazar algunas frases ó le añadía uno que otro comentario.

Acaba de comprobarse, precisamente este año, por el escritor Luis Batiffol, en los informes sobre la autenticidad de los papeles del Cardenal Richelieu, que patrocina y publica la Sociedad de Estudios sobre la Historia de Francia, que las "Memorias" atribuídas durante tanto tiempo á dicho Cardenal no son, ni pueden ser, de ese supuesto autor, sino de dos de sus secretarios. Estos, tampoco, quisieron mistificar, sino que compusieron uno de esos "Cuerpos de Historia" á que me acabo de referir, primero para que pudiera escribir sus "Memorias" el Cardenal y luego que ocurrió su muerte, por mandato de su sobrina, para que algún escritor escribiera su historia. Uno de ellos, en lugar de llevar á cabo la obra, se limitó á añadirle diatribas contra Luis XIII y su Corte, en forma de apostillas é interlíneas; y esos manuscritos y sus copias corrieron como documento auténtico del propio Richelieu, ejerciendo una influencia decisiva en la historia de la primera mitad del siglo XVII.

Comprobado que tales Memorias son apócrifas, se impone una revisión de la historia en el período relativo á Luis XIII, quien no fué seguramente un instrumento ciego á merced de los caprichos del gran Cardenal, sino, por el contrario, un gobernante prudente que tenía el buen tino de ilustrarse con los consejos de un hombre superior.

La idea de Napoleón realizóse en 1821. El 22 de Febrero de ese año fué fundada la *Ecole des Chartes* por real decreto de Luis XIII. El Conde Simeón, Ministro del Interior, se expresaba así en el informe habitual que sirvió de base al decreto: "El hombre instruído en la ciencia de nuestras cartas (diplomas) y manuscritos, es, sin duda, muy inferior al historiador, pero marcha á su lado, le sirve de intermediario con los tiempos antiguos y pone á su disposición los materiales que han escapado á la ruina de los siglos. Si falta este material, el hombre llamado por su genio á escribir la historia, consumirá una parte de su vida en estudios siempre penosos y á menudo estériles". (Quien proyectó el programa fué el Barón De Gerando, una autoridad, en su tiempo, en materia de administración y de gobierno).

En estas palabras del Conde Simeón, se condensa la esencia de mi pensamiento al proponer la creación de una Institución central en Lima, con ramas en todos los demás países de América, á fin de facilitar al historiador la tarea de descubrir y de interpretar leal y útilmente el pasado de nuestra América.

No basta poseer documentos, hay que saber comprenderlos. Desgraciadamente, no todos los que poseen por herencia ó por

recolección documentos, pueden utilizarlos. Es por eso que la mayoría de nuestros libros de historia, son verdaderas cronologías, con variantes frecuentes de comentarios absurdos, porque los autores carecen de los conocimientos literarios, filosóficos y de historia general que requieren obras de esa naturaleza.

Por otra parte, los hombres preparados por su cultura integral para escribir sobre historia de estos países, carecen del tiempo necesario para rebuscar en archivos públicos y privados la documentación completa de una época. La mayoría de nuestros archivos están en formación. No están, con excepción de algunos del Brasil, ni medianamente clasificados. Quien quiere servirse de ellos debe buscar por sí los documentos, contralorear su autenticidad y luego utilizarlos y comentarlos en la labor histórica. Y como la profesión de escritor, no siendo de autor de libros de enseñanza primaria (adoptados por los Consejos de Educación), no costea la vida de ningún intelectual en nuestros países americanos, las obras históricas se resienten por ser incompletas y por la pobre calidad de su mayoría.

Disponer de copias auténticas sin necesidad de ir á buscarlas en los legajos; de documentos antiguos traducidos á la ortografía moderna, y de otros relativos á las civilizaciones pretéritas de este continente, constituiría una ventaja inapreciable que se haría sensible antes del transcurso de una generación en nuestra literatura histórica.

Si Francia ha producido hombres notables en los últimos años, que han ilustrado la ciencia histórica contemporánea, tales como Vandal, Sorel, Hanotaux, Lavisse, Rambaud, etc., se debe casi exclusivamente al auxilio de los peritos de la meritoria *Ecole des Chartes* de París, que es un testimonio elocuente de cómo, con pocos medios, se puene obtener extraordinarios resultados, cuando se empeñan en la realización de una idea, hombres capaces y con vocación de apóstoles.

Al empezar sus funciones la mencionada Escuela, sentó como lema, que su misión era investigar y acopiar material auténtico para que otros lo utilizaran. Se consagró á lo que se ha llamado "el método en sí"; es decir, empeñarse en restaurar los documentos para que hablen espontáneamente ó los hagan hablar los técnicos y á proseguir la tarea sin desanimarse por ninguna contrariedad, con una profunda convicción de que del fárrago de documentos reunidos habrán de surgir, como en efecto han surgido, al alma verdadera de la Francia y algunas de las leyes que indudablemente presiden su evolución á traés de los siglos.

Hanotaux dice de esta escuela: "Puso su ideal en una cima árida y escarpada, y fué, precisamente, el ideal de San Mauro; el que llegaron á hacer suyos estos benedictinos laicos". Añade que era metáfora corriente comparar la Escuela de Cartas con la Cenicienta del pensamiento francés, aludiendo á la misión de sacrificio que, en definitiva, consiste en "aportar materiales para que otro eleve el monumento".

La obra de los "cartistas", como se llama á la llevada á cabo por los peritos egresados de la Escuela mencionada y por los sabios profesores que trabajan en su seno, es considerable y ninguna se le iguala en el siglo trascurrido, en cuanto á método, á fidelidad del programa inicial, á beneficios producidos y á la renovación del criterio histórico que ha provocado en Francia y en el extranjero, pues ninguna institución educativa francesa ha repercutido más en otros países que esta de la *Ecole des Chartes*.

La diplomacia ha conocido, gracias á los cartistas, que la política exterior no es un capricho arbitrario de los hombres, sino una imposición de las circunstancias de evolución progresiva ó regresiva del país y de los demás con quienes mantiene relaciones.

Los archivistas paleógrafos, formados en la *Ecole des Chartes*, comparados con las hormigas en su afán constante para el trabajo ímprobo, han permitido hacer el inventario de los archivos departamentales y comunales de Francia, que hoy representan una inmensa labor de más de ochocientos volúmenes impresos. En estos documentos, que pasaron inadvertidos para los historiadores de un siglo atrás, se descubre la explicación de las fuerzas constructivas de la sociedad francesa y se concentran las verdaderas causas de muchos acontecimientos que, antes, equivocadamente, se consideraban como el efecto de antecedentes que no han existido.

Gracias á la *Ecole des Chartes*, la arquitectura francesa ha podido reivindicar para sí el arte gótico de Notre Dame, destruyendo la leyenda de que era un plagio de las concepciones alemanas.

La Universidad de París resulta una creación del genio francés, gracias también á las revelaciones documentales de dicha Escuela.

La evolución del pensamiento y de los sentimientos franceses, puesta en evidencia por escritores como Gaston Paris y Paul Meyer, es obra de las investigaciones cartistas que han per-

mitido, según Hanotaux, que la vida nacional de Francia "se replante sobre su propia raíz".

Arturo Giry, autor del libro "Manuel de diplomatique" y autoridad indiscutible en la materia, ex-alumno y profesor, como Hanotaux, de la *Ecole des Chartes*, dice, respecto del nombre, seguramente inapropiado, de "Charte":

"Se comprende generalmente hoy con el nombre genérico de carta (charta), los documentos auténticos de toda clase, los actos de toda especie, que la Edad Media nos ha dejado y cuyo conjunto constituye lo que se llama las fuentes diplomáticas de la historia. En los últimos siglos se escribía también *chartre*, del diminutivo *chartula*, empleado en la Edad Media en el mismo sentido. En el origen, *charta* significaba en griego simplemente papel de papiro, y tal es el sentido de la palabra entre los autores de la antigüedad; luego vino á designar más especialmente un escrito auténtico, un acto, y esta es la acepción que acaba por recibir en la Edad Media y que hemos recogido".

En un principio la "carta" se refería á un documento auténtico de valor jurídico y escrito en lo que hoy llamaríamos en forma de diploma. En el siglo XII, "carta" y "privilegios" llegaron á ser sinónimos, según Giry; y en el siglo XVI el significado, antes genérico, de la palabra, se restringió, para significar los actos y documentos de la Edad Media solamente.

Desde el siglo VIII, el pergamino comenzó á reemplazar al papiro y aún se empleó la piedra y el metal en las llamadas *cartas lapidarias*.

La escritura de las "cartas", agrega el erudito Giry, aunque variable, se distinguió de otros manuscritos por ciertos caracteres, tales como la forma de algunas letras y de determinadas abreviàciones, el alargamiento sistemático de las astas y las colas de las letras, etc. Los que escribían las cartas eran especialistas, y la *escritura diplomática*, propia de estos documentos, se distinguía de la escritura empleada en otros. Hasta fines del siglo XII se redactaron en latín, al principio completamente *vulgar;* pero á partir del siglo IX se perfecciona, alejándose, sin embargo, por su construcción, de la lengua clásica, para entrar en la categoría que los lingüistas llaman *bajo-latín*.

Todo un arte científico, cuyo conocimiento, con erudición, insumiría buena parte de la vida de un hombre, requeriría el estudio á fondo de estas cuestiones, de sus reglas, y de la literatura á que han dado origen. Bástenos saber que el estudio de los documentos antiguos, especialmente de los escritos, ha dado lu-

gar á una ciencia que se llama *diplomática,* que no hay que confundir con la *diplomacia,* ciencia esta otra con la cual, en realidad, muy poco tiene que ver en nuestros tiempos.

La palabra *diplomática* trae su origen de la palabra *diploma,* que en griego significa documento, en forma semejante á lo que hoy designamos con ese mismo nombre. Su objeto es el conocimiento y la crítica de los documentos referentes á lo pasado.

Quien primero se ocupó científicamente de este punto fué el benedictino Juan Mabillon (1632-1707). Ha sido llamado el "padre de la diplomática". Encargado de escribir la historia general de la Orden de San Benito, demostró raras cualidades de escrupuloso investigador. En el curso de sus estudios, viajando por la Lorena, se propuso crear un arte científico nuevo, dándole el nombre viejo de *diplomática.* Fué así que apareció en 1861 su monumental obra *"De Re Diplomattica".* Dice Haureáu, sobre la aparición de este libro: "en esta fecha se puede dar como fundada, por Mabillon, la escuela de los historiadores anticuarios".

Se ha criticado á esta escuela, jactancia de su labor y menos precio contra los que no son capaces de pasarse años buscando documentos, aunque sí son aptos para aprovecharlos. En realidad, ese resabio existe todavía, y hay algunos rebuscadores de piezas antiguas, verdaderos papelistas por su incultura general, que pretenden sonreírse de los historiadores, porque no tienen los documentos que ellos reunieron. ¡Como si el hecho de acumular ladrillos y material de construcción pudiera confundirse con la tarea de levantar el edificio! A los peones y los albañiles incumbe la primera tarea, al arquitecto y al ingeniero, la segunda.

Mabillon afirmó que era muy importante para la obra histórica disponer de documentos verdaderos, pero jamás pretendió que el trabajo de reunirlos y purificarlos pudiera elevarse y confundirse con el de la historia.

Este sabio, además de ilustrar extraordinariamente la ya ilustre orden de San Mauro, fué un ejemplo de sensatez y de probidad. El gran Ministro Colbert le quiso acordar una pensión de 2000 £, pero la rehusó dignamente, de temor á que pudiera creerse que había buscado ganar dinero con la religión.

El P. Papebroch, que fué antagonista decidido de Mabillon y uno de los que en su origen lo decidió á escribir el famoso libro, tuvo la rara nobleza de escribirle estas palabras: "Mi mayor satisfacción es haberos dado ocasión de escribir una obra tan



completa... Haced público que estoy completamente de acuerdo con vuestra opinión".

El día que murió el gran paleógrafo, el arzobispo de Reims dijo al rey que acababa de fallecer el hombre más sabio y piadoso de Francia. "Ha muerto, entonces, Mabillon", repuso Luis XIV.

Pero, como ocurre en todas las cosas, Mabillon ha tenido sucesores. En 1750 apareció el primer tomo de una obra muy importante de diplomática, en francés, titulada "Nouveau Traité de Diplomatique", por "Dos religiosos benedictinos de la Congregación de San Mauro". Esta obra se completó en seis tomos, cuyo último apareció en 1765. Los autores de este trabajo monumental fueron los benedictinos Tassin y Toustain, amigos fraternos durante cuarenta años. La génesis de la misma fué la circunstancia de que, mientras realizaban en la Abadía de Saint-Ouen, en Rouen, una edición de los trabajos de San Teodoro, que les encargara el Superior de la Orden, se vieron obligados á defender los privilegios del santuario que los hospedaba, contra las pretensiones de la Abadía de San Víctor, en Caux. Con el objeto de establecer reglas sobre la autenticidad de los documentos eclesiásticos, según los siglos á que pertenecieran, se determinaron á escribir un tratado de diplomática en francés, que supliera el uso del de Mabillón para los lectores que no sabían latín. Toustain llegó á dar con el principio que permite descifrar las "notas tironianas", que habían sido intraducibles hasta entonces, pero murió al terminar el tomo segundo. Tassin prosiguió el trabajo, que bien merece el calificativo de "tesoro de erudición" que se le ha dado.

Creo que nada hay mejor que esta obra de los benedictinos en materia diplomática.

Tales son los antecedentes ilustrativos sobre el asunto que me propongo adaptar á nuestro continente, si la iniciativa merece de los estudiosos ibero-americanos el apoyo que ya ha encontrado en el Instituto Histórico de Lima y la Academia Boliviana, de La Paz.

Como el nombre de Escuela de Cartas no resultaría apropiado: primero, porque tampoco lo es en francés y, segundo, porque aquí, en América, no hay propiamente lo que se llama "Cartas" en Europa, desde que la Edad Media, del punto de vista del viejo continente, en materia de escritura, no ha existido en el Nuevo Mundo, he pensado que puede traducirse y adaptarse la idea on el título de *Escuela de Diplomática*.

Bien sé que, estrictamente, la *diplomática* se refiere únicamente á los *diplomas* antiguos; pero, por extensión, así como la *Ecole des Chartes* se ha dedicado á estudiar no solamente las "cartas", sino todo el documento medioeval, así también la *Escuela de Diplomática* puede con esa denominación dedicarse á todo lo que sea estudiar ó preparar los que han de estudiar los documentos escritos y de todo otro carácter referentes á la historia y civilización americanas.

Por otra parte, tenemos el antecedente de España, donde, desde 1856 hasta el 20 de Julio de 1900, funcionó dependiente del Ministerio de Instrucción Pública, y con el título de "Escuela Superior de Diplomática", una verdadera *Ecole des Chartes*. En ella se estudiaba el latín de la Edad Media, los romances, el lemosín, el galileo, paleografía, instituciones medioevales españolas, numismática, arqueología general, epigrafía, historia de las bellas artes, etc. Se daban tres títulos: archivero, arqueólogo y bibliotecario. En virtud de que la Escuela no justificó, como la de París, su derecho á la existencia, fué suprimida en 1900 é incorporada su enseñanza á la Facultad de Filosofía y Letras, con la declaración de que los títulos de licenciados en letras, expedidos por ésta, puedan servir para aspirar á los puestos de archiveros y bibliotecarios, y los de licenciados en historia a los de anticuarios en los museos.

Inmediatamente se nota exceso de pretensión en la escuela española. Este exceso debía de ser, como fué, contraproducente. Por otra parte, los "licenciados" no se resignan al modesto desempeño de acumuladores de material para que otro edifique, y si tienen sobra de conocimientos teóricos, no adquieren, ni antes ni después de haber conseguido el título, la paciente y en cierto modo rutinaria pericia práctica de los que aspiran á ser simplemente archivistas.

El nombre, pues, de *Escuela de Diplomática*, si no es el más apropiado, es el más consagrado y el que mejor traduce lo que puede adaptarse ó aplicarse á nuestras necesidades entre la labor de la famosa *Ecole des Chartes*. Ocurrióme, una vez, que quise cerciorarme si tenía algún fundamento la versión de que las actas del extinguido Cabildo de Buenos Aires se habían publicado en parte con grandes omisiones y deficiencias, debido á que ignoraban paleografía los que intervinieron en sus copias.

No es el caso de ocuparme del resultado que tuvieron investigaciones de este género realizadas por otros, y que dieron por consecuencia una reedición de esos documentos, bajo la com-

ptente dirección del Archivero General de la Nación, don José Juan Biedma.

Pero debo, sí, confesar que me encontré en presencia de actas enteras completa ó casi completamente inteligibles. La escritura empleada por los actuarios en el siglo XVII era, por lo general encadenada, sin solución de continuidad entre las palabras, y tan poco perfiladas las letras que no se distinguen sino después de una larga y penosa práctica.

Es sabido que en ese siglo y en anteriores, se usaron escrituras deformes, que en diplomática se llaman "cortesana" y "procesal", empleadas especialmente en los actos públicos, con el propósito, sin duda, de magnificar el oficio de los actuarios, haciéndolo inaccesible á los profanos, al par que dando margen para aumentar sus honorarios, pues el trabajo se apreciaba "por planas", de acuerdo con las disposiciones arancelarias de la época.

En ningún continente la documentación histórica está más ligada y al mismo tiempo más dispersa que en nuestra América. He encontrado recientemente en Bolivia y en el Perú, verdaderos archivos inéditos, de capital interés para nuestra historia. En el Perú estiman mis amigos del Instituto Histórico que preside el ilustre general Eléspuru, que existen más de un millón de documentos manuscritos interesantes, de la historia del descubrimiento, conquista, colonización é independencia americana. En La Paz he visto cartas inéditas del doctor Mariano Moreno, de mucho interés para nuestra historia. En Lima existe el Archivo, casi íntegro de una gran parte de nuestra historia colonial anterior á la creación del Virreynato. Por encargo de mi ex-alumno y amigo, doctor Ernesto Spurrouille, he dejado iniciada una investigación en los archivos peruanos, para averiguar la fecha exacta y demás circunstancias de las fundaciones, anteriores á la actual Jujuy, de las ciudades de Nieva y San Francisco, por no encontrarse los antecedentes en nuestro país.

La vida colonial, no obstante las dificultades de las comunicaciones, que son todavía enormes en los trayectos, como en el viaje de Buenos Aires á Lima, por Bolivia, donde aún no hay vía férrea, era de relaciones personales mucho más frecuentes que en la actualidad, después de casi un siglo y cuarto de vida independiente. Entonces los habitantes de América, como vivían poco menos que incomunicados con Europa, se comunicaban mucho más que ahora á través del Continente. Ir á estudiar á Charcas no era un viaje extraordinario, y, sin embargo, hoy causa

asombro que pudiera ser frecuente esa peregrinación estudiantil de los hijos de Buenos Aires. Las familias peruanas estaban estrechamente vinculadas con las del Virreynato de Buenos Aires, de Córdoba hacia el Norte. En Bolivia, actualmente, no hay casi familia antigua que no tenga algunas vinculaciones de parentesco, más ó menos remoto, con familias argentinas arribeñas.

Durante la época de la independencia, los hijos de las diversas colonias de España se consideraban compatriotas; era entonces una realidad el ideal americano, y los emigrados de un país á otro llegaban á desempeñar funciones públicas que hoy se considerarían absolutamente incompatibles con la idea que existe de la soberanía de las repúblicas americanas entre sí. El general Blanco Encalada, argentino, representó como ministro plenipotenciario al Perú en Buenos Aires, y fué almirante y luego presidente de la República de Chile. El Deán Funes fué plenipotenciario de Colombia y de Bolivia ante su propio país nativo, y desempeñó, en ciertos momentos, instrucciones políticas de Bolívar, que estaban muy lejos de conciliarse con los intereses é ideas argentinas. Alvarez Thomas fué nuestro Director Supremo, siendo peruano, y luego nuestro plenipotenciario ante el Perú; y Martínez de Rosas, argentino, desempeñó un papel prominente en Chile; y como éstos podrían mencionarse centenares de casos.

Vino después la era de las tiranías (que aún no ha terminado en las repúblicas americanas) y especialmente la larga dictadura de Juan Manuel de Rosas.

A consecuencia de las persecuciones políticas, las familias americanas se dispersaron por todo el continente. Bastará recordar, entre las argentinas, las de Tezanos Pinto, de la Barra, Lavalle, Saavedra, Sarratea, Paz, Sánchez de Bustamante, Ugarteche, Ocampo, Frías, Martínez, etc., para comprender por qué gran parte de los documentos que interesan á un país se encuentran en otros de nuestro continente.

Para satisfacer esta sentida necesidad de obtener informaciones históricas de los países americanos, presenté, en nombre del Círculo de Estudios Diplomáticos y Consulares, al Congreso Americano de Ciencias Sociales, de Tucumán, en 1916, un proyecto tendiente á la publicación de los archivos diplomáticos de estos países.

Hacía notar que esta medida pondría de relieve la buena armonía que ha existido entre los gobiernos ó la sin razón de

las desconfianzas y rivalidades que en alguna época han abrigado los gobiernos limítrofes, á la vez que la solidaridad de intereses, desde los primeros años de la independencia entre los países de América.

He aquí la conclusión, votada por la Sección Política Internacional, que me cupo el honor de presidir y que luego aprobó el Congreso:

"Como un medio destinado á facilitar el estudio de la política seguida por los países americanos y como una demostración de la armonía que ha inspirado ó que actualmente inspira las relaciones internacionales de esos gobiernos, el Congreso Americano de Ciencias Sociales resuelve: recomendar á todos los gobiernos americanos la conveniencia de publicar sus archivos diplomáticos en la forma y hasta la fecha que cada uno lo considere conveniente".

Hoy es mucho más fácil consultar ú obtener copias de documentos de Simancas, Sevilla ó el Museo Británico, que de cualquier país americano. Por eso fundar una institución central con ramificaciones en los demás países, sería darle unidad á la documentación, uniformidad á las investigaciones y un enorme impulso á los estudios históricos, con carácter científico y no cronológico y fragmentario como hasta ahora revisten, salvo excepciones, que, aunque honrosas, son poco numerosas. Pero, no solamente la institución tendría por objeto poner al alcance del investigador documentos manuscritos, sino los de otro orden, representativos de las civilizaciones preincásicas, cuyo origen y verdadero valor se mantiene todavía en el misterio ó empieza ahora á revelarse.

Visitando en Lima el rico y variado Museo del malogrado doctor Javier Prado y Ugarteche, verdadera gloria intelectual del Perú y de la América Española, y la extraordinaria colección incásica reunida por el esfuerzo patriótico de don Víctor Larco Herrera y clasificada por el eminente americanista don Julio Tello, me he dado cabal cuenta que apenas hemos comenzado á comprender lo que han sido las civilizaciones antiguas en la América del Sud, y de que, solamente por un error corriente y hoy consciente, puede hablarse de "civilización incásica", desde que está probado que los Incas constituyeron una "dominación" sobre civilizaciones avanzadísimas, sin llegar á constituir una propia ni á imponer otro atributo original como no fuera el idioma. No tuvieron tiempo de cimentar sobre las antiguas una nueva civilización que hubiera alcanzado tal vez modalidades y

proporciones sorprendentes, porque, á diferencia de los latinos cuando emprendieron la conquista de civilizaciones superiores en Italia y en Grecia, fueron interrumpidos inoportunamente por los europeos. Las civilizacioes originales, y hoy perfectamente caracterizadas, del Chimú, Pachacamac y, sobre todo, la de Nazca, que en ciertos aspectos se aproxima á la egipcia y á la etrusca, abren un inmenso horizonte á la curiosidad y á la investigación científicas y los problemas que plantean tienen que ser resueltos con el aporte de los estudiosos de otros países, fuera del Perú.

En las proximidades del famoso lago Titicaca, cerca de Huaquí, se encuentran las renombradas ruinas de Tiahuanaco y el célebre pórtico cuya vista produce, en verdad, al aficionado, un poco de decepción; tan cierto es, que en realidad rebaja, por lo general, las ilusiones que se ha forjado la imaginación.

Pues bien, se discute todavía el origen de esa colosal muestra de una civilización superior; y si Tiahuanaco fué un puerto de un lago semejante al Titicaca, que desapareció hace tiempo, ó si fué simplemente un templo y cementerio de uno ó de varios pueblos, cuyos rastros históricos, si no se han perdido irremediablemente, es muy difícil ponerlos de relieve.

El ingniero Arturo Poznansky, autoridad indiscutida en materia americana y especialmente en civilización "tiahuanaco", ha calculado, fundado en las nociones gráficas de astronomía que perpetúan las ruinas, que éstas datan de unos 12.600 años atrás. En el edificio, originalísimo, que está terminando de construir en La Paz y que es ya un interesante museo, con el nombre de "Palacio Tiahuanaco", el señor Poznansky procura reproducir todos los caracteres y reunir todos los objetos de esa civilización desaparecida. Hablando con él sobre estas cuestiones, y especialmente sobre la antigüedad del hombre de América, así como del valor de las teorías de Ameghino sobre la existencia del hombre terciario, comprobada, según él y sus discípulos, en nuestro territorio, manifestóme que no creía en esa comprobación, por diversos motivos que no es del caso enumerar. Como le observara que últimamente se había encontrado en terreno chapadmalense un documento que nos parecía á todos la prueba de las pruebas, refiriéndome al fémur de toxodonte atravesado por una flecha de piedra que se descubrió hace poco; mantuvo sus opiniones pesimistas; me llevó á un lugar de uno de los salones y me mostró dos esqueletos de cabeza de tozodonte, encontrados por él en las excavaciones de Tiahuanaco, agregándome que, no

pudiendo ni pensarse que Tiahuanaco fuera el terciario, la prueba que se invoca estaba muy lejos de ser decisiva. Pero, replicándole que pudiera explicarse el hecho por una dislocación de las capas terrestres, de manera que objetos del terciario aparecieran en el cuaternario, me opuso á su vez un nuevo argumento que no pude contestar: me mostró un "huaco" recogido en las mencionadas ruinas, con una cabeza de toxodonte pintada y perfectamente caracterizada. . . Nuestra conversación con el señor Poznansky recayó sobre la necesidad de comunicarnos con más asiduidad y método los descubrimientos y las ideas entre los estudiosos americanos y especialmente de los países vecinos. Estuvo muy de acuerdo con mi idea de la fundación de la Escuela de Diplomática que, por medio de instituciones idénticas ó similares, como la Academia Boliviana de la Historia, podría establecer un contacto íntimo entre el pesanmiento ibero-americano.

Por todas estas consideraciones y otras que expuse verbalmente, por falta absoluta de tiempo de concretarlas por escrito, apremiado como estaba en La Paz por diversas actuaciones, presenté el siguiente proyecto, que pasó á estudio de la Comisión respectiva de la Academia Boliviana de la Historia, después de haber merecido la aprobación en general de la ilustrada Asamblea:

"Siendo necesario estimular la producción histórica americana, facilitando la rebusca de material documentario auténtico y clasificado; siendo igualmente necesario combatir las publicaciones tendenciosas y falsas que sobre la historia americana y sus hombres se efectúan en diversos países de este Continente y del de Europa, y considerando que la ciudad de Lima, por su situación geográfica y su papel en la historia colonial americana, está en mejores condiciones que otras capitales para ser la sede de un instituto central de estudios y de clasificación de documentos históricos,

Se resuelve:

Artículo 1º — Créase, con asiento en la ciudad de Lima, una Escuela de Diplomática, con los propósitos generales siguientes:

a). — Investigaciones bibliográficas tendientes á exhumar textos inéditos, agotados ó restaurar los adulterados;

b). — Clasificación de documentos históricos;

c). — Traducción á la escritura y ortografía modernas, de textos antiguos;

d). — Estudio y clasificación de los idiomas y documentos indígenas, especialmente los precolombianos, comprendiendo su arte, costumbres y demás muestras de civilización;

e). — Estudio de los actos y documentos, etc., de la época de la conquista y dominación ibérica;

f). — Clasificación de documentos auténticos de la época de la revolución y de la independencia americana y descalificación de aquellas publicaciones que se comprueban truncas, alteradas ó apócrifas;

g). — Preparación de archivistas, paleógrafos y bibliotecarios.

Art. 2. — En cada una de las Repúblicas Americanas se establecerá, por lo menos, una institución histórica que, en correspondencia con la Escuela de Diplomática, se ocupará de los asuntos enumerados en el artículo anterior, en lo que al país respectivo se refiere.

Art. 3º — La Academia de Historia de Bolivia se dirigirá al Instituto Histórico de Lima y á todas las Asociaciones semejantes de los países americanos, solicitando su apoyo para llevar á cabo el presente proyecto".

Antes de terminar, deseo dejar constancia que han intentado establecer la enseñanza de la diplomática en nuestro país, el señor Ricardo Rojas, actual Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, que propuso la iniciación de esos estudios en la Universidad de La Plata, y el doctor Ponciano Vivanco, que presentó un proyecto de "Escuela de Bibliotecarios y Archivistas", en la sesión del 28 de Setiembre de 1908, de la Cámara de Diputados. Ignoro si existen otras iniciativas en el mismo sentido, las que, aunque limitadas á enseñanza en nuestro país, concurren parcialmente á la finalidad de mi proyecto. El señor Rojas, en la introducción á su obra "Archivo Capitular de Jujuy" (1913), hace un elogio de la utilidad y del objeto de los estudios de diplomática; y el doctor Vivanco, en el citado proyecto, (que era demasiado, para empezar, pues establecía cuatro años de estudios y exigía latín, alemán, lenguas americanas, derecho político, administrativo é internacional y otras materias más, dependiendo, sin embargo, la Escuela, del Consejo Nacional de Educación), enunció algunas ideas fundamentales sobre la necesidad de estos estudios. "El historiador, entre nosotros, dijo, tiene que ser á la vez archivista, bibliotecario y escritor, esfuerzo que en otras partes está repartido de acuerdo con la índole propio de esas tareas é investigaciones". Llegó á decir que, con

excepción de algunos escritos de Groussac, "no ha aparecido en el país ni un solo trabajo irreprochable ante las exigencias de los actuales métodos de historia"; que nuestros archivos eran "meros depósitos de papeles, como las bibliotecas públicas eran meros depósitos de libros" y que era necesario "sacar á la historia nacional de su período de crónica en que se encuentra todavía". (1).

José León SUÁREZ.

(De la "Revista Argentina de Derecho Internacional" — Año II. — No. 2).

---

(1). — El 2 de Mayo de 1922 el Consejo de la Facultad de Filosofía y Letras, de Buenos Aires, proyectó una "Escuela de Archiveros y Bibliotecarios". Esta creación fué sancionada por el Consejo Superior de la Universidad el 5 de Junio.

Guillermo Valencia en la Universidad de Lima

El 22 de mayo último, la Facultad de Filosofía y Letras, en sesión solemne, confirió al potea colombiano Guillermo Valencia el grado de doctor "honoris causa". Después de las hermosas palabras de bienvenida que pronunciaron el Rector de la Universidad, Dr. Villarán y el Decano de la Facultad, Dr. Luis Miró Quesada, hablaron el Dr. Gálvez, á nombre de los profesores y el Sr. Ureta del Solar, á nombre de los alumnos. Nos es grato publicar el discurso de nuestro compañero de redacción Dr. Gálvez, y el que pronunció el poeta Valencia para agradecer el homenaje que con tanta justicia le ha rendido nuestro más alto instituto educativo.

DISCURSO DE JOSE GALVEZ, CATEDRATICO DE LITERATURA AMERICANA

Señor Rector,
Señor Decano,
Gran poeta,
Señoras y señores:

En estos mismos claustros, en mis tiempos de estudiante, leímos cierta vez, en voz alta, con José Lora y Lora, el niño poeta prematuramente ido, el poema "Los camellos" de Guillermo Valencia. En el recogimiento de la mañana triste, las estrofas del nuevo poeta resonaron como una clarinada. A poco, atraídos por el fervor lírico de nuestras declamaciones, llegaron otros estudiantes, y el comentario encendido de entusiasmos se alzó como un coro clásico. ¿Quién iba á decirme

entonces que cuando fuese hombre maduro, tocaríame, en esta misma casa, y á nombre de la Facultad de Filosofía y Letras, hacer el elogio de aquel mismo Valencia, uno de los poetas favoritos de mi mocedad? Yo quiero ver, — ¡oh, gran poeta!—, un símbolo fecundo en esta sencilla remembranza. En aquélla mañana de un turbio invierno limeño, por leer aquellos versos, descuidamos tal vez alguna abstrusa lección de filosofía, pero seguramente incorporamos á nuestra circulación espiritual una clara linfa de arte.

Han pasado los años. El gran poeta hace un alto en nuestro hogar y la Facultad de Letras, consciente de su misión, le llama á su recinto para que en ella resuene la música de la poesía, no ya en los corredores estudiantiles, como en mis días escolares, sino en la sala doctoral y solemne, donde impondrá la gracia suave de su desinteresado magisterio.

Pasaron felizmente los tiempos en los que se creía al poeta y al artista seres extraños, ausentes de la realidad, útiles apenas para el regalado holgorio de señores cómodamente instalados en la vida ó para alentar los sueños de niñas románticas. Nadie se atrevería hoy, sin grave daño para su propia reputación, á negar que el arte es la suprema actividad del espíritu; que las filosofías pasan, que la ciencia supone siempre la contradicción futura; y que el arte es lo único eterno, y por lo único tal vez por lo que perduran las ciencias y las filosofías. No en vano dijo Uhland: "la poesía es creación y la filosofía sólo conocimiento"; y no en vano gritó su credo el gran Hebbel: "El arte es la filosofía realizada".

Dejad á otros hacer las leyes de un pueblo, que yo haré sus canciones, afirma un viejísimo anhelo de inmortalidad. Todo puede pasar, todo puede modificarse, pero lo que permanece intacto, inconmovible, es lo que brota de un corazón capaz de sentir en un instante una sola palpitación universal. Cuando los pueblos crecen, cuando las razas maduran, surgen los grandes adivinadores, los únicos que crean, los que cantan. Cantar dijo Navarro Ledesma, trabajo es, y á veces más grande y más rudo que el acopiar granos o simientes.

La fiesta intelectual de hoy, gracias á vos, gran poeta, tiene, pues, un significado de altísima cultura, que ensancha los marcos habituales de los moldes académicos, en la intensidad vital que envuelve la salutación á un poeta, hijo de país hermano y hermano nuestro él mismo, en la indestructible comunidad de la raza y de los recuerdos heróicos.

Y ahora, señores, permitidme que os invite á hacer un recorrido sobre la obra poética de Valencia, figura epónima en la literatura americana. Conoce el guía lo inseguro de sus medios expresivos, pero le alientan sus entusiasmos, iguales á los de su dinámico ayer, la benévola comprensión del público y la seguridad de que el gran poeta pondrá en los leves rasgos de mi cuadro, con su verbo elocuente y el brillo de sus poemas, el color y la vida que falte en mis palabras.

Valencia, como es sabido, nació en Popayán, ciudad en la que reside enamorado del encanto evocativo en que ella duerme, arrullada por los rumores suaves que vienen del ayer. Centro de gran cultura y de organismos directivos en los días coloniales, dominando una inmensa región de territorio, sede, por lo tanto, de familias poderosas, civilizada desde muy antiguo, aunque inmovilizada hoy como tantas ciudades americanas, en las que impera un ritmo lento, Popayán parece haber sido en Colombia un vivero de grandes hombres. Allí nacieron y de allí partieron, "de su amado mundo geórgico", — la frase es de Valencia, — los Mosqueras, Torres, Caldas, Obando, Arboleda, Albán, hombres de letras y de armas, conductores de multitudes y pacientes artífices. Allí nació el bardo, en la ciudad señorial y castiza, que ya en 1658, segregada del virreynato del Perú, tenía escudo de armas y el título de "muy noble y muy leal'.' ciudad asiento de gobernadores ilustres, y en la que un hidalgo antepasado de Valencia obtuvo especial privilegio del rey para acuñar moneda, dato interesante, que podría en revelaciones sutiles decirnos el por qué del brillo metálico y fulgente, cual de medallones aureos, de las estrofas del poeta.

Críticos notables como Sanin Cano y de la Vega se han referido, cada cual desde sus puntos de vista, á la influencia del ambiente en la formación poética de Valencia, que en su ciudad nativa bebió seguramente su amor al pasado y el orgulloso credo que señorea en aquellos versos:

¡Prefiramos caer bajo el garrote á mancillar los ínclitos aceros!

Pero en Valencia debió influir no sólo la ciudad arcaica, donde, como preciadísima reliquia, se guarda la llave de oro que ofrendó el Perú al Libertador Bolívar, sino que sobre la insaciable curiosidad del poeea, incidió, de seguro, el rico ambiente intelectual colombiano. Desde la conquista hay en Colombia hervor de ideas, entre el chocar de aceros. El legendario don Gonzalo Jiménez de Quesada, aquel que según

nuestro Chocano persignó los abismos con la cruz de su espada, fué de los conquistadores que supieron poner un compás de silenciosa elaboración artística sobre la tremenda sinfonía de sus hechos de armas. Así también lo fué el gran don Juan de Castellanos.

La tierra donde florecieron Cuervo, los Caro, Arboleda, Gutiérrez González, Madiedo, .Pombo, .Ortiz, .Núñez, Tamayo, Caicedo, Narvaez, Peña, Mejía Fallón, Marroquín, tiene una tradición de espiritualidad, de poesía, que seguramente gravitó en Valencia. Educado en el Seminario de la Diócesis de su ciudad natal fué muy pronto un seguro traficador de las claras sendas, por desgracia hoy tan olvidadas, de los estudios clásicos. Tal vez por eso, Valencia hizo su sinfónico Canto á Popayán, dentro de la solemne majestad de los exámetros latinos. La base de su formación tiene, pues, un arraigo serio y hondo de cultura verdadera. Cuando Valencia surge en el medio literario de su patria, es ya un humanista. Asombraba, dicen sus críticos, por su inmenso saber. Y este dato concreto va á explicarnos algunas aparentes paradojas que hay en la obra poética de Valencia.

Cuando comenzó á publicar sus versos, apuntaba en América una gran inquietud literaria. Gutiérrez Nájera y Casal, habían sido los precursores. Silva, en Colombia, imponía su pontificado genial y con él alboreaba una nueva manera de la poesía. Rubén Darío se erigía en sacerdote máximo de la secta naciente. El desleído romanticismo de los abuelos se multiplicaba en frondas pampanosas, entre las que raramente asomaban jugosos racimos. Comenzaba á jugarse con la palabra modernismo, que no explicará nunca bastante bien la agitación y la curiosidad de aquellos días admirables. El decadentismo, derivado del simbolismo y cuyos elementos esenciales eran el uso de la alegoría y la reforma métrica y prosódica, tenía en Verlaine, el lírico multiforme, porque también fué parnasiano en algunas de sus composiciones, en Stephane George, en Husysmans, en Wilde, sus más extraordinarios tipos representativos.

El parnasianismo, iniciado en "La Revista Fantástica" y coreado en los salones de los marqueses de Ricord en París, como una reacción contra los lloriqueos románticos, tuvo en el versátil Méndez, en Dierx, en Leconte de L'isle, en Heredia, á quien Valencia llamó alguna vez: "el todo ojos", los más ca-

lificados representantes de su lema de impasibilidad y de su soberbio rechazo á todo humano sollozo.

Con estos elementos, amaneció el modernismo en América, participando, casi simultáneamente del parnasiano afán de perfección, del simbolismo, de las sugerencias del decadentismo, todo fundido en un gran anhelo de renovación y de pureza artísticas. Tal era el momento nebuloso, — aún Darío no tenía tras de sí sino un coro de iniciados mal comprendidos, — en el que apareció Valencia, deslumbrando ante todo por la forma que sabe dar á su emoción poética. Cuando aún imperaban los moldes usados y los adjetivos servían. más que de valores expresivos, de apuntalamientos rítmicos de los versos. Valencia, que, sin duda, profesa, como Flaubert, el criterio de que en arte no deben haber sinónimos, para que toda creación tenga sus matizaciones genuinas, sorprende, repito, por su manera de decir. El modernismo lo recibe en palmas, como á un maestro. Tenía apenas veinte años.

Pero no es el modernismo de Valencia, un modernismo delicuescente y vago, de aquellos que, confundiendo forma y fondo, todo lo cifran en la sugestión vacía de las palabras; el modernismo de Valencia es tan complejo, tan vario, tan rico, que habría que estudiar en él, una gran diversidad de elementos. Decadente en "Leyendo á Silva", simbólico en "Los Camellos", parnasiano en "El Triunfo de Nerón", revolucionario en "Anarkos"; en él caben todas las modalidades, aunque predominando el parnasianismo.

Tal en las apreciaciones que podré llamar formales. Pero hay mucho más en un poeta como Valencia, cuya gran cultura é intensa cerebración, le llevan á las alturas ideológicas y á las posiciones espirituales de la interrogación ante los grandes problemas. En él han observado casi todos los que le han estudiado, una conjunción de su fé católica con el paganismo. Hay mucho de verdad en la observación. Valencia ostenta un neo-helenismo, entendido á la manera de Goethe, en el culto por las formas espléndidas. Y de este contraste del sentido helénico con el sentimiento cristiano, surge un matiz definitivo en él como en ningún otro tal vez, que ha llevado á Sanin Cano á calificarlo como un poeta Alejandrino.

Sabemos que Grecia abrió á las manifestaciones del pensamiento todas las direcciones; pero que fué el Oriente el creador de sistemas eficaces de moral y el que introdujo las grandes agitaciones religiosas. Alejandría supo hermanar las

especulaciones místicas con los gérmenes de la filosofía griega. En este sentido es evidente que hay un alejandrismo que tiene consonancia perfecta con la actitud dubitativa con que los artistas modernos vacilan bajo las influencias contradictorias de varias formas de cultura. No debemos olvidar que en aquel complejo período alejandrino alienta el sentido fusionador de la civilización occidental, que con el cristianismo acabó de juntar en maravillosa síntesis, las aspiraciones que amanecieron en Oriente, con las lucubraciones de los pensadores griegos. Plotino, que es el tipo más alto de los filósofos alejandrinos, se acerca en la posición mental á Platón y en la tendencia moral al quietismo contemplativo de los pueblos orientales.

Como un reposo después de la inquietud, provocada por el discurrir entre sistemas contrarios, como medio de ganar virtualidades receptivas para las más sutiles emociones y pujanzas expresivas para revelarlas en sus más tenues medias tintas, por sugerencias é insinuaciones de maravillas verbales, no sólo dentro de lo castizo, sino inyectando nueva sangre, cabe señalar, idudablemente, el alejandrismo de la poesía de Valencia.

Carácter esencial en este poeta es su cultura. Hay instantes en que nos parece un cerebral exclusivo. Domina á su musa. Jamás se deja arrebatar por ella. Su vocación por saber, parece serle congénita, atávica quizás. Goethe en sus conversaciones con Eckerman le decía que ya no podía admitirse el imperio del subjetivismo al extremo de suponer que el mundo comienza en cada cual, como si de nada sirviera el acervo formidable de las civilizaciones y Hebbel, refiriéndose á las frases del gran hombre de Weimar, dice que todo poeta está obligado á estudiar sin descanso, puesto que en su obra de arte, debe dar una impresión del universo. Todos cuantos dejaron huellas al escribir, fueron profundamente cultos en su hora. Hay que buscar para hallar. Hay que saber para adivinar. En este concepto Valencia puede reposar tranquilamente. Es lo que en lenguaje castizo se llama un poeta sabio.

Este aspecto interesantísimo de la cultura de Valencia me lleva á tratar, aunque sea ligeramente, una curiosa paradoja del poeta. Es un cristiano, y, sin embargo, á cada paso se advierte en él la influencia de Nietzche, el gran fustigador del cristianismo. En Valencia el amor á lo pagano y su admirable manera de sentirlo, le han llevado irresistiblemente hacia Nietzche; pero

su yo recóndito se ha adherido sentimentalmente á la figura del Cristo.

Esta adhesión le conduce á sentir el cristianismo como elemento poético, también. Pocas fuentes hay con más inmensa poesía que el cristianismo, apesar de la atrevida contradicción de Taine. Viva corriente de subjetivismo entró al mundo con el ideal cristiano. El paganismo vió la forma, esencialmente; el ideal cristiano descendió hasta el fondo del espíritu. En la composición "San Antonio y el Centauro", que por momentos parece una alegoría de los estados de alma del propio poeta, Valencia marca la oposición en este verso en que San Antonio hace hablar al éter azulado de Judea:

"Como puede ser libre, fácil, sensual la vida"

Y en este otro, en el que dice que las mujeres del Cristo:

"Hallaron lo que Grecia no supo hallar: el alma!"

La tendencia cristiana de la poesía de Valencia vive en el fondo, como sobre lecho seguro, por el que discurre la luminosa corriente del paganismo. Este fondo cristiano, haciéndole olvidar al Superhombre, le dicta "Anarkos", que es uno de sus más recios y vibrantes poemas. El aristócrata señor que no mancillaría sus aceros por combatir con gentes de trahilla, siente en su corazón cristiano repercutir el avance de los desheredados y por ellos se rebela, protesta y clama, y cuando parece que va á sumarse á los que traen la tempestad de la dinamita, piensa en los valores morales, en el credo del amor, en la posibilidad de que la humanidad sea más buena, porque el hombre:

"En nidos de dolor será serpiente; en nidos de piedad será paloma".

La posición filosófico-social de su poesía, es netamente cristiana, á lo León XIII, que en su encíclica "Rerum—novarum" dijo que "la tranquilidad y la paz han de buscarse principalmente en una abundante efusión de caridad"; lo que sintetiza Valencia al pintar al Pontífice, pronunciando *esta sola palabra: ¡Jesucristo!*

Pagano y cristiano á la vez, poeta de parnasiana forma en lo que es un maestro, para quien la palabra indócil no tiene rebeldías ni asperezas; poeta de vasta cultura, revelada en su obra magnífica de traductor, Valencia aportó á la literatura americana un sentido nuevo de elegancia, de probidad artística, de belleza espiritual; porque además de gran poeta es gran se- ɔn de los que sabe que, como dijo Cervantes, "letras sin virtud son perlas en el muladar".

Ha sido uno de los máximos poetas del modernismo y, sin embargo, ya es un clásico. Por eso perdura. En el afán de las renovaciones modernistas, entre cuya nebulosa supo lucir con propia refulgencia, el gran poeta logró tomar lo que tenía de sustancial y de consonante con su propia alma y con su propio saber. Dejó pasar las engañosas sombras, en que cayeron otros, fundiéndose con ellas y desapareciendo en el vacío. Aportó á la forma de la poesía valores de sonoridad y de color, se dió la mano con Rubén en muchos aspectos reformadores de la anquilosada y asmática métrica castellana y en este sentido tiene, como el mago nicaragüense, derecho á ser considerado, también, como un emancipador. Por eso es uno de los maestros cantores de América. Como á tal le recibieron los que anunciaron la nueva palabra. Así le admiramos los que asistimos á la granazón de los nuevos frutos, mientras caían las hojas secas de los que pretendían en vano medrar á la sombra de los gloriosos abuelos románticos.

Así se le saluda hoy en América á este gran poeta y gran orador, á quien, no obstante de ser tipo de selección, siguen las multitudes entusiasmadas, como si las rindiese, ajenas á todo interés, la augusta majestad de la belleza y del arte, que purifica y ennoblece y eleva cuanto se acrca á ella.

He dicho.

DISCURSO DE GUILLERMO VALENCIA

Señor rector y claustro de la Universidad:

Señoras, señores:

Al romper esta oración, me solicita simultáneamente un doble sentimiento: el de la sorpresa que inhibe y el de la gratitud que embarga. Me era dable prever que á este sitio augusto pudiera acercarme yo algún día para oír á la Elocuencia y beber en fuentes vivas las doctrinas humanas; pero jamás llegué á soñarme recibiendo aquí mismo, graciosamente, la más alta investidura que pueda conferir una institución gloriosísima, por ministerio de propia autoridad, indiscutida y subyugadora.

Intento vanamente un esfuerzo de contracción interior para relacionar mi inanidad con la grandeza de esta Casa, cuyo nombre tiene virtud bastante para ennoblecer á quien lo pronuncie solamente. La Universidad Mayor de San Marcos en esta Ciudad de los Reyes, el primero y más levantado fanal que en la América hispánica fué encendido por bríos de un insigne Caballero Andante del Espíritu, Fray Tomás de San Martín (sugestiva homonimia), costituyó sin duda en nuestro continente un inmenso foco latino, que alimentó el vasto grupo de futuras nacionalidades y las preparó con su docta disciplina para la hazaña ventura de emancipación y autonomía.

Guatemala, Caracas, Quito, Chuquisaca, Córdoba, reclaman para sus históricos centros universitarios el blasonado abolengo de esta solariega del saber; y quienes hablen de patria en América, tienen de fuerza que inclinarse ante la eminencia de precursores que explicaron en este Convictorio ó salieron de él á propagar la buena nueva: Rodríguez de Mendoza, Baquíjano y Carrillo, Hipólito Unánue, Morales Suárez, Fray Melchor de Talamánquez, Juan Egaña, Miralla, y como cifra y

remate el grande Olmedo, se abrevaron todos en estos diáfanos raudales. Y es en nombre de más de tres siglos y medio de luz siempre creciente y no superado prestigio, de gloria no eclipsada, antes bien realzada hoy por la prestancia del clarísimo varón que la rige y de sus insignes profesores, honor de esta patria y prez de América, como se me confiere á mí por la Facultad de Filosofía, Historia y Letras de esta Universidad Mayor de San Marcos, el doctorado *honoris causa*.

Mas no! Si por un punto pude asilar la idea de que este galardón premiaba propios aunque exiguos merecimientos, recobro la serenidad refiriendo simbólicamente el homenaje á mi amada Colombia, á los insignes maestros de su juventud, á ésta que tanto vale y constituye el más fundado orgullo de mi país, á Sanín Cano, en fin, mi maestro dilecto, á quien debí la iniciación, la dirección, el más cálido estímulo para la conquista de las letras, y en cuyo nombre y en su honor recibo y agradezco el premio con que hoy se me enaltece. Y si es verdad que he cultivado estas disciplinas desde mi ya apartada niñez, con ardor que no mengua y pasión sin alivio, jamás logré adelantarme á los primeros, ni puse nombre á nuevas regiones; de forma que este lauro viene á premiar tal vez la perseverancia de quien creyó siempre en la eficacia del espíritu, combatió á la zaga opacamente y representa, ahora, en este circunscripto albergue de la grandeza inenarrable, donde cada lienzo de muro y cada objeto están cargados de sentido por acumulación centenaria, al soldado desconocido que hizo parte de la vasta acción que luchó por el magno ideal, y ante quien la fortuna, con los atavíos de la Gloria, se detiene un instante para ceñirle en el fresco gajo de las consagraciones, y á velarle la imprecisión de sus méritos propios, con la encendida púrpura de los heroísmos ajenos, con los atributos destinados á perpetuar la grandeza de quienes, en su divina y apasionada violencia, arrebataron la Victoria.

Hoy, al mirar tan lejos de mí aquella fiebre enloquecedora de Belleza, en contraste, no por lo íntimo menos real, con la muda, glacial serenidad de las agrias alturas, casi, casi me siento arrastrado á darle, aplicándomelas, alcance de irrevocable pasado, á las palabras del antiguo: *Ille ego qui quondam;* yo, aquel mismo que en días ya remotos.... Estáis galardonando, pues, á un extinto soldado de la Belleza.

Con la gallardía que cumple á esta ciudad de los Caballeros, hebéis escogido entre los mejores, á los heraldos de vuestra gentileza. El Subdecano de la Facultad de Letras, doctor Miró Quesada, á cuyo solo nombre se agolpa á la mente el de un patricio, sacra encina trasplantada aquí de nuestro medio geórgico, para glorificar dos patrias, y á quien rodean en apretada almáciga varones que marchan á vanguardia en todas las lides de la inteligencia, cuyo genuino representativo ha labrado en mí con sus palabras el más propicio surco para la gratitud y el estímulo. José Gálvez, el poeta justamente admirado y amado, en esta urbe de grandes bardos, en la propia patria del máximo laureado, cuya grave corona ostenta en cada una de sus hojas afiladas, el nombre de una nación latina; ha dado hoy preciosa muestra de su talento polimorfo y de su facultad creadora, suscitando delante de vosotros mi personalidad con apariencias tan reales, que os llevarían tal vez á tomarla como verdadera á no inferir que es solamente la fascinante proyección de un corazón bueno y de una inteligencia poderosa. Este admirable señor del estilo, para quien no hay secretos en el reino de la palabra, ha hecho con mis versos lo que un hábil tallador de gemas con las de escaso mérito: lapidarias de modo que la elección y disposición de las facetas seduzca y complique á la luz en el artificio de subir el color y revelar la figura entera; que sólo así habéis podido ver mis humildes filones trocados por la magia de este buril lapidario, en un cintillo esplendoroso, digno de cercar la opulencia de la propia Palas Atenea. Y el señor Ureta del Solar trae el férvido mensaje de la juventud universitaria, abre en sus cláusulas perspectivas de una vasta fecundidad y nos deja escuchar por su voz inspirada el *hervir vividor* de los que labran la patria estátua del mañana. Al inclinarme, conmovido, ante el ático heraldo, rindo en él pleitesía á la inteligencia y saber de la selecta cohorte que honra á América en este Claustro y que entre el árdua fatiga de pensar, prepara para el Perú un porvenir de gloria. Ya que, como asentó alguien, "una existencia hermosa es solamente un anhelo de juventud realizado en la edad madura". Que siembren en la alegría y cosechen en paz para la patria.

Ahora me he explicado por qué sea este el asilo del Gay Saber, ya que vosotros, más afortunados que los Griegos, que sólo recibían inspiración del brevísimo grupo de sus Musas, inaccesibles casi por la aspereza del monte en que habitaban, las

encontrais á cada paso en vuestro camino cotidiano, en florescencia vívida, inspirandóos con su belleza proverbial, deleitándoos con su gracia — que es materia impregnada de alma — y estimulándoos á conquistar la gloria, único trofeo digno de tan excelsas conductoras.

Pero no es esto todo. Es preciso ligar este homenaje á más alta finalidad, engradecerlo retrayéndolo á la pequeñez del agraciado, para referirlo á más vasto propósito: la vinculación irrestricta en el generoso campo de las ideas, de dos naciones hermanas que deben marchar juntas. En ambas dejó un día la Madre Patria aquel castizo sello racial que persiste á través de todas las adversidades; aquel cultivo diligente de la lengua materna; aquel modo caballeresco que se rinde al sacrificio sin esfuerzo y en mira de un excelso propósito; aquel orgullo ancestral que sólo persigue la gloria como premio de la fatiga. ¿No será dable que estos dos grupos de latinismo auténtico se entiendan noblemente para un mejor futuro, ya que su buena fortuna les colocó tan cerca y en tan propicia condición para ligarse y ayudarse?

Este mensaje que hoy llevo, lo es de afecto puro y muy ajeno á todo cálculo. En la República de las Letras sólo se vive del espíritu; corrientes invisibles, hertzianas ondas del alma que no han menester de hilos conductores, llevan las ideas seguramente á los cerebros ávidos que la esperan y recogen en el marconismo espiritual.

A veces, cuando el diplomático llega, el campo está invadido por anterior y silencioso intercambio de las inteligencias; sin que sea por eso extraño ver, como en la Corte del Emperador Carlos V, que el propio artista que lo inmortalizó con su pincel en la mañana, diserta gravemente, como Legado de su Patria, horas más tarde, sobre muy árduos asuntos de Estado, e el salón reesrvado á los embajadores. Ministros de esta clase pregonan hoy vuestra gloria desde la Metrópoli por excelencia del Orbe latino hasta las ciudades modestas de las más apartadas Repúblicas del Continente, y cuyos nombres se proclaman, doquiera entre los más gratos epítetos de admiración y de alabanza. Ellos han allanado el camino para una alianza del futuro en que todos soñamos, á fin de que reconciliados como hermanos ante las aras del derecho, podamos tornar á aquella edad áurea en que, ligados por el sacrificio, "ignoramos esas dos palabras de tuyo y mío".

Sorprendido en mi viaje por el inesperado anuncio de esta fiesta, no he podido en tan breves horas parecer aquí á presencia de vosotros en la académica oración de estilo que era de rigor en tal trance, y que tendré el honor de ofreceros más tarde, para colmar este vacío que, en cierto modo, si se explica sobradamente por la cortedad de mi ingenio, se exculpará también en lo breve de mi tránsito por vuestra ciudad admirable.

Dignáos acoger estas palabras, escritas más por el corazón que por la mano, como la voz de mi agradecimiento por vuestra generosa merced, como el rendido homenaje de mi admiración á este Santuario y como el voto férvido que elevo ante el Señor por la prosperidad de la Nación peruana.

Notas

ROBERTO LEVILLIER. — "*La tienda de los espejos*". — *Madrid, 1921.*

El espíritu fino, la discreta tolerancia del doctor Levillier nos permitirán el previo comentario personal: en la figura de este joven diplomático de tipo intelectual tiene la República Argentina un digno representante de buena parte de las cualidades que abonan el carácter y la inteligencia de las nuevas generaciones del Plata. Tal vez—y tolere el Ministro este juicio personal hecho á título de amigos — nos gustaría ver en él más fervor cultural á la manera anglosajona y menos escepticismo *esceptizante* á la francesa . . . Mas no olvidemos que el amor y la fe culturales del señor Levillier viven en sus trabajos de historia, trabajos que se inspiran en un evidente espíritu constructivo y en un claro ideal de armonía.... ¿Qué importa que, en ciertos casos, crea útil *hacer literatura?*....

Invitados por el amable *clown* de la portada, hemos entrado llenos de curiosidad en "la tienda de los espejos". Entramos, no para buscarnos á nosotros mismos, sino para ver á los demás y reirnos de ellos, como ellos se reirán de nosotros. Con esta curiosidad hemos abierto el libro, y en cade página hallamos al vecino magníficamente retratado, con todas sus virtudes, con todos sus defectos; lo vemos vivo, humano, real; el tipo se mueve, actúa, le oímos hablar, hasta precisaríamos el metal de su voz. Un instante dura la visión, y al terminar las páginas concluye la graciosa procesión de siluetas, y en la última hoja nos quedamos suspensos, apenados, porque termina. Levillier ha conseguido revelar en su papel sensible las grotescas fotografías de los tipos comunes de la vida, ha presentado en su colección de espejos, una tras otra, personas que viven como nosotros y en las que no podemos afirmar que no hay nada de nosotros. Dice el prólogo: "no descubriréis el más leve rasgo vuestro". No olvidemos que lo dice un payaso. Sin querer, como un aviso extraño de nuestra conciencia, sentimos que hay algo nuestro, que vive en las páginas — fácil y graciosamente escritas, — algo muy general y muy humano.

E. E.

PEDRO DAVALOS LISSON. — Gobernantes célebres del Perú. — Primera serie.—*San Martín.*—Novela. (1820-1822).—Lima, 1923.

El infatigable publicista señor Dávalos y Lissón, á fin de descansar de los esfuerzos intelectuales que le demandó su erudita obra sobre sociología nacional, intitulada "La Primera Centuria", acaba de publicar la novela cuyo nombre lleva este epígrafe, con la cual inicia una serie muy interesante de índole histórica que continuará con las que denomina "Bolívar" y "Santa Cruz". Admirable labor intelectual muy digna de imitarse.

"San Martín" es una novela amena, que se lee con agrado, escrita en estilo sencillo y fácil. Como ya alguien lo ha dicho, la fantasía propia de toda obra de esta naturaleza, es escasa en ella; mas la forma anecdótica en que se desenvuelve la trama, la variedad y riqueza de datos, acontecimientos históricos muy bien engarzados á ella, dan al lector un interés constante y le incitan para conocer el final del argumento presentado.

El argumento es sencillo: Juan María de Terán, es un joven de gallarda y aristocrática figura á quien el General San Martín comisiona para que, prevalido de tales dotes, se introduzca en Lima y suplante á un joven conde peruano, compañero suyo de armas, fallecido en Mendoza cuando la expedición libertadora se dirigía á Chile, y con quien tenía cierto parecido físico. De Terán realiza el plan propuesto por San Martín, se introduce como miembro en la nobiliaria familia de su amigo el conde ,se pone al tanto de los planes realistas, entra así en comunicación con San Martín y le remite, al mismo tiempo, el dinero necesario para continuar la campaña y que había conseguido del elemento patriota. Sin embargo, poco tiempo después, es sorprendido por los realistas en el envío de esos dineros, es encarcelado por tal motivo, y después de sufrir ciertas penalidades, logra escapar é ingresa nuevamente al ejército patriota. Un idilio, que no se diseña bien, habíase desarrollado mientras tanto entre el joven oficial y una de sus supuestas hermanas, idilio que sirve de base sentimental para el desarrollo de la trama y que es bruscamente interrumpido cuando se sabe en la apócrifa familia de Terán la verdadera situación de éste. Conocida la suplantación, é indignada la familia de Terán, consigue con San Martín que le lleve en su viaje de regreso á la Argentina.

Lo interesante é ilustrativo en esta novela es, principalmente, el relato de los acontecimientos históricos de la época, la riqueza de datos y anécdotas que se intercalan junto á la trama idílica. Es una forma amena de dar á conocer hechos importantes de nuestra historia patria y de insinuar, de avivar, el deseo por buscar fuentes históricas á fin de aumentar el caudal de conocimientos que dichos acontecimientos sugieren. Es una forma provechosa, pues, de enseñar historia patria y de provocar el deseo por estudiarla más á fondo. Tal, puede decirse, el mérito principal —y de no escasa importancia — de la obra del señor Dávalos. Género

poco cultivado entre nosotros, merece el más sincero aplauso para quien realiza esta labor. Por nuestra parte deseamos que el señor Dávalos y Lisson no desmaye en el trabajo emprendido, que siga popularizando acontecimientos históricos en la forma amena en que lo hace y hasta desearíamos que así nos relatara toda la historia del Perú independiente, pues él la conoce bien y tiene cualidades para ello.

C. N. U.

MERCVRIO PERVANO

REVISTA MENSVAL DE CIENCIAS SOCIALES Y LETRAS

6



DIRECTOR
VICTOR ANDRES BELAUNDE

MVLTA RENASCENTVR
QVÆ JAM CECIDERE



SUMARIO

LIMA PERÙ

AÑO VI.--VOL. X.--No. 60

Junio—MCMXXIII

MERCURIO PERUANO

REVISTA MENSUAL de CIENCIAS SOCIALES y LETRAS

-:- FUNDADA EN 1918. -:-

"Mercurio Peruano" ha publicado y publicará colaboraciones de los más eminentes escritores nacionales, Villarán, Deustua, los García Calderón, Chocano, Riva Agüero, Cisneros, Palma, Miró Quesada, Lavalle, etc., así como de notables escritores extranjeros, como Reyles, Ureña, Gonzáles Martínez, Larreta, Sagarna, Means, Umphreys, etc.

ECONOMIA DE LA REVISTA

Número suelto: ochenta centavos en Lima: un sol, en el resto de l República y en el extranjero

Avisos: Precios convencionales.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: JUAN PABLO, 634.

— APARTADO No. 54. —

Democracia y Despotismo en Hispano-América

Las afirmaciones de Mr. Grand Pierre en su artículo "Los Déspotas, una necesidad política de los países de América Latina", de que la mayoría de esos países son indiferentes a la forma de su gobierno, ya sea autocrático o republicano y de que la democracia es imposible en América, sólo pueden explicarse, o por el desconocimiento de la realidad política de esos países, o por el propósito de cohonestar excepcionales y transitorias situaciones bajo el color de una doctrina que envuelve, al mismo tiempo, una injusticia y una injuria para la Civilización Hispano Americana. A exponer y defender esta civilización he consagrado mi actividad en los tres años de mi residencia en los Estados Unidos, encontrando por doquiera espíritus comprensivos y justicieros; y, por lo tanto, me creo en el deber de refutar las raras doctrinas del señor Grand Pierre, con el simple recuerdo de algunos hechos.

Lo primero que llama la atención en el artículo del señor Grand Pierre y que confirma, o su ignorancia o sus propósitos, es la lamentable confusión entre las varias condiciones de Hispano-América, los distintos períodos de su historia y la diversidad de sus personajes representativos.

Hispano América es demasiado grande y complicada, para poder hacer respecto de ella, precipitadas generalizaciones.

El señor Grand Pierre, envuelve en el mismo concepto a los países que, hasta ayer, estaban sometidos al régimen español; a los estados cuya posición geográfica ha determinado mayores influencias o intereses extranjeros; a los países que han ensayado por más de un siglo la vida independiente, y sin el obstáculo anterior; a las naciones favorecidas por los factores fisiográficos

y étnicos y a las sociedades que han tenido en contra la tierra y la variedad de razas.

A despecho de lo que dice el señor Grand Pierre, el amor a la libertad y los esfuerzos hacia la democracia, son comunes a todos ellos; pero los resultados han tenido que guardar proporción con los obstáculos económicos y morales, geográficos e históricos, con que han tenido que luchar.

Con un criterio científico, susceptible de mayor perfección y exactitud, Lord Bryce distingue, por lo menos tres grados en el desarrollo de Hispano-América, cuando clasifica estos países en tres grupos:

El primero en que gobierna un régimen personal autocrático, como Haití.

El segundo, en que el régimen personal es intenso; pero bien inspirado y con el control relativo de determinadas instituciones democráticas.

El tercero, el de los países que, como Brasil, Uruguay y Argentina, han alcanzado ya el funcionamiento regular de las instituciones republicanas.

Otra lamentable confusión en que incurre Mr. Grand Pierre, es la de los períodos históricos que tienen, naturalmente, distintas culturas y requieren diversos regímenes. Para el criterio indiferenciado del señor Grand Pierre, los regímenes de hierro que fueron el resultado de una situación histórica y que, a pesar de sus males, desempeñaron su papel en la evolución política de América, son exactamente iguales a las anacrónicas y destructoras tiranías del siglo XX, que se deben a un factor que los positivistas han descuidado en demasía; y que modernos historiadores como Arnichez Ludalla, Seignobos, han vuelto a considerar: el accidente histórico, constituído por el carácter de los jefes políticos y las circunstancias del momento internacional.

Esa confusión lleva a otra, que envuelve la más grande injusticia; y es la de poner en un mismo plano, personajes, que aunque tiránicos y fieros, tienen cierta grandeza trágica y poseyeron cultura y absoluta honradez privada, con fulgores de tiranillos, como Zelaya y Estrada Cabrera. No debe parangonarse a los déspotas que atendieron realmente al progreso material de su país, organizaron sus finanzas y defendieron celosamente su soberanía, con los mandatarios fenicios que desorganizan la hacienda pública, gastan en dádivas y en corrupción, dineros que debían emplear en obras públicas y que, agenos por entero al instinto de la independencia y autonomía nacionales entregan a

manos extrañas las funciones de la soberanía, convirtiendo sus países en factorías o protectorados.

En el período de evolución en que se encuentran algunos países de Hispano-América, es indispensable un poder ejecutivo fuerte y eficiente, inspirado en altos ideales y desempeñado por personas de capacidad y honradez. Pero no cabe confundir esos gobiernos creadores y educadores, con los despotismos que destruyen toda institución y hacen imposible la educación democrática.

Las dictaduras en Hispano-América, las más eficaces, como las de Guzmán Blanco en Venezuela, García Moreno en el Ecuador y Porfirio Díaz en México, sólo produjeron un transitorio bienestar material, dejando, en cambio, tras de sí, la anarquía y la disolución. Venezuela y Ecuador han sufrido en los 50 últimos años, las consecuencias morales y políticas de aquellas dictaduras.

Los países de Hispano-América, que han alcanzado una situación floreciente, son, precisamente, los que han tenido regímenes constitucionales. El progreso político y económico de la Argentina, es obra de Mitre, Sarmiento y Avellaneda, verdaderos tipos de estadistas demócratas.

La estabilidad institucional de Colombia se inicia con Carlos Restrepo, que convirtió la vieja oposición revolucionaria en oposición gubernamental. Las avanzadas reformas en el Uruguay, se deben a la educación democrática del partido *Colorado,* que dió representación a su contendor, el partido *Blanco,* en el Consejo de Administración y, a todas las minorías, en el Congreso, por la elección proporcional.

Refiriéndome especialmente al Perú, debo decir que la organización nacional, después de la independencia, no fué obra de un déspota o dictador, sino de un verdadero caudillo demócrata: el general Castilla, una de las figuras más fielmente humanas de la historia Sud Americana. El abolió el tributo colonial, que pesaba sobre los indígenas, y libertó a los esclavos; fomentó la instrucción pública, se rodeó de las mejores capacidades, *aunque fueran sus enemigos políticos;* inició la reforma de la legislación civil; llevó a cabo la reforma penitenciaria; atendió al desarrollo de la región amazónica y respetando la Constitución del año 60, que prohibía la reelección presidencial, dejó el poder a su sucesor, al término del período legal.

Un estadista civil, don Manuel Pardo, en oposición al partido militar, fundó con distinguidos especialistas extranjeros, las escuelas de Minas, Ciencias Políticas y Artes y Oficios.

Después de la guerra con Chile, el Perú renace otra vez por obra de un verdadero estadista moderno, don Nicolás de Piérola, La administración del Presidente Piérola, es la prueba de que en el Perú, el gobierno democrático, es no solamente posible, sino el único realmente fecundo.

En medio del cumplimiento estricto de la constitución y dentro del respeto a la oposición parlamentaria, al poder judicial, a la autonomía universitaria y a la más libre crítica periodística, el régimen del señor Piérola realizó las siguientes trascendentales reformas:

1º — La instrucción del ejército por oficiales franceses y el empleo de expertos extranjeros en la instrucción pública. (Y M. Pierre revela ignorar la historia del Perú, cuando atribuye esta iniciativa al presente gobierno).

2º — El patrón de oro, que ha dado al Perú una de las mejores monedas del mundo.

3º — El presupuesto científico, ajustando los gastos a las entradas, con el pago quincenal de los servicios públicos y el abono escrupuloso de la deuda nacional.

4º — La recaudación eficiente de los impuestos que duplicó su producto, sin el aumento de la tasa.

5º — El establecimiento del Ministerio de Obras Públicas, que inició la construcción de caminos, ferrocarriles y edificios.

6º — Una política internacional, digna y celosa, de los derechos territoriales del país.

El señor Piérola se opuso a los proyectos de reforma constitucional que permitieran la reelección presidencial, dando así la más alta lección de desinterés y de civismo.

La obra del señor Piérola fué conservada en sus líneas generales por sus sucesores, especialmente por las honradas y laboriosas administraciones de José Pardo.

El grave conflicto que existe en el Perú, y que el señor Pierre describe como a "*war of extermination against the small minority*", es la lucha entre el régimen personal y las instituciones democráticas y económicas, establecidas por Piérola. Resulta ridículo que el señor Pierre llame *politicians*, a personas e instituciones que no tienen que hacer nada con la política en el sentido estrecho de la palabra y constituyen lo más representativo del país: los tribunales de justicia que insisten en el respeto de sus fallos; la Universidad, que ha defendido la autonomía y la libertad académica violadas; los Bancos e instituciones de cré-

dito, que se resintieron a abandonar el régimen monetario adoptado por Piérola, por la emisión de billetes, bajo el control del gobierno; los periodistas de todos los matices de opinión, que mantienen la libertad de la prensa; en suma, todas las fuerzas sociales. Que la opinión general del pueblo ha apoyado estas instituciones, está probado por lo que ha acontecido. La opinión pública ha defendido la autonomía de la Universidad, haciendo imposible la universidad gubernativa. La opinión pública apoyó a los Bancos, determinando el fracaso del plan gubernativo y logrando el establecimiento del Banco de Reserva. La opinión seguirá luchando y triunfará para reconquistar el respeto del poder judicial y a las garantías individuales y, sobre todo, del derecho de sufragio libre en las próximas elecciones.

La democracia no puede, ni debe morir en el Perú.

Debemos rechazar como calumniosa la aseveración de M. Pierre, de que la clase dirigente ha sido *"unspeakably corrupt, and among the lower classes politics have been considered mainly as diversions"*.

La clase dirigente peruana, sobre todo el elemento profesional e industrial, que en su totalidad, forma la oposición al actual régimen, no está acostumbrada a ganar su *livelihood from politics,* como erróneamente dice M. Pierre; y ha dado pruebas de absoluta honradez. Por fortuna, no presenta el Perú en sus períodos constitucionales, casos de corrupción administrativa, que han sido frecuentes aún en democracias más avanzadas. La clase intelectual se ha abstenido de la política cuando no ha podido ir a ella rectamente; pero no por eso ha dejado de cumplir su deber de protestar y defender la legalidad. Muchos hombres eminentes que pudieron conservar sus posiciones en el presente régimen, han preferido renunciarlas, antes de consentir o aceptar lo que su conciencia repugnaba.

En cuanto a las clases populares, ellas han tenido la intuición de los intereses nacionales y han prestado realmente su entusiasmo y apoyo a los verdaderos patriotas. Así se explica la popularidad única de que gozaron Castilla y Piérola.

Es igualmente falso que los elementos opuestos del presente régimen, lo sean por que odian a los extranjeros contratados, para algunos servicios públicos. Por el contrario, los intelectuales del Perú, han dado mejor acogida a esos expertos, principalmente a los americanos. Fué, precisamente, el actual Rector de la Universidad, doctor Villarán, leader del movimiento de opinión pública a favor del poder judicial y de la autonomía uni-

versitaria, el que contrató, como ministro de Instrucción los servicios de los expertos americanos. Puedo citar con satisfacción, que el círculo de *Mercurio Peruano*, la revista de la cual soy director, ha recibido en su seno a muchos de esos expertos y se han tomado sus colaboraciones, publicándolas en la revista.

Debemos rechazar como ofensivo para el Perú el concepto que emite el señor Pierre, de que no puede realizarse movimiento subversivo sin molestar a los extranjeros o sin romper los contratos firmados con ellos. Es el Perú, por la dulzura tradicional de la raza indígena y la nobleza de la raza castellana uno de los pueblos más generosos y humanos. El extranjero se halla en una condición de privilegio y por consentimiento de todos. Es el fuero de la hospitalidad. Todos los gobiernos revolucionarios o no, han sometido a arbitraje las reclamaciones de los extranjeros y han cumplido las sentencias.

Es verdad que la clase indígena todavía no es un factor político activo; y que es aún reducida la clase obrera así como la clase media independiente, verdadero sustento de la democracia.

El régimen personal no atiende a los intereses de la primera y tiene en contra la segunda; su apoyo es sólo la fuerza, y los caciques provinciales y los *job seekers*, que son los verdaderos politicos en el Perú. El futuro político del Perú estriba en que como lo demostré en mi estudio de 1914, puedan triunfar los intelectuales y obreros de los departamentos sobre los caciques de las pequeñas circunscripciones, que explotan a los indios, mantienen el alcoholismo y apoyan y son a su vez apoyados, por todo régimen dictatorial. Una ley científica de sufragio, bastaría para consolidar ese paso definitivo hacia la democracia.

El Perú no es el pueblo inferior que pinta Mr. Pierre y que necesita, por lo mismo, el régimen paternal que recomienda. Lo que necesita el Perú es, simplemente, reconquistar la libertad perdida y el ejercicio pleno de su soberanía.

Víctor Andrés BELAUNDE.

Bergson y Einstein

La Filosofía y la Ciencia presentan, a lo largo de toda su historia, una lucha por superarse y por primar la una sobre la otra. Originalmente, allá en la época de los primeros filósofos griegos, la ciencia estaba totalmente incluída en la filosofía, que era el conocimiento universal — rezagos de las ideas místicas y antropomórficas primitivas. La ciencia comienza a tener un método propio, el experimental, con Aristóteles; pero este apóstol de la experimentación, falto de recursos, de tiempo, y de la imposible capacidad de observarlo todo, incurrió en innumerables errores que el dogmatismo convirtió en verdades inconcusas, y así la ciencia fué durante toda la edad media esclava de una filosofía genial pero milenaria, y que ya no podía englobarla. La edad moderna marca un tercer período, en que ciencia y filosofía corren parejas y no se concibe que pueda existir entre ellas desacuerdo: es el pensamiento del tipo cartesiano; período durante el cual Descartes crea la Geometría Analítica impulsado por consideraciones metafísicas, y enuncia leyes naturales deducidas dialécticamente de su filosofía; Leibnitz inventa el Cálculo Diferencial acorde con la Monadología, y Espinoza escribe su Ética de corte geométrico. La ciencia hace a partir de esa etapa progresos gigantescos, y no contenta con el equilibrio entre ella y la filosofía, se lanza a la conquista del primer puesto: es la Enciclopedia, el siglo XVIII, la Revolución; la filosofía comienza a batirse en retirada, y ya la Crítica de la Razón Pura no es sino un comentario estupendo de los Principia de Newton. Y en el siglo XIX, el positivismo tritura y pulveriza la reacción romántica, y Comte y Spencer, los primeros filósofos de la centuria, no hacen más que glosar las conquistas incomparables de la ciencia triunfante.

Mas, hé aquí que en los últimos años se pronuncia una reacción personificada por Bergson, no contra la ciencia, sino contra el cientificismo en la filosofía, contra la tendencia a resolver los problemas filosóficos con criterio materialista, y si se quiere más concretamente dicho, contra el método de la filosofía positiva, contra la psicología experimental y determinista, contra la biología que no vé en la vida otra cosa que un complejo proceso físico-químico. Pero a la física, a la química, a la astronomía, no sólo les concede Bergson todo el inmenso lugar que les corresponde en la cultura moderna, sino más aún: cree que ellas alcanzan el conocimiento de lo absoluto en la materia que estudian, porque lo absoluto no significa *todo* lo real, sino lo real, poco o mucho, sin disfraces que lo encubran. Y en este sentido, la ciencia, por su parte, y la filosofía, por la suya, alcanzan lo absoluto. La doctrina bergsoniana no pretende, pues, reducir los límites de validez de la ciencia, ni quitarle un ápice de su significación ni de sus alcances: sólo proclama que la filosofía no debe convertirse en un remedo de aquélla. Y no podía ser de otro modo: no hay filosofía seria que no se base en un profundo cimiento científico. La "bancarrota de la ciencia" no es ahora sino un timbre de ridículo para Brunetiére, que tuvo la originalidad de proclamarla.

Esto es lo que parecen olvidar, por lo menos entre nosotros, algunos pretendidos discípulos de Bergson. Acaso lo que más decisivamente caracteriza su mentalidad, es cierto desdén por la ciencia, que es lo más antibergsoniano que puede haber. En este estado de espíritu influirán, seguramente, varias causas. Además de un error sincero consistente en despreciar lo que se desconoce, hay que tener en cuenta lo que puede la pereza mental: la ciencia es algo vasto, complejo, difícil, que requiere un largo y metódico aprendizaje, que es rebelde al diletantismo: ¡qué comodidad poder decir que la ciencia es un tejido artificial de enunciados sobre la materia inerte, y que sólo la intuición, esa martingala cómoda que no exige tales esfuerzos, es la que permite conocer *la esencia de las cosas!* No vale la pena de rebatir semejante concepto: sus poseedores cierran los oídos a las palabras del propio Bergson, para quien la ciencia es a la vez punto de partida y elemento de comprobación de toda deducción filosófica.

Desde este punto de vista, creo que el bergsonismo ha producido un daño en el Perú (y seguramente también en otras partes), daño del cual no tienen la culpa ni Bergson, ni los maes-

tros que aquí enseñan sus doctrinas, ni los jóvenes pensadores que las han adoptado inteligentemente: el daño de alejar más aún del rudo estudio de la ciencia, a los individuos de una raza poco preparada para esfuerzos intelectuales intensos, de largo aliento y sin objetivo inmediato. Hace treinta años, cuando Spencer reinaba en los espíritus, era de rigor haber leído a Darwin, a Buchner, y haber adquirido cuando menos un barniz de cultura científica. Ahora, nó. El dato científico, el cálculo, la experimentación, están buenos para quienes se ocupan en las ruines cuestiones de la materia; los espíritus selectos pueden vivir allá arriba, en las augustas regiones de la intuición y del arte, indiferentes a los métodos de la mecánica celeste o a los resultados implacables de la biología celular. Y pienso sinceramente que, siendo así de ligera nuestra mentalidad, los espíritus dirigentes que predican desde sus cátedras universitarias o desde las páginas de sus libros la buena nueva del bergsonismo, deberían hacerse un deber de insistir ante sus discípulos de toda clase, sobre el papel y la significación de la ciencia, tales como resultan de la historia del pensamiento humano y tales como los proclama el brillante filósofo idealista.

Por fortuna, parece que el sacudimiento inmenso que acaba de experimentar la humanidad pensante, hará recordar aun a los más recalcitrantes antiintelectualistas, que la ciencia es una realidad imperecedera y formidable. Me refiero a la teoría de la relatividad. No voy a exponerla en este breve artículo, que sólo quiere ser una nota bibliográfica sobre el último de Bergson: *Durée et Simultanéité*. Desde que su aparición fué anunciada, mucha gente le esperó como a un libro-mesías, que habría de librar a las criaturas bergsonianas de la tiranía de este terrible físico alemán, que las inquietaba con una abstrusa doctrina que, aunque construída sobre base matemática y referente a velocidades, aceleraciones, órbitas, franjas de interferencia, masas, y elementos científicos de toda índole, parecía constituír un paso prodigioso en el camino del conocimiento.

¿Por qué la teoría de Einstein, teoría física, tiene sorprendentes contornos filosóficos? Veamos el resumen de un artículo de H. Reichenbach: *"La Signification Philosophique de la Théorie de la Relativité"*, publicado en la *Revue Philosophique* de julio-agosto del año pasado: "En la obra de Einstein hay que ver no sólo una teoría física sino también un descubrimiento filosófico. La contradicción de las experiencias ópticas bien conocidas no era ya resoluble en el cuadro de las antiguas ideas, y

era preciso un análisis filosófico de los conceptos de espacio y de tiempo, que condujo a construír la física de la relatividad. En primer lugar, hay que renunciar a la significación absoluta de la simultaneidad y, por lo tanto, al tiempo absoluto, y no hay razonamiento lógico que pueda contradecir esto. Ni aun por medio de la física es posible constatar la simultaneidad de dos fenómenos: no se puede sino definirla. Esto es lo que ha hecho Einstein, y de tal manera, que la forma de las leyes naturales sigue siendo siempre la misma. A aquellos que afirman que la geometría euclídea posee una situación privilegiada desde el punto de vista de la intuición, se responde que esta geometría, así como una geometría no euclídea cualquiera, son esencialmente no-intuitivas. En efecto, la geometría euclídea misma no es una exigencia de la intuición sensible ni de la intuición pura, sino más bien un simple hábito. La situación privilegiada que Kant da al espacio euclídeo y al tiempo absoluto, no tiene ya razón de ser. Con la teoría de la relatividad se encuentran así conmovidas algunas proposiciones de la física clásica y también otras proposiciones que han sido revestidas por los filósofos de una dignidad particular y asentadas por ellos como eternamente inmutables. Aunque concediendo a Kant que ciertas proposiciones tienen un carácter constitutivo, no hay que mirarlas por eso como apodícticas. En lugar de un valor apodíctico, la física moderna introduce el punto de vista de la teoría del conocimiento, y en lugar de la crítica de la razón, el análisis de las ciencias positivas".

Pero entremos ya en materia. Comencé a leer el libro de Bergson — debo confesarlo — con cierta prevención, correspondiente a las aspiraciones anti-relativistas, con que lo esperaban los bergsonianos alejados de la ciencia. Mis temores se desvanecieron al punto: el libro revela en su genial autor un profundo conocimiento de la teoría de Einstein, y una justa apreciación de su valor incomparable: "Einstein nos trae no solamente una nueva física, sino también ciertas maneras nuevas de pensar", dice al principio del Prefacio.

El libro (que sólo al fin, e incidentalmente, trata de la teoría general), comienza por una exposición de la teoría especial de la relatividad (movimientos rectilíneos y uniformes). Esta exposición no es tan buena en el método como en el fondo: en efecto, muchos expositores de la teoría de Einstein han logrado presentarla en forma más diáfana y más fácilmente asimilable (Schlick, Bloch, etc.) Pero hay que advertir que la exposición del filósofo francés es irreprochable desde el punto de vista doc-

trinario: no he hallado en ella ninguna idea que no esté conforme con la más rigurosa ortodoxia científica.

Luego viene la discusión de las famosas paradojas, que son lo que el filósofo no acepta, y dice que no han sido debidas a juicios ligeros de Einstein, sino de sus discípulos.

Primero, niega que haya pluralidad de tiempos: cree en el tiempo único y universal. Un observador A y otro B, se hallan en sistemas de referencia animados el uno con respecto al otro, de un movimiento rectilíneo y uniforme. De razonamientos que se encontrarán en todas las buenas exposiciones de la teoría, A colige que el reloj de B se atrasa, y que en el sistema de éste, el tiempo fluye menos rápidamente que el tiempo registrado por A. Esto significa la relatividad del tiempo, y que éste ya no es, como se había creído, una fluente (que diría Newton) válida para todo el Universo: cada sistema de referencia y cada punto tienen su tiempo, como en un sólido cada elemento de volumen tiene su temperatura. Para impugnar esta conclusión, Bergson se propone como regla metodológica, no sentar ninguna idea ni ningún raciocinio que no puedan ser aceptados por cualquier filósofo o por cualquier hombre de ciencia: no postular nada que no esté implicado en toda filosofía y en toda ciencia. Y tratándose del tiempo, cree que todo filósofo y todo sabio estarán de acuerdo en considerar como real sólo un tiempo que es o puede ser percibido y vivido. No toda realidad tendrá este carácter, tal vez, pero toda realidad temporal debe tenerlo. Un tiempo que no es percibido y vivido, y que no puede serlo, no es un tiempo real. Ahora bien, ese tiempo lento atribuído por el observador A al B, no es vivido ni por aquél ni por éste: B que puede considerarse a sí mismo como inmóvil, atribuye a A el movimiento, y cree que el reloj y el tiempo de A avanzan con más lentitud que los suyos. La relatividad radical del movimiento no permite decidir entre ambos puntos de vista. Pero puesto que ni A ni B viven en realidad ese tiempo lento, éste no es un tiempo real: es "una ficción de perspectiva matemática", dice Bergson con frase admirable. Un pintor figura con estatura menor al personaje lejano que al vecino, no porque tal sea en realidad la relación de sus tallas (pues otro pintor colocado en distinto punto de vista haría precisamente lo inverso, y con igual derecho), sino por efecto de la perspectiva. Idénticamente, un matemático tiene que afectar de un coeficiente los tiempos medidos en sistemas de referencia animados, con respecto al suyo, de cierta velocidad.

Quizá si el argumento de Bergson y aún el criterio lógico

que preconiza para decidir de la realidad de un tiempo, son falsos. En efecto, de dos sistemas de referencia en movimiento recíproco, S y S', el observador del sistema S atribuye una marcha retardada al tiempo del sistema S'. El observador situado en éste no puede darse cuenta del retardo, porque no tiene ningún compás de referencia. Pero esto no quiere decir que este retardo sea irreal. El tiempo es el marco de la sucesión, o mejor, es la sucesión misma: nada hay que pueda delatar, ni siquiera que permita definir, una alteración en la velocidad con que fluye esta corriente. Porque hasta el hablar de la "velocidad" con que "pasa el tiempo", envuelve una petición de principio. Decir: "¡qué pronto pasa el tiempo!", es manifestar que las imágenes de la memoria están todavía frescas al superponerse sobre ellas las imágenes de la percepción: en buena cuenta, sólo es hacer un alarde inconsciente de poseer feliz memoria.

Sin embargo de que es muy difícil definir con precisión lo que es un tiempo real, y es igualmente muy difícil afirmar que no se ha "vivido" un tiempo retardado porque no se ha "percibido" su lentitud, sin embargo de todo eso, es posible que Bergson tenga razón al afirmar la inexistencia de tiempos que fluyen a diverso compás; bien que los argumentos en que funda su aserto no puedan ser aceptados sin muchas reservas. En efecto (y él ni siquiera menciona esta dificultad), el hecho de que dos observadores A y B se atribuyan recíprocamente tiempos retardados, y el de que "ambos tengan razón", a juzgar por el argumento un tanto pragmático de que ambos construyen sobre esa base físicas coherentes y acordes con la realidad, parece ser algo más que una simple paradoja, algo más que una afirmación que choca con nuestros hábitos mentales: parece ser una proposición esencialmente contradictoria, al punto de chocar no sólo con seculares rutinas conceptivas, sino aun con aquellas normas tan abstractas del pensamiento, que son para la humanidad moldes indestructibles de toda lucubración.

Luego considera Bergson la famosa paradoja de Langevin. El ilustre físico francés dijo: si el tiempo fluye más lentamente en un sistema animado de gran velocidad, un hombre que fuese lanzado con velocidad cercana a la de la luz dentro de un proyectil, y que volviese a caer a la Tierra doscientos años después, no habría vivido sino dos años (porque su tiempo habría fluído más lentamente): medio imprevisto de sustraerse a la tiranía del tiempo. Bergson responde con este argumento definitivo e irrefutable: el hombre del proyectil podría, en virtud de la relati-

vidad del movimiento, considerarse en reposo y atribuír a la Tierra el movimiento, esperando que el tiempo del planeta corriese más lentamente que el suyo. Al caer, dice humorísticamente, se convencería de que él y los físicos de la Tierra se habían equivocado: quien tenía razón era el filósofo que sostenía la unidad del tiempo.

Después discute la relatividad de la simultaneidad. Su argumentación es poco convincente. Parece que el filósofo no llega a adoptar la actitud del físico: muchos de sus argumentos llevan invívita la concepción clásica del tiempo, y son así verdaderas peticiones de principio. Analiza los argumentos dados por Einstein en un librito de vulgarización, y pretende — equivocadamente, a mi juicio, — hallar una confusión en ellos. (De paso he de indicar que el librito de Einstein, que anda impreso en todas las lenguas, con título más o menos variado — *Ueber die spezielle und die allgemeine Relativitaetstheorie, La théorie de la Relativité restreinte et généralisée, Relativity, Sobre la teoría de la Relatividad Especial y General,* etc., — no es una exposición técnica de la teoría, sino un resumen elemental hecho de mano maestra). Primero impugna el filósofo el razonamiento elemental de Einstein, presentando en seguida prolijos argumentos para demostrar el carácter absoluto de la simultaneidad. Son lucubraciones sutiles que pueden impresionar a primera vista, pero cuyos vicios se echan de ver, a poco de meditar sobre ellas.

Antes de seguir adelante, citaré dos cosas chocantes que se repiten con frecuencia en el librito de Bergson. Una de ellas es la infundada afirmación de que la teoría de la Relatividad elige, de dos sistemas de referencia, uno solo para desde él construír la física: si se elige el sistema S, en el sistema S' sólo habrá que poner, según él, un muñeco. Ahora bien, esta afirmación es incomprensible, pues precisamente la teoría de la Relatividad se propone, en último análisis, resolver una cuestión de cambio de coordenadas: *referir al sistema S las medidas hechas por un observador situado en S'*. Otra cosa que creo hallar en esas páginas brillantes, es el prejuicio, muy común por lo demás, según el cual las fórmulas matemáticas están *en algunos casos* desprovistas de significación real. Este prejuicio es inaceptable: o todo un desarrollo matemático es abstracto y no se refiere a nada real, o todas sus fórmulas tienen una significación precisa y un equivalente unívoco en la realidad.

A continuación viene un capítulo bonito, titulado "Las Fi-

guras de Luz", sobre la interpretación del experimento de Michelson.

El capítulo VI, "El Espacio-Tiempo de cuatro dimensiones", no es nada feliz. Que el tiempo sea una cuarta dimensión en el Universo, es vieja concepción de la Mecánica clásica: el hecho de que Minkowski haya precisado la idea, hace que ésta sea también materia de controversia entre relativistas y antirelativistas. Bergson alude al manoseado ejemplo *gulliveresco* de seres chatos que viven en un plano y hacen geometría: la línea de universo de esos seres chatos es una línea en nuestro espacio de tres dimensiones. Bergson dice — cosa que no cabe aceptar — que esta línea contiene más por un lado y menos por otro, que el fenómeno que trata de representar. Afirma que una misma línea de universo podría corresponder a distintos procesos fenoménicos, según cual fuera su orientación; olvidando que una línea de universo no puede considerarse aislada, sino que hay que mirarla en su relación definida con el espacio: no puede corresponder, pues, sino a la historia de un punto material. Tampoco es digna de tomarse en cuenta la afirmación de que la línea de universo carece del *devenir,* de la inefable contingencia de los procesos temporales; pues las concepciones de que se trata son concepciones físicas, deterministas, y dentro de las cuales, según la expresión célebre de Henri Poincaré, no existe la memoria. ¿Qué le importa al físico que su espacio-tiempo de cuatro dimensiones no permita sentir la indeterminación de la vida y las creaciones de la libertad, si le facilita la descripción del movimiento de los electrones y le consiente explicar el corrimiento del perihelio de Mercurio?

Pero no es esto sólo, sino que ni aun el filósofo tiene fundamento para rechazar la concepción espacio-temporal del físico. Bergson no acepta que el Universo sea un conjunto de cuatro dimensiones, porque el tiempo no es o no puede ser una dimensión como las otras — lo cual destruiría la contingencia y la libertad — sino algo que se hace y que se crea, algo que permite que haya un futuro lleno de virtualidades y de indeterminación. El filósofo parece no haber advertido que con este banal argumento no hace sino resucitar modernizado y en términos de Física, un dilema que preocupó mucho en la Edad Media, planteado entonces en términos de Teología, y que fué resuelto definitivamente por Santo Tomás. ¿Cómo— se decían los pensadores de aquella época de intensa controversia — puede conciliarse

la omniciencia divina con la libertad moral y con la responsabilidad? Si Dios sabe de antemano lo que ha de suceder, ya el futuro está por eso solo determinado; y los hombres no tienen ni libertad ni responsabilidad moral. Y si nada determina lo venidero, la preciencia divina no existe. Este profundo dilema al que trataron de responder muchos filósofos de la Iglesia, sólo pudo ser vencido por el autor de la Suma Teológica, con este razonamiento, uno de los más sutiles y recios que hayan brotado jamás de un cerebro humano: Efectivamente, si alguien pudiera *prever* las acciones humanas, la libertad sería un mito. Pero el conocimiento que de todo tiene Dios, no es una *previsión* sino una *visión;* estando fuera del tiempo, siendo eterno, no hay para Él, pasado ni futuro; todo es como un presente absoluto. Su visión de lo que para nosotros es futuro, no destruye, pues, la libertad. Si el Santo de Aquino hubiera escrito algunos siglos más tarde, quizá habría dicho que Dios puede percibir multiplicidades de un número cualquiera de dimensiones.

Después de todos estos capítulos consagrados a la teoría especial de la relatividad, Bergson dedica una breve nota a la teoría general. Como se sabe, Einstein ha reducido las fuerzas de gravitación a una propiedad métrica del espacio, haciendo que la gravitación, en alguna forma, sea una necesidad lógica. Y Bergson termina por la interesantísima observación, que nunca antes de ahora he visto formulada, de que esta reducción de la gravitación a geometría, caracteriza a Einstein como un continuador de Descartes.

Tal es el libro de Bergson.

La teoría de la relatividad, aun independientemente de su exactitud, que cada día recibe una nueva confirmación, es una de las producciones más imponentes y bellas que haya conocido jamás la humanidad. Su estudio profundizado despierta una emoción extraordinaria, algo así como si se presenciara la creación de un mundo. Hay que recurrir a Platón o a Spinoza, para encontrar un poder igual de construcción, una fuerza sugestiva tan intensa. Einstein presenta además una característica que no he hallado en ningún otro pensador o sabio: en las más geniales lucubraciones, en Kant, en Santo Tomás, en Newton, se advierten, cual chispazos, las ideas sobrehumanas: lampos de una luz misteriosa parecen alumbrar intermitentemente al genio en su camino. En este maravilloso físico alemán, no son lampos de una claridad misteriosa: es un brillar continuo, que jamás se interrum-

pe, lo que presentan sus escritos, como si una inspiración divina le sugiriese constantemente las más sublimes concepciones, los desarrollos matemáticos más sorprendentes, los puntos de vista más originales y más fecundos.

Cristóbal de LOSADA Y PUGA.

Nihil

Covalesciente, en el sillón mullido,
fijos los ojos en el muro escueto,
miro pasar las horas abatido
en un lánguido ambiente de secreto.

Mientras la tarde diáfana se mustia
vuelvo á leer las cartas en que un día
dejó tu mano, pálida de angustia,
la historia de tu alma y de la mía.

Las cartas de ese amor!, tristes y llenas
de dulce bien y trémulas congojas,
con el vago perfume de azucenas
que tus manos dejaron en las hojas.

Todo refresca mi abatida frente
y mi profundo corazón despierta,
como cuando la brisa levemente
mueve las hojas de una rosa muerta.

Entre besos y lágrimas, en ellas
cuántas cosas divinas me dijiste!
A veces tu palabra era muy triste
pero serena como las estrellas.

Otras arrebatadas, delirantes,
el áspid de los celos encendía,
como el beso voraz de los amantes
en el lecho de la última agonía.

En otras implorabas, y de hinojos,
las manos juntas, viérate mi empeño
con humildes ternuras en los ojos,
rezando la plegaria del ensueño.

En otras perdonabas con dulzura,
y tus manos fluídas é ideales
se extendieron quizá madona pura,
con vagas presunciones maternales.

Todo revive en mi memoria, todo:
la búdhica ciudad, triste y lejana,
á manera de plácido recodo
do pára á reposar la caravana.

El olor á naranjo de sus huertas,
su ardiente sol, su parque soñoliento,
sus ventanas, con flores, siempre abiertas
á los soplos benéficos del viento.

La verde y amplia ondulación del prado,
las altas ceibas de ramaje umbrío
y el ópalo tedioso y deslustrado
de los atardeceres en el río.

Ya nunca más el célico reclamo
— la muelle seda del diván lo sabe —
tus dulces labios me dirán: te amo,
y los míos escépticos: ¡quién sabe!

Ya nunca más, como en remotos días,
al hechizo de mágicas quimeras,
tus manos temblarán entre las mías
como tímidas aves prisioneras.

Todo se pierde en el abismo obscuro,
y apenas ténue lámpara escondida
descubre recostado contra el muro
el cadáver exangüe de la vida.

El alma fatigada y pesarosa
en su propio misterio se concentra.
Todo se pierde, hasta la vista ansiosa
que busca el porvenir y no lo encuentra.

Ni tú ni yo, ni nuestro amor ni nada.
Todo se pierde en el confín lejano:
somos como la fuente desecada
por frenéticos soles de verano.

M. A. CARVAJAL.
(Colombiano).

Análisis y consecuencias de la intervención norteamericana en los asuntos interiores de Cuba [1]

Por el Dr. EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING

Secretario de la Sociedad Cubana de Derecho Internacional

(Discurso pronunciado el 27 de Abril de 1923 en la Sexta Reunión anual de dicha Sociedad)

CONCEPTOS DEL PATRIOTISMO

Mucho se ha discutido, señoras y señores, y se sigue discutiendo sobre el concepto del patriotismo.

Para unos, éste ha de consistir siempre en la apología o en la defensa de hombres y de hechos, si aquellos pertenecen a nuestra patria o éstos han acaecido en ella.

Pero para otros, y para mí, el patriotismo humano, el patriotismo útil y fructífero es el patriotismo renovador; es el que busca en la historia del pasado y en el desenvolvimiento del presente los errores y los defectos, no para censurarlos y ponerlos en la picota, simplemente por el gusto de hacerlo, sino para encontrar en ellos enseñanzas que permitan evitar en el mañana la repetición de hechos análogos; es el patriotismo que en situaciones críticas y en momentos difíciles no quiere ocultar, envolviéndolos hipócritamente en la bandera, los errores y los crímenes, ni trata de ahogar con las notas vibrantes del himno patrio el clamor del pueblo que pide justicia y rectificación. Es el patriotismo que dice la verdad, aunque ésta sea amarga y dolorosa. Es el patrio-

(1) Véase en la sección «*Notas*» la que lleva este mismo título.

tismo que nosotros necesitamos en estos momentos para resolver la profunda crisis que padecemos.

Y en este problema de nuestras relaciones con los Estados Unidos — en mi concepto el más grave y trascendental de nuestra República — es en el que más necesitamos, si queremos estudiarlo y resolverlo debidamente, decir la verdad, sin cortapisas ni eufemismos.

Y yo, señoras y señores, en este trabajo, la voy a decir, porque debo decirla. Perdonadme si a veces es dolorosa y amarga.

EL FACTOR GEOGRAFICO, EL MÁS IMPORTANTE

Se repite constantemente que a la Enmienda Platt, o mejor dicho, al Tratado Permanente de 1903, en el cual aquella está vaciada, se debe la forma especialísima en que se desenvuelven nuestras relaciones con los Estados Unidos; y esto es verdad en cuanto al aspecto legal o internacional de la cuestión. Pero, por encima de este aspecto legal, y muy anterior a él, debe tenerse en cuenta el aspecto histórico y el aspecto geográfico, y principalmente este último. Nuestra posición geográfica es la que ha determinado todos los sucesos ocurridos en el desenvolvimiento de nuestras relaciones con los Estados Unidos.

Desde hace largos y largos años, nosotros hemos sido el punto de mira, la preocupación y la inquietud constante de los Estados Unidos, que, por esos motivos, realizaron en distintas épocas varias tentativas, a fin de comprar a España la Isla o de anexársela.

EL INTERES AMERICANO POR ENCIMA DEL INTERES CUBANO

Y no faltó, tampoco, la oposición a que alcanzáramos la independencia.

Y en tres ocasiones, a los intentos realizados por Bolívar en el Congreso de Panamá, y a los de Inglaterra en 1829 y 1840, en favor de nuestra separación de la Metrópoli, los Estados Unidos se opusieron, tenaz y enérgicamente. Y en el último de estos casos hasta llegaron a aliarse con España en contra de Cuba, ofreciéndole al efecto, en 15 de Julio de 1840, el Gobierno norteamericano al español, por medio del Embajador en Madrid, Mr. Aaron Vais, lo siguiente:

"Está usted autorizado para asegurar al Gobierno español que, en caso de que se efectúe cualquiera tentativa, de donde quiera que proceda, para arrancar a España esta porción de su territorio, puede él contar confiadamente con los recursos militares y navales de los Estados Unidos para ayudar a su nación, así para recuperar la Isla, como para mantenerla en su poder".

¿Qué quiere decir esto? Que en el problema de nuestras relaciones con los Estados Unidos, éstos han procedido y procederán siempre de acuerdo con sus conveniencias y no con las nuestras, lo cual no deja de ser, en el fondo, muy humano. Pero es necesario decirlo y demostrarlo, para hacer ver el error y el ridículo en que incurren los que a diario pregonan y repiten el tan manoseado tópico de la generosidad de los Estados Unidos hacia Cuba, de su amor hacia los cubanos y de la deuda eterna de gratitud que con ellos tenemos. Realmente es una deuda eterna, porque siempre la estamos pagando.

AL FIN .... LA JOINT RESOLUTION

Por fin, y no es posible que yo me dedique a examinar en el corto espacio de tiempo de que dispongo, todos los sucesos, en Abril de 1898 el Congreso de los Estados Unidos votó su Resolución Conjunta, declarando que el pueblo de Cuba era, y de derecho debía ser, libre e independiente.

¿Cuáles fueron las verdaderas causas de esta resuelta actitud que ahora adoptaban en favor nuestro, y, más aún, de la declaración que aparece en la cláusula cuarta de la Joint Resolution, de que no tenían deseos ni intención de ejercer jurisdicción ni soberanía ni de intervenir en el gobierno de Cuba, el que sería dado al pueblo de la Isla, tan pronto se realizase su pacificación?

Puntos son estos, agenos al presente trabajo, sobre los que vengo recogiendo, desde hace años, documentos y pruebas, datos y antecedentes, que me permitan, tal vez en breve, dar a conocer hechos realmente interesantísimos y algunos de ellos sensacionales.

Ocurre la guerra con España; triunfan las armas norteamericanas, y los Estados Unidos se hacen cargo de la Isla, poniendo al frente de ella un Gobernador militar.

UN FENOMENO IMPORTANTISIMO

Y ocurrió entonces un fenómeno sobre el que es necesario detenernos para dejar sentada su significación e importancia en el desenvolvimiento de los hechos posteriores.

Y es el siguiente:

Que en Cuba el proceso de nuestra independencia no marca como en todas las repúblicas latinoamericanas, una línea de continuidad que de la revolución conduce a la República. Entre nosotros ocurre una brusca y trascendental interrupción: la ocupación americana. No son las tropas cubanas victoriosas las que dan al país una nueva forma de gobierno. Es un poder extraño el que expulsa a España y se coloca en su lugar. Y las huestes cubanas, que durante años de épica lucha combatieron por la libertad de la patria, y los emigrados que sufrieron privaciones sin cuento; unas y otros, ven sí, que ya del Morro de la Habana se ha arriado la bandera gualda y roja; pero en lugar de ésta se encuentran no la de la estrella solitaria, sino la de las barras y estrellas.

CALVARIO DE LOS LIBERTADORES

Y entonces los patriotas, contemplando la transformación que la realidad les ofrece, de los que eran sus ideales, lloran en los versos del poeta nacional su triste suerte:

Al llegar de distante ribera
con el alma enlutada y sombría,
afanoso busqué mi bandera,
y otra he visto además de la mía!

Y en aquellos momentos, tristes y solemnes, pensando en las luchas y sacrificios pasados, lanzan desde lo más profundo de sus adoloridos corazones, este canto de anhelo y de esperanza:

Hoy que lánguida y triste tremola,
mi ambición es que el sol, con su lumbre,
la ilumine a ella sola — ¡a ella sola!
en el llano, en el mar y en la cumbre!

El calvario de los patriotas cubanos continuó. Y la preponderancia y el poder supremo y último que los Estados Unidos ejercían en todos los órdenes sobre Cuba, se fué introduciendo en la conciencia del pueblo. Los mismos revolucionarios, para no morirse de hambre, se vieron obligados a aceptar, unos, mísera limosna del Gobierno de los Estados Unidos, y otros, modestos empleos a las órdenes de las autoridades interventoras.

Y durante los tres largos años que duró la ocupación americana, en lugar de fortalecerse el concepto de la personalidad política, la confianza en el propio esfuerzo, el sentimiento de la soberanía, se fueron debilitando más y más todos estos principios tan indispensables para la vida de una nación.

Y ésta no se constituyó sino cuando los Estados Unidos lo creyeron oportuno, y *por orden de ellos.*

IMPOSICION DE LA ENMIENDA PLATT

Y hubo más. Redactada y aprobada ya por la Convención Constituyente la Ley fundamental del Estado, cuando los patriotas y el pueblo todo empezaban a olvidar los esfuerzos y sacrificios que en la paz — más dolorosos que los de la guerra — habían tenido que sufrir; cuando eran pocos los momentos que faltaban para el logro de todos los ideales soñados, vino una última prueba a reafirmar aún más la idea de que los Estados Unidos eran para nosotros el poder, la fuerza y la última instancia en nuestros problemas: la imposición de la Enmienda Platt.

Señores: muchos son los que han censurado a los constituyentes cubanos por haberla aceptado. Yo declaro que no quisiera nunca encontrarme en la situación terrible, de responsabilidades extraordinarias, en que se encontraron aquellos hombres, y adivino la tempestad que en sus cerebros y en sus corazones se desencadenaría en aquellos momentos. Su caso fué el caso del sediento, que, después de interminable y penosísima jornada, le ponen al alcance de los labios un vaso de agua, pero, para dejar bebérsela, le exigen ciertas condiciones que su conciencia en el fondo rechaza. Vacila, duda. Le dicen y le repiten que no hay nada de denigrante en esos requisitos; que ellos en nada merman su libertad, sino que al contrario la reafirman; y mientras tanto, la sed lo devora.... ¿Qué hubié-

ráis hecho vosotros? ¿Qué hubiera hecho yo? En el reposo y tranquilidad de mi gabinete de trabajo, veinte y tantos años después, sólo puedo juzgar en sus consecuencias aquel hecho, declarando que si facilitó el que se constituyera la República, nos ha sido fatalmente perjudicial; pues acabó de debilitar en nuestro pueblo la confianza en sí mismo y en el gobierno propio y ha sido la causa primordial de todos nuestros males y de todas nuestras desgracias.

La Enmienda Platt se aprobó, y el Gobierno de la República de Cuba concertó con el de los Estados Unidos un Tratado permanente en el que se reprodujeran las cláusulas de la Enmienda.

LA ENMIENDA PLATT NO MERMA NUESTRA SOBERANIA

Yo no creo que ni la letra ni el espíritu de éstas, merme nuestra soberanía. Leyéndolas y estudiándolas, examinando la interpretación que sus autores claramente le dieron, y que ya fué examinada por mí en la sesión del año pasado, y con elocuencia, por el doctor Cosme de la Torriente en la sesión solemne de este año, se llega a la conclusión que ellas no nos impiden ser un Estado libre y soberano, en lo exterior y en lo interior. Y esto es indispensable repetirlo, una y otra vez, para que el pueblo lo conozca perfectamente y no se deje engañar por los que, para realizar mezquinos propósitos, tratan de hacerle ver lo contrario.

Por la Enmienda Platt o Tratado Permanente, no estamos más ligados a los Estados Unidos que lo hemos estado siempre por nuestra situación geográfica. Root, explícitamente, lo declaró así a la Comisión de la Constituyente que en Abril de 1901 fué a Wáshington para conocer el alcance e interpretación que el Gobierno de los Estados Unidos le daba a dicha Enmienda.

"Los Estados Unidos — dijo — desde hace tres cuartos de siglo han proclamado a la faz del mundo europeo y americano el derecho de intervenir en Cuba, y han negado a otros Estados, hasta la intervención amistosa en los asuntos cubanos".

En este sentido, las cláusulas de la Enmienda Platt, limitan, aclaran y restringen ese derecho que los Estados Unidos basados en su fuerza y en su poder, se han arrogado no sólo sobre Cuba, sino también sobre las naciones del Caribe y

el Golfo de México. Sin Enmienda Platt han intervenido e intervienen en las naciones hermanas y queridas de Centro América, de Haití y Santo Domingo, y sin Enmienda Platt ocuparon militarmente ésta última, destituyeron su gobierno y aún no le han devuelto su libertad y su soberanía.

Es el derecho de la fuerza. Pero frente a él, esgrimiendo como armas las cláusulas del Tratado Permanente y la interpretación que los propios Estados Unidos le dieron, tanto los autores de la Ley Platt y sus comentaristas, como el Ejecutivo y Congreso norteamericanos, y uniendo a esto las solemnes declaraciones hechas en una ley de este último, la Joint Resolution, y en un compromiso internacional, el Tratado de Paz con España, por las cuales reafirman nuestra condición de pueblo libre y soberano de sus propios destinos; esgrimiendo, repito, todas esas armas, podemos nosotros oponerle a los Estados Unidos la fuerza de nuestro derecho.

Ya en los primeros años de constituída la República, en nuestras relaciones con los Estados Unidos, se empezó a ver el desenvolvimiento de este proceso curiosísimo: la lucha entre la creencia arraigada en ellos de que su nación, basada en su fuerza y su poder y en nuestra situación geográfica, tenía derechos especiales para intervenir en Cuba, y las cláusulas del Tratado Permanente limitando y evitando esa intervención, cuando eran esgrimidas hábilmente, con patriotismo y firmeza por el Gobierno cubano.

Durante el Gobierno de Estrada Palma fueron varias las veces que intentaron intervenir en nuestros asuntos interiores. Contra esas pretensiones se les expusieron razones y argumentos, y en todos los casos desistieron en sus propósitos.

REVOLUCION DE AGOSTO DE 1906

Vino la revolución de Agosto de 1906, y entonces fué el Gobierno Cubano, el que con ceguera e irreflexión inconcebibles, pidió a los Estados Unidos que intervinieran.

Renunció el Presidente Estrada Palma, después de haberlo hecho el Vice-Presidente y aceptándole antes la renuncia a todos los Secretarios del Despacho, sin nombrar otras personas que los sustituyeran, como estaba obligado por la ley; realizado todo ello, con el calculado propósito de que el Gobierno de la República quedara acéfalo y los Estados Unidos se

vieran obligados a intervenir; creyendo que la República era patrimonio exclusivo suyo y que debía correr la suerte a que su terquedad lo había conducido, hundiéndose con él en el abismo a que sus propios errores lo habían llevado.

No menos censurable fué la actitud del Congreso, negándose a integrar el quorum en la sesión en que se trataba, después de la renuncia de Estrada Palma y sus Secretarios, de elegir un Presidente provisional, evitándose con ello la intervención. En aquella hora trágica de nuestra vida política, el Congreso debió haberse reunido y elegir a cualquier cubano, el primero que pasara en esos momentos por las puertas del Palacio Congresional, colocándolo en la Presidencia y prestándole todo su apoyo y cooperación para impedir que desapareciese la República.

En aquel caso, los Estados Unidos intervinieron de acuerdo con los preceptos del Tratado permanente.

GOBIERNO PROVISIONAL DE MAGOON

Se estableció el Gobierno provisional norteamericano y los males que éste nos causó, los purgamos todavía. Dividió y aniquiló nuestros partidos políticos fomentando la discordia entre sus jefes y corrompiéndolos con el reparto injustificado e injusto de destinos, prebendas y favores que repartía el Gobernador Magoon a diestro y siniestro, a costa del tesoro cubano, que dejó no sólo exhausto sino empeñado en varios millones de pesos; modificó a su capricho las leyes y la Constitución; se realizaron inmensos negocios y contratos inmorales y lesivos para Cuba, llegando, además, en el desbarajuste administrativo y despilfarro económico, a un grado inconcebible.

Cuando los comisionados Taft y Bacon intervinieron en Cuba, no se conocía entre nosotros la corrupción administrativa. Estrada Palma con todos sus defectos políticos, que los tuvo grandes, se portó como un administrador de la cosa pública, honrado y austero. Fueron Magoon y el Gobierno provisional norteamericano, los que malearon y corrompieron nuestras costumbres administrativas.

Y ya tenemos un nuevo mal, un gravísimo mal introducido en nuestra patria por la política intervencionista de los gobiernos norteamericanos.

GOBIERNO DEL GENERAL GOMEZ

Restaurado el Gobierno cubano en 1909, durante los cuatro años en que el General José Miguel Gómez ocupó la Presidencia, se acentuaron las intromisiones de los Estados Unidos en nuestros asuntos interiores.

La reclamación llamada tripartita, de Francia, Inglaterra y Alemania, por daños causados a sus ciudadanos durante la guerra de independencia; la agitación veteranista; la agresión al Encargado de Negocios norteamericano, Mr. Gibson por el periodista, señor Eurique Mazas; la concesión a la Compañía Agricultora de Zapata, para la desecación de la ciénaga de este último nombre, y la revuelta racista, dieron ocasión y pretexto a repetidas intromisiones del Ministro Americano en nuestros asuntos, en una forma fuera de la acostumbrada y que después se ha seguido como norma constante.

Pero en todos estos casos y en otros varios, frente a las tentativas de intervención se levantaron enérgicamente, tanto el Presidente Gómez como sus Secretarios de Estado, Justo García Velez y Manuel Sanguily, y los Estados Unidos no pudieron llevar adelante sus propósitos intervencionistas.

PRIMER AÑO DE MENOCAL

Sube el General Menocal a la Presidencia de la República y ocupa durante unos meses la cartera de Estado el doctor Cosme de la Torriente, el cual supo también enfrentarse satisfactoriamente contra pretendidas intromisiones norteamericanas en dos asuntos de gran importancia: la reclamación llamada tripartita de Francia, Alemania e Inglaterra y la concesión hecha por el Gobierno para el Dragado de los puertos de la Isla. En ambas quiso mezclarse el Gobierno de los Estados Unidos y el señor Torriente se opuso y logró que se dejara libre al Gobierno Cubano para resolver esas cuestiones.

EN PLENO INTERVENCIONISMO

Dejó el doctor Torriente la Secretaría de Estado y desde entonces hasta nuestros días hemos estado y estamos intervenidos por el Gobierno norteamericano; con esta particularidad, que la política intervencionista norteamericana lejos de haber sido, como se mostró durante la administración de Estrada Palma, *a posteriori*, esperando que los sucesos se desarrollaran para entonces actuar, se ha desarrollado por completo en la forma *preventiva*, que ya había ensayado, sin resultados, durante el Gobierno del General Gómez y los primeros meses del General García Menocal.

Se sucedieron entonces, los nombramientos de expertos, asesores y consejeros extranjeros para distintos ramos de la administración, aparentemente *pedidos* por el Presidente, en realidad impuestos o exigidos a éste y las visitas constantes del Ministro norteamericano, fuera de las reglas diplomáticas, al palacio presidencial.

Pero estas intervenciones se acentuaron al surgir la revolución de 1917 contra la reelección de García Menocal.

LAS INAUDITAS PROCLAMAS DE GONZALEZ

Entonces se llegó al extremo inaudito de que el ministro norteamericano González diera a los periódicos notas y proclamas, en que, arrogándose facultades ejecutivas, legislativas y judiciales, amenazaba directamente a los revolucionarios con un inmediato castigo y juzgaba de por sí la revolución, haciendo saber que no la toleraría.

Pero más inaudito fué que el gobierno cubano diera las gracias por esas notas, pensando no en el honor de la República sino en que significaban un apoyo que a sus planes reeleccionistas le prestaba su aliado y amigo el ministro González.

EL DERECHO A LA REVOLUCION

En esas notas se sentaba también la doctrina sustentada entonces por el gobierno norteamericano, de no prestarle apoyo a los gobiernos surgidos de revoluciones. Errónea y contraproducente doctrina. La revolución de Febrero de 1917 no

se hizo para derrocar el gobierno del General García Menocal, sino para impedir que se reeligiera por medios ilegales y violentos. Declararse en América en contra de las revoluciones, es teoría utópica y ridícula. El derecho a la revolución es sagrado, y más en nuestro Continente. A él le deben su existencia todas nuestras repúblicas: la revolución no puede condenarse. Las que son dañinas y perjudiciales son las dictaduras: y no son pueblos desgraciados y censurables los que se lanzan a la revolución para acabar con una dictadura, sino los que permanecen inconscientes y adormecidos soportando impacibles las violaciones de la ley, y las arbitrariedades de tiranos y dictadores. Las dos revoluciones que nuestra república ha sufrido, las de 1906 y 1917, fueron justas y explicables y demostraron que la conciencia cubana no estaba muerta, porque en ella palpitaba intensamente el sentimiento de la libertad, el del derecho y el de la justicia.

Con el apoyo del Gobierno de los Estados Unidos el General García Menocal dominó la revolución y continuó en el poder; pero desde entonces quedó atado a los que le apoyaron y ayudaron. Ya las intervenciones norteamericanas no revistieron la forma epidémica, sino endémica; fueron, no la excepción sino lo normal y esperado.

LA LLEGADA DE CROWDER

Nuevos y numerosos expertos; desembarco y permanencia de tropas americanas en territorio cubano; y, por último, la llegada del General Crowder, como enviado personal del Presidente de los Estados Unidos, sin noticia siquiera del Presidente García Menocal. Que esto es verdad, lo prueban los cables, de los cuales poseo copia, dirigidos por la cancillería cubana a su Ministro en Wáshington, para que protestase del envío del General Crowder e inquiriese cuál era su misión. El "Minnesota" estuvo detenido, mientras se aclaraban estos particulares, fuera de nuestras aguas, hasta que se llenaron ciertos trámites, ya que no diplomáticos, al menos corteses.

Y el General Crowder empezó a actuar en todos nuestros asuntos económicos, políticos, administrativos, e intervino de manera decisiva en nuestro último pleito electoral presidencial.

En éste, el Partido Liberal cometió un error imperdonable al recabar del gobierno norteamericano la supervisión de

las elecciones. Y ocurrió entonces que el gobierno por un lado y los jefes del liberalismo, por otro, se disputaban a porfía ver quien se captaba mejor y más pronto las simpatías y el apoyo del Enviado personal, para colocar aquél al candidato que apoyaba, en el poder; para lograr conquistarlo, los otros.

REGALO MAQUIAVELICO

Triunfó el candidato gubernamental, y, entonces, el Presidente que lo apoyó, quiso hacerle, antes de que ocupara el poder, un regalo digno de Maquiavelo: el propio General Crowder: y, al efecto, por conducto de nuestra Legación en Wáshington, la Cancillería cubana le hizo saber al gobierno norteamericano sus siguientes deseos, según cable que conservo:

"Mayo 2 de 1921.

"Cuban Lega.

"Wáshington.

"Estrictamente confidencial. — Presidente Menocal acaba de saber que es posible se declare terminada en breve la misión del General Crowder aquí, y que se le ordene regrese a Wáshington y Presidente desea que inmediatamente vea usted al Secretario de Estado y le manifieste lo perjudicial que sería para Cuba que el General nos dejare por ahora, puesto que están pendientes de resolución muchas cuestiones en que son de grandísima utilidad los consejos y experiencias del General, por el conocimiento completo que tiene de todos nuestros problemas. — Entre estas cuestiones está la financiera y aplicación ley Torriente, ceremonial, revisión constitucional, supresión del Ejército y fijación del presupuesto, queriendo el Presidente que usted manifieste al Secretario de Estado que él tiene motivos para saber por informes fidedignos que el mismo doctor Zayas reconoce que la cooperación General Crowder es altamente necesaria y se alegraría de que continuase aquí indefinidamente por el concepto de aptitud y honorabilidad de que goza entre todos los cubanos.

Desvernine".

El doctor Zayas, negó primero que él hubiese manifestado lo que en el cable se dice, aclarando después que vería con agrado la permanencia en Cuba del General Crowder.

Y, efectivamente, el doctor Zayas comenzó su período presidencial teniendo también a su lado al Enviado del Presidente de los Estados Unidos.

La forma en que éste ha actuado en estos últimos tiempos, todos la conocen perfectamente. Ha intervenido en todos nuestros asuntos, inclusive en la renuncia y nombramiento de los Secretarios del Despacho; y ha contratado un empréstito que nos ata una vez más a los gobiernos y a la banca norteamericanos. De toda esta actuación conservo documentos y datos preciosos y desconocidos, en su mayor parte, del público: copias de los famosos memorandums, de notas, cables, tanto de procedencia cubana como americana. En su día verán la luz en un libro que preparo.

CARACTER DE LA ACTUAL POLITICA INTERVENCIONISTA

De todos esos documentos solo voy a citar ahora tres, en los cuales se determina, fija y define el carácter de la política intervencionista que los Estados Unidos están siguiendo en la actualidad con Cuba.

El primero, es una carta dirigida por el General Crowder, desde el "Minnesota", al General García Menocal, en 25 de Febrero de 1921, protestando del acuerdo del Ejecutivo del Partido Conservador contra la petición hecha por los liberales en favor de una supervisión electoral. Crowder declara en esa carta que los ciudadanos cubanos tiene el derecho de dirigirse al gobierno norteamericano para que éste resuelva sus problemas internos.

He aquí los párrafos principales de dicha carta, de la cual conservo copia completa:

"Buque de los Estados Unidos "Minnesota".

Habana, Febrero 25 de 1921.

"Querido señor Presidente:

"Ayer se me facilitó una copia de la resolución del Comité Ejecutivo del Partido Conservador, proveyendo que la condición previa para un acuerdo con el Partido Liberal, habría de ser el solemne compromiso con dicho Partido:

"De renunciar todo esfuerzo directo o indirecto, público o privado, cerca del Gobierno americano, con relación al problema electoral de Cuba".

"Siento que se haya incluído el lenguaje antes trascrito, y que expresa, como condición previa, a cualquier esfuerzo unido, en favor del restablecimiento de la necesaria cordialidad para que las próximas elecciones puedan llevarse a cabo, dentro de las condiciones normales, y lo siento por las siguientes razones:

"Primero.—Parece completamente improcedente e inoportuno traer, a la consideración y discusión, durante la presente crisis, el procedimiento que ha de regir a los ciudadanos de Cuba, al someter al estudio del gobierno de los Estados Unidos, materias que afectan a las obligaciones de los dos países, según el Tratado, y a la responsabilidad al respecto del mantenimiento de un gobierno adecuado y estable en Cuba".

Más adelante, expresa Crowder en su carta:

"El deseo del gobierno de los Estados Unidos de que la celebración de las elecciones por las autoridades, ofrezca *una completa vindicación* de la capacidad del pueblo cubano para llevar a cabo, mediante los órganos legalmente constituídos, su propia administración electoral".

Y, por último, le hace saber a Menocal su deseo, que es más bien una orden:

"De que el lenguaje antes copiado, y que establece la condición previa, por uno de los Partidos, para concertar sus es-

fuerzos en favor de la armonía entre los partidos, será eliminado, al objeto de que los Comités de conciliación puedan acometer, desde luego, su importante labor".

"De usted verdaderamente amigo,

(F.) — *"E. H. CROWDER"*.

El segundo documento es una Nota enviada por el General Crowder a su gobierno, recomendándole que éste exija al de Cuba, como condición precisa para la contratación de un empréstito, una completa intervención norteamericana en las aduanas y en todas las oficinas y asuntos de orden fiscal, en la forma más parecida posible, a la intervención que se practica en Santo Domingo:

"Habana, Julio 3, 1921.

"El primero de Julio dirigí una comunicación al Presidente Zayas, manifestándole que aún cuando sin tener instrucciones precisas de mi Gobierno, mi opinión era que, a fin de obtener la aprobación del Departamento de Estado para cualquier Empréstito, sería requisito previo e indispensable, primero que se apresurase el trabajo de la Comisión Mixta, a que me refiero en mi despacho urgente número 84, de Junio 30, párrafo 3, de revisar el Presupuesto 1918-19, reduciéndolo, y las leyes de los impuestos, aumentándolos; y, segundo, que acompañen al informe de la Comisión Mixta cálculos prudentes, hechos por peritos, que demuestren al Departamento de Estado y a los banqueros de quienes se espera que se hagan cargo del Empréstito, que el exceso de los ingresos, sobre los gastos, sería suficiente para hacer frente al pago de los intereses y al fondo de amortización, sobre toda la deuda pública, incluyendo el Empréstito o los Empréstitos adicionales que se propusieran.

"¿Debo continuar en esa actitud?

"No abrigo dudas de que Zayas solicitará, finalmente, que el Departamento sancione la emisión interior de bonos, descrita en mi despacho urgente número 86, párrafo primero, para liquidar el déficit del Tesoro Nacional y también el empréstito exterior descrito en el mismo cable, párrafos 3 y 4, el cual sería administrado por una comisión financiera cubana, satisfactoria a los banqueros y al gobierno de los Estados Unidos, siendo el

total de los empréstitos arriba mencionados, considerablemente superior a la actual deuda nacional.

"No concibo que nuestro gobierno sancione empréstitos que se aproximen a estas cantidades, *a no ser que se constituya aquí una supervisión americana* de alguna clase, *sobre los intereses del Erario cubano.*

"No necesito advertir al Departamento, que una supervisión completa, como la que se practica en Santo Domingo, encontraría aquí oposición muy determinada y, si llegara a establecerse, resultaría de ella, una crisis política, y probablemente el abandono del Gobierno a una intervención americana.

"Como alternativa, en este caso sugiero que cuando se solicite autorización para estos empréstitos, se le haga saber al gobierno cubano, que *sólo puede resolverse favorablemente la solicitud, a condición previa de que el gobierno cubano reconozca el derecho y autoridad de* la Comisión Financiera Cubana y *del Ministro Americano, para inspeccionar e informar:* Primero, *sobre todos los presupuestos anuales y todas las leyes especiales* del Congreso, referentes a créditos adicionales a los dispuestos en el presupuesto, *con anticipación a su promulgación.* —Segundo, *sobre todos los Decretos del Ejecutivo, situando créditos especiales, con anticipación a su emisión;* y Tercero, *sobre todas las leyes, suprimiendo impuestos* y estableciendo otros en lugar de los suprimidos, naturalmente *con anticipación a su promulgación;* y dejando la administración efectiva en manos del gobierno de Cuba.

"De esta manera es probable que estuviéramos seguros, en todo tiempo, de que los ingresos serían adecuados para hacer frente a los intereses y al fondo de amortización de toda la deuda pública, incluyendo los empréstitos adicionales".

Su gobierno parece que no aceptó estas tremendas proposiciones del Enviado personal, y por las cuales quería poner al Congreso y al Jefe del Poder Ejecutivo completamente en manos suyas o del que ocupara el puesto de Ministro norteamericano.

¡Y todavía se seguirá sosteniendo que el General Crowder es un gran amigo defensor de los cubanos, y que a él debemos el que nuestra República subsista y el Gobierno de su nación no nos haya intervenido ya!

El tercer documento es la Nota enviada, a indicación de Crowder, por el Departamento de Estado norteamericano al Presidente Zayas, en 9 de Febrero de 1922, sobre interpreta-

ción que el Gobierno americano dá actualmente a las cláusulas Primera, Segunda y Tercera del Tratado Permanente, en el sentido de que de acuerdo con las mismas, tiene aquél, el derecho de intervenir y fiscalizar los ramos de nuestra administración que crean oportunos; Nota que fué contestada por el Presidente Zayas el 21 del propio mes, oponiéndose a esa interpretación.

En esos tres documentos está definida y confirmada la política intervencionista preventiva que el Gobiernoo de los Estados Unidos sigue actualmente en Cuba; política nefasta para nuestra patria, y que sólo puede practicarse, no de acuerdo con el espíritu del Tratado Permanente, sino valiéndose del derecho que les dá su fuerza y su poder y de la complacencia y complicidad de los gobiernos cubanos.

Esta política ha traído como consecuencia que se pierda más y más cada día la fe en nuestra soberanía y la confianza en el Gobierno y el esfuerzo propios; con la agravante de que no ha resuelto en definitiva ninguno de nuestros problemas, y está minando los cimientos de la nacionalidad. Y cuando más daño nos hace, es precisamente cuando nos hace un bien, porque entonces el pueblo, mirando ese caso aisladamente, piensa que ese bien momentáneo se lo debemos a la intervención del gobierno norteamericano, y generaliza en el sentido de que sólo de éste podemos esperar lo bueno que en Cuba se realice, sin acordarse de los antecedentes y sin pensar en las consecuencias.

En nuestro edificio nacional en ruinas, los Estados Unidos lo que hacen, al presentarse los problemas en que intervienen, es poner puntales que evitan la caída inmediata; pero para ponerlos necesitan escarbar, ahondar y destruír más los cimientos: la nacionalidad. El daño no se vé, porque la prosperidad de la tierra lo cubre aparentemente; pero la República se va destruyendo poco a poco.

¿Qué sacamos con que en un momento dado, por la intervención del General Crowder — Enviado personal o Embajador — se sustituya un Secretario malo por otro Secretario bueno, o se interrumpa la realización de un negocio nocivo al país, si la causa o el causante productor del mal subsiste, y hasta se beneficia este último con ello? Es como si a un enfermo, para quitarle un dolor que lo martiriza, le diéramos un calmante que lo alivia, que lo mejora momentáneamente, pero que no le cura la enfermedad, y, además, lo lleva, al fin, a la muerte.

FRENTE A LA INTERVENCION: PATRIOTISMO Y HONRADEZ

Esta es la verdad, dolorosa y amarga, agravada aún más por estos dos hechos de extraordinaria y pavorosa significación y trascendencia: el que a diario, y cada día más, la tierra se nos va, pasando a manos de los grandes capitalistas y empresas extranjeras y principalmente americanas, las cuales adquieren a su vez poder y fuerza incontrastable, no sólo económica, sino también moral y materialmente, ya que en momentos de conflicto con el capital o el gobierno cubanos, tienen siempre aquellos a su disposición para defenderlos y ampararlos, en contra de Cuba, al gobierno norteamericano.

Es necesario que en todo esto reaccionemos, si queremos salvarnos; que tengamos menos egoísmo y afán de lucro y más amor al país. Y en cuanto a los malos gobiernos, el pueblo no puede ni debe sufrir sus actos perniciosos. Usemos contra ellos todas las armas a nuestro alcance, para obligarlos a que cumplan con su deber, a que sean honrados y patriotas: las armas judiciales y electorales. Usándolas debidamente, con entereza y energía, no será necesario apelar a otros recursos extremos, a veces, sin embargo, indispensables y justos.

Y con patriotismo en el pueblo, con buenos gobiernos, con honradez administrativa, con confianza en el propio esfuerzo, entonces podemos enfrentarnos resueltamente a las intervenciones del Gobierno de los Estados Unidos en nuestros asuntos interiores, y obligarlo — mientras no llega el día deseado en que se convierta en un Tratado de amistad y alianza — a que se ciña y ajuste al espíritu y a la letra de los preceptos del Tratado Permanente. Haciéndolo así, podrá resplandecer entonces, en la constelación de los pueblos americanos, libre, independiente y soberana, de hecho y de derecho, en sus relaciones exteriores y en sus asuntos interiores, la República de Cuba!

He terminado.

Los Estados Unidos

NOTAS Y COMENTARIOS SOBRE LA VIDA "YANKEE"

"Los Estados Unidos no están precisamente en New York". — No se me asociaría á la idea esta célebre frase, de un distinguido publicista new-yorkino, si mi propósito no fuera pintar las características de este país; pero en lo que verdaderamente tiene de *"yankee".*

Y digo así, aunque New York es tierra de los "yankees" y uno de sus más preciados retazos, porque tengo presente otra frase no menos célebre: *"New York de todo tiene, menos norte americanos".*

Esta afirmación parece un tanto exagerada; pero los datos estadísticos prueban que esta enorme ciudad en sus seis millones de almas no cuenta sino un 20 % de "americanos".

En cuanto se ha escrito sobre los Estados Unidos, se ha pintado y descrito á New York y tan sólo á New York, "la enorme ciudad sin corazón", al extremo de que los lectores de tales descripciones se figuren este país como una sóla é interminable ciudad enyesta de rascacielos, abigarrada de rótulos luminosos, cruzada de elevados y "subways". — Para nosotros los "Estados Unidos estaban llenos de catástrofes, cosas colosales, energía eléctrica en acción, dinamismo inconcebible, automatismo incomprensible, movimiento sorprendente, etc." Efectivamente, por raro designio, todo ello se ha reunido en la ciclópea New York como simbolizando el esfuerzo é inteligencia de todas las razas de la Tierra.

Pero hay que salir de este colosal tumulto, de esa nueva torre de Babel, é internarse en el corazón del país cuando se viene á él con el propósito de conocer sus características, ese algo

genuino que tiene en su sicología, ese algo incomprensible para el alma latina que enamorado de sus grandes progresos materiales sueña conocerlo, y por lo menos lee cuanto se ha escrito acerca de él.

Por eso, quien ha tenido la suerte de venir á contemplar de cerca tales progresos debería abandonar los atractivos de New York y recorrer los *towns* del interior del país; estudiando las costumbres típicas, las modalidades genuinas, las características de las comarcas; para luego establecer un cuadro comparativo con la fisonomía y progresos de las ciudades de su patria.

Al viajar en este país, como en cualquier otro, es necesario tener presente lo que Balmes estampó en su obra *El Criterio,* al hablar de las *Relaciones de viajes.* ¿Cómo se hacen la mayor parte de los viajes? — pregunta el filósofo español—. "Pasando más que por los lugares más famosos, deteniéndose algún tanto en los puntos principales, y atravesando el país intermedio, tan rápido como es posible; pues á ello instigan tres causas principales: ahorrar tiempo, economizar dinero, disminuir la molestia.... Resulta de ahí que todo el país intermedio queda completamente desconocido, en cuanto concierne á ideas, religión, usos y costumbres".

Luego, al tratar del: "Modo de estudiar un país", dice: "La razón y la experiencia nos enseñan que para formar cabal concepto de una pequeña comarca y poderla describir tal como es, bajo el aspecto material y moral, es necesario estar familiarizado con la lengua, pasar allí larga temporada, abundar en relaciones, estar en trato contínuo, sin cansarse de preguntar y observar".

Tratándose de "la ciudad de los rascacielos", es más que indispensable que tengamos que seguir los consejos del gran Balmes; si es verdad que esta singular ciudad de extravagante cosmopolitismo es envidiable laboratorio para estudiar las costumbres y particularidades de todas las razas humanas, no lo es así tratándose de observar el típico yankee, aquél formidable individuo, que por igual conoce la pulsación potente del músculo y el vuelo atrevido del pensamiento, cuyas inverosímiles empresas lo han colocado en el envidiable peldaño del HOMBRE de inquebrantable perseverancia, férrea voluntad, aguerrido carácter; del Hombre de empresa, del *Hombre de acción que reta el Destino y desafía á la misma Naturaleza con su típica audacia para concebir grandes cosas y su coraje para efectuarlas.*

Si aún continuamos en New York no dejará de atraer nuestra atención el sinnúmero de gigantescos edificios, que á manera de higiénicos palomares se eleven fácilmente á 30, 40 y 50 pisos; sin duda alguna, no nos resistiremos á admirar esta fantasmagoría colosal de edificios; pero la encontraremos un tanto exótica á nuestra manera de ser, su arte arquitectónico se nos presentará meramente utilitario, sus rasgos característicos de atrevimiento y fuerza, exahustos de belleza artística, sus decoraciones geometricalmente lineales, un tanto antiestéticas; todos estos detalles contribuirán á que el estado de ánimo se muestre refractario al medio y trate de buscar expansión en aquellos barrios que aunque incrustrados en el corazón de la ciudad gigante, dejan escapar efluvios del alma latina; es á aquel celebrado *Barrio Latino* que todo sud-americano acude presuroso, cuando la nostalgia lo acomete — y naturalmente pronto se asimila al nuevo medio; — miles de personas hablan su lengua, tienen sus costumbres y cientos de seres piensan como él sobre los misterios de la gran urbe, que á manera de gigantesco crisol funde todos los elementos raciales de la Tierra, tratando de amoldar un producto típico que sin conservar las características de sus componentes logre constituír un individuo de caracteres sicológicos peculiares: el *americano;* pero que no alcanza á igualarse al típico yankee de la Nueva Inglaterra, descendiente de los puritanos de la Gran Bretaña.

¿Sería posible encontrar fuera de New York aquellos americanos aguerridos y emprendedores que ha inmortalizado la preciosa obra de Julio Verne: De la Tierra á la Luna? — Posiblemente que sí, y tal vez con más facilidad y con cualidades más parecidas á la de los célebres "pioneers" del Gun Club, cuyos rasgos sicológicos nos pinta admirablemente el ideal novelista francés, diciendo: "Cuando un americano tiene algo entre ceja y ceja, pronto encuentra otro americano que lo secunde: en cuanto comulgan tres en una idea, nombran un presidente y dos secretarios, y si llegan á cuatro, eligen un archivero, y la sociedad principia á funcionar; si ganan un prosélito más, convocan á junta general y queda definitivamente constituída la sociedad ó compañía".

Aquellos "americanos" del calibre de los descritos por Julio Verne, fácil nos sería encontrar á cada paso, bastaría investigar el origen de tal ó cual compañía ferrocarrilera, de tal ó cual "trust" y veríamos que la simple idea de un individuo resuelto á trabajar fué secundada por dos ó tres hombres, cuya

mejor cualidad fué la perseverancia, y aquel "*iron will*", típico del sajón, unida al espíritu de disciplina y compañerismo de que tanto adolece el latino, y como tal el sud-americano que espera que el extranjero venga á explotar hasta las riquezas de su suelo, para luego colocarse á expensas del capital extranjero y vivir una vida económicamente servil. Grandioso espectáculo el que se presencia cuando saliendo de New York en rápido tren ó cómodo automóvil se contempla que las carreteras y caminos de fierro son interminables canales conductores de sorprendente energía, cuyas corrientes se renuevan entre el campo cuidadosamente cultivado y la ciudad de actividad de colmena y organización moderna, cuyo sello indeleble de holgura económica, impresiona á la simple vista, y hace pensar que ello no es sino el fruto de envidiables sistemas profundamente meditados por sus hombres y admirablemente puestos en práctica en la organización de sus instituciones locales.

LA EDAD DEL MOTOR ELECTRICO

Como es natural, conforme uno se interna en el país y más en él se familiariza, paulatinamente, con los tipos que á diario ve y le entra curiosidad de observarlos y estudiarlos, á poco verá en aquellos individuos robustos y ágiles, algo más que nerviosos masticadores de enormes cigarros, sus ademanes y conversaciones se le harán hasta desagradables, y cuando en el club ó en el tren, vea dos americanos de negocios que entusiasmados hablan de "dollars", se acordará de Chesterton, que decía: "No sería tan tonto de esperar que ellos hablasen de la Filosofía de Santo Tomás de Aquino; pero si ellos fuesen dos negociantes ingleses no esperaría que hablasen acerca de negocios. Probablemente sería sobre algún sport, que jamás han soñado gozarlo. *La diferencia es que el americano habla sobre su trabajo y el inglés sobre sus días feriados*". Esta última afirmación del conocido publicista inglés induce á pensar algo más sobre el americano y su costumbre innata: el trabajo, y más aún el negocio; mucho se le ha criticado por su apego al dinero, por su amor al dollar; pero no se tiene presente que: "el fin justifica los medios". El americano no busca el dollar sino para intensificar su negocio, que en realidad es el romance de su vida: vive por él y para él; en el dollar ve tan sólo un símbolo de la libertad económica, que á su vez representa una cantidad determinada de energía; y si á menudo se le oye hablar del dollar,

es por que ello le sirve de unidad para determinar la suma de esfuerzo ó energía empleados en tal ó cual cosa; y es digno de anotarse que en contraposición con el latino, el americano jamás hable de su deseo de enriquecerse, por el mero hecho de librarse de la pesada carga del trabajo. Así más de una vez se ve el caso de un millonario que se levanta á las cinco de la mañana, echa aceite á su auto, y se pone en marcha á vigilar su factoría; (este es el caso de H. Ford), mientras que un pulpero francés que haya hecho unos cuantos miles de francos pensaría tan sólo en tomar un buen vino y trabajar mucho menos que cuando comenzó á hacer dinero, y ni por un momento pensará en dar mayor amplitud á sus negocios; mientras que el americano se da cuenta de las exigencias de la industria actual y trata de renovar sus métodos y ponerse en condiciones ventajosas, porque dice:

"El futuro nos mostrará un mundo largamente electrificado; actualmente atravezamos la época del motor eléctrico. En el futuro toda corriente de montaña será utilizada para proporcionar energía para la industria. Todas las plantas de poder, sea cual fuere su clase: hidro-eléctrica ó de vapor, serán conectadas al sistema meridional de la región. La electricidad proporcionará fuerza al mundo, así como los ferrocarriles le han proporcionado incalculables ventajas para la transportación; el costo de esta energía disminuirá relativamente, así como los años pasen y el sistema eléctrico se expanda. En los años venideros cada casa tendrá en miniatura una planta de poder: en cada casa habrá una instalación eléctrica que no será más difícil su manejo que hoy correr un motor eléctrico".

"En la actualidad cada comodidad para satisfacer nuestras necesidades económicas sea cual fuere: un libro, un vestido, una mesa, etc., representan muchos caballos de fuerza y horas de energía. Es por esto que podemos medir el grado de civilización en el cual vivimos, computando el número de caballos de fuerza y horas de energía que son consumidos por capital y por unidad".

"Si removiésemos de la Tierra todo el poder de tracción, máquinas que ahora están operando, sería imposible colocar sobre el globo terráqueo suficiente cantidad de gente para producir un "amount" de comodidades igual al que ahora se obtiene con la ayuda de las máquinas de labor". Es natural que individuos que discurren rara vez con tal lógica no se dejen sorprender por las imprevisiones y que cualquier gran evolución que se realice en el

campo industrial hacía tiempo había sido planteada en el gabinete del financista, de modo que el desenvolvimiento de los acontecimientos no produce pérdidas ni perturbaciones; de ahí que mientras una gran parte del continente de Colón recién se inicia en un período de vida industrial semejante á aquel que siglos atrás en Inglaterra se le llamó el de la Revolución Industrial, la patria de los Morgan y los Ford vive y contempla un desarrollo industrial tal, que sorprende aún á la misma poderosa Inglaterra, que ayer dueña de los mares, paseaba triunfante el estandarte de su marina mercante, que hoy se ve un tanto anonadada por la sombra de la bandera de las fajas y las estrellas; mientras tanto las naciones del sur del Río Grande del Norte contemplan el vuelo triunfal del Aguila Americana que elocuentemente representada en el dollar, trata de posarse desde las cumbres nevadas de los Andes hasta los arenales de la costa; mucha razón tenía el egregio Chocano, cuando al darnos la voz de alarma, nos decía:

"Los Estados Unidos, como argolla de bronce,
contra un clavo torturan de la América un pie;
y la América debe, ya que aspira á ser libre
imitarles primero é igualarles después".

UNA SORPRENDENTE OBRA DE IRRIGACION. CANALIZACION DEL OHIO

Sin duda alguna, Estados Unidos es uno de los países que mejor aprovecha los recursos naturales de que está dotado, la enorme labor que se realiza para convertir las corrientes de agua en elementos generadores de energía eléctrica y el incansable afán de cultivar cuanto terreno arable se pueda disponer, han hecho de este país, en un período relativamente corto, uno de los centros productores de mayor importancia mundial y uno de los mercados controladores del comercio internacional; carecería de fundamento si tratásemos de afirmar que tan envidiable situación se debe tan sólo á la bondad del suelo y clemencia de la Naturaleza, es verdad que en gran parte han influído estos elementos; pero no hay que olvidar otros factores determinantes: su excepcional situación geográfica, las oportunidades ofrecidas por las circunstancias; pero más significativo aún es el "iron will" de aquellos hombres previsores y organizadores que han sabido aprovechar cuanta oportunidad se les ha presentado y más aún han sabi-

do subordinar el interés personal á la utilidad pública, haciendo que el mundo entero les admire por su típica audacia para concebir grandes cosas y su coraje para efectuarlas.

Está visto que los países indo-hispanos de América están dotados de recursos naturales tan abundantes y aprovechables como los de la América sajona; pero triste es contemplar que esta última tenga la mayor parte de aquellos recursos en actual producción, no sólo para satisfacer las necesidades de su pueblo sino aún para proporcionarlos á los americanos del sur, que consumidos por indolente inactividad pagan precios fabulosos por productos que en cantidades ingentes se desperdician en los valles andinos y las selvas amazónicas. ¿Cuándo se verá una cruzada formidable que vaya á conquistar los tesoros de las "montañas" libertando así á esa enorme masa de gente que en los arenales de la costa lleva una vida miserable? ¿No es acaso suficiente el ejemplo de los Estados Unidos, que cuando se descubrieron las minas de California, y se dieron cuenta de las excepcionales condiciones del oeste, surgió una voz imperativa que invitaba á todo el mundo á marchar á enriquecerse en el nuevo *dorado* de los Estados vírgenes del oeste? Grandioso era, sin duda, el espectáculo de aquel éxodo formidable, que, á la voz de: "Go West" marchaba incansable hacia las praderas del oeste para luego convertirlas en centros de actividad prodigiosa. Pero ya que por el momento no es posible realizarlo, cooperemos por lo menos en una obra ya iniciada: la Irrigación de nuestra Costa; no cabe duda que el patriotismo de muchos de nuestros hombres hará que esta obra de interés nacional sea coronada por el éxito; pero es indudable que el buen resultado de tales empresas depende en mucho del espíritu de honradez y cooperación de los ciudadanos y ya que los ejemplos son las lecciones más elocuentes, tratemos de imitar uno de tantos que á menudo nos ofrece el pueblo americano. Tratándose de obras de irrigación hay uno de enorme trascendencia y digno de estudio: La irrigación del valle del Miami. A grandes rasgos, las siguientes son las notas más culminantes: Ohio es una gran región fértil (véase el mapa de Estados Unidos) conocida con el nombre de *Miami Valley;* en 1913 una inundación barrió sobre el distrito, ocasionando la muerte de varios cientos de personas y causando pérdidas enormes en la propiedad personal, pérdida avaluada en muchos millones de dólares. Siguiendo las consecuencias que produjera este desastre, la gente de Ohio dió un espléndido ejemplo de unión y cooperación; bien

que allí hubieran muchos grupos con marcadas divergencias de intereses.

"Primero, según dice Mr. Parsons, adquirieron un verdadero "leader", un notable y renombrado ingeniero; entonces, cada grupo subordinó su más inmediata ventaja personal al último buen resultado del proyecto. *La política fué arrojada ó descartada, los políticos desterrados de toda consideración;* el pueblo preparó su propia labor, la cual fué diseñada y estudiada desde el punto de vista de eficiencia científica. El trabajo de canalizar y hacer fértil el valle del (Ohio) Miami, aseguraba un éxito para todos, por lo que el trabajo fué considerado como una obra pública, y su ejecución fuera de disputa de las objeciones de aquellos que consideraban que la prosecución del plan significaba la deposición de los derechos domésticos. El trabajo de Ohio ha sido el más grande proyecto de ingeniería lanzado en este país desde la construcción del canal de Panamá; dicha obra fué manejada sin despilfarro y en una forma que no solamente es un timbre de honor para los ingenieros americanos; sino, también, es un monumento permanente al buen sentdio de las gentes de muchas comunidades que fueron suficientemente inteligentes para deponer todo interés personal y laborar por el bien común".

LA FUERZA HIDRAULICA Y LA PRODUCCION DE ENERGIA PARA LA INDUSTRIA

Lo que da lugar á un "Affair Nacional" y en lo que consiste una "Pérdida Nacional", en los Estados Unidos

Los Estados Unidos á pesar de ser uno de los pueblos que tiene aprovechada gran parte de su fuerza hidráulica, y tal vez uno de los que mayor cantidad de energía desarrollada posee, es á la vez uno de los que más se preocupa de la inmediata aplicación de la fuerza hidráulica, ya sea para producir energía para la industria ó para irrigar los campos poco favorecidos por la naturaleza; la verdad es que en la actualidad estos son problemas que por igual preocupan al pueblo, al Estado y al Gobierno Federal, y especialmente al Ingeniero, al Industrial y al Capitalista, quienes alentados por la convicción de ser capaces de ejecutar la obra más grande que la ingeniería moderna se haya propuesto, no ven la hora de poner en juego sus actividades para lo que exploran su territorio en todas direcciones, miden y calculan has-

ta encontrar un problema, lo plantean y á poco de resuelto en el gabinete, lo ponen en práctica; si su ejecución es tardía del tablero del ingeniero surge un "National Affair", que basado en cálculos, prueba la inaplazabilidad de una obra pública.

Hace algún tiempo se discute la necesidad de aprovechar las aguas del río Colorado, ya sea en la irrigación ó en una gran planta hidro-eléctrica; como el problema tardase en ser resuelto, un fogoso ingeniero planteó el siguiente problema: "El río Colorado acarrea, anualmente, al Golfo de California 688 billones de pies cúbicos de agua, lo cual sería suficiente para la irrigación de toda la hoya del Colorado. Este caudal contiene: 165 millones de pies cúbicos de materias sólidas, lo cual constituye un *"reservoir"* de una milla cuadrada y 125 pies de profundidad. *El desperdicio anual de este enorme tonelaje de materia sólida, constituye una pérdida nacional".*

Como el desperdicio de las materias sólidas del río Colorado ha originado un "affair nacional", es de interés conocer las consideraciones de Mr. Floyd W. Parsons, distinguido colaborador de World's Work Magazine, cuyos estudios acerca de estos asuntos son extensamente conocidos en los Estados Unidos, siendo los siguientes, los más importantes datos: Uno de los más poderosos ríos del mundo nace del deshielo de las montañas de Wyoming, entre los lagos alpinos en el corazón de las montañas rocallosas, (Estado de Colorado, EE. UU.), cientos de ríos y riachuelos se unen, para formar uno de los mágníficos ríos de la Tierra; estudios practicados en su curso, demuestran que tres mil millones de caballos de fuerza pueden ser desarrollados: aquí surge el gran problema: Aprovechar este enorme caudal para convertir en campos fértiles los flancos áridos del Colorado ó dedicarlo á la generación de energía para la industria, ó armonizar ambas utilidades.

La hoya del Colorado abarca un área igual á la ocupada por los estados de Minnesota, Wisconsin, Iowa, Illinois y Missouri; es la espina dorsal de la tercera parte del área continental de los Estados Unidos, y sería capaz de mantener una población de 75 millones de habitantes; se concibe que la hoya del Colorado tiene de seis á siete millones de acres, terreno arable, área más extensa que las combinadas de Rhode Island, Connecticut y Delaware; es fácil calcular la virginidad de esta región al tener en cuenta que de Wyoming á México no hay más de 500 mil habitantes.

Cada milla cuadrada de esta región tiene más ó menos 2 personas, mientras que algunas de la India tienen una densidad

de 500, muchos países de Europa 300, y 200 el estado más poblado de los Estados Unidos.

Las principales salidas de la región, serán: Denver, Salt Lake City, y la ciudad de los Angeles, California; dichas ciudades por todo propósito práctico deben ser consideradas como parte de la hoya.

El Colorado, es una de las corrientes menos conocidas en el hemisferio occidental, es la tumba de civilizaciones que florecieron en pasadas edades; los enormes bancos cincelados por el río son surcados por las viviendas de gentes de misterio y de leyenda. Hace centurias estas civilizaciones construyeron sistemas de irrigación que permanecen visibles, en parte, inspirando el respeto y admiración de los ingenieros contemporáneos, (estos sistemas de irrigación son inferiores á los construídos por los Incas).

El valle en el cual el Colorado ha escabado su lecho, es morada del Navajo, el Hopi Indians, los Pueblos y los Penitentes famosos por su cristianismo medioeval y su anciano barbarismo. (Esta región ofrece mucha semejanza á la montañosa del Perú, ríos amazónicos).

Se han hecho extensos estudios por los habitantes del Sud Oeste, sobre la importancia del río Colorado, habiendo llegado á la conclusión de tener que edificar una gran represa que, cruzando el "Boulder Cañon", pueda acumular las aguas de este poderoso río; Mr. Davis, Director del United States Reclamation Service, proyecta una construcción que sea capaz de acumular un volumen de agua igual al desperdiciado durante un año; el dique tendrá 700 pies de alto, aproximadamente la altura de Arrowrock Dam en Idaho, ahora el más alto dique de su clase en el mundo. La construcción del dique en el Boulder Cañón estancará las aguas del río Colorado, formando un reservoir de un área de 200 millas cuadradas y una profundidad de 350 pies. Este inmenso volumen de agua será comparable al de uno de los grandes lagos en el Estado de New York, y constituirá el más grande lago artificial en el mundo; la finalización de la obra facilitará la operación de una línea de vapores para conducir turistas al Gran Cañón, "el maravilloso lugar de América", cuya esplendidez puede compararse con la magnitud é intrepidez de concepción de este proyecto de ingeniería, el cual transformará un imperio de infecundidad en una región pletórica de exhuberancia y producción.

El proyecto del estancamiento de las aguas del Colorado es un buen ejemplo de las atrevidas concepciones de la ingeniería yankee, en las que parece que es indispensable unir á la mayor utilidad práctica de la obra, la magnitud llevada á veces hasta la exageración, como queriendo patentizar la "indiscutible superioridad americana".

EL PROBLEMA DE LA PRODUCCION DE ENERGIA ELECTRICA

Ahora treinta años el total de caballos de fuerza producidos por los motores eléctricos, en las industrias manufactureras de los Estados Unidos, alcanzaban tan sólo á *diez y seis mil;* en la actualidad los caballos de fuerza, producidos por motores, suman la enorme cifra de *diez millones,* sorprendente aumento por el que con razón ha dado en llamarse, á la época actual, "la edad del motor eléctrico en la tierra del Tío Sam".

Como es natural, este enorme poder mecánico, significa la substitución de la labor humana, que en muchos casos ha sido casi completamente depuesta; la industria del acero ofrece una clara ilustración: "Durante el reciente período de diez años, la producción del acero, en toneladas, ha aumentado un 71 por ciento, mientras el incremento de trabajadores alcanza tan sólo un 20 por ciento".

Un notable ingeniero americano dice: "Los progresos que tenemos hechos en nuestras industrias de poder y eléctricas parecerán insignificantes en comparación con el gran avance á lo largo de estas mismas líneas en un futuro no muy lejano. Enorme energía hidro-eléctrica corre por los Estados Unidos, malgastándose una cantidad tal que equivaldría á la labor diaria de un millón, ochocientos mil hombres; treinta veces la población adulta de la nación".

El total de las industrias en los Estados Unidos requieren, según autorizados cálculos, cuarenta millones de fuerza motriz; de este "amount", 25 millones de caballos de fuerza son empleados en la industria manufacturera; las tres cuartas partes de esta energía son desarrolladas por carbón.

Consideraciones estimables indican que en los Estados Unidos existen *cuarenta millones* de caballos de fuerza hidráulica no desarrollada aún; ó sea un total mucho más grande que el actualmente empleado en todas las manufacturas y plantas eléctricas del país. Es interesante darse cuenta de la enorme importancia

que tiene el desarrollo de esta enorme energía latente; datos estadísticos demuestran que: la explotación, transportación y combustión de cada mil toneladas de carbón usadas en las estaciones centrales de poder, requieren los servicios de 2'73 hombres por tiempo de un año; sgún cálculos practicados cada mil toneladas de buen carbón, producen 128 caballos de fuerza por un año de tiempo: "Si se fuera á desarrollar los cuarenta millones de fuerza hidráulica, dice una autoridad en la materia, nos eximiríamos de la árdua labor de explotar 312'500,000 toneladas de carbón anualmente, lo que representa el empleo de 853,125 trabajadores; para la extracción y utilización — mientras que para operar los 40 millones de caballos de fuerza hidráulica sería menester tan sólo la labor de 40 mil operarios" — La realización de tan vasto plan de desarrollo hidráulico libertaría de las minas de carbón y faenas derivadas, á más de 800,000 obreros, que podrían ser empleados en otras industrias; está visto que por cada 50 caballos de fuerza motriz que son desarrollados en este país, un hombre es dado de baja de una mina de carbón ó una planta eléctrica.

Los Estados Unidos están divididos en seis ú ocho zonas de poder, teniendo cada una un completo sistema de transmisión; la primera zona, North Atlantic seabord, tiene una base de "super power", línea de Wáshington á Boston; Mr. W. S. Murray, jefe de este sistema, cree poder transmitir *500 mil caballos de fuerza á 300 millas,* con tan sólo el 10 por ciento de pérdida.

En la región comprendida por esta zona, hay una población de 24 millones de habitantes; pero el territorio representa sólo el 2 por ciento del área total de los Estados Unidos; dentro de este pequeño perímetro se extrae el 40 por ciento de la producción de carbón en este país.

Una minuciosa investigación de esta congestionada región manufacturera ha revelado que si los pasos para resolver el problema de fuerza en Pensylvania, New York y New England, no son tomados tan pronto como sea posible, habrá un alza en el costo de fuerza motriz, impidiendo el normal desarrollo de la industria manufacturera, y la emigración de factorías á regiones donde la fuerza motriz sea barata. Se calcula que el consumo de carbón en esta región alcanza á 51 millones de toneladas anualmente.

Prácticamente en cada parte de los Estados Unidos, donde hay gran poder hidráulico, surje una división de opiniones, sobre los mejores métodos de utilización de dicha energía. "El Niá-

gara es el hueso de querella en el Este". La energía equivalente del Niágara se calcula en seis millones de caballos de fuerza; esta corriente de energía es guardada y renovada constantemente por las leyes de la naturaleza. Las cataratas del Niágara presentan un grandioso espectáculo, el que es visitado anualmente por el 1 por ciento de la población del país.

Hablando del Niágara, Mr. Parsons, dice: "La verdad es que miles de caballos de fuerza que ahora se pierden en las cataratas, pueden ser utilizados en una gran extensión, sin reducir materialmente el nivel de la parte navegable del Niágara, y sin destruír la grandiosidad escénica de las cataratas; es posible ejecutar trabajos en el Niágara, que con mucha menor cantidad de agua produzca el mismo efecto escénico, proporcionando al mismo tiempo un útil desarrollo de trabajo". — "El Niágara es una maravillosa herencia nacional, la cual puede servir más extensamente para beneficiar á la Nación sin destruir su valor estético".

Para darse cuenta del inmenso interés que en este país se toma por el desarrollo de la electricidad y su aplicación, es indispensable, así sea á grandes rasgos, anotar los grandes trabajos del Oeste y los sorprendentes proyectos. Según estudios realizados recientemente, los recursos utilizables en el Oeste son grandes; los ríos y las corrientes de las montañas, tienen una dirección O. desde las crestas Rocallosas y la Sierra; poseen potencialidad dinámica, que utilizada, sería capaz de convertir en campos fértiles las extensas quebradas áridas y proporcionar la fuerza motriz necesaria para la creación de activas poblaciones y grandes industrias. Estas corrientes que se dirigen hacia el océano Pacífico y el golfo de California, poseen el 43,6 por ciento del maximum total de la potencialidad hidráulica de los Estados Unidos.

Los recursos hidráulicos de varios Estados se distribuyen, como sigue: "Wáshington, el Estado, 125 caballos de fuerza por milla cuadrada; Oregón, 68; Idaho, 60; California, 49; Montana, 28; Utah, 15,5; Colorado, 15,3; Connecticut, 27,6; Massachusetts, 27,6; New Hempshire: 26.3; New York: 34,3; West Virginia, 43,5 y Vermont, 17,6". Los datos corresponden tan sólo á algunos Estados del Oeste y Este.

En cuanto á la fuerza hidráulica ya desarrollada, California colócase á la cabeza de los demás Estados; pues, posee cuatro millones de caballos de fuerza de los que ya tiene desarrollados un millón. La nueva planta hidro-eléctrica, que una conocida compañía del Oeste, pondrá muy pronto en operación, en California,

tendrá 92 mil caballos de fuerza; lo que hará posible el ahorro de 880 barriles de petróleo, empleados para generar un equivalente de energía eléctrica á vapor, con un gasto de tres millones de dollars.

El desarrollo total de la fuerza hidráulica de California representará la inversión de un capital no menor de un billón de dollars. Dada la actual demanda de fuerza motriz, se calcula por ingenieros de experiencia, que los cuatro millones de caballos de fuerza hidráulica de California, serán desarrollados y puestos en uso dentro de los próximos 15 años. Si la electrificación de los ferrocarriles á vapor de la costa del Pacífico no difiere el desarrollo total de sus caballos de fuerza, la obra será consumada dentro de 10 años.

La importancia de la industria hidro-eléctrica en el Oeste de los Estados Unidos, puede apreciarse con más amplitud por el siguiente hecho: La energía eléctrica trasmitida á la ciudad de Los Angeles, California, recorre 241 millas por dos circuitos operados á una presión de 150,000 wolts; siendo el más alto voltaje, hoy en uso en este país, para la trasmisión comercial de fuerza eléctrica. Otras líneas que serán puestas en operación el próximo año trasmitirán energía eléctrica á una presión de 220 mil voltios.

La finalización de estos trabajos hidro-eléctricos en California, iniciará, según acertadas opiniones, una nueva era en la vida industrial de los Estados del Oeste; pues, coincidirá, precisamente, con la declinación de la producción del carbón, que aún hoy mismo se hace penosa, originando el grave problema universalmente conocido en este país: "*The Coal Problem*".

Como se tiene apuntado, anteriormente, la espectativa de la cuestión es que el empleo de la fuerza hidráulica para la generación de energía eléctrica hará posible el ahorro de una inmensa cantidad de carbón y petróleo, que en la actualidad se destina á tal fin; ahorro que á su vez será empleado para el incremento de nuevas industrias, cuya organización se proyecta y se ejecuta en este país con rapidez asombrosa.

La utilización de la enorme fuerza hidráulica de California traerá el establecimiento de la más importante planta hidráulica en los Estados Unidos, si no lo es en el mundo entero.

Alberto ARCA PARRO.

El Angélico

(Conferencia dada en la Facultad de Letras de la Universidad de Lima).

Señores:

Tratando yo de enriquecer la *"Biblioteca clásica dominicana"*, que publico con nuevos monumentos olvidados, me encontré en Lima con uno muy interesante de un poeta épico limeño—el primero épico de estas tierras,—muy digno de exhibirse y cantarse: *"El Angélico"* del P. Fr. Adrián Alecio, publicado en España en 1645. Su muerte acaeció pocos años más tarde, pues se anuncia en el Capítulo Provincial de 1657, como acaecida el cuadriennio anterior.

El mes pasado dí con un ejemplar del "Angélico" y me puse a estudiarlo. El caso trascendió algún tanto, y he sido requerido para dar una conferencia sobre él, en la clásica Universidad de San Marcos, primer centro de esta clase, que los españoles, y en particular los Domínicos, fundaron en Sud América. Juzgad si podría yo negarme a hablar en este Partenón de la Ciencia, por insignificantes que sean mis cualidades de conferencista.

Mi primera preocupación, al convencerme de que el poema valía y de que debía ser el primer poema épico escrito por un peruano, y acaso por un americano, fué la de comprender por qué yacía en el silencio, ya que no se le cita más que en las bibliografías, donde aparecen todos los impresos, buenos y malos. . . . Me parecía a mí tan difícil que, acabando de llegar a Lima, fuera a descubriros vuestro primer poema épico en el año de 1923...

Pues bien, yo lo atribuyo: a) al asunto, que se ha tenido por escolástico y ageno a la poesía, siéndolo sólo en parte mínima; a las innumerables erratas, sobre todo, de puntuación, que

empiezan por hacer ininteligible la primera quintilla, y a la natural desconfianza del metro breve para los poemas heróicos y a la preocupación actual contra la literatura conceptista, de la que está impregnado el poema.

De las erratas de la edición murciana, no os diré sino que el autor horrorizado al ver su obra llegar tan otra de la que había mandado, le antepuso un prefacio con epígrafe de *"Satisfacción"*, del que tomo los siguientes y bien parlados párrafos: "De lo remiso en los Padres, no pocas veces sacan lo estragado los hijos, pero más son las que éstos vuelven a sus casas con lo malo que fuera dellas se les pega; volvió a mi celda este mi primogénito tan otro del que engendró mi entendimiento, tan distinto del que parió mi pluma, que a no traer tanto de desgraciado, apenas conociera en él algo de lo mío.

"Imprimióse en España (Oh, y nunca se imprimiera!) sin asistencia de confidente amigo y con prisa de oficial atento al interés, no al acierto. Y así no le hubo en la impresión, de que se ha seguido con descrédito del original, que a la ignorancia (la que todo lo desluce) le hayan parecido disparates de la obra lo que son defectos de prensa, lo dormido en ésta, no lo desantento en mí; trocó las letras, mudó las palabras, olvidó las comas, huyó los paréntesis, ocultó los puntos, erró las exclamaciones, confundió los interrogantes y excusó las citas sagradas y humanas, y los dos últimos Cantos (atajo debió de ser de mano perezosa, si ya no cuidado de alguna envidia atenta), ella negó a la luz, más de cincuenta quintillas (pienso que no de las menos acertadas). Y esto (que?) aún en el mayor tomo fuera mucho estrago, en tan pequeño cuerpo, ¿qué de notable daño dejaría?"

Tantos eran los yerros, que el censor de la obra, que es el notable historiador y sabroso prosista agustiniano, P. Bernardo de Torres, muestra su *"sentimiento de los muchos yerros de la estampa"*.

Al citar este nombre y su vejamen, no es posible dejar de anotar lo singular de la censura. Imitando a Fr. Luis de León, su ilustre hermano, en lugar de hacer una al uso de entonces, quiso ensayarse él con versos parecidos, ciertamente ingeniosos, como salidos de la pluma del fecundo escritor. Después de una carta en que se disculpa de no poder hacer lo que está haciendo, como en el soneto de Lope, se embarca con cuatro décimas del mismo metal del autor. Leamos siquiera la última:

"Justo fué que en tan discretas
Voces cantase loores
Al Angel de los Doctores,
El Fénix de los poetas:
Canta, pues, sus bien perfetas
Virtudes; su vida santa:
Que no más noble adelanta
Su gloria cuando la aumenta,
Quien más sutil le comenta
Que quien tan dulce le canta.

Si el P. Torres no hubiera tenido a Alecio por trovador eximio, no tendría disculpa, por muchos derechos que concedamos a la amistad, al proclamarle públicamente: *"Fénix de los poetas"*, como a Sto. Tomás *Angel de los Doctores.*

Pasaba indudablemente ya por gran poeta. El P. Maestro Juan Ortega en la censura hecha por orden del P. Arguinao, catedrático de Prima de esta Universidad de San Marcos, dice que *"Si bien del P. Fr. Adriano ya teníamos la muestra en algunos poemas sueltos en que por la uña conocíamos al León"*. Y añade, con enfática frase: *"cuantas palabras, tantas estrellas* llueven de su boca". El Maestro Figueroa lo compara a Homero, Virgilio y Ovidio, y a Lope de Vega, que llenaba entonces el mundo.

Cualquiera que sea la idea que hoy nos merezca como poeta el P. Alecio, a sus contemporáneos, se ve que les mereció los mayores aplausos. El gran historiador Meléndez, que escribió los *Verdaderos Tesoros de las Indias,* después de la muerte del vate, asegura que su poema *"ha sido celebradísimo"*.

El culteranismo, el conceptismo, con ser un hecho cierto, una invasión, es un coco en la historia de nuestra literatura. En España han sido desdeñados durante un siglo, los escritores conceptistas, por el hecho de serlo. Salvó Quevedo, porque su popularidad le defendió de académicos chirles; salvó Calderón, elevado a las nubes por los literatos alemanes; resucitó después del naufragio, por su talento colosal, el Jesuita Gracián; pero la condena sigue todavía, la amnistía no aparece, y decir conceptista culterano, gongorino en la literatura, como decir barroco y churrigueresco en el arte, como decir inquisidor en la religión, son sambenitos que sin examen se cargan en montón y con éxito, a hombres de los más excelsos prestigios.

Sin embargo, el conceptismo tiene cosas divinas y repre-

sentantes de la mayor altura; el churriguerismo es el brote, el desahogo de la imaginación soñadora meridional, presa en las líneas del frío greco-romano, y aún del gótico, que sólo llena en enormes alturas; la inquisición cuenta por cientos los hombres que dieron la vida por su prójimo.

Es menester arrojar los manidos clichés, desechar los tópicos de los espíritus perezosos, y darse a un análisis imparcial y científico.

Recuerdo a este propósito, la visita hecha a Salamanca por doña Emilia Pardo Bazán, en el homenaje a Gabriel y Galán. La insigne escritora, después de leer su precioso discurso, recorrió los innumerables monumentos de nuestra *Roma la chica,* los admiró todos como era de rigor, en su cultura, pero al acceder a los ruegos de escribir sobre lo que más le hubiese interesado, desdeñando, como si dijéramos, los asombrosos monumentos romanos, bizantinos, góticos, platerescos, neo-clásicos, clavó su pupila inteligente y ensayó su brillante pluma en una capillita churrigueresca de la Virgen de la Veracruz; porque la encontró tocador digno de la excelsa señora, por su riqueza y su decorado, fruto de un amor tierno y de una imaginación inagotable. Eso son la mayor parte de las magníficas iglesias mexicanas, y aún de muchas de Centro y Sud América: decoración y deborde de imágenes; como si dijéramos en literatura: conceptismo y desbordes de ingenio.

Es trabajoso seguir el vuelo de esas fantasías, ante las cuales los arabescos son un ensayo; pero es quizás más útil estudiar una ingeniosidad de sus composiciones que las mil líneas rectas de otras que nada dicen de nuevo, y con nada recóndito y exquisito convidan.

No importa que un escritor sea conceptista, y que por el hecho de serlo, tenga a nuestros ojos más faltas que un escritor vulgar de buen gusto, si reune, a la vez, más acendradas y sólidas bellezas.

En la literatura, como en la santidad, no se canoniza lo vulgar, aunque constantemente haya sido bueno, sino lo extraordinariamente bueno, aunque haya tenido sus ráfagas, y hasta sus épocas de malo.

Sobre todo en poemas épicos hay pocos Torcuatos, que hayan hecho una obra con cantos de igual mérito. Esa poesía suele aparecer como los yacimientos auríferos, en capas de distinto grosor, y con mezcla de escorias inútiles. Mas, así como el minero lo que busca es mucho oro, sin que le preocupe el tener que

cribarlo, así el lector en los poemas heróicos, ha de satisfacerse con hallar abundante cosecha de pasajes que estilicen un gesto, que hagan cristalizar un carácter, que denoten la huella de un escritor genial y talentudo, presentando una figura, o un desfile de ellas, que interesen a la humanidad, o a algún pueblo siquiera.

¡Pobre de nuestra literatura, si fuéramos a analizar con otro criterio las obras maestras de ella!; si exigiéramos a los grandes poetas, ni siquiera a los grandes prosistas el mismo metal en todas sus composiciones, o en las diversas partes de una misma. Hijos de su tiempo fueron todos y de sus particulares idiosincracias. Lope no deja de ser inmortal, aunque desechemos los cuatro quintos de sus versos; Quevedo a veces necesita un Edipo; Calderón es intrincadísimo en sus *Autos Sacramentales.* ¿Qué más? No hay literato de profesión capaz de entender a Horacio, a Ovidio, al Dante, sin las notas de los eruditos, que a fuerza de indagaciones revelan el sentido de las mil alusiones mitológicas, históricas y contemporáneas que ellos tenían interés en poner de un modo recóndito, para que los tontos sintiesen ante ellos su inferioridad, y los doctos advirtieran su extensa cultura y su ingenio.

Doy, pues, por supuesto, que Alecio es hijo de su tiempo, que es conceptista, y que en un conceptista pueden culminar las más excelsas prendas literarias, ya que es vicio de exceso, cuando es contínuo, y es modalidad de nuestra raza desde el Arzipreste y Pérez Oliva y Encinas hasta Lope, Quevedo, Góngora, Calderón y Gracián, autores de obras inmortales, a pesar de un conceptismo, que en los últimos es una congestión.

Lo que aquí importa es saber, — verlo empíricamente, — si en Alecio a pesar de sus versos cortos y de su conceptismo, hay recursos para expresar con gravedad lo heróico, con ternura lo idílico, con brevedad lo trágico y complicado de la narración que se propuso, y si el héroe de ella, tan grande e interesante a toda la cristiandad, como Tomás de Aquino, sale de su pluma augusto y representativo.... Si eso logramos encontrar en él, debemos saludar su poema como una aparición, y aunque sean conceptuosos la mitad de sus versos, reconocer en él al genio de la raza, recóndito y sútil, para quitarnos la modorra y hacernos discurrir buscando la sustanciosa fruta bajo la fea corteza, y hasta la blanda y dulce almendra bajo la dura y amarga cascarilla. Si es más grato para nosotros descascarar la fruta y tomarla que recibirla ya mondada, también lo será el discurrir un poco, antes de

penetrar un sentido ingenioso, que el entenderlo todo sin esfuerzo. En todo caso pensad que si no pasa por vuestra alquitara un cincuenta por ciento de Alecio, si sus siete mil y pico de versos los dejáis en tres o cuatro mil, en nuestros modernistas, con el mismo alambique, os tendríais que quedar con una proporción inferior. Ello no importa mucho; porque los versos de nuestros clásicos que hicieron fortuna, los versos de ellos que tienen valor dinámico, por decirlo así, que son buscados y recordados, son menos en número que los olvidados, que a nadie interesan. De los varios millones de versos de Lope, todos nos contentaríamos con que uno anduviese en efectiva circulación. Contentémonos, pues, con que de los siete mil de nuestro poeta, tan celebrados en su tiempo, queden dos mil para celebrarlos y saborearlos en el nuestro, como manjar del día. Más de mil he copiado en esta conferencia.

No es muy de extrañar que los literatos lo despachen como un *infeliz ensayo épico de materia piadosa*, y no se tomen el trabajo de leerlo. La vida de un santo tan recogido como Santo Tomás, que ni siquiera llegó a Prior, y que escribiendo siempre, y refutando errores, no matiza las refutaciones con una frase agresiva, y disputando toda la vida, nunca pierde la ecuanimidad, creería cualquiera que se prestaba más para la égloga y el idilio que para las resonancias épicas. Su escuela, por ser demasiado extensa, por ser mundial y tener partidarios en todos los países, tampoco da materia a la trompa luchadora de la epopeya, ya que fuera posible reducir a poema las cuestiones abstractas de la escuela. Los críticos pensaron *a priori* que Alecio no podría ofrecernos más que una forma de la Cristiada, pero sin el fondo de la Cristiada, que es de interés eterno y perceptible. Lo pensaron así, y no le leyeron, contentándose los más con la portada, para hacer la nota bibliográfica y deteniéndose tres o cuatro hasta advertir su conceptismo.

Se comprende una epopeya teniendo por asunto a un fraile, si este es el P. Valverde, que presencia la conquista del Perú, es el primer Obispo de estas tierras y termina comido de antropófagos; si es un P. Las Casas, un Savonarola, o un Cisneros. Pero en Santo Tomás, metido fraile a los 15 años, enterrado en sus cátedras y libros hasta la muerte, y dotado de una dulzura y mansedumbre proverbiales, ¿es posible hallar asunto de lucha, de pasión, de grandes intereses rescatados y propios del plectro?

Pues sí, señores; eso sí que nos lleva a una rotunda afirmación; Alecio vió la vida de Santo Tomás como un escenario en el que surgen al canto de su lira las pasiones más hondas, las luchas

más sangrientas. La he visto y es así, que él no tenía derecho a inventar,— ni inventó,— en un poema histórico, más que la forma y los detalles episódicos.

Es verdad que a la formación intelectual, al estudio de la naturaleza, a la aprobación de sus obras, a la prosperidad de su escuela, y a sus extraordinarias virtudes consagra Alecio muchas estrofas. Pero, ¿es que la vida intelectual es tan fría que va a estar segregada de todos los poemas, como algo inhumano imposible de ser cantado en heróicos versos?; ¿es que las delicias del estudio, el paso del estro de la inspiración, el placer inefable de la virtud callada, los éxitos de las obras maestras no pueden hallar sagaz observador y canto propio? Eso hay que verlo, y a verlo vamos, analizando a la ligera los diez Cantos de *"El Angélico"*, extractando de ellos lo que hace a nuestro propósito de hoy.

INVOCACION

Los poetas épicos suelen empezar por una *invocación* a las Musas, a las fuentes de Grecia, a los mil recuerdos que como consignados en Homero y Virgilio prueban en el autor cultura clásica, al aludirlos. Alecio empieza desdeñando expresamente esas invocaciones, y sustituyéndolas por la invocación a Jesús, a la Virgen, a su patria, y a su héroe Santo Tomás de Aquino.

A su patria le dice, entre otras cosas:

Tu Lima, mi estilo bajo
permite, y aunque imperfecto,
coge el cumo del trabajo,
que apretado de un afecto,
te ofrece tu menor gajo.

Reciba de un Adriano,
Pauon de oro Iuno vana
y tú de otro tuyo gana,
en punto de Canto llano,
letra de historia Christiana.
No dudo que a honrarte valgan
hijos mil, que más ahonden;
pero mis versos responden:
¿es mucho que estrellas salgan
quando los soles se esconden?

A Santo Tomás, termina por decirle:

Angel, a mi pluma asiste,
o dame la tuya aquí;
escriuiremos assi,
tu lo que de Dios supiste,
y yo lo que sé de tí.

Nace el niño de la familia imperial de los Condes de Aquino, después de ser anunciada su gloria por un monge, que no crea el poeta, pues figura en la leyenda antigua de Santo Tomás.

Ella nos cuenta, igualmente, que estando en los brazos de su aya, vió venir un papelito por los aires, en el que estaba escrita el Avemaría; el niño cogió el papel con alborozo, acariciándolo; al quitárselo lloró amargamente, y al devolvérselo se lo tragó en seguida.

Ved como inmortaliza Alecio este idilio de la leyenda angélica:

Despierto en la cuna estando
una vez (que nunca el sueño
fué de espacio en Tomás dueño)
llevado de viento blando,
vió passar papel pequeño.
Menos viva en aire vano
registra auezilla, y toca
hojas de azahar temprano,
que el niño, abierta la boca,
al papel tiende la mano.
Como en árbol siempre fresco
por corrientes que lo riegan
amigablemente bregan
dulce fruta y manso viento,
el niño y el papel juegan.
Como alegres se remozan,
si gusano no los muerde,
mouidos de aire que gozan
jazmín blanco y hoja verde,
papel y niño retozan.
Como cuando se atraviesan
noche y aurora no cesan
y el Sol a apartarlas marcha,
se mezclan rosa y escarcha,
papel y niño se besan.

Quítanle el papel y el niño llora suplicante. Alecio copia así:

Con lágrimas que en la pena
son armas de mudo ruego
suspiros da, que son luego
respiración de azucena
que está recibiendo riego.
Suelta en curso cristalino,
lágrima hasta el labio vino,
para que así no le falte
retoque de blanco esmalte,
a rubí, que luce fino.

Santo Tomás crece, y sus padres determinan mandarle instruírse al célebre Monasterio de Montecasino, para que el aristócrata de la sangre, lo sea de la virtud y del talento.

Aquí el Predicador General P. Alecio, pone paño de púlpito, pero es para encaramar las letras sobre las armas y para fustigar a los que todo lo esperan de la sangre azul. Es mucho lo que dice. ¿No tendrá disculpa celebrando al Príncipe de los Doctores?

Leamos algo, que no vendrá mal repetir en una Universidad, un canto a las letras y a la virtud callada:

Regeneran al villano,
y al hidalgo, al cortesano,
enriquecen la limpieza,
siendo letras en nobleza
diamantes en blanca mano.
Rompe el botón rosa bella,
noble tanto, que la aclama
el prado, y Reina la llama;
y el alba después en ella
letras de aljofar derrama.
Como es adorno, aunque frío,
no lo excluye poderosa,
antes sin mostrar desvío,
coge alegre, bebe hermosa
lo menudo del rocío.
Blasona loco desgarro
ser rama del árbol bizarro,
con presunción engañada;
que la sangre más colada
sale con heces de barro.

Nobleza cabal pregono
la que en letras dobla abono
a antigüedad generosa;
como el que letra ingeniosa
la viste de dulce tono.
Letras descendencias alzan,
libros familias postradas,
de honor visten, de luz calzan,
y memorias bosquejadas
perfeccionan y realzan.
Diga quien audaz presume
cuando en escuadras que trace
vista arnés, rodela embrace,
que ansi enemigos consume,
y el que escribe ansi los hace
Que yo el valor soberano
del docto desvelo escojo;
que tanto empeño no es vano,
pues cuando la envidia al ojo,
la fama tiene a la mano.
Padres hay (caso infeliz!)
que es malo siempre su hacer,
y al niño riñen, sin ver
que a la rama la raíz
da el humor con que crecer.
Con los hijos al criallos
para más ennoblecellos
deben ser, y esto es amallos,
si hormigas a enriquecellos
águilas a provocallos.
Solicitarles riqueza
y no enseñarles pureza,
poca medra viene a ser;
que si el madero ha de arder
¿qué le importa la corteza?
Al que, sin virtudes, sabe,
su mal es su entendimiento,
su riesgo, su lucimiento;
que a desgobernada nave
daño le es el mismo viento.

Cuando el padre de Santo Tomás le envía a Montecasino, le dice en estilo de Rojas:

Por bien tuyo y honor mío
hoy a los buenos te envío,
y serlo has de procurar,
pues claro, si entra en el mar,
se vuelve el más turbio río.
Calidad que se está queda
y por sí no sube al risco
aumentando lo que hereda,
es calidad de marisco
que donde nace allí queda.

El poeta describe la vida estudiosa del doctor Angélico, que:

En latín salió elegante,
en retórica elocuente,
y con talento excelente
argumentado es constante
y argumentando valiente.
Jamás (porque el mundo viese
quién es y lo venerase)
renglón leyó que olvidase,
tomo abrió que no entendiese,
duda oyó que no soltase.
Al ingenio que tenía
era centro corto, escaso
la mayor filosofía,
siendo ella gota, y él vaso
donde holgado mar cabía.
Y aunque en tanta prueba indicio
da de un entero juicio,
pero en ninguna mejor
que en dar su pecho al Señor
negando su edad al vicio.
Letrado, cual que tú seas,
si a Dios no temes, por loco
a tenerte me provoco;
que para costumbres feas
es ingenio afeite poco.

Si en tu salvación no velas,
ya es vanidad cuanto adquieres
¿qué importa, cuando más vuelas,
ganar en los alfileres,
si te pierdes en las telas?

. . . .

Con tesoros infinitos
lastrada nave camina,
las jarcias son disciplina,
forzados los apetitos,
y el viento gracia divina.

Tomás no aprende sólo de los Profesores y de los libros, sino de la naturaleza, para cuyo estudio aprovecha las horas de solaz y recreo:

Aún en el ocio nocivo
halla su discurso cuerdo
y encuentra su ingenio vivo,
en cada flor un recuerdo,
en cada letra un motivo.
Lición oye entretenido
de botón que rosa es presto,
roto el capullo molesto:
libro de una breve vida
en espinelas compuesto.
De Castidad la frescura
le enseña azucena pura,
que resistiendo colores
que manchas son en las flores,
limpia conserva blancura.
Al clavel ve, lamentando
desastres de un vano error,
pues, cuando en pompa mayor
de sangre está blasonando,
se lo lleva el tiempo en flor.
De la humildad la importancia
blanco el jazmín le predica,
flor que sin vana jaztancia
dura en estado de chica
y es de la mayor fragancia.

. . . .

Y como aciertos procura,
la sazonada dulzura
de las frutas hace espejo,
que para bueno el consejo
ha de ser de edad madura.
Hora de estudio feliz . . . . . .
y gran lición de crecer
era al niño un árbol ver;
escuela, al fin, con raíz
cual la suya vino a ser.
Guinda y membrillo los uno
porque vicios Tomás venza
y saque de cada uno:
della, en lo rojo, verguenza,
del, en lo amarillo, ayuno.

Llegó Tomás a los 15 años, y sintiéndose llamado al estado religioso, pide y obtiene el hábito de los Predicadores en el Convento de Nápoles. Su madre se irrita, y sabiendo que lo han mandado a Roma, vuela allá a disuadirle, confiada en su cariño; pero como, al llegar, estuviera el joven camino de París con otros religiosos, se cree burlada, y avisa a los hijos mayores, Generales del Emperador Federico, que le corten el paso y se lo traigan. Ellos lo hacen muy a lo militar — *con ímpetu de cierzo* — dice Alecio, y le encierran en el castillo de Rocaseca, para que allí tengan la madre y las hermanas, ocasión propicia de cambiarlo.

Todo es agravio y furor,
¡cómo si fuese valor
en bizarros corazones
poner a niños prisiones
y a desarmados temor!
A frailes que le acompañan
derriban, arrastran, huellan,
y a los que a correr se amañan
turban, siguen, atropellan,
molestan, afligen, dañan.

La entrevista de la Condesa Teodora con su hijo, para arrancarle la vocación, nos muestra que los acentos calderonianos resonaron antes en Lima que en Madrid.

¡Tú, fraile! temiendo estoy
tu complexión poco sana
¿no es mejor, prenda temprana,
rendirte a mis ruegos hoy
que a tus achaques mañana?
La piedra a gotas se ablanda
y a las centellas el leño;
no quieras con este empeño
beber mis lágrimas, grande,
baste mi leche, pequeño.

El joven no se dobla, y replica con autera severidad:

Pues yo hasta aquí no entendía
que indignación fuese vuestra
lo que era ganancia mía.
Pero ya que llego a ver
que lo que es en mi valer
en vos, Señora, es pesar,
digo quee sabéis llorar
mejor que sabéis querer . . . .
Esto es, madre, lo que siento
que encienda Dios esta vela
y queráis sacarla al viento.
Volved en vos, no se entienda
que en mi daño (oh, si sentillo
pudiera yo sin decillo)
el infierno da la venda
y afiláis vos el cuchillo.

A esta lucha, acrecentada con la intervención de las hermanas, sigue otra en que el interés dramático se desborda, hasta rozar lo trágico. Los hermanos, pensando que el mancebo dejaría la vocación desde el momento en que se entregase al amor de las mujeres, buscan entre las seductoras bellas una que les sirva de lazo, pensando, como Alecio:

Que el demonio, aunque tentara,
menos pájaros cazara,
a no ser el lazo ellas.

El episodio es trasunto de la leyenda aurea. La desenvuelta sílfide, entra en la prisión, y con apasionados discursos, se declara al novicio dominicano. Este, como primera réplica, coge un tizón del fuego y ahuyenta la sirena. Después traza una cruz en la pared y cae de hinojos ante ella; dos ángeles descienden del cielo y rodean su cuerpo de un blanco cíngulo, que le libra de futuras tentaciones carnales, y que es el origen de la *Cofradía del Cíngulo*, tan célebre en la Iglesia.

El P. Alecio no se porta mal con la pérfida tentadora, y la describe lindamente de arriba a abajo:

Con hebras sueltas al cuello
su cabeza parecía
la cumbre de un monte bello;
pues, cual suele, abriendo el día
rayaba el sol su cabello.
Su frente a entender obliga
que es de plata, y hay quien diga,
(no sin rendirles despojos)
que en tal frente, en tales ojos
se juntaron plata y liga . . . .

.. ..

Las manos precioso arreo
en finas piedras traían,
con tal candidez y aseo,
que en mar de leche ofrecían
navegación al deseo . . . . .

.. ..

Tiene en el agrado iguales
palabras y labios tales,
que al mar muestran que han sacado
sus palabras lo salado
y sus labios los corales.
Vístela un verde brocado
que de franjas mil poblado
era, aumentando el decoro,
prado con arroyos de oro
en sueños tal vez formado.

Quiso que tanta hermosura,
porque el mal cubierto fuera
un negro manto cubriera
¿en qué, sino en nube oscura,
venir el rayo pudiera?

La sirena sabe latín, parece cursada en escuelas, y dice:

Si temes a Dios juez,
menos mucho es en virtud
ofender alguna vez
con excusa en juventud
que con vergüenza en vejez.
No será tu delinquir
de tu origen desdecir;
porque ¿quién ha de querer
que siendo de polvo el ser
sea de bronce el resistir?
Nadie nos mira, y si aquí
un mármol con vista hubiera
de tí medrara o de mí,
que en mi terneza aprendiera
y mayor dureza en tí.
¿Qué tiemblas? ¿qué sombra viste?
¿qué dudas? flaco naciste......
¿qué estás, tibio, dilatando,
pues yo no te venzo, hablando,
y tú, mudo, me venciste?

El santo joven, al trasponer ella la puerta, huyendo del tizón, ruge como un cachorro fiel de Cristo:

Huye en turbada carrera
(repite el joven que altera),
huye de leño encendido,
que no leño, escoba ha sido
echando basura fuera.
Dices, moviendo suave
que en mi edad disculpa cabe,
y ya que te engañas, digo,
que contra Dios, siempre amigo,
toda ofensa siempre es grave....

....

Del honesto vencedor
el combatido valor
quedó firme, entero, duro,
como suele fuerte muro
pasado recio temblor.
Bañóse en tanta alegría
cuanta jamás ha tenido
pajarillo que encogido,
después de la lluvia fría
seca al sol su pluma ha vido . . . .

. . . .

Quien sin sol se halló en montaña,
mojado, solo, y perdido
tanto gozo no ha tenido
si de repente en cabaña
vió gozo y oyó ladrido.
En pared, que en los sucesos
más durable hierro es,
Tomás olvidando pesos,
forma una cruz y después
los clavos fueron tres besos . . . .
Y mientras en tierra fría
nuestro joven reposaba,
el mundo que atento estaba
notó que el cielo se abría
cuando dos Tomás cerraba.
Dos de los que asisten pajes
en el Empíreo Palacio
bajaron, en cuyos trajes,
en cuyos rostros de espacio
quiero, Musa, que trabajes.
En vano el tiempo se gasta,
pues, decir ángeles, basta;
mas ya que esto a tratar subes
dirás que pintar querubes,
Musa, te viene de casta.

Efectivamente, de casta le venía al P. Alecio el pintar querubes, ya que su padre, Mateo Pérez de Alecio, fué famoso pintor. Nuestro poeta también lo era, pues pintó "las imágenes

de los libros grandes del coro de Santo Domingo de Lima", que a juicio de los maestros del arte, son de gran valentía", escribe Meléndez.

Yo he rebuscado los libros que quedan en Santo Domingo, y aquí traigo unas fotografías, curiosas, aún sospechando y todo que estas ilustraciones sean del Padre Rondón que decoró, un siglo después, 62 libros corales, según una nota curiosa hallada por mí en el precioso archivo del Venerable monasterio.

(Continuará)

Fray LUIS GETINO.
Provincial de los Dominicos de España

Revista de revistas

LA QUINTA CONFERENCIA PANAMERICANA

(Revista Argentina de Ciencias Políticas". — Mayo 1923)

La Vª Conferencia panamericana reunida en Santiago de Chile, termina en estos días sus sesiones.

Después de una tarea que se ha extendido más de lo esperado, la conferencia cierra sus puertas, dejando en el espíritu de los que han seguido los debates, una impresión no muy alentadora.

En verdad, poco se ha adelantado sobre el trabajo de las conferencias anteriores, pudiendo agregarse que casi se ha repetido el programa de aquellas reuniones, con el propósito de conseguir que modificando las resoluciones de Río de Janeiro o de Buenos Aires, fueran éstas adoptadas definitivamente por las naciones americanas, pues cabe observar que, hasta ahora, no ha sido posible incorporar al derecho convencional los trabajos de estas Conferencias panamericanas.

Por lo demás la ausencia de tres naciones, de la importancia de Méjico, Perú y Bolivia, restó a la Conferencia la unanimidad indispensable para la validez de sus resoluciones.

Conviene, sin embargo, advertir que además de la circunstancia apuntada, ha influido no poco en el resultado de la reunión, la inclusión, en su programa, de cuestiones de carácter político, las que hasta ahora se habían excluído de estas conferencias, cuya finalidad era la de uniformar principios en materia económica y jurídica.

La primera conferencia tuvo lugar en Wáshington, a invitación del Gobierno de la Unión, autorizado para ello por ley del Congreso, a fin de que se celebraran arreglos en virtud de los cuales se adoptara el principio del arbitraje para la solución de los conflictos que pudieran surgir entre los países contratantes; se regulara el intercambio comercial, y por último, se convinieran los medios necesarios para fomentar las relaciones comerciales.

En aquella oportunidad, la Nación fué representada por los doctores Manuel Quintana y Roque Sáenz Peña, cuya actuación fué justamente celebrada, no sólo por la sabiduría y buen consejo con que actuaron, sino por ser figuras representativas del tipo universitario argentino. Fué entnoces, cuando el doctor Sáenz Peña, oponiéndose a una proposición de los delegados de Estados Unidos, tendiente a construir un *Zollverein* americano, y reclamando la independencia de acción que, desde Rivadavia, nos había inclinado hacia las viejas naciones de Europa, sintetizó el concepto dominante de exposición, con la frase de "América para la humanidad", más liberal en oposición a la interpretación popular de la doctrina Monroe, "América para los americanos".

La conferencia no alcanzó, por cierto, la finalidad que se le atribuía a su iniciador, el Secretario de Estado, Mr. Blaine, pero se ocupó del arbitraje, en cuyo debate la delegación argentina, por intermedio del doctor Quintana, abogó por el arbitraje general obligatorio, oponiéndose a ello el delegado de Chile, señor Emilio Varas, pero aceptándolo en su carácter limitado. Se votaron diez y nueve acuerdos, y de ellos sólo fué llevado a la práctica el que ordenaba la instalación de la Oficina Panamericana, cuyo objeto se puntualizó con estas palabras: "para la pronta compilación y distribución de los datos de comercio".

Se votó el arbitraje, como medio de solución, y se condenó la conquista como medio de engrandecimiento.

Diez años más tarde se reunió en Méjico la IIª Conferencia, donde se suscribieron veintitrés acuerdos. En aquella oportunidad, la delegación argentina mantuvo otra vez el principio del arbitraje obligatorio y expresó que "con tratado o sin él, el

Gobierno argentino está resuelto a terminar todas las cuestiones internacionales, por el arbitraje". Como aquel principio no fuera aprobado, la República Argentina firmó un tratado colectivo con diez de los países representados, estableciendo el principio de arbitraje obligatorio. La Oficina de la Unión Panamericana se había transformado ya en la Comisión preparadora de los programas de las Conferencias. Ninguna de las resoluciones de Méjico fué puesta en vigencia por todos los países signatarios.

En 1905, se reunió en Río de Janeiro ,la III^a^ Conferencia Los temas fueron los mismos, pues se proponían modificaciones para obtener su aceptación definitiva por los Estados signatarios. Por indicación del Ministro de relaciones exteriores de Estados Unidos, el eminente Mr. Root, no obstante la indiferencia del Gobierno argentino, se agregó al programa de la Conferencia el estudio de la "Doctrina Drago". La delegación argentina no supo o no quiso defenderla, y nuevamente fué auspiciada por la delegación estadounidense, cuyo gobierno la llevó también a la segunda Conferencia de La Haya. En Río de Janeiro, a moción de las Delegaciones de Argentina y Chile, se organizó el Congreso de jurisconsultos para estudiar la codificación del derecho internacional público y del internacional privado, constituyéndose comisiones permanentes radicadas en diversas ciudades de América, encargadas de proyectar convenciones sabre determinadas instituciones de esas disciplinas jurídicas.

En la III^a^ Conferencia se aprobaron catorce convenciones, que no fueron, sin embargo, todas ratificadas.

En 1910, con motivo del centenario, se reunió en Buenos Aires la IV^a^ Conferencia, cuyas veinticuatro resoluciones puede decirse que han sido sometidas nuevamente a la consideración de la V^a^ Conferencia que acaba de terminar su tareas en Santiago de Chile.

No se han dado a conocer todavía oficialmente las resoluciones de la Conferencia, y sólo es posible en el momento de cerrar estas pocas páginas, guiarse por las informaciones que diariamente se han hecho públicas, a medida que se celebraban las reuniones. Esas noticias extraoficiales permiten, sin embargo, dar cuenta, aunque sea provisoriamente, de los resultados de la Conferencia de Santiago de Chile, y van a continuación:

I. — *Marcas de fábrica y de comercio*

PROGRAMA	*RESULTADOS*
1º Estudio de las disposiciones tomadas por los países representados en las conferencias panamericanas precedentes, y de la aplicación en cada país de las resoluciones y convenciones aprobadas en ellas,con referencia especial a la convención de marcas de fábrica y de comercio, y la Convención de propiedad literaria y artística firmada en Buenos Aires el 20 de Agosto de 1910. (Estados Unidos).	Se aprobó una convención sobre marcas de fábrica y comercio; modificando la firmada en Buenos Aires en 1910.

II. — *Unión Panamericana*

Organización de la Unión panamericana por medio de una Convención conforme a la resolución aprobada por la IVª Conferencia panamericana en Buenos Aires, 11 de Agosto de 1910 (Estados Unidos).	Se recomendó la reorganización completa de la Unión Panamericana de modo que los países que no tengan representantes diplomáticos en Wáshington, puedan acreditar uno especial ante la Unión, y que la presidencia de la misma sea electiva.

III. — *Derecho Internacional; codificación*

Estudio de los trabajos realizados sobre la codificación del derecho internacional por el Congreso de jurisconsultos de Río de Janeiro (Estados Unidos).	Se somete nuevamente al Congreso de jurisconsultos el estudio de la codificación de derecho internacional.

IV. — *Enfermedades infecciosas*

Medidas destinadas a prevenir la propagación de enfermedades infecciosas, con relación especial a las recomendaciones de las conferencias sanitarias internacionales (Estados Unidos).

Se acordó recomendar las bases para la redacción de un código sanitario.

V. — *Comunicaciones*

Acuerdo panamericano sobre las leyes y reglamentación de la comunicación marítima, terrestre y aérea, y cooperación para el fomento de su desarrollo:

1º — Mejora de las facilidades de los transportes marítimos;

2º — Ferrocarril panamericano y transporte en automóvil;

3º — Política, leyes y reglamentación de la aviación comercial. Conveniencia de crear una comisión técnica internacional, para determinar uniformidad en los sitios de aterrizaje en las rutas aéreas y el establecimiento de procedimientos aduaneros especiales para la navegación aérea;

4º — Cooperación de los gobiernos de las repúblicas americanas en cuanto se refiere a la comunicación inalámbrica de toda clase en América; y por medio de convenios para su reglamentación (Estados Unidos).

Se recomienda la celebración de conferencias técnicas sobre comunicaciones telegráficas e inalámbricas; sobre aviación, que precise las rutas aéreas; otra que formule un programa de construcción de caminos y, por último, una que estudie las comunicaciones eléctricas.

VI. — *Comercio; leyes de aduanas*

Cooperación para la inspección de la mercancía que constituye el comercio internacional;

1º — Uniformidad de reglamentos y procedimientos aduaneros;

2º — Uniformidad de documentos de embarque y seguro;

3º — Uniformidad de principios e interpretación del derecho marítimo;

4º — Uniformidad en la nomenclatura para la clasificación de mercancías;

5º — Uniformidad de procedimientos en materia de paquetes pos-

Se han formulado recomendaciones sobre las proposiciones de este punto.

tales y convención panamericana sobre paquetes postales (Estados Unidos);

6º — Conveniencia de celebrar convenciones para hacer efectiva la resolución XVIIª votada por la segunda conferencia financiera panamericana reunida en Wáshington en Enero de 1920 (Argentina)

VII. — *Pasaportes*

Medidas para simplificar los pasaportes y adopción de un modelo común (Estados Unidos).	Se ha sancionado un acuerdo sobre pasaportes.

VIII. — *Agricultura*

Cooperación en estudios agronómicos, uniformidad de estadísticas agrícolas, persecución en común de las plagas agropecuarias, organización del intercambio de plantas y semillas útiles (Argentina y Estados Unidos).	Se han formulado votos.

IX. — *Liga americana*

Consideración de medidas tendientes hacia una más estrecha asociación de las repúblicas del continente americano, con el propósito de promover los intereses comunes (Uruguay).	Fué retirado de la conferencia, por su autor el delegado Buero.

X. — *Arbitraje internacional*

Consideración de los mejores medios para dar más amplia aplicación al principio del arreglo judicial o arbitral de las diferencias entre las repúblicas del continente americano, (Uruguay).	Se formularon votos.

XI. — *Arbitraje comercial*

Consideración de los mejores medios para promover el arbitraje de cuestiones comerciales entre ciudadanos de los diferentes países (Estados Unidos).

Se formularon votos.

XII. — *Armamentos*

Consideración de la limitación y reducción de gastos navales y militares, sobre una base justa y practicable (Chile).

Se formularon votos.

XIII. — *Educación*

Consideración de la unificación de estudios universitarios, e intercambio de títulos profesionales entre las repúblicas americanas (Ecuador).

Se recomienda la celebración de congresos inter-universitarios y de asambleas de estudiantes.

XIV. — *Protección diplomática*

Consideración de los derechos de los extranjeros residentes dentro de la jurisdicción de cualquiera de las repúblicas americanas (Ecuador).

Se invita al Congreso de jurisconsultos a que estudie los derechos de los extranjeros residentes.

XV. — *Nacionalidad*

Consideración de la situación de los hijos de extranjeros nacidos dentro de la jurisdicción de las repúblicas americanas (Uruguay)

No se consiguió uniformar opiniones sobre este punto.

XVI. — *Soberanía*

Consideración de las cuestiones que se produzcan por un agravio inferido por un poder no americano, a los derechos de una nación americana (Uruguay).

Se estudió en grandes líneas.

VXII. — *Arqueología*

Estudio de un plan por medio del cual y con la aprobación de los eruditos e investigadores de los diversos países, se pueda llegar a establecer por los gobiernos de las Américas un sistema más o menos uniforme para la protección de documentos arqueológicos y otros necesarios para la formación de una buena historia americana (Estados Unidos).

Se recomendó la fundación de institutos arqueológicos.

XVIII. — *Medidas antialcohólicas*

Consideración de medidas tendientes a disminuir progresivamente el uso de las bebidas alcohólicas (Venezuela).

Se hicieron recomendaciones.

XIX. — *Futuras conferencias*

La próxima conferencia se reunirá en La Habana.

LA CRISIS INDUSTRIAL

REMEDIO: EL TAYLORISMO

Traducido de *"Le Figaro" de Paris* para *"Mercurio Peruano"*, bajo el concepto de que por estar aún las grandes empresas existentes en el Perú en su primer período, el de formación, son para ellas oportunas y aplicables las enseñanzas contenidas en este breve estudio.

H. P., abogado.

Barranco, Junio 1923.

La industria francesa escurre muy difícilmente sus productos, sobre todo al extranjero. Le cuestan muy caro: se ve obligada a venderlos a precio demasiado alto.

—La causa es la mano de obra, dicen los patrones. Hay que disminuir los salarios.

— Son los beneficios exagerados que exigís, responden los socialistas. Contentaos con menos y podréis vender a precios abordables.

La verdad está más en la tesis patronal. Pero no cabe contar con que los obreros consientan en ver que se infiera ataque a las ventajas materiales que han conquistado o que se les ha concedido desde la guerra. No aceptarán ver reducir los gruesos salarios que cobran actualmente, sino cuando el abatimiento del precio de la vida les permita no cambiar en nada su género actual de existencia.

Aparte de esto, si los gruesos salarios tienen inconvenientes, tienen la ventaja de aumentar el poder de compra de la clase obrera, la más numerosa de la población y de favorecer otro tanto el consumo de los productos.

Es cierto, sin embargo, que es indispensable lograr disminuir el costo del objeto manufacturado. De ello depende el porvenir de nuestra industria, así como el retorno a una vida normal. Hay que producir a mejor precio y que producir más.

¿Existe una solución a este problema, que han planteado para la Francia la reducción a ocho horas de la jornada de trabajo y el considerable aumento del precio de la mano de obra?

Se presenta una: una mejor organización del trabajo, que permita multiplicar el rendimiento individual y obtener del obrero mayor producción al mismo precio.

La industria americana, que ha sufrido la misma crisis que la nuestra, se ha lanzado atrevidamente para vencerla a la aplicación de una doctrina nueva, — el taylorismo, — que orienta en el sentido de la producción, los esfuerzos de la inteligencia, del capital y del trabajo. Allá abajo se piensa que para obtener la disminución del precio de costo, se debe luchar más contra la pereza que contra los gruesos salarios.

El error involuntario o intencionado de los socialistas ha sido, bajo pretexto de mejorar su suerte, desviar a las multitudes sobre una repartición mejor de la riqueza. Las democracias de todos los países han seguido al socialismo en esta vía, que no ha

llevado más que a crear el odio de clases. Cuando las circunstancias han permitido la aplicación del sistema, como en Rusia, es harto sabido, qué espantosa miseria ha resultado.

El *taylorismo* parte de un principio muy opuesto y hasta aquí desdeñado. La prosperidad de un país, — y por vía de consecuencia, el bienestar de sus habitantes, — es ante todo un problema de producción. Mientras más se produce, más considerables son el bien común, la masa por repartir. Es, pues, preciso, que un país produzca mucho para que sea próspero.

Para lograrlo, Taylor y sus discípulos preconizan un método de organización industrial basado en el análisis científico que tiende al aumento del rendimiento y a la disminución de la fatiga.

En el orden material, es esencial conocer perfectamente las condiciones del trabajo humano por un estudio profundo de la fisiología del trabajo, de los tiempos de reposo, de las actitudes y de los movimientos que reducen la fatiga al mínimum estricto.

Hay que conocer, igualmente, la herramienta que ayuda y perfecciona el gesto del obrero, alivia su labor y multiplica los resultados. De este conocimiento y de este estudio derivan forzosamente la transformación de las herramientas simples, la multiplicación del equipo menudo (outillage) y el perfeccionamiento de la máquina. En fin, hay que preocuparse de la relación del trabajo humano, con la operación por ejecutar y de investigar los ademanes científicamente apropiados al efecto por producir, de simplificarlos y hacerlos rápidos.

Estas exigencias necesitan la creación, en cada grande empresa, de una oficina de estudios para la marcha y la organización del trabajo. Esta oficina se encarga de la preparación de los operadores de fabricación (usinage). La dirección vigila que sus prescripciones reciban ejecución racional.

Pero el *Taylorismo* no se preocupa solamente del lado material. El orden moral no le parece menos importante, y este es el punto de mira más nuevo de esta doctrina. Taylor y sus discípulos prescriben conocer los motivos sicológicos que determinan las acciones de los hombres. En nombre del interés, ellos tanto como los moralistas, levantan la más vehemente protesta contra la militarización de las grandes empresas. En la fábrica, concebida según su método, especialistas dirigen una oficina del personal, que está encargada del manejo del elemento humano. Recluta los obreros, vela por su instrucción general y profesional,

lleva nota de sus aptitudes individuales y se ocupa de todo lo que toca a su bienestar y a su seguridad.

La oficina debe, igualmente, ocuparse de la humanización de la fábrica, vigilar que la higiene y la comodidad reinen en ella y, señaladamente, que se cree y se mantenga en cada taller la atmósfera más favorable al rendimiento máximo.

En fin, el sistema Taylor acuerda a los obreros el tratamiento leal, — *squ^re deal.* Técnicos establecen el análisis del trabajo, y de la fatiga del individuo, la tarea justa, que no permite al patrón explotar al empleado, pero que prohibe al empleado la superchería. La selección previa de los obreros, las notas cotidianas, el salario diferencial, son otros tantos estímulos al esfuerzo.

Tal es, en sus grandes líneas, el sistema Taylor. Donde quiera que ha sido aplicado en América, ha dado resultados excelentes. Hasta se citan muy remarcables y muy... americanos.

Pero para nosotros los franceses, no es esa la cuestión importante: lo esencial es saber si este método es aplicable entre nosotros con probabilidades de éxito.

Bajo este punto de vista, el ejemplo de los Estados Unidos no significa gran cosa: tan diferentes son las mentalidades de los dos pueblos.

No cabrá pronunciarse, sino después que se haya hecho ensayos. En Francia, los han intentado varias fábricas y no se dice que les hayan sentado mal. Pero, es menester que estos ensayos sean leales de una y otra parte: no basta la buena voluntad de un lado, si del otro se responde con un encaprichamiento obstinado y cerrado.

Con el *Taylorismo,* los conflictos del trabajo y del capital están llamados a arreglarse amigablemente, y el rol de las asociaciones obreras se circunscribe, fatalmente, a las cuestiones profesionales.

En la hora en que la clase obrera parece, entre nosotros, desprenderse más y más, de los políticos, es quizás llegado el momento de renunciar al empirismo que reina en muchas de nuestras industrias y de tentar algo de nuevo.

CATHELINAU.